HERMOSAS CRIATURAS

Kami García & Margaret Stohl

Gatlin, un rincón perdido del profundo sur americano, Ethan Wate lucha por vencer su aburrimiento, hasta que un día se encuentra con Lena Duchannes, literalmente, la chica de sus sueños… y de sus pesadillas.

Lo que sigue es una inteligente y moderna fantasía, un cuento de amores contrariados con un oscuro y peligroso secreto. Hermosas criaturas es un exquisito relato gótico que hechiza desde la primera página, sumergiendo al lector en un tenebroso mundo de magia y misterio.

Kami Garcia & Margaret Stohl

Hermosas criaturas

Saga de las dieciséis lunas I

ePUB v1.3

Mística 23.08.12

---

más libros en espaebook.com

Título orginal: *Beautiful Creatures*
Traducción: José Miguel Pallarés Sanmiguel | María Jesús Sánchez

Editor original: Mística (v1.0 a v1.3)
Corrección de erratas: Aytza
ePub base v2.0

Para Nick y Stella,
Emma, Mary y Kate
y para los casters y outcasters de todas partes.
Somos más de los que pensáis.

«La oscuridad no puede conducirte fuera de la oscuridad:
sólo la luz puede hacer eso.
El odio no puede conducirte fuera del odio;
sólo el amor puede hacer eso».

Martin Luther King Jr

NOTA DE LA EDICIÓN

Por indicación de las autoras, se ha mantenido en el idioma original una serie de términos relativos al imaginario de su invención. A continuación, y a modo de guía, se glosan los más relevantes, con una breve explicación a fin de facilitar la comprensión por parte del lector hispanohablante.

CASTER: seres que conviven con los humanos y ejercen diferentes poderes mágicos. Deriva de la expresión *cast a spell* (lanzar un hechizo).

CATACLYST: natural que se ha vuelto hacia la Oscuridad.

EMPATH: *Caster* con una sensibilidad tan especial que es capaz de usar los poderes de otro *Caster* de forma temporal.

HARMER: dañador.

HUNTER: cazador.

ILLUSIONIST: *Caster* capaz de crear ilusiones.

LILUM: quienes moran en la Oscuridad.

MORTAL: humano.

NATURAL: *Caster* con poderes innatos y superiores a los demás de su especie.

SHIFTER: *Caster* capaz de cambiar cualquier objeto en otro durante todo el tiempo que desee.

SYBIL: *Caster* con el don de interpretar los rostros como quien lee un libro con sólo mirar a los ojos.

SIREN: *Caster* dotado con el poder de la persuasión.

THAUMATURGE: *Caster* con el don de sanar.

ANTES

En mitad de la nada

Sólo había dos clases de vecinos en nuestra ciudad, según los había clasificado cariñosamente mi padre: «Los estúpidos y los catetos» y «aquellos que no son capaces de irse o son demasiado torpes para hacerlo, cuando todo el mundo encuentra manera de marcharse». No tenía idea de en qué categoría se situaba él, pero nunca tuve el coraje de preguntárselo. Mi padre era escritor y vivíamos en Gatlin, Carolina del Sur, porque era lo que los Wate habían hecho siempre, desde que mi trastatarabuelo Ellis Wate luchó y murió al otro lado del río Santee en la Guerra de Secesión.

Pero la gente de este lugar no la llamaba Guerra de Secesión. Cualquiera con menos de sesenta años la denominaba la Guerra entre los Estados, mientras que quienes superaban esa edad la llamaban la Guerra de la Agresión del Norte, como si el norte hubiera empujado al sur a la guerra por culpa de una bala de algodón. Todos, eso sí, menos mi familia; nosotros sí la llamábamos la Guerra de Secesión.

Una razón más por la cual no podía esperar a marcharme de aquí.

Gatlin no era como esas ciudades pequeñas que se ven en las películas, a menos que fuera una de hace cincuenta años. Estábamos demasiado lejos de Charleston para tener un Starbucks o un McDonald's. Todo lo que teníamos era un Dary Kin, pues los Gentry eran demasiado

tacaños para comprar todas las letras necesarias cuando adquirieron el Dairy King. La biblioteca aún usaba fichas en papel, el instituto tenía pizarras de tiza y la piscina municipal era el lago Moultrie, con su cálida agua marrón y todo eso. Se podía ir a ver una peli al Cineplex casi al mismo tiempo que salía en DVD, pero había que darse el paseo hasta la escuela universitaria de Summerville. Las tiendas estaban en Main Street, las casas de los ricos en la calle paralela al río y todos los demás vivían al sur de la Route 9, donde el pavimento se cuarteaba en trozos de cemento, fatales para andar, pero estupendos para tirárselos a algún pósum cabreado, el animal más huraño del mundo. Ésas son cosas que nunca muestran las pelis.

Gatlin no era nada complicado; era simplemente Gatlin. Los vecinos, sofocados, vigilaban desde sus porches bajo el calor insoportable a la vista de todo el mundo, pero no podía ser de otra manera, pues jamás había cambiado nada. Al día siguiente comenzarían las clases, mi primer día de segundo curso en el instituto Stonewall Jackson, y ya me sabía de memoria todo lo que iba a ocurrir, dónde iba a sentarme, con quién hablaría, los chistes, las chicas y dónde aparcaría cada uno.

No había sorpresas en el condado de Gatlin. La verdad, éramos un auténtico epicentro en mitad de la nada.

Al menos, eso pensaba yo mientras cerraba mi baqueteada copia de *Matadero 5*, desconectaba el iPod y apagaba la luz en aquella última noche de verano.

Pensándolo bien, no podía haber estado más equivocado.

Había una maldición.

Había una chica.

Y, al final, una tumba.

No lo vi venir de ninguna de las maneras.

2 DE SEPTIEMBRE

Sueño modo on

Caía.

Iba en caída libre, precipitándome en el vacío.

—¡Ethan! —me llamaba ella, y el sonido de su voz bastaba para acelerar mi corazón.

—¡Ayúdame!

También ella se desplomaba en el vacío. Estiré el brazo para cogerla, pero aunque lo alargué cuanto pude, mi mano se cerró vacía. No había tierra alguna bajo mis pies, aunque intentaba abrirme camino en el fango. Nos tocamos con la punta de los dedos y vislumbré chispazos verdes en la oscuridad.

Ella se deslizó entre mis dedos y percibí una sensación de pérdida.

Aún retenía ese olor suyo a limones y tomillo, pese a que no había podido sujetarla.

Y no podía vivir sin ella.

Me senté de golpe, intentando recuperar el aliento.

—¡Ethan Wate! ¡Levántate! No me vayas a llegar tarde a clase el primer día —escuché gritar a Amma desde el piso de abajo.

Concentré la mirada en un parche de tenue luz que destacaba en la oscuridad. Se oía el tamborileo lejano de la lluvia contra los viejos postigos de estilo colonial. Seguramente llovía y ya era por la mañana. Debía de estar en mi cuarto.

Hacía calor y humedad en el dormitorio a causa de la tormenta. ¿Por qué tenía la ventana abierta?

El corazón me iba a cien. Permanecí tumbado de espaldas en la cama y el sueño se diluyó, como ocurría siempre. Estaba a salvo en mi habitación, en nuestra vieja casa, en la misma chirriante cama de caoba donde habían dormido por lo menos seis generaciones de Wate antes que yo y donde la gente no se caía por agujeros negros de fango, y nunca jamás pasaba nada.

Me quedé mirando el techo de escayola, pintado de color azul cielo para que los abejorros carpinteros no anidaran allí. ¿Qué me estaba pasando? Ese sueño se me repetía desde hacía meses, aunque no conseguía recordarlo entero nunca. Siempre me acordaba de la misma parte. La chica caía y yo también, debía sujetarla, pero me resultaba imposible, y le iba a ocurrir algo terrible si se me escapaba, pero ahí estaba la cosa: no se me podía escapar y no podía perderla. Era como si estuviera enamorado de ella aunque no la conociera. Una especie de amor *antes* de la primera vista.

Y todo esto parecía una locura, ya que sólo era una chica en un sueño, y ni siquiera conocía su aspecto. No tenía ni la menor idea de cómo era. Tenía este sueño desde hacía meses, pero en todo ese tiempo no había visto su rostro ni una sola vez o no podía recordarlo. Mi única certeza era ese sentimiento de angustia en mi interior cuando la perdía. Cuando se me escapaba entre los dedos, el estómago me daba un salto, como cuando uno va en una montaña rusa y el cochecito se hunde en el vacío.

Mariposas en el estómago. Vaya metáfora de mierda. Más bien parecían abejas asesinas.

Quizá se me estaba yendo la bola o a lo mejor es que me hacía falta ducharme. Llevaba los auriculares puestos y al echarle una ojeada a mi iPod descubrí allí una canción que no reconocí.

Dieciséis lunas.

¿Qué era eso? La pulsé. Era una melodía evocadora e inquietante. No podía identificar la voz, pero tenía la sensación de haberla escuchado antes.

Dieciséis años, dieciséis lunas,
dieciséis de tus miedos más íntimos.
Dieciséis veces soñaste con mis lágrimas
cayendo, cayendo a lo largo de los años…

Era un poco deprimente, espeluznante… y algo hipnótica.

—¡Ethan Lawson Wate! —volvió a gritar Amma por encima de la música.

Apagué el iPod y me senté en la cama, echando hacia atrás la colcha. Las sábanas parecían llenas de arena, pero yo sabía qué era, era polvo, y tenía las uñas manchadas de fango negro, como la última noche que había tenido el sueño.

Arrugué las sábanas y las escondí en la cesta de la ropa para lavar bajo la sucia sudadera de entrenamiento que me había puesto el día anterior. Me metí en la ducha e intenté olvidar mientras me frotaba las manos y las últimas briznas de mi sueño desaparecían por el sumidero. Si no pensaba en ello, era como si no hubiese ocurrido. Ésa había sido mi actitud ante las cosas durante los últimos meses.

Pero no en lo referente a ella. Eso no podía evitarlo, siempre estaba pensando en ella. Volvía una y otra vez al sueño, incluso aunque no pudiera explicarlo. Esto se había convertido en mi secreto y no había

más que hablar. Tenía dieciséis años y me había enamorado de una chica que no existía, estaba perdiendo la cabeza poco a poco.

Daba igual con cuanta fuerza me frotara, no podía reprimir el latido alocado de mi corazón. Y seguía oliendo a limones por encima del aroma del jabón Ivory y el champú Stop & Shop. Sólo un poco, pero ahí estaban.

Limones y tomillo.

Bajé las escaleras hacia la tranquilizadora cotidianeidad de las cosas. En la mesa del desayuno, Amma había colocado delante de mí un plato de la misma vieja vajilla de porcelana azul y blanca —la porcelana de los dragones, como la llamaba mi madre— lleno de huevos fritos, beicon, tostadas con mantequilla y sémola de maíz. Amma, nuestra asistenta, era para mí un poco como una abuela, salvo porque era más lista y tenía peores pulgas que mi abuela de verdad. Prácticamente me había criado y se había tomado como una misión personal hacerme crecer otros treinta centímetros más, a pesar de que ya medía cerca de metro noventa. Sin embargo, esta mañana, cosa extraña, tenía mucha hambre, como si no hubiera comido en una semana. Engullí un huevo y dos trozos de beicon y me sentí mejor. Le sonreí con la boca llena.

—No me agobies, Amma. Es sólo el primer día de instituto. —Me plantó delante con un golpe un vaso gigante de zumo de naranja y otro aún más grande de leche, leche entera, la única que bebíamos por allí—. ¿No queda batido de chocolate?

Yo consumía batidos de chocolate con la misma facilidad que otra gente bebía Coca Cola o café. Ya desde por la mañana ansiaba pegarme mi siguiente chute de azúcar.

—A.C.O.S.T.Ú.M.B.R.A.T.E. —Amma tenía una entrada de crucigrama apropiada para cualquier cosa, cuanto más larga mejor, y le gustaba usarlas. La manera en que las deletreaba letra por letra hacía que las

sintiera en la cabeza como un golpe tras otro, una y otra vez—. Ya sabes, mejor será que te hagas a la idea. Y no te vayas a creer que pondrás un pie fuera de esa puerta sin antes haberte bebido la leche.

—Sí, señora.

—Ya veo lo elegante que vas.

Pero eso no era cierto. Llevaba unos vaqueros desgastados y una camiseta deslucida, como la mayoría de los días. Eso sí, todas tenían leyendas diferentes y en ésta ponía: «Harley Davidson». Y llevaba las mismas Chuck Taylors negras que usaba desde hacía ya tres años.

—Pensé que ibas a cortarte ese pelo —lo dijo como echándomelo en cara, pero yo me di cuenta de lo que era en realidad: nada más y nada menos que sincero cariño.

—¿Y cuándo he dicho yo eso?

—¿Acaso no sabes que los ojos son la ventana del alma?

—A lo mejor es que yo no quiero que nadie mire dentro de la mía.

Me castigó con otro plato de beicon. Amma apenas alcanzaba el metro y medio, y probablemente era más vieja que la misma porcelana de los dragones, a pesar de lo cual insistía en todos sus cumpleaños en que sólo había cumplido cincuenta y tres. Pero no era sólo una afable señora mayor, sino que constituía la máxima autoridad en mi casa.

—Bueno, no creas que te vas a ir con el pelo mojado con el tiempo que hace. No me gusta el aspecto de esta tormenta. Es como si flotara algo maligno en el viento y no hay forma de cambiar un día así. Tiene voluntad propia.

Puse los ojos en blanco. Amma tenía una visión peculiar de las cosas. Cuando estaba de ese estado de ánimo, mi madre solía decir que se había puesto «oscura», ya que mezclaba la religión con la superstición, de ese modo tan particular del sur. Así que cuando se ponía «oscura», lo mejor era no cruzarse en su camino. También era conveniente dejar sus hechizos en los alféizares de las ventanas y las muñecas que hacía en sus cajones correspondientes.

Me metí en la boca otro tenedor cargado de huevo y me acabé aquel desayuno de campeón: huevos, jamón y beicon, todo aplastado dentro de un sándwich tostado. Mientras me lo metía en la boca, eché una ojeada pasillo abajo, como de costumbre. La puerta del estudio de mi padre todavía estaba cerrada. Solía escribir por la noche y dormía en su viejo sofá de allí durante todo el día. Así había sido desde la muerte de mi madre en abril. Igual podría haberse convertido en vampiro; al menos, eso era lo que había dicho la tía Caroline cuando pasó con nosotros la primavera. Probablemente había perdido la oportunidad de verle hasta la mañana siguiente. Una vez que se cerraba esa puerta, no volvía a abrirse.

Escuché un bocinazo procedente de la calle. Era Link. Cogí mi raída mochila negra y salí disparado por la puerta hacia la lluvia. Lo mismo podían haber sido las siete de la tarde que de la mañana, así de oscuro estaba el cielo. El tiempo llevaba así de chungo desde hacía unos cuantos días.

El coche de Link, el Cacharro, estaba en la calle, con el motor petardeando y la música a toda leche. Había ido a la escuela con Link desde que íbamos al jardín de infancia, cuando nos hicimos muy amigos a raíz de que él me diera la mitad de su Twinkie en el autobús. Sólo más tarde me di cuenta de que antes se le había caído al suelo. Aunque los dos nos habíamos sacado el carné de conducir ese verano, Link era el único que tenía coche, si se le podía llamar coche a aquello.

Al menos, el ruido del motor ahogaba el estruendo de la tormenta. Amma permaneció en el porche con los brazos cruzados en un gesto desaprobador.

—Aquí no pongas esa música tan alta, Wesley Jefferson Lincoln. No te creas que voy a dejar de llamar a tu madre para contarle lo que hiciste durante todo el verano en el sótano cuando tenías nueve años.

Link se estremeció. No había mucha gente que le llamara por su nombre completo, salvo su madre y Amma.

—Sí, señora.

La contrapuerta se cerró de un portazo. Link se echó a reír e hizo patinar las ruedas en el asfalto mojado mientras nos separábamos del bordillo. Era como si estuviéramos fingiendo una fuga, que era como solía conducir él, pero eso era algo que jamás habíamos hecho.

—¿Qué fue lo que hiciste en mi sótano cuando tenías nueve años?

—¡Qué fue lo que no hice en tu sótano cuando tenía nueve años! —Link bajó el volumen de la música, lo cual estuvo bien, pues era espantosa, seguramente para preguntarme si me gustaba, cosa que hacía todos los días. La tragedia de su banda, Quién disparó a Lincoln, consistía en que ninguno sabía tocar un instrumento ni cantar. Sin embargo, Link no hacía más que hablar de tocar la batería con el grupo y marcharse a Nueva York después de la graduación para intentar conseguir cosas que probablemente no llegarían a suceder nunca. Tenía más posibilidades de colar una canasta de tres puntos borracho y con los ojos vendados desde el aparcamiento del gimnasio.

Link no tenía pensado ir a la universidad; sin embargo, me llevaba ventaja. Sabía qué quería hacer, aun cuando fuera a largo plazo. Todo lo que yo tenía era una caja de zapatos llena de folletos de universidades que jamás podría enseñarle a mi padre. No me importaba dónde estuvieran esas facultades, mientras fuera al menos a varios miles de kilómetros de Gatlin.

No quería terminar como mi padre, viviendo en la misma casa, en el mismo pueblo donde me había criado, con la misma gente que no soñaba siquiera con salir de aquí.

Flanqueaban la calle dos largas hileras de casas victorianas que chorreaban agua; tenían el mismo aspecto que cuando las construyeron hacía más de cien años. A mi calle le habían puesto el nombre de Cotton Bend porque estas viejas casonas daban la espalda a miles y miles de

plantaciones de algodón. Ahora daban la espalda a la Route 9, que era prácticamente casi lo único que había cambiado por aquí.

Cogí un donut rancio de la caja que estaba en el suelo del coche.

—Oye, ¿anoche me subiste una canción muy rara al iPod?

—¿Qué canción? ¿Podría ser ésta? —Link puso la última maqueta que habían grabado.

—Creo que tendrías que trabajarla un poco más. Como todas las demás. —Eso era lo que le decía todos los días, más o menos.

—Oye, tú, lo mismo te tienes que arreglar un poco la cara después de que te dé un buen par de guantazos. —Y esto era lo que solía responderme todos los días, más o menos.

Pasé las canciones de la lista de reproducción.

—La canción creo que se llama *Dieciséis lunas*.

—No sé de lo que me estás hablando.

No estaba allí. La canción había desaparecido pese a que la había escuchado justo esa mañana. Estaba seguro de no haberla imaginado, pues aún la tenía en la cabeza.

—Si quieres escuchar una canción, espera a oír esta nueva. —Link bajó la vista para buscarla.

—Oye, tío, mantén los ojos en la carretera.

Pero él no alzó la mirada y por el rabillo del ojo vi pasar un extraño coche justo delante de nosotros…

Durante un segundo los sonidos de la calle, la lluvia y Link se diluyeron en el silencio y pareció como si todo sucediera a cámara lenta. No podía apartar los ojos del vehículo. Era sólo una sensación, nada que pudiera describirse con exactitud. Y entonces nos adelantó, girando en dirección contraria.

No reconocí el coche, jamás lo había visto antes. Es imposible imaginarse lo raro que es eso, porque conocía todos y cada uno de los

automóviles del pueblo. No había ningún turista en esa época del año. A nadie se le ocurriría correr el riesgo durante la época de huracanes.

Era largo y negro como un coche fúnebre. En realidad, estaba casi seguro de que lo era.

A lo mejor era un mal presagio. Quizás este año todavía iba a ser peor de lo esperado.

—Aquí la tienes: *Bandana negra*. Esta canción me va a convertir en una estrella.

El coche ya había desaparecido cuando él alzó la vista.

2 DE SEPTIEMBRE

Una chica nueva

Ocho calles. Ésa era toda la distancia que mediaba entre Cotton Bend y Jackson High. Si tuviera que vivir de nuevo toda mi vida, probablemente me la pasaría subiendo y bajando estas ocho calles, y desde luego fueron suficientes en aquel momento para quitarme de la cabeza el extraño coche fúnebre negro. Quizá por eso no se lo mencioné a Link.

Pasamos por el Stop & Shop, conocido también como el Stop & Steal. Era la única tienda del pueblo y lo más cercano que teníamos a un 7-Eleven. Así que cada vez que quedaba en la puerta con mis amigos, lo hacía con la esperanza de no tropezarme con la madre de alguno comprando comida o, peor aún, con Amma.

Distinguí el Grand Prix que me era tan familiar aparcado justo delante.

—Oh, oh. Fatty ya ha acampado por aquí.

Estaba sentado en el asiento del conductor, leyendo *Barras y Estrellas*.

—Quizá no nos haya visto. —Link miró por el retrovisor, tenso.

—Nos han fastidiado.

Fatty era el encargado del instituto Stonewall Jackson para controlar a los que hacían pellas, además de un orgulloso miembro de la fuerza de policía de Gatlin. Su novia, Amanda, trabajaba en el Stop & Steal, y él

aparcaba allí muchas mañanas a la espera de que salieran los productos de la panadería. Y eso era de lo más inconveniente si uno siempre llegaba tarde, como nos solía pasar a Link y a mí.

Desde luego, uno no podía matricularse en el Jackson sin conocer las rutinas de Fatty tan bien como el horario de las clases. Fatty nos hizo señas para que siguiéramos adelante sin levantar siquiera la vista de la sección de deportes. Por hoy, nos dejaba pasar.

—Sección de deportes y un bollo pegajoso. Ya sabes lo que eso significa.

—Sí, que nos quedan cinco minutos.

Aparcamos el Cacharro en el parking del instituto en punto muerto, con la esperanza de pasar desapercibidos ante el control de faltas, pero fuera diluviaba, así que cuando entramos en el edificio estábamos empapados y las zapatillas nos hacían tanto ruido que, de todas formas, nos hubiera dado igual quedarnos allí parados.

—¡Ethan Wate! ¡Wesley Lincoln!

Permanecimos de pie en la oficina, chorreando, esperando nuestro parte de castigo.

—Ya empezamos llegando tarde desde el primer día de curso. Señor Lincoln, su madre va a tener unas palabritas con usted. Y no ponga esa sonrisita de suficiencia, señor Wate, Amma le va a moler a palos.

La señorita Hester tenía razón. Amma no iba a tardar en enterarse de que había llegado tarde ni cinco minutos, si es que no se había enterado ya. Así eran las cosas por aquí. Mi madre solía decir que Carlton Eaton, el jefe de la estafeta de correos, leía todas las cartas que consideraba medianamente interesantes, y ni siquiera se molestaba en sellarlas de nuevo después. Tampoco es que hubiera muchas noticias que lo merecieran. Todas las familias tienen sus secretos, pero todos en la calle las conocían, igual que sus secretos.

—Señorita Hester, es que venía conduciendo despacio porque llovía mucho. —Link echó mano de su encanto, a ver qué pasaba, pero la señorita Hester se bajó las gafas un poco y le devolvió la mirada sin parecer encantada en absoluto. La cadenita que llevaba en torno al cuello para sujetar las gafas se balanceó.

—No puedo perder el tiempo charlando con vosotros, chicos. Estoy ocupada rellenando vuestros partes de falta, así que ya sabéis dónde pasaréis la tarde: aquí castigados —dijo mientras nos daba a cada uno un papel de color azul.

Ya lo creo que estaba ocupada. Se olía ya la laca de uñas incluso antes de que torciéramos la esquina. Bienvenidos.

El primer día de clase siempre es igual en Gatlin. Los profesores, que nos conocían a todos de la iglesia, decidían que eras listo o torpe en cuanto pisabas la guardería. Yo era listo porque mis padres eran profesores. Link era idiota porque había arrugado las páginas de la Biblia durante la «búsqueda de la frase bíblica», además de vomitar una vez en la fiesta de Navidad. Y como yo era listo, sacaba buenas notas en los exámenes; y como él era tonto, las sacaba malas. No creo que nadie se molestara siquiera en leerlos. Algunas veces escribía algunas cosas a voleo en mitad de mis ejercicios sólo para comprobar si mis profesores me decían algo. Jamás me dijeron nada.

Por desgracia, no se aplicaba el mismo principio a los test. En la clase de inglés de primera hora, descubrí que la profesora, de setecientos años de edad, cuyo nombre era, aunque parezca increíble, señora English, esperaba que nos hubiéramos leído *Matar a un ruiseñor* durante el verano, así que suspendí la primera prueba. Genial. Me había leído el libro hacía por lo menos dos años, pues era uno de los favoritos de mi madre, pero había pasado mucho tiempo y me equivoqué en los detalles.

Hay algo que pocos saben de mí: me paso todo el tiempo leyendo. Los libros eran lo único con lo que podía evadirme de Gatlin, aunque sólo fuera durante un rato. Tenía un mapa en la pared de mi cuarto y cada vez que leía sobre un lugar que me gustaría conocer lo marcaba en él. *El guardián entre el centeno* me había mostrado Nueva York. *Hacia rutas salvajes* me condujo a Alaska. Cuando leí *En el camino* añadí Chicago, Denver, Los Ángeles y Ciudad de México. Kerouac te podía llevar a casi cualquier sitio. Cada pocos meses, trazaba una línea para unir los puntos. Una fina línea verde que seguiría en un viaje por carretera el verano anterior a la universidad, si es que alguna vez conseguía salir de este pueblo. Me guardaba para mí solo lo del mapa y la lectura. En este lugar, los libros y el baloncesto hacían mala mezcla.

En química no me fue mucho mejor. El señor Hollenback me condenó a ser compañero de laboratorio de Emily «Anti-Ethan», también conocida como Emily Asher, que se había jurado despreciarme toda la vida desde el baile del año pasado, cuando cometí el error de ponerme mis zapatillas Chuck Taylor con el esmoquin y dejé que mi padre nos llevara en el Volvo todo oxidado. Tenía una ventana rota que no podía subirse, de modo que el aire le destrozó su rubio cabello perfectamente peinado con rizos para el baile de graduación; para cuando llegamos al gimnasio, parecía María Antonieta recién salida de la cama. Emily no me dirigió la palabra durante el resto de la noche y envió a Savannah Snow para dejarme plantado a tres pasos de la fuente de ponche. Eso fue realmente el final de la historia.

Aquella situación era un tema inagotable de diversión para los chicos, que todavía esperaban que volviéramos a salir juntos. Lo que ellos no sabían era que a mí no me iban las chicas como Emily. Era guapa, pero eso era todo. Y mirarla no me compensaba tener que escuchar lo que salía de su boca. Yo quería algo distinto, alguien con quien pudiera charlar de otras cosas que no fueran fiestas y quién iba a ser coronado en

el baile de invierno. Una chica que fuera lista, o divertida, o al menos una compañera decente de laboratorio.

Quizás una chica como ésa no fuese más que un sueño, pero desde luego cualquier sueño es mejor que una pesadilla, aunque ésta lleve una falda de animadora.

Sobreviví a la clase de química, pero mi día empeoró a partir de ese momento. Al parecer, este año tenía que estudiar de nuevo historia de Estados Unidos, que era la única historia que se enseñaba en el Jackson, con lo cual sobraba el añadido. Me pasaría mi segundo año consecutivo estudiando la Guerra de la Agresión del Norte con el señor Lee, que no estaba emparentado con el famoso general, pero, según lo que habíamos descubierto a estas alturas, él y el famoso líder confederado eran uno solo en espíritu. El señor Lee era uno de los pocos profesores que me odiaban de verdad. El curso anterior, Link me había retado a que escribiera un ensayo titulado *La guerra de la Agresión del Sur*, y me suspendió. Al parecer, después de todo, algunas veces los profesores sí que se leían los trabajos de verdad.

Encontré un asiento al final de la clase al lado de Link, que estaba ocupado copiando los apuntes de cualquier clase anterior que se hubiera pasado roncando; sin embargo, dejó de escribir tan pronto como me senté.

—Tío, ¿lo has oído?

—¿Oír el qué?

—Hay una chica nueva en el instituto.

—Hay una tonelada de chicas nuevas, imbécil, una clase entera de novatas.

—No estoy hablando de las novatas, sino de la chica nueva de nuestra clase.

En cualquier instituto, la llegada de una nueva alumna a la clase de segundo sería toda una noticia, pero esto era el Jackson, y no había llegado nadie al instituto desde tercer grado, cuando Kelly Wix se mudó con

sus abuelos después de que su padre fuera arrestado por regentar un negocio de juego en el sótano de su casa en Lake City.

—¿Quién es?

—No lo sé. He tenido educación cívica a segunda hora con los colgados de la banda de música y ellos no sabían nada salvo que toca el violín o algo así. Me pregunto si estará buena. —Link tenía una mente como un disco con una sola pista, como la mayoría de los chicos. La diferencia estribaba en que la pista de Link terminaba directamente en su boca.

—Vaya, ¿es una de las piradas de la banda?

—No. Se dedica a la música. Quizá comparta conmigo mi amor por la música clásica.

—¿Música clásica? —La única música clásica que había oído Link en su vida había sido en la consulta del dentista.

—Ya sabes, tío, los clásicos. Pink Floyd, Black Sabbath, los Stones…

Me eché a reír.

—Señor Lincoln. Señor Wate. Siento interrumpir su conversación, pero me gustaría empezar la clase, si les parece bien. —El tono del señor Lee era tan sarcástico como el año pasado y su aspecto, con el pelo repeinado y grasiento y la cara picada, igual de malo. Nos repartió copias del mismo programa que debía de llevar usando por lo menos diez años. Este año se exigía participar en un acto *recreacionista* de la Guerra de Secesión. Pues no faltaba más, sólo tenía que pedirle prestado un uniforme a uno de mis parientes de los que participan en celebraciones *recreacionistas* los fines de semana. Mira qué suerte.

Después de que sonara el timbre, Link y yo nos retrepamos en el vestíbulo al lado de nuestras taquillas con la esperanza de echarle una buena ojeada a la chica nueva. Era para oírle, ella iba a ser su futura amiga del alma, colega de su banda, y me recitó toda una serie más de afinidades de las que no me apetecía oírle hablar. Pero a la única cosa

que conseguimos echarle una ojeada fue al buen trozo de Charlotte Chase que dejaba ver una falda vaquera dos tallas más pequeña de la suya. Lo cual significaba sin duda que no íbamos a pillar nada más antes del almuerzo porque nuestra próxima clase era lenguaje de signos americano y no se permitía hablar de manera bastante estricta. Nadie era tan bueno con los signos como para deletrear «chica nueva», especialmente porque esa clase era la única en la que coincidíamos con el resto del equipo de baloncesto del Jackson.

Llevaba en aquel equipo desde octavo grado, cuando crecí quince centímetros durante el verano y al final me quedé una cabeza por encima de todos los demás de mi clase. Además, uno está obligado a hacer algo normal cuando sus dos padres son profesores. Y mira por dónde, yo era bastante bueno en baloncesto. Siempre parecía saber dónde iban a lanzar la pelota los jugadores del otro equipo, lo cual me había valido un asiento en la cafetería todos los días. Y en Jackson, eso costaba lo suyo.

Ese día el asiento había ganado aún más valor porque Shawn Bishop, nuestro base, ya había visto a la chica nueva. Link le preguntó lo único que les importaba a todos.

—Entonces, ¿está buena?

—Muy buena.

—¿Tan buena como Savannah Snow?

Como si estuviera sincronizada con su nombre, Savannah, el modelo por el cual se medían el resto de chicas del Jackson, entró en la cafetería, cogida del brazo de Emily «Anti-Ethan» y todos nos volvimos a mirar porque Savannah tenía el metro y medio más perfecto de piernas que habíamos visto en nuestra vida. Emily y Savannah eran casi una sola persona, incluso aunque no llevaran puestos los uniformes de animadoras. Ambas llevaban el pelo rubio, con mechas de peluquería, chancletas y unas faldas vaqueras tan cortas que podrían pasar por cinturones. Lo mejor de Savannah eran las piernas, pero la parte superior del bikini de Emily era la destinataria de las miradas de todos los chicos en el lago

durante el verano. Nunca las veías llevar libros, sólo unos diminutos bolsos metalizados apretados bajo el brazo, donde apenas cabía un móvil y eso para las pocas ocasiones en las que Emily dejaba de mandar mensajes con él.

Las diferencias se reducían a las posiciones que ocupaban en el equipo de animadoras. Savannah era la capitana y hacía de base: era una de las chicas que sostenía dos filas de animadoras en la famosa pirámide de las Wildcats, sistema de animación al que se había sumado el instituto Jackson. Emily era saltadora, una de las chicas que coronaban la pirámide, y a la que lanzaban un metro o dos por los aires hasta completar una voltereta o cualquier otra alocada pirueta acrobática de las que podrían terminar fácilmente en un cuello roto. Pese a todo, Emily seguiría arriesgándolo todo por estar en lo alto de esa pirámide, aunque Savannah no lo necesitaba. Cuando Emily saltaba, la pirámide continuaba tal cual, pero si Savannah se movía un centímetro, todo aquello se venía abajo.

Emily «Anti-Ethan» se dio cuenta de que la estábamos mirando y puso cara de pocos amigos. Los chicos se echaron a reír. Emory Watkins me dio una palmada en la espalda.

—En el pecado está la penitencia, Wate. Ya conoces a Emily, quien bien te quiere te hará sufrir.

Hoy no tenía ganas de pensar en Emily, sino justo todo lo contrario. Desde el momento en que Link planteó la historia, algo me había llamado la atención en cuanto a esa chica nueva y era la posibilidad de que hubiera alguien diferente procedente de un sitio distinto. Quizás alguien con una vida mejor que la nuestra, y que la mía en especial.

Incluso alguien con quien hubiera soñado. Sabía que era nada más que una fantasía, pero quería creérmela.

—Oye, ¿habéis oído hablar de la chica nueva? —Savannah se sentó en el regazo de Earl Petty, que era el capitán de nuestro equipo y su novio de quita y pon. En este momento, estaban juntos. Él deslizó las

manos por sus piernas de color anaranjado, tan hacia arriba que uno no sabía dónde mirar.

—Shawn nos estaba informando. Dice que está buena. ¿La vas a incluir en el grupo de animadoras? —preguntó Link mientras cogía de mi bandeja un par de patatas Tater Tots.

—No lo creo. Tendríais que ver la ropa que lleva. —Golpe número uno—. Y lo pálida que está. —Golpe número dos.

Según Savannah, una chica nunca estaba lo suficientemente delgada o demasiado bronceada.

Emily se sentó al lado de Emory, inclinándose de una manera algo excesiva sobre la mesa.

—¿Y os ha dicho quién es ella?

—¿A qué te refieres?

Emily hizo una pausa para dar dramatismo a su comentario.

—Es la sobrina del Viejo Ravenwood.

Pero la verdad es que no hacía falta hacer pausa alguna, esta vez, pues fue como si hubiera aspirado el aire de la habitación. Un par de chicos se echaron a reír, porque pensaron que estaba de broma, pero yo sabía que no. Golpe número tres.

Ya la habían rechazado. Y eso la alejaba tanto de mí que probablemente no llegaría ni a verla. La posibilidad de que apareciera la chica de mi sueño se desvaneció incluso antes de que pudiera hacerme a la idea de cómo sería nuestra primera cita. Había quedado condenado a tres años más de chicas como Emily Asher.

Macon Melquisedec Ravenwood era un tipo del pueblo que vivía confinado en su casa. Digamos que recordaba lo suficiente de *Matar a un ruiseñor* para ser consciente de que el Viejo Ravenwood hacía que Boo Radley pareciera un mariposilla. Vivía en una vieja casa en ruinas en la plantación más antigua e infame de Gatlin, y no creo que nadie en el pueblo le hubiera visto al menos desde que yo nací, o incluso antes.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Link.

—Completamente. Carlton Eaton se lo dijo ayer a mi madre cuando le trajo el correo.

Savannah asintió.

—Mi madre ha escuchado lo mismo. Se ha mudado a vivir con el Viejo Ravenwood hace un par de días, viene de Virginia o Maryland, no me acuerdo.

Todos continuaron hablando de ella, de su ropa, su pelo, su tío y de lo bicho raro que probablemente era. Esto era lo que más odiaba de Gatlin, el modo en que todo el mundo se dedicaba a comentar lo que habías dicho, o hecho, o, como en este caso, vestido. Me quedé mirando los fideos de mi bandeja, bañados en ese flojo líquido de color naranja que no tenía mucho parecido con el queso.

Me quedaban dos años y ocho meses, contando desde ese momento. Tenía que salir como fuera de este pueblo.

El gimnasio se usaba después de las clases para los ensayos de las animadoras. Ya no llovía, de modo que los entrenamientos de baloncesto tenían lugar en la pista exterior, con su cemento agrietado, los bordes levantados, y aún cubierto de charcos de agua debido a la lluvia que había caído por la mañana. Había que andar con mucho cuidado para no darse un golpe en una fisura del tamaño del Gran Cañón situada en el medio. Aparte de eso, desde allí se podía ver casi todo el aparcamiento y se podía observar en primera fila la vida social del instituto mientras calentabas.

Hoy estaba en racha. Llevaba siete de siete desde la línea de tres, pero también Earl, que me seguía lanzamiento tras lanzamiento.

Un silbido en el aire. Ocho. Parecía que me bastaba mirar a la canasta para que entrara la pelota. Algunos días las cosas salen así.

Otro silbido. Nueve. Earl estaba cabreado. De hecho, cada vez que yo tiraba, botaba la pelota con más energía contra el suelo. Él era el otro

pívot alto. Nuestro acuerdo tácito era que yo le dejaba estar en primera fila a cambio de que no me diera la brasa si no me apetecía quedarme en el Stop & Steal todos los días después del entrenamiento. Estaban contadas las formas en las que puedes hablar siempre de las mismas chicas y la cantidad de salchichas Slim Jims que te puedes comer.

Silbido. Diez. No podía fallar. Quizá fuera sólo cosa de la genética, o quizás había algo más. No me había dado cuenta, pero había dejado de intentarlo desde que murió mi madre; después de todo, era increíble que siguiera entrenando.

Silbido. Once. Earl gruñó algo a mis espaldas, botando con más fuerza. Intenté no sonreír y le eché una ojeada al aparcamiento cuando lancé el tiro siguiente. Vi una maraña de pelo negro largo detrás de la rueda de un coche negro y largo.

Un coche fúnebre. Me estremecí.

Entonces ella se giró y observé a través de la ventanilla a una chica mirando en mi dirección, o al menos creí haberla visto. La pelota chocó contra el aro de la canasta y salió despedida por encima de la verja. Detrás de mí, escuché el sonido tan familiar.

Silbido. Doce. Earl Petty podía relajarse por fin.

Cuando el coche pasó, miré a la cancha. Todos los chicos se habían quedado mirando como si hubieran visto un fantasma.

—¿Ésa era…?

Billy Watts, nuestro alero, asintió y se subió con una sola mano encima de la verja.

—Sí, la sobrina del Viejo Ravenwood.

Shawn le lanzó la pelota.

—Exactamente como nos lo habían contado: va conduciendo su coche fúnebre.

Emory sacudió la cabeza.

—Pues está buena de verdad. Qué desperdicio.

Todos volvieron al juego, pero cuando Earl fue a lanzar otra vez, comenzó a llover. Treinta segundos más tarde nos atrapó el aguacero, la lluvia más intensa que habíamos visto en todo el día. Me quedé allí, dejando que las gotas me golpearan. El pelo mojado se me metía en los ojos y no podía ver el resto del colegio, ni al equipo.

El mal presagio no era sólo el coche fúnebre, sino también la chica.

Durante unos cuantos minutos había sentido auténtica esperanza de que quizás este año no fuera como los demás, y que algo cambiara. Que hubiera alguien con quien poder hablar, con quien me sintiera bien.

Pero todo lo que tenía era un buen día en la cancha, y eso nunca había sido suficiente.

2 DE SEPTIEMBRE

Un agujero en el cielo

Al llegar, encontré en la cocina un plato con pollo frito congelado con mala pinta, puré de patata y judías verdes en salsa, además de unos panecillos, tal cual Amma los había dejado. Generalmente me mantenía la cena caliente hasta que regresaba del entrenamiento, pero, por lo visto, hoy no. Tenía un buen problema. Amma estaba furiosa y comía bastones de caramelo con sabor a canela Red Hots, sentada en la mesa mientras garabateaba el crucigrama del *New York Times*. Mi padre se había suscrito en secreto a la edición del domingo, porque los crucigramas del *Barras y Estrellas* tenían demasiados errores y los del *Reader's Digest* eran demasiado cortos. No sé cómo conseguía colárselos a Carlton Eaton, que se habría encargado de hacer saber a toda la población que nos creíamos demasiado buenos para el *Barras y Estrellas*, pero no había nada que mi padre no hiciera por Amma.

Deslizó el plato en mi dirección, mirándome, pero sin llegar a verme de verdad. Me metí un bocado de puré de patata y pollo en la boca. No había nada que Amma odiara más que dejar la comida en el plato. Intenté mantenerme a distancia de la punta del lápiz negro del número 2 que usaba sólo para los crucigramas y que estaba tan afilado que casi se podía derramar sangre con él. Esta noche no me cabía duda alguna.

Escuché el rápido golpeteo de la lluvia en el tejado. No se oía nada más en la habitación. Amma dio un golpe con el lápiz en la mesa.

—Nueve letras. «Recluido o penalizado por cometer una fechoría». —Lanzó otra mirada en mi dirección. Me metí otra cucharada en la boca de puré de patata. Ya sabía lo que se me venía encima: el nueve horizontal.

—C.A.S.T.I.G.A.D.O. O sea, sancionado. Es decir, que si no eres capaz de llegar a clase a tu hora, ya puedes ir pensando en irte de esta casa.

Me pregunté quién la habría llamado para decirle que había llegado tarde, o mejor aún, quién no la habría llamado. Volvió a sacar punta al lápiz, aunque no lo necesitaba, metiendo la punta en el afilador automático que tenía en la encimera. Seguía evitándome la mirada de forma significativa, lo que era aún peor que si me hubiera mirado fijamente a los ojos.

Me acerqué a ella y le pasé el brazo por encima, dándole un buen achuchón.

—Venga ya, Amma. No seas así. Esta mañana estaba diluviando, no querrías que corriéramos como locos bajo la lluvia, ¿no?

Alzó una ceja, pero su expresión se suavizó.

—Bueno, pues me da la impresión de que va a llover desde ahora hasta el día en que te dé por cortarte el pelo, así que será mejor que encuentres el modo de llegar a la escuela antes de que suene el timbre.

—Sí, señora. —Le di un achuchón más y me encaminé de nuevo hacia el gélido puré de patata—. No te vas a creer lo que ha pasado hoy. Tenemos una chica nueva en clase. —No sé por qué dije aquello, quizá porque aún lo tenía metido en la cabeza.

—¿Crees que no me he enterado de lo de Lena Duchannes? —Casi me atraganté con el pan. Lena Duchannes. En el sur se pronunciaba de un modo que rimaba con lluvia y, tal cual lo decía Amma, parecía como si la palabra hubiera adquirido una sílaba extra. Dukey-yein.

—¿Ése es su nombre? ¿Lena?

Amma empujó un vaso de batido de chocolate en mi dirección.

—Sí y no, y además no es asunto tuyo. No te voy a dejar que andes enredando con cosas de las que no tienes ni idea, Ethan Wate.

Amma siempre hablaba con acertijos y nunca explicaba nada más. Yo no había ido a su casa en Wader's Creek desde que era un crío, pero sabía que la mayor parte del pueblo sí lo había hecho. Amma era la lectora de cartas de tarot más respetada en cien kilómetros a la redonda, igual que su madre antes que ella y su abuela antes aún, hasta seis generaciones de lectoras de tarot. Gatlin estaba lleno de baptistas, metodistas y pentecostalistas temerosos de Dios, pero ninguno de ellos podía resistir la tentación de las cartas, la posibilidad de cambiar el curso de su propio destino, puesto que eso era lo que pensaban que podía hacer un lector con poderes. Y, desde luego, Amma era toda una fuerza que tener en cuenta.

Algunas veces hallaba alguno de sus hechizos caseros en el cajón de los calcetines o colgado de la puerta del estudio de mi padre. Sólo pregunté una vez qué era aquello. Mi padre le gastaba bromas cada vez que encontraba uno, pero me di cuenta de que no los quitaba de la circulación. «Mejor respetarlos que tener que lamentarlo», decía, y supuse que con esto se refería a respetar a Amma, que podía hacer que lo lamentaras bien lamentado.

—¿Has oído algo más sobre ella?

—Tú a lo tuyo. Un día vas a hacer un agujero en el cielo y el universo se va a caer por ahí. Entonces, estaremos todos metidos en un buen lío.

Mi padre se deslizó en la cocina en pijama. Se sirvió una taza de café y sacó de la despensa un paquete de cereales Shredded Wheat. Aún llevaba colocados los tapones amarillos de cera para los oídos. Cuando cogía los cereales significaba que estaba a punto de comenzar su día y que tuviera los tapones puestos que aún no lo había hecho.

Me incliné y le susurré a Amma:

—¿Qué es lo que has oído por ahí?

Amma se llevó mi plato y lo puso en el fregadero. Luego estuvo limpiando algunos huesos que parecían de paleta de cerdo y los colocó en un plato, lo cual me resultó extraño porque habíamos cenado pollo esa noche.

—Eso no es asunto tuyo. Lo que a mí me gustaría saber es por qué estás tan interesado.

Me encogí de hombros.

—No, no mucho, la verdad. Sólo es curiosidad.

—Pues ya sabes lo que dicen de la curiosidad. —Clavó un tenedor en mi trozo de pastel de crema y luego me echó la Mirada antes de irse.

Incluso mi padre notó cómo se balanceaba la puerta de la cocina cuando ella se marchó y se quitó uno de los tapones para preguntarme:

—¿Qué tal te ha ido en la escuela?

—Bien.

—¿Qué le has hecho a Amma?

—He llegado tarde a clase.

Me estudió la expresión de la cara y yo la suya.

—¿El número 2?

Yo asentí.

—¿Afilado?

—Ya lo estaba, pero, aun así, lo afiló más. —Suspiré. Mi padre casi llegó a esbozar una sonrisa, lo cual era muy raro. Sentí una especie de alivio, quizá casi como si hubiera logrado algo.

—¿Sabes cuántas veces he estado sentado en esa vieja mesa mientras ella me amenazaba con el lápiz cuando era niño? —me preguntó, aunque realmente no era una pregunta. La mesa, rayada y manchada de pintura, pegamento y rotuladores por todos los Wate que lo habían hecho antes que yo, era uno de los trastos más viejos de la casa.

Sonreí. Mi padre cogió el bol de cereales e hizo un gesto con la cuchara en mi dirección. Amma había criado a mi padre, un hecho que me habían recordado cada vez que había osado hablarle con descaro cuando era niño.

—M.I.R.Í.A.D.A. —deletreé.

Mientras dejaba caer el bol en el fregadero, él me respondió a su vez:

—I.N.F.I.N.I.D.A.D. O sea, te he ganado, Ethan Wate.

Dio un paso hasta que quedó bajo la luz de la cocina y en ese momento su media sonrisa se redujo hasta desaparecer. Tenía peor aspecto que nunca. Las sombras de su rostro se habían acentuado y los huesos se le distinguían con toda claridad a través de la piel, que había adquirido un color verde pálido al no salir nunca de casa. Hacía meses que parecía una especie de cadáver andante. Se me hacía difícil pensar que era la misma persona que se sentaba conmigo durante horas en las playas del lago Moultrie, comiendo sándwiches de pollo y ensalada y enseñándome cómo lanzar correctamente el sedal. «A un lado y al otro, a las diez y a las dos. A las diez y a las dos, como las manecillas del reloj». Los últimos cinco meses habían sido muy duros para él, quería de verdad a mi madre. Pero yo también.

Cogió el café y regresó a su estudio arrastrando los pies. Era hora de enfrentarse a los hechos. Quizá Macon Ravenwood no era el único en vivir enclaustrado en la ciudad y no creía tampoco que cupieran en ella dos Boo Radleys, pero esto era lo más parecido a una conversación que habíamos tenido en meses y no quería que se marchara.

—¿Qué tal te va con el libro? —le espeté. En realidad, lo que quería decirle era que se quedara y hablara conmigo.

Él pareció sorprenderse y después se encogió de hombros.

—Ahí va. Todavía me queda un montón de trabajo. —Esto quería decir que no podía hacerlo.

—La sobrina de Macon Ravenwood se ha mudado a la ciudad —dije esto justo después de que él se hubiera puesto los tapones de nuevo. Como siempre, no había forma de sincronizarnos. Pensándolo bien, me estaba pasando esto con todo el mundo en los últimos tiempos.

Mi padre se quitó un tapón, suspiró, y luego se quitó el otro.

—¿Qué? —Pero ya había comenzado a dirigirse hacia su estudio. El contador de nuestra conversación estaba en el tiempo de descuento.

—¿Sabes algo de Macon Ravenwood?

—Lo mismo que todo el mundo, supongo. Se comporta como un recluso. Por lo que yo sé, no ha salido de la mansión Ravenwood en años. —Abrió la puerta del estudio y cruzó el umbral, pero yo no le seguí. Me quedé en la entrada.

Jamás había puesto un pie allí dentro. Cuando tenía siete años, me había pillado una vez, sólo una, leyendo una novela antes de que terminara de revisarla. Su estudio era un lugar oscuro, aterrador. Había un raído sofá Victoriano encima del cual colgaba un cuadro siempre cubierto con una tela. Sabía que no debía preguntar nunca lo que había debajo de ella. Más allá, junto a la ventana, estaba el escritorio de mi padre, tallado en caoba, otra antigüedad transmitida de generación en generación con la casa. Y libros, viejos libros encuadernados en piel tan pesados que cuando se abrían era necesario colocarlos sobre un atril enorme.

Éstas eran las cosas que nos ataban a Gatlin y también a la propiedad de los Wate, justo como lo habían hecho nuestros antepasados durante más de cien años.

Su manuscrito reposaba sobre el escritorio. Aquella vez también se encontraba en el mismo lugar, en una caja de cartón abierta y yo quería enterarme como fuera de lo que contenía. Mi padre escribía terror gótico, por eso ninguno de sus textos era apropiado para un niño de siete años, pero todas las casas de Gatlin estaban llenas de secretos, como

todo el sur, en realidad, y mi casa no era una excepción, ni siquiera entonces.

Fue él quien me encontró, acurrucado en el sofá de su estudio, con las páginas esparcidas a mi alrededor como si hubiera estallado uno de mis cohetes de juguete en la caja. Por aquel entonces, no sabía disimular mis trastadas, algo que aprendí con rapidez después de aquello. Sólo le recuerdo gritándome hasta que apareció mi madre y me encontró llorando en el viejo magnolio que había en el patio. «Algunas cosas son privadas, Ethan. Y únicamente para personas mayores».

Yo sólo quería saber. Ése había sido siempre mi problema. De hecho, lo seguía siendo. Quería saber por qué mi padre nunca salía de su estudio. Quería saber por qué no podíamos marcharnos de esa vieja casa sólo porque había un millón de Wate que hubieran vivido antes allí, especialmente ahora que mi madre ya no estaba.

Pero no esa noche. Esa noche sólo quería recordar los sándwiches de pollo y ensalada, y lo de las diez y las dos, y aquellos momentos en los que mi padre se comía los cereales en la cocina, gastándome bromas. Me quedé dormido mientras recordaba.

Antes de que sonara el timbre al día siguiente, Lena Duchannes se había convertido en el tema del que hablaba todo el mundo en el instituto Jackson. De alguna manera, a pesar de las tormentas y los cortes de luz, Loretta Snow y Eugenie Asher, las madres respectivas de Savannah y Emily, se las apañaron para poner la cena en la mesa y llamar a todo el mundo en el pueblo para que supieran que una pariente loca de Macon Ravenwood conducía por Gatlin en un coche fúnebre, un coche que pensaban que aún se usaba para transportar muertos cuando nadie miraba. Y desde ahí la cosa fue a más.

Había dos cosas con las que podías contar en Gatlin. Primero, podías ser diferente, incluso estar loco, y la gente no iba a pensar que eras el

asesino del hacha… siempre y cuando salieras de casa de vez en cuando. Segundo, si había algo que contar, podías estar seguro de que iba a haber alguien que lo contase. Que una chica nueva se mudara a la Mansión Encantada con el enclaustrado de la ciudad, eso sí que era una historia, probablemente la mejor historia que había sucedido en Gatlin desde el accidente de mi madre. Así que no sé por qué me sorprendí cuando vi a todo el mundo hablar de ella, a todos, menos a los chicos. Éstos tenían otros asuntos que solucionar primero.

—Entonces, ¿qué es lo que tenemos, Em? —preguntó Link cerrando la puerta de su taquilla con un golpe.

—Contando las pruebas para animadoras, parece que unos cuatro ochos, tres sietes y un puñado de cuatros. —Ni siquiera se molestaba en contar a las novatas de primero que no llegaban a puntuar con un cuatro.

Yo también cerré la mía con un golpazo.

—¿Y a eso le llamas noticias? ¿No son las mismas chicas que vemos en el Dary Kin todos los sábados?

Emory sonrió y me dio una palmada en el hombro.

—Pero ahora están en el juego, Wate. —Paseó la mirada por las chicas que había en el vestíbulo—. Y yo también estoy preparado para jugar.

A Emory, sin embargo, se le iba la fuerza por la boca. El año anterior, cuando éramos novatos, se pasaba las horas hablando de las tías buenas veteranas que se iba a tirar, ya que había entrado en el equipo de baloncesto del instituto. Em estaba en la inopia, igual que Link, pero no era tan inofensivo. Tenía una vena mezquina, como todos los Watkin.

Shawn sacudió la cabeza.

—Esto es como querer coger melocotones de una vid.

—Los melocotones crecen en los árboles —le soplé, pues había terminado por irritarme, quizá porque me había encontrado antes de clase con los chicos en el mostrador de las revistas del Stop & Steal, y me había visto obligado a sufrir la misma conversación mientras Earl

hojeaba los números de la única cosa que leía, esas revistas con chicas en bikini tumbadas sobre el capó de un coche.

Shawn se me quedó mirando, confuso.

—¿De qué estás hablando?

Ni siquiera sabía por qué estaba molesto. Era una conversación estúpida, tan estúpida como el hecho de que todos los chicos tuviéramos que reunimos los miércoles por la mañana antes de ir a clase. Era algo que me tomaba como si estuvieran pasando lista. Si estabas en el equipo, se esperaba que hicieras unas cuantas cosas. Sentarse con todos los demás en la cafetería, ir a las fiestas de Savannah Snow, pedirle a una animadora que te acompañara al baile y darte una vuelta por el lago Moultrie el último día de colegio. Tú podías meter la pata en casi cualquier cosa siempre que aparecieras cuando había que pasar lista. No sabía por qué, pero cada vez me costaba más acudir.

Todavía no había conseguido una respuesta cuando la vi. Incluso aunque no hubiera llegado a verla, lo habría sabido, porque el pasillo, que generalmente estaba atestado de gente abriendo las taquillas e intentando llegar a tiempo a clase antes del segundo timbre, se despejó en cuestión de segundos. Todo el mundo dio un paso hacia atrás cuando ella entró, como si fuera una estrella de rock.

O una leprosa.

Sin embargo, todo lo que yo vi fue una chica preciosa con una chaqueta de deporte blanca con la palabra «Múnich» bordada sobre un largo vestido gris debajo del cual asomaban unas Converse muy usadas. Llevaba también una larga cadena de plata en torno al cuello con toneladas de cosas colgando, como un aro de plástico de una máquina expendedora de chicles, un imperdible y un montón de amuletos que no podía distinguir, ya que estaba muy lejos. Una chica cuyo aspecto no era el de una chica de Gatlin. No podía quitarle los ojos de encima.

La sobrina de Macon Ravenwood. ¿Qué era lo que me estaba pasando?

Se colocó los rizos oscuros detrás de la oreja y la luz fluorescente se reflejó en la laca negra de sus uñas. Tenía las manos manchadas de tinta negra, como si se hubiera apuntado cosas en ellas, y caminó por el pasillo como si fuéramos invisibles. Tenía los ojos más verdes que había visto en mi vida, tan verdes que incluso parecía un color que alguien hubiera acabado de inventar.

—Vaya, pues si que está buena —comentó Billy.

Sabía lo que estaban pensando. Durante un segundo, consideraron la idea de largar a sus novias para tener una oportunidad con ella. Durante un segundo, se convirtió en una posibilidad.

Earl le echó un vistazo de reojo, y después cerró bruscamente la puerta de su taquilla.

—Siempre que ignores el hecho de que es un bicho raro.

Había algo chungo en la manera en que lo dijo, o más bien, en el motivo por el cual lo hizo. Era un bicho raro porque no era de Gatlin, porque no andaba como loca por entrar en el equipo de animadoras, porque ella no le había vuelto a mirar, o más bien, ni siquiera se había dignado hacerlo. Cualquier otro día le hubiera ignorado y hubiera cerrado el pico, pero ése no estaba por callarme.

—Así que eso la convierte automáticamente en un bicho raro, ¿no? ¿Porque no tiene uniforme, el pelo rubio y la falda corta?

El rostro de Earl era transparente. Ésa era una de esas veces en las que se suponía que tenía que seguirle la corriente y yo no estaba cumpliendo con mi parte en aquel acuerdo tácito.

—Porque es una Ravenwood.

El mensaje era claro. Estaba buena, pero que no se te ocurriera pensar en ella siquiera. Ya había dejado de ser una posibilidad. Aun así, eso no evitó que la miraran, y eso era lo que estaban haciendo todos. Todos los que estaban en el pasillo mantuvieron las miradas fijas en ella como si fuera un ciervo ante la mira de un rifle de caza.

Pero ella siguió caminando, con el collar tintineando alrededor del cuello.

Unos minutos más tarde yo estaba de pie en la puerta de mi clase de inglés y ella, Lena Duchannes, también. La chica nueva, que probablemente seguiría recibiendo ese nombre dentro de cincuenta años si es que no la llamaban la sobrina del Viejo Ravenwood, le entregó una hoja de papel rosa a la señora English, que bizqueaba al intentar leerlo.

—Se han hecho un lío con mi horario y no me han puesto clase de inglés —le explicaba ella—, pero me han colocado dos horas de historia de Estados Unidos y ya lo he cursado en el otro instituto. —Sonaba frustrada y yo intenté no sonreír. Ella nunca había dado historia de Estados Unidos, al menos no como la enseñaba el señor Lee.

—De acuerdo, siéntese donde pueda. —La señora English le dio una copia de *Matar a un ruiseñor*. Parecía que nunca se había usado el libro, lo cual seguramente había ocurrido desde que convirtieron la novela en película.

La chica nueva alzó la mirada y me pilló observándola. Yo aparté los ojos, pero ya era demasiado tarde. Me las apañé para no sonreír, pero me sentía avergonzado y eso sólo sirvió para que sonriera aún más. Ella no pareció darse cuenta.

—Gracias, pero he traído el mío. —Sacó una copia en tapa dura y con un árbol grabado en la portada. Parecía realmente viejo y usado, como si lo hubiera leído más de una vez—. Es uno de mis libros favoritos. —Hizo el comentario como si aquello no fuera una rareza, y en ese momento me quedé mirándola.

Sentí como si una apisonadora me hubiera pasado por encima y Emily atravesó el umbral de la puerta como si yo no estuviera allí, que era su manera de decir «hola» y esperar que la acompañara hacia el fondo de la clase, donde se sentaban todos nuestros amigos.

La chica nueva se sentó en un sitio vacío de la primera fila, en la Tierra de Nadie que se extendía delante de la mesa de la señora English. Una mala decisión. Todo el mundo sabía que no había que sentarse allí. La señora English tenía un ojo de cristal y un oído terrible, algo lógico cuando la familia de uno tiene el único campo de tiro del condado. No podía verte ni dirigirse a ti si te sentabas en un sitio cualquiera que no fuera el de delante de ella. Lena iba a tener que contestar las preguntas de toda la clase.

Emily puso un gesto de diversión, cambió de dirección hasta pasar por su lado y le dio un golpe al bolso de Lena, que se cayó a un lado en el pasillo.

—Vaya. —Emily se agachó, y recogió un manoseado cuaderno de espiral tan roto que estaba a punto de perder la cubierta. Lo alzó como si fuera un ratón muerto—. Lena Duchannes. ¿Ése es tu nombre? Pensé que era Ravenwood.

Lena alzó la mirada lentamente.

—¿Puedes devolverme mi cuaderno?

Emily hojeó las páginas con descuido, como si no la hubiera escuchado.

—¿Éste es tu diario? ¿Eres escritora? Oye, esto es genial.

Lena alargó la mano.

—Por favor.

Emily lo cerró de golpe y lo apartó para que no pudiera alcanzarlo.

—¿Puedo pedírtelo un minuto? Me encantaría leer algo que hayas escrito.

—Quiero que me lo devuelvas ahora mismo. Por favor. —Lena se puso de pie. Las cosas se estaban poniendo interesantes. La sobrina del Viejo Ravenwood estaba enterrándose en la clase de agujero del que luego no había escapatoria; nadie tenía una memoria como la de Emily.

—Primero tendrías que aprender a leer. —Le quité el diario a Emily de las manos y se lo devolví a Lena.

Después me senté en el pupitre de al lado, justo en la Tierra de Nadie. En el Lado del Ojo Bueno. Emily me miró con incredulidad. No sé por qué lo hice. Estaba tan estupefacto como ella. Jamás en mi vida me había sentado en la parte de delante de ninguna clase. El timbre sonó antes de que Emily pudiera decir nada, pero eso no importaba; yo sabía que ya las pagaría todas juntas después. Lena abrió el cuaderno y nos ignoró a los dos.

La señora English alzó la mirada.

—¿Podemos empezar, chicos?

Emily se fue con el rabo entre las piernas hacia su asiento en la parte de atrás, bien lejos de las primeras filas, donde no tendría que contestar preguntas durante todo el año y también muy lejos de la sobrina del Viejo Ravenwood. Y ahora, también lejos de mí. Esto me pareció algo liberador, incluso aunque tuviera que analizar la relación de Jem y Scout durante cincuenta minutos sin haberme leído el capítulo.

Cuando sonó el timbre, me volví a mirar a Lena. No sé qué me había imaginado que iba a decir. Quizás esperaba que ella me lo agradeciera. Pero no dijo nada y metió los libros en su cartera.

156. No era una palabra lo que había escrito en el dorso de su mano.

Era un número.

Lena Duchannes no me volvió a dirigir la palabra, al menos no ese día, ni siquiera esa semana, mas eso no evitó que pensara en ella o que la viera prácticamente por todas partes, aunque intentara no mirar. No era exactamente que esto me molestara. Tampoco era por su aspecto o por el hecho de que fuera guapa, a pesar de que siempre llevara ropas inadecuadas o esas viejas zapatillas. No era tampoco por lo que decía en clase, que era algo que nadie se hubiera atrevido a pensar y, de haber sido así, no se hubiera atrevido a decir. Ni siquiera que era diferente al resto de chicas del Jackson, pese a lo obvio que eso era.

Era porque me hacía darme cuenta de lo mucho que me parecía a todos ellos, aunque yo quisiera simular que no era así.

Había estado lloviendo todo el día y estaba sentado en la clase de cerámica, también conocida como SG, sobresaliente garantizado, porque te ponían la nota en función del esfuerzo y no de los resultados. Me había matriculado en cerámica la pasada primavera porque tenía que cursar algunas asignaturas de arte y, desde luego, bajo ningún concepto pensaba meterme en la banda de música, que ensayaba ruidosamente en el piso de abajo, dirigidos por la delgadísima y siempre llena de entusiasmo señorita Spider. Savannah se sentaba a mi lado. Yo era el único chico de la clase, y como era chico no tenía ni idea de lo que se suponía que teníamos que hacer a continuación.

—Hoy experimentaremos y no os voy a poner nota. Sentid la arcilla, liberad la mente. Ignorad la música que viene del piso de abajo. —La señora Abernathy se estremeció cuando la banda masacró una canción parecida a *Dixie*—. Sentidlo profundamente, abrid un camino hasta vuestra alma.

Me coloqué al lado del torno de alfarero y me quedé mirando la cerámica cuando empezó a girar delante de mí. Suspiré. Esto era casi tan malo como la banda. Cuando la clase se quedó en silencio y el zumbido de los tornos ahogó el rumor de la conversación en las filas de atrás, cambió la música del piso de abajo. Oí un violín, o quizás uno de esos violines grandes, una viola, creo. El sonido era hermoso y triste a la vez, además de perturbador. Desde luego, había mucho más talento en aquella desnuda melodía que lo que la señorita Spider había tenido el placer de dirigir en su vida. Miré a mi alrededor; nadie parecía escuchar la música. El sonido se deslizó bajo mi piel.

Reconocí la música y, al cabo de pocos segundos, comencé a escuchar las palabras en mi mente, tan claras como si las estuviera oyendo en mi iPod, pero esta vez la letra había cambiado:

Dieciséis lunas, dieciséis años
con el sonido del trueno en tus oídos.
Dieciséis millas hasta el reencuentro con ella.
Dieciséis que buscan lo que dieciséis temen.

Me quedé mirando la arcilla que giraba delante de mí hasta que el bulto se deformó. Cuanto más intentaba concentrarme, más se difuminaba la habitación a mi alrededor, hasta que pareció que la arcilla arrastraba en sus giros a la clase, la mesa y mi silla con ella. Era como si todos estuviéramos conectados en un giro continuo, al compás del ritmo de la melodía procedente de la clase de música. La habitación desapareció de mi visión. Alcé una mano y, con lentitud, pasé un dedo por la arcilla.

Y entonces hubo un relámpago y la clase que giraba se diluyó dando paso a otra imagen…

Yo caía.

Ambos caíamos.

Había regresado a mi sueño. Veía su mano, y veía la mía aferrándose a ella, con los dedos clavados en su piel, en su muñeca, en un intento desesperado por sujetarla, pero se me escapaba y podía sentir cómo sus dedos se me escurrían de la mano.

¡No me sueltes!

Quería ayudarla, sostenerla, más de lo que había querido nada en mi vida. Y en ese momento ella se escurrió de entre mis dedos…

—¿Qué estás haciendo, Ethan? —preguntó la señorita Abernathy con preocupación.

Abrí los ojos e intenté enfocar la mirada y recobrarme. Había tenido todos estos sueños desde que mi madre murió, pero ésa fue la primera

vez que los tuve durante el día. Me quedé mirando la mano, llena de arcilla gris que empezaba a secarse. Pero la huella que había en el torno tenía la impronta de una mano, como si yo hubiera aplastado lo que había estado haciendo. La observé más de cerca. Esa mano no era la mía, sino que era mucho más pequeña. Era la de una chica.

Su mano.

Miré bajo mis uñas, estaba la arcilla que se había desprendido de su muñeca.

—Ethan, al menos podrías hacer el intento. —La señora Abernathy me puso la mano en el hombro y me sobresalté. Al otro lado de las ventanas se oía el retumbar de un trueno.

—Señorita Abernathy, creo que está comunicándose con su alma —dijo Savannah entre risitas, inclinándose para ver mejor—. Y creo que te está diciendo que necesitas una manicura, Ethan.

Las chicas situadas a mi alrededor se echaron a reír. Aplasté la huella con el puño, convirtiéndola en una masa informe. En cuanto sonó el timbre, me levanté, me restregué las manos en los vaqueros, cogí la mochila y salí a toda prisa de la clase, resbalando con las zapatillas mojadas al doblar la curva para salir. Luego, tropecé con los cordones que llevaba desatados cuando bajé corriendo los dos tramos de escaleras que había hasta la sala de música. Tenía que saber si me lo había imaginado.

Empujé las puertas de la clase de música con ambas manos. El escenario estaba vacío y la clase desfilaba para salir. Yo iba contracorriente, intentando entrar cuando todo el mundo quería salir. Inhalé una gran bocanada de aire, pero ya sabía lo que iba a oler antes de hacerlo.

Limones y romero.

En el escenario, la señorita Spider recogía las partituras, dispersas encima de las sillas de tijera que usaba aquella penosa orquesta.

—Perdone, señorita, ¿quién tocaba esa… esa canción? —pregunté.

Ella me dirigió una sonrisa.

—Hemos tenido una maravillosa nueva adquisición en la sección de cuerda. Una viola. Justo acaba de mudarse a nuestra ciudad…

No. No podía ser. Ella no.

Me volví y eché a correr antes de que pronunciara su nombre.

Cuando sonó el timbre de la octava hora, Link me estaba esperando enfrente de las taquillas. Se pasó los dedos por su pelo de punta y se estiró la desteñida camiseta de Black Sabbath.

—Link, colega, necesito que me dejes las llaves.

—¿Y qué hay del entrenamiento?

—No puedo. Tengo que hacer algo.

—Pero, tío, ¿de qué estás hablando?

—Necesito las llaves. —Tenía que salir de allí como fuera. Había tenido todos esos sueños, había escuchado aquella música y ahora perdía el conocimiento en mitad de la clase, si es que ésa era la manera de llamarlo. No sabía qué era lo que me estaba pasando, pero lo que sí sabía era que no podía ser nada bueno.

Si mi madre aún estuviera viva, probablemente se lo habría contado todo. Ella era así, podía contarle todo. Pero ya no estaba y mi padre vivía encerrado en su estudio. Si se me ocurría decirle algo a Amma, empezaría a echar sal por toda mi habitación durante un mes por lo menos.

Sólo dependía de mí.

Link me dio las llaves.

—El entrenador te va a matar.

—Lo sé.

—Y verás cuando Amma se entere.

—También lo sé.

—Te va a patear el culo todo el camino hasta la frontera del condado. —Me despidió con la mano cuando cogí las llaves—. No hagas tonterías.

Me volví y salí disparado. Demasiado tarde.

11 DE SEPTIEMBRE

Colisión

Cuando llegué al coche, estaba empapado. La tormenta había ido en aumento a lo largo de toda la semana. Había alerta por mal tiempo en todas las emisoras de radio que pude captar, lo cual no era mucho si tenemos en cuenta que el Cacharro sólo cogía tres. Las nubes se habían vuelto completamente negras y, como estábamos en temporada de huracanes, no era algo para tomarse a la ligera, pero no me importó. Necesitaba aclararme y pensar qué estaba ocurriendo, aunque ni por asomo sabía cómo.

Tuve que dar las luces hasta para salir del aparcamiento. No se veía a mucho más de un metro delante del coche. No era un día para conducir, los rayos atravesaban el cielo oscuro que se extendía ante mí. Conté, como Amma me había enseñado hacía años —uno, dos y tres— y el trueno estalló, lo que significaba que la tormenta no andaba a más, según los cálculos de Amma, de unos cuatro o cinco kilómetros.

Me detuve ante el semáforo que había en el Jackson, uno de los tres existentes en todo el pueblo. No se me ocurría qué hacer. La lluvia golpeaba ruidosamente el coche. La radio permanecía estática, pero escuché algo. Subí el volumen y la canción fluyó por aquellos altavoces de mierda.

Dieciséis lunas.

La canción que había desaparecido de mi lista de reproducción. Ese tema que nadie parecía oír y que Lena Duchannes había estado tocando con la viola. La canción que me estaba volviendo loco.

El semáforo cambió a verde y el Cacharro arrancó tambaleándose por el camino. Estaba en marcha y no tenía ni la menor idea de adónde iba.

Los relámpagos continuaron atravesando el cielo. Conté: uno, dos. La tormenta se estaba acercando. Puse en marcha los limpiaparabrisas, pero no servían de nada. Apenas podía ver más allá de la mitad de la manzana. Un rayo centelleó de nuevo. Conté: uno. El trueno retumbó sobre el techo del Cacharro y la lluvia se volvió horizontal. Las gotas golpeteaban sobre el parabrisas con tanta fuerza que parecía que se iba a romper en cualquier momento, lo cual, considerando el estado en el que estaba el coche, no habría sido raro.

Yo no perseguía a la tormenta, era ella la que me perseguía a mí y al final me había alcanzado. Apenas podía mantener las ruedas sobre la calzada y el Cacharro comenzó a patinar de forma errática de un lado a otro entre las dos calles que daban a la Route 9.

No veía nada. Pisé a fondo el freno, dando vueltas en la oscuridad. Las luces fluctuaron apenas durante un segundo y un par de grandes ojos verdes me devolvieron la mirada desde la mitad de la calzada. A primera vista me pareció que era un ciervo, pero me había equivocado.

¡Había alguien en la carretera!

Sujeté el volante con ambas manos, con la mayor fuerza posible, y mi cuerpo se estampó contra el lateral del coche.

Ella tenía la mano extendida. Cerré los ojos esperando el impacto, pero éste no tuvo lugar.

El Cacharro se detuvo con una sacudida, a no más de un metro. Las luces formaron un pálido círculo de luz en la lluvia, reflejándose en unos de esos baratos chubasqueros de plástico que se pueden comprar a tres dólares en la tienda. Era una chica. Lentamente, se apartó la capucha del

rostro, dejando que la lluvia le cayera sobre la cara. Ojos verdes, pelo negro.

Lena Duchannes.

No podía respirar. Sabía que ella tenía los ojos verdes, porque los había visto antes, pero esta noche tenían un aspecto diferente, distintos a otros ojos cualquiera que yo hubiera visto antes. Eran muy grandes y de un verde antinatural, un verde eléctrico, como los relámpagos de la tormenta. Allí de pie bajo la tempestad, ni siquiera parecía humana.

Salí a trompicones del coche hacia la lluvia, dejando el motor en marcha y la puerta abierta. Ninguno de los dos dijo ni una palabra, y nos quedamos de pie en mitad de la Route 9 debajo de esa clase de diluvio que sólo se veía cuando hay un huracán o una borrasca del noreste. La adrenalina me corría por las venas y tenía los músculos en tensión, como si mi cuerpo aún esperara el golpe.

El pelo de Lena chorreaba agua y revoloteaba bajo el soplo del viento. Di un paso hacia ella y su cabello me azotó. Olía a limones y a tomillo mojados. De repente, el sueño regresó, como si fuera una ola que pasara sobre mi cabeza. Esa vez, cuando ella me cogió la mano, había visto su rostro por única vez.

Ojos verdes y pelo negro. Lo recordaba. Era ella, y ahora la tenía de pie justo delante de mí.

Tenía que asegurarme, así que la cogí de la muñeca y allí estaban aquellos diminutos arañazos en forma de media luna, justo donde mis dedos se habían aferrado a su muñeca durante el sueño. Cuando la toqué, una descarga eléctrica me recorrió el cuerpo. Cayó un rayo sobre un árbol situado a poco más de tres metros de donde estábamos, partiendo el tronco limpiamente por la mitad. Comenzó a arder.

—¿Estás loco? ¿Tan mal conductor eres? —Se apartó de mí, con los ojos verdes centelleantes… ¿de ira? De lo que fuera.

—Eres tú.

—¿Qué era lo que pretendías? ¿Matarme?

—Eres real. —Sentía las palabras extrañas en la lengua, como si la tuviera llena de algodón.

—Pues casi soy un cadáver, por tu culpa.

—No estoy loco. Creí que me estaba volviendo loco, pero no. Eres tú. Estabas justo ahí, delante de mí.

—No por mucho tiempo. —Me dio la espalda y comenzó a andar por la calzada. Ésta no era la manera en que había pensado que nos encontráramos.

Corrí hasta caminar a su lado.

—Has sido tú la que ha aparecido de la nada y se ha colocado en mitad de la calle.

Hizo un gesto de despedida con el brazo como si lo que estuviera rechazando fuera algo más que esa idea. En ese momento distinguí el largo coche negro en las sombras. El coche fúnebre, con la capota alzada.

—¿Ah, sí? Estaba buscando a alguien que me ayudara, pedazo de genio. El coche de mi tío se ha parado. Sólo tenías que haber conducido por tu sitio en vez de intentar atropellarme.

—Tú eres la chica que aparece en mis sueños. Y la canción. Esa extraña canción que me encontré en el iPod.

Lena se giró y se puso frente a mí.

—¿Qué sueños? ¿Qué canción? ¿Estás borracho o me estás gastando alguna clase de broma?

—Sé que eres tú. Tienes esas marcas en la muñeca.

Ella volvió la mano y se las miró, confusa.

—¿Éstas? Tengo un perro. Pasa del tema.

Pero yo sabía que no estaba equivocado. Veía su rostro en mi sueño con toda claridad. ¿Cómo era posible que ella no lo supiera?

Se puso de nuevo la capucha y comenzó el largo paseo hacia Ravenwood bajo el diluvio. Me puse a su lado.

—Pues te doy un consejo. La próxima vez, no te bajes del coche en mitad de la calzada durante una tormenta. Llama al 911.

Ella no dejó de andar.

—No iba a llamar a la policía. Se supone que no tengo que conducir. Sólo puedo conducir si voy con alguien y, de todos modos, tengo roto el móvil. —Desde luego, estaba claro que no era de aquí. La única manera de que la policía te detuviera en este pueblo era si te pillaban conduciendo por el lado contrario de la carretera.

La tormenta parecía arreciar. Tuve que gritar por encima del aullido de la lluvia.

—Déjame que te lleve a casa. No deberías andar por aquí.

—No, gracias. Esperaré a que aparezca el siguiente chico que me quiera atropellar.

—No va a aparecer ningún otro chico. Pasarán horas antes de que venga nadie por aquí.

Ella reanudó la marcha.

—No me importa. Caminaré.

No podía dejarla vagabundeando por ahí bajo aquel diluvio. Mi madre me había criado demasiado bien para eso.

—No puedo dejar que regreses a casa con este tiempo tan malo. —Y como si quisiera darme la entradilla en una obra de teatro, el trueno estalló sobre nuestras cabezas y su capucha voló de nuevo—. Conduciré como si fuera mi abuela. O como si fuera la tuya.

—No dirías eso si conocieras a mi abuela. —El viento arreciaba y ella gritaba también.

—Vamos.

—¿Qué?

—El coche. Métete dentro. Conmigo.

Ella me miró y durante un segundo no estuve seguro de si iba a ceder.

—Será más seguro que ir caminando, sobre todo si eres tú quien va conduciendo.

El Cacharro estaba empapado. A Link se le iba a ir la cabeza cuando lo viera. La tormenta sonaba diferente cuando nos metimos en el automóvil, más alta y más tranquila al mismo tiempo. Oía cómo la lluvia golpeaba el techo, pero el sonido lo ahogaba el del latido de mi corazón y el castañeteo de mis dientes. Puse el coche en marcha. Era consciente de la presencia de Lena a mi lado, sólo a unos centímetros, en el asiento del copiloto. La miré a hurtadillas.

Aunque era un coñazo, era preciosa. Tenía unos ojos verdes enormes. No podía hacerme una idea de por qué esta noche parecía tan distinta. Tenía las pestañas más largas que había visto en mi vida y su pálida piel aún lo parecía más en contraste con su cabello negro. En el pómulo, justo debajo de su ojo izquierdo, distinguí una diminuta marca de nacimiento de color marrón claro en forma de luna creciente. No se parecía a ninguna otra persona de Jackson, ni a nadie que yo hubiera visto en toda mi vida.

Se quitó el chubasquero mojado sacándoselo por la cabeza. Debajo llevaba una camiseta y unos vaqueros negros que se le habían quedado tan pegados que parecía que se hubiera caído en una piscina. El chaquetón gris arrojó un chorro de agua sobre el asiento de piel sintética.

—Me es… estás mirando.

Aparté la mirada hacia el parabrisas o a cualquier lado menos donde estaba ella.

—Deberías quitarte eso, sólo vas a conseguir enfriarte.

La miré mientras luchaba con los delicados botones de plata del chaquetón, incapaz de controlar el temblor de sus manos. Alargué la mano y ella se encogió, como si hubiera intentado tocarla de nuevo.

—Pondré la calefacción.

Ella volvió a luchar con los botones.

—Gr… gracias.

Pude verle las manos, con más manchas de tinta que antes, pero ahora emborronadas por el agua. Adiviné unos cuantos números. Quizás un uno o un siete, un cinco y un dos. 152. ¿De qué iba eso?

Eché una ojeada al asiento posterior buscando la vieja manta del ejército que Link solía tener allí. En vez de eso, había un raído saco de dormir, probablemente desde la última vez que mi amigo se metió en problemas en su casa y tuvo que dormir en el coche. Olía a humo de hoguera y a moho de sótano, pero se la ofrecí.

—Mmm, esto está mejor. —Cerró los ojos.

Se relajó con el calor de la calefacción y yo también me sentí mejor mientras la observaba. Le dejaron de castañetear los dientes, y después de eso, avanzamos en silencio. Sólo se oía la tormenta y el sonido de las ruedas arrojando agua en todas las direcciones al atravesar el lago en el que se había convertido la carretera. Ella trazó unas líneas con el dedo en la ventana empañada. Intenté mantener los ojos en la calzada mientras hacía todo lo posible por recordar el resto del sueño, algún detalle, alguna cosa que pudiera probarle que ella era eso, ella, lo que fuera, y que yo era yo.

Pero cuanto más lo intentaba, más parecía alejarse de mí, hacia la lluvia, la carretera y las hectáreas de campos de tabaco que pasaban a nuestro lado, plagados de anticuada maquinaria agrícola y viejos graneros destartalados. Cuando llegamos a las afueras del pueblo, nos topamos con la desviación. Si torcías a la izquierda, hacia mi casa, íbamos al río, con todas aquellas casas restauradas de antes de la guerra, alineadas a orillas del Santee. También era la manera de salir del pueblo. Cuando llegamos a la bifurcación, automáticamente comencé a girar hacia la izquierda, por puro hábito. A la derecha sólo estaba la plantación Ravenwood, y nadie iba allí nunca.

—No, espera. Gira hacia la derecha —me corrigió ella.

—Oh, claro. Perdona.

Me sentí fatal. Subimos la colina hacia la gran casa, la mansión Ravenwood. Había estado tan concentrado en su papel en el sueño que se me había olvidado quién era en realidad. La chica con la que llevaba soñando meses, la chica en la que no podía dejar de pensar era la sobrina de Macon Ravenwood. Y yo la llevaba hacia la Mansión Encantada, pues así era como la llamábamos.

Tal como yo la había llamado.

Ella bajó la mirada hacia sus manos. Yo no era el único que sabía que vivía en la Mansión Encantada. Me pregunté qué sería lo que había oído en los pasillos, si sabía lo que todo el mundo decía de ella. Y aquella mirada incómoda en su rostro decía a las claras que sí. No sé por qué, pero no podía soportar verla así. Intenté pensar en algo para romper el silencio.

—¿Por qué te has mudado para vivir aquí con tu tío? Por lo general, la gente se las apaña para irse de Gatlin, casi nadie viene a vivir aquí.

Advertí el alivio en su voz.

—He vivido en un montón de sitios: Nueva Orleans, Savannah, los Cayos de Florida y unos cuantos meses en Virginia. Incluso he llegado a vivir en las islas Barbados durante un tiempo.

Me di cuenta de que no había respondido a la pregunta, pero no pude evitar pensar que yo habría matado por vivir en algún lugar de ésos, aunque fuera sólo durante un verano.

—¿Dónde están tus padres?

—Han muerto.

Sentí un peso en el pecho.

—Lo siento.

—No pasa nada. Murieron cuando yo tenía dos años, y ni siquiera les recuerdo. He vivido con un montón de parientes, sobre todo con mi abuela, pero se ha ido de viaje durante unos cuantos meses. Por eso tengo que quedarme con mi tío.

—Mi madre murió también, en un accidente de coche. —No tenía ni idea de por qué lo había dicho, ya que me pasaba la mayor parte del tiempo intentando no hablar del tema.

—Lo siento.

No le dije que todo iba bien. Tuve la intuición de que era la clase de chica que sabía que eso no era así.

Paramos frente a una verja negra de hierro forjado maltratada por el tiempo. Delante de mí se extendía, en la colina y apenas visible a través de una capa de niebla, los restos destartalados de la casa más antigua e importante de Gatlin, la mansión Ravenwood. Nunca había estado tan cerca como ahora. Apagué el motor. La tormenta había amainado hasta convertirse en una especie de llovizna suave pero constante.

—Mira, parece que se han ido los rayos.

—Estoy segura de que hay más en el lugar de donde venían éstos.

—Quizá. Pero no esta noche.

Ella me miró, casi con curiosidad.

—No. Creo que se ha terminado por esta noche. —Sus ojos tenían un aspecto distinto. Habían perdido el verde tan intenso, y también parecían algo más pequeños, no pequeños en realidad, simplemente eran más normales.

Comencé a abrir mi puerta para acompañarla hasta la casa.

—No, no lo hagas. —Parecía avergonzada—. Mi tío es un poco tímido. —Lo cual no dejaba de ser un eufemismo.

Tenía la puerta medio abierta y la suya estaba igual. Nos estábamos mojando cada vez más, pero nos quedamos allí sentados sin decir nada. Sabía lo que quería decir, y también que no podía hacerlo. Ignoraba por qué estaba allí sentado, empapado, delante de la mansión Ravenwood. Nada tenía ningún sentido, pero sólo sabía una cosa. Una vez que condujera de vuelta colina abajo y girara en dirección a la Route 9, todo volvería a cambiar y a ser como antes. Todo volvería a tener sentido. ¿O no?

Ella habló primero.

—Supongo que debo darte las gracias.

—¿Por no atropellarte?

Ella sonrió.

—Ah, sí, claro. Y por traerme.

Me quedé mirando cómo me sonreía, casi como si fuéramos amigos, lo cual era imposible. Empecé a sentir una especie de claustrofobia, tenía que salir de allí de alguna manera.

—No es nada. Quiero decir, es guay. No te preocupes. —Me puse la capucha de la sudadera de baloncesto, del mismo modo que hacía Emory cuando había cortado con alguna chica y ella intentaba hablar con él en el vestíbulo del instituto.

Ella me miró, sacudiendo la cabeza, y me alargó el saco de dormir con cierta rudeza. Ya no sonreía.

—Como quieras. Ya nos veremos por ahí. —Me dio la espalda, se deslizó por la verja y corrió por el camino empinado y fangoso que iba hacia la casa. Yo cerré de un portazo.

El saco de dormir estaba en el asiento. Lo cogí para echarlo en el asiento posterior. Todavía olía un poco a moho y humo, pero también otro poco a limón y tomillo. Cerré los ojos. Cuando los abrí, ella ya estaba a medio camino de la entrada.

Bajé la ventanilla.

—Tiene un ojo de cristal.

Lena se volvió y me miró.

—¿Qué?

—La señora English —grité mientras la lluvia se colaba en el coche—. Tienes que sentarte al otro lado o te preguntará.

Ella sonrió y la lluvia se deslizó por su rostro.

—A lo mejor me gusta hablar.

Se volvió hacia Ravenwood y subió corriendo los escalones de la veranda.

Eché el coche marcha atrás y conduje de vuelta hacia la desviación para girar en la dirección que lo hacía siempre y tomar la carretera de toda la vida. Hasta ese mismo día. Vi algo que brillaba en un pliegue del asiento. Un botón de plata.

Me lo guardé en el bolsillo, y me pregunté con qué soñaría esta noche.

12 DE SEPTIEMBRE

Cristales rotos

Nada.

Había sido una noche larga, sin sueños, la primera en mucho tiempo. Cuando me desperté, la ventana estaba cerrada, no había lodo en la cama, ni canciones misteriosas en mi iPod. Lo comprobé dos veces. Incluso la ducha olía sólo a jabón.

Me quedé en la cama, mirando hacia el techo azul, pensando en ojos verdes y pelo negro, en la sobrina del Viejo Ravenwood, en Lena Duchannes, cuyo apellido rimaba con lluvia.

¿Cómo podía cualquier chico apartarse de ella?

Cuando Link aparcó, le estaba esperando en el bordillo. Cuando me subí al coche, mis zapatillas se hundieron en la alfombrilla mojada, lo que hacía que el Cacharro oliera incluso peor de lo que era habitual. Link sacudió la cabeza.

—Lo siento, tío. Intentaré secarlo cuando terminemos las clases.

—Como quieras, pero hazme el favor de no descarrilar, o todo el mundo empezará a hablar de ti en vez de la sobrina del Viejo Ravenwood.

Durante un segundo, consideré la idea de guardármelo para mí, pero necesitaba contárselo a alguien.

—La he visto.

—¿A quién?

—A Lena Duchannes.

Se quedó en blanco.

—La sobrina del Viejo Ravenwood.

Cuando salimos del aparcamiento, ya le había contado a Link toda la historia. Bueno, quizá no toda la historia. Incluso los mejores amigos tienen sus límites. No puedo decir que él se lo creyera todo, pero bueno, ¿quién lo hubiera hecho? Si hasta a mí me costaba creerme a mí mismo. Mientras caminábamos hacia donde estaban los chicos, aunque no abundó mucho en los detalles, sí que tenía clara una cosa. Había que hacer control de daños.

—En realidad, no ha pasado nada. La llevaste a su casa.

—¿Que no ocurrió nada? ¿Pero es que no me has escuchado? He estado soñando con ella durante meses y ahora resulta que es…

Link me cortó en seco.

—Pero no te has liado con ella ni nada. Tampoco has entrado en la Mansión Encantada, ¿a que no? Y no le has visto, esto… a él. —Ni siquiera Link era capaz de pronunciar su nombre. Una cosa era salir con una chica guapa, fuera quien fuera, y otra muy distinta vérselas con el Viejo Ravenwood.

Sacudí la cabeza.

—No, pero…

—Lo sé, ya lo sé. Se te ha ido un poco la olla. Lo único que te digo es que te lo guardes para ti, tío. Sólo di lo que sea estrictamente necesario. Además, nadie tiene por qué enterarse. —Ya me imaginaba yo que esto iba a ser complicado. Lo que no sabía era que iba a ser imposible.

Cuando abrí la puerta de la clase de inglés, todavía andaba dándole vueltas a todo esto en mi cabeza, sobre ella y sobre lo que no había ocurrido, según Link. Lena Duchannes.

Quizás era su manera de llevar aquel collar tan raro con todas esas chucherías colgadas, o que cuando las tocaba parecía como si le importasen de verdad o hubieran significado algo para ella en el pasado. Quizás eran esas viejas zapatillas que llevaba tanto si se había puesto vaqueros o un vestido, como si necesitara echar a correr de un momento a otro. Cuando la miraba, me sentía más lejos de Gatlin de lo que había estado en toda mi vida. A lo mejor era eso.

Me detuve cuando empecé a pensar y entonces alguien tropezó conmigo. Sólo que esta vez no era una apisonadora, sino algo más parecido a un tsunami. Chocamos bien fuerte. En el momento en que nos tocamos, la luz del techo se fundió y una lluvia de chispas cayó sobre nuestras cabezas.

Yo me agaché, pero ella no.

—¿Estás intentando matarme por segunda vez en dos días, Ethan? —La clase se quedó sumida en un silencio mortal.

—¿Qué…? —Apenas fui capaz de pronunciar palabra.

—Te he preguntado que si estás intentando matarme otra vez.

—No sabía que estabas ahí.

—Eso fue lo que dijiste anoche.

Anoche. Una palabra tan corta pero capaz de cambiar toda tu vida en el Jackson. Aunque hubiera aún un montón de luces encendidas, parecía como si tuviéramos un foco justo encima de nuestras cabezas, al menos por lo que se refería a nuestro público. Sentí cómo me ruborizaba.

—Lo siento. Bueno… hola —mascullé entre dientes, quedando como un idiota. Ella parecía divertida, pero siguió andando. Soltó su

bolso en el mismo pupitre donde se había sentado toda la semana, justo enfrente de la señora English. En el Lado del Ojo Bueno.

Yo ya había aprendido la lección. No se le podía decir a Lena Duchannes dónde podía sentarse o no. No importaba lo que pensaras de los Ravenwood, había que concederle eso. Me deslicé en el asiento contiguo al suyo en plena mitad de la Tierra de Nadie, como había estado haciendo durante toda la semana. Sólo que esta vez ella sí me había hablado, lo cual hacía que todo fuera algo distinto. No en un mal sentido, sino en uno que me daba pavor.

Comenzó a sonreír, pero se contuvo. Intenté pensar en algo interesante que pudiera decir, o al menos que no fuera del todo estúpido. Pero antes de que se me ocurriera alguna cosa, Emily se sentó a mi otro lado, flanqueada por Edén Westerly y Charlotte Chase, como unas seis filas más cerca de lo habitual. Hoy no iba a ayudarme el hecho de estar sentado en el Lado del Ojo Bueno. . La señora English alzó la mirada de su mesa, suspicaz.

—Eh, Ethan —dijo Edén, volviéndose hacia mí y sonriéndome como si yo le estuviera siguiendo el juego de alguna manera—. ¿Qué tal te va?

No me sorprendía en absoluto que Edén secundara la iniciativa de Emily. Edén sólo era otra de las muchas chicas bonitas que no lo eran tanto como Savannah. Era lo que se dice exactamente una segundona, tanto en el grupo de animadoras como en la vida. Ni era ni base ni saltadora, y algunas veces ni siquiera llegaba a pisar la colchoneta. Sin embargo, Edén nunca se rendía en el intento de hacer lo que fuera para saltar en esa colchoneta. Lo suyo era jugar a ser diferente, salvo por el hecho de que no lo era en absoluto, supongo. Nadie lo era en el Jackson.

—No queríamos que te sentaras aquí solo —comentó entre risitas Charlotte.

Si Edén era una segundona, Charlotte era de tercera, pues estaba un poco regordeta, algo que ninguna animadora del Jackson que se

respetara podía permitirse. Nunca había terminado de perder las redondeces de la infancia, y a pesar de que estaba perpetuamente a dieta, jamás había conseguido perder esos últimos cinco kilos. No era culpa suya, puesto que no dejaba de intentarlo. Se comía el pastel, pero se dejaba los bordes. Se comía el doble de bollos, pero la mitad del relleno.

—¿Es que no había un libro más aburrido que éste? —Emily no se dignó mirar en mi dirección. Era una disputa territorial. Ella me habría tirado con gusto a la basura, pero lo cierto es que no le apetecía ver cerca de mí a la sobrina del Viejo Ravenwood—. Como si me apeteciera leer sobre una ciudad llena de gente que están todos mal de la cabeza. Ya tenemos bastantes por aquí.

Abby Porter, que generalmente se sentaba en el Lado del Ojo Bueno, se sentó al otro lado de Lena y le dedicó una débil sonrisa. Lena se la devolvió y parecía que iba a decirle algo amistoso cuando Emily le lanzó esa mirada que dejaba bien claro que la afamada hospitalidad sureña no se aplicaba a ella. Y desafiar a Emily Asher era un acto de suicidio social. Abby abrió su carpeta y hundió la nariz en ella, evitando a Lena. Mensaje recibido.

Emily se volvió hacia Lena y le dedicó otra mirada que se las apañó para recorrerla desde la punta del pelo sin reflejos al rostro sin maquillar, y de ahí a las puntas de las uñas sin pintar. Edén y Charlotte se giraron en sus asientos para ponerse frente a Emily como si Lena no existiera. La chica, desde su punto de vista, era «frío, frío» y ahora, si hubiera sido un congelador, habría marcado quince grados bajo cero.

Lena abrió su destrozado cuaderno de espiral y comenzó a escribir. Emily sacó su móvil y se puso a mandar mensajes. Yo bajé la mirada a mi cuaderno y deslicé un cómic de Estela *Plateada* entre las páginas, algo mucho más difícil de hacer cuando se está en la fila central.

—Muy bien, señoras y señores, no están ustedes de suerte, ya que parece que todas las demás luces continúan funcionando. Espero que todo el mundo leyera anoche lo que tocaba. —La señora English

garabateaba como una loca en la pizarra—. Pero antes debatiremos durante unos minutos los conflictos sociales dentro de un pueblo.

Alguien debería haberle dicho a la señora English que sin salir de la clase ya teníamos un conflicto social más grande que dentro de un pueblo. Emily estaba coordinando un ataque a gran escala.

—¿Quién sabe por qué Atticus desea defender a Tom Robinson frente a la estrechez de miras y el racismo?

—Apuesto a que Lena Ravenwood lo sabe —comentó Edén, sonriendo inocentemente a la señora English. Lena bajó la mirada a las líneas de su cuaderno, pero no dijo nada.

—Cierra el pico —le susurré, aunque de modo más audible de lo que quería—. Ya sabes que ése no es su nombre.

—Pues podría serlo si vive con ese bicho raro —replicó Charlotte.

—Ten cuidado con lo que dices, porque he oído que, bueno, que son pareja. —Emily estaba sacando la artillería pesada.

—Ya basta. —Cuando la señora English paseó su ojo bueno sobre nosotros, todos nos quedamos callados.

Lena se movió en el asiento y su silla chirrió con fuerza al deslizarse sobre el suelo. Me incliné hacia delante en el mío intentando convertirme en una muralla entre Lena y las subalternas de Emily como si con eso pudiera rechazar físicamente sus comentarios.

No puedes.

¿Qué? Me erguí en el asiento, sorprendido. Miré a mi alrededor, pero nadie me estaba hablando; de hecho, nadie estaba hablando. Miré a Lena, pero ella estaba aún medio escondida dentro de su cuaderno. Qué bien. No tenía bastante con soñar con chicas reales y escuchar canciones imaginarias. Ahora también oía voces.

Todo el asunto de Lena estaba acabando conmigo. Supongo que me sentía de algún modo responsable. Emily y todos los demás no la odiarían tanto si no fuera por mí.

Sí que lo harían.

Ahí estaba de nuevo, una voz tan baja que apenas podía oírla. Era como si saliera de la parte de atrás de mi cabeza.

Edén, Charlotte y Emily continuaron con su rollo y Lena no pestañeó siquiera, como si pudiera bloquearlas mientras siguiera escribiendo en aquel cuaderno suyo.

—Harper Lee parece decirnos que realmente no podemos conocer a los demás hasta que no nos metemos en sus zapatos. ¿Qué pensáis de esto? ¿Alguien quiere dar su opinión?

Harper Lee nunca vivió en Gatlin.

Miré a mi alrededor disimulando la risa. Emily me miró como si se me hubiera ido la olla.

Lena levantó la mano.

—Creo que quiere decir que tienes que darle a la gente una oportunidad antes de pasar directamente a odiarla. ¿No piensas lo mismo, Emily? —La miró y le sonrió.

—Tú, bicho raro —siseó Emily entre dientes.

No tienes ni idea.

Observé a Lena más de cerca. Había dejado de escribir en el cuaderno y ahora se estaba escribiendo algo en la mano. No tenía que mirar lo que era para saberlo. Otro número. 151. Me pregunté qué significaría eso y por qué no lo anotaría en el cuaderno. Volví a sumergir la cabeza en *Estela Plateada*.

—Hablemos entonces de Boo Radley. ¿Qué os lleva a creer que les esté dejando unos regalos a los chicos de los Finch?

—Es justo como el Viejo Ravenwood. Probablemente, está intentando atraer a los chicos a su casa de modo que pueda asesinarlos —susurró Emily lo bastante alto para que Lena pudiera escucharlo y no tanto como para que la oyera la señora English—. Y así puede poner los cuerpos en su coche fúnebre y llevarlos a mitad de ninguna parte y enterrarlos allí.

Cierra el pico.

Escuché la voz de nuevo en mi cabeza y algo más. Era el sonido de un chirrido, muy tenue.

—Y tiene un nombre igual de raro que Boo Radley. ¿Qué significa eso?

—Tienes razón, lleva ese repulsivo nombre bíblico que nadie usa ya.

Me envaré. Sabía que estaban hablando del Viejo Ravenwood, pero también de Lena.

—Emily, ¿por qué no lo dejas ya de una vez? —le repliqué.

Ella entrecerró los ojos.

—Es un bicho raro. Todos ellos lo son y todo el mundo lo sabe.

He dicho que cierres el pico.

El chirrido fue creciendo y comenzó a sonar como si algo se estuviera resquebrajando. Miré a mi alrededor. ¿Qué era ese ruido? Lo más extraño era que nadie más parecía estar oyéndolo… como la voz.

Lena estaba mirando justo hacia delante, pero tenía la mandíbula apretada y parecía estar concentrada de modo poco natural en un punto justo en la parte delantera de la clase, como si no pudiera ver ninguna otra cosa nada más que ese punto. Sentí como si la estancia se estuviera estrechando, haciéndose más pequeña.

Escuché cómo la silla de Lena se arrastraba por el suelo de nuevo. Se levantó de su asiento y se dirigió hacia la estantería que había bajo la ventana, a un lado de la clase. Simuló sacarle punta al lápiz, pero más bien era un intento de escapar del jurado y del juicio inexorable del Jackson. El sacapuntas comenzó a dar vueltas.

—Melquisedec, eso es.

Dejadlo.

Todavía podía oír el sonido del sacapuntas.

—Mi abuela dice que es un nombre maldito.

Dejadlo, dejadlo, dejadlo.

—Y le va, la verdad.

¡Ya está bien!

Ahora la voz era tan alta que me atravesó los oídos. El sacapuntas cesó repentinamente. Los cristales comenzaron a volar, saltando en añicos, cuando la ventana estalló sin motivo, la que estaba justo al lado de nuestra fila, en el mismo lugar donde Lena afilaba su lápiz, pero también justo al lado de Charlotte, Eden, Emily y yo. Ellas chillaron y saltaron de sus asientos. Entonces fue cuando me di cuenta de a qué se debía el sonido. Había sido la presión, pues los cristales mostraban finas grietas que se extendían como dedos, hasta que la ventana reventó hacia dentro como si hubieran tirado de un hilo.

Estalló el caos, las chicas gritaban y todo el mundo en la clase saltaba de sus asientos. Incluso yo di un salto.

—No os dejéis llevar por el pánico. ¿Estáis todos bien? —preguntó la señora English, intentando recuperar el control.

Me volví hacia el sacapuntas. Quería asegurarme de que Lena estaba bien, pero no era así. Estaba allí de pie, al lado de la ventana rota, rodeada de cristales, asolada por el pánico. Su rostro se había vuelto más pálido de lo habitual y sus ojos más grandes y más verdes, como la noche anterior bajo la lluvia, pero ahora tenían un aspecto diferente, asustados, y ya no me pareció tan valiente.

Ella alzó las manos, en una tenía un corte y sangraba. Las gotas rojas se aplastaban contra el suelo de linóleo.

Yo no quería…

¿Había hecho estallar el cristal ella, o al revés, había estallado y se había cortado?

—Lena…

Salió disparada de la clase antes de que pudiera preguntarle si se encontraba bien.

—¿Habéis visto eso? ¡Ha roto la ventana! ¡La ha roto con algo cuando iba hacia allí!

—La ha roto de un puñetazo, ¡lo he visto con mis propios ojos!

—Y entonces, ¿cómo es que no va chorreando sangre?

—¿Quién eres tú, alguien del CSI? Ha intentado matarnos.

—Voy a llamar a mi padre. ¡Está loca, igual que su tío!

Sonaban como una manada de gatos callejeros, gritándose los unos a los otros. La señora English intentó restablecer el orden, pero eso era pedir lo imposible.

—Que todo el mundo se calme, no hay motivo para el pánico. A veces ocurren accidentes. Seguramente tiene fácil explicación, la ventana es vieja y el viento sopla fuerte.

Pero nadie estaba dispuesto a creerse nada que tuviera que ver con una ventana vieja y el viento, preferían la versión de la sobrina de un anciano y una tormenta de rayos. La tormenta de ojos verdes que había caído sobre la ciudad, el huracán Lena.

Una cosa sí que era segura. El tiempo había cambiado, vale. Gatlin jamás había sufrido una tormenta como ésta.

Y probablemente ella ni siquiera sabía que estaba lloviendo.

12 DE SEPTIEMBRE

Greenbrier

No lo hagas.

Seguía escuchando su voz en mi mente. Al menos, así lo creía yo.

No merece la pena, Ethan.

Allí estaba.

Entonces fue cuando empujé mi silla y corrí por el pasillo detrás de ella. Sabía lo que hacía: estaba tomando partido. Me encontraba envuelto en otra clase de problemas, pero no me importaba.

No era sólo por Lena. No era la primera a la que se lo habían hecho. Había observado cómo se lo hacían a otros durante toda mi vida. Le había ocurrido a Allison Birch, cuando su eccema empeoró tanto que nadie quiso sentarse a su lado en la mesa a la hora del almuerzo, y también al pobre Scooter Richman, que fue el peor trombón en la historia de la Orquesta Sinfónica del Jackson.

Aunque yo nunca había cogido un rotulador indeleble y había escrito «fracasado» en una taquilla, había estado allí observando montones de veces. De cualquier modo, siempre me había molestado, sólo que no lo bastante, como ahora, para que saliera de mi mundo.

Pero alguien debía hacer algo. Una escuela entera no podía volverse de ese modo contra una sola persona. Y todo un pueblo no podía volverse contra una familia. Excepto que sí podían hacerlo, claro, pues lo

habían estado haciendo durante toda la vida. Quizá por ese motivo, Macon Ravenwood jamás había salido de su casa desde que yo nací.

Sabía lo que estaba haciendo.

No lo sabes. Crees que sí, pero no lo sabes.

Ella estaba allí de nuevo, dentro de mi cabeza, como si hubiera estado siempre. Sabía a lo que tendría que enfrentarme al día siguiente, pero eso me daba absolutamente igual. Todo lo que me importaba en ese instante era encontrarla, y no podía decir si era por ella o por mí. De cualquier modo, no tenía otra elección.

Me detuve frente al laboratorio de biología, sin aliento. Link me echó una ojeada y me alargó las llaves del coche, meneando la cabeza, pero sin hacerme ninguna pregunta. Las cogí y seguí corriendo. Estaba bastante seguro de que sabía dónde encontrarla. Si no me había equivocado, Lena se habría dirigido adonde nadie pudiera hallarla, es decir, adonde hubiera ido yo.

Habría regresado a casa. Si su casa era Ravenwood, entonces había regresado a la casa del Boo Radley de Gatlin.

Ante mí, la mansión Ravenwood se alzaba en lo alto de la colina como una amenaza. No quiero decir que tuviera miedo, porque ésa no era exactamente la palabra. Me asusté cuando la policía llamó a la puerta de casa la noche que murió mi madre. Me asusté cuando mi padre desapareció en su estudio y me di cuenta realmente de que jamás volvería a salir de allí. También sentí miedo cuando, siendo niño, Amma se convirtió en «oscura», al darme cuenta de que las muñecas pequeñas que hacía no eran juguetes.

Ravenwood no me daba miedo, incluso aunque al final fuera tan espeluznante como tenía pinta de ser. Lo inexplicable es algo que se da por hecho aquí en el sur; cada ciudad tiene su mansión encantada, y si preguntas a la mayoría de la gente, al menos un tercio de ellos juraría

haber visto un fantasma o dos a lo largo de su vida. Además, yo vivía con Amma, cuyas creencias incluían pintar los postigos de un azul celeste de aspecto sobrenatural para mantener a raya a los espíritus y cuyos hechizos estaban hechos con bolsitas de crin de caballo y tierra. Ya estaba acostumbrado a lo anormal, pero el Viejo Ravenwood era otra cosa.

Caminé hacia la verja y posé la mano con vacilación en el hierro destrozado. Se abrió con un chirrido, pero no ocurrió nada. No hubo rayos, ni combustiones espontáneas, ni tormentas. No sé lo que esperaba, pero si había aprendido algo de Lena hasta ahora era que debía esperar lo inesperado y, por lo tanto, debía proceder con cautela.

Si alguien me hubiera dicho hacía un mes que alguna vez iba a cruzar esa verja y subir aquella colina, o que iba a poner los pies en los terrenos de Ravenwood, le habría dicho que se había vuelto loco. En una localidad como Gatlin, donde todo es previsible, en mi vida hubiera imaginado esto. La última vez sólo me atreví a llegar hasta la verja, pero ahora, cuanto más me acercaba, más fácil me resultaba ver que todo se estaba cayendo. Aquella casa tan grande, la mansión Ravenwood, tenía el mismo aspecto que la plantación sureña que la gente del norte considera que debe tener después de tantos años viendo películas como *Lo que el viento se llevó*.

La mansión seguía siendo impresionante, aunque sólo fuera por el tamaño. Flanqueada por serenoas y cipreses, si no estuviera cayéndose, parecería esa clase de lugar donde la gente se sienta en el porche a beber julepes con menta, el cóctel más típico del sur, y a jugar a las cartas todo el día. Si no fuese Ravenwood.

Era de estilo neoclásico, algo raro en Gatlin. Nuestro pueblo estaba lleno de casas de estilo federal, lo cual hacía que Ravenwood destacara sobre el resto como un dedo metido en una llaga. Unos enormes pilares dóricos blancos, cuya pintura se caía tras años de negligencia, sostenían un tejado inclinado en exceso hacia un lado, dando la impresión de que

toda la construcción se torcía como una vieja artrítica. El porche cubierto estaba destrozado, se caía hacia un lado de la casa y amenazaba con hundirse si se ponía en él más de un pie a la vez. La hiedra cubría tan tupidamente las paredes que en algunos lugares era imposible ver las ventanas que había debajo. Era como si la tierra estuviera tragándose la casa misma, intentando devolver al polvo lo que se había construido sobre él.

Había también un dintel sobrepuesto, un trozo de viga que suele colocarse sobre las puertas en algunas casas realmente antiguas. Parecía distinguirse algo tallado en el dintel, una especie de símbolos con aspecto de círculos y medias lunas; quizá representaban las fases lunares. Di un paso vacilante hacia un peldaño chirriante para verlo más de cerca. Sabía algo sobre dinteles. Mi madre era especialista en historia de la Guerra de Secesión y me los había mostrado a lo largo de nuestras incontables excursiones a cualquier lugar histórico que se encontrara en un radio de un día de distancia de Gatlin. Decía que eran habituales en las casas antiguas y en los castillos de lugares como Escocia e Inglaterra, ya que buena parte de la gente de aquí procedía de allí.

Nunca había visto con anterioridad un dintel con signos grabados en él, sólo palabras. Y éstos, situados alrededor de lo que tenía aspecto de ser una palabra única escrita en un lenguaje irreconocible, parecían jeroglíficos. Probablemente sería algo que hiciera referencia a las generaciones de Ravenwood que habían vivido allí antes de que la casa se viniera abajo.

Inhalé una gran bocanada de aire y salté sobre el resto de los escalones del porche, subiéndolos de dos en dos. De ese modo, si no pisaba la mitad, supuse que reduciría al cincuenta por ciento las posibilidades de caerme. Alargué la mano hacia la aldaba, un anillo de bronce que colgaba de la boca de un león, y llamé. Lena no estaba en casa, después de todo, me había equivocado.

Pero entonces oí aquella melodía tan familiar. *Dieciséis lunas*. Estaba en algún lugar cercano.

Empujé el hierro petrificado del picaporte de la puerta. Chirrió y escuché el sonido de un cerrojo en movimiento al otro lado. Me preparé para encontrarme frente a frente con Macon Ravenwood, al que nadie había visto en el pueblo desde que yo había nacido, pero la puerta no se abrió.

Alcé la mirada hacia el dintel, pues algo me decía que lo hiciera. Me refiero a que, ¿qué era lo peor que podía ocurrir?, ¿que la puerta no se abriera? De forma instintiva, levanté el brazo y toqué la talla central situada sobre mi cabeza, la que representaba una luna creciente. Cuando la presioné, percibí como la madera cedía a la presión de mi dedo. Era una especie de resorte.

La puerta se abrió sin emitir apenas sonido. Di un paso y crucé el umbral. Ya no había manera de echarme atrás.

Entraba luz por los cristales, lo cual parecía imposible teniendo en cuenta que las ventanas exteriores de la casa estaban casi completamente cubiertas de enredaderas y escombros. Aun así, dentro lucía una luz flamante, llena de claridad. No se veían muebles de época o viejas pinturas de los Ravenwood anteriores al Viejo, ni reliquias de antes de la guerra. El lugar parecía más bien una página de un catálogo de muebles. Sofás sobrecargados, sillas y mesas cubiertas con láminas de cristal, donde había gran cantidad de libros ilustrados de gran formato. Tenía todo un aspecto muy nuevo y aburguesado. Casi esperaba ver aparcado todavía en la puerta el camión de la mudanza.

—¿Lena?

La escalera en espiral era como las de los *lofts* y parecía seguir elevándose al girar, más allá de la segunda planta. No pude ver adonde daba.

—¿Señor Ravenwood?

Escuché el eco de mi propia voz rebotando contra el techo. Allí no había nadie. Al menos, nadie interesado en hablar conmigo. Oí un ruido a mi espalda y di tal brinco que casi me subí a una especie de silla de gamuza.

Era un perro negro como la tinta, o a lo mejor un lobo. Desde luego, era alguna especie de terrorífico animal doméstico, pues llevaba un grueso collar de cuero con una luna de plata colgando, que tintineaba cuando se movía. Se me quedó mirando fijamente mientras reflexionaba sobre su siguiente movimiento. Había algo extraño en sus ojos: eran demasiado redondos, como si fueran humanos.

El perro lobo me gruñó y me enseñó los dientes. El aullido aumentó de intensidad y se hizo más agudo, como un lamento, de modo que hice lo que hubiera hecho cualquiera.

Eché a correr.

Bajé las escaleras a trompicones antes de que mis ojos se adaptaran a la luz exterior. Seguí corriendo por el camino de grava, escapando de la mansión Ravenwood, lejos de aquel animal terrorífico, de los extraños símbolos y de la puerta espeluznante, de regreso a la seguridad, a la tenue luz y a la realidad de la tarde. El sendero daba vueltas, serpenteando por campos abandonados y arboledas sin cultivar donde crecían zarzas y arbustos. No me preocupaba adónde iba, siempre y cuando me condujera lejos.

Me detuve, agotado, y me agaché con las manos en las rodillas y el pecho a punto de explotar. Sentía las piernas de goma. Cuando alcé la mirada, contemplé la ruina de una pared de piedra justo delante de mí. Apenas podía ver las copas de los árboles detrás de ella.

Inhalé algo familiar, un aroma a limones. Ella estaba ahí.

Te dije que no vinieras.

Losé.

Estábamos manteniendo una conversación, pero sin tenerla. Al igual que había sucedido en clase, sentía su voz dentro de mi cabeza, como si estuviera a mi lado susurrándome al oído.

Me di cuenta de que me encaminaba hacia ella. Era un jardín vallado, quizás secreto, como alguno salido de los libros que mi madre leía en Savannah, donde se crio. Debía de ser un lugar realmente antiguo. El muro de piedra estaba muy desgastado en algunos lugares y completamente destrozado en otros. Cuando aparté a un lado la cortina de ramas de la parra que escondía una vieja arcada podrida, escuché muy a lo lejos el sonido de un llanto. Miré entre los árboles y los arbustos, pero no la veía.

—¿Lena? —No contestó nadie. Mi voz sonaba extraña, como si no fuera la mía, retumbaba en las paredes de piedra que rodeaban la pequeña arboleda. Agarré una rama del arbusto más cercano y la arranqué. Era tomillo, claro. Y del árbol que se cerraba sobre mi *cabeza* colgaba, extrañamente perfecto y suave, un limón amarillo—. Soy Ethan. —Los sonidos camuflados de los sollozos crecieron y me di cuenta de que me estaba acercando.

—Vete, ya te lo he dicho. —Su voz sonaba como si se hubiera resfriado. Probablemente, llevaba llorando desde que se había marchado del colegio.

—Ya lo sé. Te he oído. —Era verdad, aunque no pudiera explicar cómo. Di unos pasos cautelosamente alrededor de la mata de tomillo silvestre y tropecé en las raíces que sobresalían del suelo.

—¿De verdad? —Su voz sonó ahora con un matiz de interés, y parecía haberse distraído por el momento.

—De verdad. —Era como en mis sueños. Podía escuchar su voz, con la diferencia de que ahora estaba aquí, sollozando en un jardín en mitad de ninguna parte, en vez de escurriéndose entre mis brazos.

Aparté una gran maraña de ramas. Y allí estaba, acurrucada entre la hierba, mirando hacia el cielo azul. Tenía un brazo cruzado sobre la

cabeza y el otro se aferraba a la hierba, como si pensara que fuera a salir volando si se soltaba. El vestido gris estaba desparramado a su alrededor y tenía el rostro surcado de lágrimas.

—Entonces, ¿por qué no lo has hecho?

—¿El qué?

—Irte.

—Quería asegurarme de que te encontrabas bien. —Me senté a su lado. El terreno estaba sorprendentemente duro. Pasé la mano debajo de mí y descubrí que estaba sentado en una suave placa de piedra, escondida bajo la maleza llena de barro.

En el momento en que me tumbé yo, ella se sentó. Yo también me incorporé y ella se dejó caer hacia atrás. Todos mis movimientos parecían torpes cuando estaba a su lado. Nos tumbamos los dos, mirando hacia el cielo azul. Se estaba poniendo gris, el color habitual del cielo de Gatlin en la temporada de huracanes.

—Todos me odian.

—Todos, no. Yo, no. Y Link, mi mejor amigo, tampoco.

Silencio.

—Pero si ni siquiera me conoces. Date tiempo, y verás como también me odiarás, seguro.

—Casi te he atropellado, ¿no te acuerdas? Debo portarme bien contigo para que no me mandes arrestar.

Era un chiste más bien malo, pero ahí estaba, la sonrisa más leve que quizá viera en toda mi vida.

—Lo tengo en mi lista en primer lugar. Te denunciaré al tipo gordo ese que está sentado frente al supermercado todo el día. —Volvió la mirada hacia el cielo y yo la observé.

—Dales una oportunidad. No son tan malos como parecen. Quiero decir, que ahora sí lo son, pero son sólo celos. Eso lo sabes, ¿no?

—Ah, sí, claro.

—Que sí. —La miré a través de la hierba—. Yo también los tengo.

Ella sacudió la cabeza.

—Entonces estáis todos locos. No hay nada de lo que sentirse celoso, salvo que te guste comer solo.

—Tú has vivido en tantos sitios.

Puso cara de no entender nada.

—¿Cómo? Vosotros probablemente habréis ido a la misma escuela y vivido en la misma casa toda vuestra vida.

—Eso es, y ahí está el problema.

—Confía en mí, no es un problema. Y de problemas entiendo un rato.

—Has ido a sitios y visto cosas. Yo mataría por haber hecho eso.

—Ah, sí, claro, porque yo he querido. Tú tienes un amigo de verdad y yo sólo tengo un perro.

—Pero tú no le tienes miedo a nadie. Haces lo que quieres y dices lo que te da la gana. A todos los de por aquí les da miedo ser ellos mismos.

Lena se arrancó el pintauñas negro de su dedo índice.

—Algunas veces desearía hacer las cosas como todo el mundo, pero no puedo cambiar lo que soy. Lo he intentado, pero nunca consigo llevar la ropa adecuada o decir lo apropiado y, algunas veces, todo me sale fatal. Me gustaría poder ser yo misma y, aun así, tener amigos que se dieran cuenta de si estoy o no en el colegio.

—Créeme, lo saben de sobra. Al menos, hoy lo han hecho. —Ella estuvo a punto de echarse a reír, casi—. Quiero decir, en un sentido positivo. —Aparté la mirada.

Me he dado cuenta.

¿De qué?

De cuando tú estás en la escuela o no.

—Entonces eres tú el que está loco. —Pero cuando dijo las palabras, se notaba que estaba sonriendo.

Al mirarla, no me importó en absoluto si yo comía en la misma mesa que el resto o no. No podía explicarlo, pero ella era mucho más

importante que todo eso. No podía quedarme sentado y contemplar cómo la machacaban. A ella, no.

—Ya sabes, siempre es así. —Le estaba hablando al cielo. Una nube flotaba en el cielo de color gris, que se iba oscureciendo.

—¿Nuboso?

—En el instituto, conmigo. —Alzó la mano y la movió. La nube pareció girar en la dirección en la que ella movía la mano. Luego, se secó los ojos con la manga—. No es que me preocupe realmente si les gusto o no. Lo que no quiero es que me odien automáticamente. —La nube se había convertido en un círculo.

—¿Esas idiotas? Dentro de unos meses, a Emily le habrán comprado un coche nuevo, Savannah tendrá una corona más, Edén se teñirá el pelo de otro color y Charlotte tendrá, yo que sé, un bebé, un tatuaje nuevo o lo que sea, de modo que todo esto será historia pasada. —Estaba mintiendo y ella lo sabía. Agitó la mano de nuevo y ahora la nube parecía un círculo ligeramente mellado, semejante a una luna.

—Ya sé que son idiotas. Claro que lo son, con todo ese pelo rubio teñido y esos estúpidos bolsitos metálicos a juego.

—Exactamente. Son estúpidas. ¿A quién le importan?

—A mí. Me molestan. Y por eso, yo también soy estúpida. Es más, me hace exponencialmente más estúpida que ellas. Estúpida al cuadrado. —Movió la mano y la luna se desvaneció.

—Ésa sí que es la cosa más estúpida que he oído en mi vida. —La miré con el rabillo del ojo, estaba intentando no sonreír. Nos quedamos allí tumbados durante un minuto más—. ¿Tú sabes lo que es estúpido de verdad? Tengo los libros escondidos debajo de la cama. —Lo dije como si estuviera contando eso todos los días.

—¿Qué?

—Novelas. Tolstoi, Salinger, Vonnegut. Y además me las leo. Ya sabes, sólo porque me apetece.

Ella se dio media vuelta, apoyando la cabeza en el codo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué piensan tus amiguitos deportistas de eso?

—Digamos que me lo guardo para mí y me limito a saltar y tirar.

—Ah, eso, vale. Ya me he dado cuenta de que en clase te limitas a los cómics. —Y dijo como quien no quiere la cosa—: Te he visto leer *Estela Plateada*. Justo antes de que pasara todo.

¿Te diste cuenta?

Cómo no iba a darme cuenta.

No sabía si estábamos hablando, o si me lo estaba imaginando yo todo, sólo que pensaba no estar tan loco… al menos no todavía.

Ella cambió de tema o, más bien, volvió al anterior.

—Yo también leo. Sobre todo, poesía.

Podía imaginármela tumbada en la cama leyendo un poema, aunque me costaba bastante imaginar esa cama en la mansión Ravenwood.

—¿Ah, sí? Yo he leído al tipo ese, Bukowski. —Lo cual era verdad si dos poemas contaban como leer.

—Tengo todos sus libros.

Me di cuenta de que ella no quería hablar sobre lo que había pasado, pero no podía dejar que lo hiciera. Tenía que saberlo.

—¿Me lo vas a contar?

—¿Contarte, qué?

—¿Qué fue lo que pasó en clase?

Se hizo un largo silencio. Ella se sentó y tiró de la hierba que le rodeaba. Se dio la vuelta y se puso boca abajo, para mirarme a los ojos. Apenas la tenía a unos cuantos centímetros de la cara. Me quedé allí quieto, paralizado, intentando concentrarme en lo que me estaba diciendo.

—En realidad, no lo sé. Algunas veces me pasan esas cosas y no puedo controlarlas.

—Como los sueños. —Observé su expresión, buscando aunque sólo fuera una chispa de complicidad.

—Como los sueños —contestó sin pensar, y después se estremeció y me miró, afligida. Yo tenía razón desde el principio.

—Recuerdas los sueños.

Ella escondió el rostro entre las manos.

Me senté.

—Sabía que eras tú y tú sabías que era yo. Sabías de qué te estaba hablando todo el rato. —Le aparté las manos de la cara y una corriente eléctrica me recorrió el brazo.

Tú eres la chica.

—¿Por qué no me dijiste nada anoche?

No quería que lo supieras.

No se atrevió a mirarme.

—¿Por qué? —La pregunta sonó demasiado alta en el silencio del jardín. Y cuando ella me devolvió la mirada, tenía el rostro pálido, parecía distinta. Asustada. Sus ojos tenían el mismo aspecto que el mar antes de una tormenta en la costa de Carolina.

—No esperaba encontrarte aquí, Ethan. Creía que sólo eran sueños, y no sabía que eras una persona real.

—Pero cuando te diste cuenta de que era yo, ¿por qué no me dijiste nada?

—Mi vida es muy complicada. Y no quería que tú… que nadie se viera implicada en ella. —No tenía ni la menor idea de a qué se refería. Todavía tenía cogida su mano, y era consciente de ello. Sentía la aspereza de la piedra debajo de nosotros y tuve que agarrarme a uno de sus extremos para sujetarme. Pero mi mano se cerró alrededor de algo pequeño y redondo que estaba en la piedra. Un escarabajo, o a lo mejor una piedra. Se desprendió de la losa y se quedó en mi mano.

Entonces nos golpeó algo. Sentí cómo la mano de Lena se apretaba contra la mía.

¿Qué está pasando, Ethan?

No lo sé.

Todo a mi alrededor cambió; era como si estuviéramos en otro lugar. Era el jardín, pero no lo parecía. Y el aroma a limones se transformó en olor a humo…

Era medianoche, pero el cielo parecía prendido en llamas. El fuego se alzaba hasta el cielo, empujando hacia arriba unas enormes columnas de humo que ahogaban todo a su paso, incluida la luna. El terreno se había convertido en un cenagal donde las cenizas quemadas se mezclaban con el agua de las lluvias que habían precedido al fuego. Ojalá hubiera llovido hoy. Genevieve intentaba evitar la humareda, le quemaba tanto la garganta que le dolía respirar. Tenía el bajo de la falda empapado de barro, de modo que tropezaba a cada paso con las voluminosas capas de tela, aunque se obligó a mantenerse en movimiento.

Era el final del mundo. De su mundo.

Sólo se oían gritos, gritos mezclados con disparos y el implacable rugido de las llamas, además de los soldados profiriendo órdenes cargadas de muerte.

—Quemad aquellas casas, que los rebeldes sientan el peso de la derrota, ¡quemadlo todo!

Y una por una, los soldados de la Unión habían prendido fuego a las grandes casas de las plantaciones, con sus propias sábanas y cortinas empapadas en queroseno. Genevieve había visto cómo todos los hogares de sus vecinos, sus amigos y familiares se desplomaban bajo las llamas. Y lo peor es que muchos de ellos habían caído, devorados por las llamas, en el mismo lugar donde habían nacido.

Por eso, ella corría rodeada por el humo hacia el fuego, justo hacia las fauces de la bestia. Tenía que llegar a Greenbrier antes que los soldados y no le quedaba mucho tiempo. Los soldados habían sido metódicos, siguiendo la orilla del Santee abajo para incendiar las

edificaciones una por una. Ya lo habían hecho con Blackwell y la más cercana era Dove's Crossing, y luego iban Greenbrier y Ravenwood. El general Sherman y sus tropas habían comenzado la campaña de los incendios a cientos de kilómetros de Gatlin. Habían quemado Columbia hasta los cimientos y continuaban su marcha hacia el este, prendiendo fuego a todo a su paso. Cuando llegaron a las afueras de Gatlin, aún ondeaba la bandera confederada, lo cual les sirvió todavía más de estímulo.

Era el hedor lo que le indicaba que era demasiado tarde, aquel hedor ácido a limones mezclados con ceniza. Estaban quemando los limoneros.

La madre de Genevieve adoraba los limones. Así que cuando su padre visitó una plantación en Georgia cuando ella era niña, le había traído a su madre dos limoneros. Todo el mundo decía que no arraigarían, que las noches frías del invierno de Carolina del Sur acabarían con ellos, pero la madre de Genevieve no atendió a razones. Plantó aquellos árboles frente a los campos de algodón y los cuidó ella misma. En las noches frías los cubría con mantas de lana y había apilado tierra a su alrededor para quitar la humedad. Los árboles crecieron y crecieron tanto que, a lo largo de los años, el padre de Genevieve le compró veintiocho más. Algunas de las señoras de la ciudad les pidieron a sus maridos limoneros, y unas cuantas tuvieron dos o tres, pero a ninguna se les ocurrió cómo mantenerlos vivos, ya que sólo parecían florecer en Greenbrier, a manos de su madre.

Nada había sido capaz de acabar con aquellos árboles. Hasta ese momento.

—¿Qué ha pasado?

Me di cuenta de que Lena apartaba su mano de la mía y abrí los ojos. Estaba temblando. Bajé la mirada y abrí la mano en la que estaba el objeto que había cogido casi con descuido de debajo de la piedra.

—Creo que tiene algo que ver con esto. —Mi mano se había cerrado en torno a un viejo camafeo estropeado, negro y ovalado, con el rostro de una mujer grabado en marfil y madreperla. La talla del rostro era muy minuciosa. En un lado noté una pequeña protuberancia—. Mira, es un guardapelo. —Apreté el resorte y el camafeo se abrió revelando una pequeña inscripción—. Sólo pone «Greenbrier» y hay una fecha.

Ella se sentó.

—¿Qué es Greenbrier?

—Debe de ser esto. Esto no es Ravenwood, es Greenbrier, la plantación que hay al lado.

—Y esa visión, los incendios, ¿tú también los has visto?

Asentí. Era demasiado horrible para hablar de ello.

—Esto tiene que ser Greenbrier o, en todo caso, lo que queda de él.

—Déjame ver el guardapelo. —Se lo di con cuidado. Parecía algo que había sobrevivido a un montón de cosas, incluso podría ser que al fuego de la visión. Ella le dio la vuelta—. 11 DE FEBRERO de 1865 —leyó, y lo dejó caer, palideciendo.

—¿Pasa algo malo?

Se quedó mirándolo en la hierba.

—El 11 DE FEBRERO es mi cumpleaños.

—Vaya coincidencia. Un regalo de cumpleaños anticipado.

—Nada en mi vida es una coincidencia.

Recogí el guardapelo y le di la vuelta. En la parte de atrás había dos juegos de iniciales grabadas.

—ECW & GKD. Este guardapelo debe de haber pertenecido a alguno de ellos. —Hice una pausa—. Qué extraño. Mis iniciales son ELW.

—Mi cumpleaños y casi tus iniciales. ¿No te parece que esto es algo muy extraño? —Quizás ella tuviera razón, pero aun así…

—Vamos a intentarlo de nuevo, a ver qué pasa. —Era como si me picara y me tuviera que rascar.

—No lo sé, podría ser peligroso. Me he sentido como si realmente estuviéramos allí. Los ojos todavía me arden del humo. —Llevaba razón. No nos habíamos movido del jardín, pero me había sentido como si hubiéramos estado en medio del incendio. Aún notaba el humo en los pulmones, pero no me importó. Tenía que saber qué estaba pasando.

Agarré el guardapelo con una mano y le ofrecí la otra.

—Vamos, ¿dónde está tu valentía? —Era un reto, y aunque ella puso los ojos en blanco, alargó la mano sin dudarlo. Sus dedos rozaron los míos y sentí el calor de su mano extenderse por la mía. Fue como una descarga eléctrica y se me puso la piel de gallina. No encontré otra manera de describirlo.

Cerré los ojos y esperé… Nada. Los abrí.

—Quizás es que sólo nos lo hemos imaginado. A lo mejor se nos han acabado las pilas.

Lena puso la misma cara que Earl Petty en matemáticas.

—Quizá no puedas conseguir que esto suceda o que ocurra cuando tú quieres. —Se levantó y se apartó—. Me tengo que ir.

Se detuvo y bajó la mirada hacia mí.

—¿Sabes? No eres como me esperaba. —Me dio la espalda y se alejó entre los limoneros hacia el límite del jardín.

—¡Espera!

A pesar de que la llamé, siguió avanzando. Intenté alcanzarla y tropecé en las raíces. Se detuvo justo cuando llegó al último limonero.

—No.

—¿No, qué?

No me miró.

—Pues que me dejes sola mientras todo va bien.

—No entiendo de qué me estás hablando. En serio. Y lo estoy intentando de verdad.

—Olvídalo.

—¿Es que crees que eres la única persona complicada del mundo?

—No. Pero… en cierta manera, ésa es mi especialidad. —Se volvió para marcharse. Yo vacilé, pero luego puse la mano en su hombro, cálido a la luz del sol del crepúsculo. Noté los huesos bajo la camiseta y en ese momento me pareció muy frágil, como en mis sueños lo cual era extraño, porque cuando se enfrentaba conmigo sólo podía pensar en lo fuerte que me parecía. Quizá tenía algo que ver con aquellos ojos.

Nos quedamos así durante un momento hasta que ella desistió y se volvió hacia mí. Yo lo intenté de nuevo.

—Mira, está pasando algo. Los sueños, la canción, el hedor y ahora el guardapelo. Es como si hubiera algo que nos empujara a ser amigos.

—¿Qué es lo que acabas de decir? ¿«Hedor»? —Parecía horrorizada—. ¿En la misma frase que «amigos»?

—Técnicamente, creo que son dos frases distintas.

Se quedó mirándome la mano y yo la aparté de su hombro, aunque no podía dejar que se marchara. La miré a los ojos fijamente. En realidad, parecía que la veía por primera vez. Aquel abismo verde parecía terminar en algún lugar tan lejano que jamás conseguiría llegar hasta él, al menos, no en toda mi vida. Me pregunté si la teoría de Amma sobre que los ojos eran la ventana del alma tendría algo que ver con esto.

Es demasiado tarde, Lena. Ya somos amigos.

Eso no puede ser.

Estamos juntos en esto.

Por favor, confía en mí, no lo estamos.

Rompió el contacto visual conmigo inclinando la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el limonero. Tenía un aspecto abatido.

—Ya sé que tú no eres como los demás, pero hay cosas que no comprendes de mí. No sé por qué conectamos de la manera en que lo

hacemos y no tengo más idea que tú de por qué soñamos las mismas cosas.

—Pero yo quiero saber lo que está pasando…

—Cumplo dieciséis años dentro de cinco meses. —Alzó la mano, manchada de tinta, como era habitual. 151—. Ciento cincuenta y un días.

Era su cumpleaños, la cuenta atrás del día de su cumpleaños, el número que llevaba escrito en su mano.

—No sabes lo que significa esto, Ethan, no tienes ni idea. Después de eso, no me quedaré aquí.

—Pero estás aquí ahora.

Miró a lo lejos, en dirección a Ravenwood. Cuando habló, no lo hizo con sus ojos puestos en mí.

—¿Te gusta ese poeta, Bukowski?

—Sí, claro —respondí, confuso.

—«No lo intentes».

—No te entiendo.

—Ésa es la inscripción de su lápida.

Desapareció detrás del muro de piedra. Cinco meses. No tenía ni idea de lo que me estaba hablando, pero reconocí el sentimiento en mis tripas.

Pánico.

Cuando fui capaz de reaccionar y la seguí cruzando el muro, se había desvanecido como si nunca hubiera estado allí, dejando a su espalda sólo una ráfaga de olor a limón y tomillo. Era realmente divertido el hecho de que cuanto más corría ella, más ganas tenía yo de seguirla.

No lo intentes.

Estaba bastante convencido de que en mi tumba pondría algo bien diferente.

12 DE SEPTIEMBRE

Las Hermanas

La mesa de la cocina estaba aún puesta cuando regresé a casa, por suerte para mí, porque Amma me habría matado si me hubiera perdido la cena. Con lo que no contaba era con el montón de llamadas que había habido justo desde que yo me había largado de la clase de inglés. Al menos la mitad del pueblo había llamado a Amma cuando llegué a casa.

—¿Ethan Wate? ¿Eres tú? Porque si es así, se te va a caer el mundo encima.

Oí un sonido familiar de golpeteo. Las cosas estaban peor de lo que yo pensaba. Agaché la cabeza cuando entré en la cocina. Amma estaba de pie al lado de la encimera con su delantal vaquero industrial para herramientas, que tenía catorce bolsillos para clavos y podía llevar hasta cuatro taladros. Tenía en la mano su cuchillo de carnicero y por la encimera había un montón de zanahorias, repollo y otras hortalizas que no pude identificar. Los rollitos de primavera requerían de un troceado más minucioso que cualquier otra receta de la caja de plástico azul de Amma. Y si los estaba haciendo, eso sólo significaba una cosa, y no era que le gustase la comida china.

Intenté ingeniármelas para encontrar una explicación aceptable, pero no se me ocurrió nada.

—Esta tarde han llamado: el entrenador, la señora English, el director Harper, la madre de Link y la mitad de las señoras de las Hijas de la Revolución Americana, y ya sabes cómo odio hablar con esas mujeres, son más malas que Caín, todas, sin salvar ni una.

Gatlin estaba lleno de señoras voluntarias de esto y de lo de más allá, pero las Hijas de la Revolución Americana eran la madre de todas ellas. Siendo fieles a su nombre, había que demostrar que se tenía parentesco con uno de los patriotas de la Revolución para que lo eligieran como miembro. Ser miembro te capacitaba, aparentemente, para que pudieras decirle a tus vecinos de la calle que daba al río de qué color debían pintar sus casas y, en términos generales, para mangonear, fastidiar y juzgar a todos los del pueblo. A menos que fueses Amma, claro está; no me habría perdido ese espectáculo por nada del mundo.

—Todos me han dicho lo mismo. Que te has escapado corriendo del colegio, en mitad de una clase, detrás de esa chica, la Duchannes. —Otra zanahoria salió rodando por la tabla de cortar.

—Ya lo sé, Amma, pero es que…

Partió el repollo en dos.

—Así que me he dicho: «No, no puede ser que mi chico se haya marchado del colegio sin permiso y se haya saltado el entrenamiento. Tiene que haber algún error. Debe de ser algún otro chaval el que haya faltado el respeto a su profesora y arrastre por el fango el nombre de su familia. No puede ser el mismo chico que yo he criado y que vive en esta casa». —Los cebollinos volaron por la encimera.

Había cometido el peor de los crímenes: avergonzarla. Y lo peor de todo, lo había hecho ante los ojos de la señora Lincoln y las mujeres de las Hijas de la Revolución Americana, sus enemigas juradas.

—¿Tienes algo que decir en tu defensa? ¿Por qué has salido disparado del instituto como si le hubieran prendido fuego a tus pantalones? Y no me digas que ha sido por esa chica.

Inhalé una gran bocanada de aire. ¿Qué podía contarle? ¿Que había estado soñando con una chica misteriosa durante meses, que ésta de pronto había aparecido aquí y que, mira por dónde, era la sobrina de Macon Ravenwood? Y no sólo eso, sino que además de los sueños terroríficos sobre esta chica, había tenido una visión de otra mujer, a la que, por supuesto, no conocía de nada, y que había vivido durante la Guerra de Secesión.

Sí, claro, esto me libraría del problema en el que me había metido el día que el sol explotara y desapareciera el sistema solar.

—No es lo que tú crees. Los chicos de la clase se estaban metiendo con Lena, gastándole bromas sobre su tío y diciéndole que transportaba cadáveres por ahí en su coche fúnebre, y ella se sintió realmente mal y salió corriendo de clase.

—Estoy esperando a que llegues a la parte que dice qué tiene que ver todo eso contigo.

—¿No eres tú la que está todo el día diciéndome que «hay que seguir los pasos del Señor»? ¿No crees que Él querría que ayudara a alguien con quien se están metiendo? —Ahora sí que la había hecho buena, lo estaba viendo con toda claridad escrito en sus ojos.

—No se te ocurra usar la palabra del Señor para justificar que te hayas saltado a la torera las normas del colegio, o te juro que salgo fuera, cojo un palo y te meto el sentido común en la mollera a palos. Y no me importa lo mayor que seas, ¿me estás escuchando? —Amma no me había golpeado con nada en su vida, aunque me había perseguido con una vara unas cuantas veces para ponerme en mi sitio, pero, desde luego, éste no era el momento para sacar el tema.

La situación estaba yendo rápidamente de mal en peor. Necesitaba distraerla con algo. El guardapelo parecía arder en el bolsillo de atrás de mi pantalón, hasta el punto de casi agujerearlo. Amma adoraba los misterios. Me había enseñado a leer cuando tenía cuatro años con novelas de crímenes y con sus crucigramas a cuestas. Yo era el único chico en la

guardería que podía leer la palabra «examen» en la pizarra porque se parecía mucho a «examinador médico». Y en lo que se refería a misterios, estaba claro que el guardapelo era uno de los mejores. Lo único que tenía que hacer era pasar de la parte en la que, al tocarlo, había tenido una visión de la Guerra de Secesión.

—Tienes razón, Amma, lo siento mucho. No debería haberme marchado de clase. Sólo quería asegurarme de que Lena estaba bien. Se rompió una ventana justo a sus espaldas y se puso a sangrar. Sólo me acerqué a su casa para ver si se encontraba bien.

—¿Fuiste hasta su casa?

—Sí, bueno, pero no entré. Creo que su tío es realmente tímido.

—No tienes que decirme cómo es Macon Ravenwood, como si tú supieras algo que yo no sepa ya. —Y ahora la Mirada—. L.E.T.Á.R.G.I.C.O.

—¿Qué?

—Desde luego, pero qué poco sentido común tienes, Ethan Wate.

Saqué el guardapelo del bolsillo y me acerqué a ella, que estaba de pie al lado de los fuegos.

—Estuvimos por ahí detrás de la casa y encontramos algo —le dije, abriendo la mano para que pudiera echarle un vistazo—. Tiene una inscripción dentro.

La expresión en el rostro de Amma me dejó de una pieza. Parecía como si hubiera recibido un golpe que le hubiera sacado el aire del cuerpo.

—Amma, ¿te encuentras bien? —La cogí por el codo, para sujetarla por si acaso se desmayaba; sin embargo, apartó el brazo antes de que pudiera tocarla, como si se hubiera quemado la mano con una sartén.

—¿De dónde has cogido esto? —Su voz era apenas un susurro.

—Lo encontramos en el suelo, en Ravenwood.

—Esto no estaba en la plantación Ravenwood.

—¿De qué me estás hablando? ¿Sabes a quién pertenece?

—Quédate ahí quieto. No te muevas —me ordenó, y salió disparada de la cocina.

Pero yo la ignoré y la seguí hasta su habitación. Siempre había tenido más aspecto de botica que de dormitorio, con aquella estrecha cama blanca empotrada entre filas y filas de estanterías. Allí había montones de periódicos apilados, ya que Amma jamás tiraba un crucigrama cuando lo había terminado, y frascos de conserva llenos de ingredientes para hacer hechizos. Algunos de ellos eran los que había usado toda la vida: sal, hierbas y piedras de colores. Pero también había otras cosas menos comunes, como un frasco lleno de raíces y otro con nidos de pájaro abandonados. En la balda más alta sólo había botellas de tierra. Actuaba de una manera extraña, incluso para una mujer como ella. Yo sólo estaba a dos pasos a su espalda, pero ya estaba trasteando en los cajones en el momento en que llegué a su lado.

—Amma, pero ¿qué es lo…?

—¿No te he dicho que te quedes en la cocina? ¡No traigas *esa* cosa aquí! —gritó cuando di un paso hacia delante.

—¿Por qué estás tan enfadada? —Metió unas cuantas cosas que ni siquiera pude ver en su delantal y salió disparada de nuevo de la habitación—. Amma, ¿qué es lo que pasa?

—Coge esto. —Me dio un pañuelo raído, con mucho cuidado para que su mano no rozara la mía—. Ahora, envuelve esa cosa en esto. Rápido, venga.

Esto ya era algo más que ponerse «oscura». Se le estaba yendo la olla.

—Amma…

—Haz lo que te digo, Ethan. —Jamás me llamaba por el primer nombre sin añadir el apellido.

Una vez que el guardapelo estuvo a buen recaudo envuelto en el pañuelo, se calmó un poco. Rebuscó en los bolsillos inferiores del delantal y sacó una pequeña bolsita de cuero y un frasquito con polvos.

Reconocía los preparativos de cualquiera de sus hechizos en cuanto los veía. Le temblaba la mano levemente mientras echaba un poco de aquellos polvos oscuros dentro de la bolsita de cuero.

—¿Lo has envuelto bien apretado?

—Vaya —respondí, y esperé que me corrigiera por contestarle de una manera tan informal.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Ahora mételo aquí dentro. —La bolsita era cálida y suave al tacto—. Vamos allá.

Metí aquel guardapelo que tanto le desagradaba en la bolsita.

—Átalo bien con esto —me ordenó, dándome un trozo de lo que parecía una cuerdecita corriente, aunque yo sabía que las cosas que Amma usaba para sus hechizos ni eran corrientes ni eran lo que parecían ser—. Ahora, llévatelo donde lo has encontrado y entiérralo. Llévatelo inmediatamente.

—Amma, pero ¿qué está pasando? —Dio unos cuantos pasos hacia delante y me cogió de la barbilla, apartándome el pelo de la cara. Por primera vez desde que saqué el guardapelo del bolsillo, me miró directamente a los ojos. Nos quedamos así durante lo que me pareció el minuto más largo de toda mi vida. Su expresión no me era familiar, pues mostraba inseguridad.

—No estás preparado —me susurró, apartando la mano.

—¿No estoy preparado para qué?

—Haz lo que te digo. Llévate esa bolsita a ese sitio y entiérrala. Y después vuelve a casa sin pararte en ninguna parte. No quiero que andes por ahí con esa chica nunca más, ¿me has oído?

Había dicho todo lo que había planeado decir, quizá más, pero yo nunca lo sabría, porque si había una cosa que Amma sabía hacer mejor que leer las cartas o resolver crucigramas, era guardar secretos.

—Ethan Wate, ¿estás levantado ya?

¿Qué hora era? Las nueve y media del sábado. Ya debería estar levantado a esa hora, pero estaba destrozado. La noche anterior había estado vagabundeando por ahí dos horas para que Amma pensara que había regresado a Greenbrier para enterrar el guardapelo.

Salté de la cama y tropecé por toda la habitación, hasta dar con un paquete pasado de Oreos. Mi cuarto siempre estaba hecho un desastre, atestado con tantos trastos que mi padre decía que cualquier día se iba a provocar un incendio e iba a quemar toda la casa, y eso que hacía ya bastante tiempo que no había subido aquí. Además de con el mapa, las paredes y el techo estaban cubiertos de pósteres de lugares que esperaba poder ver algún día: Atenas, Barcelona, Moscú, e incluso Alaska. La habitación estaba forrada con pilas de cajas de zapatos de más de un metro de altura. Aunque las cajas parecían estar distribuidas al azar, podía señalar el lugar donde se encontraba cada una de ellas, desde la caja de Adidas blanca con mi colección de mecheros de mi fase pirotécnica de octavo grado, hasta la verde de New Balance en la que guardaba cartuchos de balas y un trozo desgarrado de una bandera que encontré con mi madre en Fort Sumter.

La que estaba buscando ahora era una amarilla de Nike, donde había puesto el guardapelo que había enfurecido a Amma. Abrí la caja y cogí la suave bolsita de cuero. La noche anterior me había parecido una gran idea esconderlo, pero me lo guardé en el bolsillo sólo por si las moscas.

Amma me gritó de nuevo por las escaleras.

—Baja ya de una vez o vas a llegar tarde.

—Bajo en un minuto.

Cada sábado pasaba medio día en compañía de las tres mujeres más ancianas de Gatlin, mis tías abuelas Mercy, Prudence y Grace. Todo el mundo en el pueblo las llamaba las Hermanas, como si fueran una

entidad única, y lo eran en cierto modo. Las tres debían de andar por los cien años y ni siquiera ellas recordaban quién era la mayor. Las tres se habían casado varias veces, pero habían sobrevivido a sus maridos y se habían mudado a vivir juntas a casa de la tía Grace. Y desde luego, estaban más locas que viejas.

Cuando yo debía de andar por los doce años, mi madre había comenzado a llevarme allí los sábados para echar una mano, y desde entonces seguía yendo. La peor parte del asunto era que tenía que acompañarlas a la iglesia, a la iglesia baptista del sur, adonde iban todos los sábados y los domingos y también la mayoría de los demás días.

Pero hoy era un día distinto. Antes de que Amma tuviera que llamarme por tercera vez, ya había salido de la cama y estaba en la ducha. No podía esperar a ir. Las Hermanas lo sabían todo de la gente que había vivido en Gatlin; y, desde luego, cómo no iba a ser así, si las tres habían emparentado con medio pueblo por matrimonio en una época u otra de sus vidas. Después de la visión, era obvio que la letra G de las iniciales «GKD» se refería a Genevieve. Si había alguien que pudiera saber qué significaba el resto de las iniciales, eran las tres mujeres más ancianas de Gatlin.

Cuando abrí el cajón de arriba de la cómoda para coger unos calcetines, encontré una muñeca pequeña con el aspecto de un mono hecha del mismo tejido que llevaba una diminuta bolsa de sal y una piedra azul, un hechizo de Amma. Los hacía para protegernos de los malos espíritus, la mala suerte o hasta de un resfriado. Incluso puso uno en la puerta del estudio de mi padre cuando empezó a trabajar los domingos en vez de ir a la iglesia. Aunque mi padre no prestaba mucha atención cuando acudía, Amma decía que el Buen Señor siempre tenía en cuenta que uno fuera. Un par de meses más tarde, mi padre le compró una bruja para la cocina por Internet y se la colgó sobre los fuegos. Se enfadó tanto que le sirvió la comida fría y el café quemado durante al menos una semana.

Por regla general, no solía darle importancia a esos pequeños regalos de Amma cuando me los encontraba, pero no pasaba lo mismo con el guardapelo. Ahí había algo que ella no quería que yo averiguara.

Sólo hay una palabra capaz de describir lo que me encontré cuando llegué a casa de las Hermanas: caos. La tía Mercy me abrió la puerta con los rulos todavía puestos.

—Gracias a todos los cielos que estás aquí, Ethan. Tenemos una *emergencia* entre manos —me dijo, pronunciando la letra e como si fuera una palabra independiente. Su acento era tan marcado y la gramática empleada tan incomprensible que la mitad del tiempo no entendía nada de lo que me decían. Pero así son las cosas en Gatlin: puedes descubrir la edad de la gente por la forma en que hablan.

—¿Sí, señora?

—*Harlon James* está herido y no las tengo todas conmigo de que no estire la pata —me susurró las últimas dos palabras como si Dios mismo la estuviera escuchando y no quisiera sugerirle malas ideas. *Harlon James* era el Yorkshire de la tía Prudence, al que llamaba así en honor a su último marido.

—¿Qué ha pasado?

—Te voy a decir lo que ha pasado —me espetó la tía Prudence, que apareció de no sé dónde con un botiquín de primeros auxilios—. Grace ha intentado cargarse al pobre *Harlon James*, y está fatal.

—Yo no quería cargármelo —chilló la tía Grace desde la cocina—. No vayas contando historias por ahí, Prudence Jane. ¡Ha sido un accidente!

—Ethan, llama a Dean Wilks y dile que tenemos una *emergencia* —le ordenó la tía Prudence, cogiendo un frasco de sales y dos tiritas extralargas del botiquín.

—¡Le estamos perdiendo! —*Harlon James* yacía en el suelo de la cocina, con aspecto de estar algo traumatizado, pero de ningún modo al borde de la muerte. Tenía la pata trasera atrapada debajo del cuerpo y la arrastraba cuando intentaba incorporarse—. Grace, a Dios pongo por testigo, de que si *Harlon* muere…

—No se va a morir, tía Prue. Creo que tiene la pata rota. ¿Qué le ha pasado?

—Grace ha intentado golpearle hasta la muerte con una escoba.

—Eso no es verdad. Te he dicho que no llevaba puestas las gafas y parecía una rata de embarcadero corriendo por la cocina.

—¿Y cómo sabes tú qué aspecto tiene una rata de embarcadero? No has visto un embarcadero en tu vida.

Así que llevé a las Hermanas, que estaban completamente histéricas, y a *Harlon James*, que seguramente habría preferido estar muerto, en su viejo coche, un Cadillac de 1964, a casa de Dean Wilks. Se encargaba de la tienda de alimentación, pero era lo más parecido a un veterinario que había en el pueblo. Afortunadamente, *Harlon James* sólo tenía una pata rota, de modo que Dean Wilks se puso a la tarea.

En el momento en que regresamos a casa me estuve preguntando si no estaba loco por pensar que podría sacarles algún tipo de información a las Hermanas. El coche de Thelma estaba en la entrada. Mi padre la había contratado para que les echara una ojeada a las Hermanas poco después de que la tía Grace casi quemara el edificio unos diez años antes, cuando se dejó un pastel de merengue de limón en el horno durante una tarde entera mientras estaba en la iglesia.

—¿Dónde habéis estado, chicas? —gritó Thelma desde la cocina.

Se atropellaron unas a otras en su afán por llegar las primeras a la cocina para contarle a Thelma el percance. Yo me desplomé en una de las sillas desemparejadas de la cocina al lado de la tía Grace, que parecía

deprimida por el hecho de ser de nuevo la mala de la historia. Saqué el guardapelo del bolsillo, sujetando la cadena con la mano y lo giré unas cuantas veces.

—¿Qué tienes ahí, guapetón? —preguntó Thelma, mientras sacaba un poco de tabaco de mascar de la lata que había en el alféizar de la ventana y deslizándolo bajo su labio inferior, lo cual tenía un aspecto más extraño aún de lo que sonaba, pues Thelma era una especie de afectada imitación de Dolly Parton.

—Sólo es un guardapelo que encontré en la plantación Ravenwood.

—¿Ravenwood? ¿Y qué demonios estabas haciendo allí?

—Fui a ver a una amiga.

—¿Te refieres a Lena Duchannes? —preguntó la tía Mercy. Y vaya si lo sabía, como que lo sabía todo el pueblo. Esto era Gatlin.

—Sí, señora. Estamos en la misma clase en el instituto. —Había captado su atención—. Encontramos este guardapelo en el jardín que hay detrás de la casa. No sabemos a quién perteneció, pero parece muy antiguo.

—Ésa no es la propiedad de Macon Ravenwood. Es parte de Greenbrier —comentó la tía Prue, muy segura de sí misma.

—Déjame echarle un vistazo —intervino la tía Mercy, sacando las gafas del bolsillo de su bata.

Le di el guardapelo, aún envuelto en el pañuelo.

—Tiene una inscripción.

—No puedo leerla. Grace, ¿puedes ver qué es? —inquirió, dándoselo a tía Grace.

—No veo nada —dijo la tía Grace, bizqueando de manera exagerada.

—Hay dos juegos de iniciales, aquí —dije, señalando las letras grabadas en el metal—: «ECW» y «GKD». Si le das la vuelta, verás una fecha: 11 DE FEBRERO de 1865.

—Esta fecha me es muy familiar —dijo la tía Prudence—. Mercy, ¿qué sucedió en esa fecha?

—¿No estabas casada por aquel entonces, Grace?

—En 1965, no 1865 —la corrigió Grace, cuyo oído no era mejor que su vista—. 11 DE FEBRERO de 1865…

—Ése fue el año en el que los federales prácticamente quemaron todo Gatlin —explicó la tía Grace—. Nuestro bisabuelo lo perdió todo en ese incendio. ¿No recordáis esa historia, chicas? El general Sherman y el ejército de la Unión marcharon en línea recta a través del sur, calcinándolo todo a su paso, incluyendo Gatlin. Ellos lo llamaron la Gran Quema. Al menos se destruyó una parte de todas las plantaciones de Gatlin, excepto Ravenwood. Mi bisabuelo solía decir que Abraham Ravenwood debió de hacer un trato con el diablo esa noche.

—¿Qué quieres decir?

—Fue el único lugar que quedó en pie. Los federales prendieron fuego a todas las plantaciones de la orilla del río, una por una, hasta que llegaron a Ravenwood. Pasaron de largo, como si ni siquiera estuviera allí.

—Por el modo en que el bisabuelo lo dijo, eso no fue lo único extraño de esa noche —comentó Prue, mientras alimentaba a *Harlon James* con un trozo de beicon—. Abraham tenía un hermano que vivía allí con él y desapareció esa misma noche. Nadie volvió a verle nunca más.

—Pues eso no parece tan extraño. Quizá lo mataron los soldados de la Unión o se quedó atrapado en alguna de aquellas casas en llamas —repliqué yo. La tía Grace alzó una ceja.

—O quizá pudo ser cualquier otra cosa. Nunca se encontró el cuerpo. —Me di cuenta de que la gente llevaba hablando de los Ravenwood durante generaciones; no había empezado con Macon Ravenwood. Me pregunté cuántas cosas más sabrían las Hermanas.

—¿Y qué hay de Macon Ravenwood? ¿Qué sabéis de él?

—Ese chaval nunca tuvo ninguna oportunidad por el hecho de ser *ilegítimo*. —En Gatlin, ser ilegítimo era como ser comunista o ateo—. Su padre, Silas, conoció a la madre de Macon después de que le dejara su primera esposa. Era muy guapa, creo que de Nueva Orleans. De todas formas, no mucho después, nacieron Macon y su hermano, pero Silas jamás se casó con ella, y luego también desapareció.

La tía Prue la interrumpió.

—Grace Ann, no tienes ni idea de cómo contar una historia. Silas Ravenwood era un *excéntrico* y más mezquino que largo un día sin pan. Y pasaron unas cosas muy raras en esa casa. Las luces estuvieron encendidas toda la noche y se vio a un hombre con un sombrero alto y negro vagando por allí.

—Y el lobo, cuéntale lo del lobo. —No necesitaba que ellas me contaran lo del perro o lo que fuera eso. Lo había visto por mí mismo, aunque no podía ser el mismo animal. Ni los perros, ni los lobos viven tanto tiempo.

—Pues había un lobo allí, en la casa. ¡Silas lo tenía como animal doméstico! —La tía Mercy sacudió la cabeza con desagrado.

—Pero aquellos chicos iban de Silas a su madre, y cuando estaban con él, los trataba fatal. Les pegaba y apenas les quitaba los ojos de encima. Ni siquiera les dejó ir a la escuela.

—Quizás ése es el motivo por el cual Macon Ravenwood jamás sale de su casa —aventuré.

La tía Mercy movió la mano en el aire de forma despectiva, como si fuera la cosa más tonta que hubiera oído en su vida.

—Claro que sale de su casa. Le he visto un montón de veces cerca del edificio de las Hijas de la Revolución Americana, justo después de la hora de cenar. —Seguro que lo había visto.

Así eran las cosas con las Hermanas: la mitad del tiempo tenían los pies firmemente asentados en la realidad, pero era sólo la mitad. Nunca había oído que nadie hubiera visto a Macon Ravenwood por ese edificio

para admirar las pinturas descascarilladas y echar una charla con la señora Lincoln.

La tía Grace escudriñó el guardapelo con atención, alzándolo para que le diera la luz.

—Lo que sí puedo decirte es una cosa. Este pañuelo perteneció a Sulla Treadeau, Sulla la Profetisa como la llamaban; la gente decía que era capaz de leer el futuro en las cartas.

—¿Cartas de tarot? —inquirí.

—¿Y qué otras cartas hay?

—Bueno, hay cartas para jugar, cartas postales y cartas de invitación a fiestas… —divagó la tía Mercy.

—¿Cómo sabes que le pertenecía ese pañuelo?

—Tiene sus iniciales bordadas aquí, en una esquina, y, ¿ves esto que hay aquí? —me preguntó, señalando un pajarito bordado bajo las iniciales—. Ésta era su marca.

—¿Su marca?

—La mayor parte de los echadores de cartas la tienen. Marcan el mazo para asegurarse de que nadie se lo ha cambiado. Un buen echador de cartas es tan bueno como lo es su baraja. De eso sé mucho —afirmó Thelma, escupiendo en una pequeña escupidera que había en una esquina de la habitación con la precisión de un francotirador.

Treadeau. Ése era el apellido de Amma.

—¿Era pariente de Amma?

—Pues claro que sí. Era la tatarabuela de Amma.

—¿Y sabéis qué significan las iniciales del guardapelo, «ECW» y «GKD»? ¿Podéis contarme algo? —Era una posibilidad muy remota que me respondieran. No me acordaba de la última vez que las Hermanas habían tenido un rato de claridad mental que hubiera durado tanto.

—¿Estás tomándole el pelo a una anciana, Ethan Wate?

—No, señora.

—ECW. Ethan Cárter Wate. Era tu retatarabuelo, ¿o era tu retataratío?

—Nunca se te ha dado bien la aritmética —la interrumpió la tía Prudence.

—Da igual, era tu trastatarabuelo, el hermano de Ellis.

—El hermano de Ellis Wate se llamaba Lawson, no Ethan. De ahí fue de donde salió mi segundo nombre de pila.

—Ellis Wate tuvo dos hermanos, Ethan y Lawson. Tú llevas el nombre de los dos: Ethan Lawson Wate. —Intenté imaginarme mi árbol genealógico. Lo había visto un montón de veces y si hay algo que un buen sureño conoce bien, es su árbol familiar. No había ningún Ethan Cárter Wate en la copia enmarcada que había en nuestro comedor. Obviamente, había sobreestimado la lucidez de la tía Grace.

Debí de mostrar una expresión poco convencida porque, un momento después, la tía Prue se levantó de su silla.

—Tengo el árbol de la familia Wate en mi cuaderno de genealogía. Investigué el linaje familiar de las Hermanas de la Confederación.

Las Hermanas de la Confederación eran las primas pobres de las Hijas de la Revolución Americana, igual de terroríficas, una especie de Círculo de Costura que quedaba como reliquia de la guerra. En la actualidad, sus miembros se pasaban la mayor parte del tiempo rastreando sus raíces hasta llegar a la Guerra de Secesión para documentales y miniseries como *Azules y grises*.

—Aquí está. —La tía Prue regresó a la cocina acarreando un enorme volumen encuadernado en piel, del cual sobresalían por los bordes, trozos amarillentos de papel y viejas fotos. Lo abrió, y se cayeron por el suelo un montón de trozos de papel y viejos recortes de periódico.

—Vamos a ver… Burton Free, mi tercer esposo. ¿No era el más guapo de todos mis maridos? —preguntó, alzando una fotografía agrietada para que todos la viéramos.

—Prudence Jane, sigue buscando. Este chico está comprobando nuestra memoria. —La tía Grace tenía un aspecto muy agitado.

—Está justo aquí, al lado del árbol de los Statham.

Me quedé mirando los nombres, los conocía a la perfección por el árbol familiar que había en el comedor de mi casa.

Allí estaba el nombre que faltaba en el árbol familiar de la propiedad de los Wate: Ethan Cárter Wate. ¿Por qué las Hermanas tenían una versión diferente de mi árbol genealógico? Era obvio cuál de los dos era el verdadero. Tenía la prueba en mi mano, envuelta en el pañuelo de una vieja profetisa de hacía ciento cincuenta años.

—¿Por qué no está en el árbol de mi casa?

—La mayor parte de los árboles genealógicos del sur son una completa mentira, pero me sorprende que nadie tenga una copia del árbol de la familia Wate —afirmó la tía Grace, cerrando el libro, que lanzó una vaharada de polvo al aire.

—Y que esté aquí se debe a mi excelente tarea de recopiladora. —La tía Prue sonrió orgullosamente, mostrando sus dos filas de dientes postizos.

Tenía que conseguir que se centraran en el asunto.

—¿Y por qué no iba a estar en el árbol familiar, tía Prue?

—Porque era un desertor.

No me estaba enterando de nada.

—¿Qué quieres decir con un desertor?

—Señor, pero ¿qué es lo que les enseñan a los jóvenes de hoy en ese lujoso instituto? —La tía Grace estaba muy ocupada sacando todas las galletitas saladas del paquete de Chex Mix.

—Desertores fueron los soldados confederados que abandonaron al general Lee durante la guerra. —Debí de mostrar un aspecto extremadamente confuso, ya que la tía Prue se sintió obligada a explicarse

mejor—. Hubo dos clases de soldados confederados durante la guerra. Aquellos que creían realmente en la causa de la Confederación y aquellos otros a los que sus familias habían alistado a la fuerza. —La tía Prue se levantó y caminó hacia la encimera, andando de aquí para allá como si fuese un auténtico profesor de historia impartiendo una clase.

—Hacia 1865, el ejército de Lee había sido vencido, se moría de hambre y le sobrepasaban en número. Algunos dicen que los rebeldes habían perdido la fe, de modo que se marcharon, desertando de sus regimientos. Ethan Cárter Wate fue uno de ellos, de modo que era un desertor.

Las tres bajaron la cabeza como si no pudieran soportar cierta vergüenza.

—Así que, ¿me estáis diciendo que se le borró del árbol genealógico porque no quiso morirse de hambre, luchando en una guerra que había perdido al estar en el lado de los derrotados?

—Ésa es una manera de verlo, supongo.

—Es la cosa más estúpida que he oído en mi vida.

La tía Grace se levantó de su silla de un salto, con toda la fuerza que podía hacerlo una mujer de noventa y tantos años.

—No seas tan descarado, Ethan. El árbol lo cambiaron mucho antes de que naciéramos nosotras.

—Lo siento, señora. —Se alisó la falda y volvió a sentarse—. ¿Por qué entonces mis padres me pusieron el nombre de un trastataratío que había avergonzado a la familia?

—Bueno, tu padre y tu madre tenían sus propias ideas respecto a estas cosas, después de todos esos libros que se leyeron sobre la guerra. Ya sabes que siempre han sido bastante liberales. ¿Quién sabe en lo que estarían pensando? Deberías preguntárselo a tu padre.

Como si hubiera alguna posibilidad de que me contestara. Pero sabiendo el modo de pensar de mis padres, probablemente mi madre se hubiera sentido orgullosa de Ethan Cárter Wate. Yo también lo estaba.

Pasé la mano por la desgastada cubierta marrón del cuaderno de la tía Prue.

—¿Y qué hay de las iniciales GKD? Creo que la G es por una tal Genevieve —dije, sabiendo ya de antemano que así era.

—GKD. ¿No saliste tú con un chico con las iniciales GD una vez, Mercy?

—No me acuerdo. ¿Recuerdas tú a un GD, Grace?

—GD… ¿GD? No, no puedo decirlo con certeza. —Ya las había perdido.

—Oh, Dios mío. Mirad la hora, chicas. Tenemos que irnos a la iglesia —anunció la tía Mercy.

La tía Grace se puso en marcha en dirección hacia la puerta del garaje.

—Ethan, escúchame, sé buen chico y saca el Cadillac. Sólo tenemos que arreglarnos un poco.

Las llevé en el coche las cuatro manzanas de distancia para que asistieran al servicio de la tarde a la iglesia misionera baptista evangélica y empujé la silla de la tía Mercy por el sendero de grava. Tardé más con esto que con el viaje en coche, porque la silla se atascaba en las piedrecitas cada medio metro y había que moverla continuamente, con el peligro de volcar y que mi tía bisabuela se cayera al suelo.

Conseguimos llegar cuando el predicador escuchaba el tercer testimonio de una anciana que juraba que Jesús había salvado sus rosales de los escarabajos japoneses y sus manos hinchadas por la artritis. Le di vueltas al guardapelo entre los dedos dentro del bolsillo de los vaqueros. ¿Por qué nos mostró aquella visión? ¿Y por qué, de pronto, había dejado de funcionar?

Ethan, déjalo. No sabes lo que estás haciendo.

Lena ya estaba en mi cabeza otra vez.

¡Apártate de él!

El recinto de la iglesia comenzó a desaparecer a mi alrededor y sentí cómo los dedos de Lena se enlazaban con los míos, como si estuviera allí a mi lado…

Nadie había preparado a Genevieve para la visión de Greenbrier en llamas. Las lenguas de fuego lamían sus laterales, devorando las celosías y tragándose la veranda. Los soldados sacaban antigüedades y pinturas de la casa, saqueándola como si fueran vulgares ladrones. ¿Dónde estaba todo el mundo? ¿Se habían escondido en el bosque como había hecho ella? Las hojas crujieron bajo sus pies. Notó una presencia detrás de ella, pero antes de que pudiera volverse una mano manchada de lodo le tapó la boca. Agarró la muñeca de aquella persona con las dos manos, intentando soltarse.

—Genevieve, soy yo. —La mano aflojó su presión.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Estás bien? —Genevieve echó los brazos alrededor del soldado, vestido con lo que en algún momento debió de ser un orgulloso uniforme gris de la Confederación.

—Estoy bien, cariño —contestó Ethan, pero ella sabía que le estaba mintiendo.

—Pensaba que estarías…

Sólo había tenida noticias de Ethan a través de las cartas que le había escrito durante la mayor parte de los dos últimos años, desde que se alistó, y había dejado de recibirlas desde la batalla de Wilderness. Genevieve sabía también que muchos de los hombres que habían seguido a Lee en aquella batalla no habían salido vivos de Virginia. Se había resignado ya a morir soltera, pues estaba del todo segura de que había perdido a Ethan. Era casi inimaginable que pudiera estar vivo, allí a su lado, esa noche.

—¿Dónde está el resto de tu regimiento?

—La última vez que les vi estaban a las afueras de Summit.

—¿Qué quieres decir con la última vez que les viste? ¿Han muerto todos?

—No lo sé. Estaban todos vivos cuando les dejé.

—No te entiendo.

—He desertado, Genevieve. No puedo seguir luchando ni un día más por algo en lo que ya no creo. No después de lo que he visto. La mayoría de los chicos que han luchado conmigo ni siquiera sabían en qué consiste esta guerra, sólo estaban derramando su sangre por el algodón.

Ethan cogió sus frías manos entre las suyas, ásperas por los cortes.

—Te entiendo si ya no quieres casarte conmigo. No tengo dinero y tampoco me queda honor.

—No me importa que no tengas dinero, Ethan Cárter Wate. Eres el hombre más honrado que he conocido en mi vida. Y no me importa si mi padre piensa que las diferencias entre los dos son insuperables, pues está equivocado. Ahora que estás en casa, podemos casarnos.

Genevieve se abrazó a él, temiendo que pudiera diluirse en el aire si le soltaba. El hedor la trajo de nuevo a la realidad, a la peste rancia a limones ardiendo que se consumían junto con sus vidas.

—Tenemos que dirigirnos al río, allí es donde creo qué se ha dirigido mamá. Seguramente se habrá ido hacia el sur, hacia la casa de la tía Marguerite.

Pero Ethan no tuvo tiempo de contestarle. Alguien se acercaba. Las ramas se rompían con un crujido mientras alguien avanzaba entre los arbustos.

—Ponte detrás de mí —le ordenó Ethan, empujando a la joven tras su espalda con un brazo y empuñando su rifle con el otro. Los arbustos se apartaron e Ivy, la cocinera de Greenbrier, apareció tropezando. Todavía vestía un camisón ennegrecido por el humo. Gritó cuando vio el uniforme, demasiado asustada para distinguir que era gris y no azul.

—Ivy, ¿te encuentras bien? —Genevieve se apresuró a adelantarse para sujetar a la anciana, que estaba a punto de caerse.

—Señorita Genevieve, ¿qué demonios está usted haciendo aquí?

—Estaba intentando llegar hasta Greenbrier para avisaros.

—Demasiado tarde para eso, niña, y no hubiera servido de nada. Esos pájaros azules rompieron las puertas y entraron en la casa como si fuera suya. Echaron un vistazo a las habitaciones para ver lo que se querían llevar y después prendieron fuego por todas partes. —Se hacía casi imposible entenderla porque estaba histérica y cada poco le daba un ataque de tos, ahogándose tanto por el humo como por las lágrimas.

—En toda mi vida había visto unos demonios como ésos, quemando una casa con las mujeres aún dentro. Cada uno de ellos tendrá que responder ante el mismísimo Señor Todopoderoso cuando llegue al otro lado. —La voz de Ivy sonaba entrecortada.

Les llevó un momento hacerse cargo de lo que querían decir sus palabras.

—¿Qué quieres decir con eso de quemar una casa con las mujeres dentro?

—Lo siento mucho, niña.

Genevieve sintió que le fallaban las piernas, cayó arrodillada sobre el fango, con la lluvia corriéndole por el rostro mezclada con sus lágrimas. Su madre, su hermana, Greenbrier… todos habían desaparecido.

Alzó el rostro hacia el cielo.

—Dios va a tener que responder ante mí por esto.

La visión nos abandonó con la misma rapidez con la que nos había absorbido. Yo estaba mirando de nuevo al predicador y Lena ya no estaba. Sentía cómo se había desvanecido.

¿Lena?

No me contestó. Me senté, empapado de sudor frío y empotrado entre la tía Mercy y la tía Grace, que rebuscaban cambio en sus monederos para echar unas monedas en la cestilla de la colecta.

Quemar una casa con mujeres dentro, una casa flanqueada por limoneros. Apostaría a que era la casa en la que Genevieve había perdido su guardapelo, un guardapelo grabado con el día en que Lena había nacido, aunque cien años antes. No era de extrañar que ella no quisiera saber nada de visiones.

Yo también empezaba a estar de acuerdo con ella. Las coincidencias no existen.

14 DE SEPTIEMBRE

El auténtico Boo Radley

El domingo por la noche me releí *El guardián entre el centeno* hasta que me sentí lo bastante cansado para dormir. Sin embargo, al final resultó que no lo estaba en realidad. Y tampoco podía leer, porque no era consciente de lo que leía. No podía desaparecer tras el personaje de Holden Caulfield, no me veía dentro de la historia, no como debía ser, es decir, convirtiéndote en alguien que no eres.

No me sentía a solas dentro de mi cabeza. Estaba llena de guardapelos, fuegos y voces. Gente a la que no conocía y visiones que no podía comprender.

Y algo más. Puse el libro boca abajo y las manos detrás de la cabeza.

Lena, estás ahí, ¿no?

Me quedé mirando el techo azul.

Esto no tiene sentido. Sé que estás ahí. Donde sea.

Esperé hasta que la oí. Su voz se desperezó como un leve y alegre recuerdo en uno de los más oscuros y lejanos recovecos de mi mente.

No. No, exactamente.

Sí estás. Llevas ahí toda la noche.

Ethan, estoy durmiendo. Quiero decir que lo estaba.

Sonreí para mis adentros.

No, no lo estabas. Estabas escuchando.

No es así.

Admítelo, estabas haciéndolo.

Los tíos os creéis que todo gira a vuestro alrededor. A lo mejor es que me gustaba el libro que estabas leyendo.

¿Puedes meterte en mi cabeza cuando quieras, como ahora?

Se hizo una larga pausa.

Generalmente, no, pero esta noche creo que es lo que ha pasado. No tengo ni idea de cómo funciona esto.

Quizá podríamos preguntarle a alguien.

¿A quién?

No lo sé. Supongo que tendremos que averiguarlo por nuestra cuenta. Como todo lo demás.

Otro silencio. Intenté no pensar que aquel «nosotros» le había asustado en el caso de que me hubiera escuchado. Quizás era eso o cualquier otra cosa, el caso es que ella no quería que yo supiera nada, al menos si tenía relación con ella.

Ni lo intentes.

Le sonreí y sentí cómo se me cerraban los ojos; apenas podía mantenerlos abiertos.

Lo voy a intentar.

Apagué la luz.

Buenas noches, Lena.

Buenas noches, Ethan.

Esperaba que ella no fuera capaz de leer todos mis pensamientos.

Baloncesto. No cabía duda de que tendría que pasar más tiempo pensando en el deporte. Y mientras ocupaba mi mente en el cuaderno donde apuntábamos las jugadas, sentí cómo los ojos se me cerraban, y me hundía, perdiendo el control…

Me ahogaba.

Me estaba ahogando.

Luchaba a brazo partido en el agua verde mientras las olas rompían sobre mi cabeza. Mis pies buscaban el fango del fondo de un río, quizás el Santee, pero no había nada. Veía una especie de luz que rozaba la superficie de la corriente, pero no era capaz de llegar hasta arriba.

Seguía hundiéndome.

Es mi cumpleaños, Ethan. Esto ha empezado.

Alargué el brazo, pero aunque ella agarró mi mano y yo me retorcí para cogérsela, se alejó y fui incapaz de retenerla. Intenté gritar mientras veía cómo arrastraba su pálida mano hacia la oscuridad; sin embargo, tenía la boca llena de agua y no podía ni siquiera hablar. Me ahogaba y comencé a desvanecerme.

Intenté avisarte, ¡tienes que soltarme!

Me senté en la cama. Tenía la camiseta empapada, la almohada y el pelo mojados y toda mi habitación estaba húmeda y pegajosa. Supuse que me había dejado la ventana de la habitación abierta otra vez.

—¡Ethan Wate! ¿Me estás escuchando? Más te vale que hayas bajado esa escalera para ayer o no te pondré el desayuno durante toda la semana.

Me senté en la silla justo en el momento en que se deslizaron con suavidad tres huevos en mi plato, donde ya había unos bollos con crema.

—Buenos días, Amma.

Me dio la espalda sin dirigirme apenas la mirada.

—Ya te habrás dado cuenta de que no hay nada bueno en esto. No me toques las narices y no me digas que estaba lloviendo.

Todavía seguía enfadada conmigo, pero no estaba seguro de si era sólo porque me había escapado de clase o porque había vuelto a casa con el guardapelo. Probablemente ambas cosas. Sin embargo, no podía decirle nada, pues no solía meterme en problemas en el instituto. Para ella, ése era un escenario nuevo en el que desenvolverse.

—Amma, siento mucho haberme ido de clase el viernes. No volverá a ocurrir. Todo volverá a la normalidad.

Su rostro se dulcificó, pero sólo un poco, y se sentó frente a mí.

—No me lo creo. Todos elegimos en la vida y eso tiene consecuencias. Espero que las pagues todas juntas cuando vuelvas al instituto. A ver si me escuchas de una vez a partir de ahora. Y mantente lejos de esa Lena Duchannes y de esa casa.

No era propio de Amma ponerse del lado de lo que dijeran los demás en el pueblo, considerando además que solía ser generalmente el lado chungo de las cosas. Sabía que estaba preocupada porque no dejaba de remover el café y ya no quedaba ni rastro de leche. Amma siempre se preocupaba por mí y yo la adoraba por eso, pero algo había cambiado desde que le enseñé el guardapelo. Me levanté, rodeé la mesa y la abracé. Olía a mina de lápiz y a caramelos de canela Red Hots, como siempre.

Sacudió la cabeza, mascullando entre dientes:

—No quiero oír hablar más de ojos verdes y pelo negro. Se está preparando una nube bien mala hoy, ten cuidado.

Amma no sólo se estaba poniendo «oscura», sino negra como la tinta. Yo también sentía que se aproximaba una mala nube.

Link aparcó el Cacharro mientras retumbaban unas canciones horribles en su aparato de música, como era habitual. Lo apagó cuando me deslicé en mi asiento, lo cual siempre indicaba algo malo.

—Tenemos problemas.

—Ya lo sé.

—Hay una muchedumbre dispuesta a linchar a alguien en el Jackson.

—¿Qué has oído?

—Pues el asunto está en marcha desde el viernes por la noche. Escuché a mi madre mientras hablaba del tema e intenté llamarte. ¿Dónde te has metido?

—Estaba haciendo como que enterraba un guardapelo maldito en Greenbrier para que Amma me dejara volver a entrar en casa.

Link se echó a reír. Ya estaba acostumbrado a oír hablar de maldiciones, hechizos y mal de ojo cuando Amma salía en la conversación.

—Al menos no te ha obligado a llevar colgada del cuello una apestosa bolsita con esa mierda de cebolla. Era un asco.

—Era ajo. Y fue para el funeral de mi madre.

—Era un asco.

Lo mejor que tenía Link era que como habíamos sido amigos desde el día que me dio aquel Twinkie en el autobús no le daba mucha importancia a las cosas que hacía o decía. Pasara lo que pasara, siempre sabías quiénes eran tus amigos. Así era Gatlin. Casi todo había sucedido ya hacía por lo menos diez años. Y para nuestros padres había que remontarse a los veinte o treinta. En cuanto pueblo en sí mismo, parecía que no había ocurrido nada nuevo desde hacía por lo menos cien años. Al menos nada importante, claro.

Y yo tenía la sensación de que todo eso iba a cambiar.

Mi madre habría dicho que ya era hora. Si había algo que le gustaba a mi madre era que las cosas cambiaran, a diferencia de la madre de Link. La señora Lincoln siempre estaba dispuesta a montar en cólera, como si tuviera una misión y arrastraba a un montón de gente detrás, lo cual era una combinación peligrosa. Cuando estábamos en octavo grado, se cargó la televisión por cable porque pilló a Link viendo una película de Harry Potter, una peli contra la cual estaba en plena campaña para que se prohibiera en la biblioteca del condado de Gatlin, pues pensaba que promocionaba la brujería. Afortunadamente, Link se las apañó para ir a ver la MTV a escondidas a casa de Earl Petty o Quién mató a

Lincoln jamás habría podido convertirse en la principal —y con principal me refiero a única— banda de rock del instituto Jackson.

Jamás había podido entender a la señora Lincoln. Cuando vivía mi madre, solía poner los ojos en blanco y decir: «Puede que Link sea tu mejor amigo, pero no esperes que me apunte a las Hijas de la Revolución Americana y me ponga trajes con cancán de aro para hacer teatrillos históricos». Y los dos nos partíamos de risa imaginándonos cómo ella, que recorría kilómetros de fangosos campos de batalla buscando viejos cartuchos de bala vacíos y se cortaba el pelo con las tijeras de podar, podría ser miembro de las Hijas de la Revolución Americana, organizando ventas benéficas de pasteles caseros y diciéndole a todo el mundo cómo tenían que decorar sus casas.

Era fácil imaginarse a la señora Lincoln en las Hijas de la Revolución Americana. Era la secretaria, la que llevaba todos los papeles, hasta yo lo sabía. Estaba en la junta directiva, igual que las madres de Savannah Snow y Emily Asher; mientras, mi madre se pasaba la mayor parte del tiempo enterrada en la biblioteca buscando microfichas.

Bueno, lo había pasado.

Link seguía hablando y pronto capté algo de interés que hizo que volviera a escucharle.

—Mi madre, la de Emily, la de Savannah… han tenido los teléfonos echando humo las últimas dos noches. Escuché a mi madre hablando de la ventana rota de la clase de inglés y de que la sobrina del Viejo Ravenwood tenía sangre en las manos. —Giró bruscamente al llegar a la esquina, sin dudar un segundo—. Y también de que tu novia acaba de salir de una institución mental de Virginia, que es huérfana y tiene algo así como bi-esquizo-manía.

—No es mi novia. Sólo somos amigos —respondí mecánicamente.

—Cierra el pico. Estás tan pillado que lo mismo voy y te compro unas riendas. —Pero esto lo decía de todas las chicas con las que yo hablaba, de las que hablaba e incluso de las que miraba en los pasillos del instituto.

—No lo es. No pasó nada, sólo salimos por ahí.

—Estás tan lleno de mierda que pareces un váter. Te gusta, Wate, admítelo. —Lo de Link no eran las sutilezas, eso estaba claro, y no creo que se imaginara a sí mismo saliendo con una chica por otras razones que no fueran que tocaba la guitarra o por las obvias.

—No he dicho que no me guste. Sólo que somos amigos. —Lo cual era estrictamente verdad y no lo que yo quería que fuese, pero ésa era otra cuestión. De todos modos, cometí el error de no sonreír ni un poquito.

Link pretendía que terminara vomitando y volvió a hacer otro brusco giro, evitando un camión por muy poco, pero la verdad era que sólo estaba dándome caña, porque a Link le importaba bien poco quién me gustara con tal de tener algo con lo que fastidiarme.

—Y bien, ¿es verdad?, ¿lo hizo?

—¿Que hizo qué?

—Ya sabes, ¿empezó a caerse todo y fue un desastre absoluto?

—Todo lo que pasó fue que se rompió una ventana. Vaya misterio.

—La señora Asher dice que la golpeó o que le tiró algo.

—Pues tiene gracia, sobre todo porque la última vez que miré, la señora Asher no estaba en clase.

—Ah, bueno, mi madre tampoco, pero me ha dicho que vendrá hoy al colegio.

—Qué bien. Guárdale un asiento en nuestra mesa de la cafetería.

—Tal vez ha hecho lo mismo en otros institutos y por eso la metieron en alguna institución. —Link hablaba en serio, lo cual significaba que había oído un montón de cosas desde que ocurrió el incidente de la ventana.

Durante un instante, recordé lo que Lena había dicho de su vida, que había sido complicada. Quizás ésta era una de esas complicaciones, o sólo una más de las veintiséis mil cosas de las que nunca hablaba. ¿Y si todas las Emily Asher del mundo llevaban razón? ¿Y si, después de todo, yo estaba equivocado?

—Ten cuidado, colega. A ver si va a resultar que tiene plaza fija en la casa de los chalados.

—Si te crees eso, es que eres idiota perdido.

Paró el coche en el aparcamiento del instituto sin decir una palabra más. Yo estaba cabreado, aunque me daba cuenta de que Link sólo se preocupaba por mí, pero no lo podía evitar. Ese día todo parecía diferente. Salí del coche y cerré de un portazo.

—Me tienes preocupado, tío, de verdad. Estás pasado de rosca.

—¿Qué pasa, que tú y yo tenemos un lío o qué? Quizá deberías pasar más tiempo preocupándote de por qué no tienes una chica con la que hablar, loca o cuerda.

Él salió también del coche y alzó la mirada hacia el edificio.

—De todas formas, más vale que le digas a tu *amiga* o lo que sea que se ande hoy con cuidado. Mira.

La señora Lincoln y la señora Asher estaban hablando con el director Harper en las escaleras de la entrada. Emily estaba acurrucada al lado de su madre intentando ofrecer un aspecto conmovedor. La señora Lincoln estaba sermoneando al director, que asentía como si estuviera memorizando cada una de sus palabras. El director Harper se encargaba de dirigir el instituto Jackson, pero sabía quién mandaba en el pueblo y por eso estaba escuchando a las dos mujeres.

Cuando la madre de Link terminó, Emily se enfrascó en una narración particularmente animada del incidente de la ventana rota. La señora Lincoln alargó el brazo y puso una mano sobre el hombro de la chica, como expresando su comprensión. El director se limitó a sacudir la cabeza.

Ya lo creo que iba a ser un mal día, pero que bien nublado.

Lena estaba sentada en el coche fúnebre, escribiendo en su desgastado cuaderno. El motor estaba puesto. Di un toque en la ventanilla y dio un respingo. Miró hacia atrás, hacia el instituto. También ella había visto a las madres.

Le hice señas para que me abriera la puerta, pero sacudió la cabeza negativamente. Di la vuelta hasta el asiento del copiloto, pero tenía la puerta cerrada, aunque no se iba a deshacer de mí con tanta facilidad. Me senté en el capó del coche y dejé la mochila en el suelo. No iba a ir a ninguna parte.

¿Qué estás haciendo?

Esperar.

Pues vas a esperar un montón.

Tengo tiempo de sobra.

Ella se me quedó mirando a través del parabrisas y escuché cómo se abrían los seguros de las puertas.

—¿Es que nadie te ha dicho que estás loco? —Anduvo hacia donde yo estaba sentado, con los brazos cruzados, como Amma cuando me iba a liar una buena.

—Pues según he oído, no tanto como tú.

Llevaba el pelo recogido en una coleta sujeto con un sedoso pañuelo negro salpicado con alegres florecitas de cerezo de color rosa. Me la podía imaginar mirándose al espejo, sintiéndose como si fuera a su propio funeral, y anudándolo para animarse un poco. Sobre la camiseta le colgaba una gran cruz de no sé qué tipo y llevaba también un vestido sobre los vaqueros y las Converse negras. Frunció el ceño y dirigió la mirada hacia el instituto. Probablemente las madres ya estaban sentadas en la oficina del director en aquellos momentos.

—¿Puedes oírlas?

Ella sacudió la cabeza.

—No puedo leer los pensamientos de la gente, Ethan.

—Los míos sí que puedes.

—No del todo.

—¿Qué pasó anoche?

—Ya te lo dije, no sé por qué está pasando esto. Simplemente, parece que… conectamos. —Le costó pronunciar la palabra, ahora por la mañana, y evitó mi mirada—. Nunca me ha pasado esto con nadie antes.

Quería decirle que sabía cómo se sentía. Quería decirle que cuando estábamos juntos mentalmente, incluso aunque nuestros cuerpos estuvieran a millones de kilómetros, la sentía más cerca de lo que jamás había sentido a nadie.

Pero no pude. Ni siquiera podía pensarlo. Repasé el cuaderno de las jugadas de baloncesto, el menú de la cafetería, el pasillo del color de la sopa de guisantes por el que iba a caminar después. Cualquier cosa. En vez de eso, al final incliné la cabeza hacia un lado.

—Ah, sí, claro, las chicas me dicen eso continuamente. —Qué idiota. Cuanto más nervioso me ponía, peores me salían los chistes.

Ella sonrió, una temblorosa sonrisa torcida.

—No intentes animarme. No te va a funcionar. —Aunque sí había funcionado.

Volví a mirar hacia las escaleras de la entrada.

—Si quieres saber lo que le están diciendo, puedo contártelo yo.

Me miró con escepticismo.

—¿Cómo?

—Esto es Gatlin. Aquí no hay nada parecido a un secreto.

—¿Y eso es malo? —Apartó la mirada—. ¿Creen que estoy loca?

—Yo diría que bastante.

—¿Un peligro para la escuela?

—Probablemente. Aquí no se mira con buenos ojos a la gente extraña. Y no hay mucha gente más rara que Macon Ravenwood, no te ofendas. —Le dediqué una sonrisa.

Sonó el primer timbre. Me agarró la manga, nerviosa.

—Anoche… tuve un sueño. ¿Tú también…?

Asentí. No tenía ni que responder. Yo sabía que ella había estado en el sueño conmigo.

—Incluso me he levantado con el pelo húmedo.

—Yo también. —Me mostró el brazo. Tenía una marca en la muñeca, justo donde yo había intentado sujetarla antes de que se sumiera en la oscuridad. Esperaba que se hubiera ahorrado esa parte, pero a juzgar por la expresión de su rostro, estaba seguro de que no—. Lo siento, Lena.

—No es culpa tuya.

—Me gustaría saber por qué los sueños son tan reales.

—Intenté advertirte de que te alejaras de mí.

—Como quieras. Ya me he dado por advertido.

De algún modo yo sabía que no podía hacerlo, que no podía separarme de ella. Incluso ahora, siendo consciente de que me esperaba un buen montón de mierda cuando entrara en el instituto, no me importaba. Me sentía genial por tener a alguien con quien hablar, sin filtrar cada cosa que decía. Con Lena sí podía hablar. Cuando estuvimos en Greenbrier me dio la sensación de que podía estar allí entre las malas hierbas charlando con ella durante días enteros. Y más. Tanto como ella quisiera.

—¿Y qué pasa con tu cumpleaños? ¿Por qué dijiste que después ya no estarías aquí?

Cambió rápidamente de tema.

—¿Qué hay del guardapelo? ¿Viste lo mismo que yo, el incendio y la otra visión?

—Sí, claro. Estaba sentado en la iglesia y casi me caí del banco. Pero he averiguado algunas cosas de las Hermanas. Las iniciales «ECW» corresponden a Ethan Cárter Wate. Era mi trastataratío, y mis tías las locas dicen que me pusieron el nombre en su honor.

—¿Cómo es que no reconociste las iniciales en el guardapelo?

—Eso es lo más raro. Nunca había oído hablar de él y no aparece, por algún motivo, en el árbol genealógico que hay en mi casa.

—¿Y qué hay de «GKD»? Es Genevieve, ¿no?

—Ellas no parecían saberlo, pero tiene que ser. Sólo aparece ella en las visiones y la D deber de ser de Duchannes. Le iba a preguntar a Amma, pero cuando le enseñé el guardapelo, se puso furibunda. Lo metió en una bolsita de vudú, como si estuviera maldito, y lo envolvió en un hechizo por si acaso. Y no puedo entrar al estudio de mi padre, donde guarda todos los viejos libros de mi madre sobre Gatlin y la guerra. —Estaba divagando—. Podrías preguntarle a tu tío.

—Él no sabe nada. ¿Dónde está ahora el guardapelo?

—En mi bolsillo, envuelto en la bolsita llena de polvos que le echó Amma. Cree que lo llevé de nuevo a Greenbrier y lo enterré allí.

—Debe de odiarme.

—No más que a mis otras chicas, bueno, ya sabes, amigas. Quiero decir, amigas que son chicas. —No me podía creer lo estúpido que estaba sonando lo que decía—. Creo que será mejor que vayamos a clase antes de que nos metamos en más problemas.

—En realidad, estaba pensando en irme a casa. Sé que algún día tendré que enfrentarme a ellos, pero prefiero pasar de eso un día más.

—¿Y no te va a traer problemas?

Se echó a reír.

—¿Con mi tío, el infame Macon Ravenwood, que cree que el colegio es una pérdida de tiempo y que hay que evitar a los buenos ciudadanos de Gatlin a toda costa? Estará encantado.

—Entonces, ¿para qué vienes? —Estaba bastante seguro de que Link jamás aparecería por clase si su madre no le pusiera en la puerta todas las mañanas.

Retorció uno de los colgantes de su collar entre los dedos, una estrella de siete puntas.

—Supuse que a lo mejor aquí me iba a ir de forma diferente, que podría hacer amigos, apuntarme al periódico o lo que fuera. No lo sé.

—¿A nuestro periódico? ¿Al *Jackson Stonewaller?*

—Intenté participar en el periódico de la escuela donde estuve antes, pero me dijeron que todos los puestos estaban ocupados, aunque nunca tenían suficiente gente para sacar el periódico a tiempo. —Apartó la mirada, avergonzada—. Debería irme.

Le abrí la puerta.

—Creo que deberías hablar con tu tío acerca del guardapelo. Tal vez sepa más de lo que crees.

—Confía en mí, no tiene ni idea. —Cerré de un portazo. A pesar de que deseaba que se quedara, una parte de mí sintió alivio de que volviera a casa. Ya iba a tener que lidiar con demasiadas cosas ese día.

—¿Quieres que entregue eso por ti? —Señalé el cuaderno que yacía en el asiento del copiloto.

—No, no son deberes. —Abrió la guantera y lo metió dentro—. No es nada. —Nada de lo que quisiera hablarme, claro.

—Será mejor que te vayas antes de que Fatty empiece a controlar el rebaño. —Arrancó el coche antes de que yo pudiera decir nada más y me despidió con un gesto mientras se apartaba del bordillo.

Escuché un ladrido. Me giré y allí estaba aquel perro enorme que había visto en Ravenwood, apenas a un par de metros, y también a quién le ladraba.

La señora Lincoln me sonrió. El perro gruñó, con el pelo del lomo erizado. La mujer bajó la mirada y ésta expresaba tanta repulsión que

cualquiera hubiera pensado que estaba viendo al mismísimo Macon Ravenwood. En una lucha, no tenía muy claro cuál de los dos ganaría.

—Los perros salvajes son portadores de la rabia. Alguien debería dar el aviso a la oficina del condado. Sí, alguien.

—Sí, señora.

—¿A quién acabas de ver conduciendo ese extraño coche negro? Parecías bastante enfrascado en la conversación. —Ella ya sabía la respuesta, así que no era una pregunta, sino más bien una acusación.

—Señora.

—Hablando de extraños, el director Harper me ha dicho ahora mismo que está planeando ofrecer un traslado de matrícula a esa chica de Ravenwood. Podrá escoger el instituto que quiera en tres condados, mientras no sea en el Jackson.

No dije nada. Ni siquiera la miré.

—Es responsabilidad nuestra, Ethan. Del director Harper, mía… de todos los padres y madres de Gatlin. Tenemos que asegurarnos de proteger a los chicos del condado de cualquier peligro. Y lejos de la mala gente. —Lo cual significaba de cualquiera que no fuera como ella.

Alargó la mano y me tocó el hombro, como había hecho con Emily hacía menos de diez minutos.

—Estoy segura de que entiendes lo que quiero decir. Después de todo, eres uno de nosotros. Tu padre nació aquí y aquí también es donde está enterrada tu madre. Tú perteneces a este lugar, no como *otros*.

Le devolví la mirada, pero ya se había montado en la furgoneta antes de que pudiera añadir ni una palabra.

Esta vez, la señora Lincoln estaba dispuesta a algo más que a quemar unos libros.

Una vez que entré en clase, el día se convirtió en algo anormalmente normal, extrañamente normal. No vi a ningún padre más, aunque

sospeché que andarían merodeando por allí. A la hora del almuerzo me zampé tres trozos de pudin de chocolate con los chicos, como era habitual, pero quedó claro de qué y de quién no íbamos a hablar. Incluso el espectáculo de Emily escribiendo mensajes de texto como una loca en las clases de inglés y química me pareció una especie de tranquilizadora verdad universal, si no hubiera sido porque tenía la sensación de que sabía qué, o más bien, de quién escribía. Como ya he dicho, anormalmente anormal.

Todo siguió así hasta que Link me dejó en casa después del entrenamiento de baloncesto y decidí hacer una completa locura.

Amma me esperaba en el porche delantero… señal segura de problemas.

—¿La has visto? —Debería haberme esperado eso.

—Hoy no ha estado en clase. —Lo cual era una afirmación técnicamente verdadera.

—Quizás eso sea lo mejor. Los problemas van detrás de esa chica lo mismo que el perro de Macon Ravenwood. Y no quiero que te sigan hasta aquí, hasta tu propia casa.

—Me voy a dar una ducha. ¿Vamos a cenar pronto? Link y yo tenemos que hacer esta noche un trabajo —le dije desde las escaleras, haciendo un esfuerzo para que mi voz sonara natural.

—¿Trabajo? ¿Qué clase de trabajo?

—Uno de historia.

—¿Adonde vais a ir y a qué hora vas a volver?

Dejé que la puerta del baño se cerrara de golpe antes de contestarle. Necesitaba un plan, pero antes tenía que tener una buena historia, una buena de verdad.

Diez minutos más tarde la tenía, cuando ya estaba sentado delante de la mesa de la cocina. No era a toda prueba, pero fue todo lo que pude

organizar con tan poco tiempo. Ahora tenía que ponerla en marcha. No era un mentiroso de primera y Amma no tenía un pelo de tonta.

—Link me recogerá después de cenar y nos iremos a la biblioteca hasta que cierre, que creo que será sobre las nueve o las diez.

Eché salsa Carolina Gold por encima de la chuleta de cerdo, una mezcla pegajosa de mostaza y salsa barbacoa, la única cosa por la que el condado de Gatlin era famoso, aparte de por cosas relacionadas con la Guerra de Secesión.

—¿La biblioteca?

Mentirle a Amma siempre me ponía nervioso, así que intentaba no hacerlo a menudo. Y esa noche sí lo estaba, lo notaba sobre todo en el estómago. La última cosa que quería hacer en el mundo era comerme tres chuletas de cerdo, pero no tenía elección. Ella sabía exactamente cuánto me cabía. Dos chuletas, y hubiera provocado sospechas. Una, y me hubiera mandado a mi habitación con un termómetro y una bebida de jengibre. Asentí y me puse a la tarea de terminar con la segunda.

—Pero si no has puesto un pie en la biblioteca desde…

—Ya lo sé. —Desde que murió mi madre.

La biblioteca era un segundo hogar para mi madre y mi familia. Habíamos pasado allí todos los sábados por la tarde desde que yo era pequeño, vagabundeando entre las estanterías, sacando todos aquellos libros que llevaran un dibujo de un barco pirata, un caballero, un soldado o un astronauta. Mi madre solía decir: «Ésta es mi iglesia, Ethan. Éste es el modo en que reverenciamos el sagrado sábado en nuestra familia».

La bibliotecaria jefe del condado de Gatlin, Marian Ashcroft, era la amiga más antigua de mi madre, la segunda mejor historiadora de Gatlin detrás de ella y, hasta el año pasado, su colega de investigación. Se habían graduado juntas en Duke y cuando Marian finalizó su doctorado en estudios afroamericanos, siguió a mi madre hasta Gatlin para

terminar su primer libro juntas. Estaban a mitad del quinto libro cuando tuvo lugar el accidente.

Desde entonces, yo no había querido poner un pie en la biblioteca y, en realidad, tampoco quería ahora. Pero también sabía que no había forma de que Amma me impidiera ir allí. Ni siquiera llamaría para controlarme, pues Marian Ashcroft era como de la familia. Y Amma, que quería a mi madre tanto como Marian, no había cosa que respetara más que la familia.

—Bueno, espero que cuides tus modales y no levantes la voz. Ya sabes lo que solía decir tu madre, que cualquier libro es un Buen Libro y que cualquiera que cuida bien de un Buen Libro está en la Casa del Señor. —Como yo solía decir, mi madre tenía poco futuro entre las Hijas de la Revolución Americana.

Sonó el claxon del coche de Link. Él me iba a llevar. Me dejaría de camino mientras seguía adonde ensayaba con su banda. Salí pitando de la cocina, sintiéndome tan culpable que me dieron ganas de volver, arrojarme en brazos de Amma y confesarlo todo, como si volviera a tener seis años y me hubiera comido otra vez toda la gelatina en polvo que había en la despensa. Quizás Amma llevaba razón: había encontrado un agujero en el cielo y el universo estaba a punto de desplomarse sobre mi cabeza.

Cuando puse el pie ante la puerta de Ravenwood, sujeté con fuerza la brillante carpeta azul que llevaba, que era lo que pensaba poner como excusa para plantarme en casa de Lena sin haber sido invitado. Bueno, tenía planeado decir que había pasado por allí para darle las tareas de inglés que se había perdido. En mi cabeza había sonado muy convincente, al menos cuando todavía estaba en mi porche, pero ahora que el porche era el de Ravenwood, no estaba tan seguro de ello.

No era la clase de chico que hacía ese tipo de cosas, pero era obvio que no había otra manera de que Lena me invitara por propia voluntad. Yo intuía que su tío podría ayudarnos, que podría saber algo.

O quizás era lo otro. Quería verla. El día se me había hecho largo y aburrido sin el Huracán Lena y empezaba a preguntarme si iba a ser capaz de soportar las ocho horas sin todos los problemas que me ocasionaba. Y sin todos los problemas que estaba dispuesto a causar por ella.

Veía la luz desde las ventanas cubiertas por las ramas de la enredadera. Se escuchaba de fondo el sonido de una música, viejas canciones de Savannah de aquel cantautor de Georgia que tanto le gustaba a mi madre. *«En una tarde fría, fría, fría…»*.

Antes incluso de que llamara escuché los ladridos al otro lado de la puerta y ésta se abrió en cuestión de segundos. Lena estaba allí, descalza, y parecía algo diferente… con un vestido negro con pequeños pájaros bordados, como si fuera a salir a cenar a un restaurante de lujo. Yo tenía un aspecto más propio de haber salido para ir al Dary Kin, con mis vaqueros y mi camiseta Atari llenos de agujeros. Dio un paso hacia la veranda, cerrando la puerta a sus espaldas.

—Ethan, ¿qué estás haciendo aquí?

Le di la carpeta, algo cortado.

—Te he traído los deberes.

—No me puedo creer que te hayas plantado aquí. Ya te he dicho que a mi tío no le gustan los extraños. —Me empujó escaleras abajo—. Tienes que irte. Ya.

—He pensado que podríamos hablar con él.

Escuché detrás de nosotros cómo alguien carraspeaba con cierta incomodidad. Alcé la mirada y vi al perro de Macon Ravenwood y, más allá, a él mismo. Intenté no parecer sorprendido, pero estaba bastante seguro de que se me notó porque estaba que no me llegaba la camisa al cuerpo.

—Bueno, eso no es algo que oiga a menudo. Y siento mucho disentir, porque otra cosa no, pero soy un caballero sureño. —Hablaba con un acento contenido, arrastrando algo las palabras, pero con una dicción perfecta—. Es un placer encontrarme por fin con usted, señor Wate.

No me podía creer que tuviera justo delante al misterioso Macon Ravenwood. La verdad, lo que había esperado era otra cosa, un Boo Radley, un tipo que vagara por la casa en pantalones de peto, mascullando entre dientes alguna clase de lenguaje monosilábico como un neandertal, quizás incluso babeando un poco por la comisura de la boca.

Pero no era ningún Boo Radley, sino más bien Atticus Finch.

Macon Ravenwood iba vestido de forma impecable, pero al estilo, digamos, que no lo sé, de 1942. Llevaba una camisa blanca de etiqueta recién planchada, con gemelos de plata antiguos, en vez de botones. Su esmoquin negro estaba impecable, perfectamente planchado también. Tenía los ojos oscuros y relucientes, eran casi negros, y estaban nublados, pues parecían tintados como los cristales del coche fúnebre que Lena conducía para ir al pueblo. No reflejaban nada, ni tampoco parecían ver. Resaltaban en su faz pálida, tan blanca como la nieve, como el mármol; tan blanca, como se podría esperar del recluso de la ciudad. Su pelo estaba entreverado de canas, gris cerca del rostro y tan negro como el de Lena en la parte superior de la cabeza.

Podría haber sido alguna estrella de cine americano de antes de que inventaran el tecnicolor, o quizá de la realeza de algún pequeño país del que nadie hubiera oído hablar por estos lares. Pero Macon Ravenwood sí que era de aquí y eso era lo que confundía más. El Viejo Ravenwood era el coco de Gatlin, una historia que llevaba oyendo desde la guardería. Sólo que ahora me parecía que pertenecía menos a este sitio que antes.

Cerró el libro que llevaba en las manos, sin apartar sus ojos de mí. Me estaba mirando, pero en realidad me dio la sensación de que miraba a través de mí, como buscando algo. A lo mejor aquel tipo tenía visión

de rayos X. Teniendo en cuenta lo que había pasado la semana anterior, cualquier cosa me parecía posible.

Me latía el corazón con tanta fuerza que estaba seguro de que él lo estaba escuchando. Macon Ravenwood me había puesto nervioso y eso también lo tenía claro. Ninguno de los dos sonreímos. Su perro se mantenía tenso y en estado de alerta a su lado, como si estuviera esperando una orden de ataque.

—¿Dónde están mis modales? Entre, señor Wate. Estábamos a punto de sentarnos a cenar. Únase a nosotros. Aquí, en Ravenwood, la cena es siempre una ocasión especial.

Miré a Lena, esperando que me orientara sobre si aceptar o no.

Dile que no te quieres quedar.

Créeme, no quiero.

—No, lo siento, señor. No quiero molestar. Sólo quería entregarle a Lena los deberes. —Y le ofrecí la brillante carpeta azul por segunda vez.

—Tonterías, tiene que quedarse. Disfrutaremos de unos puros habanos en el invernadero después de cenar, ¿o es usted más de cigarrillos? A menos, claro está, que se sienta incómodo aquí, lo cual, en todo caso, puedo entenderlo. —No sabría decir si estaba de broma o no.

Lena deslizó el brazo por su cintura y pude ver cómo su rostro cambiaba por completo. Fue como si el sol saliera entre las nubes en un día gris.

—Tío M, no juegues con Ethan. Es el único amigo que tengo aquí y, si le asustas, tendré que irme a vivir con tía Del, y entonces ya no tendrás a nadie a quien torturar.

—Todavía tengo a *Boo*. —El perro miró hacia arriba, con cierta burla.

—Me lo llevaré, es a mí a quien sigue por todas partes por el pueblo, no a ti.

—*¿Boo?* ¿El perro se llama *Boo Radley?* —me vi obligado a preguntar.

Macon dejó entrever una suave sonrisa.

—Mejor él que yo. —Echó la cabeza hacia atrás y se rio, lo cual me sorprendió, porque no había forma de que me hubiera podido imaginar sus rasgos transformándose en una sonrisa. Abrió del todo la puerta a sus espaldas—. De verdad, señor Wate, únase a nosotros, por favor. Adoro tener compañía y hace siglos que Ravenwood no tiene el placer de alojar a un huésped procedente de nuestro pequeño y delicioso condado de Gatlin.

Lena mostró una sonrisa forzada.

—No te comportes como un esnob, tío M. No creo que sea culpa suya que jamás hayas querido hablar con ellos.

—Tampoco es culpa mía que me guste la buena crianza, una inteligencia razonable y una higiene personal pasable, no necesariamente por ese orden.

—Pasa de él. Hoy no está de buen humor —comentó Lena en tono de disculpa.

—Déjame adivinar. ¿Tiene eso algo que ver con el director Harper?

Lena asintió.

—Han llamado del instituto. Mientras se investiga el incidente, estoy en libertad condicional. —Puso los ojos en blanco—. Me echarán si cometo otra *infracción*.

Macon rio desdeñosamente, como si estuviéramos hablando de algo que no tuviera importancia alguna.

—¿A prueba? Qué divertido. Estar en libertad condicional supondría que tendría algún tipo de autoridad. —Nos empujó a ambos en dirección al vestíbulo, que se extendía ante él—. Y, desde luego, no le habilita para ello ser un director de instituto pasado de peso que apenas consiguió terminar la universidad y un rebaño de amas de casa histéricas con pedigrís que no mejorarían el de *Boo Radley*.

Me detuve en seco al traspasar el umbral. El vestíbulo de entrada era enorme y grandioso y no la casa del tipo barrio burgués en la que había

entrado unos cuantos días antes. Una pintura al óleo monstruosamente grande colgaba sobre las escaleras, un retrato de una mujer terriblemente hermosa de relucientes ojos dorados. La escalera no era para nada actual, sino una escalera voladiza de estilo clásico que parecía apoyarse sólo en el aire. Por ella podría haber descendido Escarlata O'Hara con su voluminosa falda y no hubiera estado fuera de lugar para nada. Del techo colgaba una araña de cristal de varios niveles. El vestíbulo estaba atestado con montones de muebles victorianos antiguos, pequeños grupos de sillas de bordados muy elaborados, mesas con sobres de mármol y graciosos helechos. En cada una de las superficies brillaba una vela. Las altas puertas labradas estaban abiertas y la brisa traía el aroma de las gardenias, que estaban colocadas en altos jarrones de plata, artísticamente situados encima de las mesas.

Durante un segundo casi llegué a pensar que había vuelto a alguna de mis visiones, excepto por el hecho de que el guardapelo estaba guardado en mi bolsillo y envuelto a salvo en su pañuelo. Lo sabía porque lo había comprobado. Y aquel perro espeluznante seguía vigilándome desde las escaleras.

Pero nada de esto tenía sentido. Ravenwood se había transformado en algo completamente diferente desde la última vez que había estado allí. Parecía imposible, pero era como si hubiera regresado a algún momento atrás en la historia. Incluso aunque no fuera real, deseé que mi madre hubiera podido verlo, porque a ella le habría encantado. Sin embargo, ahora parecía real y me di cuenta de que ése era el aspecto que habría tenido antaño. Era como Lena, como el jardín vallado, como Greenbrier.

¿Por qué no tiene el mismo aspecto de antes?

¿De qué estás hablando?

Creo que lo sabes.

Macon caminaba delante de nosotros. Nos encaminamos hacia lo que la semana pasada parecía una acogedora sala de estar. Ahora se

había convertido en un grandioso salón de baile, con una larga mesa con patas en forma de garras, preparada para tres, como si él me hubiera estado esperando.

El piano continuaba sonando solo en una de las esquinas. Supuse que era un piano mecánico de ésos. La escena era fantasmagórica, como si la habitación se hubiera llenado con el tintineo de las copas y las risas. Ravenwood estaba ofreciendo la fiesta del año, pero yo era el único invitado.

Macon seguía hablando. Todo lo que decía retumbaba en las gigantescas paredes pintadas al fresco y en los techos abovedados y tallados.

—Supongo que soy un esnob. Aborrezco los pueblos y a sus lugareños. Tienen mentes estrechas y culos enormes, lo cual quiere decir que lo que les falta en el interior lo compensan en lo posterior. Son como la comida basura, grasienta y, a la larga, terriblemente insatisfactoria. —Sonrió, pero no era una sonrisa amable.

—Y entonces, ¿por qué no se muda? —Sentí un brote de irritación que me devolvió a la realidad, fuera cual fuera la realidad en la que yo solía habitar. Una cosa era que yo me burlara de Gatlin y otra muy diferente que Macon Ravenwood hiciera lo mismo. No era lo mismo.

—No seas absurdo. Ravenwood es mi casa, no Gatlin. —Escupió la palabra como si fuera venenosa—. Antes de abandonar las ataduras de esta vida, tengo que encontrar a alguien que cuide de Ravenwood en mi lugar, ya que yo no tengo hijos. Ése siempre ha sido mi gran y terrible propósito en la vida, que Ravenwood continúe vivo. Me gusta pensar en mí mismo como el conservador de un museo viviente.

—No te pongas tan dramático, tío M.

—Y tú no seas tan diplomática, Lena. Por qué quieres relacionarte con esos lugareños iletrados es algo que escapa a mi comprensión.

Algo de razón sí que lleva.

¿Estás diciendo que no quieres que vaya a la escuela?

No… sólo quería decir…

Macon se me quedó mirando.

—Por supuesto, exceptuando a nuestra actual compañía.

Cuanto más hablaba, más curiosidad sentía. ¿Quién se iba a imaginar que el Viejo Ravenwood fuera la tercera persona más lista del pueblo, después de mi madre y Marian Ashcroft? O quizá la cuarta, dependiendo de si mi padre volvía a salir de su aislamiento.

Intenté leer el título del libro que llevaba Macon en la mano.

—¿Qué es? ¿Shakespeare?

—Betty Crocker, una mujer fascinante. Estaba intentando acordarme de qué ingredientes consideran los lugareños apropiados para una cena. Esta noche tenía ganas de cenar algún plato regional y he decidido que sea cerdo asado. —Otra vez lo mismo. Se me revolvía el estómago sólo de pensar en ello.

Macon apartó la silla de Lena con un ademán.

—Hablando de hospitalidad, Lena, tus primos vendrán para el Encuentro. A ver si nos acordamos de decirle a Casa y Cocina que seremos cinco más.

Lena parecía irritada.

—Se lo diré al *personal* de la cocina y a los *ayudantes* de la casa, si es a eso a lo que te refieres, tío Macon.

—¿Qué es el Encuentro?

—Mi familia es algo rara. El Encuentro era sólo una vieja fiesta de la cosecha, como una especie de Día de Acción de Gracias anticipado. Olvídalo. —Jamás había sabido de nadie que hubiera visitado Ravenwood, fueran familiares u otros. Tampoco había visto un solo coche girar en la bifurcación en dirección hacia la mansión.

Macon parecía divertido.

—Como mejor veas. Hablando de Cocina, tengo un hambre canina. Voy a ver con lo que van a castigarnos. —Conforme hablaba, escuché

los ruidos metálicos que hacían ollas y sartenes en alguna habitación lejana de la casa.

—No exageres, tío M, por favor.

Observé a Macon Ravenwood desaparecer del salón. Cuando le perdí de vista, seguí oyendo el repiqueteo de sus zapatos de etiqueta sobre los pulidos suelos. Esta casa era ridícula. Hacía que la Casa Blanca pareciera una choza.

—Lena, ¿qué está pasando?

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo sabía que tenía que preparar un sitio para mí?

—Debe de haberlo hecho cuando nos vio en el porche.

—¿Qué pasa en este lugar? Estuve aquí el día que encontramos el guardapelo y no tenía este aspecto en absoluto.

Dímelo. Confía en mí.

Jugueteó con el borde del vestido. Qué cabezona.

—A mi tío le gustan las antigüedades y por eso la casa cambia todo el tiempo. ¿Eso importa algo?

Fuera lo que fuera lo que estaba ocurriendo, no iba a contármelo ahora.

—Está bien, de acuerdo. ¿Te importa si echo un vistazo? —Aunque puso mala cara, me dirigí hacia el siguiente salón. Estaba decorado *como* un pequeño estudio, con sofás, una chimenea y unas cuantas mesitas. *Boo Radley* estaba echado delante de la chimenea y comenzó a gruñir en cuanto puse un pie en la habitación.

—Buen perrito. —Gruñó aún más alto, así que me retiré hacia la otra habitación. Dejó de gruñir y puso de nuevo la cabeza sobre el suelo.

Sobre la mesita más cercana había un paquete envuelto en papel marrón atado con una cuerda. Lo cogí y *Boo Radley* comenzó a gruñir de nuevo. Tenía el sello de la biblioteca del condado de Gatlin. Reconocí el sello. Mi madre había recibido cientos de paquetes como ése. Sólo Marian Ashcroft se molestaba en envolver un libro de esa manera.

—¿Le interesan las bibliotecas, señor Wate? ¿Conoce a Marian Ashcroft? —Macon apareció de pronto a mi lado, cogiendo el libro de mi mano y observándolo con deleite.

—Sí, señor. Marian, la doctora Ashcroft, era la mejor amiga de mi madre. Trabajaban juntas.

Los ojos de Macon titilaron con una brillantez momentánea y después se apagaron.

—Claro. Qué torpeza tan increíble por mi parte, Ethan Wate. Conocí a su madre.

Me quedé helado. ¿Cómo podría haber conocido Macon Ravenwood a mi madre?

Su rostro adoptó una extraña expresión, como si estuviera recordando algo que se le había olvidado.

—Sólo a través de su trabajo, claro. He leído todo lo que ella escribió. De hecho, si mira con cuidado las notas a pie de página de *Plantas y plantaciones: un jardín dividido*, verá que varias de las fuentes originales de su estudio procedían de mi colección personal. Su madre era brillante, una gran pérdida.

Me las apañé para sonreír.

—Gracias.

—Me sentiré honrado de mostrarle mi biblioteca, naturalmente. Sería para mí un gran placer compartir mi colección con el único hijo de Lila Evers.

Le miré, sorprendido por el sonido del nombre de mi madre procedente de la boca de Macon Ravenwood.

—Wate. Lila Evers Wate.

Sonrió más ampliamente.

—Claro, pero lo primero es lo primero. Ya casi no se oye ningún ruido en la Cocina, la cena debe de estar servida. —Me dio unas palmaditas en la espalda y regresamos al grandioso salón de baile.

Lena nos esperaba junto a la mesa, encendiendo una vela que se había apagado con la brisa vespertina. La mesa estaba llena de lo que podía considerarse un verdadero festín, pero no tenía ni idea de cómo había conseguido llegar hasta allí. No había visto una sola persona en toda la casa, además de nosotros tres. Ahora había una nueva casa, un perro lobo y todo eso. Y yo que había esperado que Macon Ravenwood fuera lo más extravagante de toda la tarde…

Allí había suficiente comida para alimentar a las Hijas de la Revolución Americana, a todas las iglesias del pueblo y al equipo de fútbol todos juntos. Sólo que no era la clase de comida que se servía en Gatlin. Había algo parecido a un cerdo asado entero, con una manzana puesta en el morro, chuletas de ternera con el palo hacia arriba, rematadas por pequeños trocitos de papel en la parte superior de cada una de ellas, y al lado un ganso deshuesado cubierto de castañas. Había boles enteros llenos de salsas de todo tipo y cremas, rollos y panecillos, repollos, remolachas, y cosas para untar de las que no me sabía ni el nombre. Y por supuesto, sandwiches de fiambre, que parecían especialmente fuera de lugar entre los otros platos. Miré a Lena, mareado ante la perspectiva de lo mucho que debía comer para ser educado.

—Pero tío… Esto es demasiado. —*Boo*, acurrucado en torno a las patas de la silla de Lena, aporreó el suelo de puro placer.

—Tonterías, es una celebración. Hemos hecho un nuevo amigo y Cocina se va sentir muy ofendida.

Lena me miró con ansiedad, como si se temiera que me marchase al baño y me encerrara allí. Me encogí de hombros, y comencé a llenar mi plato. Quizás Amma me dejara saltarme el desayuno al día siguiente.

Cuando Macon estaba sirviéndose su tercer vaso de whisky escocés, me pareció un buen momento para sacar el tema del guardapelo. Ahora que lo pensaba, le había visto llenarse el plato con comida pero no le había visto comer nada. Todo parecía desaparecer de su plato con sólo

un pequeño mordisco o dos. Quizá *Boo Radley* era el perro más afortunado del pueblo.

Doblé la servilleta.

—¿Le importa, señor, si le pregunto algo? Como parece que usted sabe tanto de historia y, bueno, como no puedo preguntarle a mi madre…

¿Qué estás haciendo?

Sólo estoy haciendo una pregunta.

Él no sabe nada.

Lena, déjame que lo intente.

—Claro. —Macon dio un sorbo.

Rebusqué en el bolsillo y saqué el guardapelo de la bolsita que me había dado Amma, con mucho cuidado de mantenerlo envuelto en el pañuelo. En ese momento se apagaron todas las velas. Al principio titilaron y luego desaparecieron con un chisporroteo, incluso se extinguió la música del piano.

Ethan, ¿qué estás haciendo?

No estoy haciendo nada.

Escuché la voz de Macon en la oscuridad.

—¿Qué es lo que tienes en la mano, hijo?

—Un guardapelo, señor.

—¿Te importaría volver a guardarlo en el bolsillo? —Su voz sonaba tranquila, pero yo sabía que él no lo estaba. Más bien diría que estaba haciendo grandes esfuerzos para mantener la compostura. Sus modales habían desaparecido y su voz tenía un tono que transmitía cierta sensación de urgencia que estaba intentando disimular con gran esfuerzo.

Guardé el guardapelo de nuevo en la bolsita y me lo metí en el bolsillo. Al otro lado de la mesa, Macon tocó los candelabros con los dedos. Uno a uno, las velas volvieron a encenderse. Todo el festín había desaparecido por completo.

Macon tenía un aspecto siniestro a la luz de las velas. También tenía una apariencia serena por primera vez desde que le había conocido, como si estuviera midiendo sus fuerzas en una escala invisible de la que, de algún modo, dependía nuestro destino. Era hora de irse. Lena tenía razón, había sido una mala idea. Quizá después de todo sí había algún motivo por el cual Macon Ravenwood no salía nunca de su casa.

—Lo siento, señor. No sabía que iba a ocurrir esto. Nuestra asistenta, Amma, actuó como si… como si esto fuera algo muy poderoso cuando se lo enseñé. Pero cuando Lena y yo lo encontramos no pasó nada malo.

No le digas nada más. No menciones las visiones.

No lo haré. Sólo quería averiguar si llevaba razón respecto a Genevieve.

Lena no tenía de qué preocuparse. No tenía la menor intención de decirle nada a Macon Ravenwood. Sólo quería salir de allí, cuanto antes mejor. Comencé a incorporarme del asiento.

—Creo que debería irme ya a casa, señor. Se me está haciendo tarde.

—¿Le importaría describirme el guardapelo? —Era más una orden que una petición. Yo no dije ni una palabra.

Fue Lena la que habló finalmente.

—Está muy viejo y estropeado, y tiene un camafeo en la parte frontal. Lo encontramos en Greenbrier.

Macon comenzó a darle vueltas a su anillo de plata, nervioso.

—Deberías haberme dicho que habías ido a Greenbrier. Eso no es parte de Ravenwood y no puedo mantenerte allí a salvo.

—Estoy segura aquí. Lo sé.

—¿Segura de qué? Esto era algo más que ser sobreprotector.

—No lo estás. Eso está fuera de los límites. No se puede controlar, o al menos no por cualquiera. Hay un montón de cosas que tú no sabes, y él… —Macon hizo un gesto en mi dirección, al otro lado de la mesa—.

Él no tiene ni idea y no puede protegerte. No deberías haberle metido en esto.

Entonces intervine yo. Tenía que hacerlo. Estaba hablando de mí como si no estuviera allí.

—Esto también tiene que ver conmigo, señor. Hay unas iniciales en la parte de atrás del guardapelo: «ECW», que se corresponden con Ethan Cárter Wate, mi trastataratío. Las otras iniciales son «GKD», y estamos bastante seguros de que la letra D corresponde a Duchannes.

Ethan, para.

Pero yo no podía.

—No hay motivo alguno para seguir ocultándonos nada, ya que sea lo que sea, está sucediendo y nos está ocurriendo a los dos. Y le guste o no, parece que sigue en este mismo momento. —Un jarrón de gardenias voló cruzando la habitación hasta que se estrelló contra la pared. Éste era el Macon Ravenwood del que todo el mundo contaba historias desde que éramos niños.

—No tiene ni idea de lo que está diciendo, jovencito. —Me miró directamente a los ojos, con una intensidad tan siniestra que hizo que el pelo de la nuca se me pusiera de punta. Tenía problemas para controlarse, había ido demasiado lejos. *Boo Radley* se puso en pie y dio unos pasos hasta colocarse detrás de Macon como si estuviera acechando a su presa, con los ojos inquietantemente redondos y familiares.

No digas nada más.

Entrecerró los ojos. El *glamour* de la estrella de cine se había desvanecido y sustituido por algo mucho más sombrío. Quería echar a correr, pero me había quedado pegado al suelo, paralizado.

Me había equivocado respecto a la mansión Ravenwood y Macon Ravenwood, y ahora me daban miedo los dos.

Cuando habló, fue como si lo hiciera para sus adentros.

—Cinco meses. ¿Sabes hasta dónde voy a tener que llegar para mantenerla a salvo durante cinco meses? ¿Sabes lo que me costará? Me

dejará seco y a lo mejor termina destruyéndome. —Sin decir una palabra, Lena se acercó a su lado y le puso una mano en el hombro. Y entonces, la tormenta que había en sus ojos pasó tan rápido como se había formado y recobró la compostura—. Amma tiene toda la pinta de ser una mujer sabia. Quizá debería considerar seguir su consejo de llevar esa cosa al lugar donde lo encontrasteis. Y por favor, no vuelva a traerlo a mi casa. —Macon se puso en pie y arrojó la servilleta a la mesa—. Creo que nuestra pequeña visita a la biblioteca va a tener que esperar, ¿no? Lena, ¿puedes ocuparte de indicarle a tu amigo la salida? Ésta ha sido, no cabe duda, una noche extraordinaria, de lo más esclarecedora. Por favor, vuelva cuando lo desee, señor Wate.

Y entonces, la habitación se quedó a oscuras y desapareció.

No había forma de que saliese de esa casa lo suficientemente rápido. Quería alejarme del espeluznante tío de Lena y de aquella casa, que era un espectáculo de lo más raro, pero ¿qué demonios había pasado? Lena se apresuró a acompañarme hasta la puerta, como si tuviera miedo de lo que podría ocurrir si no me sacaba de allí. Pero justo cuando cruzamos el vestíbulo principal, noté algo que no había visto antes.

El guardapelo. La mujer de la pintura al óleo, la que tenía aquellos ojos inquietantes, llevaba puesto el guardapelo. Cogí el brazo de Lena y ella también lo vio y se quedó helada.

Eso no estaba antes.

¿Qué quieres decir?

Esta pintura lleva ahí colgada desde que era una niña y he pasado por delante de ella miles de veces. Hasta ahora, nunca había llevado el guardapelo.

15 DE SEPTIEMBRE

Una bifurcación en el camino

Apenas nos dirigimos la palabra mientras conducía de vuelta hacia mi casa. Yo no sabía qué decir y Lena parecía agradecida de que yo no dijera nada. Me dejó conducir, lo cual era bueno porque necesitaba algo que me distrajera hasta que se me tranquilizara el pulso. Nos pasamos mi calle, pero no me importó, pues aún no estaba preparado para ir a casa. No sabía qué estaba pasando con Lena, su casa, su tío, pero ella tenía que contármelo.

—Te has pasado la calle. —Era la primera cosa que había dicho desde que nos habíamos ido de Ravenwood.

—Ya lo sé.

—Tú crees que mi tío está loco, como todo el mundo. Dilo de una vez. El Viejo Ravenwood. —Su voz sonaba amarga—. Tengo que irme a casa.

No despegué los labios mientras girábamos en torno a General Green, un parterre redondo de hierba descolorida que rodeaba la única cosa de Gatlin que salía en las guías: el general, una estatua del general de la Guerra de Secesión Jubal A. Early. El general seguía como si nada, como siempre había hecho, y me sentó mal. Todo había cambiado; de hecho, nada dejaba de cambiar. Yo era diferente y veía, sentía y hacía

cosas que apenas una semana antes me habrían parecido imposibles. Me parecía que el general debía ser distinto también.

Giré hacia abajo, hacia Dove Street y aparqué el coche al lado del bordillo, justo bajo el cartel que decía: «Bienvenidos a Gatlin, el lugar con las mansiones sureñas históricas más originales y el mejor pastel de crema del mundo». No veía nada claro lo del pastel, pero el resto era verdad.

—¿Qué estás haciendo?

Apagué el motor.

—Tenemos que hablar.

—Yo no me meto en coches con chicos. —Era una broma, cosa que percibí en su voz. Estaba paralizada.

—Empieza a hablar.

—¿De qué?

—Estás de broma, ¿no? —Intentaba no gritar.

Se llevó la mano hacia el collar, torciendo la lengüeta de una lata de refresco.

—No sé qué quieres que te diga.

—Pues empieza por explicar lo que acaba de pasar.

Ella se quedó mirando por la ventana, hacia la oscuridad.

—Estaba enfadado. Algunas veces pierde los estribos.

—¿Perder los estribos? ¿Te refieres con eso a lanzar cosas de un lado para otro de la habitación sin tocarlas y encender velas sin cerillas?

—Ethan, lo siento. —Su voz sonó serena.

Pero la mía, no. Cuanto más evitaba mis preguntas, más enfadado estaba.

—No quiero que lo sientas. Quiero que me cuentes qué está pasando.

—¿Con qué?

—Con tu tío y esa casa extraña que parece haber redecorado en dos días. Con la comida que aparece y desaparece. Y con toda esa charla de límites y protegerte. Escoge la que quieras.

Ella sacudió la cabeza.

—No puedo hablar de eso. Y, de todas formas, no lo entenderías.

—¿Y cómo lo sabes si no me das la oportunidad?

—Mi familia es diferente de las demás. Confía en mí, no podrás soportarlo.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Sé realista, Ethan. Tú dices que no eres como los demás, pero sí lo eres. Tú quieres que yo sea diferente, pero sólo un poco, no diferente del todo.

—¿Sabes qué? Estás tan loca como tu tío.

—Te plantaste en mi casa sin que te invitara y ahora estás enfadado porque no te ha gustado lo que has visto.

No contesté. No podía ver más allá de las ventanillas del coche y tampoco podía pensar con claridad.

—Y estás enfadado porque tienes miedo. Todos lo tenéis. En lo más profundo de vuestro ser, sois todos iguales. —La voz de Lena sonaba cansada, como si se hubiera rendido.

—No. —La miré—. Eres tú la que tiene miedo.

Se echó a reír, con amargura.

—Ah, sí, claro. Las cosas de las que yo tengo miedo no te las puedes ni imaginar.

—Tienes miedo de confiar en mí.

No dijo nada.

—Tienes miedo de conocer a alguien tanto como para darte cuenta de si falta o no a clase.

Deslizó el dedo por el vaho de la ventana hasta formar una línea temblorosa, como un zigzag.

—Tienes miedo de quedarte en un sitio y ver qué sucede.

El zigzag se convirtió en algo parecido al trazado de un relámpago.

—Tú no eres de aquí, vale, llevas razón. Y no sólo eres algo diferente.

Siguió mirando a la nada a través de la ventanilla, porque no se podía ver otra cosa. Pero yo sí la veía a ella. Podía verlo todo.

—Tú eres increíble, absoluta, extremada, suma y totalmente diferente. —Le rocé el brazo con la punta de los dedos e inmediatamente sentí el calor de la electricidad—. Y yo lo sé, porque en lo más profundo de mí, creo que yo también soy como tú. Así que cuéntamelo. Por favor. ¿Diferente en qué sentido?

—No quiero contarte nada.

Una lágrima se deslizó por su mejilla. La toqué, quemaba.

—¿Por qué no?

—Porque ésta podría ser mi última oportunidad para ser una chica normal, incluso aunque sea en Gatlin. Porque aquí eres mi único amigo. Porque si te lo digo, no me creerás, o peor aún, sí que lo harás. —Abrió los ojos y los clavó en los míos—. Sea como sea, jamás querrás volver a hablarme en tu vida.

Alguien dio un golpecito en la ventanilla y ambos dimos un respingo. A través del vaho del cristal brilló el haz de luz de una linterna. Alargué la mano y la bajé, jurando para mis adentros.

—Chicos, ¿os habéis perdido de camino a casa? —Era Fatty. Sonreía como si se hubiera encontrado dos donuts a un lado de la carretera.

—No, señor. Justo íbamos de camino a casa.

—Éste no es su coche, señor Wate.

—No, señor.

Dirigió el haz de luz hacia Lena y se detuvo allí durante un buen rato.

—Pues entonces en marcha y a casa. No hagas esperar a Amma.

—Sí, señor.

Giré la llave. Cuando miré por el retrovisor, pude ver a su novia, Amanda, en el asiento delantero del coche de policía, riéndose entre dientes.

Cerré el coche de un portazo. Miré a Lena por la ventanilla del conductor.

—Te veo mañana.

—Vale.

Pero yo sabía que no nos veríamos mañana. Sabía que sería así si conducía hasta el final de la calle. Era como un camino, justo como la bifurcación que llevaba a Ravenwood o a Gatlin. Tenías que escoger uno u otro. Si no se detenía, el coche fúnebre tomaría la otra dirección hacia la bifurcación, dejándome atrás. Igual que la primera mañana que la vi.

Si ella no me escogía a mí.

No puedes tomar dos caminos a la vez. Una vez que coges uno, ya no puedes volver atrás. Sentí que el motor aceleraba para ponerse en marcha, pero seguí caminando hacia la puerta de mi casa. El coche se marchó.

Y ella no me escogió a mí.

Estaba tumbado en la cama, mirando hacia la ventana. La luz de la luna se derramaba dentro, lo cual era un fastidio porque no me dejaba dormir, cuando lo único que quería es que ese día se terminara de una vez.

Ethan. Su voz sonaba tan baja que apenas pude oírla.

Miré hacia la ventana. Estaba cerrada, me había asegurado de ello.

Ethan, ven.

Cerré los ojos. El cerrojo de la ventana traqueteó.

Déjame entrar.

Los postigos de madera se abrieron de golpe. Habría supuesto que era el viento, pero ni siquiera soplaba una ligera brisa. Salté de la cama y miré hacia fuera.

Lena estaba de pie en el césped que había delante de mi casa en pijama. Los vecinos iban a estar de fiesta y a Amma le iba a dar un ataque al corazón.

—Baja o subo yo.

Primero un ataque al corazón y luego una apoplejía.

Nos sentamos en el primer escalón. Me había puesto los vaqueros porque no dormía con pijama y si Amma hubiera salido y me hubiera encontrado con una chica en calzoncillos, habría amanecido enterrado en el césped de la parte de atrás.

Lena se acomodó en el escalón y alzó la mirada hacia la pintura blanca que se desprendía del porche.

—Estuve a punto de dar la vuelta cuando llegué al final de tu calle, pero me dio demasiado miedo hacerlo. —A la luz de la luna, su pijama parecía de color verde y púrpura, una especie de túnica china—. Y cuando llegué a casa, me daba demasiado miedo no hacerlo. —Se estaba quitando el pintauñas de los dedos de los pies, desnudos, y me di cuenta de que esta vez sí que iba a contarme algo—. Realmente no sé cómo empezar. Nunca he contado nada de esto antes, así que no sé qué pasará.

Me revolví el pelo despeinado con una mano.

—Me puedes contar lo que sea. Yo ya sé lo que es tener una familia de locos.

—Tú crees que sabes el significado de la palabra «loco» y no tienes ni idea.

Inhaló una gran bocanada de aire. Fuera lo que fuera a decir, le estaba costando mucho. Parecía estar debatiéndose para encontrar las palabras adecuadas.

—La gente de mi familia, y yo, tenemos poderes. Hacemos cosas que la gente normal no puede hacer. Hemos nacido así y no lo podemos evitar. Somos lo que somos.

Me llevó unos segundos comprender lo que estaba diciendo o, al menos, de lo que creía que me estaba hablando.

De magia.

¿Dónde estaba Amma cuando la necesitaba?

Me daba miedo preguntar, pero tenía que saber más.

—¿Y qué es, exactamente, lo que sois? —Aquello sonaba tan de locos que casi no fui capaz de pronunciar las palabras.

—*Casters* —dijo ella en voz muy baja.

—*¿Casters?*

Ella asintió.

—¿Te refieres a *Casters* de los que formulan hechizos?

Afirmó de nuevo con la cabeza.

Me quedé mirándola fijamente. A lo mejor de verdad estaba loca.

—¿Te refieres a brujas y demás?

—Ethan, no seas ridículo.

Solté aire, momentáneamente aliviado. Estaba claro que era un idiota. ¿En qué había estado pensando?

—En realidad no es más que una estúpida palabra. Es como cuando dices «musculitos» o «cretino». Sólo es un absurdo estereotipo más.

Se me encogió el estómago. Parte de mí quería subir las escaleras a todo trapo, cerrar la puerta y esconderme en la cama. Pero otra parte de mí, la parte más importante, quería quedarse. Porque… ¿no había una parte en mí que lo había sabido desde el principio? Tal vez sabía lo que ella era, pero me había dado cuenta de que había algo en ella distinto, algo mucho más importante que un collar con un montón de chatarra colgada y aquellas viejas Converse. ¿Qué me iba a esperar de alguien que podía provocar un aguacero, hablarme sin estar en la habitación,

controlar las nubes del cielo y abrir los postigos de mi ventana desde el porche?

—¿Y no podríais buscaros un nombre mejor?

—No hay una sola palabra que describa a toda la gente de mi familia, ¿hay alguna que describa a la tuya?

Quería romper la tensión, simular que todo era igual que con cualquier otra chica y convencerme a mí mismo de que tampoco pasaba nada.

—Ah, claro. Lunáticos.

—Pues nosotros somos *Casters*. Ésa es la definición más apropiada. Todos tenemos poderes. Es una especie de don, igual que otras familias son guays, y otras son ricas, guapas o deportistas.

Sabía cuál sería mi siguiente pregunta, pero no quería hacerla. Ya sabía que podía romper una ventana sólo con pensarlo. No sabía si estaba preparado para averiguar qué otras cosas podía destrozar.

De cualquier forma, estaba empezando a sentirme como si estuviéramos hablando de cualquier otra familia sureña de locos, como las Hermanas. Los Ravenwood llevaban aquí tanto tiempo como cualquier otra familia de Gatlin ¿Por qué iban a estar menos chiflados que los demás? O, al menos, eso era de lo que quería convencerme a mí mismo.

Lena se tomó el silencio como una mala señal.

—Ya sabía que no tenía que haberte contado nada. Te dije que me dejaras en paz. Ahora seguramente pensarás que soy un bicho raro.

—Creo que tienes talento.

—Pensaste que mi casa era extraña. Eso ya lo has admitido.

—Es que la redecorasteis demasiado.

Estaba intentando hacerme una composición de lugar y que ella no dejara de sonreír. Sabía que debía de haberle costado mucho contarme la verdad y yo no la iba a dejar tirada ahora. Me volví y señalé el estudio iluminado sobre los arbustos de azalea, escondido detrás de unos gruesos postigos de madera.

—Mira, ¿ves esa ventana que hay allí? Es el estudio de mi padre. Trabaja durante toda la noche y duerme durante el día. Desde que murió mi madre, no ha salido de casa. Ni siquiera me ha enseñado lo que está escribiendo.

—Qué romántico —dijo ella con voz queda.

—No, es una locura. Pero nadie habla de ello, porque nadie tiene permiso para hacerlo. Excepto Amma, que esconde hechizos mágicos en mi cuarto y me grita cuando traigo joyas antiguas a esta casa.

Estaba casi seguro de que estaba sonriendo.

—A lo mejor eres un bicho raro.

—Yo lo soy y tú también. Tu casa hace que desaparezcan habitaciones y en la mía desaparece la gente. Tu tío el recluso es un chiflado y mi padre el recluso es un lunático, así que no veo en qué crees que somos diferentes tú y yo.

Lena sonrió, aliviada.

—Estoy intentando ver si hay alguna manera de tomarse eso como un cumplido.

—Lo es. —La miré mientras sonreía bajo la luz de la luna, una sonrisa de verdad. Había algo especial en su aspecto justo en ese momento que me hizo imaginarme inclinándome hacia delante un poco más para besarla. Pero me controlé y subí un escalón más arriba de donde ella estaba.

—¿Estás bien?

—Sí, claro, estoy bien, un poco cansado, quizás.

Pero no era así.

Nos quedamos hablando en las escaleras durante horas. Yo me tumbé en el escalón de arriba, ella en el de abajo. Observamos el oscuro cielo nocturno, luego el oscuro cielo del alba, hasta que comenzaron a cantar los pájaros.

Cuando el coche se marchó, el sol comenzaba a salir. Observé a *Boo Radley* trotar lentamente detrás de él hacia casa. Al ritmo que iba, no

llegaría antes del crepúsculo. Algunas veces me preguntaba por qué se molestaba en ir detrás de Lena.

Qué perro tan estúpido.

Puse la mano en el pomo de bronce de la puerta de casa, pero casi no me sentí capaz de abrirlo. Todo estaba patas arriba y no había nada capaz de cambiar eso. Mi mente estaba hecha un revoltijo, con cada cosa por un lado, como los huevos de Amma en su enorme sartén, aunque ésa era la forma en que me había sentido por dentro desde hacía días.

T.I.M.O.R.A.T.O., así era como me habría llamado Amma. Ocho horizontal, «otro nombre para cobarde». Estaba asustado. Le había dicho a Lena que lo de su familia no era para tanto, eso de que fueran… ¿qué? ¿Brujas? *¿Casters?* Y no de la clase convencional de los que me había hablado mi padre.

Sí, claro, tampoco era para tanto.

En qué grandísimo mentiroso me había convertido. Habría apostado que hasta aquel perro estúpido se habría dado cuenta.

24 DE SEPTIEMBRE

Las tres últimas filas

Todo el mundo conoce la expresión «se me cayó encima como un saco de cemento». Pues es verdad. Desde el momento en que cogió su coche y apareció en las escaleras de mi casa con aquel pijama de color púrpura, así fue como me sentí respecto a Lena.

Sabía que iba a ocurrir. Lo que no sabía era que me sentiría así.

Desde entonces había dos sitios en los que quería estar: o con Lena o solo, de modo que pudiera apartar todo aquello de la cabeza. No tenía palabras para definir la situación en la que nos encontrábamos. No era mi novia, ya que ni siquiera estábamos saliendo. Hasta la pasada semana ni siquiera había querido admitir que éramos amigos. No tenía ni idea de lo que sentía por mí y, desde luego, no era cuestión de enviar a Savannah a que lo averiguara. No quería arriesgar lo que teníamos, fuera lo que fuera. Entonces, ¿por qué pensaba en ella a todas horas? ¿Por qué me sentía mucho más feliz en el momento en que la veía? Tenía la sensación de que debía saber la respuesta, pero ¿cómo iba a estar seguro? No lo sabía y no tenía manera de descubrirlo.

Los chicos no hablamos de estas cosas. Simplemente nos quedamos debajo del cemento.

—¿Qué es lo que estás escribiendo?

Lena cerró el cuaderno de espiral que parecía llevar a todas partes consigo. El equipo de baloncesto no tenía entrenamiento los miércoles, de modo que estábamos sentados en el jardín de Greenbrier, que de alguna manera se había convertido en un lugar especial para nosotros, cosa que jamás admitiría, ni siquiera ante ella. Allí habíamos encontrado el guardapelo, y era un lugar donde podíamos estar sin que todo el mundo nos mirara y susurrara. Se suponía que estábamos estudiando, pero ella estaba escribiendo en su cuaderno y yo había leído el mismo párrafo sobre la estructura interna del átomo, con ésta, nueve veces. Nuestros hombros se tocaban, pero mirábamos en direcciones diferentes, yo estaba despatarrado en el suelo bajo el sol poniente y ella estaba sentada a la sombra de un nogal cubierto de líquenes.

—No es nada especial. Sólo estoy escribiendo.

—Vale, no me lo cuentes. —Intenté que no se me notara el enfado.

—Es que… es algo estúpido.

—Dímelo de todas formas.

Se quedó callada durante un minuto, garabateando en la goma de su zapatilla con su bolígrafo negro.

—Es sólo que algunas veces escribo poemas. Lo llevo haciendo desde que era niña. Ya sé que es un poco raro.

—No creo que sea raro. Mi madre era escritora y mi padre también lo es. —Sentí cómo sonreía, aunque no la estaba mirando—. Vale, es un mal ejemplo, porque mi padre es un tío *raro* de verdad, pero no le puedes echar la culpa de eso a la escritura.

Esperé a ver si me daba el cuaderno y me pedía que leyera algún poema, pero no hubo tanta suerte.

—A lo mejor me dejas leer algo tuyo alguna vez.

—Lo dudo.

Escuché el sonido que hacía su cuaderno al abrirse de nuevo y el del bolígrafo rasgando la página. Me quedé mirando el libro de química, repitiendo la frase una y otra vez dentro de mi cabeza. Estábamos a solas. El sol se estaba yendo y ella componía versos. Si había algún momento oportuno, era éste.

—Y esto… ¿quieres, ya sabes, que salgamos y eso? —Intenté que mi voz sonara despreocupada.

—¿Y no es lo que estamos haciendo?

Mordí el extremo de una vieja cuchara de plástico que había encontrado en mi mochila, probablemente de algún trozo del pastel.

—Ya, sí. No. Quiero decir que, si quieres, no sé, podríamos ir a algún sitio.

—¿Ahora? —Le dio un mordisco a una barrita de cereales que tenía abierta y movió las piernas hasta que estuvo a mi lado y me la ofreció. Yo sacudí la cabeza.

—Ahora, no. El viernes o un día así. Podríamos ir a ver una película. —Metí la cuchara en el libro de química y lo cerré.

—Qué guarrería. —Puso mala cara y volvió la página.

—¿Qué quieres decir?

Sentí cómo me ruborizaba.

Sólo estaba hablando de ir a ver una peli.

Qué idiota.

Señaló la cuchara sucia que había utilizado como marcador.

—Me refiero a eso.

Yo sonreí, aliviado.

—Ah, bueno. Es una mala costumbre que adquirí de mi madre.

—¿Tenía afición a la cubertería?

—No, a los libros. Leía al mismo tiempo por lo menos veinte, los tenía por todas partes de la casa… en la mesa de la cocina, al lado de su cama, en el baño, en el coche, en sus bolsos y una pequeña pila en el borde de cada silla. Y además, usaba cualquier cosa que tuviera a mano

como marcador: un calcetín que yo hubiera perdido, un corazón de manzana, sus gafas de leer, otro libro o un tenedor.

—¿Y también una vieja cuchara sucia?

—Exactamente.

—Apuesto a que Amma se volvería loca.

—Se le iba la olla. No, espera… se ponía… —Me rompí la cabeza—. P.E.R.T.U.R.B.A.D.A.

—¿Diez vertical? —Se echó a reír.

—Probablemente.

—Ésa era mi madre. —Sostuvo uno de los cacharritos que colgaban de la larga cadena de plata que no parecía quitarse nunca. Era un diminuto pájaro de oro—. Es un cuervo.

—¿Por Ravenwood?

—No. Los cuervos son los pájaros más poderosos del mundo de los hechiceros. La leyenda dice que pueden acumular la energía en su interior y liberarla de otras formas. Algunas veces se les temía debido a su poder. —La observé mientras soltaba el animal y lo dejaba caer en su lugar entre un disco con una extraña inscripción grabada en su interior y una cuenta negra de vidrio.

—Tienes un montón de amuletos.

Se acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja y bajó la mirada hacia su collar.

—En realidad, no son amuletos, sino cosas que significan algo para mí. —Alzó la lengüeta de una lata de refresco—. Ésta es de la primera lata de naranja que me bebí, sentada en el porche de nuestra casa en Savannah. Mi abuela me la compró cuando regresé del colegio llorando porque nadie me había dejado nada en mi caja de zapatos el día de San Valentín.

—*Qué chulo*.

—Si consideras que una tragedia es algo chulo…

—Me refiero a que la hayas conservado.

—Lo guardo todo.

—¿Y éste? —Señalé la cuenta negra de cristal.

—Me la dio mi tía Twyla. Es de una roca especial que hay en una zona remota de Barbados. Me dijo que me traería suerte.

—Es un collar muy guay. —Comprobé cuánto significaba para ella por el cuidado que ponía cuando tocaba cada uno de los objetos.

—Ya sé que parece sólo un montón de cacharros, pero jamás he vivido mucho tiempo en ningún sitio. Nunca he estado en la misma *casa* ni en la misma habitación más que unos cuantos años y algunas veces tengo la sensación de que estos pequeños recuerdos que llevo colgados en la cadena son todo lo que tengo.

Suspiré y agarré un manojo de hierba.

—Ya me gustaría haber vivido en alguno de esos sitios.

—Pero tú tienes aquí tus raíces. Tu mejor amigo lo es desde siempre, y tienes una casa con una habitación que siempre ha sido la tuya. Seguramente, en una de las jambas de la puerta tienes rayas que marcan lo que medías en cada momento de tu vida.

En efecto, así era.

Lo tienes, ¿a que sí?

Le di un pequeño empujón con el hombro.

—Puedo medirte en la jamba de mi puerta cuando tú quieras. Así quedarás inmortalizada para siempre en la propiedad de los Wate. —Ella sonrió hacia donde estaba su cuaderno y me devolvió el empujón. Por el rabillo del ojo veía cómo el sol de la tarde caía sobre un lado de su rostro, sobre la página del cuaderno, el perfil ondulado de su melena negra y la punta de una Converse negra.

Respecto a la peli, me va bien el viernes.

Y entonces deslizó la barrita de cereales por la mitad de su cuaderno *y lo cerró*.

Las puntas de nuestras viejas zapatillas negras se tocaron.

Cuanto más pensaba en la noche del viernes, más nervioso me ponía. No era una cita, al menos no oficialmente, estaba claro, pero eso era parte del problema, porque yo quería que sí lo fuera. ¿Cómo te lo montas cuando te das cuenta de que sientes algo por una chica que apenas admite que sois amigos? Una chica cuyo tío te ha echado a patadas de su casa y que es cualquier cosa menos bienvenida en la tuya. Y, además, alguien a quien odia toda la gente que conoces. Una chica que comparte tus sueños, pero, a lo mejor, no tus sentimientos.

Como no tenía ni idea, no hacía nada, pero eso no evitaba que pensara en Lena y deseara conducir hasta su casa el jueves por la noche, si su casa no se encontrara en las afueras del pueblo, y si yo tuviera mi propio coche, y si su tío no fuera Macon Ravenwood. Todos esos condicionales eran los que impedían que hiciera el ridículo.

Todos los días discurrían como si fueran un día cualquiera en la vida de cualquier otra persona. Jamás en la vida me había pasado nada, y ahora me pasaba todo a la vez, aunque por «todo», en realidad, sólo me refería a Lena. Las horas se me pasaban más lentas y más rápidas a la vez. Me sentía como si hubiera absorbido todo el aire de un globo gigantesco y a la vez mi cerebro no obtuviera el oxígeno suficiente. Las nubes se habían convertido en algo interesante, la cafetería en algo menos desagradable, la música me sonaba mejor, los mismos viejos chistes de siempre me hacían más gracia y el Jackson había pasado de ser un montón de edificios industriales de color verde grisáceo a convertirse en un mapa de momentos y lugares donde encontrarme con ella. A veces me sorprendía a mí mismo sonriendo sin ningún motivo, con los auriculares puestos y repasando nuestras conversaciones dentro de mi cabeza, como si de algún modo las estuviera escuchando de nuevo. Ya había visto cosas como ésas antes.

Pero jamás me habían ocurrido a mí.

Llegó el viernes por la noche. Había estado de un humor estupendo todo el día, lo cual quería decir que lo había hecho peor que nadie en clase y mejor que todos los demás en el entrenamiento. Tenía que concentrar mis energías en alguna parte. Incluso el entrenador se dio cuenta y habló conmigo cuando terminamos.

—Sigue así, Wate, y el año que viene habrás llamado la atención de algún cazatalentos.

Link me llevó a Summerville después del entrenamiento. Los chicos estaban planeando ir a ver una película también, lo cual debí haber tenido en cuenta, ya que el Cineplex sólo tenía una pantalla.

Pero ya era demasiado tarde y a mí me daba bastante igual a estas alturas.

Cuando aparcamos el Cacharro, Lena estaba allí de pie en la oscuridad frente a la fachada brillantemente iluminada del cine. Llevaba puesta una camiseta púrpura bajo un vestido negro ceñido que te recordaba que era una chica de verdad, y unas botas destrozadas también negras que conseguían que lo olvidaras.

Dentro del edificio, además de la multitud habitual de estudiantes de la escuela universitaria de Summerville, estaba reunido el equipo de animadoras en perfecta formación, pues habían quedado con los chicos del equipo en el vestíbulo. El buen humor se me pasó volando.

—Hola.

—Llegas tarde. Ya he comprado las entradas. —Era imposible ver los ojos de Lena en la oscuridad y la seguí adentro. Esto tenía pinta de convertirse en un gran comienzo de noche.

—¡Wate! ¡Ven aquí! —La voz de Emory retumbó sobre los arcos, la gente y la música de los ochenta que sonaba en el vestíbulo.

—Wate, ¿tienes una cita? —Ahora era Billy el que se metía conmigo. Earl no dijo nada, pero sólo porque él apenas abría la boca.

Lena les ignoró. Se pasó la mano por el pelo, caminando delante de mí como si no quisiera mirarme.

—Así es la vida —les repliqué por encima de la multitud. Seguramente oiría hablar de esto el lunes. Me incliné y le dije a Lena—: Oye, siento todo esto.

Ella se giró para mirarme.

—Esto no va a funcionar si eres de la clase de personas que se saltan los tráileres.

He tenido que esperarte.

Le sonreí.

—Tráileres, créditos y el chico de las palomitas yendo de un lado para otro.

Ella miró más allá de donde yo estaba, hacia el grupo de mis amigos, o al menos la gente que desde siempre había considerado como tales.

Ignóralos.

—¿Con o sin mantequilla? —Estaba enfadada. Yo había llegado tarde y ella había tenido que enfrentarse sola al rechazo social del instituto Jackson. Ahora era mi turno.

—Con mantequilla —le confesé, aun sabiendo que era la respuesta equivocada. Lena puso mala cara—. Te cambio la mantequilla por una de sal doble —le dije. Sus ojos se apartaron y después volvió a mirarme. Escuché las carcajadas de Emily acercándose, aunque no me preocupó.

Con que digas una palabra nos vamos, Lena.

—Sin mantequilla, con sal, y una bolsa de bolitas de chocolate Milk Duds. Verás cómo te gustan —dijo ella, relajando los hombros un poquito.

Ya me está gustando.

El equipo de animadoras y los chicos pasaron a nuestro lado. Emily evitó mirarme intencionadamente, mientras que Savannah rodeó a Lena como si estuviera infectada de alguna clase de virus que flotase en el

aire a su alrededor. Podía imaginarme lo que les dirían a sus madres cuando llegaran a casa.

La cogí de la mano. Una corriente eléctrica me recorrió el cuerpo, pero esta vez no fue la sacudida que sentí aquella noche bajo la lluvia. Era más parecido a una confusión de los sentidos, como la que sientes cuando te golpea una ola en la playa y cuando te arropas con una manta eléctrica en una noche lluviosa, todo a la vez. Dejé que la sensación me inundara. Savannah lo notó, y le dio un codazo a Emily.

No tienes por qué hacer esto.

Le apreté la mano.

¿Hacer qué?

—Eh, chavales, ¿habéis visto a los chicos? —Link me dio una palmadita en la espalda. Llevaba un paquete de palomitas con mantequilla de un tamaño monstruoso y un gigantesco granizado de color azul.

El Cineplex daba una peli de suspense y asesinatos, de las que le habrían gustado a Arrima, dada su afición a los misterios y a los cadáveres. Link había ido a sentarse a las filas de delante con los chicos, explorando de camino los pasillos a la búsqueda de universitarias, no porque no quisiera sentarse con Lena, sino porque asumió que querríamos estar solos. Y, desde luego, queríamos, o, al menos, yo.

—¿Dónde quieres sentarte? ¿Allí más cerca o en la mitad? —Quería que fuera ella quien decidiera.

—Allí detrás. —La seguí por el pasillo hasta la última fila.

La principal razón por la cual los chicos de Gatlin querían ir al Cineplex era para enrollarse con chicas, teniendo en cuenta que cualquier película que pusieran ya estaba en Dvd. Sin embargo, era la única razón por la que uno se sentaba en las tres últimas filas. Estaba el Cineplex, el depósito del agua y, en el verano, el lago. Aparte de éstas, había muy pocas opciones más: los baños y los sótanos. Yo sabía que no

íbamos a enrollarnos ni nada parecido, pero, aunque así hubiera sido, jamás la habría traído aquí para eso. Lena no era de la clase de chicas a las que se llevan a las tres últimas filas del Cineplex. Era mucho más que eso.

Aun así, había elegido ella, y yo sabía por qué lo había hecho. El sitio más lejos de Emily Asher era la última fila.

Quizá debería haberla avisado. Antes incluso de que hubieran comenzado a proyectar los créditos la gente ya iba al asunto. Ambos nos quedamos mirando las palomitas, ya que no había ningún otro lugar seguro al que mirar.

¿Por qué no me has dicho nada?

No lo sé.

Mentiroso.

Me comportaré como un verdadero caballero. En serio.

Lo aparté y lo confiné al fondo de mi mente, y me puse a pensar en cualquier cosa, el tiempo, el baloncesto, y metí la mano en el paquete de palomitas. Lena hizo el mismo movimiento a la vez, nuestras manos se tocaron durante un segundo y me subió por el brazo un escalofrío, una mezcla de frío y calor. No había tantas jugadas en el cuaderno del equipo del Jackson: bloqueo directo, doble poste alto, doblar al jugador. Esto iba a ser más complicado de lo que había pensado.

La película era espantosa. A los diez minutos ya sabía cómo iba a terminar.

—Ha sido él —le susurré.

—¿Qué?

—El tipo ese es el asesino. No sé a quién ha matado, pero ha sido él. —Ésa era otra de las razones por las cuales Link no quería sentarse conmigo: siempre sabía cómo iba a acabar desde el principio y no me lo podía callar. Ésta era mi versión de la afición a los crucigramas de

Amma. También era la razón por la que se me daban tan bien los videojuegos, los juegos de feria y jugar al ajedrez con mi padre. Me imaginaba cómo iban a pasar las cosas ya desde el primer movimiento.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

¿Y cómo terminará esto?

Sabía a lo que se estaba refiriendo, pero, por primera vez, no sabía la respuesta.

Un final feliz, muy, muy feliz.

Mentiroso. Y ahora trae para acá los Milk Duds.

Metió la mano en el bolsillo de mi sudadera, buscándolos, pero se equivocó de sitio y en su lugar encontró lo que menos esperaba. Allí estaba la bolsita, un bulto duro que ambos sabíamos que era el guardapelo. Lena se sentó de un salto, lo sacó y lo sujetó como si fuera una especie de ratón muerto.

—¿Por qué sigues llevando esto en el bolsillo?

—Shhh. —Estábamos molestando a la gente de alrededor, aunque desde luego tenía su gracia teniendo en cuenta que no estaban viendo la película.

—No puedo dejarlo en casa. Amma cree que lo he enterrado.

—Quizá deberías haberlo hecho.

—Pero si da igual, ese chisme va a su bola. No funciona casi nunca. Tú misma lo has comprobado.

—¿Queréis cerrar el pico? —La pareja que teníamos delante se detuvo un momento para recuperar la respiración. Lena dio un respingo y dejó caer el guardapelo. Los dos alargamos la mano para cogerlo y vi que el pañuelo se caía como si fuera a cámara lenta. Apenas se podía distinguir el cuadrado blanco en la oscuridad. La gran pantalla se retorció convirtiéndose en un chispazo de luz y fue cuando empezamos a oler el humo…

Quemar una casa con las mujeres dentro.

No podía ser verdad… mamá, Evangeline… la mente de Genevieve se aceleró. Quizás aún no era demasiado tarde. Comenzó a correr ignorando las retorcidas ramas de los arbustos que parecían querer empujarla a que regresara y las voces de Ethan e Ivy llamándola. Los arbustos se abrieron ante sí y distinguió a dos federales frente a lo que quedaba de la casa que el abuelo de Genevieve había construido. Los dos soldados estaban metiendo una bandeja llena de objetos de plata en un petate del ejército. Genevieve cayó sobre ellos con un revuelo de voluminosa tela negra que se movía a los impulsos de las ráfagas de aire que expulsaba el fuego.

—¿Pero qué…?

—Cógela, Emmett —le gritó uno de los soldados adolescentes a otro.

Genevieve subía las escaleras de dos en dos, ahogándose en las vaharadas de humo que vomitaba el agujero donde había estado antes la puerta. Estaba fuera de sí. Mamá, Evangeline. Sentía los pulmones como en carne viva y luego se cayó. ¿Había sido por el fuego o iba a desmayarse? No, era otra cosa, una mano la sujetaba de la muñeca, empujándola hacia el suelo.

—¿Adónde te crees que vas, niña?

—¡Suéltame! —gritó, con la voz ronca por el humo. La espalda golpeó los escalones uno por uno mientras él la arrastraba, un borrón de color azul marino y dorado. Luego fue su cabeza la que chocó contra las escaleras. Sintió calor, y después algo húmedo se deslizó por el cuello de su vestido. El mareo y la confusión se mezclaron con la pura desesperación.

Un disparo. El sonido fue tan fuerte que la hizo volver en sí, abriéndose camino en la oscuridad. La mano que la sujetaba de la muñeca se relajó y ella intentó enfocar la vista.

Siguieron dos disparos más.

«Señor, salva a mamá y a Evangeline». Pero al final había sido pedir demasiado, o la petición equivocada. Porque cuando escuchó el sonido del tercer cuerpo cayendo al suelo, sus ojos consiguieron recobrar la visión lo suficiente para ver la chaqueta de lana gris de Ethan manchada de sangre debido a los disparos de los mismos soldados con los cuales se había negado a seguir luchando.

Y el olor de la sangre se mezcló con el de la pólvora y el limonar en llamas.

Los créditos se deslizaban por la pantalla y las luces habían comenzado a encenderse. Lena aún tenía los ojos cerrados y estaba echada hacia atrás en su butaca. Tenía el pelo desordenado y los dos estábamos sin respiración.

—¿Lena? ¿Estás bien?

Abrió los ojos y subió el apoyabrazos que había entre los dos y, sin decir palabra, apoyó la cabeza en mi hombro. Temblaba tan descontroladamente que apenas podía hablar.

Ya lo sé. Yo también estaba allí.

Todavía estábamos así cuando Link y los demás pasaron a nuestro lado. Link me guiñó un ojo y alzó el puño a su paso para chocarlo con el mío como hacíamos cuando anotaba una canasta en la cancha.

Pero él estaba equivocado y también todos los demás. Quizás habíamos estado en la última fila, pero no nos habíamos enrollado. Todavía podía oler la sangre y los disparos aún retumbaban en mis oídos.

Acabábamos de ver morir a un hombre.

9 DE OCTUBRE

Días de Encuentro

No tardó mucho, después del Cineplex, en correr el chisme de que esa sobrina del Viejo Ravenwood salía con Ethan Wate. Si yo no hubiera sido el mismo «Ethan Wate, cuya madre murió el año pasado», se habría dispersado con más rapidez y más crueldad. Incluso los chicos del equipo quisieron decir algo al respecto. Les llevó más tiempo de lo habitual hacerlo porque yo no les di ninguna oportunidad.

Para un chico que no podía sobrevivir sin tres almuerzos, me había estado saltando la mitad de ellos desde el Cineplex, o, al menos, evitaba estar con el equipo. Pero no podía pasarme todos los días con un sandwich en la tribuna descubierta de la cancha y tampoco había tantos sitios donde esconderse.

Porque, en realidad, no te podías esconder. El instituto Jackson sólo era una versión en miniatura de Gatlin; no había ningún otro sitio al que ir. Mi desaparición no había pasado desapercibida para los chicos. Como yo mismo solía decir, tenías que comparecer para pasar lista y las cosas podían complicarse cuando dejabas que una chica se inmiscuyera en esto, especialmente una chica que no estaba en la lista aprobada, es decir, la aprobada por Savannah y Emily.

Y cuando la chica en cuestión era una Ravenwood, que es lo que Lena sería siempre para ellos, las cosas se ponían prácticamente imposibles.

Tenía que ocuparme de ello, ya era hora de asaltar la cafetería. No me importaba que en realidad no fuéramos pareja. En Jackson, igual te daba aparcar detrás del depósito del agua para comerte el almuerzo. Todo el mundo siempre asumía lo peor o, al menos, la mayoría. La primera vez que Lena y yo fuimos juntos a la cafetería ella casi se dio la vuelta para marcharse. Tuve que sujetarla del bolso.

No seas tonta. Sólo vamos a comer.

—Creo que se me ha olvidado algo en la taquilla. —Se giró, pero yo seguí sujetándola del bolso.

Los *amigos comen juntos*.

Pues no. Nosotros, no. Quiero decir, aquí, no.

Cogí dos bandejas de plástico naranjas.

—¿Una bandeja? —La empujé en su dirección y puse una brillante porción de pizza encima.

Pues nosotros, sí. ¿Quieres pollo?

¿Es que crees que no he intentado esto antes?

Nunca lo has intentado conmigo. Creía que querías que las cosas fueran diferentes a como lo fueron en tu anterior instituto.

Lena miró a su alrededor dubitativa. Suspiró y puso un plato de zanahorias y apio en mi bandeja.

Si te *comes esto, me sentaré donde quieras*.

Me quedé mirando las zanahorias y después eché un vistazo a la cafetería. Los chicos ya andaban por nuestra mesa.

¿Donde yo quiera?

Si esto fuera una peli, nos habríamos sentado en la mesa con los chicos, y ellos habrían aprendido una valiosa lección, en plan de no juzgar a la gente por la pinta que tiene, o que ser diferente es guay. Y Lena habría comprendido también que no todos los deportistas eran estúpidos

y superficiales. Esas cosas sólo funcionan así en las películas, y estaba claro que esto no lo era. Esto era Gatlin, lo cual limitaba de manera drástica lo que podía ocurrir. Link captó mi mirada cuando me giré hacia la mesa y comenzó a sacudir la cabeza como diciéndome: «Tío, ni se te ocurra». Lena se hallaba unos cuantos pasos detrás de mí, preparada para saltar. Estaba empezando a ver cómo se iba a desarrollar todo esto y, desde luego, estaba bien claro que nadie iba a aprender ninguna lección importante. Casi me había dado la vuelta cuando Earl me miró.

Y esa mirada lo dijo todo. Decía: «Si la traes aquí, estás acabado».

Lena también debió de verlo, porque se había largado cuando me di la vuelta.

Aquel día, después del entrenamiento, Earl fue el encargado de echarme la charla, lo cual tenía su gracia, dado que hablar nunca había sido lo suyo. Se sentó en el banquillo que había justo frente a mi taquilla del gimnasio. Estaba seguro de que era un plan porque estaba solo, y Earl Petty casi nunca iba solo a ningún sitio. Él no desperdiciaba el tiempo.

—No lo hagas, Wate.

—No estoy haciendo nada. —No moví los ojos de la taquilla.

—Sé legal, tío. No pareces tú.

—¿Ah, sí? ¿Y qué si soy así? —Me puse mi camiseta de los Transformers.

—A los chicos no les gusta. Si sigues por ese camino, no hay vuelta atrás.

Si Lena no hubiera desaparecido de la cafetería, Earl se habría enterado de que me daba exactamente igual lo que pensasen. Ya me daba todo igual. Cerré la puerta de la taquilla de un golpe y Earl se marchó antes de que pudiera decirle lo que pensaba de él y de su callejón sin salida.

Tenía la sensación de que era mi último aviso. No le echaba la culpa a Earl. Por una vez, estaba de acuerdo con él. Los chicos iban en una dirección y yo por otra. ¿Por qué íbamos a discutir por ello?

Aun con todo, Link se resistió a abandonarme. Seguí yendo al entrenamiento y la gente incluso siguió pasándome el balón. Estaba jugando mejor que nunca, independientemente de lo que dijeran o lo que dejaran de decir en las taquillas. Cuando andaba por ahí con los chicos, intentaba no recordar que mi universo se había partido por la mitad y que incluso el cielo tenía para mí un aspecto distinto, además de que me daba igual si llegábamos o no a las finales del estado. Lena estaba en lo más profundo de mi mente y no me importaba dónde o con quién estaba.

Y no es que yo mencionara eso en el entrenamiento o después, cuando Link y yo paramos en el Stop & Steal para abastecernos de combustible de camino a casa. El resto de los chicos también estaban allí y yo intentaba actuar como si fuera parte del equipo, por el bien de Link. Tenía la boca llena de donuts y casi me ahogué cuando entré.

Allí estaba ella. La segunda chica más guapa que había visto en mi vida.

Era probablemente un poco mayor que yo, y aunque tenía un aspecto que me resultaba vagamente familiar, nunca había ido al Jackson, al menos desde que yo estudiaba allí. Estaba seguro de ello. Era la clase de chica que a un tío no se le olvida jamás. Estaba apoyada en la rueda de un descapotable Mini Cooper blanco y negro, aparcado de cualquier modo ocupando dos espacios del aparcamiento y con una música que me era desconocida a toda pastilla. No parecía haberse dado cuenta de que había líneas o no le había importado. Estaba chupando una piruleta como si fuera un cigarrillo, con los rojos labios fruncidos en un mohín y aún más enrojecidos por el caramelo color cereza.

Nos echó un vistazo y apagó la música. En un segundo escaso, pasó las dos piernas por encima del lateral del coche y se puso en pie ante nosotros, chupando aún el caramelo.

—Frank Zappa, chicos. *Drawning Witch*, un tema un poquito anterior a vuestra época. —Se nos acercó despacio, como si nos estuviera dando tiempo para que le diéramos un buen repaso, cosa que, tengo que admitir, estábamos haciendo todos.

Tenía una larga melena rubia, con una gruesa cinta rosa cayéndole por un lado de la cara, más allá del flequillo. Llevaba unas enormes gafas de sol negras, una minifalda negra plisada, como si fuera una especie de animadora gótica. Su top blanco era tan fino que se le transparentaba una especie de sujetador negro y buena parte del resto. Y, desde luego, había mucho que mirar. También lucía unas botas negras de motero, un piercing en el ombligo y un tatuaje negro alrededor de aspecto tribal, aunque no podía decir cómo era porque estaba intentando no mirarlo.

—¿Ethan? ¿Ethan Wate?

Me paré en seco y la mitad del equipo chocó conmigo.

—No me lo puedo creer. —Shawn estaba tan sorprendido como yo cuando ella pronunció mi nombre. Él sí era la clase de chico que solía ir de caza.

—Está que arde. —Link, con la boca abierta, no podía dejar de mirar—. Quema como una QTG.

«Quemadura de Tercer Grado», el mejor cumplido que Link le dedicaba a una chica, superando incluso a «tan buena como Savannah Snow».

—Eso es un problema con piernas.

—Las tías buenas SON un problema. Ahí está el punto.

Ella caminó directa hacia mí, chupando la piruleta.

—¿Quién de vosotros es ese afortunado que se llama Ethan Wate? —Link me empujó hacia delante.

—Ethan! —Me echó los brazos al cuello. Tenía las manos sorprendentemente frías, como si hubiera estado sujetando una bolsa de hielo. Me estremecí y me eché hacia atrás.

—¿Te conozco?

—Ni de lejos. Soy Ridley, la prima de Lena, pero no quería que nos encontráramos por primera vez…

En cuanto mencionó el nombre de Lena, los chicos me dedicaron una serie de miradas extrañas y se fueron retirando con desgana en dirección a sus coches. Tras mi charla con Earl, habíamos llegado a un entendimiento mutuo sobre Lena, de esa clase a la que sólo llegamos los chicos. Es decir, si yo no sacaba el tema, ellos tampoco, y, de algún modo, habíamos acordado seguir así de manera indefinida. Tú no preguntas y yo no respondo. Esto, desde luego, no iba a poder durar mucho, especialmente si los parientes raritos de Lena comenzaban a asomar la jeta por la ciudad.

—¿Prima?

¿Había mencionado Lena alguna vez a una prima?

—Sí, en las vacaciones… ¿No te suena la tía Del, que rima con infierno y con tocar el timbre? —Tenía razón, Macon lo había mencionado el día que cenamos.

Sonreí, aliviado, aunque se me había formado un fenomenal nudo en el estómago, de modo que tan aliviado no estaba.

—Es verdad. Lo siento, se me olvidó. Los primos.

—Cariño, tienes delante a la prima. El resto sólo son chavalines que a mi madre se le ocurrió tener después de mí. —Ridley se volvió y se metió de un salto en el Mini Cooper. Y cuando digo salto, es literal, dio un salto por encima del lateral del coche y aterrizó en el asiento del conductor del Mini. No estaba de broma cuando dije que parecía una animadora, tenía unas piernas bien potentes.

Link seguía con los ojos pegados a ella desde donde estaba, junto al Cacharro.

Ridley dio unas palmaditas en el asiento que había a su lado.

—Ven aquí, señor novio, que vamos a llegar tarde.

—Yo no… quiero decir, nosotros no…

—Desde luego, eres de lo más guay. Venga, súbete, no quiero que lleguemos tarde, ¿vale?

—¿Tarde para qué?

—Para la cena familiar. Ya sabes, el Encuentro, una de nuestras Celebraciones. ¿Por qué crees que me han enviado hasta aquí, hasta este estercolero, si no es para buscarte?

—No lo sé. Lena no me ha invitado.

—Bueno, déjame que te diga algo, y es que la tía Del no dejará que se escape a su control el único chico al que Lena ha llevado a casa. Así que te han convocado y ya que Lena está muy ocupada con la cena y que Macon está aún, ya sabes, *durmiendo*, me ha tocado a mí hacer lo que nadie quería.

—Ella no me llevó a su casa. Me pasé por allí una noche para dejarle los deberes.

Ridley abrió la puerta del coche.

—Súbete, Perdedor.

—Lena me habría llamado si hubiera querido que fuera. —Pero de alguna manera yo sabía que iba a subirme mientras soltaba la frase, aunque seguía dudando.

—¿Siempre eres así? ¿O estás ligando conmigo? Porque si te estás haciendo el duro para pillar algo, dímelo y nos vamos al pantano y nos ponemos a ello.

Me subí al coche.

—Está bien. Vámonos.

Alargó la mano y me apartó el pelo de los ojos. La tenía helada.

—Tienes unos ojos muy bonitos, señor novio. No deberías llevarlos tapados.

Cuando llegamos a Ravenwood, no sabía lo que me había pasado. Ella puso música que yo no había oído en mi vida, comencé a hablar y seguí hablando, hasta el punto de que le conté cosas que no le había contado a nadie, excepto a Lena. En realidad, no puedo explicar por qué lo hice. Era como si hubiera perdido el control de mi boca.

Le conté cosas de mi madre, de cómo había muerto, aunque no había hablado de eso con nadie. Hablé de Amma, de que leía las cartas y que era como una madre para mí ahora que ya no tenía ninguna, a pesar de los hechizos, las muñecas y su desagradable forma de ser en general. También le tocó el turno a Link, a su madre, y cómo había cambiado en los últimos tiempos, pasándose todo el tiempo intentando convencer a la gente de que Lena estaba tan loca como Macon Ravenwood y que era un peligro para todos los estudiantes del Jackson.

También hablé de mi padre, que estaba encerrado en su estudio, con sus libros y un cuadro secreto que no me había permitido ver nunca, y que, de alguna manera, sentía que debía protegerle, incluso de algo que ya había ocurrido.

También le conté cosas de Lena, de cómo nos habíamos encontrado bajo la lluvia, y que parecía que nos conocíamos desde antes de habernos visto por primera vez. También le solté el lío que había habido con la ventana.

Era como si me estuviese absorbiendo desde dentro, del mismo modo que chupaba la piruleta, que continuaba en su boca mientras conducía. Tuve que hacer todo tipo de esfuerzos para no contarle lo de los sueños y el guardapelo. A lo mejor, el hecho de que fuera la prima de Lena hacía que las cosas fueran más fáciles entre nosotros. O quizás era otra cosa.

Justo en el momento en que empecé a preguntarme esto, llegamos a la mansión Ravenwood y apagamos la radio. El sol ya se había puesto, ella se había terminado la piruleta y yo cerré el pico finalmente. ¿Cuándo había sucedido todo esto?

Ridley se inclinó sobre mí, hasta quedar muy cerca. Veía mi rostro reflejado en sus gafas de sol. Aspiré el aire y su olor me pareció dulce y algo húmedo, sin que se pareciera en nada a Lena, pero, aun así, algo familiar.

—No tienes de qué preocuparte, Perdedor.

—Sí, claro, ¿por qué voy a hacerlo?

—Eres un gran tío. —Me sonrió, y sus ojos relampaguearon. Percibí un destello dorado, como un pez de colores en un estanque oscuro. Eran hipnóticos, a pesar incluso de los cristales oscurecidos de las gafas. A lo mejor los llevaba precisamente por eso. Las gafas se volvieron completamente opacas y ella me revolvió el pelo—. La pena es que no te volveremos a ver después de que nos conozcas a todos. Nuestra familia es algo estrambótica. —Salió del coche y yo la seguí.

—¿Más que tú?

—Infinitamente.

Pues *qué bien*.

Cuando llegamos al primer escalón de la casa, me puso de nuevo su mano fría sobre el hombro.

—Ah, señor novio, cuando Lena te largue, lo cual ocurrirá dentro de cinco meses como mucho, llámame. Ya sabes cómo encontrarme. —De repente se cogió de mi brazo de un modo extrañamente formal—.¿Puedo?

Le hice un gesto de asentimiento con mi mano libre.

—Vale, cuando quieras.

Las escaleras crujieron bajo nuestro peso mientras subíamos. Empujé a Ridley hacia la puerta principal, ya que no me sentía muy seguro de que fueran capaces de sostenernos.

Llamé, pero no hubo respuesta. Alcé la mano hasta llegar al resorte en forma de luna. La puerta se abrió, lentamente…

Ridley pareció indecisa. Al cruzar el umbral, noté cómo la casa se asentaba, como si el interior hubiera cambiado de forma casi imperceptible.

—Hola, madre.

Una señora de formas redondeadas trajinaba colocando calabazas y hojas doradas a lo largo del mantel; de la sorpresa, se le cayó una pequeña calabaza blanca, que se estrumpió en el suelo. Se agarró al mantel para estabilizarse. Tenía un aspecto raro, como si vistiera un traje del siglo pasado.

—Julia! Quiero decir, Ridley, ¿qué estás haciendo aquí? He debido de confundirme, pensé, pensé…

Sabía que algo iba mal. Éste no parecía ser el saludo habitual de una madre a una hija.

—Jules, ¿eres tú? —Una versión más pequeña de Ridley, de unos diez años, entró en el vestíbulo con *Boo Radley*, que ahora llevaba una centelleante capa de color azul sobre el lomo. Había disfrazado al lobo de la familia como si eso fuera lo más normal del mundo. Todo en ella desprendía luz; tenía el pelo rubio y sus radiantes ojos azules parecían contener un soleado atardecer con pequeñas motas de color cielo. La chica sonrió, pero luego puso mala cara.

—Me dijeron que te habías ido.

Boo comenzó a aullar.

Ridley abrió los brazos esperando que la chica se precipitara en ellos, pero la niña no se movió. Así que volvió las palmas de las manos hacia arriba y las abrió. En la primera apareció un chupachups rojo y, para no ser menos, en la otra olisqueaba el aire un pequeño ratoncito gris con una capita azul centelleante que hacía conjunto con la de *Boo*… como en los trucos baratos de feria.

La niña dio un paso, vacilante, como si su hermana tuviera el poder de atraerla atravesando toda la habitación, sin necesidad de tocarla, con la fuerza de la luna y las mareas. Yo también noté esa sensación.

Cuando Ridley habló, su voz sonaba ronca y espesa como la miel.

—Ven aquí, Ryan. Mamá sólo te ha tomado un poco el pelo para ver si colaba. No me he ido a ningún sitio, de verdad. ¿Cómo iba a dejarte tu hermana mayor favorita?

Ryan sonrió, corrió hacia ella y saltó en el aire como si fuera a precipitarse en sus brazos abiertos. *Boo* ladró. Durante un momento, Ryan quedó suspendida en mitad del aire, como uno de esos personajes de los dibujos animados que saltan desde un acantilado y permanecen inmóviles durante unos segundos antes de caer. Y ella, al igual que en los dibujos animados, se estampó contra el suelo de repente, como si se hubiera topado con una pared invisible. Las luces se intensificaron, todas a la vez, como si la casa fuera un escenario y la luz marcara el final de un acto. Bajo aquella potente luz, un intenso claroscuro modelaba los rasgos del rostro de Ridley.

La luz cambió las cosas. Ridley se puso una mano sobre los ojos y gritó hacia la casa:

—Oh, por favor, tío Macon, ¿realmente es necesario todo esto?

Boo saltó hacia delante situándose entre Ryan y Ridley. Rugió y avanzó acercándose cada vez más, con el pelo del lomo de punta, lo que le daba mayor apariencia lobuna. A la vista estaba que los hechizos de Ridley no tenían efecto sobre *Boo*.

Ridley volvió a aferrarse a mi brazo con fuerza y se echó a reír con una risa que sonó como un gruñido o algo parecido. No era un sonido nada agradable. Intenté mantener la compostura, pero sentía la garganta como si la tuviera llena de calcetines mojados.

Sin dejar de agarrarse a mi brazo, alzó la otra mano hacia el techo.

—Está bien, si te pones así de grosero…

Todas las luces de la casa se apagaron y el edificio pareció sufrir un cortocircuito.

La voz de Macon flotó con serenidad desde lo alto de aquellas tenues sombras.

—Ridley, querida mía, qué sorpresa. No te esperábamos.

¿Que no la esperaban? ¿De qué estaba hablando?

—No me perdería el Encuentro por nada del mundo y, además, mira, he traído un invitado. O a lo mejor tú piensas que soy yo su invitada.

Macon bajó las escaleras sin apartar los ojos de Ridley. Era como observar a dos leones avanzando el uno alrededor del otro, mientras yo permanecía en el centro. Ridley había jugado conmigo y yo me lo había tragado todo, como un imbécil, como un bebé al cual se le seguía tomando el pelo.

—No creo que sea una buena idea. Seguro que te esperan en alguna otra parte.

Ridley se sacó la piruleta de la boca con un sonido seco.

—Como te he dicho, no me perdería esto por nada del mundo. Además, no querrás que lleve a Ethan de vuelta *todo* el camino hasta su casa. ¿De qué otra cosa podríamos hablar ya?

Quería sugerirle que nos marcháramos, pero no conseguí pronunciar palabra. Todos estaban en el vestíbulo, de pie, mirándose fijamente entre sí. Ridley se reclinó en uno de los pilares.

Macon rompió el silencio.

—¿Por qué no llevas a Ethan al comedor? Estoy seguro de que recuerdas dónde está.

—Pero Macon… —La mujer que supuse que era la tía Del tenía una expresión de pánico en el rostro y luego, otra vez, parecía confusa, como si no tuviera muy claro qué era lo que estaba ocurriendo.

—Todo va bien, Delphine.

Pude observar en el rostro de Macon cómo se hacía cargo de todo mientras bajaba escalón a escalón hasta colocarse delante de aquel donde nos encontrábamos nosotros. No tenía ni idea de en qué clase de jaleo me había metido, pero la verdad es que sentía un cierto consuelo al ver que estaba allí.

El último lugar al que quería ir en el mundo era al comedor. Lo que quería era salir disparado de allí, pero no podía hacerlo. Ridley no me soltaba el brazo y mientras estuviera en contacto conmigo, era como si yo tuviera puesto el piloto automático. Me llevó hacia el comedor de gala, donde yo había enfadado a Macon la primera vez que estuve. Miré a Ridley, colgada de mi brazo, y comprendí que esta metedura de pata iba mucho más lejos.

La habitación estaba iluminada por pequeñas velas negras votivas y de la lámpara de araña colgaban hileras de bolitas de cristal negro. Había una enorme corona, hecha por completo de plumas negras, colgada en la puerta que daba a la cocina. La mesa estaba puesta con una vajilla de platos de plata y de una blancura perlina que, probablemente, a mi juicio, estaban hechos con madreperla de verdad.

La puerta de la cocina se entreabrió y Lena apareció con una enorme bandeja de plata en la que se apilaban un montón de frutas de aspecto exótico que, desde luego, no eran de Carolina del Sur. Llevaba una chaqueta negra ajustada que le llegaba hasta los pies, ceñida en la cintura. Tenía un aspecto extrañamente intemporal y no se parecía a nada que hubiera visto en este condado, o incluso en este siglo, pero cuando miré hacia abajo, noté que seguía llevando las Converse. Estaba aún más guapa que cuando vine a cenar… ¿Cuándo? ¿Hacía unas cuantas semanas?

Sentí que se me ofuscaba la mente, como si estuviera medio dormido. Aspiré una gran bocanada de aire, pero lo único que pude oler fue la fragancia de Ridley, un aroma de almizcle mezclado con algo demasiado dulce, como si fuese almíbar haciéndose en una olla. Era fuerte y sofocante.

—Ya estamos casi preparados, sólo un poco más… —Lena, con la puerta aún a medio abrir, se quedó helada. Parecía como si hubiera visto un fantasma, o algo mucho peor. No estaba seguro de si era sólo por ver a Ridley o por estar los dos allí cogidos del brazo.

—Vaya, hola, primita. Cuánto tiempo sin vernos. —Ridley avanzó unos cuantos pasos, arrastrándome con ella—. ¿No vas a darme un beso?

La bandeja que Lena llevaba en los brazos se cayó al suelo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —La voz de Lena era apenas un susurro.

—Pues ¿qué va a ser? He venido a ver a mi prima favorita, claro, y he traído una cita.

—Yo no soy tu cita —dije sin convicción, y apenas pude pronunciar las palabras, pegado firmemente a su brazo. Ridley sacó un cigarrillo del paquete que llevaba en la bota y lo encendió, todo con su mano libre.

—Ridley, por favor, no fumes en casa —dijo Macon, y el cigarrillo se apagó de forma instantánea. Se echó a reír y lo tiró dentro de un bol que contenía algo con aspecto de puré de patata, pero que probablemente no lo era.

—Tío Macon, siempre tan puntilloso con las *reglas* de la casa.

—Las reglas se establecieron hace mucho tiempo, Ridley. No hay nada que tú o yo podamos hacer ya para cambiarlas. Se quedaron mirándose fijamente el uno al otro. Macon hizo un gesto y una silla se apartó de la mesa.

—¿Por qué no te sientas? Lena, dile a Cocina que seremos dos más a cenar.

Lena se quedó de pie, furiosa.

—Ella no puede quedarse.

—No hay problema. No hay nada que pueda hacerte daño aquí —le aseguró Macon. Pero Lena no parecía asustada, sino realmente rabiosa.

Ridley sonrió.

—¿Estás seguro?

—La cena está preparada y ya sabes lo mal que le sienta a Cocina que se enfríen los platos. —Macon entró en el comedor. Todo el mundo

se puso en fila tras él, aunque apenas había hablado lo suficientemente alto para que nos enterásemos los cuatro que estábamos allí.

Boo lideró el camino, acompañado de Ryan. Le seguía la tía Del, del brazo de un hombre de pelo canoso de la edad de mi padre. Iba vestido como si acabara de salir de uno de los libros que había en el estudio de mi madre, con botas altas hasta la rodilla, una camisa con chorreras y una extraña capa. Ambos tenían el mismo aspecto que cualquier pieza que se expusiera en el Museo Smithsonian.

Entró en la habitación una chica mayor, aunque muy parecida a Ridley, salvo por el hecho de que llevaba más ropa encima y no tenía un aspecto tan peligroso. Llevaba el pelo rubio largo y liso con una versión más pulcra del flequillo desigual de Ridley. Tenía la misma pinta que las chicas que van acarreando pilas de libros por el viejo campus de una universidad pija de ésas del norte, como Yale o Harvard. La chica entabló una lucha de miradas con Ridley, como si pudiera verle los ojos a través de los oscuros cristales de las gafas, que aún no se había quitado.

—Ethan, me gustaría presentarte a mi hermana mayor, Annabel. Oh, lo siento, quería decir Reece. —¿Qué clase de persona no se sabe ni el nombre de su propia hermana?

La chica sonrió y habló lentamente, como si estuviera escogiendo las palabras con mucho cuidado.

—¿Qué estás haciendo aquí, Ridley? Pensé que tenías una cita en otra parte esta noche.

—Los planes cambian.

—Y también las familias. —Reece alargó la mano y la agitó delante del rostro de Ridley, un simple ademán, como si fuera un mago sacudiendo la mano sobre un sombrero de copa. Yo me estremecí. No tenía ni idea de lo que esperaba que pudiera pasar, pero por un momento creí que Ridley desaparecería. O, más bien, lo deseé.

Pero no desapareció y esa vez fue Ridley la que se estremeció y miró hacia otro lado, como si le resultara doloroso mirarla a los ojos.

Reece observó detenidamente el rostro de la otra chica, como si fuera un espejo.

—Interesante. ¿Cómo es posible, Rid, que cuando te miro a los ojos, sólo pueda ver los de ella? Al parecer, sois uña y carne, ¿no?

—Bla, bla, bla, *hermanita*.

Reece cerró los ojos, concentrándose. Ridley se retorció como una mariposa atravesada por un alfiler. Reece movió la mano una y otra vez y, durante un momento, el rostro de la muchacha se diluyó en la tenebrosa imagen de otra mujer, un rostro que me resultó familiar, aunque no podía recordar por qué.

Macon dejó caer pesadamente su mano sobre el hombro de Ridley. Fue la única vez que vi que alguien que no fuera yo la tocara. Hizo un gesto de dolor y noté que una punzada atravesaba su mano hasta llegar a mi brazo. Desde luego, Macon Ravenwood no era un hombre que pudiera tomarse a la ligera.

—Vamos. Nos guste o no, el Encuentro ha comenzado y no voy a permitir que nadie arruine las Celebraciones, al menos, no bajo mi techo. Ridley ha sido *invitada*, como ella nos ha aclarado tan amablemente, a unirse a nosotros. No es necesario añadir nada más. Por favor, sentaos todos.

Lena se sentó, con los ojos clavados en nosotros.

La tía Del pareció aún más preocupada que en el momento de nuestra llegada. El hombre de la capa le dio unas palmaditas en la mano para tranquilizarla. Un chico alto, de mi edad más o menos y de aspecto aburrido, entró vestido con una camiseta deslucida y unos vaqueros negros, además de con unas usadas botas de motero.

Ridley hizo las presentaciones.

—Ya has conocido a mi madre. Éste es mi padre, Barclay Kent, y éste mi hermano, Larkin.

—Encantado de conocerte, Ethan.

El padre dio un paso adelante como si fuera a darme la mano, pero cuando vio el brazo de Ridley aferrado al mío, dio un paso atrás. Larkin pasó el suyo por mis hombros y, cuando lo miré, se había convertido en una serpiente que sacaba y metía la lengua de la boca.

—¡Larkin! —siseó Barclay. La serpiente volvió a convertirse en el brazo de Larkin en un instante.

—Vale. Sólo estaba intentando animar un poco la cosa. Tenéis todos una pinta de funeral… —Los ojos del chico brillaron con un fulgor amarillo, apenas visibles a través de la rendija de sus párpados. Eran los ojos de una serpiente.

—Larkin, he dicho que ya basta. —Su padre le dirigió la clase de mirada que un padre dedica a un hijo que le disgusta a menudo. Los ojos de Larkin se tornaron verdes.

Macon se sentó a la cabecera de la mesa.

—¿Por qué no nos sentamos todos? Cocina ha preparado una de sus comidas para las grandes ocasiones. Lena y yo hemos tenido que soportar el ruido que ha hecho durante unos cuantos días.

Todo el mundo se sentó a la enorme mesa rectangular sostenida por patas con garras. Era de madera oscura, casi negra, y tenía un intrincado diseño en las tallas de las patas, simulando vides. Unas grandes velas negras brillaban en el centro de la mesa.

—Siéntate a mi lado, Perdedor. —Ridley me llevó hacia un asiento vacío, frente al pájaro de plata que llevaba una tarjeta con el nombre de Lena, como si pudiera hacer otra cosa.

Intenté entablar contacto visual con ella, pero tenía los ojos fijos en Ridley y relumbraban de furia. Esperaba que aquella ira estuviera dirigida sólo contra la chica.

La mesa estaba sobrecargada de comida, incluso más que la última vez que había estado allí. Cada vez que la miraba me parecía que había más cosas. Había costillas asadas dispuestas en un círculo, con los extremos hacia arriba, de modo que parecían una corona, filetes

aderezados con romero y otros platos más exóticos que no había visto en mi vida. Había un pájaro grande relleno y rodeado de peras que yacía sobre unas plumas de pavo real, arregladas de tal modo que parecía que el pájaro tenía la cola abierta. Esperaba que no fuera un pavo real de verdad, pero teniendo en cuenta las plumas de la cola, estaba bastante seguro de que lo era. Había también una especie de dulces que tenían la misma forma que los auténticos caballitos de mar.

Sin embargo, nadie comía, salvo Ridley, que parecía estar disfrutando de verdad.

—Me encantan los caballitos de azúcar —dijo, metiéndose dos de los diminutos caballitos dorados dentro de la boca.

La tía Del tosió un par de veces, y se llenó un vaso de un líquido negro, de la consistencia del vino, del decantador que había sobre la mesa.

Ridley miró a Lena desde el otro lado de la mesa.

—Así que, primita, ¿tienes algún plan interesante para tu cumpleaños? —Ridley mojó los dedos en una oscura salsa marrón que había en la salsera al lado del pájaro que esperaba que no fuera un pavo real, y se los chupó de forma provocativa.

—Esta noche no vamos a hablar del cumpleaños de Lena —atajó Macon.

Ridley estaba pasándoselo en grande con la tensión que había creado. Se metió otro caballito en la boca.

—¿Por qué no?

Los ojos de Lena relucieron cargados de agresividad.

—No tienes por qué preocuparte por mi cumpleaños. No te pienso invitar.

—Seguro que lo harás. Preocuparte, me refiero. Después de todo, es un cumpleaños muy importante. —La chica se echó a reír. El pelo de Lena comenzó a agitarse como si una corriente de aire recorriera la habitación, salvo por el hecho de que no había ninguna.

—Ridley, he dicho que ya basta. —Macon estaba perdiendo la paciencia y lo reconocí en su tono de voz porque era el mismo que había utilizado después de que sacara el guardapelo del bolsillo, el día de mi primera visita.

—¿Por qué te pones de su parte, tío Macon? He pasado tanto tiempo contigo como Lena, mientras crecíamos. ¿Por qué de pronto se ha convertido en tu favorita? —Durante un momento, su voz pareció dolida.

—Ya sabes que no tiene nada que ver con favoritismos. Tú has sido Llamada y eso está fuera de mis manos.

¿Llamada? ¿Qué la Llamaba? ¿De qué estaba hablando? La bruma sofocante que me rodeaba se espesaba cada vez más. No estaba seguro de haber oído bien.

—Porque tú y yo somos iguales —alegó, como una niña enfadada.

La mesa comenzó a temblar de forma casi imperceptible y el líquido negro de los vasos comenzó a agitarse suavemente. Se oía un ligero repiqueteo sobre el tejado. Estaba lloviendo.

Lena estaba aferrada al borde de la mesa, con los nudillos de las manos blancos.

—NO sois iguales —siseó.

Sentí que el cuerpo de Ridley se envaraba contra mi brazo, al cual ella se agarraba con el suyo, enroscada alrededor como si fuera una serpiente.

—Tú te crees mucho mejor que yo, Lena… ¿a que sí? Pero ni siquiera sabes cuál es tu nombre verdadero. Tampoco te das cuenta de que la relación que sostenéis está condenada. No tienes más que esperar a que seas Llamada y ya verás cómo son las cosas de verdad. —Se echó a reír, haciendo una especie de sonido extraño, que sonó siniestro y doloroso—. No tienes ni idea de si somos o no iguales. En unos cuantos meses, podrías terminar exactamente igual que yo.

Lena me miró, llena de pánico. La mesa comenzó a sacudirse con más energía y los platos repiquetearon contra la madera. Se oyó el

chasquido de un rayo en el exterior y la lluvia se deslizó por los cristales de las ventanas como si fueran lágrimas.

—¡Cierra la boca!

—Cuéntaselo, Lena. ¿No crees que el Perdedor tiene derecho a saberlo todo? ¿Que no tienes ni idea de si perteneces a la Luz o a la Oscuridad? ¿Y que ni siquiera tendrás posibilidad de escoger?

Lena se puso en pie de un salto y la silla cayó hacia atrás estrepitosamente.

—¡Te he dicho que te calles!

Ridley mostraba de nuevo un aspecto relajado, como si disfrutara.

—Cuéntale que cuando vivíamos juntas el año pasado, en la misma habitación, como hermanas, yo era exactamente como tú y ahora…

Macon se puso en pie a la cabecera de la mesa, sujetándola con ambas manos. Su pálido rostro parecía aún más blanco de lo habitual.

—¡Ridley, ya basta! Te lanzaré un hechizo de expulsión si dices una palabra más.

—No puedes hacerlo, tío. No tienes bastante fuerza para ello.

—No sobreestimes tus capacidades. Ningún *Caster* Oscuro en la Tierra tiene poder suficiente para entrar por su cuenta y riesgo en Ravenwood. Yo mismo Vinculé el lugar. Todos lo hicimos.

¿*Caster* Oscuro? Eso no sonaba nada bien.

—Caramba, tío Macon. Te estás olvidando de la famosa hospitalidad sureña. Yo no he irrumpido aquí, he sido invitada y he venido del brazo del caballero más guapo del estercolero. —Ridley se volvió hacia mí y me sonrió, quitándose las gafas de sol. Sus ojos tenían un aspecto extraño y relucían con un brillo dorado, como si estuvieran ardiendo. Tenían la forma de un gato, con ranuras negras en la mitad. Con la luz que surgía de aquellos ojos, todo cambiaba.

Me examinó con aquella sonrisa siniestra y sus facciones se retorcieron, lúgubres, entre sombras. Los rasgos que eran tan femeninos y atractivos ahora tenían un aspecto afilado y endurecido, transformándose

ante mis ojos. Su piel parecía estirarse en torno a sus huesos, acentuando cada vena hasta el punto de que la sangre casi se transparentaba. Parecía un monstruo en ese momento.

Había metido un monstruo en el hogar de Lena.

De forma casi inmediata la casa comenzó a sacudirse de forma violenta. Los cristales de la lámpara de cristal comenzaron a bailotear y las luces parpadearon. Los postigos de las ventanas se abrieron y se cerraron de golpe mientras la lluvia aporreaba el tejado. El sonido era tan atronador que se hacía prácticamente imposible oír ninguna otra cosa, como la noche que casi atropellé a Lena cuando estaba de pie en la carretera.

Ridley apretó su garra fría como el hielo sobre mi brazo. Intenté soltarme a tirones, pero apenas me pude mover. La frialdad se iba extendiendo hasta el punto de que se me estaba quedando dormido el brazo entero.

Lena alzó la mirada de la mesa, horrorizada.

—Ethan!

La tía Del dio una patada en mitad de la habitación. Los suelos parecieron ondularse bajo sus pies.

La frialdad comenzó a extenderse a través de mi cuerpo. Tenía la garganta helada y las piernas paralizadas, no me podía mover. Era incapaz de apartarme del brazo de Ridley y no podía decirle a nadie lo que estaba ocurriendo. En unos cuantos minutos, apenas podría respirar siquiera.

La voz de una mujer, la de la tía Del, se cernió sobre la mesa.

—Ridley, te dije que te mantuvieras al margen, hija. Ahora no hay nada que podamos hacer por ti. Lo siento muchísimo.

La voz de Macon sonó con brusquedad.

—Ridley, un año puede marcar la diferencia más grande del mundo. Ya has sido Llamada y has encontrado tu lugar en el Orden de las Cosas. Ya no perteneces a este sitio. Has de marcharte.

Un momento más tarde, estaba de pie ante ella. Era eso o yo estaba perdiendo la pista de lo que estaba pasando. Las voces y los rostros habían comenzado a girar a mi alrededor. Apenas podía respirar. Tenía tanto frío que mi mandíbula congelada ni siquiera podía moverse para castañetear.

—¡Vete! —gritó.

—¡No!

—¡Ridley! ¡Compórtate! Tienes que irte. Ravenwood no es un lugar donde practicar la magia Negra. Es un lugar Vinculado, un lugar de Luz. No podrás sobrevivir aquí durante mucho tiempo. —La voz de la tía Del sonaba firme.

Ridley respondió con un rugido.

—No me voy a marchar, madre, y no puedes obligarme.

La voz de Macon interrumpió su berrinche.

—Sabes que no es cierto.

—Ahora soy más fuerte!; tío Macon. No me puedes controlar.

—Es verdad, tu fuerza va creciendo, pero aún no estás preparada para enfrentarte a mí y haré lo que sea necesario para proteger a Lena. Incluso aunque eso signifique que tenga que hacerte daño o algo peor.

El peso de la amenaza fue excesivo para Ridley.

—¿Me harías eso? Ravenwood es un lugar Oscuro de poder. Siempre lo ha sido desde los tiempos de Abraham. Él era uno de los nuestros. Ravenwood debería ser nuestro también. ¿Por qué lo estáis Vinculando a la Luz?

—Porque Ravenwood es ahora el hogar de Lena.

—Tú perteneces al mismo lado que yo, tío M. *Con ella*.

Ridley se puso en pie arrastrándome a mí al suelo. Ahora estaban los tres de pie, Lena, Macon y Ridley, los tres vértices de un triángulo realmente terrorífico.

—No os temo a los de vuestra especie —declaró.

—Podría ser, pero aquí no tienes ningún poder. No contra todos nosotros y una *Natural*.

Ridley se echó a reír de forma socarrona.

—¿Lena, una *Natural?* Ésa es la cosa más divertida que habéis dicho en toda la noche. Ya he visto lo que es capaz de hacer un *Natural* y Lena jamás podría serlo.

—No es lo mismo un *Cataclyst* que un *Natural*.

—¿Cómo que no lo son? Un *Cataclyst* es un *Natural* que se ha vuelto hacia la Oscuridad, son las dos caras de una misma moneda.

¿De qué estaban hablando? La cabeza me daba vueltas.

Y entonces sentí que todo mi cuerpo se paralizaba y me di cuenta de que estaba perdiendo la consciencia o, más bien, probablemente, muriéndome. Era como si me hubieran extraído toda la vida del cuerpo, junto con el calor de mi sangre. Aun así, escuché el sonido de un trueno. Sólo uno, y luego un relámpago y el chasquido de una rama de árbol cayendo justo delante de la ventana. La tormenta había llegado y la teníamos justo encima.

—Estás equivocado, tío M. No merece la pena proteger a Lena y, desde luego, ella no es una *Natural*. No conocerás su destino hasta el día de su cumpleaños. ¿Crees que porque es dulce e inocente será Llamada por la Luz? Eso no quiere decir nada. ¿No era así yo también hace un año? Y según lo que el amigo Perdedor me ha estado largando, está más cerca de volverse hacia la Oscuridad que hacia la Luz. ¿Tormentas de rayos? ¿Aterrorizar a todo el mundo en el instituto?

El viento arreció y Lena se fue enfadando cada vez más. Podía ver la ira reflejada en su rostro. Una de las ventanas estalló, igual que en la clase de inglés. Ya veía a dónde nos iba a conducir esto.

—¡Cierra el pico! ¡No sabes de lo que estás hablando! —La lluvia entró como un diluvio dentro de la habitación, seguida por el viento, que mandó vasos y platos contra el suelo, donde se estrellaron. El líquido negro acabó en el suelo en grandes manchas alargadas. Nadie se movió.

Ridley se volvió hacia Macon.

—Siempre le has concedido demasiada importancia. Ella no vale nada.

Intenté liberarme de Ridley, incluso agarrarla y sacarla yo mismo de la casa, pero no podía moverme.

Estalló una segunda ventana y después, otra, y luego una más. Todos los cristales de los alrededores se iban rompiendo. La porcelana, las copas de vino, los cristales de los cuadros… Los muebles habían comenzado a golpear contra las paredes, y el viento circulaba como si la habitación hubiera absorbido un tornado y lo hubiera metido allí dentro con nosotros. El sonido era terrible y no se podía oír nada más. El mantel salió volando de la mesa, junto con las velas, las bandejas con sus platos encima y terminaron empotrándose contra la pared. Me pareció que la habitación también comenzaba a girar. Todo estaba siendo aspirado en dirección al vestíbulo, hacia la puerta principal. *Boo Radley* gritó, con un horrible sonido humano. La garra de Ridley había comenzado a aflojarse en torno a mi brazo. Pestañeé con fuerza, intentando no desmayarme.

Y allí, en mitad de todo aquello, estaba Lena. Estaba totalmente quieta, con el pelo flotando con el viento que la rodeaba. ¿Qué estaba pasando?

Sentí que se me doblaban las rodillas. Justo mientras perdía la consciencia, sentí el viento, o una fuerza que literalmente arrancó mi brazo de la mano de Ridley, como si ella también hubiera sido aspirada hacia el exterior de la habitación, hacia la puerta principal. Me estampé contra el suelo y escuché el grito de Lena, o creí oírla.

—Aparta tus sucias manos de mi novio, bruja.

Novio.

¿Era eso lo que yo era para ella?

Intenté sonreír. Pero, en vez de eso, me desvanecí.

9 DE OCTUBRE

Una grieta en el techo

Cuando me desperté, no tenía ni idea de dónde estaba. Intenté concentrarme en las primeras cosas que aparecieron ante mi vista. Palabras. Frases escritas a mano con cuidada caligrafía con marcador indeleble Sharpie justo en la parte del techo que había sobre la cama.

Los instantes se desangran a la vez, el tiempo no se detiene

Había cientos de palabras escritas por todas partes, trozos de frases, de versos y algunas veces grupos de palabras al azar. En una de las puertas del armario alguien había garabateado: *el destino decide*. En el otro, decía: *hasta que es desafiado por los condenados*. En las partes superiores e inferiores de la puerta se leía también: *desesperado / implacable / condenado / investido de poder*. En el espejo ponía: *abre los ojos*, y en los cristales de las ventanas: *y mira*.

Incluso la pantalla de la lámpara, de un pálido color blanco, llevaba inscritas las palabras: *iluminalaoscuridadiluminalaoscuridad* por todas partes en un patrón repetido de forma incesante.

Era la poesía de Lena. Por fin había podido leer algo suyo. Esta habitación se parecía muy poco al resto de la casa, incluso aunque no se tuviera en cuenta la decoración tan peculiar. Era pequeña y acogedora, arropada entre los aleros del tejado. Un ventilador de techo giraba perezosamente sobre mi cabeza, interrumpiendo la lectura de las frases.

Por todas partes había pilas de cuadernos de espiral y otras de libros en la mesilla, en su mayoría de poesía. Plath, Eliot, Bukowski, Frost, Cummings… al menos conocía esos nombres.

Estaba tumbado en una pequeña cama de hierro blanca y las piernas me sobresalían por el borde. Era la habitación de Lena y estaba tendido en su cama. Lena estaba acurrucada en un sillón a los pies, con la cabeza apoyada en el brazo.

Me senté, algo mareado.

—Eh, ¿qué ha pasado?

Estaba bastante seguro de que me había desmayado, pero los detalles los recordaba de forma confusa. Mi último recuerdo era aquel frío helador que me subía por el cuerpo, la garganta que se me cerraba y la voz de Lena. Me acordé de que había dicho algo sobre que yo era su novio, pero como en ese momento estaba a punto de perder la consciencia, y en realidad no había pasado nada entre nosotros, no lo tenía claro del todo. Supuse que más bien era lo que me hubiera gustado escuchar.

—¡Ethan! —Saltó del sillón y se sentó con cuidado a mi lado, aunque pareció tomar la precaución de no rozarme—. ¿Te encuentras bien? Ridley no estaba dispuesta a soltarte y no sabía qué hacer. Parecía que sufrías mucho y simplemente reaccioné.

—¿Te refieres a ese tornado que se desencadenó en mitad del comedor?

Ella apartó la mirada, sintiéndose fatal.

—Eso es lo que pasa. Siento cosas, o me enfado o me asusto y entonces… las cosas pasan.

Alargué la mano y la puse sobre las suyas. Sentí cómo el calor subía por mi brazo.

—¿Cosas como ventanas que se rompen?

Me devolvió la mirada, y yo cerré mi mano sobre las suyas hasta que las sostuve dentro de la mía. Una grieta que había en el yeso viejo de la esquina pareció crecer hasta curvarse en torno a la araña de cristal

esmerilado y adquirir la forma de un corazón. Un corazón sinuoso de esos que hacen las chicas había aparecido en el yeso agrietado del techo de su dormitorio.

—Lena.

—Dime.

—¿Se nos va a caer el techo encima?

Se giró y miró la grieta. Cuando la vio, se mordió el labio y se le ruborizaron las mejillas.

—No creo. Sólo es una grieta del yeso.

—¿Has sido tú la que lo ha hecho?

—No. —Pero el rubor se extendió aún más por sus mejillas y su nariz. Volvió a apartar la mirada.

Quería preguntarle en qué estaba pensando, pero no quise avergonzarla. Sólo tenía la esperanza de que tuviera que ver conmigo, con que tuviera su mano cogida. Con aquella palabra que creía haberla escuchado decir justo cuando me desvanecí.

Miré con recelo la grieta en el yeso. Un montón de cosas dependían de ella.

—¿Puedes deshacerlas? Me refiero a esas cosas que… simplemente pasan.

Lena suspiró, aliviada de poder cambiar de tema.

—Algunas veces. Depende. Algunas veces me supera tanto que no puedo controlarlo ni arreglarlo luego. No creo que hubiera podido poner el cristal de la ventana de la clase de inglés en su sitio. Y el día que nos encontramos no creo que hubiera podido detener la tormenta.

—No creo que eso fuera culpa tuya. No puedes echarte la culpa de todas las tormentas que caigan sobre el condado de Gatlin. Todavía no ha terminado la temporada de huracanes.

Se dio la vuelta por completo para mirarme directamente a los ojos. No iba a dejar pasar el tema, ni yo tampoco. Todo mi cuerpo palpitaba a su lado.

—¿No viste lo que pasó anoche?

—A lo mejor sólo fue un huracán más, Lena.

—Mientras ande por aquí, yo soy la temporada de huracanes del condado de Gatlin. —Intentó retirar su mano, pero sólo consiguió que yo la apretara con más fuerza.

—Pues qué gracia. A mí me pareces más una chica.

—Ah, sí, claro, pero la cuestión es que no lo soy. Soy todo un sistema de tormentas fuera de control. La mayoría de los *Casters* pueden controlar sus dones cuando alcanzan mi edad, pero la mitad del tiempo parece que son ellos los que me controlan a mí. —Señaló su propio reflejo en el espejo de la pared. El marcador indeleble comenzó a escribir por sí mismo cruzando el reflejo mientras lo observábamos. *¿Quién es esta chica?*—. Sigo intentando averiguar cómo funciona, pero algunas veces parece que no lo conseguiré nunca.

—¿Todos los *Casters* tienen los mismos poderes, dones o lo que sean?

—No. Todos podemos hacer cosas sencillas como mover objetos, pero luego cada uno tiene habilidades especiales, que están en relación con sus dones.

Mira por dónde, qué bien me habría venido que existiera una clase, primero de *Caster* o algo así, a la que asistir de modo que pudiera seguir estas conversaciones, porque la verdad es que me sentía algo perdido. La única persona que conocía que tenía algunas habilidades especiales era Amma. Porque leer el futuro y proteger de los malos espíritus tiene que contar para algo, ¿no? Y según lo que yo sabía, quizá también Amma movía objetos con el pensamiento. Desde luego, conseguía que pusiera mi culo en movimiento con sólo con una mirada.

—¿Y tu tía Del? ¿Qué es lo que ella hace?

—Es una Palimpséstica. Lee en el tiempo.

—¿Lee en el tiempo?

—Es como cuando tú y yo entramos en una habitación y vemos lo que hay, el presente. La tía Del ve distintas escenas del pasado y del presente, superpuestas. Cuando entra en una habitación, la ve como es hoy y como fue hace diez años, veinte o cincuenta, todo al mismo tiempo. Algo parecido a lo que pasa cuando tocamos el guardapelo. Por eso siempre tiene ese aspecto de estar algo ida. Nunca sabe cuándo o incluso dónde está.

Pensé en cómo me sentía después de una de nuestras visiones y en lo que sería estar así todo el tiempo.

—No fastidies. ¿Y qué hay de Ridley?

—Ridley es una *Siren*. Su don es el poder de la persuasión. Puede meter la idea que ella quiera en la cabeza de cualquiera y que le cuente o haga lo que ella pida. Si usa su poder contigo y te dice que saltes por un barranco… tú lo haces. —Recordé cómo me sentí cuando iba en el coche con ella, y cómo le había contado casi todo.

—Yo no saltaría.

—Sí que lo harías, tendrías que hacerlo. Un hombre mortal no es rival para una *Siren*.

—No lo haría. —La miré. Su pelo se agitaba con la corriente de aire en torno a su rostro, a pesar de que no había ninguna ventana abierta en la habitación. Rastreé en sus ojos algún signo de que sentía lo mismo que yo—. No puedes tirarte por un precipicio cuando ya te has caído por otro más grande.

Escuché cómo salían las palabras de mi boca y quise retirarlas justo en el momento de haberlas pronunciado. Sonaban mucho mejor dentro de mi cabeza. Me devolvió la mirada, intentando ver si lo decía en serio. Y era verdad, pero no podía decirlo. Así que, en vez de hablar más, cambié de tema.

—¿Y cuál es el superpoder de Reece?

—Es una *Sybil*, interpreta los rostros. Puede ver lo que has visto, a quién, lo que has hecho, sólo con mirarte a los ojos. Es como si te

abriera la cara y la leyera literalmente, igual que un libro. —Lena aún seguía estudiando atentamente mi rostro.

—¿Ah, sí? ¿Y quién era ésa? Esa otra mujer en la que Ridley se transformó durante un momento, cuando Reece la miró, ¿la viste?

Lena asintió.

—Macon no me lo quiso decir, pero tiene que ser alguien Oscuro. Alguien poderoso.

Seguí preguntando, tenía que saber más cosas. Era como si de repente hubiera estado en mitad de una cena con un montón de alienígenas.

—¿Y qué es lo que hace Larkin? ¿Hechizos de serpientes?

—Larkin es un *Illusionist*, algo parecido a lo que llamamos *Shifter*. Pero el único *Shifter* de la familia es el tío Barclay.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Larkin sólo puede formular encantamientos, o sea, hacer que las cosas parezcan lo que él quiera durante un periodo de tiempo, tanto personas como cosas o lugares. Crea ilusiones, pero no son reales. El tío Barclay realiza transformaciones, lo que significa que puede cambiar cualquier objeto en otro durante todo el tiempo que desee.

—Así que, ¿tu primo cambia el aspecto de las cosas y tu tío lo que son?

—Pues sí. La abuela dice que sus poderes están muy cercanos. Suele suceder algunas veces con los padres y los hijos. Se parecen mucho, así que siempre terminan enfrentándose. —Yo sabía lo que ella estaba pensando, que jamás podría averiguarlo por sí misma. Su rostro se nubló y yo hice un intento estúpido de animarla.

—¿Y Ryan? ¿Cuál es su don? ¿Diseñar moda para perros?

—Es demasiado pronto para decirlo. Sólo tiene diez años.

—¿Y Macon?

—Él es sólo… el tío Macon. No hay nada que él no esté dispuesto a hacer o no haga por mí. Pasé mucho tiempo a su lado cuando era

pequeña. —Apartó la mirada, esquivando la pregunta. Había algo que no quería contarme, pero con Lena era casi imposible saber qué era—. Es como un padre para mí, o como yo imagino que sería tenerlo. —No tenía que decir nada más, yo ya sabía lo que se sentía cuando se pierde a alguien. Me pregunté si no sería peor no haberlo tenido nunca.

—¿Y qué hay de ti? ¿Cuál es tu don?

Como si ella tuviera sólo uno. Como si yo no los hubiera visto en acción desde el primer día que fue a la escuela. Como si yo no hubiera intentado juntar fuerzas para preguntarle esto desde la noche que se sentó en el porche de mi casa con su pijama de color púrpura.

Se quedó callada durante un minuto, pensando, o decidiendo qué era lo que iba a decirme; era imposible saber qué. Me miró con aquellos ojos verdes infinitos.

—Soy una *Natural*. Al menos, el tío Macon y la tía Del creen que lo soy.

Una *Natural*. Me sentí aliviado. No sonaba tan mal como lo de la *Siren*. No creo que hubiera podido soportar eso.

—¿Qué significa eso exactamente?

—No tengo ni idea. No es una sola cosa. Quiero decir, se supone que una *Natural* puede hacer muchas más cosas que otros *Casters* —lo dijo con rapidez, casi como si le quedara la esperanza de que yo no lo escuchara, aunque no fue así.

Más que otros *Casters*.

Más. No estaba seguro de que cómo sentirme acerca de ese «más». Si hubiera sido menos me las tendría que ver con menos, o sea, mucho mejor.

—Pero como ya viste anoche, ni siquiera yo sé de lo que soy capaz. —Tiró de la colcha que se extendía entre nosotros, nerviosa. Yo tiré de su mano hasta que se recostó a mi lado, apoyada en un codo.

—Nada de eso me importa. Me gustas tal como eres.

—Ethan, apenas sabes nada de mí.

Una perezosa calidez me recorría el cuerpo y, siendo sincero, no creo que hubiera podido importarme menos lo que estaba diciendo. Me sentía tan bien sintiéndola a mi lado, sujetando su mano, con sólo la colcha blanca entre los dos…

—Eso no es verdad. Sé que escribes poesía, conozco la historia del cuervo que llevas en el collar y sé que te encanta el refresco de naranja, tu abuela y echar Milk Duds a las palomitas.

Durante un instante pensé que iba a sonreír.

—Eso es apenas nada.

—Es un comienzo.

Me miró a los ojos, sus pupilas verdes buceando en las mías azules.

—Ni siquiera sabes cuál es mi nombre.

—Te llamas Lena Duchannes.

—Vale, bueno, pero, para empezar, en realidad no lo es.

Me incorporé y le solté la mano.

—¿De qué estás hablando?

—Que ése no es mi nombre. Ridley no ha mentido sobre eso. —Empecé a acordarme de una conversación anterior, en la que Ridley decía algo sobre que Lena no sabía cuál era su nombre de verdad, pero no creí en ese momento que fuera algo literal.

—Bueno, y entonces, ¿cuál es?

—No lo sé.

—¿Es alguna cosa de ésas de *Casters?*

—No del todo. La mayoría de los hechiceros conoce su nombre real, pero mi familia es diferente. Nosotros no conocemos los nombres que nos pusieron al nacer hasta que no cumplimos los dieciséis. Hasta entonces, usamos otros nombres. El de Ridley era Julia y el de Reece, Annabel. El mío es Lena.

—Entonces, ¿quién es Lena Duchannes?

—Todo lo que sé es que, eso sí, soy una Duchannes. Pero en cuanto a Lena, sólo es el modo en que empezó a llamarme mi abuela, porque decía que era tan flaca como una judía verde. Lena Beana.

No dije nada durante un instante. Estaba intentando procesarlo todo.

—Vale, así que no sabes cuál es tu nombre de pila. Lo sabrás dentro de un par de meses.

—No es tan sencillo. Apenas sé nada de mí misma. Por eso me paso la mayor parte del tiempo con esta pinta de loca. No sé cuál es mi nombre, pero tampoco tengo ni idea de lo que les pasó a mis padres.

—Murieron en un accidente, ¿no?

—Eso es lo que me dijeron, pero nadie habla jamás del tema. No encuentro ningún dato sobre el accidente ni he visto sus tumbas ni nada. ¿Cómo voy a saber si ha ocurrido de verdad?

—¿Quién va a querer mentir sobre algo tan terrorífico?

—¿Es que no has conocido a mi familia?

—Sí, vale.

—Y ese monstruo de abajo, esa… bruja que ha intentado matarte. Te lo creas o no, era mi mejor amiga. Ridley y yo crecimos juntas en casa de mi abuela. Como íbamos de un lado para otro, incluso compartíamos la misma maleta.

—Por eso ninguno de vosotros tenéis un acento reconocible. La mayoría de la gente jamás se creería que habéis vivido en el Sur.

—¿Y por qué tú tampoco?

—Padres profesores y un bote lleno de monedas de veinticinco centavos por todas las veces que dejaba de pronunciar la parte final de una palabra. —Puse los ojos en blanco—. Entonces, ¿Ridley no vivía con la tía Del?

—No. Ella sólo nos visitaba en vacaciones. En nuestra familia, no vivimos con nuestros padres. Es demasiado peligroso. —Dejé de preparar las cincuenta preguntas que quería hacerle cuando Lena aceleró contando su historia, como si hubiera estado esperando para contarla

cien años por lo menos—. Ridley y yo éramos como hermanas. Dormíamos en la misma habitación y nos daban clase en casa a las dos juntas. Convencimos a la abuela para que nos dejara ir a una escuela normal cuando nos mudamos a Virginia. Queríamos tener amigos, ser normales. Las únicas veces que hablábamos con mortales era cuando la abuela nos llevaba con ella a museos, a la ópera o a cenar al Olde Pink House, ese restaurante tan conocido de comida típica sureña que hay en Savannah.

—¿Y qué pasó cuando fuisteis al colegio?

—Un desastre. Nuestra ropa no estaba de moda, no teníamos televisión, entregábamos los deberes hechos. En fin, unas perdedoras de las de verdad.

—Pero salisteis con algunos mortales.

Evitó mirarme.

—Nunca he tenido un amigo mortal hasta que te conocí.

—¿De verdad?

—Sólo tenía a Ridley. Y las cosas a ella le iban igual de mal, aunque no le importaba. Estaba muy ocupada intentando asegurarse de que nadie me molestara.

Me costó un esfuerzo muy grande imaginarme a Ridley protegiendo a alguien.

La gente cambia, Ethan.

Pero no tanto. Ni siquiera los Casters.

Especialmente nosotros. Eso es lo que estoy intentando contarte.

Apartó la mano de la mía.

—De repente, Ridley empezó a actuar de un modo raro y los chicos que antes la habían ignorado empezaron a seguirla por todas partes; la esperaban al salir de clase y se peleaban por ver quién la acompañaría a casa.

—Ah, sí, claro. Hay algunas chicas así.

—Ridley no es una chica cualquiera. Ya te lo he dicho, es una *Siren*. Puede hacer que la gente haga cosas, cosas que generalmente no querrían hacer. Y esos chicos estaban saltando por el precipicio, uno detrás de otro. —Se enrolló el collar entre los dedos y continuó hablando—. La noche anterior al cumpleaños de Ridley la seguí a la estación de trenes. Estaba tan asustada que parecía fuera de sí. Decía que estaba segura de que se volvería Oscura y quería marcharse antes de que le hiciera daño a alguna persona de las que amaba. Antes de hacerme daño a mí. Yo era la única persona a la que ella quería de verdad. Desapareció aquella noche y no la he vuelto a ver hasta hoy. Y creo que después de lo que has visto esta noche, es bastante obvio que se ha vuelto Oscura.

—Espera un momento, ¿de qué estás hablando? ¿Qué quieres decir con eso de volverse Oscura?

Lena aspiró una gran bocanada de aire y vaciló, como si no estuviera segura de querer contarme la respuesta.

—Tienes que contármelo, Lena.

—En mi *familia, cuando cumplimos dieciséis años, eres Llamado*. No puedes escoger tu destino, y te conviertes en Luz, como la tía Del o Reece, o en Oscuridad, como Ridley. Luz u Oscuridad, Negro o Blanco. No hay gris en mi familia. No podemos escoger y no podemos deshacerlo cuando somos Llamados.

—¿Qué quieres decir con que no podéis escoger?

—No podemos elegir Luz u Oscuridad, si queremos ser buenos o malos, como los mortales y otros *Casters*. En mi familia no hay libre albedrío. Esto se decide por nosotros cuando cumplimos los dieciséis.

Intenté comprender lo que me estaba diciendo, pero era una completa locura. Había vivido suficiente tiempo con Amma para saber que había magia blanca y negra, pero era difícil creer que Lena no tendría ninguna posibilidad de escoger entre una cosa o la otra.

O quién era.

Ella seguía hablando.

—Ése es el motivo por el cual no podemos vivir con nuestros padres.

—¿Y qué es lo que tiene que ver?

—No solía ser así, pero cuando la hermana de mi madre, Althea, se tornó Oscura, su madre no pudo apartarse de ella. Desde entonces, si un Caster se vuelve Oscuro, se supone que han de abandonar su casa y su familia, por razones obvias. La madre de Althea pensó que podría ayudarla a luchar contra eso, pero no pudo y comenzaron a ocurrir cosas terribles en la ciudad donde vivían.

—¿Qué clase de cosas?

—Althea era una Evo. Son increíblemente poderosos. Pueden influir en la gente como hace Ridley, pero también pueden evolucionar, es decir, transformarse en otras personas, en cualquier persona. Una vez que ella se Desvió, empezaron a ocurrir cosas inexplicables en la ciudad. Hubo heridos e incluso una chica se ahogó. Entonces fue cuando por fin su madre la envió lejos.

Pensé que teníamos problemas en Gatlin. No me podía imaginar una versión más poderosa que Ridley andando de aquí para allá, a tiempo completo.

—¿Así que ahora ninguno de vosotros vive con sus padres?

—Todos decidieron que sería demasiado duro para ellos darles la espalda a sus hijos si se convertían en Oscuros. Así que, desde entonces, los chicos viven con otros miembros de la familia hasta que son Llamados.

—Entonces, ¿por qué Ryan vive con sus padres?

—Ryan… es Ryan. Es un caso especial. —Se encogió de hombros—. Al menos, eso es lo que dice tío Macon cada vez que le pregunto.

Todo sonaba tan surrealista… Esa idea de que todos los miembros de una familia poseyeran poderes sobrenaturales. Tenían el mismo aspecto que yo, que cualquier otra persona en Gatlin, bueno, no quizá

como todo el mundo, pero, desde luego, eran completamente diferentes. ¿O no lo eran? Incluso Ridley, al salir del Stop & Steal, no había hecho sospechar a los chicos que fuera otra cosa que una tía que estaba increíblemente buena, a la que lo único que le pasaba es que no le regía el coco si venía buscándome a mí. ¿Cómo funcionaba esto? ¿Cómo te convertías en un *Caster* en vez de en un chico como otro cualquiera?

—¿Tus padres también tenían dones? —Odiaba sacar el tema de sus padres. Sabía que no había nada más horrible que hablar sobre unos padres muertos, pero llegados a este punto no me quedaba más remedio.

—Sí. Todo el mundo en mi familia los tiene.

—¿Cuáles eran sus dones? ¿Se parecían en algo a los tuyos?

—No lo sé. La abuela nunca me contó nada. Ya te lo he dicho, es como si no hubieran existido jamás. Lo cual me da mucho que pensar, como te puedes imaginar.

—¿En qué?

—Tal vez eran Oscuros, y yo también lo voy a ser ahora.

—Tú no.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cómo podemos tener entonces los mismos sueños? ¿Cómo puedo saber yo cuando entro en una habitación si tú estás o no allí?

Ethan.

Es verdad.

Le toqué una mejilla y le dije en voz baja:

—No sé cómo lo sé. Simplemente, es así.

—Ya sé que eso es lo que crees, pero no lo puedes saber. Ni siquiera yo tengo idea de qué va a ocurrirme.

—Ésa es la mierda más grande que he oído en mi vida.

Era como todo lo que había pasado aquella noche. No pretendía decirlo así, al menos no en voz alta, pero estaba contento de haberlo hecho.

—¿Qué?

—Toda esa basura sobre el destino. Nadie puede decidir lo que te va a suceder. Nadie más que tú.

—No si eres un Duchannes, Ethan. Los otros *Casters* pueden hacerlo, pero nosotros no, no en mi familia. Cuando somos Llamados a los dieciséis, nos convertimos en Luz u Oscuridad y no hay libre albedrío en ello.

Le levanté la barbilla con la mano.

—Pero tú eres una *Natural*, ¿qué hay de malo en ello?

La miré a los ojos y en ese momento supe que iba a besarla y también supe que no había nada de qué preocuparse mientras estuviéramos juntos. Y creí durante un instante que siempre lo estaríamos. Dejé de pensar en el cuaderno del equipo de baloncesto del Jackson y finalmente le dejé ver cómo me sentía, lo que había en mi mente. Lo que iba a hacer y cuánto tiempo me había llevado reunir las fuerzas necesarias para hacerlo.

Oh.

Sus pupilas se dilataron, más grandes y verdes que nunca, como si eso fuera posible.

Ethan… yo no sé…

Me incliné y la besé en la boca. Tenía un gusto algo salado, como sus lágrimas. En ese momento no fue calidez lo que sentí, sino una descarga eléctrica que me atravesó desde la boca hasta los pies, donde me cosquilleó las puntas de los dedos. Era como meter un boli en un enchufe, cosa que me retó Link a hacer cuando tenía ocho años. Ella cerró los ojos y se acercó a mí y durante unos instantes todo fue perfecto. Cuando me devolvió el beso, sus labios sonrientes bajo los míos, supe que me había estado esperando quizás tanto como yo la había estado esperando a ella. Pero entonces, tan rápidamente como me había abierto el camino a su corazón, me lo cerró. O más acertadamente, me empujó hacia atrás.

Ethan, no podemos hacer esto.

¿Por qué? Creo que sentimos lo mismo el uno por el otro.

O a lo mejor no era así. O era ella la que no lo sentía.

Me quedé mirándola fijamente, hasta el extremo de sus manos extendidas que aún descansaban en mi pecho. Seguramente podía notar lo rápido que me latía el corazón.

No es que…

Empezó a apartarse y estaba seguro de que iba a huir como el día que encontramos el guardapelo de Greenbrier, como la noche que me dejó de pie ante el porche. Puse la mano en su muñeca e instantáneamente sentí el calor.

—Entonces, ¿esto qué es?

Me devolvió la mirada, e intenté escuchar sus pensamientos, pero no lo logré.

—Sé que piensas que podré elegir, pero la verdad es que no. Y lo que Ridley hizo anoche al fin y al cabo no ha sido nada. Podría haberte matado y quizás lo hubiera hecho si no la hubiera detenido. —Respiró profundamente, con los ojos relucientes—. En eso es en lo que me puedo convertir, en un monstruo, tanto si me crees como si no.

Deslicé los brazos en torno a su cuello, ignorándola. Pero siguió en sus trece.

—No quiero que me veas convertirme en eso.

—No me importa. —La besé en la mejilla.

Saltó de la cama, soltándose.

—No te enteras. —Alzó la mano. 122. Ciento veintidós días más, teñido con tinta azul, como si eso fuera todo lo que hubiera en el mundo.

—Claro que me entero. Estás asustada, pero lo resolveremos de algún modo. Se supone que tenemos que estar juntos.

—Pero no lo estamos. Tú eres un mortal. No lo entiendes. No quiero que termines herido y eso es lo que ocurrirá si andas cerca de mí.

—Demasiado tarde.

Había escuchado todas y cada una de las palabras que ella había dicho, pero yo sólo sabía una cosa.

Que ya estaba demasiado implicado.

9 DE OCTUBRE

Los Notables

Todo tiene sentido cuando te lo dice una chica guapa. Ahora que había regresado a casa, solo, y estaba en mi propia cama, ya no lo tenía tan claro. Ni siquiera Link se creería algo como esto. Intenté pensar cómo llevaría la conversación, en plan «la chica que me gusta y cuyo nombre real no conozco es una bruja, bueno, perdona, una *Caster*, y procede de una familia también de *Casters*, y dentro de unos cinco meses sabremos en realidad si es buena o mala. Ah, y puede causar huracanes dentro de una habitación y cargarse los cristales de las ventanas. Incluso es capaz de hacer que vea el pasado cuando toco un guardapelo como de locos que Amma y Macon Ravenwood, que mira por dónde no es para nada un recluso, quieren que entierre. El guardapelo, por cierto, se ha materializado en el cuello de una mujer en un cuadro que hay en Ravenwood, que no te lo vas a creer, no es una mansión encantada, sino una casa perfectamente restaurada que cambia completamente cada vez que voy allí a ver a una chica que me quema por dentro, me conmociona y me destroza sólo con rozarme».

La he besado. Y me ha devuelto el beso.

Era todo increíble, incluso para mí. Me di la vuelta en la cama.

Tiraba de mí.

El viento tiraba de mi cuerpo.

Me aferré al árbol que me golpeaba, con el sonido de su grito clavado en los oídos. Los vientos giraban a mi alrededor, luchando unos contra otros, y su velocidad y fuerza aumentaban por segundos. El aguacero caía como si se hubieran abierto las compuertas del cielo. Tenía que salir de allí.

Pero no había escapatoria.

Suéltame, Ethan. ¡Sálvate!

No podía verla. El viento era demasiado fuerte, pero la sentía. La sujetaba de la muñeca con tanta fuerza que estaba seguro de que terminaría rompiéndosela. Pero no me importaba, no la iba a dejar. El viento cambió de dirección, alzándome del suelo. Me agarré al árbol con más fuerza y agarré su muñeca con más fuerza aún. Sin embargo, sentía cómo la violencia del vendaval nos arrancaba al uno del otro.

Me llevaba lejos del árbol, lejos de ella. Sentí que su muñeca se deslizaba entre mis dedos.

Ya no podía sujetarla más.

Me desperté tosiendo. Sentía aún la quemazón del viento en la piel. Como si mi experiencia cercana a la muerte en Ravenwood no hubiera sido bastante, ahora habían vuelto los sueños. Era demasiado para una sola noche, incluso para mí. La puerta de mi dormitorio estaba abierta, lo cual era extraño teniendo en cuenta que la había cerrado hacía relativamente poco. La última cosa que necesitaba era que Amma me plantara allí algún chisme vudú mientras dormía. Estaba seguro de haberla cerrado.

Me quedé mirando al techo. No veía claro que dormir estuviera en mi futuro inmediato. Suspiré y me di la vuelta en la cama. Encendí el viejo quinqué restaurado como lámpara al lado de mi cama y saqué el

marcador de libros de donde lo había colocado en *Snow Crash* cuando escuché algo, como unos pasos. Venían de la cocina, ligeros, y apenas los oí. Quizá mi padre había hecho un descanso. A lo mejor podría ser una oportunidad para hablar. Pudiera ser.

Pero cuando llegué al pie de las escaleras, supe que no era él. La puerta de su estudio estaba cerrada y salía luz por debajo. Tenía que ser Amma. Justo cuando pasé por la cocina, la vi corretear por el vestíbulo hacia su habitación, en la medida en que ella podía hacerlo. Escuché cómo el mosquitero de la puerta de atrás chirrió al cerrarse. Alguien salía o entraba y, después de todo lo que había sucedido esa noche, que fuera una cosa u otra era importante.

Di la vuelta a la casa hasta la parte delantera. Aparcado en el bordillo había un viejo y abollado *pickup*, un Studebaker de los cincuenta. Amma estaba inclinada sobre la ventanilla hablando con el conductor, al que le dio su bolso y luego se subió al coche. ¿Adónde se dirigía en mitad de la noche?

Tenía que seguirla. Lo malo era que resultaba complicado seguir a la mujer que consideraba casi una madre, de noche, subida a un trasto con un extraño, sin usar yo un coche también. No tenía elección, debía coger el Volvo. Era el coche que conducía mi madre cuando tuvo el accidente. Cuando lo veía, era siempre lo primero que pensaba.

Me deslicé en el asiento ante el volante. Olía a papel viejo y a limpiacristales Windex, como siempre.

Conducir sin luces resultó más complicado de lo que había pensado, hasta que adiviné que el *pickup* se estaba dirigiendo hacia Wader's Creek. Amma iba hacia su casa. La camioneta salió de la Route 9 hacia el campo. Cuando finalmente se detuvo y aparcó a un lado de la carretera, apagué el motor y conduje el Volvo hacia el arcén.

Amma abrió la puerta y la luz interior se desvaneció. Pestañeé ante la súbita oscuridad. Reconocí al conductor, era Carlton Eaton, el cartero. ¿Por qué iba a pedirle Amma a Carlton Eaton que la llevara en coche a su casa en mitad de la noche? Nunca les había visto hablar a los dos antes de este momento.

Amma le dijo algo a Carlton y cerró la puerta. La camioneta regresó a la carretera sin ella. Salí del coche y la seguí. Amma era una criatura de hábitos arraigados y si algo la había preocupado tanto como para que anduviera arrastrándose por el pantano a medianoche, estaba seguro de que era algo que no sólo afectaba a uno de sus clientes.

Desapareció entre los arbustos, caminando por un sendero de grava que alguien se había dado su buen trabajo en abrir. Anduvo por él en la oscuridad, con los guijarros crujiendo bajo sus zapatos. Yo avancé por la hierba al lado del camino para evitar cualquier ruido, lo cual me hubiera delatado sin duda alguna. Me dije a mí mismo que era porque quería saber por qué Amma se había marchado de casa a esas horas, pero la verdad era que me daba miedo que me pillara siguiéndola.

Era fácil saber de dónde había surgido el nombre de Wader's Creek, porque había que vadear unas charcas de aguas negras para llegar hasta allí, al menos yendo por donde iba Amma. Si no hubiera habido luna llena, me habría partido el cuello intentando adivinar sus pasos a través del laberinto de robles cubiertos de líquenes y la broza de los arbustos. Estábamos cerca del agua. Notaba la humedad en el aire, cálida y pegajosa, como si fuera una segunda piel.

Había plataformas de madera alineadas a los bordes del pantano, formadas por troncos de ciprés ligados con sogas, balsas usadas por los pobres. Estaban colocadas en fila a lo largo de la orilla como si fueran taxis esperando para llevar a la gente por el agua. Distinguí a Amma a la luz de la luna, balanceándose con habilidad sobre una de ellas y empujando en la orilla con un palo largo que usó como remo a fin de impulsarse hasta el otro lado.

No había ido a la casa de Amma desde hacía años, pero no me acordaba de esto. Debimos de seguir entonces otro camino, pero era casi imposible encontrarlo en la oscuridad. La única cosa que veía clara era lo podridos que estaban los leños de las plataformas. Cada una de ellas parecía más inestable que la siguiente. Así que escogí una al azar.

Aunque Amma lo había hecho parecer fácil, maniobrar uno de aquellos chismes era bastante difícil. Cada pocos minutos se oía un chapuzón, cuando la cola de un caimán impactaba en la superficie del agua al deslizarse en el pantano. Me alegré de no haberme planteado vadearlo.

Empujé por última vez contra el fondo de la ciénaga con mi palo, hasta que el borde de la plataforma chocó contra la orilla. Cuando puse el pie en tierra, percibí a lo lejos la casa de Amma, pequeña y modesta, donde sólo se veía luz en una ventana. Los marcos estaban pintados en el mismo tono azul cielo que los de la propiedad de los Wate. La casa era de madera de ciprés, como si también fuera parte del mismo pantano.

Había algo más, algo que flotaba en el aire. Algo fuerte y sobrecogedor, como los limones y el romero e igual de insólito, por dos razones. El jazmín estrella no florece en otoño, sino en primavera, pero no en las ciénagas. Y sí, allí estaba. El olor era inconfundible. Era imposible, como casi todo lo que había sucedido esa noche.

Observé la casa. Nada. Quizá simplemente había decidido volver a casa, mi padre lo sabía y yo estaba vagabundeando a medianoche y corría el riesgo de que me comiera un caimán para nada.

Estaba a punto de volver a atravesar el pantano y deseé en ese momento haber echado migas de pan en el camino para orientarme cuando la puerta se abrió de nuevo. Amma permaneció encuadrada a la luz de la entrada, metiendo cosas que no pude ver en su bolso bueno, el de charol blanco. También llevaba el mejor vestido que tenía, el de color lavanda

que se ponía para ir a la iglesia, sus guantes blancos y un elaborado sombrero a juego rodeado por completo de flores.

Se puso otra vez en movimiento en dirección a la ciénaga. ¿Cómo se iba a internar en ella vestida de esa manera? Pese a que no había disfrutado para nada de la excursión hasta la casa de Amma, pelear para avanzar en el pantano con los vaqueros me parecía aún peor. El fango era tan espeso que parecía querer absorber mis pies cada vez que quería dar un paso adelante. No sabía cómo se las iba a apañar Amma para avanzar por él con el vestido y a su edad.

Ella parecía tener clarísimo a dónde iba, pues se detuvo en un claro cubierto de cañas altas y malas hierbas. Las ramas de los apreses se enredaban con las de los sauces llorones formando un dosel por encima de nuestras cabezas. Aunque estábamos por lo menos a veintiún grados, sentí que un escalofrío me recorría la columna. Después de todo lo que había visto esa noche, me parecía que había algo escalofriante en este lugar. Del agua se elevaba una fina niebla que se filtraba por los límites del claro, como si fuera el vapor que se desliza por los bordes de una olla hirviendo. Me acerqué un poco más. Estaba sacando algo de su bolso y el charol blanco relucía a la luz de la luna.

Huesos. Parecían huesos de pollo.

Susurró algo sobre los huesos, los metió dentro de una bolsita, bastante parecida a la que me había entregado para guardar el guardapelo. Rebuscó luego en el bolso y sacó una toalla bordada, de ésas que se encuentran en un tocador, y la usó para limpiarse el barro de la falda. Se percibían tenues luces blancas en la distancia, como si fueran luciérnagas parpadeando en la oscuridad, y también música y carcajadas sensuales y perezosas. En algún lugar fuera del pantano, no muy lejos, había gente bebiendo y bailando.

Alzó la mirada. Algo le había llamado la atención, pero yo no había oído nada.

—Será mejor que salgas. Sé que estás ahí.

Me quedé helado, lleno de pánico. Me había visto.

Pero no era conmigo con quien hablaba, puesto que Macon Ravenwood emergió de entre la niebla sofocante, fumando un puro. Parecía relajado, como si acabara de bajarse de un coche con chófer en vez de estar vadeando a través de una asquerosa agua negra. Iba impecablemente vestido, como era habitual, con una de sus camisas blancas recién planchadas. Y no tenía ni una sola mancha. Amma y yo estábamos cubiertos de hierbas y fango hasta las rodillas, mientras que Macon Ravenwood permanecía allí sin una sola mota de polvo en su atuendo.

—Justo a tiempo. Ya sabes que no tengo toda la noche, Melquisedec, luego tengo que volver. Y no me ha sentado nada bien tener que venir aquí desde el pueblo. Me parece bastante descortés, por no decir, inconveniente. —Resopló—. Perturbador, como dirías tú.

P.E.R.T.U.R.B.A.D.O.R. Once vertical, lo deletreé en mi mente.

—Yo también he tenido una tarde bastante llena de incidentes, Amarie, pero este asunto requiere nuestra inmediata atención. —Macon dio unos cuantos pasos adelante.

Amma retrocedió y apuntó un dedo huesudo en su dirección.

—Quédate donde estás. No me hace ninguna gracia estar aquí fuera con gente de tu calaña. Ni pizca. Mantente en tu sitio y yo me mantendré en el mío.

Macon dio un paso hacia atrás como quien no quiere la cosa, echando círculos de humo al aire.

—Como te estaba diciendo, ciertos *acontecimientos* requieren nuestra inmediata atención. —Exhaló con un gran suspiro una vaharada de humo—. La luna, cuando está totalmente llena, es cuando está más lejos del sol, citando a nuestros buenos amigos, los Clérigos.

—No me vengas con esos aires de superioridad, Melquisedec. ¿Qué es eso tan importante que tienes que sacarme de la cama a medianoche?

—Entre otras cosas, el guardapelo de Genevieve.

Amma casi se puso a aullar, tapándose la nariz con el chai. Claramente no podía soportar ni que se mencionara la palabra «guardapelo».

—¿Qué pasa con esa *cosa?* Ya te dije que la Vinculé y le dije que la devolviera a Greenbrier y la enterrara. No puede hacer daño si ha regresado a la tierra.

—No a lo primero y no a lo segundo. Aún la tiene. Me la enseñó en el santuario de mi propia casa. Aparte de eso, no estoy seguro de que haya nada que pueda Vincular un talismán tan Oscuro.

—En tu casa… ¿cuándo ha estado en tu casa? Le dije que se mantuviera bien lejos de Ravenwood. —Ahora sí que estaba claramente alterada. Estupendo, Amma seguro que encontraría algo con lo que hacerme pagar eso más adelante.

—Bien, quizás podrías considerar la idea de sujetarle un poco las riendas. Es evidente que no es muy obediente que digamos. Te advertí que esta *amistad* sería peligrosa y que podría terminar en algo más. Es imposible que tengan un futuro juntos.

Amma estaba mascullando para sus adentros de la manera que habitualmente lo hacía cuando no la escuchaba.

—Él siempre me ha hecho caso hasta que se ha encontrado con tu sobrina, así que no me eches la culpa. No estaríamos en este lío si, para empezar, tú no la hubieras traído aquí. Me ocuparé de esto. Le diré que no puede volver a verla.

—No seas absurda. Son adolescentes, cuanto más intentemos separarlos, más querrán estar juntos. Eso no será problema cuando ella sea Llamada, si es que llegamos hasta ahí. Controla al chico hasta entonces, Amarie. Son sólo unos cuantos meses. Las cosas son ya lo bastante peligrosas sin que él ande complicándolas aún más.

—No me hables de complicaciones, Melquisedec Ravenwood. Mi familia lleva ocupándose de las complicaciones de la tuya desde hace cien años. Yo he guardado tus secretos, al igual que tú has guardado los míos.

—Yo no soy la Vidente que falló en adivinar que ellos encontrarían el guardapelo. ¿Cómo explicas eso? ¿Cómo ha sido que tus espíritus amigos pasaron por alto una cosa así? —Hizo un gesto sarcástico con el puro que abarcó a los dos y lo que les rodeaba.

Amma se giró bruscamente. Su mirada era furibunda.

—No insultes a los Notables. Aquí no, en este lugar, no. Ellos tienen sus razones, y por algún motivo no me lo revelaron.

Apartó la vista de Macon.

—No le escuchéis. Os he traído langostinos en salsa y pastel de merengue de limón. —Estaba claro que no le hablaba a Macon en ese momento—. Son vuestros favoritos —añadió, sacando la comida de unos pequeños *tupperware* y colocándola en un plato, que luego dejó en el suelo. Había una pequeña lápida al lado y otras dispersas por los alrededores.

—Ésta es nuestra Casa Principal, la mejor casa de mi familia, ¿has oído? Aquí está mi tía abuela Sissy, mi tío bisabuelo Abner y mi retatarabuela Sulla. No les faltes el respeto a los Notables en su propia Casa. Muestra el debido respeto si quieres respuestas.

—Lo siento.

Ella esperó.

—De corazón.

Luego resopló.

—Y ten cuidado con la ceniza. No hay ceniceros en esta casa. Qué hábito más desagradable.

Él apagó el puro sobre el musgo.

—Bueno, vayamos al asunto. No tenemos mucho tiempo. Tenemos que saber las idas y venidas de Saraf…

—Shh —siseó ella—. No digas su nombre… esta noche, no. No deberíamos estar aquí fuera. La media luna es para hacer magia blanca y la llena, para la negra. Estamos aquí fuera en la noche equivocada.

—No tenemos otra opción. Ha ocurrido un episodio bastante desagradable esta tarde, me temo. Mi sobrina, la que se Desvió el Día de su Llamada, se plantó aquí en el Encuentro de hoy.

—¿La hija de Del? ¿A qué Oscuro se le ocurriría enfrentarse a un peligro como ése?

—A Ridley. Por supuesto, sin que la invitáramos. Atravesó el umbral de mi casa del brazo del chico. Necesito saber si fue una coincidencia.

—Nada bueno. Eso no es nada bueno. Para nada bueno. —Amma osciló hacia atrás y hacia delante sobre sus talones, furiosa.

—¿Y bien?

—Las coincidencias no existen. Ya lo sabes.

—Al menos estamos de acuerdo en eso.

No conseguía entender nada de lo que estaba sucediendo. Macon Ravenwood jamás ponía un pie fuera de su casa, pero allí estaba, en mitad de la ciénaga, discutiendo con Amma, a la cual yo no tenía ni idea de que él conocía, sobre mí, Lena y el guardapelo.

Amma hurgó en su bolso otra vez.

—¿Has traído el whisky? Al tío Abner le encanta su Wild Turkey.

Macon le alargó la botella.

—No, ponla ahí —indicó ella, señalando al suelo—, y después aléjate.

—Ya veo que te sigue dando miedo tocarme después de todos estos años.

—A mí no me da miedo nada. Simplemente, quédate en tu sitio. Yo no te pregunto sobre tus cosas y no quiero saber nada de ellas.

Él dejó la botella en el suelo a poco más de un metro de donde estaba Amma. Ella la recogió, vertió el licor en un vaso y se lo bebió de un trago. En toda mi vida jamás la había visto beberse algo más fuerte que una taza de té dulce. Luego derramó parte del líquido en la hierba, cubriendo la tumba.

—Tío Abner, necesitamos tu intercesión. Reclamo la comparecencia de tu espíritu en este lugar.

Macon tosió.

—Estás poniendo a prueba mi paciencia, Melquisedec. —Amma cerró los ojos y abrió los brazos en dirección al cielo, con la cabeza echada hacia atrás como si estuviera hablando con la misma luna. Luego se inclinó hacia delante y sacudió una bolsita que había sacado del bolso y el contenido se precipitó sobre la tumba, unos huesecitos de pollo. Esperaba que no fueran los huesos del cuenco de pollo frito que me había comido hacía un rato, pero tenía la sensación de que seguramente sí lo serían.

—¿Qué dicen? —inquirió Macon.

Ella rozó los huesos con los dedos, extendiéndolos sobre la hierba.

—No obtengo respuestas.

Su perfecta compostura comenzó a debilitarse.

—¡No tenemos tiempo para esto! ¿Qué clase de Vidente es el que no ve nada? Tenemos menos de cinco meses antes de que cumpla los dieciséis. Si ella se Desvía, hará que nos caiga a todos una maldición encima, tanto mortales como *Casters*. Ambos tenemos una responsabilidad que hemos *aceptado por* propia voluntad, hace mucho tiempo. Tú con tus mortales y yo con mis *Casters*.

—No necesito que vengas a recordarme mis responsabilidades. Y mejor si no subes la voz, ¿me has oído? A ver si va a venir por aquí alguno de mis clientes y nos va a ver juntos. ¿Cómo se tomarían eso de un miembro selecto e íntegro de la comunidad como soy yo? No te metas en mis asuntos, Melquisedec.

—Si no averiguamos dónde está Saraf y qué planea, vamos a tener muchos más problemas entre manos que el hecho de que tus negocios se vayan al traste, Amarie.

—Ella es una Oscura. Nunca se sabe qué viento sopla con esa gente. Es como intentar prever dónde irá a parar un tornado.

—Sea como sea, necesito saber si va a intentar entrar en contacto con Lena.

—No si va a intentarlo. Más bien, cuándo.

Amma cerró los ojos otra vez, rozando el amuleto del collar que no se quitaba jamás. Era un disco donde había tallado algo parecido a un corazón con una especie de cruz en la parte superior. La imagen estaba ya gastada de las miles de veces que Amma la acariciaba, del mismo modo que estaba haciendo ahora, mientras susurraba una especie de salmodia en un lenguaje que no entendí pero que había escuchado antes en algún sitio.

Macon paseaba impacientemente de un lado a otro. Yo cambié de posición entre las hierbas, intentando no hacer ruido.

—No consigo ninguna lectura esta noche. Es confuso. Parece que el tío Abner no está de humor. Seguro que es por algo que has dicho.

Ésa debió de ser la gota que colmó el vaso, ya que el rostro de Macon se transformó y su piel pálida relumbró entre las sombras. Cuando dio un paso hacia delante, los ángulos agudos de su rostro resaltaron amenazadores a la luz de la luna.

—Ya está bien de jueguecitos. Una *Caster* Oscura entró en mi casa hoy y eso es imposible. Llegó con tu chico, Ethan, y eso sólo puede significar una sola cosa. Él tiene algún tipo de poder y tú me lo has estado ocultando.

—Eso no tiene sentido. Ese chico tiene tanto poder como yo cola.

—Estás equivocada, Amarie. Pregunta a los Notables y consulta los huesos. No hay otra explicación posible. Un *Caster* Oscuro jamás podría burlar esa clase de protección, no sin alguna poderosa forma de ayuda.

—Has perdido la cabeza. Él no tiene ninguna clase de poder. Yo he criado a ese niño, ¿no te parece que lo sabría?

—Pues esta vez estás equivocada. Estás demasiado cerca de él y eso obstaculiza tu visión. Y ahora hay demasiadas cosas en juego para

cometer ningún error. Ambos tenemos nuestros talentos. Te estoy advirtiendo de que hay más en el chaval de lo que ambos hemos creído.

—Preguntaré a los Notables. Si hay algo que saber, se asegurarán de que yo me entere. No olvides, Melquisedec, que tenemos que lidiar tanto con los vivos como con los muertos y eso no es tarea fácil. —Volvió a rebuscar en su bolso y sacó una cuerda de aspecto cochambroso con unas bolitas de cristal.

—Huesos de Tumba. Cógelos. Los Notables quieren que los tengas. Protegen a los espíritus de los espíritus y a los muertos de los muertos. A nosotros, los mortales, no nos sirven de nada. Dáselos a tu sobrina, Macon. No le harán daño, pero puede que alejen a un *Caster* Oscuro.

Macon cogió la cuerda sujetándola entre dos dedos con cautela y después la dejó caer en su pañuelo, como si estuviera envolviendo un gusano particularmente asqueroso.

—Muy agradecido.

Amma tosió.

—Por favor. Díselo, se lo agradezco mucho. —Alzó la vista hacia la luna como si estuviera comprobando la hora. Entonces se dio la vuelta y desapareció. Se disolvió en la niebla del pantano como si se hubiera disipado en una corriente de aire.

10 DE OCTUBRE

El jersey rojo

Apenas me había metido en la cama cuando salió el sol, y notaba el cansancio hasta en el tuétano de los huesos, como diría Amma. Ahora estaba esperando a Link en la esquina. Aunque era un día soleado, me sentía como si se proyectara una sombra sólo sobre mí. Y estaba muerto de hambre. No había sido capaz de enfrentarme a Amma en la cocina por la mañana. Con sólo una mirada a mi rostro habría averiguado todo lo que había visto la noche anterior y lo que había sentido, y no podía arriesgarme a eso.

No sabía qué pensar. Amma, en la que confiaba más que en nadie, al igual que en mis padres, o quizá más aún, me estaba ocultando muchas cosas. Que conocía a Macon, y que ambos querían separarnos a Lena y a mí. Todo aquello tenía que ver con el guardapelo y el cumpleaños de Lena. Y era una situación peligrosa.

No podía encajar todas las piezas, al menos, yo solo. Tenía que hablar con Lena y en eso era en lo único en que podía pensar. Así que no me sorprendí cuando el coche fúnebre dio la vuelta a la esquina en vez del Cacharro.

—Creo que me has oído. —Me deslicé en el asiento, dejando caer la mochila en el suelo, delante de mí.

—Oír, ¿qué? —Sonrió, con una cierta timidez, y puso su bolso en el asiento—. ¿Que he oído que te gustan los donuts? Se escuchaba rugir tu estómago desde el mismísimo Ravenwood.

Nos miramos el uno al otro algo cohibidos. Lena bajó la mirada, avergonzada, y quitó un trozo de hilo del suave jersey rojo que llevaba puesto, cuya pinta era de algo que podrían haber encontrado las Hermanas en alguna parte de su desván. Conociendo a Lena, seguro que no era del centro comercial de Summerville.

¿Rojo? ¿Desde cuándo usaba algo rojo?

Ella no parecía sentir como si se le hubiera nublado el día, si no todo lo contrario, como si se le acabara de despejar. No me había escuchando ningún pensamiento, ni sabía nada de Amma ni de Macon. Sólo quería verme. Supuse que alguna cosa de las que dije la noche anterior había surtido efecto. A lo mejor quería que nos diéramos una oportunidad. Sonreí y abrí el paquete.

—Espero que tengas hambre. He tenido que pelearme con el policía gordo para traértelos. —Apartó el coche del bordillo.

—¿Así que te ha apetecido venir a recogerme para ir al instituto? —Esto era algo nuevo.

—No. —Bajó la ventana y la brisa matutina hizo ondear su pelo. Hoy, sólo era el viento.

—¿Tienes algo mejor en mente?

Se le iluminó la cara.

—Pero, vamos, ¿cómo puede haber algo mejor que pasar un día como éste en el instituto Stonewall Jackson? —Estaba contenta. Cuando hizo girar el volante, observé su mano. No había marcas de tinta, ni números, ni cumpleaños. Hoy no le preocupaba nada.

120. Yo sí lo sabía, como si estuviera escrito con tinta invisible en mi propia mano. Ciento veinte días hasta que ocurriera aquello que tanto temían Macon y Amma.

Miré por la ventanilla cuando nos dirigimos hacia la Route 9 y deseé que ella pudiera quedarse sólo un poco más. Cerré los ojos y volví a repasar el cuaderno de baloncesto en mi mente. Bloqueo directo, doble poste alto, doblar al hombre y presión a toda pista.

Cuando llegamos a Summerville ya tenía idea de hacia dónde nos dirigíamos. Sólo había un lugar al que los chicos como nosotros íbamos, aparte de las tres últimas filas del Cineplex.

El coche atravesó el suelo cubierto de polvo hasta llegar a la parte de atrás del depósito del agua, en los límites ya del campo.

—¿Vas a aparcar aquí? ¿Seguro? ¿En el depósito del agua? ¿Ahora? —Link no se iba a creer esto en la vida.

Apagó el motor. Teníamos las ventanillas bajadas y todo estaba en paz, tranquilo; la brisa entraba por la suya y salía por la mía.

¿No es aquí donde viene la gente?

Bueno, no. La gente como nosotros, no. Y no en mitad de un día de clase.

Por una vez, ¿no podemos ser como ellos? ¿Siempre tenemos que ser como somos?

Me gusta como somos.

Lena se soltó el cinturón de seguridad, luego me lo quitó a mí y se sentó en mi regazo. La sentí cálida y alegre.

¿Así que esto es lo que hace la gente cuando aparca aquí?

Soltó una risita y alzó el brazo para apartarme el pelo de los ojos.

—¿Qué es esto?

Le cogí el brazo derecho. De la muñeca le colgaba el brazalete que Amma le había dado a Macon la noche anterior en el pantano. Se me encogió el estómago y supe que el humor de Lena iba a cambiar. Tenía que contárselo.

—Me lo dio mi tío.

—Quítatelo. —Le di la vuelta al cordel para buscar el nudo.

—¿Qué? —Su sonrisa se desvaneció—. ¿De qué estás hablando?

—Quítatelo.

—¿Por qué? —Apartó el brazo.

—Anoche ocurrió algo.

—¿Qué pasó?

—Después de que regresara a casa seguí a Amma hasta Wader's Creek, donde vive ella. Se escabulló de nuestra casa a medianoche para encontrarse con alguien en el pantano.

—¿Con quién?

—Con tu tío.

—¿Y qué estaban haciendo allí? —Su rostro se volvió del color blanco de la tiza. Estaba seguro de que la sesión de aparcamiento había terminado.

—Estaban hablando de ti, de nosotros. Y del guardapelo.

Ahora sí que prestaba atención.

—¿Qué hay del guardapelo?

—Es una especie de talismán Oscuro, sea eso lo que sea, y tu tío le dijo a Amma que yo no lo había enterrado. Se pusieron furiosos.

—¿Cómo saben ellos que es un talismán?

Empezaba a enfadarme de veras. No parecía estar concentrándose en el meollo del asunto.

—¿Y cómo es que ellos se conocen? ¿Tú tenías alguna idea de que tu tío conociera a Amma?

—No. No sé a cuánta gente conoce él.

—Lena, estaban hablando de ti y de mí. Querían mantener el guardapelo lejos de nosotros y separarnos. Tengo la sensación de que piensan que yo soy una especie de amenaza. Como si me estuviera metiendo en medio de algo. Tu tío piensa…

—¿Qué?

—Cree que tengo algún tipo de poder.

Se echó a reír en alto, lo cual me molestó aún mucho más.

—¿Y por qué iba a pensar eso?

—Porque fui con Ridley a Ravenwood. Dice que tengo el poder de hacerlo.

Frunció el ceño.

—Lleva razón. —Pero ésa no era la respuesta que yo estaba esperando.

—Estás de broma, ¿no? Si yo tuviera poderes, ¿no crees que lo sabría?

—No tengo ni idea.

Quizás ella no lo sabría, pero yo sí. Mi padre era escritor y mi madre se había pasado la vida leyendo los diarios de los generales muertos de la Guerra de Secesión. Yo estaba lo más lejos posible de ser un *Caster*, a no ser que sacar de quicio a Amma pudiera calificarse como poder. Seguramente tenía que haber algún agujero en la protección de la casa que había permitido que Ridley entrara. A uno de los cables del sistema de seguridad caster se le habían fundido los plomos.

Lena debía de estar pensando lo mismo que yo.

—Relájate. Estoy segura de que debe haber una explicación. Así que Macon y Amma se conocen… Pues ya lo sabemos.

—Pues no parece que te moleste mucho.

—¿Qué quieres decir?

—Nos han estado mintiendo, a los dos. Se encuentran en secreto para planear separarnos y para que nos deshagamos del guardapelo.

—Nunca les hemos preguntado si se conocían. —¿Por qué actuaba de esta manera? ¿No debía estar molesta, enfadada o algo así?

—¿Y por qué íbamos a hacerlo? ¿Es que no te parece extraño que tu tío esté con Amma en medio del pantano a medianoche, hablando con los espíritus y leyendo huesos de pollo?

—Es raro, pero seguramente están tratando de protegernos.

—¿De qué? ¿De la verdad? También estuvieron hablando de algo más. Intentaban encontrar a alguien, Sara o un nombre así. Y sobre que una maldición caería sobre nosotros si tú te Desviabas.

—¿De qué estás hablando?

—No tengo ni idea. ¿Por qué no se lo preguntas a tu tío? A ver si él te dice la verdad de una vez por todas.

Esta vez había ido demasiado lejos.

—Mi tío está arriesgando su vida para protegerme. Siempre ha estado conmigo cuando lo he necesitado. Me trajo aquí en cuanto supe que me podía convertir en un monstruo dentro de unos cuantos meses.

—Pero ¿de qué te está protegiendo? ¿Tú lo sabes?

—¡De mí misma! —gritó. Así que era esto. Abrió la puerta y saltó de mi regazo. La sombra del gigantesco depósito de agua nos aislaba de Summerville, pero el día ya no me pareció tan soleado. Donde antes había un cielo azul sin una nube, ahora empezaba a teñirse de gris.

La tormenta se aproximaba. Ella no quería hablar del tema, pero a mí no me importaba.

—Esto no tiene ningún sentido. ¿Por qué se encuentra con Amma a medianoche para decirle que todavía tenemos el guardapelo? ¿Por qué no quiere que lo tengamos? Y lo más importante de todo, ¿por qué no quieren que estemos juntos?

Allí estábamos los dos, gritándonos en medio del campo. La brisa se estaba transformando en un viento fuerte. El pelo de Lena comenzó a revolotear a su alrededor.

—No lo sé —me increpé—. Los padres quieren separar a los jóvenes, eso es lo que siempre hacen. Si quieres saber el porqué, a lo mejor deberías preguntárselo a Amma. Ella me odia. Ni siquiera puedo ir a buscarte a casa porque te da miedo que nos vea juntos.

El nudo que se me había formado en la boca del estómago se tensó. Estaba enfadado con Amma, más enfadado de lo que había estado en toda mi vida, pero la seguía queriendo. Era ella quien me había dejado las cartas del Ratoncito Pérez bajo la almohada, la que me había curado las heridas de las rodillas y la que me había lanzado miles de pases cuando quise entrar en la liga infantil. Y desde que murió mi madre y mi

padre desapareció, Amma había sido la única que se había preocupado por mí, la única que me había cuidado o vigilado si me saltaba las clases o perdía un partido. Quería pensar que tenía una explicación para todo esto.

—Tú es que no la entiendes. Sólo quiere…

—¿Qué? ¿Protegerte? ¿Igual que mi tío quiere protegerme a mí? ¿Es que no se te ha ocurrido que ellos quizá sólo quieran protegernos a los dos de la misma cosa…? ¿De mí?

—¿Por qué siempre llevas las cosas al mismo punto?

Se apartó, como si pasara de mí y así lo consiguiera.

—¿Y qué otra cosa puede ser? De eso es de lo que va todo esto. Tiene miedo de que te haga daño a ti o a alguna otra persona.

—Estás equivocada. Esto tiene que ver con el guardapelo. Hay algo que ellos no quieren que sepamos. —Me metí la mano en el bolsillo, buscando el contorno de aquel peculiar objeto envuelto en el pañuelo. Después de la última noche, no había forma de que lo apartara de mi vista. Estaba seguro de que Amma iba a ponerse a buscarlo y si lo encontraba, yo no volvería a verlo jamás—. Tenemos que averiguar qué fue lo que pasó después.

—¿Ahora?

—¿Por qué no?

—Ni siquiera sabemos si funcionará o no.

Comencé a desenvolverlo.

—Sólo hay una manera de averiguarlo.

La cogí de la mano, aunque intentó apartarla de un tirón. Toqué el suave metal…

La luz de la mañana se tornó cada vez más brillante hasta que no pude ver otra cosa. Sentí el tirón familiar que me había llevado ciento cincuenta años atrás. Y después un frenazo. Abrí los ojos. Pero en vez del campo fangoso y las llamas en la distancia, todo lo que se veía eran

las sombras del depósito y del coche. El guardapelo no nos había llevado a ninguna parte.

—¿Lo has notado? Comenzó y luego se paró de repente.

Ella asintió y me empujó.

—Creo que estoy mareada o como llames tú al mal cuerpo que tengo ahora mismo.

—¿Lo has bloqueado tú?

—¿De qué estás hablando? Yo no he hecho nada.

—¿Me lo juras? ¿No estás usando tus poderes de *Caster* o algo parecido?

—No, estoy demasiado ocupada intentando desviar de mí tu Poder de Estupidez, aunque creo que no soy lo bastante fuerte.

No tenía mucho sentido, eso de entrar en la visión y luego salir expulsados de ella. ¿Había cambiado algo? Lena lo cogió, y dobló el pañuelo sobre el guardapelo. El mugroso brazalete de cuero que Amma le había dado a Macon captó mi atención.

—Quítate eso. —Deslicé el dedo bajo la cuerdecita y levanté el brazo hasta ponerlo a la altura de mis ojos.

—Ethan, esto es para protegerme. Me dijiste que Amma hace estas cosas continuamente.

—No creo que sea eso.

—¿Qué estás diciendo?

—Digo que quizás esta cosa sea la culpable de que el guardapelo no funcione.

—Ya sabes que no siempre funciona.

—Pero empezó a hacerlo y algo lo detuvo.

Sacudió la cabeza y sus rizos revueltos le rozaron los hombros.

—¿En serio te crees eso?

—Vamos a comprobar si estoy equivocado. Quítatelo.

Me miró como si me hubiera vuelto loco, pero yo tenía claro que era por eso. Ya veríamos.

—Si me equivoco, te lo pones de nuevo.

Dudó un segundo y luego alargó el brazo para que pudiera desatárselo. Solté el nudo y me guardé el amuleto en el bolsillo. Cogí el guardapelo y le agarré la mano.

Cerré la otra alrededor y comenzamos a girar hacia la nada…

Había empezado a llover casi de inmediato. Una lluvia fuerte, un diluvio, como si el cielo hubiera abierto las compuertas. Ivy siempre decía que la lluvia eran las lágrimas de Dios y hoy Genevieve no pudo estar más de acuerdo con ella. Sólo estaba a pocos metros, pero no veía forma de llegar a tiempo. Se arrodilló al lado de Ethan y acunó su cabeza entre las manos. Tenía la respiración agitada, pero aún estaba vivo.

—No, no, a este chico no. Ya te has llevado demasiado. Demasiado. Al chico, no. —La voz de Ivy alcanzó un ritmo febril y luego comenzó a rezar.

—Ivy, ayúdame. Necesito agua, whisky y algo para extraerle la bala.

Genevieve presionó la tela acolchada de su falda en el agujero que había donde antes estaba el pecho de Ethan.

—Te quiero. Me habría casado contigo pensara tu familia lo que pensara —susurró.

—No digas eso, Ethan Cárter Wate. No digas eso como si te fueras a morir. Te vas a poner bien. Ya lo verás —insistió ella, intentando convencerlo a él tanto como a sí misma.

Genevieve cerró los ojos y se concentró en las flores abriéndose, en el llanto de los recién nacidos y en el sol alzándose en el firmamento.

Nacimiento; no muerte.

Se concentró en esas imágenes, deseando que las cosas fueran así. Daban vueltas dentro de su cabeza.

Nacimiento; no muerte.

Ethan se asfixiaba. Ella abrió los ojos y se encontró con los suyos. Durante un instante, el tiempo se detuvo. Después, él cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia un lado.

Genevieve cerró los ojos de nuevo, visualizando las imágenes. Tenía que ser un error, no podía morirse. Ella había convocado todo su poder. Lo había hecho millones de veces antes, moviendo objetos en la cocina de su madre para gastarle bromas a Ivy y para curar pajaritos que se habían caído de sus nidos.

¿Por qué no había funcionado ahora cuando más falta le hacía?

—Ethan, despiértate, por favor, despiértate.

Abrí los ojos. Estábamos de pie en medio del campo, exactamente en el mismo lugar donde habíamos estado antes. Miré a Lena. Tenía los ojos brillantes y estaba a punto de llorar.

—Oh, Dios mío.

Me incliné y toqué las malas hierbas donde nos hallábamos. Había una mancha rojiza en las plantas y en la tierra que había a nuestro alrededor.

—Es sangre.

—¿Su sangre?

—Eso creo.

—Tenías razón. El brazalete estaba bloqueando la visión, pero ¿por qué me dijo el tío Macon que era para protegerme?

—Quizá sí lo sea. Aunque a lo mejor sirve para más cosas.

—No intentes hacer que me sienta mejor.

—Es obvio que hay algo que tiene que ver con el guardapelo, y casi te apostaría que también con Genevieve, que no quieren que sepamos. Tenemos que averiguar todo lo que podamos sobre los dos y hacerlo antes de tu cumpleaños.

—¿Por qué mi cumpleaños?

—Se lo oí anoche a Amma y a tu tío. Sea lo que sea lo que no quieran que sepamos tiene que ver con tu cumpleaños.

Lena aspiró una gran bocanada de aire, como si estuviera intentando mantener la compostura.

—Ellos saben que me voy a convertir en Oscura. De eso es de lo que va todo esto.

—¿Y qué tiene que ver con el guardapelo?

—No lo sé, pero no me importa. Nada de eso importa. Dentro de cuatro meses no seré yo misma, ya has visto cómo es Ridley. En eso es en lo que me voy a transformar, o en algo peor. Si mi tío tiene razón y soy *Natural*, a mi lado Ridley va a parecer una voluntaria de la Cruz Roja.

La atraje hacia mí, envolviéndola entre mis brazos como si pudiera protegerla de algo cuando ambos sabíamos que yo no podía hacerlo.

—No puedes pensar eso. Tiene que haber alguna forma de pararlo, si es que es verdad.

—No lo pillas. No hay forma de detenerlo. Simplemente, pasa. —Estaba elevando la voz y el viento comenzó a repuntar de nuevo.

—Vale, quizá lleves razón. A lo mejor ocurre. Pero vamos a tratar de encontrar algo para que no suceda.

Sus ojos se estaban nublando igual que el cielo.

—¿No podemos disfrutar simplemente del tiempo que nos queda? —Por primera vez, me di cuenta de lo que significaban realmente esas palabras.

El tiempo que nos queda.

No podía perderla. Y no lo haría. Me volvía loco sólo con pensar que tal vez no podría tocarla de nuevo. Más loco que si perdiera a todos mis amigos o si fuera el chico menos popular del colegio. O de que Amma estuviera permanentemente enfadada conmigo. Perderla era lo peor que podía imaginar. Era como si la sintiera caer, pero, esta vez, realmente chocara contra el suelo.

Pensé en el momento en que Ethan Cárter Wate cayó al suelo y en la sangre sobre la hierba. El viento comenzó a aullar. Ya era hora de irnos.

—No hables así, encontraremos una solución.

Pero mientras lo estaba diciendo, no sabía si realmente lo creía.

13 DE OCTUBRE

Marian la bibliotecaria

Habían pasado ya tres días y todavía seguía pensando en ello. Habían disparado a Ethan Cárter Wate y seguramente estaba muerto. Lo había visto con mis propios ojos. Bueno, técnicamente, todos los que habían participado en aquella historia ahora estaban muertos. Pero, de Ethan a Ethan, estaba teniendo problemas para superar la muerte de este soldado confederado en particular. O más bien, de ese desertor confederado. Mi retataratío.

Estuve pensando en ello durante la clase de matemáticas, mientras Savannah metía la pata en la ecuación delante de toda la clase. El señor Bates estaba demasiado ocupado leyendo el último número de *Guns and Ammo* para darse cuenta. Seguí pensando en ello durante la reunión de los Futuros Granjeros Americanos, ya que no pude encontrar a Lena y terminé sentándome con la banda. Link se había puesto con los chicos unas cuantas filas a mis espaldas, pero no me di cuenta hasta que Shawn y Emory comenzaron a hacer ruidos de animales. Al cabo de un rato dejé de escucharlos, pues mi mente regresó a Ethan Cárter Wate.

No sólo era porque era confederado. Todo el mundo en el condado de Gatlin estaba emparentado con alguien del lado perdedor en la Guerra de Secesión. A estas alturas, ya estábamos acostumbrados a eso. Era como haber nacido en Alemania después de la Segunda Guerra Mundial,

en Japón después de Pearl Harbor o en América tras Hiroshima. A veces, la historia es un asco y uno no puede cambiar el lugar de donde es. Aun así, uno no tiene que quedarse en ese sitio. No hay por qué aferrarse al pasado, como las señoras de las Hijas de la Revolución Americana, de la Sociedad Histórica de Gatlin o las Hermanas. Y no hay por qué aceptar que las cosas son como tienen que ser, tal como hacía Lena. Ethan Cárter Wate no lo hizo y yo tampoco podía hacerlo.

Todo cuanto sabía, ahora que conocía al otro Ethan Wate, era que teníamos que averiguar más cosas de Genevieve. En primer lugar, quizás había alguna razón por la que nos hubiéramos encontrado el guardapelo. Y a lo mejor también había otra para que nos hubiéramos tropezado el uno con el otro en un sueño, incluso aunque fuera algo más parecido a una pesadilla.

Si las cosas hubieran sido normales y mi madre viviera, le habría preguntado qué hacer. Pero ella ya no estaba y mi padre se hallaba demasiado perdido en su mundo para servir de alguna ayuda, del mismo modo que Amma no estaría dispuesta a ayudarnos con nada que tuviera que ver con el guardapelo. Lena seguía tomándose mal lo de su tío Macon; la lluvia que caía fuera la delataba. Se suponía que tenía que hacer los deberes, lo que significaba que necesitaba más o menos un litro y medio de batido de chocolate y tantas galletas como me cupieran en la otra mano.

Caminé pasillo abajo hacia la cocina y me detuve frente al estudio. Mi padre estaba duchándose. Ése era apenas el único rato que solía estar fuera de allí, de modo que la puerta seguramente estaría cerrada. Siempre lo estaba desde el incidente del manuscrito.

Me quedé mirando el pomo de la puerta y eché un vistazo a ambos extremos del pasillo. Coloqué las galletas como pude encima del batido y alargué la mano. Antes de que llegara a tocar el picaporte siquiera, escuché el sonido de la cerradura abriéndose. La puerta se abrió ella sola,

como si alguien la hubiera abierto desde dentro. Se me cayeron las galletas al suelo.

Hacía casi un mes no me lo habría podido creer, pero ahora sabía más cosas. Esto era Gatlin. No el Gatlin que yo pensé que conocía, sino algún otro que aparentemente había estado escondido desde siempre. Un pueblo donde la chica que me gustaba pertenecía a una larga saga de *Casters*, la asistenta de mi casa era una Vidente que leía huesos de pollo en el pantano y llamaba a los espíritus de sus ancestros muertos e incluso mi padre actuaba como un vampiro.

No había nada que fuera lo bastante increíble en este nuevo Gatlin. No deja de ser gracioso que uno pueda estar viviendo toda la vida en un lugar y no lo conozca en absoluto.

Empujé la puerta, con lentitud, tímidamente. Apenas atisbé el estudio, la esquina con las estanterías empotradas, atestadas con los libros de mi madre y los restos de la Guerra de Secesión que solía recoger por todas partes. Respiré. No me extrañaba que mi padre hubiera salido del estudio.

Casi podía verla allí, acurrucada en su viejo sillón para leer al lado de la ventana. O también podría haber estado escribiendo a máquina al otro lado de la puerta. Todo estaba como siempre, y si abría la puerta un poco más, tendría incluso la sensación de su presencia en aquel lugar. Pero no se oía a nadie escribiendo y sabía que ella no estaba allí y que no volvería a estar nunca más.

Los libros que necesitaba estaban en las estanterías. La única que sabía más de la historia del condado de Gatlin que las Hermanas era mi madre. Di un paso hacia delante, empujando la puerta sólo unos centímetros más.

—Por la Sagrada Forma del Cielo y de la Tierra, Ethan Wate, si osas poner un pie en esa habitación, tu padre te va a dejar fuera de combate hasta la semana que viene.

Casi se me cayó el batido. Amma.

—No estoy haciendo nada. La puerta se ha abierto.

—Debería darte vergüenza. No hay un fantasma en Gatlin que se atreva a poner el pie en el estudio de tu padre y de tu madre, salvo el de ella misma. —Me miró desafiante. Había algo en sus ojos que me hizo preguntarme si estaba intentando decirme algo, posiblemente la verdad. A lo mejor era mi madre la que había abierto la puerta.

Porque una cosa estaba clara: algo o alguien quería que yo entrara en aquel estudio, del mismo modo que otro quería mantenerme alejado.

Amma cerró de un portazo. Sacó una llave del bolsillo y la giró en la cerradura. Escuché el clic y comprendí que mi oportunidad se había pasado tan rápidamente como había aparecido. Se cruzó de brazos.

—Es un día normal de clases. ¿No tienes que estudiar?

La miré, fastidiado.

—¿No tienes que volver a la biblioteca? ¿Habéis terminado Link y tú el trabajo?

Y entonces caí en la cuenta.

—Ah, sí, claro, la biblioteca. De hecho, es adónde iba. —La besé en la mejilla y me marché corriendo.

—Saluda a Marian de mi parte, y no llegues tarde a cenar.

La vieja Amma. Siempre tenía respuestas para todo, lo supiera o no, quisiera darlas o no.

Lena me estaba esperando en el aparcamiento de la biblioteca del condado de Gatlin. El hormigón resquebrajado todavía estaba mojado y brillante después de la lluvia. Aunque todavía faltaban dos horas para que se cerrara, su coche era el único que había en el aparcamiento, a excepción de una vieja camioneta color turquesa. Baste decir que no era una gran biblioteca como las de la ciudad. No había muchas cosas que quisiéramos saber, salvo que fuera algo relativo a nuestro pueblo, y si tu

abuelo o tu bisabuelo no te lo podían contar, seguro que no merecía la pena saberlo.

Lena estaba apoyada en una pared del edificio, escribiendo en su cuaderno. Llevaba unos vaqueros rotos, unas katiuskas grandes y una suave camiseta negra. Entre los rizos, le colgaban alrededor de la cara pequeñas trencitas. Casi parecía una chica normal y yo no estaba seguro de querer que lo fuera. Sí estaba seguro de que quería volver a besarla, pero eso tendría que esperar. Si Marian nos ayudaba, tendría muchas más oportunidades de besarla.

Volví a repasar el cuaderno de juego. Bloqueo directo.

—¿De verdad crees que aquí hay algo que pueda interesarnos? —Lena alzó la vista de su cuaderno hacia mí.

Tiré de ella.

—No algo. Alguien.

La biblioteca era preciosa. Había pasado muchas horas en ella cuando era pequeño y había heredado de mi madre la idea de que una biblioteca era una especie de templo. Ésta en particular era uno de los pocos edificios que habían sobrevivido a la marcha de Sherman y a la Gran Quema. Este edificio y el de la Sociedad Histórica eran los más antiguos del pueblo, aparte de Ravenwood. Era una venerable casa victoriana de dos plantas, vieja y erosionada por el tiempo, con la pintura cayéndose a pedazos y sus buenas décadas de parras durmiendo alrededor de sus puertas y ventanas. Olía a madera envejecida y a creosota, al forro de plástico de los libros y a papel viejo. El de papel viejo, a decir de mi madre, era en sí el olor del tiempo.

—No lo pillo. ¿Por qué la biblioteca?

—No sólo es la biblioteca, sino Marian Ashcroft.

—¿La bibliotecaria? ¿La amiga del tío Macon?

—Marian era la mejor amiga de mi madre y su colega de investigación. Aparte de mi madre, es la persona que mejor conoce el condado de Gatlin y la tía más lista del pueblo en este momento.

Lena se me quedó mirando, escéptica.

—¿Más inteligente que el tío Macon?

—Vale. La mortal más inteligente de Gatlin.

Nunca conseguí imaginarme qué hacía una persona como Marian en un pueblo como Gatlin. «Aunque vivas en mitad de la nada», me dijo un día, mientras se comía un sandwich de atún con mi madre, «no significa que no *sepas* nada de ese *lugar*. No tenía ni idea de lo que quería decir con eso, aunque lo cierto era que la mitad de las veces tampoco me enteraba mucho de lo que estaba hablando. Quizás ése era el motivo por el cual Marian se llevaba tan bien con mi madre. La otra mitad del tiempo tampoco pillaba mucho de lo que decía mi madre. Como ya he dicho, era probablemente la mejor cabeza del pueblo o tal vez la que tenía más personalidad.

Mientras caminábamos por la biblioteca vacía, Marian deambulaba entre las estanterías descalza, lamentándose como un loco sacado de una tragedia griega, la cual era aficionada a declamar. Como la biblioteca era como una ciudad fantasma, salvo por la visita ocasional de alguna señora de las Hijas de la Revolución Americana para consultar algún dato genealógico poco claro, Marian tenía todo el lugar a su disposición.

—¿En tu conocimiento está?

Seguí su voz profunda entre las estanterías.

—¿A tus oídos ha llegado?

Giré donde ponía Ficción y allí estaba, balanceándose, sujetando una pila de libros en sus brazos y mirando hacia mí pero sin verme.

—¿O te ha sido ocultado…?

Lena dio un paso detrás de mí.

—¿… que nuestros seres queridos han sido amenazados…?

Marian miró hacia Lena con sus gafas rojas y cuadradas.

—¿… con la maldición de nuestros enemigos?

Marian estaba allí y no estaba. Conocía bien esa mirada y sabía que, como siempre tenía una cita para todo, no las solía escoger al azar. ¿Qué maldición de mis enemigos me amenazaba a mí o a mis amigos? Si esa amiga era Lena, no estaba seguro de querer saberlo.

Yo leía mucho, pero, desde luego, no tragedia griega.

—¿Edipo rey?

Abracé a Marian sobre la pila de libros. Me devolvió el abrazo con tanta fuerza que apenas podía respirar y una pesada biografía del general Sherman se me clavó en las costillas.

—Antígona —dijo Lena a mi espalda.

Fantasma.

—Muy bien. —Sonrió Marian por encima de mi hombro.

Le hice una mueca a Lena, que se encogió de hombros.

—Lo sé por los deberes.

—Siempre me impresiona conocer a un joven que haya leído *Antígona*.

—Todo lo que recuerdo es que quería enterrar a un muerto.

Marian nos sonrió. Luego puso la mitad de los libros en mis brazos y la otra mitad en los de Lena. Su rostro al sonreír era tan espectacular que bien podría haber aparecido en la portada de una revista. Su dentadura era perfecta y su piel de un precioso color marrón, de modo que parecía más una modelo que una bibliotecaria. Era muy guapa y de aspecto exótico, una mezcla de tantas sangres que observarla era como contemplar la historia del sur: tenía antepasados de las Indias Occidentales, las Antillas Menores, Inglaterra, Escocia, e incluso nativoamericanos. Su árbol genealógico sería en realidad todo un bosque de árboles para que pudieran reflejar su ascendencia.

Aunque nosotros estábamos al sur de algún sitio y al norte de ninguna parte, como diría Amma, Marian Ashcroft vestía como si estuviera aún dando clases en Duke. Su ropa, sus joyas, todo tenía su toque

personal; sus preciosos y coloridos pañuelos parecían ser de otro sitio y le sentaban fenomenal con su pelo tan corto, supermodemo, aunque ésa no era su intención.

Marian no parecía del condado de Gatlin, igual que Lena, y eso que ella había vivido aquí tanto tiempo como mi madre. Ahora, incluso más tiempo que ella.

—Te he echado mucho de menos, Ethan. Y tú, tú debes de ser la sobrina de Macon, Lena. Nuestra infame recién llegada al pueblo. La chica de la ventana. Oh, sí, claro que he oído hablar de ti. Las señoras hablan de ello.

Seguimos a Marian hasta el mostrador principal. Puso los libros en un carrito para colocarlos en su sitio.

—No se crea nada de lo que oiga, doctora Ashcroft.

—Por favor, Marian.

Casi se me cayó uno de los libros. Marian era la doctora Ashcroft para casi todo el mundo, exceptuando mi familia. Le estaba ofreciendo a Lena entrar en su círculo más íntimo y no tenía ni idea de por qué.

—Marian. —Lena sonrió. Ésta era su primera prueba de nuestra famosa hospitalidad sureña, quitándonos a Link y a mí, y procedía de otra persona ajena a la comunidad.

—La única cosa que yo quiero saber es, cuando rompiste la ventana con el palo de tu escoba, ¿no te cargaste a la generación futura de las Hijas de la Revolución Americana? —Marian comenzó a cerrar las persianas y nos hizo un gesto para que le ayudáramos.

—Claro que no. Si lo hubiera hecho, ¿de dónde habría sacado toda esa publicidad gratis?

Marian echó la cabeza hacia atrás y se rio, pasando el brazo por el hombro de Lena.

—Un buen sentido del humor, Lena. Eso te hará mucha falta para sobrevivir en este pueblo.

Lena suspiró.

—He escuchado muchas burlas y casi todas sobre mí.

—Ah, pero… «Los monumentos elevados al ingenio sobreviven a los elevados al poder».

—¿Es de Shakespeare? —Me sentía un poco marginado de la conversación.

—Casi, sir Francis Bacon. Aunque claro, si eres de los que piensan que fue él quien escribió las obras de Shakespeare, supongo que has acertado a la primera.

—Me rindo.

Marian me revolvió el pelo.

—Has crecido casi medio metro desde la última vez que te vi, E.W. ¿Con qué te alimenta Amma? ¿Pastel para desayunar, almorzar y cenar? Tengo la sensación de que no te he visto desde hace un siglo.

La miré.

—Ya lo sé, lo siento. Simplemente, no me apetecía mucho… leer.

Marian sabía que estaba mintiendo, pero me entendió. Se acercó a la puerta y cambió el letrero de Abierto por el de Cerrado. Echó el cerrojo y sonó un chasquido seco. Me recordó al del estudio.

—¿Pero la biblioteca no está abierta hasta las nueve? —Si no era así, perdería una excusa estupenda para poder salir a escondidas con Lena.

—Hoy no. La bibliotecaria jefe ha declarado que hoy es la Fiesta de la Biblioteca del Condado de Gatlin. Es bastante espontánea en estas cosas. —Guiñó un ojo—. Para ser bibliotecaria, claro.

—Gracias, tía Marian.

—Ya sé que no estarías aquí si no tuvieras una razón y sospecho que tiene toda la pinta de referirse a la sobrina de Macon Ravenwood. Así que, ¿por qué no nos vamos a la habitación de atrás, hacemos un té e intentamos ser razonables? —A Marian le gustaban los juegos de palabras.

—Es más que una pregunta, la verdad. —Lo sentía en mi bolsillo, donde el guardapelo seguía envuelto en el pañuelo de Sulla la Profetisa.

—«Cuestiónalo todo. Aprende algo. Pero no esperes respuestas».

—¿Homero?

—Eurípides. Y mejor será que aparezcan algunas respuestas, E.W., o la verdad es que vamos a tener que ir a una de esas reuniones del consejo escolar.

—Pero has dicho que no esperemos respuestas.

Abrió una puerta con un letrero donde ponía ARCHIVO PRIVADO.

—¿He dicho eso?

Como Amma, Marian siempre parecía tener respuestas para todo. Como cualquier buena bibliotecaria.

Como mi madre.

Nunca había pisado antes el archivo privado de Marian, la habitación de atrás. Ahora que lo pensaba, no conocía a nadie que hubiera estado allí, salvo mi madre. Era el espacio que ellas compartían, el lugar donde escribían e investigaban y quién sabía qué más cosas. Ni siquiera mi padre podía entrar. Me acordé de Marian deteniéndole en la puerta, mientras mi madre examinaba un documento histórico:

—Privado quiere decir privado.

—Es una biblioteca, Marian. Las bibliotecas se han creado para democratizar el conocimiento y hacerlo público.

—Por aquí las bibliotecas se han creado para que los Alcohólicos Anónimos tengan un lugar donde reunirse cuando los baptistas les dan la patada.

—Marian, no seas ridícula. Sólo es un archivo.

—No pienses en mí como una bibliotecaria. Piensa en mí como en una científica pirada y éste es mi laboratorio secreto.

—Estás loca de verdad. Sólo estáis mirando viejos papeles destrozados.

—«Si revelas nuestros secretos al viento, no culpes al viento de que se los cuente a los árboles».

—Khalil Gibran —le espetó como respuesta.

—«Tres pueden mantener un secreto siempre que dos estén muertos».

—Benjamín Franklin.

Al final, mi padre abandonó todo intento de entrar en el archivo. Así que nos volvimos a casa y nos comimos un helado de chocolate con nueces. Después de aquello siempre pensé en mi madre y en Marian como en dos imparables fuerzas de la naturaleza. Dos científicas piradas, como ella había dicho, encadenadas al laboratorio. Escribían libros como salchichas, uno detrás de otro; incluso habían llegado a ser finalistas de los Premios Voice of the South, el equivalente sureño del Pulitzer. Mi padre estaba extremadamente orgulloso de mi madre, de las dos, aunque nos arrollaban un poco a nosotros en su camino. «Una mente llena de vida», así es como él describía a mi madre, especialmente cuando se encontraba en mitad de un proyecto. Entonces era cuando parecía más ausente y, de alguna manera, cuando él parecía amarla más.

Y ahora, aquí estaba yo, en el archivo privado, sin mi padre ni mi madre, y sin el helado de chocolate con nueces a mano. Las cosas estaban cambiando rápidamente, teniendo en cuenta que Gatlin era un pueblo que no cambiaba en absoluto.

La habitación estaba revestida en madera y era seguramente la más oscura del tercer edificio más antiguo de Gatlin, pues estaba aislada y ni siquiera tenía ventanas. En el centro de la estancia había cuatro grandes mesas de roble dispuestas en paralelo. Cada centímetro de las paredes estaba cubierto de libros. *Municiones y artillería de la Guerra de Secesión. El rey algodón: el oro blanco del sur*. Había varios manuscritos en unas gavetas metálicas y diversos archivadores atestados se alineaban en una estancia más pequeña que había al final del archivo.

Marian se ocupó de poner la tetera en el hornillo. Lena se encaminó hacia una pared en la que había colgados varios mapas del condado de Gatlin, bastante estropeados, tan antiguos como las mismas Hermanas.

—Mira, Ravenwood. —Lena movió el dedo por el cristal—. Y aquí está Greenbrier. En este mapa se ve mucho mejor la línea que separa las dos propiedades.

Avancé hasta la esquina más alejada de la habitación, donde había una mesa solitaria cubierta por una fina capa de polvo y alguna ocasional tela de araña. Unos viejos estatutos de la Sociedad Histórica yacían abiertos, con nombres rodeados por círculos y un lápiz todavía metido en el lomo. Al lado, había un papel de calco con un mapa superpuesto sobre un plano del actual Gatlin, parecía alguien había intentado excavar mentalmente el viejo pueblo bajo el nuevo. Y encima de todo estaba una foto del cuadro que había en el vestíbulo de la casa de Macon Ravenwood.

La mujer con el guardapelo.

Genevieve. Tiene que ser Genevieve. Tenemos que contárselo, Lena. Tenemos que preguntarle si sabe algo.

No podemos. No podemos confiar en nadie. Ni siquiera sabemos por qué tenemos estas visiones.

Lena, confía en mí.

—¿Qué es todo esto que hay por aquí, tía Marian?

Me miró y su rostro se nubló ligeramente.

—Ése era nuestro último proyecto. De tu madre y mío.

¿Por qué tenía mi madre una foto del cuadro de Ravenwood?

No lo sé.

Lena se acercó también a la mesa y cogió la foto del cuadro.

—Marian, ¿qué hacíais aquí con esta pintura?

Nos dio a cada uno una taza de té con su platito. Ésta era otra cosa típica de Gatlin, se usaba un platito a todas horas, daba igual para qué.

—Seguro que la has reconocido, Lena, pertenece a tu tío Macon. De hecho, esa foto me la envió él.

—Pero ¿quién es la mujer?

—Genevieve Duchannes, pero suponía que ya lo sabrías.

—Pues la verdad es que no.

—¿No te ha enseñado tu tío nada de tu genealogía?

—No me cuenta nada de mis parientes muertos. Nadie quiere sacar el tema de mis padres.

Marian se dirigió hacia una de las gavetas y rebuscó algo.

—Genevieve Duchannes era tu trastatarabuela, un personaje muy interesante, la verdad. Lila y yo estuvimos reconstruyendo el árbol genealógico de los Duchannes para un proyecto en el que nos estaba ayudando tu tío Macon, justo hasta… —Bajó la mirada—, el año pasado.

¿Mi madre conocía a Macon Ravenwood? Creí que él había dicho que sólo conocía sus trabajos.

—¿Te gustaría ver tu árbol genealógico? —Marian sacó unos cuantos pergaminos amarillentos. Extendió el árbol familiar de Lena al lado del de Macon.

Señalé el de Lena.

—Qué raro. Todas las mujeres de tu familia se apellidan Duchannes, incluso las casadas.

—Es algo típico de mi familia. Las mujeres mantienen su apellido de soltera, incluso aunque se casen. Siempre ha sido así.

Marian miró a Lena.

—Suele ocurrir en linajes de sangre donde las mujeres se consideran particularmente poderosas.

Yo quería cambiar de tema. No deseaba abundar mucho en el asunto de las mujeres poderosas de la familia de Lena con Marian, especialmente considerando que no cabía duda de que Lena era una de ellas.

—¿Por qué estabais haciendo mamá y tú el árbol genealógico de los Duchannes? ¿Cuál era el proyecto?

Marian removió su té.

—¿Azúcar?

Ella apartó la mirada mientras yo me echaba el azúcar.

—En realidad, estábamos interesadas sobre todo en este guardapelo. —Señaló una fotografía de Genevieve en la que ella lo llevaba puesto—. Es una historia especial. En realidad, es una historia sencilla, una historia de amor. —Sonrió con tristeza—. Tu madre era una romántica empedernida, Ethan.

Lena y yo intercambiamos una mirada. Ambos sabíamos lo que Marian iba a contar.

—Esto os interesa a los dos en particular, puesto que esta historia de amor implicó a un Wate y a una Duchannes. Un soldado confederado y una bella señora de Greenbrier.

Las visiones del guardapelo. El incendio de Greenbrier. El último libro de mi madre trataba sobre todo lo que había ocurrido entre Genevieve y Ethan, la trastatarabuela de Lena y mi trastataratío.

Mi madre estaba trabajando en ese libro cuando murió. Todo me daba vueltas. Gatlin era así, aquí nada sucedía por casualidad.

Lena estaba pálida. Se inclinó hacia delante y me tocó la mano, que descansaba sobre la mesa polvorienta. De repente, sentí la familiar punzada de la descarga eléctrica.

—Aquí. Éste es el documento que puso en marcha todo el proyecto.

Marian extendió dos hojas de pergamino en la mesa de roble de al lado. Me alegré para mis adentros de que no alterara la mesa de trabajo de mi madre. Pensé en ello como en una especie de tributo a su memoria, más apropiado para su forma de ser que los claveles que cualquiera hubiera puesto en su lápida. Incluso las Hijas de la Revolución Americana, cuando fueron al funeral, soltaron claveles como locas, aunque mi madre lo habría odiado. Todo el pueblo, los baptistas, los metodistas, incluso los pentecostalistas acudían cuando había una muerte, un nacimiento o una boda.

—Puedes leerlo, pero no lo toques. Es uno de los documentos más antiguos que hay en Gatlin.

Lena se inclinó sobre el papel, sujetándose el pelo hacia atrás para que no rozara la superficie del viejo pergamino.

—Ellos estaban desesperadamente enamorados, pero eran demasiado distintos. —Escrutó el documento—. Él dice que eran Especies Diferentes. La familia de ella estaba intentando separarles y él se alistó, a pesar de que no creía en esa guerra, con la esperanza de que luchar por el sur le valiera la aceptación de la familia.

Marian cerró los ojos y recitó:

—«Me daría igual ser un mono que un hombre, para lo que me va a servir en Greenbrier. Aunque sea un mero mortal, se me rompe el corazón de pena ante el pensamiento de pasar el resto de mi vida sin ti, Genevieve».

Sonaba a poesía, y me lo imaginé como algo que Lena hubiera podido escribir.

Marian abrió los ojos de nuevo.

—Como si fuera Atlas acarreando el peso del mundo sobre sus espaldas.

—Todo es muy triste —dijo Lena, mirándome.

—Estaban enamorados y había una guerra. Odio tener que decíroslo, pero todo terminó mal, o eso parece —dijo Marian, terminándose su té.

—¿Y qué pasó con el guardapelo? —Señalé la foto, casi con miedo de preguntar.

—Se supone que Ethan se lo dio a Genevieve como una promesa de compromiso secreto. Nunca sabremos lo que pasó con él. Nadie lo volvió a ver después de la noche de la muerte de Ethan. El padre de la chica la obligó a casarse con otro, pero la leyenda dice que ella conservó el guardapelo y fue enterrada con él. También se dice que el vínculo destrozado de un corazón roto es un talismán poderoso.

Me estremecí. Aquel amuleto poderoso no había sido enterrado con Genevieve, sino que estaba en mi bolsillo y, según Amma y Macon, se había convertido en un talismán Oscuro. Lo sentía latir, como si estuviera envuelto en brasas.

Ethan, no lo hagas.

Tenemos que hacerlo. Ella puede ayudarnos. Mi madre también podría haberlo hecho.

Metí una mano en el bolsillo, aparté el pañuelo para tocar el estropeado camafeo y a la vez cogí la mano de Marian, esperando que fuera una de esas veces en las que funcionase. Se le cayó la taza de té al suelo y la habitación comenzó a girar.

—Ethan! —gritó Marian.

Lena le cogió la mano también. La luz de la habitación se diluyó en la oscuridad.

—No te preocupes, estaremos contigo todo el tiempo. —La voz sonó muy lejana y escuché a lo lejos el estruendo de los disparos.

En apenas unos instantes, la lluvia inundó la biblioteca…

La lluvia caía torrencialmente sobre ellos. El viento se agitó y comenzó a sofocar las llamas, aunque ya era demasiado tarde.

Genevieve observó lo que quedaba de la gran casa. Lo había perdido todo: a su madre, a Evangeline. No podía perder a Ethan también.

Ivy atravesó el lodo corriendo hasta llegar a su lado, usando la falda para llevar las cosas que ella le había pedido.

—Llego demasiado tarde, Dios de los cielos, es demasiado tarde —gritó Ivy y luego miró a su alrededor con nerviosismo—. Vámonos, señorita Genevieve, aquí ya no hay nada que podamos hacer.

Pero estaba equivocada. Aún quedaba algo por hacer.

—Todavía no es demasiado tarde. Todavía no es demasiado tarde —repetía una y otra vez.

—Está diciendo tonterías, niña.

Ella le devolvió la mirada a la criada, desesperada.

—Necesito el libro.

Ivy retrocedió, sacudiendo la cabeza.

—No, no puede usted andar con ese libro. Usted no sabe lo que está haciendo.

Genevieve cogió a la anciana por los hombros.

—Ivy, es la única manera. Tienes que dármelo.

—No sabe usted lo que pide. No sabe usted nada de ese libro…

—Dámelo o lo encontraré yo misma.

El humo negro surgía a sus espaldas y el fuego chisporroteaba al devorar lo que quedaba de la casa.

Ivy transigió. Se recogió las faldas destrozadas y la llevó más allá de lo que había sido el limonero de su madre. Genevieve jamás había traspasado ese punto. Allí no había nada más que campos de algodón o, al menos, eso era lo que le habían dicho. Y nunca había tenido motivos para adentrarse en esos campos salvo en aquellas raras ocasiones en que Evangeline y ella habían jugado al escondite.

Pero el itinerario de Ivy seguía una dirección definida. Sabía exactamente hacia dónde iban. En la distancia, Genevieve aún podía escuchar el sonido de los disparos y los gritos penetrantes de sus vecinos mientras veían cómo se quemaban sus casas.

Ivy se detuvo cerca de una maraña de parras silvestres, romero y jazmín abriéndose camino hasta llegar al lado de un viejo muro de piedra. Allí había una arcada antigua, escondida bajo la maleza. Ivy se inclinó y caminó al amparo del arco, seguida por Genevieve. El arco debía de pertenecer a un muro más largo, puesto que toda la zona estaba cerrada hasta conformar un círculo perfecto, con los muros oscurecidos por los años en que lo habían cubierto las parras silvestres.

—¿Qué es este lugar?

—Un lugar del cual su madre no quería que usted supiera nada, ni siquiera lo que era.

A lo lejos, Genevieve distinguió una serie de piedrecitas que emergían entre las cañas. Era el cementerio familiar. Recordó haber estado allí una vez cuando era muy pequeña, al morir su bisabuela. El funeral tuvo lugar por la noche y su madre había permanecido entre las cañas a la luz de la luna, susurrando palabras en un idioma que ni ella ni su hermana reconocieron.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

—Quería usted ese libro, ¿no?

—¿Está aquí?

Ivy se detuvo y miró a Genevieve, confusa.

—¿Y en qué otro sitio podría estar?

Más allá había otra estructura, escondida a su vez entre las parras silvestres. Una cripta. Ivy se detuvo ante la puerta.

—¿Está usted segura de que quiere…?

—¡No tenemos tiempo para esto! —Genevieve alargó la mano hacia el pomo, pero no había ninguno—. ¿Cómo se abre esto?

La mujer se puso de puntillas, tanteando por encima de la puerta. Allí, iluminada a la luz lejana de los incendios, había una pequeña pieza de piedra pulida tallada con una luna creciente. Ivy la presionó y empujó. La puerta comenzó a deslizarse con el sonido del roce de las piedras. La criada rebuscó una vela al otro lado del umbral.

La luz de la candela iluminó la pequeña habitación. Apenas medía unos cuantos metros, pero los laterales estaban forrados de estanterías de madera donde se apilaban toda clase de diminutos frasquitos y botellas, llenos de flores, polvos y líquidos turbios. En el centro de la habitación había una desgastada mesa de piedra con una vieja caja de madera encina, una caja modesta desde todos los puntos de vista, su único adorno era una diminuta luna creciente tallada en la tapa, similar a la que había en la puerta.

—Yo no lo pienso tocar —anunció Ivy en voz muy baja, como si pensara que la caja pudiera oírla.

—Ivy, es sólo un libro.

—Esa cosa no es sólo un libro, y menos aún para su familia.

Genevieve abrió la tapa con delicadeza. La cubierta del tomo era de agrietada piel negra, cuyo aspecto ahora era más gris que otra cosa y no tenía título alguno, sólo la misma luna creciente repujada en la parte delantera. Genevieve alzó el volumen con vacilación. Sabía que Ivy era muy supersticiosa y aunque se había burlado de la anciana, también sabía que era una mujer sabia. Leía las cartas y las hojas del té que su madre consultaba casi para todo, desde el mejor día para plantar hortalizas y evitar las heladas hasta para saber las hierbas apropiadas para curar un resfriado.

El libro tenía un tacto cálido, como si estuviera vivo y respirara.

—¿Por qué no tiene título? —preguntó la joven.

—El que un libro no tenga título no quiere decir que no tenga nombre. Se llama El libro de las lunas.

No había más tiempo que perder. Siguió el resplandor de las llamas a través de la oscuridad hasta lo que quedaba de Greenbrier y Ethan.

Lo hojeó. Había cientos de hechizos, ¿cómo iba a encontrar el apropiado? Y entonces lo vio; estaba en latín, una lengua que conocía bien. Su madre había traído del norte a un tutor para asegurarse de que tanto Evangeline como ella lo aprendían. Para su familia, era la lengua más importante de todas.

El hechizo Vinculante, para Vincular la muerte a la vida.

Genevieve apoyó el libro sobre el suelo, al lado de Ethan, recorriendo con el dedo el primer verso del conjuro.

Ivy le cogió la muñeca y se la sujetó con fuerza.

—Esta noche no es apropiada para esto. La media luna es para la magia blanca y la luna llena para la negra. Si no hay luna, eso es otra cosa.

La chica se soltó de un tirón del puño de la anciana.

—No tengo elección. Es la única noche que tenemos.

—Señorita Genevieve, ha de entenderlo. Esas palabras son más que un hechizo, son un trato. No puede usar El libro de las lunas sin dar algo a cambio.

—No me importa el precio. Estamos hablando de la vida de Ethan. Ya he perdido todo lo demás.

—Este chico ya no tiene vida alguna. Le han disparado y la ha perdido. Lo que intenta hacer es algo contra natura y de ahí no saldrá nada bueno.

Genevieve sabía que la criada tenía razón. Tanto su madre como Evangeline la habían advertido a menudo de que debía obedecer siempre las Leyes Naturales. Iba a cruzar una línea que ninguno de los hechiceros de su familia había cruzado jamás.

Pero todos habían desaparecido y ella era la única que quedaba.

Tenía que intentarlo.

—¡No! —Lena se soltó de nuestras manos, rompiendo el círculo—. Se convirtió en Oscura, ¿no lo entendéis? Genevieve estaba usando magia negra.

Le sujeté las manos, pero ella intentó soltarse y apartarme. Generalmente lo que percibía en Lena era una especie de alegre calidez, pero en ese momento parecía un tornado.

—Lena, tú no eres ella, y yo no soy él. Todo eso ocurrió hace más de cien años.

Se puso histérica.

—Ella soy yo, por eso el guardapelo quiere que vea esto. Es un aviso para que me aparte de ti, y así no te haré daño si me vuelvo Oscura.

Marian abrió los ojos y me parecieron más grandes de lo que jamás los había visto. Su pelo corto, generalmente bien peinado, parecía

revuelto por el viento. Tenía aspecto de estar cansada, pero llena de júbilo. Ya conocía esa mirada, era la misma de mi madre, como si se la hubiera robado, especialmente en torno a los ojos.

—Todavía no te han Llamado, Lena. No eres buena ni mala. Así es tal y como uno se siente cuando se tienen quince años y medio en la familia Duchannes. Conocí a un montón de *Casters* en mis tiempos y entre ellos a una buena cantidad de Duchannes, tanto Oscuros como Luminosos.

Lena, aturdida, se quedó mirando a Marian, que intentaba recuperar el aliento.

—No te vas a convertir en Oscura. Eres tan melodramática como Macon. Así que ahora cálmate.

¿Cómo sabía ella lo del cumpleaños de Lena? ¿Cómo sabía ella que existían los *Casters?*

—Tenéis el guardapelo de Genevieve. ¿Por qué no me lo habíais dicho?

—No sabíamos qué hacer, cada uno nos dice cosas distintas.

—Dejadme verlo.

Metí la mano en el bolsillo. Lena puso la mano en mi brazo y vacilé. Marian había sido la mejor amiga de mi madre y era como de la familia. Sabía que no tenía que preguntarle por qué, pero ya me había pasado algo parecido con Amma, y se había encontrado con Macon Ravenwood en la ciénaga, cosa que jamás me hubiera podido imaginar.

—¿Cómo sabemos que se puede confiar en ti? —pregunté, sintiéndome mal por plantear la pregunta.

—«La mejor manera de averiguar si puedes confiar en alguien es hacerlo».

—¿Elton John?

—Casi. Ernest Hemingway, a su manera, una especie de estrella del rock de su época.

Sonreí, pero Lena no parecía muy dispuesta a disipar sus dudas.

—¿Por qué deberíamos confiar en ti cuando todo el mundo nos ha estado ocultando cosas?

Marian se puso seria.

—Precisamente porque ni soy Amma ni el tío Macon. Tampoco soy tu abuela o tu tía Delphine. Soy mortal, alguien neutral. Entre la magia blanca y la negra, entre los Oscuros y los Luminosos, ha de haber alguien en medio que sirva de punto de equilibrio… y ese alguien soy yo.

Lena retrocedió, apartándose de ella. Eso era inconcebible para ambos. ¿Cómo podía Marian saber tantas cosas sobre la familia de Lena?

—¿Qué eres tú? —En la familia de Lena, ésa no era una pregunta cualquiera.

—Soy la bibliotecaria jefe del condado de Gatlin, lo mismo que he sido desde que me mudé aquí, y lo mismo que siempre seré. Yo no soy una *Caster*, sólo guardo los archivos y protejo los libros. —Marian se atusó el pelo—. Soy la Guardiana, una más en una larga lista de mortales a los que se les ha confiado la historia y los secretos de un mundo del que nunca seremos parte del todo. Siempre ha de haber uno y, ahora, soy yo.

—Tía Marian, ¿de qué estás hablando? —Me había perdido.

—Para que nos entendamos, hay bibliotecas y, además, otro tipo de bibliotecas distintas. Yo doy servicio a todos los buenos ciudadanos de Gatlin, tanto si son *Casters* como mortales. Y todo funciona bastante bien, ya que este segundo tipo es más bien un trabajo nocturno.

—¿A qué te refieres…?

—A la biblioteca *Caster* del condado de Gatlin. Y, evidentemente, yo soy la bibliotecaria también. La bibliotecaria jefe *Caster*.

Me quedé mirando fijamente a Marian como si estuviera viéndola por primera vez. Me devolvió la mirada con sus mismos ojos marrones y la misma sonrisa sabia de siempre. Tenía el mismo aspecto, pero, de alguna manera, era totalmente distinta. Siempre me había preguntado por

qué Marian se había quedado en Gatlin todos esos años. Pensé que se debía a mi madre, y ahora comprendía que había otra razón.

No sabía qué era lo que sentía, pero fuera lo que fuera, Lena iba en la dirección contraria.

—Entonces, puedes ayudarnos. Debemos averiguar qué les sucedió a Ethan y a Genevieve, si eso tiene que ver con nosotros, y hay que averiguarlo antes de mi cumpleaños. —Lena la miró con expectación—. La biblioteca *Caster* tiene que tener archivos y a lo mejor guarda *El libro de las lunas*. ¿Crees que podríamos encontrar respuestas ahí?

Marian apartó la mirada.

—Quizá sí, quizá no, pero me temo que no puedo ayudaros, lo siento mucho.

—¿De qué estás hablando? —No tenía sentido lo que decía. Jamás había visto a Marian decir que no a alguien, especialmente a mí.

—No puedo implicarme aunque quiera. Es parte de las obligaciones del trabajo. Yo no escribo los libros ni las reglas, simplemente las protejo. No puedo interferir.

—¿Y el trabajo es más importante que ayudarnos? —Di un paso hacia delante, de modo que tuvo que mirarme a los ojos cuando contestó—. ¿Incluso más importante que yo?

—No es tan sencillo, Ethan. Debe haber un equilibrio entre el mundo de los mortales y los *Casters*, entre los Luminosos y los Oscuros. La Guardiana es parte del equilibrio, parte del Orden de las Cosas. Si desafío las Leyes por las que estoy Vinculada, el equilibrio queda en peligro. —Me devolvió la mirada, con la voz temblorosa—. No puedo interferir, aunque eso me duela. Aunque haga daño a la gente a la que quiero.

No sabía qué estaba diciendo, pero sí sabía que Marian me quería, al igual que había querido también a mi madre. Si ella no podía ayudarnos, había una razón.

—Estupendo. No puedes ayudarnos. Pues llévanos entonces a la biblioteca *Caster*, y allí me las apañaré como pueda.

—Tú no eres un *Caster*, Ethan. No puedes tomar esa decisión.

Lena dio un paso a mi lado y me cogió la mano.

—Es la mía y yo quiero ir.

Marian asintió.

—Vale, os llevaré la próxima vez que abra. La biblioteca *Caster* no tiene el mismo horario que la biblioteca del condado de Gatlin. Es un poco más *irregular*.

Ya lo creo que lo era.

31 DE OCTUBRE

Halloween

La biblioteca del condado de Gatlin sólo permanecía cerrada durante los días festivos, es decir, el Día de Acción de Gracias, el de Navidad, el de Año Nuevo y el de Pascua. Por tanto, ésos eran los únicos días que abría la biblioteca *Caster*, algo que Marian aparentemente no podía controlar.

—Tiene que ver con el condado. Como te he dicho, yo no soy la que impone las reglas. —Me pregunté de qué condado estaría hablando, de aquél donde había vivido toda mi vida o del que se me había ocultado hasta ese momento.

Sin embargo, Lena albergaba alguna esperanza. Por primera vez, era como si creyera de verdad que podría haber una manera de impedir lo que ella consideraba inevitable. Marian no podía darnos respuestas, pero nos daba seguridad en ausencia de las dos personas en las que más confiábamos, que, aunque no se habían ido a ninguna parte, las sentíamos muy lejos. No le dije nada a Lena, pero sin Amma yo estaba perdido. Y sin Macon, sabía que Lena ni siquiera encontraría el camino hacia estar perdida.

Marian nos dio algo más, las cartas de Ethan y Genevieve, tan viejas y delicadas que casi parecían transparentes, además de todo lo que mi madre y ella habían encontrado sobre ambos. Un buen montón de

papeles guardados en una polvorienta caja de cartón, estampada de tal modo que parecía de madera. Aunque Lena disfrutaría estudiando la prosa —«los días sin ti se desangran uno tras otro hasta que el tiempo se convierte en otro de los obstáculos que tenemos que superar…»—, lo cierto es que lo único que parecía relatar era una historia de amor con un final realmente horrible o, más bien, realmente negro. Pero eso era todo lo que teníamos.

Ahora, lo que teníamos que hacer era averiguar lo que estábamos buscando. La aguja en el pajar o, en este caso, en la caja de cartón.

Así que hicimos lo único que podíamos hacer, es decir, comenzar a buscar.

Al cabo de dos semanas, había pasado más tiempo con Lena enfrascado en los papeles del guardapelo de lo que jamás me habría imaginado. Cuanto más leíamos, más nos parecía que se hablaba de nosotros mismos. Por la noche, nos quedábamos despiertos hasta tarde intentando resolver el misterio de Ethan y Genevieve, un mortal y una *Caster*, desesperados por encontrar una forma de estar juntos, contra todo pronóstico. En el colegio teníamos que enfrentarnos a ciertas dificultades para poder pasar como fuera otras ocho horas más en el Jackson y cada vez era más difícil. Y luego, todos los días había que inventar un nuevo plan para poderme llevar a Lena o que pudiéramos estar juntos. Especialmente si ese día era Halloween.

Halloween era un día de fiesta especialmente señalado en el Jackson. Para un chico, era de esperar que cualquier cosa que implicara tener que vérselas con ropas, saliera mal. Y además, luego estaba siempre la tensión de si estabas o no en la lista de invitados al fiestón anual de Savannah Snow. Pero este año el nivel de estrés se elevaba teniendo en cuenta que la chica por la que estaba loco era una *Caster*.

No tenía ni idea de qué debía esperar cuando Lena me recogió para ir al instituto un par de manzanas más allá de mi casa, protegido por una esquina de los ojos que Amma tenía en la nuca.

—No te has disfrazado —le dije, sorprendido.

—¿De qué me estás hablando?

—Pensé que te ibas a vestir de alguna manera especial. —Sabía que había quedado como un idiota un segundo más tarde de que las palabras salieran de mi boca.

—Oh, vaya, ¿creías que nosotros, los *Casters*, nos disfrazamos para Halloween y volamos por ahí montados en escobas? —Se echó a reír.

—No me refería…

—Siento haberte decepcionado. Sólo nos vestimos para cenar como cualquier otro día de fiesta.

—Así que también es fiesta para vosotros.

—Es la noche más sagrada del año y la más peligrosa… la más importante de las cuatro Celebraciones. Es nuestra versión de la Nochevieja, el final del año pasado y el comienzo del nuevo.

—¿Qué quieres decir con peligrosa?

—Mi abuela decía que era la noche en la que el velo que separa este mundo del Más Allá, del mundo de los espíritus, es más fino. Es una noche de poder dedicada al recuerdo.

—¿El Más Allá? ¿Te refieres a la vida más allá de la muerte?

—Algo así. Es el reino de los espíritus.

—Así que Halloween realmente va de espíritus y fantasmas.

Puso los ojos en blanco.

—Esta noche recordamos a los *Casters* que fueron perseguidos por ser diferentes. Hombres y mujeres a los que quemaron por usar sus dones.

—¿Te refieres a los juicios de las brujas de Salem?

—Supongo que es así como vosotros lo llamáis, pero hubo juicios a brujas por toda la costa este, no sólo en Salem. Incluso por todo el

mundo. Los de Salem son los únicos que mencionan vuestros libros de texto. —Remarcó la palabra «vuestros» como si fuera algo sucio y, entre todos los días, quizá hoy fuera el más apropiado para eso.

Pasamos con el coche al lado del Stop & Steal. *Boo* estaba sentado al lado de la señal de stop en la esquina, esperando. Se nos acercó lentamente nada más ver el automóvil.

—Deberíamos subir al perro en el coche. Debe de estar reventado de seguirte día y noche.

Lena echó una ojeada por el espejo retrovisor.

—Nunca quiere subirse.

Sabía que llevaba razón, pero cuando me giré para mirarlo, habría jurado que asintió.

Descubrí a Link en el aparcamiento. Se había puesto una peluca rubia y un jersey azul con un parche de las Wildcats cosido. Incluso llevaba unos pompones en las manos. Tenía un aspecto espeluznante, incluso se parecía un poco a su madre. Este año, el equipo de baloncesto había decidido disfrazarse de animadoras del equipo. Con todo lo que tenía encima se me había pasado, o al menos eso fue lo que me dije a mí mismo. Me la iba a cargar por esto y Earl estaba esperando que le diera una razón para echarse encima de mí. Desde que había empezado a salir con Lena las colaba todas en la cancha, motivo por el cual ahora jugaba de pívot titular en vez de Earl, que no estaba precisamente feliz con el cambio.

Lena juraba que no había nada mágico en ello, al menos, no de magia *Caster*. Vino a verme jugar una vez y me apunté un tanto cada vez que tiré. El inconveniente era que la tuve en mi cabeza a lo largo de todo el partido, preguntándome miles de cosas sobre tiros libres, asistencias y la regla de los tres segundos. Estaba claro que jamás había visto un partido y esto era peor que llevar a las Hermanas a la feria del condado. Después de aquello evitó venir a otro. Sin embargo, tenía claro que ella escuchaba atentamente cuando jugaba. La podía sentir allí dentro.

Por otro lado, quizás ella era la razón por la que el equipo de las animadoras tuviera un año peor de lo habitual. Emily tenía muchos problemas para permanecer en lo alto de la pirámide Wildcats, aunque no le pregunté nada a Lena sobre el tema.

Hoy era un día difícil para reconocer a mis compañeros de equipo, a no ser que te acercaras lo suficiente para ver las piernas peludas y el vello facial. Link se nos acercó y, de cerca, tenía un aspecto aún peor. Había intentado ponerse maquillaje y se había embadurnado con pintalabios rosa. Se subió la falda, tirando de los tensos pantis que llevaba debajo.

—Eres un mierda —dijo, señalándome a través de una fila de coches—. ¿Dónde está tu disfraz? —Lo siento, tío. Lo olvidé.

—Chorradas. Simplemente, no te has querido poner toda esta mierda encima. Te conozco, Wate. Eres un gallina.

—Te lo juro, se me ha olvidado.

Lena le dedicó una sonrisa a Link.

—Creo que tienes un aspecto estupendo.

—No sé cómo las chicas podéis poneros toda esta basura en la cara. Pica que te cagas.

Lena puso mala cara. Ella nunca se ponía maquillaje; no tenía por qué.

—Ya sabes, no todas firmamos un contrato con Maybelline al cumplir los trece.

Link se dio unos golpecitos en la peluca y se arregló uno de los calcetines que llevaba debajo del jersey.

—Dile eso a Savannah.

Subimos los primeros escalones. *Boo* estaba sentado en el césped, al lado del asta de la bandera. Me pregunté cómo aquel perro podía haber llegado antes que nosotros al instituto, pero a estas alturas tenía claro que no merecía la pena molestarse con el tema.

Los pasillos estaban atestados. Parecía como si la mitad del colegio se hubiera saltado la primera clase. El resto del equipo de baloncesto andaba frente a la taquilla de Link, también vestidos de chicas, lo cual tenía su punto, pero no para mí.

—¿Dónde están tus pompones, Wate? —Emory me sacudió uno en la cara—. ¿Qué te pasa? ¿Es que esas patas tuyas de pollo no lucen bien con falda?

Shawn se puso el jersey.

—Te apuesto a que ninguna de las chicas del grupo de animadoras le ha querido prestar una falda. —Unos cuantos chicos se echaron a reír.

Emory me pasó un brazo por los hombros, inclinándose hacia mí.

—¿Eso ha sido, Wate? ¿O como sales con una chica que vive en la Mansión Encantada para ti es Halloween todos los días?

Le cogí de la parte de atrás del jersey. Uno de los calcetines que llevaba en el sujetador se cayó al suelo.

—¿Quieres que nos veamos ahora las caras, Em?

Él se encogió de hombros.

—Como quieras. Total, iba a pasar antes o después…

Link dio un paso y se interpuso entre nosotros.

—Señoras, señoras, estamos aquí para pasarlo bien. No querrás que te estropeen esa cara tan bonita, Em.

Earl sacudió la cabeza, empujando a Emory por el pasillo delante de él. Como era habitual, no dijo ni una palabra, pero yo conocía esa mirada. *«No hay vuelta atrás como sigas por ese camino, Wate».*

Si me había parecido que el equipo de baloncesto era la comidilla del instituto, era porque no había visto aún al grupo de animadoras de verdad. Según parecía, mis compañeros de equipo no eran los únicos que habían aparecido con un disfraz colectivo. Lena y yo las vimos cuando íbamos de camino hacia la clase de inglés.

—Mierda. —Link me dio un golpe en el brazo con el dorso de la mano.

—¿Qué?

Marchaban pasillo adelante en fila india: Emily, Savannah, Edén y Charlotte, seguidas por todos los miembros del equipo de animación de las Jackson Wildcats. Iban vestidas exactamente igual, con unas falditas negras ridículamente cortas, por supuesto, botas de punta también negras y gorros de bruja altos con la punta doblada, pero ésa no era la peor parte. Sus largas pelucas negras se rizaban en tirabuzones desordenados. Su maquillaje también era negro, y justo debajo de los ojos derechos de todas había dibujadas minuciosamente unas exageradas lunas crecientes, la marca de nacimiento imposible de confundir. Para completar el efecto, llevaban escobas y simulaban barrerlos pies de la gente con gestos frenéticos mientras avanzaban en procesión por el pasillo.

¿Brujas? ¿En Halloween? Qué originales.

Le apreté la mano. Su expresión no se alteró, pero pude notar cómo temblaba entre mis dedos.

Lo siento, Lena.

Si supieran…

Esperé que el edificio empezara a temblar y las ventanas estallaran o algo parecido, pero no ocurrió nada. Lena simplemente permaneció allí en pie, furiosa.

La futura generación de las Hijas de la Revolución Americana se dirigió hacia nosotros. Yo decidí encontrarme con ellas a mitad de camino.

—¿Dónde está tu disfraz, Emily? ¿Se te ha olvidado que es Halloween?

Emily parecía confusa. Luego me sonrió, esa sonrisa pegajosa de alguien que está orgulloso de sí mismo en exceso.

—¿De qué me estás hablando, Ethan? ¿No es esto lo que te va ahora?

—Sólo estamos intentando que tu novia se sienta como en casa —dijo Savannah, mascando chicle.

Lena me lanzó una mirada de advertencia.

Déjalo, Ethan. Va a ser peor.

No me importa.

Puedo manejar esto.

Lo que te pasa a ti, me pasa también a mí.

Link se adelantó hasta colocarse a mi altura, tirándose de las medias.

—Hola, chicas, creí que íbamos a venir todos vestidos de brujas, pero vaya, eso ya lo hacemos todos los días, ¿no?

Lena sonrió a Link sin poder evitarlo.

—Cierra el pico, Wesley Lincoln. Le voy a decir a tu madre que andas por ahí con ese bicho raro y no te va a dejar salir de tu casa hasta Navidades. Sabéis lo que significa esa marca que tiene en la cara, ¿no? —Emily sonrió con suficiencia, señalando la marca de nacimiento de Lena y luego la que ella se había pintado en la mejilla—. Le llaman la marca de la bruja.

—¿Encontraste eso anoche en Internet? Eres todavía más idiota de lo que pensaba. —Solté una carcajada.

—Tú eres el idiota. Eres tú el que sale con ella.

Me estaba ruborizando, la última cosa que quería que ocurriera. No quería mantener esta conversación delante de todo el instituto, eso sin mencionar el hecho de que no tenía ni idea de si Lena y yo estábamos saliendo de verdad o no. Nos habíamos besado una vez y siempre estábamos juntos, de una manera u otra, pero ella no era mi novia, o al menos yo no pensaba que lo fuera, incluso aunque yo creyera haberle oído decir eso el día del Encuentro. ¿Qué podía hacer? ¿Pedirle que saliera conmigo? Quizás era de ese tipo de cosas que si tienes que pedirlas es porque la respuesta es no. Había una parte en ella que parecía apartarse de mí, una parte a la que yo no conseguía llegar.

Emily me pinchó con el extremo de su escoba. Seguro que el concepto «clavar la estaca directamente en el corazón» le molaba en ese momento un montón.

—Emily, ¿por qué no os tiráis todas por la ventana? A ver si voláis. O no.

Entrecerró los ojos.

—Espero que disfrutéis esta noche sentaditos en casa y juntitos mientras el resto del instituto está en la fiesta de Savannah. Éstas serán las últimas vacaciones que ella pase en el Jackson. —Se dio la vuelta y se dirigió pasillo abajo hacia su taquilla, seguida por Savannah y sus adláteres.

Link estaba bromeando con Lena, intentando animarla, lo cual no era muy complicado, considerando el aspecto tan ridículo que tenía. Como yo solía decir, siempre se podía contar con Link.

—Me odian de verdad. Esto no se va a acabar nunca, ¿no? —Suspiró Lena.

Link empezó a dar saltos imitando el grito de las animadoras y moviendo los pompones.

—Te odian de verdad, claro que sí. Si odian a todo el mundo, ¿por qué a ti no?

—Estaría más preocupado si les gustaras. —Me incliné y pasé el brazo por su hombro con cierta torpeza, o al menos lo intenté, porque se dio la vuelta y mi brazo apenas le rozó el hombro. Qué bien.

Aquí no.

¿Por qué no?

Va a ser peor para ti.

Soy masoquista.

—Ya está bien de hacer de PDA. —Link me dio un codazo en las costillas—. Vas a hacer que me sienta fatal, ahora que he conseguido quedarme sin citas otro año entero. Llegamos tarde a la clase de inglés y

me voy a quitar esos pantis por el camino. En serio, esto me está espachurrando.

—Tengo que pararme en la taquilla para coger el libro —dijo Lena y el cabello comenzó a rizarse sobre sus hombros. Sospechaba algo, pero no dije nada.

Emily, Savannah, Charlotte y Edén permanecían frente a sus taquillas, acicalándose ante los espejos que colgaban en el interior de las puertas. La de Lena estaba un poco más allá.

—Ignóralas y ya está —le aconsejé.

Emily se estaba frotando la mejilla con un kleenex. La marca negra con forma de luna estaba adquiriendo un color más oscuro y se estaba extendiendo cada vez más en lugar de desaparecer.

—Charlotte, ¿tienes desmaquillador?

—Claro.

Emily se restregó la mejilla unas cuantas veces más.

—No se quita. Savannah, creía que habías dicho que esto salía con un poco de agua y jabón.

—Así es.

—Entonces, ¿por qué no sale? —Emily cerró de un portazo la taquilla cabreada.

El drama captó la atención de Link.

—¿Qué están haciendo esas cuatro ahí?

—Parece que tienen algún problema —comentó Lena, inclinándose sobre su taquilla.

Savannah intentó borrar la luna negra de su mejilla.

—La mía tampoco se quita. —La luna se había extendido hasta casi cubrirle la mitad de la cara—. Tengo el lápiz aquí.

Emily sacó el bolso de la taquilla y rebuscó algo dentro.

—Olvídalo. Tengo el mío en el bolso.

—¿Pero qué…? —Savannah sacó algo del suyo.

—¿Has usado un marcador Sharpie? —rio Emily.

Savannah lo sostuvo delante de ella.

—Pues claro que no. No tengo ni idea de cómo ha llegado hasta aquí.

—Pero qué cortita eres. Esto no se te va a quitar antes de la fiesta de esta noche.

—No puedo llevar esto en la cara toda la noche, voy vestida de diosa griega, de Afrodita. Me arruinará por completo el disfraz.

—Deberías haber tenido más cuidado. —Emily rebuscó un poco más en su bolsito plateado hasta que lo dejó caer en el suelo delante de la taquilla y salieron rodando el brillo de labios y los pintauñas—. No lo encuentro. Se supone que estaba aquí.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Charlotte.

—El maquillaje que usé esta mañana no está aquí. —A esas alturas, Emily había empezado a llamar la atención de todos y la gente comenzó a detenerse para observar lo que estaba ocurriendo. En ese momento, salió rodando otro marcador Sharpie del bolsito.

—¿Tú también has usado ese marcador?

—¡Pues claro que no! —gritó Emily, frotándose la cara frenéticamente, aunque sólo consiguió que la luna negra se ennegreciera y se extendiera aún más—. Pero ¿qué demonios está pasando?

—Estoy segura de que yo sí tengo el mío —dijo Charlotte, y abrió el pestillo de la puerta de su taquilla. Se quedó allí quieta unos segundos, mirando fijamente el interior.

—¿Qué está pasando? —increpó Savannah, y en ese momento Charlotte sacó la mano de la taquilla con un Sharpie en la mano.

Link sacudió los pompones.

—¡Las animadoras molan!

Miré a Lena.

¿Un Sharpie?

Se le dibujó en la cara una sonrisa traviesa.

Creía que me habías dicho que no podías controlar tus poderes.

La suerte del principiante.

Al final del día, todo el Jackson hablaba del equipo de animadoras. Aparentemente, todas las chicas que se habían vestido como Lena se las habían apañado para usar un marcador Sharpie en vez de un lápiz de ojos para pintarse una estúpida luna creciente en la cara. Las animadoras. Los chistes fueron infinitos.

Durante los siguientes días, todas tendrían que ir de un lado a otro por instituto y por el pueblo, a cantar en el coro juvenil de la iglesia y animar los partidos con las mejillas marcadas con el Sharpie hasta que se les borrara. A la señora Lincoln y a la señora Snow les iba a dar un ataque.

Yo lo único que deseaba era estar presente cuando ocurriera.

Acompañé a Lena al coche después de las clases, lo cual sólo era una excusa para poder cogerla de la mano un poco más. Las intensas sensaciones físicas que experimentaba al tocarla no tenían el efecto disuasorio que era de esperar. No importaba lo que fuera, que me quemará, me salieran sarpullidos o me aturdiera la descarga de un rayo, tenía que estar cerca de ella como fuera. Era como comer o respirar, algo ante lo que no tenía elección. Y esto me daba más miedo que todos los Halloweens del mundo. Iba a acabar conmigo.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —Mientras hablaba, se pasó la mano por el pelo sin darse cuenta. Se había sentado en el capó del coche y yo permanecía de pie delante de ella.

—Pensé que podrías pasarte por mi casa y quedarnos allí para abrirle la puerta a los chicos cuando vengan con lo de «truco o trato». Y puedes ayudarme a vigilar el césped para asegurarnos de que nadie se pone ahí a quemar cruces. —Intenté no pensar con demasiada claridad en el resto de mi plan, que implicaba a Lena, nuestro sofá, ver películas antiguas y Amma fuera de casa durante toda la noche.

—No puedo. Es una de las Celebraciones. Vienen parientes de todas partes. El tío Macon no me dejará estar fuera de casa ni cinco minutos y

eso sin mencionar el peligro. Jamás abriría la puerta a un extraño en una noche con tanto poder Oscuro.

—Jamás lo había visto desde ese punto de vista.

Claro, hasta ahora.

Amma estaba a punto de marcharse cuando yo llegué a casa. Estaba guisando pollo en la cocina y amasando un bizcocho con las manos «de la única manera en que hace bizcochos una mujer que se respeta a sí misma». Miré la cacerola con suspicacia, preguntándome si esa comida iba a ser para nuestra cena o para la de los Notables.

Pellizqué un poco de masa y me cogió la mano.

—D.E.S.V.A.L.I.J.A.D.O.R. —Sonreí.

—Pues por eso, mantén tus manos ladronas fuera de mi bizcocho, Ethan Wate. Tengo gente hambrienta a la que alimentar. —Supuse que no sería yo quien comería pollo y bizcocho esta noche.

Amma siempre regresaba a su casa la noche de Halloween. Decía que era una noche especial para ir a la iglesia, pero mi madre solía decir que era una buena noche para hacer negocio. ¿Qué día podía haber mejor para que te leyeran las cartas? No tendría el mismo montón de gente en Pascua o el día de San Valentín.

Pero a la luz de los hechos recientes, me pregunté si no habría alguna otra razón. A lo mejor también era una noche apropiada para leer los huesos de pollo en el cementerio. No se lo podía preguntar, pero no estaba seguro y quería saberlo. Echaba de menos a Amma, charlar con ella con franqueza y confiar en ella. No dejaba ver si ella sentía que las cosas habían cambiado entre nosotros. Quizá lo achacaba a que estaba creciendo y a lo mejor ésa era la verdad.

—¿Vas a ir a esa fiesta a la casa de los Snow?

—No, este año me quedaré en casa.

Alzó una ceja, aunque no preguntó nada. Ella ya sabía el motivo por el cual no iba a ir.

—Tú sabrás lo que haces, atente a las consecuencias.

No contesté nada. Ya sabía que ella no esperaba respuesta.

—Me estoy preparando para irme dentro de unos minutos. Ábreles la puerta a los chavales que vengan por aquí. Tu padre está ocupado trabajando. —Claro, como si mi padre fuera a salir de su exilio autoimpuesto para abrirle la puerta a los del «truco o trato».

—Vale.

Abrí las bolsas de caramelos que había en el vestíbulo y las volqué sobre un gran bol de cristal. No podía quitarme de la cabeza las palabras de Lena. «Una noche con tanto poder Oscuro». Recordé a Ridley de pie ante su coche, en el Stop & Steal, con todas aquellas piernas y aquella sonrisa empalagosa. Era evidente que distinguir fuerzas Oscuras no era uno de mis talentos ni decidir a quién abrirle o no la puerta. Cuando la chica en la que no puedes dejar de pensar es una *Caster*, Halloween adquiere un sentido completamente distinto. Me quedé mirando el bol de cristal que tenía en las manos, abrí la puerta, lo coloqué en el porche y me volví adentro.

Mientras me acomodaba para ver *El resplandor*, me di cuenta de que echaba de menos a Lena. Dejé que mi mente divagara, porque casi siempre encontraba la forma de acercarme a ella de esa manera, pero no la encontré. Me quedé dormido en el sofá esperando que ella soñara conmigo o algo similar.

Alguien llamó a la puerta y me despertó. Miré el reloj. Eran casi las diez, demasiado tarde para los chavales del «truco o trato».

—¿Amma?

No hubo respuesta. Volvieron a llamar.

—¿Eres tú?

El cuarto de estar estaba a oscuras y sólo parpadeaba la luz procedente de la televisión. En *El resplandor*, el padre destrozaba la puerta de la habitación del hotel con el hacha ensangrentada para atacar a su familia. No era el momento más apropiado para abrir ninguna puerta, especialmente la noche de Halloween. Sonó de nuevo otro golpe.

—¿Link?

Apagué la televisión y miré a mi alrededor para coger algo para defenderme, pero no encontré nada. Al final, cogí una vieja videoconsola que estaba tirada en el suelo entre un montón de videojuegos. No es que fuera un bate de béisbol, pero al menos era un trasto de antigua y sólida tecnología japonesa de la vieja escuela. Debía de pesar por lo menos cinco kilos. La alcé sobre mi cabeza y di un paso hacia la pared que separaba el cuarto de estar del vestíbulo. Otro paso más y moví apenas un milímetro la cortina de encaje que cubría la puerta acristalada.

No podía ver nada en la oscuridad puesto que el porche no estaba iluminado. Sin embargo, habría reconocido en cualquier sitio aquella camioneta de color beis que estaba aparcada enfrente de casa con el motor en marcha. Ella solía decir que era de color «arena del desierto». Era la madre de Link, con un plato de *brownies*. Yo aún sujetaba la consola entre las manos. Si Link estuviera mirándome, no llegaría a ver amanecer ese día.

—Un momento, señora Lincoln. —Encendí la luz del porche y corrí el cerrojo de la puerta, pero ésta continuó cerrada cuando intenté abrirla. Comprobé el cerrojo otra vez, pero seguía estando echado, incluso aunque yo creía haberlo quitado.

—¿Ethan?

Intenté quitarlo de nuevo, pero volvió a cerrarse con un golpe brusco antes de que pudiera apartar la mano.

—Señora Lincoln, lo siento, pero no consigo abrir la puerta.

Dejé caer contra ella todo mi peso haciendo malabarismos con la consola. Algo cayó justo ante mis pies y me agaché para cogerlo. Era ajo, envuelto en uno de los pañuelos de Amma. Era de suponer que se trataba de algo así, puesto que era una de sus pequeñas tradiciones del día de Halloween y los colocaba en las puertas y en los alféizares de las ventanas.

Sin embargo, algo evitaba que pudiera abrir la puerta, una fuerza parecida a la que me abrió la puerta del estudio hacía unos cuantos días. ¿Cuántas cerraduras en casa funcionaban a su antojo? ¿Qué estaba pasando?

Forcé el cerrojo una vez más y le di a la puerta un último empujón. Se abrió de golpe, dando con fuerza en la pared. La señora Lincoln apareció recortada por la luz que la iluminaba desde atrás, una figura oscura a la tenue luz de un farol. La silueta era algo difusa.

Se quedó mirando la consola que tenía en las manos.

—Todos esos videojuegos te van a pudrir la mente, Ethan.

—Sí, señora.

—Te he traído algunos *brownies*. Una ofrenda de paz. —Me los dio con expectación, en ese momento tenía que decirle que entrara. Había una fórmula para todo, supongo que habría que llamarlo modales, hospitalidad sureña, pero ya lo había hecho con Ridley y no había ido nada bien. Vacilé—. ¿Qué hace usted esta noche en la calle, señora Lincoln? Link no está aquí.

—Claro que no. Está en casa de los Snow, que es donde todos los miembros íntegros del alumnado del instituto Jackson tienen la suerte de estar. Me ha costado una buena cantidad de llamadas conseguir la invitación teniendo en cuenta su reciente comportamiento.

No terminaba de pillarlo. Conocía a la señora Lincoln de toda la vida y siempre había sido una tipa algo peculiar. Siempre había estado ocupada sacando libros de las estanterías de la biblioteca, expulsando profesores de las escuelas y arruinando reputaciones en una sola tarde. Pero ahora era distinto, porque la cruzada contra Lena era diferente. La señora Lincoln antes había actuado en función de sus convicciones, pero ahora esto era algo personal.

—¿Señora Lincoln?

Parecía nerviosa.

—Te he hecho unos *brownies*. Creo que debería entrar para que charlásemos un poco. No tengo nada en contra de ti, Ethan. No es culpa tuya que esa chica esté empleando su maldad contra ti. Tú deberías estar en la fiesta con tus amigos, con los chicos del pueblo. —Me volvió a ofrecer los *brownies*, llevaban una capa doble de trocitos de empalagoso chocolate, lo primero a lo que íbamos todos cuando tenía lugar la venta de pasteles de la iglesia baptista. Yo me había criado con esos *brownies*—. ¿Ethan?

—Señora.

—¿Puedo pasar?

No moví un solo músculo y aferré la consola con más fuerza. Me quedé mirando a los *brownies* y de repente se me quitó el hambre por completo. No había ni una pizca de esa mujer ni de ese plato que fueran bienvenidos en mi casa. Mi casa, como Ravenwood, comenzaba a tener voluntad propia y ni yo ni la casa queríamos dejarla entrar.

—No, señora.

—¿Qué es esto, Ethan?

—No, señora.

Entrecerró los ojos. Empujó el plato en mi dirección, como si fuera a entrar de todas maneras, pero salió despedida hacia atrás como si se hubiera golpeado contra una pared invisible. Vi cómo el plato se inclinaba y caía lentamente hasta romperse en mil añicos de cerámica y chocolate sobre nuestro alegre felpudo de Halloween. Amma se iba a agarrar un buen cabreo por la mañana.

La señora Lincoln bajó los escalones del porche de espaldas, con cautela, y luego desapareció en el interior oscuro del viejo «arena del desierto».

Ethan!

La voz me arrancó del sueño, así que debía de haberme quedado dormido. La maratón de películas de terror se había terminado y la pantalla de la televisión había adquirido un llamativo color gris.

¡Tío Macon! ¡Ethan! ¡Ayudadme!

Lena estaba gritando en algún lugar. Percibía el terror en su voz y mi cabeza latía al ritmo de su dolor hasta que durante un instante olvidé dónde me encontraba.

¡Por favor, que alguien me ayude!

La puerta principal se abrió de pronto, oscilando y dando golpes con el impulso del viento. El sonido reverberó en las paredes, como si fuera un disparo.

¡Creí que dijiste que aquí estaría a salvo!

Ravenwood.

Cogí las llaves del viejo Volvo y salí disparado.

No recuerdo cómo conseguí llegar a Ravenwood, pero sí que estuve a punto de salirme de la carretera unas cuantas veces. Apenas podía enfocar la vista. Lena sentía un dolor tan intenso y nuestra conexión era tan íntima que casi me desmayé al compartir lo que ella sentía.

Y el grito.

Sólo pensaba en su grito, desde el momento en que me había despertado hasta el momento en que presioné la luna creciente y entré en la mansión Ravenwood.

Cuando la puerta se abrió de un portazo, comprobé que la casa se había vuelto a transformar una vez más. Esta noche tenía el aspecto de una especie de castillo antiguo. Los candelabros arrojaban extrañas sombras sobre la muchedumbre de invitados, ataviados con túnicas, vestidos largos y chaquetas negras que superaban en mucho a los que habían acudido al Encuentro.

¡Ethan! ¡Corre! No puedo soportarlo…

—¡Lena! —aullé—. ¡Macon! ¿Dónde está?

Nadie se dignó mirar en mi dirección. No reconocí a nadie, aunque el vestíbulo principal estaba atestado de invitados que iban de unas habitaciones a otras como fantasmas en una cena encantada. No eran de por aquí, al menos no de los últimos cien años. Vi hombres con *kilts* oscuros y toscas ropas célticas y mujeres con corsés. Todo estaba sumido en la oscuridad y envuelto en sombras.

Me abrí camino a empujones entre lo que parecía un grandioso salón de baile. No me encontré a nadie, ni a la tía Del, ni a Reece, ni siquiera a la pequeña Ryan. Las velas chisporroteaban en las esquinas de la habitación, y lo que parecía una orquesta translúcida de extraños instrumentos musicales se definía y desdibujaba tocando solos mientras las enigmáticas parejas giraban y se deslizaban por el suelo de piedra. Los bailarines no parecían ser conscientes de mi presencia.

La música era claramente para *Casters*, conjuraba sus propios hechizos, sobre todo, los instrumentos de cuerda. Escuché un violín, una viola y un chelo. Llegué casi a percibir la telaraña que giraba de un bailarín a otro y cómo los movía en una dirección u otra, como si siguiera un patrón deliberado y todos fueran parte de un diseño preestablecido. Y yo no pertenecía a él.

Ethan…

Tenía que encontrarla.

Sentí un repentino ataque de dolor. Su voz se iba debilitando. Tropecé y me agarré al hombro del invitado que tenía más cerca, iba vestido con una toga. Nada más tocarlo, el sufrimiento de Lena fluyó a través de mí y llegó a él.

—¡Macon! —grité con toda la fuerza de mis pulmones.

Vi a *Boo Radley* al pie de las escaleras, como si me estuviera esperando. Sus redondos ojos humanos parecían aterrorizados.

—¡*Boo!* ¿Dónde está Lena? —El perro me miró y entreví los acerados ojos grises, nublados, de Macon Ravenwood; al menos juraría

que me pareció verlos. Entonces se dio media vuelta y comenzó a correr. Le seguí, o al menos creí que lo hacía, subiendo a la carrera las escaleras en espiral de lo que ahora parecía ser el castillo Ravenwood. Al llegar al primer piso se detuvo y me esperó y después salimos corriendo hacia una habitación oscura al final del pasillo. Viniendo de *Boo*, eso era toda una invitación.

Ladró y dos enormes puertas de roble se abrieron solas. Estábamos tan lejos de la fiesta que no se escuchaba la música ni la conversación de los invitados. Era como si hubiéramos entrado en un tiempo y un espacio distintos. Incluso el castillo parecía estar transformándose bajo mis pies, pues la roca crujía y las paredes se enfriaban y cubrían de musgo. Las luces se habían convertido en antorchas y colgaban de las paredes.

Yo sabía mucho de cosas antiguas, el mismo Gatlin lo era y había crecido rodeado por objetos de otros tiempos. Pero esto era distinto. Como Lena había dicho, un Año Nuevo, una noche fuera del tiempo.

Cuando entramos en la cámara principal, me quedé paralizado. La habitación se abría hacia el firmamento, como si fuera un invernadero. El cielo que nos cubría era negro, el más negro que había visto en toda mi vida. Era como si estuviéramos en el centro de una terrible tormenta, aunque la habitación estaba en silencio.

Lena yacía sobre una pesada mesa de piedra, acurrucada en posición fetal. Estaba chorreando, empapada en su propio sudor y retorciéndose de dolor. Estaban todos rodeándola: Macon, la tía Del, Barclay, Reece, Larkin, incluso Ryan y una mujer que no reconocí, todos con las manos unidas formando un círculo.

Tenían los ojos abiertos, pero no veían nada, ni siquiera se dieron cuenta de que había entrado en la habitación. Vi que movían la boca, mascullando algo. Cuando di unos pasos para acercarme a Macon, me di cuenta de que hablaban en una lengua desconocida. No estaba seguro del todo, pero había pasado el tiempo suficiente con Marian como para intuir que aquello era latín.

Sanguis sanguinis mei, tutela tua est.
Sanguis sanguinis mei, tutela tua est.
Sanguis sanguinis mei, tutela tua est.
Sanguis sanguinis mei, tutela tua est.

Sólo se escuchaba un murmullo quedo, un canto. Ya no se oía a Lena. Sentía la cabeza vacía, como si se hubiera ido.

¡Lena! ¡Contéstame!

Nada. Sólo yacía allí, gimiendo débilmente, retorciéndose despacio como si intentara desprenderse de su propia piel. Seguía sudando y el sudor se mezclaba con sus lágrimas.

Del rompió el silencio, histérica.

—¡Macon, haz algo! No está funcionando.

—Estoy intentándolo, Delphine. —Había algo en su voz que jamás había escuchado antes: miedo.

—No lo entiendo. Hemos Vinculado juntos este lugar. Esta casa es el único lugar donde se supone que está a salvo. —La tía Del miró a Macon en busca de respuestas.

—Estábamos equivocados. Éste no es un puerto seguro para ella —dijo una bella mujer que lucía tirabuzones de pelo negro y que podría tener la edad de mi abuela. Llevaba varios collares de cuentas en el cuello, unos sobre otros, y elaborados anillos de plata en los pulgares. Tenía el mismo aspecto exótico de Marian, como si procediera de algún lugar muy lejos de aquí.

—Eso no lo sabes, tía Arelia —le increpó Del, volviéndose hacia Reece—. ¿Qué está sucediendo? ¿Ves algo?

Los ojos de Reece estaban cerrados, y las lágrimas surcaban su rostro.

—No puedo ver nada, mamá.

El cuerpo de Lena se agarrotó y gritó; en realidad, sólo abrió la boca y pareció como si estuviera gritando, aunque no emitió sonido alguno. No lo entendía.

—¡Haced algo! ¡Ayudadla! —grité a mi vez.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¡Vete! Esto no es seguro —advirtió Larkin. La familia reparó por primera vez en mi presencia.

—¡Concéntrate! —La voz de Macon sonó desesperada y se alzó sobre las demás, cada vez más alto, hasta que se convirtió en un alarido…

Sanguis sanguinis mei, tutela tua est.
Sanguis sanguinis mei, tutela tua est.
Sanguis sanguinis mei, tutela tua est.
¡Sangre de mi sangre, tuya es la protección!

Los miembros del círculo tensaron los brazos para darle más fuerza, pero no funcionó. Lena seguía chillando silenciosos gritos de terror. Esto era mucho peor que los sueños, pues era real. Y si ellos no podían detenerlo, yo sí que lo haría. Corrí hacia ella, y entré en el círculo bajo los brazos de Reece y Larkin.

—¡Ethan, no!

Al penetrar en el interior lo escuché. Era un aullido siniestro, inquietante, como si fuera la voz del mismo viento. ¿O era en verdad una voz? No podía estar seguro. Aunque estaba apenas a unos metros de la mesa donde ella yacía, parecía como si estuviera a miles de kilómetros. Algo intentaba empujarme hacia atrás, algo más poderoso que cualquier otra cosa que hubiera experimentado hasta ese momento, con más fuerza que cuando Ridley extrajo la vida de mi cuerpo. Empujé contra aquello con todas mis fuerzas.

¡Ya voy, Lena! ¡Aguanta!

Lancé mi cuerpo hacia delante, estirándome, como lo había hecho antes en mis sueños. El negro abismo del cielo comenzó a girar.

Cerré los ojos y avancé hasta que nuestros dedos se rozaron apenas.

Escuché su voz.

Ethan. Yo…

El aire que había dentro del círculo nos azotó con violencia, como si fuera un torbellino. Giraba hacia el cielo, si aquello podía llamarse así, hacia la negrura. Hubo una ola, como una explosión, que impactó contra el tío Macon, la tía Del y contra todos ellos, proyectándolos hacia las paredes. Al mismo tiempo, el aire que giraba en espiral dentro del círculo roto fue absorbido por la negrura que había sobre nosotros.

Y entonces todo terminó. El castillo se disolvió hasta convertirse en un desván normal, con una ventana como todas que se agitaba abierta bajo el alero. Lena yacía en el suelo, una maraña de pelo y extremidades, inconsciente, pero aún respiraba.

Macon se levantó del suelo y se me quedó mirando, aturdido. Entonces se dirigió hacia la ventana y la cerró de un golpe.

La tía Del me miró con las lágrimas aún corriéndole por el rostro.

—Si no lo hubiera visto con mis propios ojos…

Me arrodillé al lado de Lena. No se podía mover, ni hablar, pero estaba viva. La percibía, un latido tenue palpitaba en su muñeca. Dejé caer la cabeza a su lado. Era todo lo que podía hacer para no derrumbarme.

La familia de Lena nos rodeó lentamente, un círculo oscuro que parloteaba sobre mi cabeza.

—Te lo dije. El chico tiene poderes.

—Eso no es posible. Es un mortal. No es uno de nosotros.

—¿Y cómo puede un mortal romper un Círculo *Sanguinis?* ¿Cómo puede un mortal protegerse de un *Mentem Interficere* tan poderoso que hasta ha conseguido Desvincular Ravenwood?

—No lo sé, pero tiene que haber una explicación. —Del alzó la mano sobre su cabeza—. *Envico, cotineo, colligo, includo*. —Abrió los

ojos—. La casa aún está Vinculada, Macon. Lo siento, pero ha conseguido acercarse a Lena de todos modos.

—Claro que lo ha hecho. No podemos evitar que venga a por la niña.

—Los poderes de Sarafine crecen día a día. Reece la ve cuando mira a los ojos de Lena. —La voz de Del sonó temblorosa.

—Nos ha golpeado aquí mismo, esta noche. Se ha apuntado un tanto.

—¿Y cuál es ese tanto, Macon?

—Que puede hacerlo.

Sentí una mano en mi sien. Me acarició, deslizándose por mi frente. Intenté hacerle caso, pero la mano me dio sueño. Quería arrastrarme a casa para llegar hasta mi cama.

—O que no puede. —Alcé la mirada. Arelia me frotaba las sienes, como si fuera un pobre gorrión herido. Fui consciente de que sentía lo que había en mi interior. Buscaba algo, hurgaba en mi mente como si buscara un botón perdido o un viejo calcetín—. Ha sido una estúpida y ha cometido un grave error. Hemos descubierto lo único que necesitábamos saber —comentó la mujer.

—¿Así que estás de acuerdo con Macon? ¿El chico tiene poderes? —La voz de Del sonaba cada vez más histérica.

—Tenías razón antes, Delphine. Debe de haber alguna otra explicación. Él es mortal y todo lo que sabemos es que los mortales no poseen poderes por sí mismos —la increpó Macon, como si estuviera intentando convencerse a sí mismo, al igual que a los demás.

Pero yo empezaba a preguntarme si no sería verdad. Se lo había dicho a Amma en el pantano, que yo tenía alguna clase de poder. No entendía nada. No era uno de ellos, por lo que yo sabía. No era un *Caster*.

Arelia alzó la mirada hacia Macon.

—Puedes Vincular la casa todo lo que quieras, Macon. Pero yo soy tu madre y te digo que puedes traer aquí a todos los Duchannes y

Ravenwood y hacer el círculo tan grande como este condado de mala muerte si quieres. Formula todas las Vinculaciones que quieras. No es la casa lo que la protege, sino el chico. Jamás había visto nada igual. Ningún hechicero puede interponerse entre ellos.

—Así que es eso lo que crees. —Macon lo dijo enfadado, pero no desafió a su madre. Yo estaba demasiado cansado para que me importara. Apenas podía levantar la cabeza.

Escuché a Arelia susurrar algo en mi oído. Sonó como si hablara latín de nuevo, pero las palabras sonaban distintas.

Cruor pectoris mei, tutela tua est!

¡Sangre de mi corazón, tuya es la protección!

1 DE NOVIEMBRE

Escrito en la pared

A la mañana siguiente, cuando me desperté, no tenía ni idea de dónde me encontraba hasta que no vi los textos de Lena escritos con rotulador Sharpie cubriendo las paredes, la vieja cama de hierro, las ventanas y los espejos. Entonces, me acordé.

Alcé la cabeza y me froté las mejillas. Lena seguía en la cama. Sólo podía verle la punta del pie. Tenía la espalda rígida de haber dormido en el suelo y me pregunté quién y cómo nos había bajado del desván.

La alarma del móvil empezó a sonar. De ese modo, Amma sólo tenía que pegarme tres gritos desde el pie de las escaleras para que me levantara. Pero hoy no sonaba *Rapsodia bohemia* a todo volumen, sino otra canción. Lena se levantó, sobresaltada y todavía grogui.

—¿Qué suce…?

—Shh. Escucha.

La canción había cambiado.

Dieciséis años, dieciséis lunas.
Dieciséis veces has soñado mis recelos,
dieciséis que han de Vincular las esferas,
dieciséis, aunque sólo uno oye los gritos.

—¡Para eso!

Ella echó mano al móvil y lo apagó, pero los versos siguieron sonando.

—Es sobre ti, creo, pero ¿qué es eso de Vincular las esferas?

—Casi me muero anoche. Estoy harta de que todo guarde relación conmigo, estoy harta de que todas las cosas raras me sucedan a mí.

Tal vez esta estúpida canción sea sobre ti, para variar. De hecho, eres el único que tiene dieciséis años.

Frustrada, alzó la mano, la abrió y luego la cerró hasta formar un puño con el que asestó un golpe contra el suelo como si hubiera pretendido matar una araña.

La música se detuvo. Mejor sería no vérselas hoy con ella. Siendo sincero, tampoco la culpaba. Tenía un enfermizo tono verde en la cara y aspecto de estar floja, peor incluso que el de Link en aquella ocasión en que Savannah le retó a darle un buen tiento a la botella de crema de menta que guardaba su madre en la despensa, el último día de clase antes de las vacaciones de invierno. Habían pasado tres años y Link seguía sin probar ni un trocito de dulce si sabía a menta.

Lena tenía los pelos apuntando en quince direcciones distintas y los ojos entrecerrados e hinchados de tanto llorar. De modo que ése era el aspecto de las chicas por la mañana. Jamás había visto a ninguna a esa hora, o al menos no tan de cerca. Procuré no pensar en Amma ni en el infierno por el que ésta iba a hacerme pasar cuando volviera a casa.

Gateé para subirme a la cama de Lena y la atraje hacia mí para que descansara sobre mi regazo; luego, recorrí sus cabellos desmelenados con los dedos.

—¿Estás bien?

Cerró los ojos y enterró el rostro en mi sudadera, que, como yo bien sabía, a primera hora debía de oler tan mal como un pósum salvaje.

—Eso creo.

—Oí tus gritos desde mi casa.

—¡Quién iba a suponer que el *kelting* me salvaría la vida!

Me había perdido algo, como de costumbre.

—¿Qué es el *kelting?*

—Así es como se llama la forma que tenemos de comunicarnos unos con otros sin importar dónde estemos. Algunos *Casters* son capaces de hacerlo y otros no. Ridley y yo solíamos hablar en clase de ese modo, y…

—Pero ¿no me habías dicho que esto nunca te había ocurrido antes?

—No con un mortal. Tío Macon opina que es raro, raro de verdad.

Me gusta cómo suena eso.

Lena me propinó un codazo.

—Procede del lado celta de nuestra familia. Así era como los *Casters* se pasaban mensajes durante los juicios. En Estados Unidos suelen llamarlo el Susurro.

—Pero yo no soy un *Caster* .

—Lo sé, eso es lo extraño. Se suponía que no funcionaba con mortales. —Por supuesto que no.

—¿No crees que es un poco más que raro? Nosotros podemos usar el *kelting* ese, Ridley entra en Ravenwood gracias a mí y hasta tu tío dice que puedo protegerte. ¿Cómo es eso posible? Es decir, no soy *Caster* . Mis padres son diferentes, pero sus peculiaridades no son de este estilo.

Se apoyó en mi hombro.

—Tal vez no haga falta ser *Caster* para tener poderes.

—Quizá sólo sea necesario enamorarse de uno —repuse mientras le colocaba el pelo detrás de la oreja.

Se lo solté así, sin más, sin estúpidos chistes ni cambios de tema. Por una vez no estaba avergonzado, pues era la verdad. Me había enamorado. Creo que siempre lo había estado. Y más valía que ella se enterase si no lo sabía aún, pues ya no había vuelta atrás, al menos para mí.

Lena alzó los ojos para mirarme y el mundo entero se desvaneció cuando lo hizo, como si sólo estuviéramos nosotros dos, como si

siempre fuera a ser así y no necesitásemos magia para eso. Era una sensación alegre y triste al mismo tiempo. Yo no podía estar cerca de ella sin sentir cosas, sin sentirlo todo.

¿En qué piensas?

Ella sonrió.

Creo que puedes averiguarlo por tu cuenta. Eres capaz de leer los textos de las paredes.

Tal y como había dicho, había escrito algo en la pared: poco a poco fue apareciendo una palabra tras otra.

Tú
no
eres
el
único
en
estar
enamorado

La frase se escribió por sí sola con la misma ondulada caligrafía negra que cubría el resto de la habitación. El rubor coloreó las mejillas de Lena y se tapó la cara con las manos.

—Como las paredes empiecen a mostrar todos mis pensamientos va a ser de lo más embarazoso.

—¿No lo has hecho a propósito?

—No.

No tienes de qué avergonzarte, L. Le aparté las manos de la cara. Porque yo siento lo mismo.

Cerró los párpados con fuerza y yo me incliné para besarla. Fue un besito, un beso de nada, pero el corazón se me aceleró de inmediato.

Ella abrió los ojos y sonrió.

—Quiero oír el resto, quiero saber cómo me salvaste la vida.

—Ni siquiera recuerdo cómo llegué aquí y luego no podía localizarte, y con toda la casa llena de esa gente repulsiva con aspecto de salir de un baile de disfraces.

—No iban disfrazados.

—Lo supuse.

—¿Y entonces me encontraste? —Apoyó la cabeza en mi regazo y alzó la mirada hacia mí con una sonrisa—. ¿Irrumpiste a lomos de un caballo blanco y me salvaste de una muerte segura a manos de un *Caster* Oscuro?

—No te rías. Aquello asustaba de verdad y no había ningún caballo, más bien se parecía a un perro.

—Mi último recuerdo es del tío Macon hablando sobre el Vínculo. —Lena jugueteó con su pelo en ademán pensativo.

—¿Qué era la cosa esa del Círculo?

—El Círculo *Sanguinis* o Círculo de Sangre.

Hice lo posible por no parecer asustado. Apenas tenía estómago para tolerar la imagen de Amma y los huesos de pollo, así que no sabía si iba a ser capaz de soportar la sangre auténtica, aunque esperaba que al menos fuera su sangre y nada más.

—No vi la sangre.

—No es sangre de verdad, tonto. La sangre se refiere al lazo de parentesco, a la familia. Toda mi familia está aquí por vacaciones, ¿lo recuerdas?

—Cierto, perdona.

—Te lo dije: Halloween es una noche poderosa para la magia.

—¿Y qué estabais haciendo todos ahí, dentro de ese Círculo?

—Macon deseaba Vincular la mansión. Ravenwood está Vinculada siempre, pero él lo repite cada Halloween para el Año Nuevo.

—Y algo salió mal.

—Eso imagino, porque pude oír a mi tío hablando con tía Del mientras estábamos en el Círculo, y luego todo el mundo se puso a gritar y empezaron a hablar de una mujer. Sara-no-sé-qué.

—Sarafine, yo también lo oí.

—Sarafine. ¿Era ese nombre? Jamás lo había escuchado antes.

—Debe de ser una *Caster* Oscura. Todos parecían, no sé, parecían asustados. Jamás había oído a tu tío hablar de ese modo. ¿Sabes qué sucedió? ¿Realmente intentaba matarte?

No estaba muy seguro de querer saber la respuesta.

—No lo sé. No recuerdo demasiado, excepto esa voz lejana, como si alguien me hablara desde un lugar remoto, pero no logro recordar sus palabras. —Se movió en mi regazo y con cierta torpeza se acomodó encima de mi pecho. Daba la impresión de que casi podía sentir su corazón palpitando sobre el mío; sonaba como el aleteo de un ave dentro de una jaula. Estábamos tan cerca como podían estarlo dos personas, sin mirarnos el uno al otro. Ésa era la forma en que yo creía que ambos necesitábamos estar aquella mañana—. Se nos acaba el tiempo, Ethan. ¿Qué más da? En cualquier caso, sea quien sea ella, ¿no crees que venía a por mí porque voy a volverme Oscura dentro de cuatro meses?

—No.

—¿No? ¿Eso es todo lo que tienes que decir después de la peor noche de mi vida, después de que he estado a punto de morir? —Lena se retiró de mi lado.

—Piensa en ello. Esa Sarafine, sea quien sea, ¿te estaría dando caza si fueras a convertirte en uno de los malos? No, y además, si fueras a volverte Oscura, los buenos irían a por ti. Fíjate en Ridley. Nadie de tu familia le ha puesto precisamente una alfombra de bienvenida.

—Excepto tú, tontaina —replicó, y me dio un codazo en las costillas en plan juguetón.

—Exactamente, porque yo no soy un *Caster*, sino un insignificante mortal y, como tú misma aseguraste, si ella me dice que salte por un barranco, yo lo haría.

Lena se sacudió los cabellos.

—¿Es que acaso tu madre no te dijo, Ethan Wate, que cuando tus amigos se tiraran por un barranco te cuidaras de hacerlo tú?

La estreché entre mis brazos, sintiéndome mucho más feliz de lo que debería, dada la nochecita que habíamos pasado. O tal vez era Lena quien se sentía mejor, y a mí me pasaba lo mismo. La conexión existente entre nosotros esos días era tan fuerte que resultaba difícil determinar qué era yo y qué era ella.

Quería besarla, no sabía nada más.

Vas a ser Luminosa.

Y eso hice.

Luminosa, definitivamente.

La besé otra vez mientras la abrazaba. Besarla era tan necesario como respirar: tenía que hacerlo, no podía evitarlo. Estreché mi cuerpo contra el suyo. Oí su jadeo y sentí su corazón latir contra mi pecho. De pronto, empezó a arderme hasta la última terminación del sistema nervioso y se me puso el pelo de punta. Ella se acomodó sobre mi cuerpo. Su melena negra se desparramó entre mis manos y cada roce de sus cabellos fue como un chispazo. Había deseado hacer esto desde que la conocí, desde la primera vez que soñé con ella.

Era como si te alcanzase un rayo. Éramos uno solo.

Ethan.

Percibí la nota de urgencia en su voz incluso a pesar de que ella le hablara a mi mente. Yo también me daba cuenta: era como si no pudiera estar lo bastante cerca de ella. Su piel era suave y cálida. Noté cómo se intensificaban los pinchazos y los labios en carne viva, pues no podíamos besarnos con más fuerza. La cama empezó a dar sacudidas y de pronto se alzó y se bamboleó debajo de nosotros, lo sentí, y también

que me fallaban los pulmones, que la piel se me helaba y las luces de la habitación se encendían y apagaban mientras el cuarto mismo empezaba a dar vueltas, o tal vez se volvía negro, sólo que yo no sabía qué estaba pasando, ni siquiera si era cosa mía o de la luz del dormitorio.

Ethan!

La cama se estampó contra el suelo. Oí a lo lejos el sonido del cristal al hacerse añicos, como si hubiera estallado una ventana, y también escuché el llanto de Lena, y luego una voz de niña que preguntó:

—¿Qué te pasa, Lena Beana? ¿Por qué estás tan triste?

Sentí una manita caliente sobre el pecho. La calidez de esa palma se extendió por todo mi cuerpo y la estancia dejó de dar vueltas. Luego, fui capaz de respirar y abrí los ojos.

Era Ryan.

Me incorporé con el cerebro todavía a punto de estallar. Lena se hallaba a mi lado, con la cabeza pegada a mi pecho, justo como había estado hacía una hora, sólo que esta vez las ventanas de su cuarto estaban rotas, la cama se había venido abajo y tenía delante de mí a una niña rubia de diez años que mantenía la mano en mi pecho. Lena, aún sorbiéndose la nariz, intentó apartar de mi lado un trozo roto de espejo y los restos de su cama.

—Creo que ya hemos averiguado qué es Ryan. —Lena sonrió, pero aún tenía los ojos llorosos. Atrajo a la niña hacia sí, y la abrazó—. Una *Thaumaturge*. Jamás habíamos tenido una en la familia.

—Supongo que debe de ser uno de esos nombres vuestros para referiros a una sanadora —aventuré mientras me frotaba la cabeza.

Lena asintió y le plantó un beso a la niña en la mejilla.

—Algo por el estilo.

27 DE NOVIEMBRE

La típica fiesta americana de toda la vida

Tras Halloween, pareció reinar la calma característica de después la tormenta y a pesar de saber que el reloj no detenía su avance, nos sumimos en la rutina: yo caminaba hasta la esquina para esconderme de Amma, Lena me recogía con el coche fúnebre y *Boo Radley* se unía a nosotros delante de Stop & Steal, desde donde nos seguía hasta el insti. Con la excepción de Winnie Reid, el único miembro del equipo de debate del Jackson, lo cual no facilitaba discusión alguna, y Robert Lester Tate, ganador del concurso estatal de deletreo dos años consecutivos, sólo Link se sentaba con nosotros en la cafetería. Fuera de clase, cuando no nos íbamos a comer a las gradas ni nos espiaba el director Harper, nos escondíamos en la biblioteca para releer los papeles del guardapelo, con la esperanza puesta en que Marian cometiera alguna indiscreción y nos contara algo.

Por lo demás, no había ni rastro de ninguna coqueta prima *Siren* ni de sus piruletas ni de esos poderes suyos letales; tampoco se produjo ninguna misteriosa tormenta de categoría 3, no asomó en el cielo ningún ominoso nubarrón negro y ni siquiera tuvimos ninguna de esas extrañas comidas con Macon. Nada se salía de lo normal, salvo por una cosa, la más importante de todas: estaba loco por una chica que, aunque pareciera mentira, sentía lo mismo por mí.

¿Cuándo había pasado? Casi resultaba más fácil creer que fuera una *Caster* que el hecho de su misma existencia.

Tenía a Lena, una chica preciosa y poderosa; cada día era perfecto y, al mismo tiempo, aterrador.

Hasta que de pronto sucedió lo impensable: Amma invitó a Lena a la cena del Día de Acción de Gracias.

—No puedo entender por qué quieres venir a cenar en Acción de Gracias. Es un tostón.

Amma tramaba algo, eso era obvio, y yo estaba bastante nervioso.

Me relajé cuando Lena esbozó una sonrisa, cuya hermosura inigualable me dejaba siempre alelado.

—A mí no me parece tan aburrido.

—Dices eso porque nunca has estado en mi casa en Acción de Gracias.

—Jamás he estado en casa de nadie ese día. Los *Casters* no celebramos el Día de Acción de Gracias. Es una fiesta sólo para los mortales.

—¿Estás de broma? ¿No cenáis pavo relleno ni pastel de calabaza?

—No.

—Hoy no habrás comido mucho, ¿verdad?

—La verdad es que no.

—Entonces lo pasarás bien.

Yo había ido preparando a Lena con tiempo para que no se sorprendiera cuando las Hermanas envolvieran unos cuantos bollos en las servilletas y se los guardaran en el bolso; ni cuando mi tía Caroline y Marian se pasaran media velada discutiendo sobre la localización de la primera biblioteca pública estadounidense (Charleston) o la fórmula correcta del verde Charleston (dos partes de negro yanqui y una de amarillo rebelde). La tía Caroline trabajaba como conservadora en un museo de Savannah y sabía de antigüedades y periodos arquitectónicos tanto como mi madre sobre estrategias bélicas y munición de la Guerra de Secesión.

Lena debía estar preparada para eso: Amma, los chiflados de mi familia y Marian, y a eso había que sumarle por añadidura a *Harlon James*.

Sin embargo, había omitido el único detalle que ella necesitaba saber. Tal y como habían ido las cosas en los últimos tiempos, era muy probable que mi padre se sentara a la mesa en pijama, pero eso era algo que sencillamente me sentía incapaz de contar.

Amma se tomaba muy en serio Acción de Gracias, y eso significaba dos cosas: mi padre saldría del estudio de todas todas, aunque lo haría cuando ya fuera de noche, por lo que técnicamente tampoco habría mucha diferencia con sus costumbres habituales, pero se sentaría a cenar con nosotros, a comer comida de verdad, nada de cereales Shredded Wheat. Eso era lo mínimo que Amma iba a permitir, así que, en honor a la peregrinación de mi padre al mundo donde los demás habitábamos todos los días, había hecho comida para un regimiento: pavo, puré de patata con salsa de carne, judías blancas, crema de maíz, patatas dulces con malvavisco, jamón dulce, bizcochos, pastel de calabaza y tarta de merengue al limón. Esta última la hacía más por el tío Abner que por el resto de nosotros.

Me demoré un segundo en el porche al recordar cómo me había sentido la noche que fui a Ravenwood por vez primera. Ahora le tocaba a ella. Me dio un poco de pena. Lena hizo un ademán para apartarse los cabellos negros de la cara; le acaricié el mentón, donde se le habían enredado unos cuantos mechones rebeldes.

¿Estás *preparada?*

Lucía un vestido con una falda corta de encaje negro. Se la estiró para que le quedara suelta. Estaba inquieta.

No lo estoy.

Pues deberías.

Sonreí mientras le abría la puerta.

—Preparada o no…

La casa tenía el aroma de mi niñez: olor a trabajo y puré de patata.

—¿Eres tú, Ethan Wate? —preguntó Amma a grito pelado desde la cocina.

—Sí, señora.

—¿Viene contigo la chica? Tráela aquí para que podamos echarle un vistazo.

Hacía mucho calor en la cocina. Amma se hallaba frente a los fogones con el delantal puesto mientras la tía Prue iba de un lado a otro, batiendo diferentes mezclas en varios tazones. La tía Mercy y la tía Grace jugaban al Scrabble en la mesa de la cocina. Nadie pareció percatarse de que en realidad ninguna de las dos intentaba construir ninguna palabra en el tablero.

—Bueno, no te quedes ahí parado. Hazla pasar dentro.

Sentí todo el cuerpo en tensión. No había forma de adivinar cuál sería la reacción de Amma ni la de las Hermanas. Para empezar, no tenía la menor idea de por qué Amma había insistido en invitar a la sobrina de Macon Ravenwood.

Lena se adelantó.

—Cuánto me alegra conocerla por fin.

Amma la examinó de la cabeza a los pies mientras se secaba las manos en el delantal.

—Así que tú eres la que tiene tan ocupado a mi chaval. El cartero tenía razón: eres bonita como el sol.

Me pregunté si Carlton Eaton había mencionado eso mientras iban a Wader's Creek.

Lena se puso colorada.

—Gracias.

—Has revuelto un poco las cosas en el colegio, según he oído. —La tía Grace sonrió—. Eso está bien. No sé qué os enseñan a los chicos allí hoy día.

Tía Mercy colocó sus fichas una tras otra hasta formar una palabra. E-S-P-I-R-O.

Tía Grace se inclinó sobre el tablero y bizqueó.

—¡Otra vez con trampas, Mercy Lynne! ¿Qué palabro es ése? ¡Úsalo en una frase!

—*Espiro* a tomarme uno de esos pastelitos blancos.

—No se dice así. —La tía Grace movió una ficha para corregirla. Al menos una de las dos sabía qué se traía entre manos—. Se dice expirar, con equis. —Bueno, tal vez no.

No exagerabas nada.

Te lo dije.

—¿No es Ethan ese que acaba de entrar? —La tía Caroline entró con los brazos abiertos en el momento justo—. Ven aquí y dale un abrazo a tu tía.

Siempre me pillaba desprevenido su enorme parecido con mi madre. La misma melena castaña, invariablemente recogida hacia atrás, los mismos ojos marrones; pero mi madre siempre se había decantado por ir descalza y ponerse vaqueros mientras que la tía Caroline vestía más al estilo sureño y elegía vestidos con tirantes y algún suéter fino. Tenía la sospecha de que mi tía se lo pasaba bomba cuando veía los gestos de la gente al hacerles saber que ella no era una solterona entrada en años, sino la conservadora del Museo de Historia en Savannah.

—¿Y cómo va todo por aquí, por el norte? —Caroline siempre se refería a Gatlin con esa expresión: «Aquí, por el norte», pues el condado estaba al norte de Savannah.

—Todo muy bien. ¿Me has traído pralinés?

—¿No te los traigo siempre?

Cogí a mi invitada de la mano y di un tirón para acercarla adonde me encontraba.

—Lena, te presento a mi tía Caroline y a mis tías abuelas Prudence, Mercy y Grace.

—Encantada de conocerlas a todas.

Lena alargó la mano libre para saludarlas, pero, en vez de estrechársela, la tía Caroline la atrajo hacia sí con un abrazo.

En la entrada, alguien cerró de un portazo.

—¡Feliz Acción de Gracias! —Marian entró con una cacerola y una fuente, puestos uno sobre otro—. ¿Qué me he perdido?

—Ardillas. —Tía Prue se le acercó arrastrando los pies y cogió del brazo a la recién llegada—. ¿Qué sabes de ellas?

—Vale. Fuera de mi cocina todos vosotros, todos. Necesito algo de espacio para obrar mi magia. Eh, Mercy Staham, que te veo, te estás zampando mis bastones de caramelo con canela.

La interpelada dejó de masticar a dos carrillos durante unos segundos. Lena me miró de refilón mientras intentaba aguantar la sonrisa.

Podría llamar a Cocina.

Confía en mí: Amma no necesita ayuda alguna cuando se trata de cocinar. Tiene magia de su propia cosecha para eso.

Todo el mundo se metió en el atestado comedor. Caroline y Prue se enzarzaron sobre el mejor método para que el palo santo crezca en un porche soleado mientras las tías Grace y Mercy seguían la polémica sobre el deletreo correcto del verbo «espirar» al tiempo que Marian intentaba mediar entre las dos. Todo eso bastaba para volver loco a cualquiera, pero cuando vi a Lena apretujada entre las Hermanas sin poderse mover, parecía feliz, incluso contenta.

Esto es guay.

¿Estás de broma?

¿Ésa era su idea de una fiesta en familia? ¿Una montaña de cacerolas, un tablero de Scrabble y unas ancianas a la greña? No estaba seguro del todo, pero sabía que eso era lo menos parecido del mundo al Encuentro.

Al menos no intentan matarse entre ellas.

Dales un cuarto de hora, L.

Pillé a Amma mirando a través de la puerta de la cocina, pero no me examinaba a mí, sino a Lena.

Estaba tramando algo, ya no me cupo duda alguna.

La cena de Acción de Gracias discurría como todos los años, excepto que nada era igual. Mi padre iba en pijama, la silla de mi madre estaba vacía y yo estrechaba la mano de una *Caster* por debajo de la mesa. La sensación me abrumó durante unos segundos, me sentía feliz y triste al mismo tiempo, como si en cierto modo ambas cosas guardasen alguna relación, pero apenas tuve una fracción de segundo para pensar en ello. En cuanto dijimos amén, las Hermanas se pusieron a tragar bollos, Amma empezó a llenar los platos con puré de patata con salsa y tía Caroline comenzó con su charloteo.

Yo sabía qué ocurría. Tal vez nadie reparase en la silla vacía si había suficiente ajetreo, conversación continua y bastantes tartas, pero no había suficientes tartas en el mundo para lograr eso, ni siquiera en la cocina de Amma.

Por otra parte, tía Caroline estaba decidida a hacerme hablar todo el rato.

—¿Necesitas que te preste algo para la recreación, Ethan? Tengo en el desván una guerrera entallada de corte recto y tiene toda la pinta de ser auténtica.

—No me lo recuerdes.

Casi había olvidado que si pretendía aprobar la asignatura de historia este año debía vestirme de soldado confederado para la recreación de la batalla de Honey Hill. Todos los años tenía lugar una recreación de la Guerra de Secesión hacia febrero. Era la única razón para que los turistas se dejaran caer por Gatlin.

Lena alargó la mano para coger un bollo.

—No me parece que la recreación sea tan buen negocio, la verdad. Parece demasiado trabajo para representar una batalla librada hace más de cien años, cuando podemos leerla en los libros de Historia.

Oh, oh.

Tía Prue respiró de forma entrecortada. Ése era el tipo de blasfemias que la sacaban de quicio.

—Habría que quemar esa escuela vuestra hasta los cimientos. Allí ya no enseñan historia. La lucha del sur por su independencia no puede aprenderse en los libros de texto, hay que verla. Todos los jóvenes deberíais verlo: el mismo país que luchó como un solo hombre en la Guerra de la Independencia se volvió contra sí mismo en una guerra civil.

Di algo, Ethan. Cambia de tema.

Demasiado tarde. Se va a poner a recitar el himno nacional en cualquier momento.

Marian abrió en dos un panecillo y lo llenó de jamón.

—La señorita Statham tiene razón. La Guerra de Secesión volvió al país contra sí mismo, a menudo enfrentó a hermano contra hermano. Fue un trágico episodio en la historia de Estados Unidos. Murieron en torno a medio millón de hombres, aunque perecieron más de enfermedad que en la batalla.

—Un trágico episodio, sí, señor —convino tía Prue.

—Pero ahora no te enojes, Prudence Jane. —Tía Grace le dio unas palmaditas en el brazo a tía Prue; ésta le apartó la mano con un ademán.

—No me digas cuándo debo indignarme. Sólo intento asegurarme de que los jóvenes saben distinguir el culo de las témporas. Aquí no enseña nadie, salvo yo. Esa escuela debería pagarme.

Debería haberte advertido de que no les dieras pie.

A buenas horas me lo cuentas.

Lena se revolvió incómoda en el asiento.

—Lo siento. No pretendía decir nada irrespetuoso, es sólo que… no había conocido a nadie tan entendido en la Guerra de Secesión.

Muy sutil, sobre todo si por entendido quieres decir obsesionado.

—No vayas a sentirte mal ahora, corazón. De vez en cuando Prudence Jane se levanta con el pie torcido.

Tía Grace le dio un codazo a tía Prue.

Por eso le echamos whisky en el té.

—Todo es por culpa del guirlache de cacahuete que ha traído Carlton. —Tía Prue observó a Lena, disculpándose con la mirada—. Lo paso fatal cuando tiene tanto azúcar.

Las pasa moradas cuando no tiene guirlache a mano.

Mi padre tosió mientras removía el puré de patata. Lena vio la oportunidad de cambiar de tema.

—Ethan me ha dicho que es usted escritor, señor Wate. ¿Qué clase de libros escribe?

Mi padre levantó los ojos para mirarla, pero no dijo nada. Lo más probable era que ni siquiera se hubiera percatado de que nuestra invitada se estaba dirigiendo a él.

—Mitchell trabaja en una nueva obra, en una importante, tal vez la mejor de las que ha escrito hasta ahora, y eso que ha escrito un montón de libros. ¿Cuántos llevas hasta ahora, Mitchell? —inquirió Amma como si se estuviera dirigiendo a un niño. Ella sabía al dedillo cuántas obras había publicado mi padre.

—Trece —masculló él.

Pensé que los modales intimidatorios de mi padre desalentarían a Lena, pero no fue así. Le estudié: tenía el pelo despeinado y círculos negros bajo los ojos. ¿Desde cuándo tenía tan mal aspecto?

—¿Y de qué trata su novela? —insistió Lena.

Mi padre pareció animado por primera vez en toda la velada.

—Es una historia de amor, aunque en realidad este libro ha sido un viaje. La gran novela americana. Podría decirse que trabajo en *El ruido y la furia* de mi carrera, pero no puedo hablar del argumento, de veras, aún no, no en este momento, no cuando estoy tan cerca de…

Había empezado a desvariar. Luego, enmudeció de repente, como si llevara un interruptor en la espalda y alguien lo hubiera apagado. Se quedó mirando fijamente la silla vacía de mi madre mientras se iba debilitando.

Amma parecía ansiosa. La tía Caroline intentó distraer la atención general de lo que se estaba convirtiendo en la noche más embarazosa de mi vida.

—Lena, ¿desde dónde dijiste que te habías mudado…?

No oí la respuesta ni ninguna otra cosa, pues en vez de eso percibí que todo se movía a cámara lenta y de forma borrosa, como los espejismos cuando las olas de calor cruzan el aire.

¿Qué estaba pasando…?

Todo parecía haberse paralizado en la habitación, pero no era así. Yo estaba petrificado. Mi padre se había quedado parado. Tenía los ojos entrecerrados y los labios fruncidos para formar la sílaba que no había tenido ocasión de pronunciar. Seguía con la vista fija en el puré de patata, todavía sin probar. Las Hermanas, la tía Caroline y Marian permanecían inmóviles como estatuas. El péndulo del viejo reloj del abuelo se había detenido. Hasta el aire permanecía estático.

¿Estás bien, Ethan?

Intenté responderle, pero no pude. Estuve a punto de morir congelado cuando Ridley me apretó entre sus dedos letales, pero en esta ocasión ni tenía frío ni estaba muerto, sólo inmóvil.

—¿Ha sido cosa mía? —preguntó Lena en voz alta.

Únicamente Amma estaba en condiciones de responderle.

—¿Hacer un Vínculo temporal? ¿Tú? Es tan probable como que salga un caimán de las tripas de ese pavo —se mofó ella—. No, no es cosa tuya, chiquilla. Esto te supera. Los Notables han decidido que ya es hora de que tú y yo tengamos unas palabritas de mujer a mujer. Ahora nadie puede escucharnos.

Con una excepción: yo puedo oírte.

Pero no conseguía articular palabra. Podía escucharlas a ambas, pero era incapaz de proferir sonido alguno.

Amma miró al techo.

—Gracias por la ayuda, tía Delilah. —Se dirigió hacia la comida y cortó un trozo de pastel de calabaza. Luego lo puso en un lujoso plato de porcelana y lo dejó en el centro de la mesa—. Ahora voy a dejar este trozo para ti y los Notables. Procura no olvidar que lo he hecho yo.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que ha hecho?

—No he hecho nada. Sólo he ganado un poco de tiempo para nosotras, me parece…

—¿Es usted una *Caster*?

—No, sólo Vidente. Veo lo que debe verse, lo que nadie puede o quiere ver.

—¿Ha detenido usted el tiempo? —Los *Casters* podían detener el tiempo, Lena me lo había dicho, pero sólo los de mayor poder.

—No he hecho semejante cosa. Sólo pedí un poco de ayuda a los Notables y tía Delilah se mostró dispuesta.

Lena parecía confusa, o tal vez asustada.

—¿Quiénes son los Notables?

—Mi familia en el Más Allá. Me echan una manita de vez en cuando, y no están solos. Otros les acompañan. —Amma se inclinó sobre la mesa y miró a Lena a los ojos—. ¿Por qué no luces el brazalete?

—¿El qué…?

—¿No te lo dio Melquisedec? Le dije que ibas a necesitarlo.

—Lo hizo, pero me lo quité.

—Vaya, ¿y a santo de qué hiciste semejante cosa?

—Descubrimos que bloqueaba las visiones.

—Era un bloqueador, cierto… Mientras lo llevaras encima.

—¿Y qué bloqueaba?

Amma alargó una mano y cogió la de Lena para darle la vuelta y dejar la palma boca arriba.

—No quería ser yo quien te lo dijera, chiquilla, pero ni Melquisedec ni tu familia van a decirte nada y alguien ha de contártelo. Debes estar preparada.

—Preparada… ¿para qué?

Amma miró al techo y masculló algo para sus adentros.

—Ella viene a por ti, chiquilla, y es una fuerza que hay que tener en cuenta… Oscura como la noche.

—¿Quién…? ¿Quién viene a por mí?

—Desearía que te lo contaran ellos. No quería ser yo quien te lo explicara, pero los Notables aseguran que alguien debe decírtelo antes de que sea demasiado tarde.

—¿Decirme qué? ¿Quién viene, Amma?

Amma tiró del amuleto que le colgaba del cuello hasta sacárselo de la blusa y lo sujetó con fuerza.

—Sarafine la Oscura —contestó en voz baja, como si temiera que alguien pudiera escucharla.

—¿Y quién es?

Amma vaciló, apretó la bolsa con más fuerza.

—Tu madre.

—No lo entiendo. Mis padres fallecieron siendo yo una niña y mi madre se llamaba Sara. He visto su nombre escrito en el árbol genealógico.

—Tu padre murió, eso es cierto, pero que tu madre sigue viva es tan cierto como que yo estoy aquí, y ya sabes cómo son los árboles familiares aquí, en el sur: bastante menos exactos de lo que se dice.

A Lena se le fue el color de la cara. Hice un gran esfuerzo por alargar el brazo y cogerle la mano, pero sólo conseguí mover una pizquita el dedo. Estaba desvalido. No podía hacer otra cosa que mirar mientras ella avanzaba sola dando tumbos en la oscuridad, igual que en las pesadillas.

—¿Y ella es Oscura?

—La más Oscura de las *Casters* vivas hoy en día.

—¿Y por qué no me lo han contado ni mi tío ni mi abuela? Me dijeron que había muerto. ¿Por qué iban a mentirme?

—Hay verdades y verdades, y luego está *la* verdad, y a menudo no suelen ser lo mismo. Ellos intentan protegerte, lo admito. Aún se creen capaces de hacerlo, pero los Notables no lo tienen tan claro. No deseaba ser yo quien te avisara, pero Melquisedec es tozudo como una muía.

—¿Por qué intenta ayudarme? Pensé… Creía que no le caía bien.

—Esto no es cosa de si me gustas o no. Ella viene a por ti y tú necesitas estar centradita, sin distracciones. —Amma enarcó una ceja—. Y no quiero que le suceda nada a mi muchacho. Esto te viene grande, os supera a los dos.

—¿Qué nos viene grande?

—Todo este embrollo. Ethan y tú no estáis destinados a estar juntos.

Amma volvía a hablar de forma enigmática y Lena parecía confusa.

—¿Qué significa eso?

Amma giró la cabeza con brusquedad, como si alguien le hubiera tocado el hombro.

—¿Qué dices, tía Delilah? —Amma se volvió hacia Lena y anunció—: No nos queda mucho tiempo.

El péndulo del reloj comenzó a moverse de modo casi imperceptible. La estancia volvía a la vida. Mi padre bizqueó, pero lo hizo tan despacio que los párpados tardaron varios segundos en rozar la piel debajo de los ojos.

—Ponte de nuevo el brazalete. Necesitas toda la ayuda posible.

De pronto, el tiempo recobró su lugar…

Parpadeé varias veces antes de recorrer la habitación con la mirada. Mi padre seguía con la vista en el puré y tía Mercy aún no había terminado de envolver el bollo con la servilleta. Alcé la mano hasta ponerla delante de los ojos y moví los dedos.

—¿Qué diablos ha sido esto?

—¡Ethan Wate! —exclamó tía Grace con voz entrecortada.

Amma estaba abriendo un panecillo para llenarlo de jamón. Me pilló desprevenido cuando alzó la vista y me miró. No había pretendido que yo escuchara su conversación de mujeres, eso era obvio. Me dirigió esa mirada de significado inequívoco: «Mantén el pico cerrado, Ethan Wate».

—No uses ese vocabulario en mi mesa. ¿Qué va a ser? Panecillos, jamón y pavo relleno. No eres lo bastante mayor como para que no te lave esa bocaza con una pastilla de jabón. Me he tirado cocinando todo el día, y espero que te los comas.

Miré de soslayo a Lena. Se le había borrado la sonrisa y permanecía con la vista clavada en el plato.

Lena Beana. Vuelve a mí. No voy a dejar que te pase nada. Estarás bien.

Pero ella tenía el pensamiento muy, muy lejos de allí.

Lena no despegó los labios durante todo el trayecto de regreso y cuando llegamos a Ravenwood, abrió la puerta del coche de un tirón, cerró de un portazo y se encaminó hacia la mansión sin decir ni pío.

Estuve en un tris de no seguirla. La cabeza me daba vueltas. Era incapaz de imaginar cómo se sentía. Ya era bastante malo perder a una madre, pero no lograba imaginarme qué se sentía al descubrir que seguía viva la madre que deseabas que estuviera muerta.

Yo había perdido a la mía, pero no estaba perdido, pues, antes de irse, ella me había anclado a Amma, a mi padre, a Link y a Gatlin. La percibía en las calles, en mi casa, en la biblioteca, hasta en la despensa. Lena jamás había tenido eso. Como diría Amma, ella había soltado amarras e iba tan a la deriva como las balsas usadas por los pobres en el pantano.

Deseaba convertirme en su ancla, pero, a mi modo de ver, nadie podía serlo en este preciso momento.

Lena pasó a toda prisa al lado de *Boo*. Éste permanecía sentado en el porche y no resollaba a pesar de haber venido corriendo detrás del coche durante todo el trayecto de vuelta. También había estado en el patio delantero de mi casa. Al parecer, le gustaban las patatas dulces y el malvavisco que yo había tirado fuera por la puerta aprovechando que Amma iba a la cocina en busca de más salsa.

Escuché los alaridos de Lena dentro de la casa. Suspiré, salí del coche y me senté en los escalones del porche, cerca del perro. La cabeza me martilleaba como si tuviera un bajón de azúcar.

—¡Despierta, despierta, tío Macon! No estás dormido, lo sé, ya se ha puesto el sol.

Percibía los gritos de Lena dentro de mi cabeza.

«No estás dormido, lo sé, ya se ha puesto el sol».

Yo seguía a la espera de que ella me diera una sorpresa y me contase de una vez la verdad sobre el Viejo Ravenwood, tal y como había hecho consigo misma. Fuera lo que fuera, no parecía un *Caster* corriente y moliente, y eso si en realidad resultaba ser algo por el estilo. No hacía falta ser un empollón para ver por dónde iban los tiros a tenor de que se tiraba todo el día durmiendo y aparecía y desaparecía a su antojo.

Seguía sin estar seguro de querer entrar en esa ocasión.

Boo me contempló fijamente. Alargué la mano para acariciarle, pero apartó la cabeza como si dijera «sigamos a buenas, no me toques, chico, por favor». *Boo* y yo nos incorporamos con intención de entrar, cuando dentro de la casa empezaron a romperse cosas. Lena había acertado de lleno a una de las puertas del piso de arriba.

La casa había recuperado la fisonomía preferida de Macon, el exquisito desarreglo de antes de la guerra, o al menos ésa era mi sospecha.

En mi fuero interno estaba de lo más aliviado por no hallarme en un castillo. Me habría gustado poder detener el tiempo y volver tres horas atrás, y sería muy feliz si la mansión se hubiera transformado en una de esas casas móviles y todos nosotros estuviéramos sentados en torno a una bandeja con las sobras del banquete, como el resto de la gente en Gatlin.

—¿Mi madre…? ¿Mi propia madre?

La puerta se abrió con fuerza y Macon apareció en el umbral hecho un desastre. Vestía un pijama de lino arrugado, pero, odio decirlo, lo cierto era que tenía más pinta de ser un camisón. Tenía el pelo alborotado y los ojos más rojos de lo habitual, y también estaba más pálido. Con esas pintas parecía que le había pasado por encima una apisonadora.

A su manera, Ravenwood no se diferenciaba tanto de mi padre. Era un desastre de primera, tal vez más que él, salvo en lo tocante a la vestimenta. A mi padre no le pillarías con camisón ni muerto.

—¿Mi madre es Sarafine, la cosa que intentó matarme en Halloween? ¿Cómo has podido ocultarme eso?

Él sacudió la cabeza y se pasó la mano por el pelo, sin salir de su asombro.

—Amarie.

Habría dado cualquier cosa por ver a Amma y a Macon en un cuadrilátero. De todos modos, habría apostado por ella.

Macon se metió en su dormitorio y cerró de un portazo, pero no antes de que yo pudiera echar un vistazo: parecía sacado de *El fantasma de la ópera*, con una cama con dosel y esos candelabros de hierro más altos que yo. Un paño aterciopelado de color negro y gris recubría las columnas de la cama y unas colgaduras de la misma tela pendían de forma ominosa sobre los postigos, tapando las ventanas. Hasta las paredes estaban tapizadas por ese mismo tejido gastado, al que le eché un siglo por lo menos. El dormitorio era oscuro, oscuro como la tinta. El

efecto era aterrador. La oscuridad de verdad, la real, era algo más que la ausencia de luz.

Cuando Macon franqueó de nuevo el umbral, salió hecho un pincel: ni un pelo fuera de su sitio, ni una arruga en los pantalones de sport ni en la camisa, blanca recién planchada, ni una marca en sus finos zapatos de gamuza. No guardaba parecido alguno con la imagen ofrecida hacía unos segundos, y todo cuanto había hecho era cruzar la puerta de su habitación.

Miré a Lena. No parecía extrañada, era como si no se hubiera dado cuenta. Me quedé helado al recordar durante unos segundos lo diferentes que debían de haber sido nuestras vidas.

—¿Está viva mi madre?

—Es algo más complicado que eso, me temo.

—¿Te refieres a la parte en que mi propia madre quería matarme? ¿Cuándo pensabas contármelo, tío Macon? ¿Cuando ya hubiera sido Llamada?

—No empieces otra vez con lo mismo. —El interpelado suspiró—. No vas a volverte Oscura.

—No concibo cómo puedes pensar eso y no lo contrario siendo yo hija de, y cito palabras de otra persona, «la más oscura de las *Casters* vivas».

—Comprendo que estés disgustada. Cuesta digerir todo esto y debería habértelo dicho yo mismo, pero debes creerme: intentaba protegerte.

Lena se salió de sus casillas.

—¡Protegerme! Me dejaste creer que lo de Halloween había sido un simple ataque fortuito cuando fue cosa de mi madre. Ella vive e intenta acabar conmigo, ¿y no se te ha ocurrido que yo debería saberlo?

—No sabemos si intenta acabar contigo.

Los marcos de los cuadros comenzaron a golpear contra las paredes. Las bombillas se fundieron una tras otra a lo largo de todo el vestíbulo. La lluvia repiqueteaba contra los postigos.

—¿No hemos tenido ya suficiente mal tiempo las últimas semanas?

—¿Qué más me escondes? ¿De qué voy a enterarme después? ¿De que mi padre está vivo?

—~Me temo que no —lo dijo como si fuera una tragedia, algo demasiado triste para hablar de ello, con el mismo tono utilizado por la gente cuando hablaba de la muerte de mi madre.

—Tienes que ayudarme —pidió ella con voz rota.

—Haré cuanto esté en mi mano para protegerte, Lena, como he hecho siempre.

—Eso es mentira —replicó su sobrina—. No me has hablado de mis poderes ni me has enseñado a protegerme.

—Ignoro el alcance real de tus poderes. Eres una *Natural*. Cuando necesites hacer algo, lo harás. A tu manera y a tu debido tiempo.

—Mi madre intenta matarme. No tengo tiempo.

—No sabemos si eso es verdad, como ya he dicho antes.

—En tal caso, ¿cómo explicas lo de Halloween?

—Existen otras posibilidades. Del y yo trabajamos en ellas para ver qué sacamos en claro. —Macon se dio la vuelta y se alejó de ella, como si fuera a regresar a su cuarto—. Ahora necesitas calmarte. Podemos hablar de esto más tarde.

Lena se dirigió hacia un jarrón que estaba en el aparador del rincón y luego clavó los ojos en la pared donde se abría la puerta del dormitorio; el jarrón salió disparado como si estuviera sujeto por un cordel y alguien hubiera dado un tirón a fin de arrojarlo hacia allí. Voló por la estancia y se estrelló contra la pared, lo bastante lejos como para estar segura de no alcanzar a su tío y lo suficientemente cerca para dejarle claro que no era un accidente.

No era uno de esos momentos en los que ella perdía el control y las cosas simplemente pasaban, esta vez lo había hecho a propósito. No había perdido el dominio de sí misma.

Macon se dio la vuelta tan deprisa que ni le vi moverse y se plantó delante de su sobrina en un santiamén. Estaba tan sorprendido como yo y había llegado a la misma conclusión: no había sido algo casual. El semblante de Lena me decía que ella estaba igual de sorprendida. Él parecía enfadado, bueno, tan enfadado como Macon Ravenwood podía parecer.

—Es tal y como te he dicho: cuando necesites hacer algo, lo harás. —Luego, se volvió hacia mí—. En las próximas semanas esto va a volverse mucho más peligroso, o eso me temo. Las cosas han cambiado. No la dejes sola. Puedo cuidar de ella cuando está aquí, pero mi madre está en lo cierto: parece que también tú puedes protegerla, tal vez incluso mejor que yo.

—¿Hola? ¡Os puedo oír! —Lena se había recobrado tras su demostración de poder y el posterior semblante de su tío, cuya reacción iba a atormentarla más tarde, yo lo sabía, pero en ese preciso instante estaba demasiado furiosa para poder apreciarlo—. No hables de mí como si no estuviera en la habitación.

Una bombilla explotó detrás de él, pero Ravenwood ni se inmutó.

—¿Has escuchado lo que decías? Yo soy quien necesita saber, pues me está persiguiendo a mí. Yo soy el objetivo que ella desea y ni siquiera conozco la razón.

Se miraron el uno al otro, un Ravenwood y una Duchannes, dos ramas de un mismo linaje, el retorcido árbol genealógico de los *Casters*. Me pregunté si aquél no sería un momento adecuado para marcharme.

Macon me miraba. Su rostro decía que sí.

Lena también me miraba, pero su semblante decía que no.

Percibí un calor abrasador cuando ella me sujetó de la mano. Echaba chispas, jamás la había visto tan enfadada. Era increíble que no hubieran saltado hechas añicos todas las ventanas de la mansión.

—Tú sabes por qué me persigue, ¿a que sí?

—Es…

—Déjame adivinarlo, ¿es complicado?

Los dos volvieron a estudiarse con la mirada. A Lena se le había ensortijado el pelo y su tío no dejaba de darle vueltas al anillo plateado.

Boo mantenía la tripa pegada al suelo e iba arrastrándose hacia atrás. Chucho listo. A mí también me habría encantado salir a rastras de la habitación. Nos quedamos allí de pie, a oscuras, cuando estalló la última bombilla.

—Debes decirme cuanto sepas acerca de mis poderes. —Ésos eran los términos de Lena.

Su tío suspiró y las sombras empezaron a disiparse.

—No es que no quiera decírtelo, Lena. Después de tu pequeña exhibición, está claro que ni siquiera yo sé de qué eres capaz. Nadie lo sabe, y sospecho que tú tampoco. —Ella no parecía del todo convencida, pero le escuchaba con atención—. Eso es lo que significa ser un *Natural*, forma parte del don.

Su sobrina empezó a relajarse. La batalla había concluido y ella había ganado, por el momento.

—Entonces, ¿qué voy a hacer?

Macon tenía un aspecto tan patético como cuando yo estaba en quinto y mi padre entró en mi cuarto para contarme eso de que la cigüeña traía a los niños de París.

—El desarrollo de tus poderes quizá sea un periodo difícil. Tal vez haya algún libro sobre la materia. Si quieres, podemos ir a ver a Manan.

Hombre, claro. *Alternativas y cambios. Guía actualizada para chicas Casters* y *Mi madre quiere matarme: libro de autoayuda para adolescentes*.

Iban a ser unas semanitas bien largas.

28 DE NOVIEMBRE

Domus lunae libri

—¿Hoy? Pero si no se celebra ninguna festividad.

Marian era la última persona que esperaba ver cuando abrí la puerta de casa, pero la tenía ahí plantada con el abrigo puesto y enseguida me vi sentado junto a Lena en el frío asiento de la vieja furgoneta azul turquesa de Marian de camino a la biblioteca *Caster*.

—Una promesa es una promesa. Es el Viernes Negro, el día siguiente a Acción de Gracias. Tal vez no parezca un festivo, pero es un día no laborable y no necesitamos más. —Marian estaba en lo cierto. Amma probablemente había hecho cola en la tienda desde antes del alba con un buen montón de cupones. Ya era casi de noche y aún no había regresado—. La biblioteca del condado de Gatlin está cerrada, así que la biblioteca *Caster* está abierta.

—¿Tienen el mismo horario? —le pregunté a Marian cuando giró y condujo en dirección a Main Street.

Ella asintió.

—De nueve a seis. —Luego, tras un guiño, especificó—: De nueve de la noche a seis de la mañana. No todos mis clientes pueden aventurarse a la luz del día.

—Eso no parece demasiado justo —se quejó Lena—. El horario reservado a los mortales es más amplio y apenas si se pasan por ahí para leer.

La bibliotecaria se encogió de hombros.

—A mí me paga el condado, como ya te dije, así que eso lo arreglas con ellos, pero míralo desde otro punto de vista: piensa cuánto tiempo vas a poder conservar en tu poder los *Lunae Libri* antes de tener que devolverlos.

Las miré con perplejidad.

—Lunae Libri significa más o menos *Libros de las Lunas*. Podrías llamarlos Pergaminos *Caster*.

A mí me importaba muy poco el nombre. Me moría de impaciencia por ver qué nos revelaban las obras de esa biblioteca, o más bien uno en particular, porque andábamos muy escasos de respuestas y de tiempo.

No di crédito a mis ojos cuando salimos de la furgoneta y vi dónde nos hallábamos. Marian había aparcado sobre el bordillo a tres metros escasos de la Sociedad Histórica de Gatlin, o como mi madre y Marian preferían llamarla: Sociedad Histérica de Gatlin. La Sociedad Histórica era además la sede de las Hijas de la Revolución Americana. Marian había metido la furgoneta en la acera lo suficiente para evitar la zona de la calzada iluminada por la luz de la farola.

Boo Radley permanecía sentado en la acera, como si estuviera al tanto de nuestra llegada.

—¿Aquí…? ¿Las lunas lo-que-sea están en la sede de las Hijas de la Revolución Americana?

—Ésta es la Domus Lunae Libri, la Casa de los *Libros de las Lunas*, o *Lunae Libri* para abreviar. Y no, no están aquí, sólo se usa la entrada —aclaró. Me eché a reír—. Tienes el mismo sentido de la ironía que tu madre. —Nos dirigimos hacia el edificio vacío. No podíamos haber elegido una noche mejor—. Ahora bien, no es un chiste. La Sociedad

Histórica es el edificio más antiguo del condado, junto con la mansión Ravenwood. Nada más sobrevivió a la Gran Quema —añadió Marian.

—¿Pero qué pueden tener en común las Hijas de la Revolución Americana y los *Casters*? —preguntó Lena con perplejidad.

—Confiaba en que te dieras cuenta tú sólita de que tienen en común más de lo que te figuras. —La bibliotecaria apretó el paso hacia la vieja edificación de piedra mientras sacaba su ya familiar llavero—. Yo, por ejemplo, soy miembro de ambas sociedades. —Miré a Marian, sin dar crédito a sus palabras—. Yo soy neutral, esperaba haberlo dejado perfectamente claro. No soy como tú, que te pareces más a Lila, estás demasiado implicado… —Fui capaz de terminar la frase de Marian por mi cuenta: «Y mira cómo acabó».

La bibliotecaria se calló de repente, pero sus palabras flotaban en el aire y no había nada que ella pudiera decir o hacer para enmendar eso. Me quedé paralizado, pero mantuve la boca cerrada. Lena alargó el brazo para cogerme de la mano y noté cómo tiraba de mí para que me pusiera a su lado.

¿Estás bien, Ethan?

Marian miró otra vez su reloj.

—Faltan cinco minutos para las nueve. Técnicamente, no debería dejaros entrar aún, pero debo estar en el piso de abajo por si esta noche acude algún otro visitante. Seguidme.

Caminamos hacia el patio trasero del edificio, ya en sombras, y rebuscó a tientas entre sus llaves hasta elegir una que yo siempre había creído que era un llavero, pues no tenía aspecto alguno de llave. Era una arandela de hierro con una junta lateral. Marian la retorció con mano experta hasta abrirla y luego la hizo retroceder sobre sí misma del todo. El círculo se convirtió en una media luna. Una luna *Caster*.

Introdujo la llave en lo que parecía ser una rejilla metálica en los cimientos traseros del edificio, la empujó y la giró. La verja se deslizó hasta quedar abierta. Detrás de ella había una escalera negra de piedra

que descendía hacia una negrura aún mayor: la del sótano ubicado debajo del sótano de la sede de las Hijas de la Revolución Americana. Una hilera de antorchas se encendió por su cuenta cuando nuestra guía giró bruscamente la llave hacia la izquierda otra vuelta más. La luz oscilante de las antorchas iluminaba por completo el hueco de la escalera. Incluso logré atisbar las palabras DOMUS LUNAE LlBRl grabadas en el arco de la entrada del piso inferior. Marian dio otra vuelta a la llave: el tramo de escaleras desapareció y reapareció la verja de hierro una vez más.

—¿Qué ocurre? ¿No vamos a entrar? —Lena parecía asombrada.

La bibliotecaria atravesó los barrotes con la mano, pues la reja era una mera ilusión.

—No soy capaz de lanzar hechizos, como sabéis, pero había que hacer algo. Los vagabundos siguen andando por ahí de noche. Macon hizo que Larkin me pusiera este espejismo y se pasa de vez en cuando para mantenerlo en buen estado.

La bibliotecaria nos miró; de pronto, se le había puesto cara de funeral.

—Está bien, de acuerdo; no puedo deteneros si éste es vuestro deseo, pero tampoco puedo guiaros una vez que hayáis bajado las escaleras. No estoy en condiciones de evitar que os llevéis un libro ni obligaros a devolverlo hasta que la Domus Lunae Libri se abra de nuevo. —Me puso una mano en el hombro—. No es un juego. ¿Lo comprendes, Ethan? Ahí abajo hay obras poderosas: libros de Vinculación, pergaminos *Caster*, talismanes de Luz y de Oscuridad, y otros objetos, cosas que no ha visto mortal alguno, salvo yo y mis predecesoras. La mayoría de los volúmenes están encantados y pesa una maldición sobre los demás. Debes tener cuidado y no tocar nada. Deja que sea Lena quien maneje los libros.

La melena de Lena empezó a agitarse. Sentía la magia de ese lugar. Yo asentí con gesto precavido, pues lo que yo sentía guardaba poca relación con la magia: tenía el estómago igual de revuelto que si hubiera

bebido demasiado licor de crema de menta. ¿Con qué frecuencia la señora Lincoln y sus congéneres caminarían de un lado para otro sobre aquel suelo situado encima de nosotros, ajenas a lo que había debajo?

—No importa lo que encontréis. Recordad, debemos estar fuera de aquí antes del amanecer. La biblioteca está abierta al público de nueve a seis y sólo es posible abrir la entrada durante ese horario. El sol asoma a las seis en punto, siempre lo hace. Si no habéis subido esas escaleras cuando salga el sol, os quedaréis atrapados ahí abajo hasta el siguiente día que abra la biblioteca, y no hay forma de saber si un mortal sería capaz de sobrevivir a esa experiencia. ¿Me he explicado con suficiente claridad?

Lena asintió y me cogió de la mano.

—¿Podemos entrar ya? No puedo aguantar más.

—No puedo creer que esté haciendo esto. Tu tío Macon y Amma me matarían si se enteraran. —Marian echó un vistazo a su reloj—. Después de vosotros.

—Marian… ¿Llegó a ver esto mi madre alguna vez?

No podía dejarlo correr. Era incapaz de pensar en otra cosa. Los ojos de la bibliotecaria centellearon de forma extraña cuando me miró.

—Tu madre fue quien me dio este trabajo.

Cruzó la puerta imaginaria nada más decir esas palabras y desapareció tras ella. *Boo Radley* ladró de forma lastimera, pero ya era tarde para echarse atrás.

Los escalones estaban fríos y cubiertos de moho; el aire era frío y húmedo. No costaba nada imaginar que ahí abajo se encontraran a gusto criaturas viscosas que correteasen y excavasen en el suelo.

Hice lo posible por no pensar en las últimas palabras de Marian. No me imaginaba a mi madre bajando por esas escaleras. No podía hacerme a la idea de que ella había estado al tanto de todo lo relacionado con este

mundo en el que yo me había adentrado a trompicones, o más bien, ese mundo se había tropezado conmigo. En todo caso, ella lo conocía, y no dejaba de preguntarme cómo era eso posible. ¿También se había topado con él o alguien la había invitado a entrar? Sin motivo alguno, el hecho de que mi madre y yo compartiéramos un secreto hacía que todo fuera más real, incluso aunque no estuviera allí para vivirlo conmigo.

Y ahora era yo quien estaba ahí, bajando por unos escalones tallados en piedra y más gastados que el suelo de una iglesia antigua. El trazado de la escalera discurría entre unas piedras toscas: los cimientos de una antigua estancia que había existido en el emplazamiento de la sede de las Hijas de la Revolución Americana mucho antes de que ésta se hubiera edificado. Miré escaleras abajo, pero en la oscuridad únicamente fui capaz de ver siluetas de contornos imprecisos. Aquello no se parecía en nada a una biblioteca y tenía pinta de ser lo que era y había sido siempre: una cripta.

Al final de los escalones, en las sombras del subterráneo, un sinnúmero de minúsculas cúpulas se curvaban en lo alto, allí donde las columnas se erguían hasta alcanzar el techo. Serían unas cuarenta o cincuenta en total y vi que cada una era diferente en cuanto mis ojos se acostumbraron a la penumbra. Algunas se retorcían, como viejos robles encorvados. La cámara circular parecía un bosque silencioso y oscuro a causa de la sombra proyectada por las pilastras. Estar allí resultaba una experiencia aterradora, pues no había forma de apreciar los límites de la estancia, difuminados en todas las direcciones por efecto de la negrura.

Marian insertó la llave en la primera columna, señalada con una luna, y enseguida las teas de las paredes se encendieron e iluminaron la estancia con su luz vacilante.

—Son preciosas —jadeó Lena.

Advertí que su pelo continuaba rizándose y me pregunté si estar en aquel lugar le afectaría de forma que yo jamás llegaría a apreciar.

Están vivas, son poderosas como la verdad. Y todas las verdades están ahí, en alguna parte.

—Las trajeron del mundo entero mucho antes de mi llegada. Ésa es de Estambul. —Marian señaló la parte superior de las columnas, las partes decoradas: los capiteles—. Ésa procede de Babilonia. —Señaló otra con cuatro cabezas de halcón, cada una asomando por un lado—. Egipto, el Ojo de Dios. —Palmeó otra decorada con una vivida representación de una cabeza de león—. Asiría.

Pasé la mano por la pared, cuyas piedras también estaban talladas. A veces representaban caras de hombres, criaturas o pájaros con la mirada fija entre el bosque de columnas, como si fueran depredadores. En otras había tallados símbolos irreconocibles para mí, jeroglíficos *Caster* o procedentes de culturas de las cuales no había oído hablar jamás.

Salimos de la cripta y nos adentramos en la cámara, cuya función parecía ser la de una especie de vestíbulo, y las antorchas volvieron a encenderse solas, una tras otra, como si estuvieran siguiendo nuestro camino. Vi cómo las bóvedas se arqueaban encima de una mesa de piedra ubicada en el centro de la estancia. Las estanterías, o al menos yo las tenía por tales, salían desde un círculo central y se alejaban como los ejes de una rueda. Los muebles llegaban casi hasta el techo, creando un intimidatorio laberinto en cuyo interior un mortal podía perderse con suma facilidad, o eso imaginé. La estancia en sí misma no contenía nada, salvo las columnas y la pétrea mesa circular.

Con calma, Marian cogió una antorcha de un soporte con forma de media luna y me la entregó; luego, le dio otra a Lena; por último, cogió una más para ella.

—Echad un vistazo por aquí. Debo revisar el correo. Tal vez haya recibido alguna petición de traspaso de otra sucursal.

—¿Para la Lunae Libri? —No me había detenido a considerar la posibilidad de que existieran otras bibliotecas *Casters*.

—Por supuesto.

Marian se dio la vuelta para dirigirse a las escaleras.

—Espera un momento. ¿Cómo te llega el correo hasta aquí?

—Pues igual que a ti. Carlton Eaton me lo entrega, haga frío o calor.

Carlton Eaton estaba en el ajo, claro que sí. Probablemente, eso explicaba por qué había recogido a Amma en plena noche. Me pregunté si también les abriría las cartas a los *Caster*s. ¿Qué más cosas ignoraba de Gatlin y de sus habitantes? No tuve que preguntar.

—No somos demasiados, pero sí más de los que te imaginas. No olvides que Ravenwood lleva aquí más tiempo que este viejo edificio. Este lugar fue un condado *Caster* antes de ser habitado también por mortales.

—Tal vez por eso sois tan raros todos los de por aquí —bromeó Lena, dándome un codazo.

Yo seguía obcecado con lo de Carlton Eaton.

¿Quién más estaría al tanto de lo que de verdad ocurría en Gatlin? Me refería al otro Gatlin, ése con mágicas bibliotecas subterráneas y chicas capaces de controlar el tiempo o hacerte saltar de un precipicio. ¿Quién más estaba en el círculo de los *Casters*, como Marian y Carlton Eaton? O como mi madre.

¿Fatty? ¿La señora English? ¿El señor Lee?

El señor Lee no, definitivamente no.

—No te preocupes: los encontrarás cuando los necesites. Así funciona esto, y así ha funcionado siempre.

—Espera. —Sujeté a Marian por el brazo—. ¿Lo sabe mi padre?

—No.

Bueno, al menos había una persona en mi casa que no llevaba una doble vida, aunque estuviera como una cabra.

La bibliotecaria soltó el aviso final.

—Haríais bien en empezar ya. La Lunae Libri es mil veces mayor que cualquier biblioteca que hayáis visto antes. Desandad lo andado inmediatamente si os desorientáis. Ése es el motivo por el cual las

estanterías salen en forma radial de esta cámara. Tendréis más posibilidades de no extraviaros si sólo avanzáis o retrocedéis.

—Pero ¿cómo puedes perderte si sólo es posible ir en línea recta?

—Pruébalo tú mismo y verás.

—¿Qué hay al final de las estanterías? —nos interrumpió Lena—. Me refiero al final de los pasillos.

Marian la contempló de manera un tanto rara.

—No se sabe. Nadie ha llegado tan lejos como para averiguarlo. Algunos de los pasillos se adentran en túneles. Existen partes inexploradas en la Lunae Libri. Aquí abajo hay muchas cosas que ni siquiera yo he visto. Tal vez algún día…

—¿De qué estás hablando? Todo termina en alguna parte. No puede haber hileras e hileras de libros. ¿Hay túneles por debajo de todo el pueblo? ¿Qué quieres decir? ¿Que subes por un túnel y te tomas el té en casa de la señora Lincoln, que luego recorres otro a la izquierda y dejas un libro en casa de tía Del, en el siguiente pueblo, y qué al final coges el de la derecha para echar una parrafada con Amma? ¿Es eso?

Me mostré escéptico. Marian me sonrió, divertida.

—¿Cómo piensas que consigue Macon sus libros? ¿Cómo te crees que las Hijas de la Revolución Americana jamás ven entrar o salir a ningún visitante? Gatlin es Gatlin. A la gente le gusta que las cosas sean así, como ellos creen que son. Los mortales sólo ven lo que desean ver. Hay una floreciente comunidad Caster en este condado desde antes de la Guerra de Secesión. Hace varios siglos de eso, Ethan, y no va a cambiar de pronto sólo porque tú te hayas enterado de su existencia.

—No puedo creer que tío Macon jamás me haya hablado de este lugar. Piensa en todos los *Casters* que han debido de estar aquí. —Lena alzó la tea y sacó un tomo del anaquel. Estaba encuadernado de forma ampulosa y pesaba mucho. Se levantó una nube de polvo y rompí a toser—. *Casters. Una breve historia*. —Sacó otro—. Debemos de estar en la letra C, me imagino. —Resultó ser una caja de cuero que se abría

por arriba. Había un pergamino en su interior. Lena retiró el contenido. Hasta el polvo acumulado encima parecía más viejo y gris—. *Conjuros para sembrar confusión*. Éste es muy antiguo.

—¡Cuidado! Ése tiene más de quinientos años. Gutenberg no inventó la imprenta hasta 1455.

La bibliotecaria cogió el pergamino de manos de Lena con sumo cuidado, como si acunara a un recién nacido. Lena sacó otro tomo encuadernado con tapas de cuero gris.

—Conjurando para la Confederación. ¿Participaron los *Casters* en la guerra?

Marian asintió.

—Y en ambos bandos. Grises y azules. Fue uno de los peores enfrentamientos que hubo en la comunidad de los *Casters*, me temo. Igual que entre nosotros, los mortales.

Lena alzó la mirada y contempló cómo Marian guardaba la caja polvorienta en el anaquel.

—Los de nuestra familia todavía seguimos en guerra, ¿verdad?

—Una casa dividida, así lo llamó el presidente Lincoln. —Marian la miró con tristeza—. Sí, Lena, me temo que lo estáis. —La bibliotecaria le acarició la mejilla—. Y por eso estáis aquí, si lo recuerdas. Para encontrar lo que necesitas y poner algo de sentido común donde no lo hay. Ahora, es mejor que empieces.

—No veas la cantidad de libros que hay, Marian. ¿No puedes indicarnos al menos cuál es la dirección correcta?

—A mí no me mires. Como te dije, no tengo las respuestas, sólo los libros. En marcha. Aquí abajo nos regimos por el reloj lunar y se te puede ir el santo al cielo con el tiempo. Las cosas no son como parecen cuando se está en este lugar.

Mi mirada iba de Lena a Marian. Temía perderlas de vista a cualquiera de las dos. La Lunae Libri intimidaba mucho más de lo que se podía imaginar. Tenía poco aspecto de biblioteca y mucho más pinta de,

bueno, de catacumba. *El Libro de las Lunas* podía estar en cualquier parte.

Lena y yo nos situamos ante los interminables pasillos, pero ninguno de los dos dio un paso.

—¿Qué vamos a hacer para encontrarlo? Aquí debe de haber un millón de libros.

—No tengo ni idea. Tal vez…

Supe qué le rondaba en la cabeza.

—¿Y si probamos con el guardapelo?

—¿Lo has traído?

Asentí mientras sacaba un bulto del bolsillo de los vaqueros. Le di la antorcha.

Desenvolví el guardapelo y lo coloqué sobre la mesa redonda de piedra. Percibí una mirada especial en los ojos de Marian, un brillo que mi madre y ella tenían en común cuando encontraban un hallazgo de los buenos.

—¿Quieres ver esto?

—Más de lo que piensas —contestó la bibliotecaria, y me cogió de la mano, y yo cogí la de Lena. Alargué el brazo cuando entrelazamos los dedos y lo toqué.

Un destello cegador me obligó a cerrar los ojos.

Entonces fui capaz de ver el humo y oler el fuego, y nosotros desaparecimos…

Genevieve alzó el Libro para poder leer las palabras en medio de la lluvia. Era consciente de que desafiaba las leyes de la naturaleza si las pronunciaba. Casi podía oír la voz de su madre suplicándole que se detuviera y meditara lo que estaba haciendo.

Pero Genevieve no podía parar. No podía perder a Ethan.

Empezó a entonar una salmodia.

Crúor pectoris mei, tutela tua est.
Vita vitae meae, corripiens tuam, corripiens meam.
Corpus corporis mei, medulla mensqu
anima animae meae, animam nostram conecte.
Cruor pectoris mei, luna mea, aestus meus,
cruor pectoris mei, fatum meum, mea salus.

—Detente antes de que sea demasiado tarde, chiquilla. —Ivy estaba fuera de sí a juzgar por la voz.

Llovía a cántaros y los relámpagos atravesaban las columnas de humo. Genevieve contuvo el aliento y esperó, pero no sucedió nada. Debía de haber hecho algo mal. Parpadeó para leer mejor en la oscuridad de la noche, y las dijo en la lengua que mejor conocía.

La sangre de mi corazón te protege,
si tu vida se pierde, la mía con la tuya se va.
Cuerpo de mi cuerpo, mente y tuétano de mis huesos.
Alma de mi alma, que nuestros espíritus enlaza,
sangre de mi corazón, mi luna, mi marea.
Sangre de mi corazón, mi condena y mi salvación.

La joven no se lo podía creer cuando vio que Ethan movía los párpados. Intentaba abrir los ojos.

—¡Ethan!

Sus miradas se encontraron durante una fracción de segundo.

Él hizo un esfuerzo por respirar en un claro intento de decir algo. Genevieve pegó el oído a los labios de su amado y sintió en la mejilla la calidez de su aliento.

—Jamás creí a tu padre cuando dijo que un Caster y un mortal no podían estar juntos. Hemos encontrado una manera. Te quiero, Genevieve.

Le puso algo en la palma de la mano y lo apretó. Era un guardapelo.

Luego, abrió y cerró los ojos repentinamente, y en su pecho cesó el vaivén de la respiración.

Antes de que Genevieve tuviera tiempo para reaccionar, una descarga eléctrica le sacudió el cuerpo y fue capaz de percibir cada pulsación de su propio flujo sanguíneo. Debía de haberle alcanzado un rayo y parecía a punto de desplomarse bajo las oleadas de dolor.

Hizo un gran esfuerzo para mantenerse en pie.

Después, todo se volvió negro.

—Clemente Dios del cielo, no te la lleves a ella también.

Genevieve reconoció la voz de Ivy. ¿Dónde estaba? El olor a limoneros calcinados se lo recordó. Intentó hablar, pero le raspaba la garganta como si hubiera tragado arena. Parpadeó.

—¡Gracias, Señor!

La anciana permanecía arrodillada en el suelo a su lado sin dejar de mirarla.

Genevieve tosió y alargó la mano para atraerla hacia sí y tenerla más cerca.

—Ethan está… —susurró.

—Lo siento, mi niña. Ha muerto.

Genevieve hizo un esfuerzo enorme para abrir los párpados. Ivy se retiró de un salto, como si hubiera visto al mismísimo demonio.

—¡Dios nos ampare!

—¿ Qué…? ¿ Qué ocurre?

La anciana se devanó los sesos en un intento de encontrar explicación a lo que estaba viendo.

—Sus ojos, pequeña, sus ojos han cambiado.

—¿Cómo dices?

—Ya no son verdes. Se han vuelto amarillos como el sol.

A Genevieve le traía sin cuidado el color de sus pupilas. Todo le daba igual ahora que había perdido a Ethan. Se echó a llorar.

Se puso a llover otra vez. El suelo se convirtió en un barrizal.

—Debe levantarse, señorita Genevieve. Tenemos que entrar en comunión con Ellos en el Más Allá. —La anciana tiró de ella para que se pusiera de pie.

—Lo que dices no tiene sentido, Ivy.

—Sus ojos… Le avisé, le hablé de la luna y de su ausencia. Hemos de averiguar el significado de todo esto. Debemos consultar a los Espíritus.

—Si les pasa algo a mis ojos, estoy convencida de que es cosa del rayo.

—¿Qué vio, señorita? —inquirió Ivy, espantada.

—¿Qué pasa, Ivy? ¿Por qué te comportas de un modo tan raro?

—No le ha alcanzado ningún rayo, fue otra cosa.

La anciana echó a correr de vuelta a los campos de algodón abrasados. Genevieve se quedó atrás, llamándola a gritos, le daban vahídos cuando intentaba levantarse.

Ladeó la cabeza y la apoyó sobre el grueso manto de lodo mientras el aguacero le alcanzaba el rostro. Las gotas de lluvia se mezclaban con sus lágrimas de derrota. Se desmayaba y recobraba el conocimiento de forma intermitente. Escuchaba en la distancia la voz débil de Ivy, que pronunciaba su nombre.

Cuando abrió los párpados, Ivy estaba a su lado otra vez. Sostenía con las manos la parte inferior de su falda y en sus pliegues guardaba algo: varios frasquitos de polvo y unas botellas cuyo contenido tenía un aspecto similar a la arena y a la tierra. Tintinearon al chocar entre sí mientras los depositaba en el suelo empapado, cerca de Genevieve.

—¿Qué estás haciendo?

—Una ofrenda a los Espíritus. Sólo ellos pueden decirnos qué significa esto.

—Ivy, cálmate un poco, no dices más que tonterías.

La anciana sacó un trozo de espejo del bolsillo de su bata y lo situó delante de Genevieve.

Estaba oscuro, pero no había confusión posible en la imagen del cristal: los ojos de Genevieve refulgían. Habían pasado de un verde intenso a un encendido color dorado, y había otra diferencia absolutamente inequívoca. En el centro, donde deberían estar las niñas negras y redondas, había dos hendiduras verticales conforma de almendra, como las pupilas de los gatos. Genevieve lanzó al suelo el trozo de espejo y se volvió hacia Ivy.

Pero la anciana no le prestaba atención. Había mezclado ya los polvos y la tierra y pasaba el amasijo de una mano a otra mientras susurraba en el gullah de sus ancestros, la lengua criolla surgida de la mezcla de varios idiomas africanos.

—Ivy, ¿qué estás… ?

—Chitón —siseó la anciana—. Estoy escuchando a los Espíritus. Ellos saben qué has hecho y nos revelarán su significado.

La anciana se hizo un corte en el dedo con el trozo de espejo, dejó caer unas gotas sobre el amasijo de tierra y arena, y entonó:

Sus huesos vienen de la tierra
y la sangre, de mi sangre.
Dejadme escuchar lo que oís.
Dejadme mirar lo que veis.
Dejadme comprender lo que sabéis.

Ivy se incorporó con los brazos abiertos hacia los cielos. El aguacero la empapaba y extendía sobre el vestido las manchas de

tierra, dibujando trazos sobre la tela. Al poco, empezó a hablar de nuevo, y entonces…

—No puede ser. Ella no lo sabía… —aulló la anciana al negro cielo de la noche.

—¿ Qué ocurre, Ivy ?

La anciana se echó a temblar y se abrazó mientras se quejaba.

—No puede ser, no puede ser, no puede ser.

Genevieve la cogió por los hombros.

—¿Qué? ¿Qué ocurre? ¿Qué me pasa?

—Le dije que no metiera la nariz en ese libro. Le avisé de que era una mala noche para hacer hechizos, pero ahora es demasiado tarde, chiquilla. No existe forma de remediarlo…

—¿ De qué estás hablando?

—Ahora está maldita, señorita Genevieve.Es usted una Llamada. Se ha Desviado, y nada puede hacerse para subsanar eso. Es un trato. No es posible sacar nada del Libro de las Lunas sin dar algo a cambio.

—¿Qué…? ¿Y qué he dado?

—Su destino, mi niña, su destino y el de todos los Duchannes que vendrán después de usted.

Genevieve no terminaba de entenderlo, pero sí comprendía lo suficiente para saber que no podía deshacer lo que había hecho.

—¿Qué quieres decir?

—En la decimosexta luna, el decimosexto año, el Libro tomará lo que se le ha prometido, lo que usted ha puesto en el trato: la sangre de un Duchannes, y ese niño se volverá Oscuro.

—¿Y eso les ocurrirá a todos mis descendientes?

Ivy inclinó la cabeza. Genevieve no parecía la única derrotada esa noche.

—A todos no.

Genevieve pareció cobrar esperanzas.

—¿A quiénes ? ¿ Cómo sabremos quiénes son?

—El Libro los elegirá en la decimosexta luna, en el decimosexto cumpleaños.

—No salió bien.

La voz de Lena sonaba lejana y ahogada. Yo sólo podía ver el humo; sólo podía escuchar su voz. No estábamos en la biblioteca ni tampoco en la visión, sino en algún punto intermedio entre ambas. Era espantoso.

—¡Lena!

Entreví su rostro en medio de la humareda durante unos instantes. Sus ojos eran enormes y oscuros, el verde de las pupilas parecía casi negro. Su voz apenas era un susurro.

—Dos segundos. Él estuvo vivo durante dos segundos, y luego le perdió.

Lena cerró los párpados y desapareció.

—¿Dónde estás?

—Ethan, el guardapelo —gritó Marian. Oí su voz como si me hablara desde muy lejos.

Lo entendí al darme cuenta de cómo se me clavaba la cajita en la mano.

Y lo solté.

Abrí los ojos y todo me daba vueltas: la estancia era como un torbellino, estaba borrosa. Tosí como un loco, tenía los pulmones llenos de humo.

—¿Qué diablos están haciendo aquí los chicos?

El contorno de la habitación se quedó quieto cuando fijé los ojos en el guardapelo, que ahora, tirado en el suelo de piedra, parecía inofensivo y minúsculo. Marian me soltó la mano.

Macon Ravenwood estaba en medio de la cripta con los faldones del gabán enroscados en las piernas. Amma permanecía junto a él,

arrebujada en su abrigo de botones mal abrochados y con el bolso bien sujeto. No sabía cuál de los dos estaba de más malas pulgas.

—Lo siento, Macon. Conoces las reglas. Si ellos solicitan ayuda, estoy obligada a proporcionársela.

La bibliotecaria parecía acongojada y Amma estaba de lo más enfadada con ella, casi como si hubiera rociado nuestra casa con gasolina.

—Tal y como yo lo veo, tienes la obligación de cuidar del hijo de Lila y de la nieta de Macon, y la verdad, no veo que hagas ninguna de las dos cosas.

Yo esperaba que Ravenwood fuera también a por Marian, pero no dijo ni media palabra. Entendí la razón cuando le busqué con la mirada. Estaba meciendo a su sobrina, cuyo cuerpo yacía sobre la mesa de piedra. Tenía los brazos desmadejados en cruz y el rostro apoyado sobre la piedra. Estaba inconsciente.

—¡Lena!

Tiré de ella para cogerla en brazos, haciendo caso omiso de Macon, que estaba a su lado. Seguía mirándome con aquellos ojos todavía negros.

—No ha muerto. Está inconsciente, a la deriva, pero creo que puedo llegar hasta ella.

Macon trabajaba en silencio. Vi cómo le daba cada vez más vueltas a su anillo. Los ojos le brillaban de una forma muy rara.

—¡Regresa, Lena! —Sacudí su cuerpo inerte en mis brazos y la atraje hacia mi pecho.

Su tío farfullaba no sé qué, no distinguí las palabras, pero vi cómo el pelo de Lena se ensortijaba por influjo de ese viento sobrenatural que ahora me resultaba tan familiar y que ya lo consideraba como la brisa de la magia.

—Aquí, no, Macon. Tus conjuros no van a funcionar en este lugar —le recordó la bibliotecaria con voz trémula mientras pasaba frenéticamente las páginas de un libro polvoriento.

—No está lanzando ningún hechizo, Marian. Está Transportado. Cuando ella se va, sólo alguien como Macon puede seguirla… abajo —le explicó Amma, que hacía lo posible por aparentar aplomo, aunque no parecía demasiado convencida. Sentí cómo el frío inundaba el cuerpo vacío de Lena y comprendí que estaba en lo cierto respecto a una cosa: dondequiera que se hallara, no estaba entre mis brazos. De eso me daba cuenta yo sólito, un simple mortal.

—Insisto, Macon, éste es un lugar neutral. No puedes crear una Vinculación dentro de una habitación de tierra —insistía Marian, que paseaba de un lado a otro sin soltar el libro, como si pensara que así iba a ser de alguna ayuda, pero no había respuestas en esas páginas. Ella misma lo había dicho: los hechizos no podían ayudarnos allí dentro.

Me acordé de las pesadillas y de cómo en ellas arrastraba el cuerpo de Lena a través del barro. Me pregunté si sería aquél el lugar donde iba a perderla.

Ravenwood tenía los ojos abiertos cuando habló, pero miraba sin ver. Era como si ambos se hubieran encerrado en su interior o dondequiera que estuviera su sobrina.

—Lena, escúchame. Ella no puede retenerte.

Ella. Clavé la vista en los ojos vacíos de Lena.

Sarafine.

—Eres fuerte, imponte, Lena. Aquí no puedo ayudarte, y ella lo sabe. Te estaba esperando en las sombras. Debes lograrlo tú sola.

Marian reapareció con un vaso de agua. Macon lo vertió sobre el rostro de su sobrina y luego le echó un poco en la boca, pero no se movió.

Fui incapaz de soportarlo durante más tiempo.

La sujeté y la besé con intensidad. El agua chorreaba por nuestros labios como si le estuviera haciendo el boca a boca a una ahogada.

Despierta, L. No puedes dejarme ahora, no de este modo. Te necesito más que ella.

Lena parpadeó.

Estoy agotada, Ethan.

Volvió a la vida entre balbuceos y jadeos, derramando toda el agua por su chaqueta. Le sonreí, pese a todo, y me devolvió la sonrisa. Si los sueños se referían a esto, había cambiado el desenlace. Esta vez la había retenido, pero creí saber la verdad en lo más recóndito de mi mente: éste no era el momento final, cuando ella se me escapaba de entre los dedos; únicamente era el principio.

Pero aun cuando eso fuera cierto, yo la había salvado.

Me agaché para estrecharla entre mis brazos. Deseaba sentir la corriente de siempre que fluía entre nosotros, pero se levantó antes de que terminara de envolverla con los brazos y se zafó de mi achuchón.

—Tío Macon!

Ravenwood seguía de pie en el otro extremo de la habitación, reclinado sobre la pared de la cripta. Sus piernas apenas eran capaces de soportar su peso. Tenía la cabeza echada hacia atrás, y la mantenía apoyada sobre el muro de piedra. Sudaba a mares, respiraba pesadamente y estaba blanco como la tiza.

Lena corrió a abrazarle como una niña preocupada por su padre.

—No deberías haber hecho eso. Ella podía haberte matado.

Fuera lo que fuera lo que hubiera hecho mientras estaba Transportado, y cualesquiera que fuera su significado, el esfuerzo se había cobrado su precio.

De modo que eso era Sarafine. Esa cosa, quienquiera que fuera, era la madre de Lena.

Si así había sido el viajecito a la biblioteca, no sabía yo si estaba preparado para lo que pudiera suceder durante los próximos meses.

O en los setenta y cuatro días siguientes a partir de mañana por la mañana.

Lena, envuelta en una manta y todavía chorreando agua, permanecía sentada. Era como si de repente le hubieran caído encima cinco años. Eché una mirada a la vieja puerta de roble situada a sus espaldas y me pregunté si sería capaz de encontrar la salida por mi cuenta. Era muy poco probable. Habíamos avanzado treinta pasos por uno de los pasillos cuando de repente descendimos un tramo de escaleras y después atravesamos una serie de puertas pequeñas hasta llegar a un estudio acogedor con aspecto de ser una sala de lectura. El pasillo parecía no tener fin. Cada pocos metros había una puerta, lo cual le confería la apariencia de un hotel subterráneo.

En cuanto Macon tomó asiento, apareció en el centro de la mesa un juego de té plateado con cinco tazas y una fuente con bollitos. Tal vez Cocina también estuviera aquí.

Miré a mi alrededor. No tenía la menor idea de dónde me hallaba, pero sí sabía una cosa: estaba en algún lugar de Gatlin, en algún punto más allá del Gatlin en el que había estado siempre.

En cualquier caso, aquello era otra liga y me venía grande.

Intenté encontrar un lugar cómodo en un sillón tapizado que a juzgar por el aspecto podía haber pertenecido a Enrique VIII. De hecho, no había forma de descartar que no hubiera sido así. El tapiz de la pared también parecía procedente de un viejo castillo o de la mansión Ravenwood. Tenía bordada con hilo plateado una constelación sobre el cielo azul de medianoche y una luna que, cada vez que se miraba, se hallaba en una fase diferente.

Macon, Marian y Amma se sentaron a la mesa. Decir que Lena y yo estábamos metidos en un lío de primera era una manera suave de decirlo. Macon estaba tan furioso que la taza de té no dejaba de moverse sobre el platillo que sostenía delante de él, y el enfado de Amma era todavía mayor.

—¿Qué te ha hecho pensar que puedes tomar la decisión de que mi muchacho está preparado para el Inframundo? Si Lila estuviera aquí, te arrancaría la piel a tiras ella misma en persona. Qué desfachatez tienes, Marian Ashcroft.

A la bibliotecaria le temblaron las manos cuando levantó la taza de té.

—¿Tu muchacho? ¿Y qué hay de mi sobrina? Por lo que sé, fue a ella a la que atacaron.

Amma y Macon, tras habernos hecho picadillo, empezaban a repartirse leña. No me atreví a mirar a Lena.

—Tú has estado metido en líos desde que naciste, Macon. —Amma se volvió a Lena—. Pero no puedo creer que arrastraras a esto a mi chaval, Lena Duchannes.

Ella no pudo contenerse.

—Claro que le metí en esto. Sólo perpetro maldades. ¿Cuándo vas a comprenderlo? ¡Y las cosas van a ir a peor! —Cada pieza del juego de té salió volando por su lado y se quedó suspendida en el aire. Era un desafío. Luego, el juego entero se ordenó por sí mismo y regresó a su posición sobre la mesa—. Voy a volverme Oscura, y no puedes hacer nada por evitarlo.

—Eso no es cierto.

—Ah, ¿no? Al final terminaré por volverme como… —Fue incapaz de terminar la frase. La manta se le cayó de los hombros y me cogió de la mano—. Debes alejarte de mí antes de que sea demasiado tarde.

Su tío la contempló con irritación.

—No vas a volverte Oscura. No seas tan crédula. Ella desea que creas eso y solamente eso. —La forma de pronunciar «ella» me recordaba mucho a cómo decía la palabra «Gatlin».

—Todo es apocalíptico para los adolescentes —arguyó Marian mientras dejaba la taza y el platillo sobre la mesa.

—Algunas cosas pasan porque han de pasar y otras requieren un empujoncito. Ésta es una donde todavía está por ver qué ha sucedido.

Percibí cómo la mano de Lena se estremecía en la mía.

—Tienen razón, Lena. Todo va a salir bien.

Ella retiró la mano de repente.

—¿Que todo va a salir bien? Mi madre, una *Cataclyst*, intenta matarme. Una visión de hace cien años acaba de dejarme bien clarito que toda mi familia lleva maldita desde la Guerra de Secesión. Cumplo dieciséis dentro de dos meses… ¿Y no se te ocurre nada mejor?

Volví a cogerle la mano con suavidad, porque ella me lo permitió.

—He presenciado la misma visión. El libro elige a quien toma. Quizá no te escoja a ti. —Me aferraba a un clavo ardiendo, ya, pero no tenía otra cosa.

Amma miró a Marian mientras daba un porrazo al dejar el plato sobre la mesa, haciendo sonar la taza.

—¿El libro?

Macon me traspasó con la mirada. Hice lo posible por sostenérsela, pero no fui capaz.

—El libro de la visión —repuse.

No digas nada más, Ethan.

Deberíamos contárselo. No podemos manejar esto nosotros solos.

—No es nada, tío Macon. Ni siquiera conocemos el significado de las visiones.

Lena no iba a dar su brazo a torcer y después de esta noche yo tenía la sensación de que era necesario. Los dos debíamos ceder. Todo se nos estaba yendo de las manos, descontrolándose. Me sentía como si estuviera ahogándome y yo mismo fuera incapaz de salvarme, así que mucho menos podía salvar a Lena.

—Tal vez el significado de las visiones sea que no todos los de tu familia se convierten en Oscuros cuando son Llamados. ¿Qué me dices de tu tía Del? ¿Y de Reece? ¿Crees que la pequeña y encantadora Ryan

pasará al lado oscuro cuando es capaz de curar a la gente? —dije, acercándome a ella.

Se echó hacia atrás en la silla para esquivarme.

—Tú no sabes nada de mi familia.

—Pero no anda desencaminado, Lena. —Su tío la miró con exasperación.

—No eres Ridley y tampoco eres tu madre —insistí con toda la convicción de que fui capaz.

—¿Y cómo lo sabes? No has conocido a mi madre, y por cierto, yo tampoco, salvo cuando he sufrido esos ataques psíquicos que nadie ha podido prever.

—No estábamos preparados para ese tipo de ataques. Yo no sabía que ella podía Transportarse ni que compartía algunos de mis poderes. No es un don común a todos los *Casters*.

—Nadie parece saber nada ni de mí ni de mi madre.

—Por eso necesitamos el libro. —Esta vez me las arreglé para mirar a los ojos a Macon.

—Ese libro del que no paráis de hablar… ¿cuál es? —Macon estaba perdiendo la paciencia.

No se lo digas, Ethan.

Debo hacerlo.

—El que maldijo a Genevieve. —Macon y Amma se miraron el uno al otro. Ya sabían qué iba a decir—. El *Libro de las Lunas*. Si a través de sus páginas se lanzó la maldición, habrá algo en él que nos diga cómo romperla, ¿no?

En la habitación reinó un silencio sepulcral. La bibliotecaria miró a Ravenwood.

—Macon…

—Mantente fuera de esto, Marian. Ya has intervenido de sobra, y el sol va a asomar en cuestión de minutos.

Marian sabía dónde estaba el *Libro de las Lunas* y Macon deseaba asegurarse de que mantenía la boca cerrada.

—¿Dónde está el libro, tía Marian? —La miré a los ojos—. Tienes que ayudarnos. Mi madre lo hubiera hecho y se supone que tú no estás de parte de nadie, ¿verdad?

Yo no estaba jugando limpio, pero todo eso era cierto.

Amma alzó las manos y luego las dejó caer sobre su regazo en un gesto inusual de rendición.

—Lo hecho, hecho está. Los chicos ya han empezado a tirar del ovillo, Melquisedec. Sea como sea, ese viejo jersey está condenado a deshilacharse.

—Existen protocolos, Macon. Estoy obligada a contestar si ellos me formulan una pregunta. —Luego, se volvió hacia mí—. El *Libro de las Lunas* no está en la Lunae Libri.

—¿Cómo lo sabes?

Macon se puso en pie para marcharse, pero antes se volvió hacia nosotros con la mandíbula apretada y echando chispas por sus ojos negros. Cuando por fin habló, todos oímos su voz con claridad; ésta retumbó por toda la sala.

—Porque este archivo debe su nombre a ese volumen, el más poderoso de cuantos hay de este mundo hasta el Más Allá. Además, es el libro que maldijo a nuestra familia para toda la eternidad… Y lleva perdido más de cien años.

1 DE DICIEMBRE

Rima con bruja

El lunes por la mañana, Link y yo cogimos la Route 9 y nos detuvimos en el desvío de la carretera para recoger a Lena. Ella le caía bien, pero no había forma humana de que mi amigo se acercase a la mansión Ravenwood. A sus ojos, seguía siendo una casa encantada.

Si él supiera… El paréntesis de Acción de Gracias sólo había sido un puente, pero a mí se me había hecho eterno después de esa cena salida de un capítulo de *La dimensión desconocida*, los floreros que Lena le había lanzado a Macon y nuestro viaje al centro de la Tierra, y todo eso sin abandonar los límites del condado. Algo muy diferente al fin de semana de Link, que se había pasado los días devorando partidos de fútbol, pegándose con sus primos e intentando determinar si este año le habían puesto cebolla en el pastel de queso.

Pero de hacerle caso, se estaba cociendo otro problemón y tenía pinta de ser bastante peligroso. La madre de Link no había soltado el teléfono durante las últimas veinticuatro horas. Se había puesto el manos libres y había cerrado a cal y canto la cocina, el cuartel de operaciones donde se había encerrado con las señoras Snow y Asher, que habían hecho acto de presencia después de comer. No había podido enterarse de mucho cuando entró allí con el pretexto de coger una lata de Mountain Dew, pero sí lo bastante para averiguar el propósito final de la jugada

materna. «Debemos echarla de nuestro instituto como sea». Y también a su chucho.

Aunque no mucho, yo conocía a la señora Lincoln lo suficiente como para preocuparme. Jamás debía subestimarse hasta dónde eran capaces de llegar las mujeres como ella para proteger a sus hijos y a su pueblo de lo que más odiaba en este mundo: cualquiera diferente a ellos. Mi madre me había contado historias de sus primeros años en Gatlin. Por el modo en que me lo decía, la tuvieron por una criminal de tal calibre que se cansaron de hablar mal de ella hasta las damas temerosas de Dios y de misa diaria, pues hacía la compra en domingo, entraba en cualquier iglesia que le gustara o no pisaba ninguna, era feminista (a veces, la señora Asher confundía el término con comunista), votaba a los demócratas (palabra que prácticamente significaba «demonio» en el diccionario de la señora Lincoln) y lo peor de todo: era vegetariana, lo cual la excluyó de todas las invitaciones para comer de la señora Snow. Aparte de todo eso, más allá de no ser feligresa de la iglesia adecuada ni miembro de las Hijas de la Revolución Americana ni de pertenecer a la Asociación Nacional del Rifle, estaba la cosa de que mi madre era una forastera.

Pero mi padre había crecido en este lugar y se le consideraba hijo de la localidad, por lo cual, a la muerte de mi madre, todas esas señoras que habían sido tan severas con ella en vida se presentaron en casa a modo de venganza con cacerolas llenas de sus comistrajos, ollas con estofado y espaguetis con guindillas. Ésa fue la primera vez que mi padre se metió en su estudio y mantuvo cerrada la puerta durante días. Amma y yo dejamos que esos pucheros se amontonaran en el porche hasta que ellas mismas se los llevaron y empezaron a juzgarnos otra vez, como hacían siempre.

Ellas tenían siempre la última palabra. Tanto Link como yo lo sabíamos, aunque Lena no estuviera al corriente.

Lena quedó apretujada entre Link y yo en el asiento delantero del Cacharro y se puso a escribir algo en la mano. Sólo vi algunas palabras: *Destrozado, como todo lo demás*. Se pasaba escribe que te escribe todo el rato, igual que otros mastican chicle o se toquetean el pelo. Yo creo que ni se daba cuenta. A veces me preguntaba si alguna vez me dejaría leer sus poemas o si alguno iría sobre mí.

Link la miró de refilón.

—¿Cuándo vas a hacerme una canción?

—En cuanto termine la que estoy escribiendo para Bob Dylan.

—¡Mierda!

Link pisó el freno a la entrada del aparcamiento. No podía echarle la culpa de nada. La visión de su madre en el parking a las ocho de la mañana resultaba de lo más terrorífica, pero ahí estaba.

El lugar era un hervidero de gente, estaba más concurrido de lo habitual, y había muchos padres. Muy pocos se habían pasado por allí después del incidente de la ventana, pero no se había visto a ninguno en el aparcamiento desde que la madre de Jocelyn Walker acudió para sacarla a rastras del instituto durante la proyección de un documental sobre el ciclo reproductivo en el desarrollo humano.

Algo sucedía, eso estaba claro.

La madre de nuestro amigo dio una caja a Emily. Ésta tenía a las animadoras, tanto a las de cursos superiores como a las de los primeros cursos, poniendo algún tipo de folleto de color fosforito en todos los coches que estaban aparcados. El viento se había llevado alguno de ellos y fui capaz de leerlos desde la relativa seguridad del coche. Era como si hubieran puesto en marcha una especie de campaña electoral, pero sin candidato.

Di no a la violencia en el Jackson.

¡Tolerancia cero!

Link se puso colorado.

—Lo siento, tíos, pero tenéis que bajaros. —Resbaló tanto sobre el asiento que parecía que el vehículo iba sin conductor—. Como mi madre os vea en el coche, me corre a gorrazos delante de todo el equipo de animadoras. Y no me mola nada.

Yo me deslicé hacia el respaldo y me estiré para abrirle la puerta a Lena.

—Te vemos dentro.

Cogí a Lena de la mano y se la apreté.

¿Lista?

Hasta donde sea posible.

Agachamos la cabeza entre los vehículos de un lado del aparcamiento para darles esquinazo. No vimos a Emily, pero sí oímos su voz por detrás de la camioneta de Emory.

—Mírate esto. —Emily se aproximó a la ventanilla de Carrie Jensen—. Estamos haciendo un club: los Angeles Guardianes del Instituto Jackson. Vamos a informar de los actos violentos o de cualquier comportamiento inusual que veamos por aquí para que el instituto sea un lugar seguro. Personalmente, creo que la seguridad es responsabilidad de todos los alumnos. Si deseas unirte, ven después de clase al mitin de la cafetería.

Cuando la distancia sofocó la voz de Emily, Lena me apretó la mano.

¿Qué significa eso?

No tengo la menor idea, pero están como cabras. Vamos.

Tiré de ella en un intento de alejarla de allí, pero Lena me obligó a agacharme otra vez y ella se escondió detrás de una rueda.

—Dame sólo un minuto.

—¿Estás bien?

—Míralas. Creen que soy un monstruo. Han formado un club.

—No soportan a los forasteros y tú eres la chica nueva. Y luego está lo de ventana rota. Necesitan echar la culpa a alguien, es sólo una…

—… caza de brujas.

No iba a decir eso.

Pero lo estabas pensando.

Se me puso el pelo de punta cuando le cogí la mano.

No tienes por qué hacer eso.

Sí, sí tengo. Permití que gente como ellos me echaran de mi última escuela. No voy a dejar que la historia se repita.

Mientras nos alejábamos de la última fila de coches, la señorita Asher y Emily preparaban más cajas con folletos en la parte de atrás de sus coches. Iban a dar panfletos a las animadoras de Edén y Savannah y a todos los chavales que quisieran alegrarse los ojos viendo el escote y las buenas piernas de esta última.

La señora Lincoln se hallaba a pocos metros de allí, hablando con las demás madres. Seguramente estaba prometiendo añadir sus casas al Tour del Patrimonio Histórico del Sur si presionaban por teléfono al director Harper. Le dio a la madre de Earl Petty un bloc con boli incluido. Me llevó casi un minuto comprender qué era, pero no había otra explicación posible.

Aquello tenía toda la pinta de ser una recogida de firmas.

La madre de Link nos localizó en nuestra posición y nos convirtió en el blanco de su atención. Las demás madres siguieron la dirección de su mirada. No dijeron nada durante unos segundos. Pensé que tal vez les diera corte todo aquello por mí y que recogerían sus papeles y se llevarían sus coches. Yo había dormido en casa de la señora Lincoln tantas veces como en la mía. Técnicamente, la señora Snow era mi prima tercera o algo así. Cuando tenía diez años y me hice un corte impresionante en la mano mientras pescaba, la señora Asher me la vendó. La señorita Ellery fue la artífice de mi primer corte de pelo digno de tal

nombre. Todas esas mujeres me conocían desde crío. No se me metía en la cabeza que fueran capaces de hacerme aquello, a mí no. Tenían que echarse atrás.

Quizá se cumpliría si lo repetía muchas veces.

Todo va a salir bien.

Ya era tarde cuando descubrí mi error: se recobraron enseguida de la sorpresa de vernos a Lena y a mí.

—El director Harper… —La señora Lincoln entrecerró los ojos al vernos. Nos miró alternativamente, y luego sacudió la cabeza. Link no iba a invitarme a cenar a su casa durante una buena temporada, por decirlo de algún modo. Luego, alzó la voz y retomó su discurso—: El director Harper nos ha prometido todo su apoyo. No toleraremos en el Jackson la oleada de violencia que campa a sus anchas por las escuelas de este condado. Vosotros, los jóvenes, hacéis lo correcto al proteger vuestra escuela. —Nos miró—. Y en cuanto a nosotros, los padres, os apoyaremos en todo lo que sea necesario.

Lena y yo pasamos frente a ellas cogidos de la mano. Emily se encaminó hacia nosotros y me plantó en las manos uno de sus folletos, haciendo luz de gas a mi acompañante.

—Acude al mitin de la cafetería. Los Ángeles Guardianes podrían serte de gran ayuda.

Era la primera vez que me hablaba desde las últimas semanas y le pillé la intención a la primera: «Tú eres uno de los nuestros. Es tu última oportunidad».

Le aparté la mano.

—Jackson necesita precisamente eso, un poco más de vuestro comportamiento *angelical*. ¿Por qué no vas a atormentar a algunos chicos, arrancar alas a las mariposas o pegar a los pajarillos en sus nidos?

Empujé a Lena para que pasara delante de ella.

—¿Qué diría tu pobre madre, Ethan Wate? ¿Qué pensaría ella de esas compañías tuyas? —Al darme la vuelta me encontré a la señora

Lincoln junto a mí. Iba vestida como esas bibliotecarias diligentes de las pelis y llevaba unas gafas baratuchas de las que se venden en las tiendas. No era fácil saber si ese pelo despeinado que le hacía parecer fuera de sí era castaño o gris. ¿De dónde sale un tío tan majo como Link?—. Yo te diré cuál sería la reacción de tu madre: se echaría a llorar. Debe de estar revolviéndose en su tumba.

Se había pasado de la raya.

La señora Lincoln no tenía la menor idea de cómo era mi madre. Ignoraba que había sido mi madre quien había enviado al supervisor del instituto una copia de todas las reglas vigentes en Estados Unidos contra la prohibición de libros. Tampoco sabía que cada una de sus invitaciones a los encuentros de Damas Auxiliares del Ejército de Salvación o de las Hijas de la Revolución Americana le hacían pensar «tierra, trágame». Y no porque mi madre odiase a las Damas Auxiliares ni a las Hijas de la Revolución Americana, sino porque aborrecía todo cuanto representaba la señora Lincoln. Ese pequeño grupo de mujeres de Gatlin, como las señoras Lincoln y Asher, se habían hecho famosas por sus ínfulas de superioridad y su estrechez de miras.

Mi madre solía decir: «Lo correcto y lo fácil nunca es lo mismo». Y en ese preciso instante supe qué tenía que hacer, aunque no fuera nada fácil, y desde luego, las consecuencias de mis palabras no iban a serlo.

Me giré hacia la señora Lincoln y la miré a los ojos.

—«Bien hecho, Ethan». Eso es lo que habría dicho mi pobre madre, señora.

Me volví hacia la puerta del edificio de la administración y me dirigí hacia allí. Tiré de Lena para mantenerla junto a mí. No parecía asustada, pero seguía temblando, aunque estábamos a varios metros de distancia. No dejé de apretarle la mano para reconfortarla. Los mechones de su melena negra se ondulaban y alisaban como si estuviera a punto de explotar, y tal vez era así.

Jamás en la vida pensé que iba a alegrarme pisar los pasillos del instituto, pero eso duró hasta que vi al director en la entrada. Nos miraba fijamente con cara de tener muchas ganas de no ser el director y poder distribuir otros panfletos de su propia cosecha.

El pelo de Lena le caía en cascada sobre los hombros cuando pasamos junto a él, pero Harper ya no nos prestaba atención. Estaba demasiado ocupado contemplando la escena que dejábamos atrás.

—¿Qué demonios… ?

Me giré justo a tiempo para ver volar centenares de esos folletos de color verde fosforito. Habían salido despedidos de los parabrisas de los coches, de los montones apilados, de las cajas guardadas en los coches, incluso de las manos. El repentino golpe de viento los hizo volar a todos, como si fueran una bandada de pájaros que remontaran el vuelo hasta las nubes. Fugitivos, hermosos, libres. Era un poco como *Los pájaros* de Hitchcock, pero al revés: subían en vez de bajar en picado.

Escuchamos el griterío hasta que las puertas de metal se cerraron violentamente a nuestras espaldas.

El pelo de Lena se alisó.

—Qué locura de tiempo tenéis aquí.

6 DE DICIEMBRE

Objetos perdidos

Casi me alegré de que llegara el sábado. Había algo reconfortante en pasar el día en compañía de mujeres cuyos únicos poderes mágicos consistían en olvidarse de sus nombres. Nada más aparecer en casa de las Hermanas vi cómo se «ejercitaba» en el patio frontal *Lucille Ball*, la gata siamesa de la tía Mercy, llamada así porque a las Hermanas les encantaba el viejo programa radiofónico de los cincuenta *I love Lucy*. Mi tía la sacaba al patio todas las mañanas, la llevaba con una correa y enganchaba ésta a la cuerda de tender, que iba de un extremo a otro, para que se diera sus paseos.

Yo había intentado explicarle en más de una ocasión que convenía dejar que los gatos fueran a su aire y volvieran cuando les apeteciera, pero la tía Mercy me miraba como si le hubiera sugerido que se liara con un hombre casado.

—No pienso permitir que *Lucille Ball* vague sola por las calles. Alguien la raptaría, estoy segura.

No había muchos secuestradores de gatos en el pueblo, la verdad, pero era una discusión perdida de antemano.

Abrí la puerta, esperando toparme con el alboroto de siempre, pero la casa estaba sumida en un silencio de lo más perceptible. Mala señal.

—¿Tía Prue?

—Estamos al sol, Ethan. —Su inconfundible y cerrado acento sureño llegaba desde detrás de la casa.

Me agaché para entrar en la terraza, cerrada con mosquiteras, y me encontré a las Hermanas dando vueltas, llevando unos bichos con pinta de ser ratas sin pelo.

—¿Qué demonios son…? —se me escapó sin pensar.

—Vigila esa lengua si no que quieres te lave esa bocaza con lejía. Ese lenguaje soez es indigno de ti —censuró la tía Grace. Ella incluía en ese vocabulario palabras como «panti», «desnudo» o «vejiga».

—Lo siento, pero ¿qué sostienes en brazos?

La tía Mercy se apresuró a adelantarse y extender las manos, donde dormían un par de roedores.

—Crías de ardilla. Ruby Wilcox las encontró en su desván el martes pasado.

—¿Ardillas?

—Son seis. ¿No son las cositas más lindas que has visto nunca?

Yo no era capaz de ver más que un accidente inminente. La idea de mis ancianas tías cuidando animales salvajes, fueran o no cachorros, resultaba de lo más aterradora.

—¿Qué hacéis con ellas vosotras?

—Bueno, Ruby no podía cuidarlas… —empezó la tía Mercy—… por culpa de ese marido que tiene tan asqueroso. Ni siquiera le deja ir a Stop & Shop si no se lo dice antes. Así que nos las dio, como ya teníamos una jaula.

Las Hermanas habían rescatado a un mapache herido después de un huracán y lo habían cuidado hasta que se recuperó. Después de eso, el mapache se zampó a *Sonny* y *Cher*, los periquitos de la tía Prudence. Thelma puso al animal de patitas en la calle y no se volvió a hablar más del tema, pero conservaban la jaula.

—Vosotras sabéis que las ardillas pueden transmitir la rabia, ¿verdad? No podéis quedaros con ellas. ¿Y si os muerde alguna?

La tía Prue puso cara de pocos amigos.

—Estos cachorros nos pertenecen, Ethan. Son de lo más pacífico y no van a mordernos. Somos sus mamas.

—No pueden ser más mansos, ¿a que no? —dijo la tía Grace, acariciando el hocico a una de las crías.

No me quitaba de la cabeza ni a la de tres la idea de que una de esas pequeñas alimañas les pegaría un mordisco en el cuello a cualquiera de esas ancianas; ya me veía conduciendo como un loco para llevarlas a urgencias y que les metieran veinte jeringazos en el estómago, que son los que deben ponerte si te muerde un animal con rabia. Y estaba seguro de que a su edad no iban a sobrevivir a tantas inyecciones.

Intenté razonar con ellas, pero era perder el tiempo.

—Nunca se sabe, son bichos salvajes.

—Queda claro que no eres muy amante de los animales, Ethan Wate. Estos cachorritos jamás nos harían daño. —La tía Grace torció el gesto con desaprobación—. Su madre se ha ido. Morirán si no las cuidamos.

—Puedo dejarlas a cargo de la gente de la ASPCA.

La tía Mercy estrechó a las crías contra su pecho con ademán protector.

—¿Esos asesinos? ¡Seguro que las matan!

—Ya basta de cháchara sobre la ASPCA. Ethan, pásame ese colirio de ahí encima.

—¿Para qué?

—Debemos alimentarlas cada cuatro horas con ese cuentagotas —me explicó la tía Grace mientras sostenía en alto a una ardillita mientras ésta succionaba con avidez el extremo del cuentagotas—. Y una vez al día tenemos que limpiarles sus partes íntimas con un bastoncito de algodón, hasta que aprendan a limpiarse ellas solas.

Podía pasar perfectamente sin esa imagen, la verdad.

—¿Cómo es posible que sepáis todo eso?

—Lo hemos consultado en internet. —La tía Mercy sonrió con orgullo.

No me imaginaba que mis tías supieran algo de la red. ¡Pero si ni siquiera tenían un horno que tostara pan!

—¿Cómo os habéis conectado?

—Thelma nos llevó a la biblioteca y la señorita Marian nos ayudó. Allí disponen de ordenadores. ¿Sabías eso?

—Y ahí puedes ver cualquier cosa, incluso fotografías sucias. De vez en cuando, sin venir a cuento, aparecían en la pantalla unas imágenes lo más obsceno que puedas imaginarte.

La tía Grace debía de referirse a desnudos con el término «sucias», lo cual me llevó a pensar que las tres se mantendrían bien lejitos de internet por siempre jamás.

—Sólo os digo que me parece una mala idea. No os podréis quedar las ardillas para siempre. Se volverán agresivas cuando crezcan.

—Bueno, tampoco tenemos pensado cuidarlas eternamente. —La tía Prue meneó la cabeza, haciendo ver que la idéale resultaba ridícula—. Las soltaremos en el patio de atrás en cuanto sepan valerse por sí mismas.

—Pero entonces no sabrán cómo alimentarse. Por eso es una mala idea quedarse con animales salvajes. Morirán de hambre cuando las soltéis.

Ése era un argumento de peso a los ojos de las Hermanas, uno capaz de evitarme el numerito en urgencias.

—Ahí te equivocas de medio a medio. Todo eso lo cuenta la página de internet —refutó la tía Grace. ¿Quién demonios habría hecho esa web sobre crianza de ardillas jóvenes y limpieza de sus partes con bastoncitos?—. Hay que enseñarles a coger nueces. Se entierran en el suelo para que las encuentren y así practican.

Entonces supe dónde iba a terminar todo aquello: en el patio trasero, donde me pasaría buena parte del día enterrando nueces y otros frutos

secos para las crías de ardilla. Me pregunté cuántos agujeritos me tocaría hacer hasta que las Hermanas se quedaran satisfechas.

A la media hora de cavar empecé a encontrar cosas: un dedal, una cuchara de plata y un anillo de amatista con pinta de no valer nada. Eso me dio la excusa para dejar de meter cacahuetes en el suelo y me metí dentro de casa. La tía Prue se había puesto las gafas de leer y rebuscaba por encima de una pila de periódicos amarillentos.

—¿Qué buscas?

—Algunas casillas para la madre de tu amigo Link. Las Hijas de la Revolución Americana necesitan ciertas notas sobre la historia de Gatlin para el Tour del Patrimonio Histórico del Sur. —Revolvió los papeles de uno de los montones—. Pero es difícil encontrar un trocito de historia de Gatlin en la que no estén los Ravenwood.

Ése era el último apellido que querían oír las Hijas de la Revolución Americana.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, he de reconocer que Gatlin no estaría aquí de no ser por ellos. Es difícil dejarles fuera a la hora de escribir la historia del pueblo.

—¿De verdad fueron los primeros en llegar aquí?

Se lo había oído decir a Marian, pero me costaba un montón creérmelo.

La tía Mercy cogió uno de los periódicos de la pila y se lo puso tan cerca de la cara que debía de verlo doble, pero la tía Prue se lo quitó con brusquedad.

—Trae eso para acá. Lo ordeno todo según mi propio sistema.

—Bueno, si no quieres ninguna ayuda… —La tía Mercy se volvió hacia mí—. Los Ravenwood fueron los primeros en poblar estas tierras. Tomaron posesión de una gran finca concedida por el rey de Escocia allá por el año 1800.

—Fue en 1781. Tengo aquí mismo el periódico con la fecha. —La tía Prue agitó en el aire una cuartilla amarillenta—. Eran granjeros y

daba la casualidad de que el condado de Gatlin tenía el suelo más fértil de toda Carolina del Sur. En estas tierras crecía de todo, algodón, tabaco, arroz, índigo, lo cual no dejaba de ser extraño, pues ese tipo de cosechas no solían crecer en los alrededores. Cuando la gente de aquí descubrió que crecía cualquier cosa que se plantase, los Ravenwood ya tenían su propio pueblo.

—Les gustara o no —añadió la tía Grace, levantando la vista del punto de cruz.

Menuda ironía: Gatlin ni siquiera existiría sin los Ravenwood. Quienes rehuían y rechazaban a Macon Ravenwood y a su familia deberían agradecerles incluso el hecho de tener un pueblo. ¿Cómo le sentaría eso a la señora Lincoln? Ella lo sabría ya, seguro, y eso debía de figurar entre los motivos por los que todos odiaban tanto a Macon.

Me quedé con la vista fija en la mano, cubierta por esa tierra inexplicablemente fértil. Todavía llevaba encima los cachivaches que me había encontrado en el patio. Los limpié con un poco con agua.

—Tía Prue, ¿esto es de alguna de vosotras? —Lavé el anillo y se lo enseñé.

—Vaya, ése es el anillo que mi segundo esposo, Wallace Pritchard, me regaló por nuestro primer y único aniversario de boda. —La voz se le apagó hasta convertirse en un suspiro—. Era muy tacaño, pero mucho. ¿Dónde lo has encontrado?

—Enterrado en el patio. También han aparecido un dedal y una cuchara.

—Mercy, ¡mira lo que ha encontrado Ethan! ¡Tu cuchara de Tennessee! Ya te dije que no te la había robado —informó a grito pelado.

—Déjame ver eso. —La tía Mercy se puso las gafas para examinar el cubierto con atención—. Bueno, colección terminada. Al final, he completado los once estados.

—Hay más de once estados, tía Mercy.

—Yo sólo colecciono los de la Confederación. —La tía Grace y la tía Prue asintieron para manifestar su acuerdo.

—A propósito de objetos enterrados, ¿os podéis creer que Eunice Honeycutt se hizo sepultar con su libro de recetas? No quería que ninguna feligresa le pusiera las manos encima a sus recetas de pasteles. —La tía Mercy sacudió la cabeza con desaprobación.

—Era una criatura muy rencorosa, igual que su hermana —recordó tía Grace mientras utilizaba la cuchara de Tennessee para hacer palanca y abrir una caja de chocolatinas Whitman's.

—Y de todos modos, esas recetas tampoco eran para echar las campanas al vuelo —observó la tía Mercy.

La tía Grace abrió la tapa de la caja para poder leer los nombres de los dulces.

—¿Cuáles eran los de crema de mantequilla?

—Cuando yo me muera, quiero que me entierren con mi estola de piel y mi Biblia —declaró la tía Prue.

—Eso no te va a dar más puntos con el Señor, Prudence Jane.

—No pretendo arañar ningún punto extra. Sólo quiero tener algo que leer durante la espera, pero si caen unos puntillos adicionales, Grace Ann, entonces, tendría más que tú.

Enterrada con un libro de recetas…

¿Y si el *Libro de las Lunas* estuviera enterrado en algún sitio? ¿Y si algunas personas lo ocultaron para que no fuera encontrado jamás? Y tal vez había sido Genevieve, la persona que conocía el poder del libro mejor que nadie.

Lena, creo que sé dónde está el libro.

Hubo silencio durante unos segundos, pero enseguida ella encontró un camino hasta mi mente.

¿Qué dices?

Genevieve tiene el Libro de las Lunas, o eso creo.

Está muerta.

Lo sé.

Entonces, ¿qué pretendes decir, Ethan?

Tengo la impresión de que ya sabes a qué me refiero.

Harlon James se subió de un salto a la mesa y puso un gesto de pena. Aún llevaba la pata vendada. La tía Mercy empezó a darle trocitos de chocolate que iba sacando de la caja.

—¡No le des chocolate al perro, Mercy! Vas a matarle. Lo vi en *El show de Oprah*. Dijeron que había que tener cuidado con el chocolate, ¿o fue con la salsa de cebolla?

—Ethan, ¿te importaría traerme los toffees? —pidió la tía Mercy—. ¿Ethan?

Pero yo ya no la escuchaba. Me estaba rompiendo la cabeza pensando en el mejor modo de exhumar una tumba.

7 DE DICIEMBRE

Exhumación

Se le ocurrió a Lena. Era el cumpleaños de la tía Del y en el último minuto decidió organizar una cena familiar en la mansión. También fue suya la gracia de invitar a Amma, sabiendo a ciencia cierta que se necesitaba poco menos que la intervención del Todopoderoso en persona para que franqueara el umbral de Ravenwood. Amma reaccionaba a la presencia de Macon sólo una pizquita mejor que ante el guardapelo. Prefería tenerle lo más lejos posible.

Esa misma tarde, *Boo Radley* asomó el hocico por casa con un pergamino entre los dientes. Estaba manuscrito con una elegante caligrafía. Amma no lo tocó, por mucho que fuera una invitación, y estuvo a punto de no dejarme ir. Lo bueno del asunto fue que no me vio meterme en el coche fúnebre con la pala que mi madre usaba en el jardín. Eso la habría puesto sobre aviso.

Estaba contento de salir de casa, el motivo me daba igual, aunque éste fuera a saquear una tumba. Mi padre se había confinado en el estudio desde el día de Acción de Gracias, y Amma no me quitaba la vista de encima desde que ella y Macon nos pillaron en la Lunae Libri.

Nos habían prohibido volver a la biblioteca, al menos durante los próximos 68 días. Macon y Amma no tenían el menor interés en que

encontráramos la más mínima información que ellos no tuvieran intención de contarnos primero.

—Podrás obrar a tu antojo después del 11 DE FEBRERO —me había asegurado entre carraspeos—. Hasta ese momento puedes hacer lo mismo que cualquier chico de tu edad: escuchar música y ver la tele, pero mantén la nariz lejos de esos tomos.

Esa prohibición de leer un libro hubiera hecho reír a mi madre. Las cosas habían empeorado de forma considerable.

Aquí es peor, Ethan. Ahora, Boo duerme incluso a los pies de mi cama.

Eso no me suena tan mal.

Me espera en la puerta del baño.

Eso es cosa de Macon.

Parece un arresto domiciliario.

Lo era, y ambos lo sabíamos.

Necesitábamos encontrar el *Libro de las Lunas* y seguro que estaba en la tumba de Genevieve. Lo más probable era que estuviera enterrada en Greenbrier. Había unas lápidas de letras desgastadas en un claro del jardín. Se veían desde la roca donde solíamos sentarnos. Era nuestro hogar de piedra, nuestro sitio, así era como yo lo veía, aunque jamás lo había dicho en voz alta. Genevieve debía de estar enterrada allí, a no ser que se hubiera mudado después de la guerra, pero nadie se había marchado de Gatlin.

Siempre había pensado que yo sería el primero.

Vale, y ahora que había salido de casa, ¿cómo iba a encontrar un libro perdido de magia que tal vez fuera capaz de salvarle la vida a Lena, o tal vez no, que podría estar en la tumba de una *Caster* ancestral y maldita, o quizá no, que a lo mejor estaba enterrada junto a la mansión, pero no necesariamente? ¿Cómo iba a hacerlo sin que su tío me viera, me lo impidiera o me matara antes?

El resto dependía de Lena.

—¿Qué trabajo de historia os obliga a visitar una tumba de noche? ——preguntó la tía Del poco antes de engancharse el pie en una zarza—. Ay, Dios.

—Ve con cuidado, mamá.

Reece rodeó a su madre con un brazo para ayudarla a pasar por aquella zona de maleza. La tía Del se las veía y se las deseaba para no tropezarse con nada cuando caminaba a la luz del día, pero pedirle lo mismo en plena oscuridad ya era demasiado.

—Debemos frotar la lápida de un antepasado para ver su nombre. Estamos estudiando genealogía. —Bueno, eso era una verdad a medias.

—¿Y por qué ha de ser Genevieve? —inquirió Reece con recelo, y buscó el rostro de Lena con la mirada, pero ésta la evitó.

Lena me había avisado: no debía dejar que me mirase la cara, pues, al parecer, a una *Sybil* le bastaba echar una ojeada para saber si alguien mentía, y soltarle una trola a una de ellas era casi tan peligroso como engañar a Amma.

—Es la del cuadro del vestíbulo. Se me ocurrió que sería una idea estupenda utilizarla a ella. No somos como la gente de por aquí, con un gran panteón familiar donde escoger.

El crujido de las hojas secas bajo nuestros pies acallaba la hipnótica música *Caster* de la fiesta, sofocada en la distancia. Habíamos recorrido un buen trecho y estábamos a punto de adentrarnos en Greenbrier. Era de noche, pero la luna llena brillaba tanto que resultaba innecesario el uso de linternas. Recordé lo que Amma le había dicho a Macon en el patio: «La media luna es para la magia blanca y la luna llena para la negra». Nosotros no íbamos a hacer magia alguna, o al menos eso esperaba yo, pero no por eso sentía menos miedo.

—No estoy muy segura de que Macon apruebe esto de andar paseando por la noche. ¿Le dijiste adónde íbamos? —inquirió la tía Del mientras se estiraba el cuello del jersey de encaje. Estaba inquieta.

—Le dije que íbamos a dar un paseo y él sólo me ordenó que no me apartara de tu lado.

—No estoy para estos trotes, he de admitirlo: estoy sin resuello. —Le faltaba el aire y tenía el pelo por la cara, se le había deshecho ligeramente el moño.

Entonces, distinguí un olor familiar.

—Hemos llegado.

—Gracias a Dios.

Nos encaminamos hacia el desmoronado muro de piedra del jardín, donde encontré a Lena llorando el día que se rompió la ventana. Me agaché para cruzar el arco cubierto de hiedra. Tenía un aspecto diferente por la noche: no era un lugar para contemplar las nubes y sí para inhumar a una *Caster* maldita.

Es este *sitio, Ethan. Está enterrada aquí. Lo percibo*.

Yo también.

¿Dónde crees que está la tumba?

Mientras pasábamos por delante de la piedra donde había encontrado el guardapelo atisbé otra roca en el claro a pocos metros de allí. Era una lápida y sobre ella estaba una figura de contornos borrosos.

Percibí el jadeo de Lena, no muy alto, pero sí lo suficiente como para oírla.

¿Puedes verla, Ethan?

Sí.

Era Genevieve, materializada sólo en parte, una mezcla de luz y neblina, cuya silueta vaporosa iba y venía en el aire cada vez que se movía la figura espectral. No había lugar a dudas: se trataba de Genevieve, la dama del cuadro. Tenía los mismos ojos dorados y la ondulada melena pelirroja. El viento le alborotaba los cabellos y tenía más

aspecto de ser una mujer sentada en el banco de una parada de autobús que una aparición acomodada sobre la lápida de un camposanto. En su estado actual era hermosa, pero también terrorífica. Se me pusieron los pelos de punta.

Después de todo, venir aquí quizá había sido un error.

La tía Del se quedó en su sitio, clavada como una estaca, en cuanto la descubrió, pero era evidente que pensaba que sólo ella podía verla. Probablemente, había llegado a la conclusión de que esa visión era el efecto de contemplar la misma figura repetida muchas veces; las imágenes resultantes de veinte décadas distintas se habían entremezclado hasta resultar borrosas.

—Creo que deberíamos volver a casa. No me encuentro muy bien.

Era obvio que a la tía Del no le apetecía ni pizca meterse en líos con un espectro de ciento cincuenta años en un cementerio.

Lena tropezó con una raíz de enredadera y se tambaleó. Alargué la mano para sujetarla, pero no reaccioné lo bastante deprisa.

—¿Te encuentras bien?

Se agarró para no caerse y me miró. Fue sólo un segundo, pero esa fracción de tiempo era cuanto necesitaba Reece. Clavó sus ojos en los de Lena y descifró la expresión de su rostro y de sus pensamientos.

—¡Están mintiendo, mamá! No han venido hasta aquí para ningún trabajo de historia, buscan algo. —Reece se llevó la mano a la sien e hizo como si estuviera ajustando un tornillo—. ¡Buscan un libro!

La tía Del parecía confusa, más de lo habitual.

—¿Qué clase de libro buscáis en un cementerio?

Lena apartó la mirada del escrutinio de Reece y rompió la conexión entre ellas.

—Uno que perteneció a Genevieve.

Me había traído la mochila; la abrí y saqué la pala. Luego, me dirigí hacia la tumba lentamente, intentando ignorar que el fantasma de la mujer no me quitaba los ojos de encima. ¿Y si me partía un rayo o algo

por el estilo? No me habría sorprendido, la verdad, pero no iba a echarme atrás después de haber llegado tan lejos, así que empujé la pala contra el suelo, la hundí y empecé a amontonar tierra.

—Ay, madre mía. ¿Qué haces, Ethan? —Al parecer, la exhumación había devuelto a la tía de Lena al presente.

—Estoy buscando el libro.

—¿Ahí dentro? —La tía Del estaba a punto de desmayarse—. ¿Qué clase de libro puede haber ahí?

—Uno de hechicería muy, muy, muy antiguo. No sabemos siquiera si está ahí. Es sólo un presentimiento —contestó Lena mientras miraba a Genevieve, situada a poco más de treinta centímetros de ella, todavía encaramada sobre la lápida.

Intenté no mirar al fantasma. Su silueta aparecía y desaparecía de una forma turbadora, y encima nos miraba fijamente con esos aterradores ojos de pupilas gatunas, tan vacíos y sin chispa que parecían de cristal.

El suelo no era duro, en especial si se tenía en cuenta que estábamos en el mes DE DICIEMBRE. Al cabo de unos minutos, ya había excavado a treinta centímetros de profundidad. La tía Del tenía semblante de preocupación y paseaba de un lado a otro. De vez en cuando miraba a su alrededor para asegurarse de que ninguno de nosotros la estábamos mirando y luego observaba de reojo a Genevieve. Por lo menos no me inspiraba pánico sólo a mí.

—Haríamos bien en regresar. Esto es repugnante —se quejó Reece mientras intentaba establecer contacto visual conmigo.

—No te pongas en plan girl scout —le atajó Lena, arrodillándose al borde de la fosa.

¿Reece la ve?

No creo. El espectro no tiene ojos con los que ella pueda establecer contacto.

¿Y si lo lee todo en el rostro de la tía Del…?

No puede. Nadie puede. Ella ve demasiadas cosas a la vez. Sólo un Fulimpsest es capaz de procesar tanta información, y no lograría encontrarle sentido.

—Mamá, ¿de verdad vas a dejarles exhumar la tumba?

—Por amor de Dios, esto es ridículo. Parad ya con esta tontería y regresemos a la fiesta.

—No sin saber si el libro está ahí abajo. —Lena se volvió hacia la tía Del—. Tú podrías enseñárnoslo.

¿De qué hablas?

Ella puede revelarnos qué hay ahí abajo. Es capaz de proyectar cuanto ve.

—No sé, no sé. A Macon no le gustaría —repuso ella, incómoda, mientras se mordía el labio.

—¿Acaso crees que él preferirá que desenterremos el cuerpo? —arguyó Lena.

—Vale, vale. Sal de ese agujero, Ethan.

Subí, me aparté de la fosa y me sacudí el polvo de los pantalones. Luego, contemplé la aparición, cuyo rostro ofrecía un aspecto peculiar, era como si le interesase contemplar lo que estaba a punto de suceder, o tal vez sólo iba a pulverizarnos de un momento a otro.

—Sentaos. Esto podría causaros un cierto mareo. Si os sentís mal, poned la cabeza entre las piernas. —Las instrucciones de la tía Del sonaban como las de una azafata, pero en este caso se referían a un vuelo sobrenatural—. La primera vez siempre es la más dura.

Luego, extendió los brazos para que pudiéramos cogerle las manos.

—Todavía no me creo que estés participando en esto, mamá.

La tía Del se quitó la horquilla del moño y dejó que la melena le cayera sobre los hombros.

—No te me pongas en plan girl scout, Reece.

Reece puso los ojos en blanco y me cogió la mano. Yo alcé la mirada para ver a Genevieve. Ésta me observó directamente a mí y sólo a mí, y se llevó un dedo a los labios como si pidiera silencio.

El aire comenzó a diluirse a nuestro alrededor. Entonces, empezamos a dar vueltas como en una de esas atracciones donde te sujetan a la pared y todo empieza a moverse tan deprisa que piensas que vas a terminar vomitando.

Después hubo unos fogonazos de luz, como si a cada momento alguien abriera y cerrara puertas por cuyos huecos entraran las imágenes.

Dos jóvenes risueñas de enaguas blancas y lazos amarillos en el pelo corren por la pradera cogidas de la mano.

Se abrió otra puerta…

Una muchacha de tez acaramelada pone a secar ropa blanca en un tendedero. Tararea en bajo mientras el viento mueve las sábanas. La mujer se vuelve hacia una gran casa blanca de estilo federal y llama a voz en grito:

—*¡Genevieve, Evangeline!*

… y otra más.

Una muchacha cruza el claro en medio de la oscuridad. Mira hacia atrás para asegurarse de que nadie la sigue. Su melena pelirroja flota tras ella como una crin. Es Genevieve. Corre a los brazos de un chico alto y larguirucho, un joven tan parecido a mí que bien podría haber sido yo mismo. Él se inclina y la besa.

—Te quiero, Genevieve, y un día voy a casarme contigo. No me importa lo que diga tu familia. No puede ser imposible.

—Calla. —Ella le roza los labios con suavidad—. No tenemos mucho tiempo.

Esa puerta se cerró y se abrió otra.

Lluvia, humo y el chisporroteo del fuego, que exhala bocanadas devoradoras. Genevieve permanece de pie en medio de la oscuridad con el

rostro surcado por las lágrimas y manchurrones de hollín. En la mano sujeta un libro con tapas de cuero negro. Le falta el título en la cubierta, en la que sólo hay estampada una luna en cuarto creciente. Ella mira a la mujer, la misma que había visto tender la colada. Es Ivy.

—*¿Por qué no tiene nombre?*

Los ojos de la anciana están llenos de temor.

—*Sólo porque un libro carezca de título no significa que no tenga nombre. Ése de ahí es el* Libro de las Lunas.

La puerta se cerró de golpe.

Ivy permanece junto a una sepultura en cuyo profundo interior descansa una caja de pino. «Aunque pase por un valle tenebroso, ningún mal temeré». Sostiene en la mano ese libro con tapas de cuero negro y una media luna grabada en la portada.

—*Llévese esto con usted para que no haga daño a nadie más, señorita Genevieve*.

Suelta el tomo sobre la fosa y éste cae sobre el ataúd.

Una nueva puerta.

Nosotros cuatro estamos sentados alrededor de un hoyo a medio abrir, y debajo, en el suelo, donde nuestra vista no podría llegar sin la ayuda de Del, se halla el ataúd de pino, encima del cual descansa el ejemplar. Y aún más hondo, en la oscuridad, dentro del cajón, se halla el cuerpo tendido de Genevieve. Tiene los ojos cerrados y su piel pálida de porcelana se conserva con una perfección inimaginable en ningún otro cadáver. Parece respirar todavía. La melena alborotada le cae en cascada sobre los hombros.

La visión retrocede dando vueltas hasta salir del subsuelo, sube hasta situarse a nuestro nivel, donde primero se fija en el agujero a medio abrir, y luego asciende hasta la lápida y la figura apagada de Genevieve, que no nos quita la vista de encima.

Reece soltó un alarido. La última puerta se cerró de golpe.

Intenté abrir los ojos, pero estaba mareado. Del había estado en lo cierto. Tenía el cuerpo revuelto. Hice lo posible por orientarme, pero no lograba fijar la vista en nada. Me di cuenta de que Reece me soltaba la mano y me daba la espalda para alejarse de Genevieve y la mirada aterradora de sus ojos dorados.

¿Estás bien?

Eso creo.

Lena mantenía la cabeza entre las rodillas.

—¿Os encontráis todos bien? —inquirió la tía Del con calma y aplomo. Ya no me parecía tan torpe ni tan confusa. Si yo tuviera que estar todo el tiempo viendo algo por el estilo, o enloquecería del todo o me moriría.

—No puedo creer que sea eso lo que ves siempre —le dije a Del cuando al fin pude volver a fijar la vista.

—El don de los Palimpsésticos es un gran honor, y una carga aún mayor.

—El libro está ahí abajo —afirmé.

—Así es, pero parece ser propiedad de esa mujer —puntualizó Del, haciendo un gesto hacia el espectro de Genevieve—. Su aparición no os ha sorprendido a ninguno de los dos.

—La hemos visto antes —admitió Lena.

—Bueno, en tal caso, es ella quien ha elegido manifestarse ante vosotros. Ver a los muertos no es un don propio de un *Caster*, ni siquiera cuando se es un *Natural*, y sin duda no figura dentro de los talentos de los mortales. Sólo es posible ver a un difunto si éste lo desea.

Yo estaba aterrorizado. No como cuando pisé los escalones de Ravenwood o cuando Ridley me dio tal susto que casi no lo cuento. Esto era algo más intenso. Guardaba mucha más similitud con el miedo que me embargaba cuando me despertaba de mis sueños y me agobiaba la posibilidad de perder a Lena. Era un terror paralizante. La clase de terror que se experimenta al comprender que el espectro poderoso de una

Caster Oscura y maldita te contempla en mitad de la noche mientras te dedicas a cavar con el propósito de robar un libro puesto encima de su ataúd. ¿En qué estaría yo pensando para venir hasta aquí y ponerme a saquear una tumba en una noche de luna llena?

Intentas enmendar un error, contestó una voz en mi mente, y no era la de Lena.

Me giré hacia Lena. Tenía el semblante demudado. Tanto Reece como la tía Del miraban fijamente a la izquierda de Genevieve, a quien también podían oír. Alcé la vista hacia los ojos refulgentes de la aparición, cuyos contornos seguían borrosos. Daba la impresión de saber el propósito de nuestra excursión.

Cógelo.

Miré a Genevieve, inseguro. Ella cerró los párpados y asintió de forma apenas perceptible.

—Quiere que nos llevemos, el libro —declaró Lena. Supuse que no se me estaba yendo la olla del todo.

—¿Cómo sabemos que podemos confiar en ella? —pregunté. Después de todo, era una *Caster* Oscura y tenía los ojos dorados como Ridley.

Lena me devolvió la mirada con un destello de entusiasmo en las pupilas.

—No lo sabemos.

Únicamente cabía hacer una cosa.

Cavar.

El libro tenía la misma apariencia que en la visión: tapas de cuero agrietadas y la media luna grabada en relieve. Olía como huele la desesperación y era pesado no sólo en sentido físico, sino también psíquico. Era un libro Oscuro. Lo supe en cuanto me las arreglé para ponerle la mano

encima, y me abrasé las yemas de los dedos. Tenía la sensación de que aquel objeto me arrebataba una pizca de aliento cada vez que inspiraba.

Alargué el brazo todo lo posible para sacarlo fuera del agujero y lo sostuve en alto por encima de la cabeza. Lena se hizo cargo de él y yo me apresuré a salir de allí, deseaba estar fuera cuanto antes. En ningún momento había olvidado que me encontraba encima del féretro de Genevieve.

—Madre mía, jamás pensé que vería el *Libro de las Lunas* —exclamó tía Del con voz entrecortada—. Obrad con cuidado. Es viejo como el tiempo, tal vez incluso más. Macon jamás creerá lo que hemos…

—No va a saberlo —la atajó Lena mientras sacudía con suavidad el polvo de las tapas.

—Ya está bien. ¿Os habéis vuelto locas? Si por un minuto se os ha pasado por la cabeza que no vamos a decírselo al tío Macon… —empezó Reece, cruzándose de brazos con pose de niñera enfurruñada.

Lena alzó aún más el libro, hasta sostenerlo frente al rostro de la *Sybil*.

—Decirle… ¿Decirle el qué?

Lena la miraba tal y como Reece había fisgado en los ojos de Ridley durante el Encuentro, con una intención deliberada. La expresión de la *Sybil* cambió. Parecía confusa, casi desorientada. Observaba fijamente el libro, pero daba la impresión de que no lo veía.

—¿Qué hay que decir, Reece?

Reece cerró los ojos con fuerza, como si intentase escaparse de una pesadilla, y abrió la boca para decir algo, pero luego, de pronto, juntó los labios. Vislumbré un amago de sonrisa en los labios de Lena cuando se volvió lentamente hacia su otra pariente.

—¿Tía Del?

La tía Del parecía tan ofuscada como su hija. Ese aturdimiento era su estado natural, cierto, pero había algo diferente en esta ocasión, y *tampoco ella contestó a Lena*.

Lena se giró levemente y dejó caer el libro sobre mi mochila. Cuando lo hizo, vi el destello verde de sus ojos y cómo el viento de la magia le ondulaba la melena bañada por la luna. Era como si en medio de la oscuridad mis ojos fueran capaces de advertir cómo la magia se arremolinaba a su alrededor. No sabía qué estaba pasando, pero las tres parecían haber emprendido una ininteligible conversación sin palabras que yo no era capaz de escuchar ni de entender.

Y entonces terminó todo, y la luz de la luna volvió a ser luz de luna y la noche se apagó hasta ser sólo noche. Dirigí la vista más allá de la *Sybil*, hacia la tumba de Genevieve, pero ésta había desaparecido, si es que alguna vez había estado allí.

Reece se revolvió en su sitio y una expresión mojigata volvió a dominar su semblante.

—Si pensáis por un momento que no voy a decirle al tío Macon que nos habéis arrastrado hasta un cementerio sin más motivo que un estúpido trabajo del instituto que ni siquiera habéis concluido, lo lleváis claro.

¿De qué rayos hablaba? Pero Reece parecía que hablaba en serio. No recordaba nada de lo que había sucedido, igual que yo no entendía nada de lo que había pasado.

¿Qué le has hecho?

Tío Macon y yo hemos estado practicando.

Lena metió el libro en mi mochila y la cerró.

—Lo sé, lo siento. Es verdad, este lugar es horrible por la noche. Vámonos de aquí.

Reece se volvió hacia la mansión y arrastró a su madre con ella.

—Eres como una niña.

Lena me guiñó un ojo.

¿Qué has practicado? ¿Control mental?

Nada, cuatro cosillas. Desplazar guijarros por telequinesis. Generar ilusiones con la mente. Hacer Vínculos temporales, aunque esto es más difícil.

¿Y esto ha sido fácil?

Desplacé el libro de sus mentes. Supongo que podría decirse que lo borré. Ninguna de las dos va a acordarse porque en su mente esto jamás ha sucedido.

Necesitábamos el libro, lo sabía, y conocía también las razones de su comportamiento, pero intuía que Lena había traspasado la frontera. Yo ignoraba dónde estábamos ahora y también si ella podría echarse atrás, donde yo estaba, y volver ser la de antes.

La *Sybil* y su madre estaban ya de vuelta en el jardín. No hacía falta ser adivino para saber que Reece estaba como loca por alejarse de allí. Lena hizo ademán de seguirlas, pero algo me detuvo.

Lena, espera.

Me dirigí hacia el agujero y me llevé la mano al bolsillo. Abrí el pañuelo con las iniciales, cogí el guardapolvo por la cadena y lo alcé. Nada. No hubo visión alguna. Algo dentro de mí me indicó que no iba a haber ni una sola más. El guardapelo nos había conducido hasta enseñarnos lo que necesitábamos ver.

Lo sostuve encima de la tumba y estaba a punto de soltarlo, pues me parecía lo más correcto, casi un gesto de justicia, cuando escuché de nuevo la voz de Genevieve, pero esta vez me habló con más dulzura.

No. Eso no me pertenece.

Miré hacia la lápida. Genevieve estaba de nuevo allí. Lo que quedaba se fue desvaneciendo en la vaciedad de la noche con cada ráfaga de viento. Ya no resultaba tan aterradora.

Parecía rota, con el aspecto propio de quien ha perdido al único amor de su vida.

Entonces entendí todo.

8 DE DICIEMBRE

Con el agua al cuello

Estaba metido en tantos líos que la amenaza de otro más ya no me asustaba. En un momento dado, cuando uno se ha adentrado tanto en el cauce del río, ya no queda más remedio que seguir remando hasta llegar a la otra orilla. Ésa era la lógica típica de Link, pero sólo ahora estaba empezando a verle la genialidad al asunto. Tal vez sea cierto que uno es incapaz de comprenderlo hasta que no se ve en un buen aprieto.

Al día siguiente, Lena y yo estábamos así: con el agua al cuello. La jornada empezó por todo lo grande, falsificando un justificante de ausencia con un lápiz del número 2 propiedad de Amma; continuó haciendo novillos para leer un libro robado que no teníamos, al menos en teoría; y rematé la jornada con un montón de trolas sobre un trabajo en el que Lena y yo debíamos seguir para subir la nota. Yo estaba convencido de que Amma iba a pillarme dos segundos después de decir lo de mejorar la nota, pero estaba de charla con mi tía Caroline, hablando por teléfono sobre el «estado» de mi padre.

Me sentía terriblemente culpable por todos los embustes, y eso por no mencionar el robo, la falsificación y el borrado de mentes, pero no disponíamos de tiempo para ir a clase; de hecho, teníamos mucho que estudiar.

Porque teníamos el *Libro de las Lunas.* Era real. Podía tocarlo con las manos, y lo hice…

—¡Ay!

Y luego lo solté: aquello quemaba como un hierro al rojo vivo. El libro cayó sobre el suelo de la habitación de Lena. *Boo Radley* ladró desde algún lugar de la casa y le escuché corretear mientras subía las escaleras para reunirse con nosotros.

—Puerta —dijo Lena sin levantar la vista de un viejo diccionario de latín. Y la puerta de su cuarto se cerró de sopetón justo cuando *Boo* estaba a punto de colarse dentro. Protestó, ladrando con resentimiento—. No entres en mi habitación, *Boo.* No estamos haciendo nada, especial. Estoy a punto de ponerme a tocar.

Me quedé a cuadros, sin apartar la vista de la entrada cerrada. Otra lección de Macon, dije para mis adentros. Lena ni siquiera había pestañeado, era como si lo hubiera hecho miles de veces, igual que el truco usado la noche anterior con Reece y Del. Empezaba a pensar que cuanto más nos acercábamos a la fecha de su cumpleaños, la *Caster* que había en su interior afloraba cada vez más.

Yo pretendía hacer como que no me daba cuenta. Y cuanto más lo intentaba, más consciente era de ello.

Me miró mientras me frotaba las manos aún doloridas en los vaqueros.

—¿Qué parte no pillas de no-puedes-tocarlo-si-no-eres-un-*Caster*?

—Pues esa parte precisamente.

Abrió un desgastado estuche negro y sacó la viola.

—Son casi las cinco. Tengo que empezar a tocar o mi tío se dará cuenta nada más levantarse. No sé cómo, pero siempre lo sabe.

—¿Qué…? ¿Ahora?

Esbozó una sonrisa y se sentó en una silla en un rincón de la habitación. Apoyó el instrumento en el hombro y lo acercó al mentón antes de coger el arco y ponerlo sobre las cuerdas. Cerró los ojos y

permaneció inmóvil durante unos instantes, como si estuviéramos en una filarmónica y no en su cuarto. Luego, se puso a tocar. Sus manos fueron desgranando las notas, que se extendieron por la estancia y flotaron en el aire como otro de sus poderes desconocidos. Las finas cortinas blancas de la ventana se agitaron y escuché la canción:

Dieciséis años, dieciséis lunas.
Luna de la Llamada, la hora se acerca,
en estas páginas la Oscuridad aclaras
por el Vínculo del Poder que el fuego sella.

Mientras yo la contemplaba, se levantó con sigilo de la silla y puso la viola donde había estado sentada. Las cuerdas seguían emitiendo música aunque había dejado de tocar. Dejó el arco sobre el respaldo del asiento y se deslizó por el suelo hasta acabar sentada a mi lado.

Calla.

¿A esto lo llamas practicar?

—Mi tío no parece advertir la diferencia, y mira… —Hizo un gesto hacia la puerta. Se veía una sombra y se escuchaba un rítmico golpeteo: era *Boo* con el rabo—. A él le chifla, y a mí me gusta tenerle en la puerta. Es un buen sistema de alarma antiadultos.

Tenía parte de razón, la verdad.

Lena se arrodilló junto al libro y lo cogió fácilmente con las manos. Cuando lo abrió, vimos lo mismo que habíamos estado contemplando durante todo el día: cientos de hechizos ordenados escrupulosamente en listas; los había en inglés, latín, gaélico y otras lenguas desconocidas a mis ojos, una de ellas era una sucesión de letras muy floridas como no había visto en mi vida. Las finas páginas de color terroso eran frágiles, casi translúcidas, y estaban cubiertas por una caligrafía cuidada trazada con tinta marrón oscuro. Bueno, al menos yo esperaba que fuera tinta.

Toqueteó las líneas escritas con esa letra tan extraña y me dio el diccionario de latín.

—No es latín. Compruébalo tú mismo.

—Me da que es gaélico. ¿Has visto alguna vez algo parecido a esto? —Señalé las letras con volutas.

—Debe de ser algún tipo de antiguo idioma mágico.

—Pues lo llevamos claro si no tenemos diccionario.

—Lo tenemos, quiero decir, seguro que mi tío lo tiene. En la biblioteca del piso de abajo guarda un montón de libros *Caster*. No es la Lunae Libri, pero es muy probable que en sus estanterías esté lo que buscamos.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de que se levante?

—No demasiado.

Estiré las mangas del suéter hasta cubrir por entero las palmas de las manos y usé el tejido para sujetar el libro del mismo modo que Amma usaba las manoplas de la cocina cuando cogía algo caliente. Pasé las delgadas hojas. Las páginas hacían mucho ruido, tenían más aspecto de hojas secas y marchitas que de papel.

—¿Tú le encuentras a esto algo de sentido?

Negó con la cabeza.

—En mi familia no te dejan saber nada importante de verdad hasta que no has sido Llamado. —Fingió enfrascarse en la lectura de las páginas—. Por si acabas en el lado Oscuro, supongo.

Yo sabía lo suficiente como para dejar correr el asunto.

Fuimos pasando una página tras otra sin entender nada. Había imágenes, algunas aterradoras y otras bellísimas, donde se mostraban criaturas, símbolos, animales y hombres, pero incluso los semblantes de estos últimos estaban hechos de tal forma que su aspecto no recordaba al de los seres humanos. Aquello era para mí como una enciclopedia de otro planeta.

Lena cogió el *Libro de las Lunas* y lo apoyó en su regazo.

—No es mucho lo que sé, y todo resulta tan…

—¿Flipante?

Me eché hacia atrás, apoyándome sobre su cama, con la mirada fija en el techo: había números y palabras, palabras nuevas por todas partes. Pude ver la cuenta atrás en los dígitos garabateados en las paredes de la habitación.

100, 78, 50…

¿Cuánto tiempo más íbamos a poder estar juntos de este modo? El cumpleaños de Lena cada vez estaba más cerca y sus poderes no hacían más que aumentar. ¿Qué ocurriría si ella estaba en lo cierto y se convertía en algo irreconocible, algo tan Oscuro que llegara a no conocerme o que yo dejara de importarle? Miré fijamente la viola del rincón hasta que ya no quise ver nada más y cerré los ojos. Escuché la melodía mágica y luego la voz de Lena:

> Cuando la decimosexta luna la hora de la Llamada traiga, es cuando la persona de poder tiene la libertad de voluntad y actuación para formular la elección eterna, al terminar el día, o en el último instante de la última hora, bajo la luna de la Llamada…

Nos miramos el uno al otro.

—¿Cómo has logrado tra…? —empecé a preguntar al tiempo que me asomaba por encima de su hombro para echarle un vistazo al texto.

Volvió la página.

—Estas páginas puede entenderlas. Alguien empezó a traducirlo, aquí, en el reverso. La tinta es de un color diferente, ¿lo ves?

Lena estaba en lo cierto.

Incluso la transcripción a nuestro idioma tenía cientos de años. La caligrafía era también muy elegante, pero no era la misma letra ni estaba escrita con la misma tinta parduzca, o lo que fuera.

—Pasa la página.

Siguió leyendo con el libro en alto:

> La Llamada no puede retirarse una vez hecha, la elección no puede deshacerse una vez formulada. La persona de poder se sume para siempre en la gran Oscuridad o en la gran Luz, para siempre. El Orden de las Cosas está en peligro de perderse si no es así, si el Vínculo pende desatado cuando se acaba el tiempo, cuando se consume la última hora de la luna decimosexta. Eso no debe ocurrir. El Libro Vinculará todo lo que esté Desvinculado para toda la eternidad.

—Entonces, ¿no hay forma de eludir la Llamada?

—Eso es lo que he intentado decirte desde el principio.

Clavé la vista en unas palabras cuya contemplación no me aportaba ningún entendimiento.

—Pero ¿qué sucede exactamente durante la Llamada? ¿Esa Luna de la Llamada hace caer un haz de luz mágica o algo así?

Lena echó un vistazo rápido a la página.

—No lo dice. Sólo sé una cosa: tiene lugar a medianoche, a la luz de la luna. «En medio de la gran Oscuridad y bajo la gran Luz de la cual procedemos». Puede ocurrir en cualquier lugar. No es algo visible, sucede y ya está. No hay ningún rayo mágico.

—Pero ¿qué ocurre exactamente?

Yo quería saberlo todo y tenía la impresión de que me ocultaba algo, pero no apartaba los ojos de la página.

—Para la mayoría de los *Casters* es una consciencia, tal y como pone aquí. La persona de poder, el *Caster*, efectúa una elección inamovible; elige si desea ser llamado por la Luz o por la Oscuridad. A eso se refiere con lo de «la libertad de voluntad y actuación». Es como los mortales cuando eligen entre el bien o el mal, salvo que en el caso de los *Caster* s la elección es para siempre. En ese momento escogen la vida que desean llevar, la forma en que desean interactuar con el

universo mágico y con los demás. Sellan un pacto con el mundo natural, el Orden de las Cosas. Parece una locura, lo sé.

—¿Y todo eso cuando cumplen dieciséis? ¿Cómo esperan que a esa edad sepas qué vas a querer para el resto de tus días?

—Sí, ya, bueno, eso es para los afortunados, yo ni siquiera tengo elección.

Casi no tenía ánimo para formularle la siguiente pregunta.

—Y entonces, ¿qué va a sucederte?

—Cambias, eso es todo, según Reece. Sucede en un instante, lo que tarda en latir el corazón una vez. Sientes fluir la energía y el poder por tu cuerpo, es como si volvieras a nacer. —Parecía embargada por la pesadumbre—. Al menos, eso cuenta Reece.

—Eso no tiene mala pinta.

—Reece lo describió como un calor abrumador, como si el sol cayera de lleno sobre ella y nadie más, y en ese momento sabes cuál es el camino elegido para ti. —Sonaba muy guay, fácil e indoloro, como si le hubiera pegado un tijeretazo a la historia y se hubiera saltado algo, por ejemplo, la parte en que un *Caster* se vuelve Oscuro, pero no quise sacar el tema, ni aun sabiendo que ambos estábamos pensando en eso.

¿Así de simple?

Así de simple. No hay heridas ni nada por el estilo, si es eso lo que te preocupa.

Era una de las cosas que me traían de cabeza, sí, pero no la única.

No estoy preocupado.

Yo tampoco.

Y en esta ocasión, los dos hicimos el propósito de abandonar el tema, y no sólo no hablar de ello, sino también no pensar más sobre lo mismo.

La luz anaranjada del crepúsculo se colaba en la habitación de Lena y se deslizaba por la alfombra con mil reflejos dorados. Durante unos instantes todo adquirió un brillo áureo: el rostro, los ojos y el pelo de

Lena, y todo cuanto bañaba el sol. Era una belleza remota, como las representadas en el libro, como si estuviera a miles de kilómetros y cientos de años, y no sabía por qué, pero no parecía humana.

—Anochece. Macon va a levantarse de un momento a otro. Debemos sacar el libro de aquí. —Lo cerró, lo metió en mi mochila y cerró la cremallera—. Llévatelo. Mi tío intentará quitármelo si lo encuentra, Siempre lo hace.

—No me hago a la idea de qué es lo que nos ocultan él y Amma. Si todo esto va a suceder sí o sí y no se puede hacer nada por evitarlo, ¿por qué no nos lo cuentan todo?

Lena no me miró, pero apoyó la cabeza sobre mi pecho cuando la estreché entre mis brazos. No despegó los labios, pero pude sentir su corazón latiendo junto al mío por encima de las capas de sudaderas y suéteres.

Miró distraída la viola hasta que su música se fue apagando y sonó tan débil como tenue era el brillo del sol que entraba por la ventana.

Al día siguiente, en el instituto, Lena y yo éramos los únicos que teníamos algún interés en clase. Nadie levantaba la mano, excepto para pedir permiso para ir al baño, ni cogía un boli si no era para escribir una notita a alguien, saber quién no iba a comerse un rosco o quién estaba ya pillado. En diciembre sólo existía una cosa en el Instituto Jackson: el baile de invierno.

Estábamos en la cafetería cuando Lena sacó el tema por primera vez.

—¿Le has pedido a alguien que sea tu pareja? —le preguntó a Link.

Lena no estaba al corriente de su estrategia secreta, bueno, no tan secreta, consistía en asistir sin acompañante para poder flirtear con Cross, la entrenadora de atletismo femenino. Link estaba colado por Maggie Cross. Ésta se había graduado hacía cinco años e iba al instituto

después de sus clases en la universidad para entrenar desde que estábamos en quinto.

—No, me mola ir por libre. —Link esbozó una ancha sonrisa, dejando entrever la boca llena de patatas fritas.

—Hace de carabina de la entrenadora Cross y como está libre, puede pulular cerca de ella durante toda la fiesta —le expliqué.

—No me gustaría decepcionar a ninguna chica. Se pelearían por mí en cuanto les hiciera efecto el alcohol que vierten a escondidas en los refrescos.

—Jamás he estado en una fiesta del instituto.

Lena bajó la mirada y cogió su bocadillo. Parecía decepcionada.

No le había pedido que me acompañase al baile pensando que no quería ir. Entre nosotros estaban ocurriendo muchas cosas, y todas eran más importantes que un baile escolar.

Link me dirigió una elocuente mirada, ya me había avisado de que esto iba a pasar.

—Todas las chicas quieren ir al baile, tío. No sé por qué, pero hasta yo tengo eso claro.

Pero a la vista de que el plan de Link para ligarse a la entrenadora jamás le había salido bien, ¿quién iba a pensar que podía tener razón en esto otro?

Link vació de un trago el resto de coca cola.

—¿Una chica cañón como tú? Pero si podrías ser la Reina de las Nieves.

Lena intentó sonreír, pero le salió fatal.

—¿Qué es eso de la Reina de las Nieves? ¿No podéis tener una reina del baile de bienvenida como todo el mundo?

—No, éste es el baile de invierno, y lo que hay es una Reina de los Hielos, pero como la prima de Savannah, Suzanne Snow, ha ganado todos los años desde que se graduó y la misma Savannah Snow lo consiguió el año pasado, todo el mundo dice la Reina de las Nieves.

Link alargó el brazo y cogió un trozo de pizza de mi plato.

Lena quería ir al baile, era obvio. Ése era otro misterio de las chicas. Quieren ir a sitios aunque no les apetezca, pero yo tenía el presentimiento de que éste no era el caso de Lena. Parecía como si hubiera hecho una lista de las cosas que supuestamente hacen todas las chicas normales del instituto, y estaba emperrada en realizarlas todas.

La idea era una locura y el bailecito, el último lugar al que me apetecía ir. Ninguno de los dos éramos los chicos más populares en los últimos tiempos. Me importaba un rábano que todos nos mirasen cuando pasábamos por los pasillos, incluso aunque no fuéramos de la mano, y también las crueldades y maldades que decían de nosotros mientras estábamos los tres sentados en una mesa vacía en el atestado comedor o que el nutrido club de los Ángeles Guardianes del instituto montasen patrullas de vigilancia por los pasillos con el único propósito de fastidiarnos.

Pero la cosa era que el tema me había interesado antes de que Lena lo mencionara. Empezaba a preguntarme si yo mismo, bueno, en fin, si no estaría bajo el influjo de algún hechizo.

No te he embrujado.

Tampoco te he acusado de hacerlo.

Acabas de hacerlo.

No he dicho que tú hayas lanzado un hechizo. Sólo he pensado que tal vez esté bajo uno.

Pero bueno, ¿tú te crees que soy Ridley?

Pienso que… Olvídalo.

Lena estudió mi rostro con gran intensidad, como si intentara leer en mis facciones, algo que yo sabía que era perfectamente capaz de hacer.

¿Qué…? Lo que dijiste la mañana siguiente a Halloween en tu habitación. ¿Lo decías en serio, L?

¿El qué?

Lo escrito en la pared.

¿Qué pared?

La de tu cuarto. No actúes como si no supieras de qué te hablo. Dijiste que sentías lo mismo que yo.

Ella empezó a enredar con el collar de amuletos.

No sé a qué te refieres.

A lo de encariñarse.

¿Encariñarse?

Ya sabes, enamorarse.

¿Qué?

No importa.

Dilo, Ethan.

Acabo de hacerlo.

Mírame.

Te estoy mirando.

Clavé la vista en mi chocolate con leche.

—¿Lo has pillado? Lo de Savannah Snow. Y lo de la Reina de los Hielos, ¿eso también?

Link echó helado de vainilla encima de sus patatas fritas.

La belleza de Lena acaparó mi atención, y ella se sonrojó. Alargó las manos debajo de la mesa y yo las cogí entre las mías, pero estuve a punto de retirarlas casi al instante. Noté una descarga igual de intensa que si hubiera metido los dedos en un enchufe. Ella me miraba de tal modo que habría sabido qué pensaba aunque no hubiera sido capaz de escuchar sus pensamientos.

Si tienes algo que decir, Ethan, dilo ahora.

Pues sí, eso.

Dilo.

Pero no necesitábamos decir nada. Éramos todo cuanto necesitábamos, a pesar de encontrarnos en medio de un comedor lleno hasta los topes y enzarzados charlando con Link. De hecho, aunque ni nos habíamos dado cuenta, Link seguía hablándonos.

—Sólo tiene gracia porque es cierto. De existir en el mundo una Reina de los Hielos, fijo que sería Savannah.

Lena retiró las manos de entre las mías para poder coger una zanahoria y lanzársela a Link. No pudo dejar de sonreír y Link pensó que se reía de él.

—Vale, lo pillo. Reina de los Hielos es una estupidez. —Y hundió el tenedor en el revoltijo de comida que había en su bandeja.

—Ni siquiera tiene sentido: aquí no hay nieve ni hielo.

Link me dedicó una gran sonrisa por encima de sus patatas con helado.

—Está celosa. Harías bien en vigilarla, tío. Lena quiere que la elijan Reina de los Hielos para poder bailar conmigo cuando me coronen Rey de los Hielos.

Lena se rio a pesar de que no estaba de buen humor.

—¿Tú…? Pero ¿no te reservabas para la entrenadora?

—Y lo hago, este año cae fijo.

—Link se pasa toda la noche maquinando cosas graciosas para soltarlas cuando ella anda cerca.

—Piensa que soy un tipo divertido.

—Dejémoslo en que tu aspecto le divierte.

—Éste va a ser mi año, lo presiento, esta vez voy a ser el Rey de las Nieves y por fin la entrenadora Cross alzará la vista para verme en el estrado con Savannah Snow.

—No veo cómo vas a ligártela a partir de ahí. —Lena empezó a pelar una naranja.

—Ah, bueno, reparará en mi buena presencia, en mi encanto y en mi talento musical, especialmente si tú me escribes una canción. Entonces, cederá y bailará conmigo, y me seguirá a Nueva York cuando me gradúe para ser mi fan.

—¿Y eso qué es? ¿Un episodio de *After School Special?* —se burló Lena. La piel de la naranja se desprendió en una espiral alargada.

—Colega, tu novia piensa que soy especial —soltó él mientras las patatas se le caían de la boca.

Lena me miró. Novia. Ambos lo habíamos oído.

¿Es eso lo que soy?

¿Es eso lo que quieres ser?

¿Me estás pidiendo algo?

No era la primera vez que le daba vueltas al asunto. Lena se había considerado mi novia desde hacía algún tiempo y podía darse por hecho después de todo cuanto habíamos pasado juntos, así que no sabía muy bien por qué yo no había pronunciado esa palabra jamás. Tampoco sabía la razón de que me costase tanto decirla ahora, pero verbalizar esa palabra tenía un significado especial, era como si las cosas fueran más reales.

Bueno, supongo que lo soy.

No pareces muy convencida.

Le agarré la mano por debajo de la mesa y busqué con la mirada esos ojos verdes suyos.

Yo estoy seguro, Lena.

Entonces, supongo que soy tu novia.

Entretanto, Link seguía a lo suyo.

—También tú pensarás que soy especial cuando tenga a la entrenadora comiendo en la palma de mi mano después del baile.

Link alzó la bandeja y la movió como si estuviera bailando.

—Vete quitándote de la cabeza la idea de que mi novia va a reservarte un baile. —Moví la bandeja igual que él.

A ella se le iluminaron los ojos. Estaba en lo cierto: Lena no sólo quería que la invitase, estaba deseando ir. En ese momento supe que me traía al fresco qué había escrito en esa lista de cosas-que-supuestamente-han-hecho-todas-las-chicas-normales-del-instituto. Iba a asegurarme de que hiciera todo cuanto figurase en esa lista.

—Ah, pero ¿vais a ir?

La miré con expectación y ella me apretó la mano.

—Sí, eso creo.

Esta vez su sonrisa fue real.

—¿Qué te parece si te reservo dos bailes, Link? A mi novio no le importará. Jamás va a decirme con quién tengo que bailar y con quién no.

Puse los ojos en blanco.

Link alzó la mano y los dos chocamos esos cinco.

—Sí, te creo.

La comida terminó cuando sonó la campana. Fue así de simple, ahora no sólo tenía una cita para el baile de invierno, tenía novia oficialmente, y no sólo eso, por primera vez en toda mi vida había estado a punto de usar la palabra que empieza por A en medio de la cafetería, delante de Link.

A eso le llamaba yo una comida caliente.

13 DE DICIEMBRE

Difuminarse

—No sé por qué no puede venir aquí. Esperaba ver a la sobrina de Melquisedec emperifollada con sus mejores galas.

Yo permanecía quieto delante de Amma para que me hiciera el nudo de la corbata. Era tan bajita que tenía que subirse tres escalones para llegar a mi cuello. De niño, todos los domingos solía peinarme y anudarme la corbata antes de ir a misa. Siempre parecía sentirse orgullosa de mí cuando me observaba, y ahora me miraba con esa misma satisfacción.

—Lo siento, pero no hay tiempo para una sesión de fotos. Voy a recogerla a su casa. Se supone que el chico recoge a la chica, ¿no?

Había un buen trecho si teníamos en cuenta que debía ir hasta Ravenwood en el Cacharro. Shawn iba a llevar a Link. Los chicos del equipo le seguían reservando un asiento en su nueva mesa incluso a pesar de que por lo general solía sentarse con Lena y conmigo.

Amma tiró de la corbata y se echó a reír. No supe qué le hacía tanta gracia, pero se me pusieron los nervios a flor de piel.

—La has apretado demasiado y me estoy asfixiando. —Intenté meter un dedo entre la garganta y el cuello de mi chaqueta de esmoquin alquilada.

—No es la corbata, son los nervios. Tranquilo. Lo harás bien. —Me examinó de los pies a la cabeza con gesto de aprobación, como imaginé que habría hecho mi madre de haber estado allí—. Ahora, déjame ver esas flores.

Alargué el brazo detrás de mí en busca de una cajita con una rosa roja envuelta en muguet. A mí me parecía horrorosa, pero era imposible conseguir mucho más en Jardines del Edén, la única floristería de Gaflin.

—Son las flores más espantosas que han visto mis ojos. —Amma sólo les echó un vistazo antes de lanzarlas a la papelera, situada al pie de las escaleras, y darse media vuelta en dirección a la cocina.

—¿Por qué has hecho eso?

Abrió el frigorífico *y sacó* un ramillete de los que se colocan en la muñeca con flores delicadas y menudas. Jazmín estrella y romero silvestre sujetos con una cinta plateada. Plata y blanco, los colores del baile de invierno. El ramillete era perfecto.

Amma había hecho eso a pesar de lo poco que le gustaba mi relación con Lena. Lo había hecho por mí. Sólo tras la muerte de mi madre comprendí cuánto dependía de Amma y cuánto había dependido siempre. Era lo único que me había mantenido con la cabeza fuera del agua. Probablemente, sin ella me habría ahogado, igual que mi padre.

—Todo tiene un significado. No pretendas amansar lo indomable.

Acerqué el ramillete a la luz de la cocina. Me percaté de lo larga que era la cinta y la fui tanteando con los dedos hasta encontrar debajo un huesecito. —¡Amma!

Se encogió de hombros.

—¿Qué? ¿Vas a ponerte tiquismiquis por que haya sacado de una tumba ese huesecito dé nada? Después de haber crecido en esta casa y de haber visto cuanto has visto, ¿dónde tienes el sentido común? Una proteccioncita de nada no hace daño a nadie, ni siquiera a ti, Ethan Wate.

Suspiré y puse el ramillete en la caja.

—Yo también te quiero, Amma.

Me abrazó con tanta fuerza que no me rompió los huesos de casualidad. Bajé las escaleras del porche a la carrera y salí al exterior. Ya era de noche.

—Ten cuidado, ¿me oyes? No te entusiasmes demasiado.

No tenía ni idea de a qué se refería, pero de todos modos le contesté con una sonrisa.

—Sí, señorita.

Al alejarme al volante del Cacharro vi todavía encendida la luz en el estudio de mi padre. Me pregunté si acaso se habría enterado de que esa noche se celebraba el baile de invierno.

Mi corazón estuvo en un tris de pararse cuando Lena abrió la puerta de la mansión, lo cual ya es decir, si se tenía en cuenta que ella ni siquiera me había tocado. Iba vestida como jamás lo hubiera hecho ninguna otra chica, y yo lo sabía. Sólo había dos sitios para elegir ropa en el condado de Gatlin: Little Miss, proveedor de ropa para las representaciones locales, y Southern Belle, la tienda de trajes de novia, a dos pueblos de distancia.

Las chicas vestidas en Little Miss llevaban descocados modelos de sirena con demasiadas aberturas y escotes, y muchas lentejuelas. Amma jamás habría dejado que me vieran en compañía de ese tipo de chicas en un picnic, y menos aún en un baile formal. A veces eran ganadoras de concursos locales de belleza o hijas de alguna antigua miss local, como Edén, cuya madre había sido primera finalista en el concurso Miss Carolina del Sur, y en la gran mayoría de las ocasiones, eran hijas de madres a las que les hubiera gustado ganar esos certámenes. En cuestión de un par de años podría verse a todas esas chicas acudiendo con sus bebés a las fiestas de graduación del Instituto Jackson.

En Southern Belle vendían vestidos con forma de campana a lo Scarlett O'Hara. Las Damas Auxiliares del Ejército de Salvación y de Hijas de la Revolución Americana equipaban allí a sus niñas, como era el caso de Emily Asher o Savannah Snow. Te las encontrabas en todas partes y era fácil sacarlas a bailar si tenías suficientes tragaderas para soportarlas a ellas y al hecho de que, con ese aspecto, era como bailar con una novia el día de su boda.

Comoquiera que sea, todo era brillante, colorido y lleno de adornos, y estaba omnipresente un tono naranja conocido popularmente como «naranja Gatlin». Probablemente, en el resto del mundo estaría reservado para las novias horteras, pero no en este condado.

La presión era menos manifiesta para los chicos, pero tampoco era moco de pavo. Debíamos ir a juego con nuestra pareja, o sea, lidiar con aquel temido color naranja. Este año, el equipo de baloncesto iba a ir con corbatas y fajines plateados, lo cual les ahorraba la humillación de llevar corbatas de color rosa, púrpura o naranja.

Lena jamás en la vida se hubiera puesto una prenda de color naranja Gatlin, sin duda, pero cuando la vi me entró un tembleque en las piernas, lo cual empezaba a convertirse en algo habitual, porque estaba tan guapa que sólo mirarla hacía daño.

Vaya.

¿Te gusta?

Se giró sobre sí misma para que pudiera verla. La melena ensortijada le caía por los hombros, pero se había sujetado la parte de delante hacia atrás con unos pasadores centelleantes de ese modo casi mágico que tienen las chicas de lograr que el pelo parezca estar sujeto en alto y al mismo tiempo caiga hacia abajo. Quise recorrer su melena con los dedos, pero no me atreví a tocarle ni un solo pelo. El vestido, de hebras plateadas, se le ceñía al cuerpo, resaltando todas sus curvas, sin parecerse a ninguno de los modelitos de Little Miss. Era un atuendo delicado como una telaraña, parecía tejido en plata por arañas.

¿Qué es? ¿Tejido de plata hilado por arañas?

¿Quién sabe? A lo mejor. Me lo ha regalado el tío Macon.

Se echó a reír y me arrastró al interior de la casa. Incluso la mansión Ravenwood parecía reflejar el tema invernal del baile. Esa noche, el vestíbulo de la entrada tenía un aire al viejo Hollywood: el suelo estaba ajedrezado por baldosines blancos y negros y por encima de nuestras cabezas flotaban copos de nieve. Había una antigua mesa negra lacada delante de unas centelleantes cortinas irisadas y más lejos acerté a ver algo que rielaba como el sol sobre el mar, aunque no logré acertar qué era. Encima de los muebles había velas de luces parpadeantes que creaban halos de luz dondequiera que se mirase.

—¿De verdad? ¿Arañas?

La luz de las velas arrancaba destellos a los labios de Lena. Procuré no detenerme en su contemplación y me contuve para no besar la pequeña media luna de su pómulo. El más sutil de los brillos refulgía sobre sus hombros, su rostro, su pelo. Esa noche parecía de plata incluso su lunar.

—Sólo bromeaba. Probablemente lo compró en alguna tiendecilla en París, en Roma o en Nueva York. Mi tío se pirra por las cosas bonitas. —Acarició la media luna plateada que descansaba sobre su escote. Debía de ser otro regalo de Macon.

—Exacto, pero, aparte de eso, lo encontré en Budapest, no en París —dijo una voz procedente del oscuro pasillo. Esa forma de arrastrar las palabras me resultaba familiar. La afirmación vino acompañada por el brillo de una vela. Macon apareció ataviado con chaqueta de esmoquin, unos pulcros pantalones negros y una camisa de vestir blanca. Los gemelos centelleaban a la luz de la vela—. Ethan, te agradecería en grado sumo que esta velada extremaras las precauciones con mi sobrina. Como sabes, prefiero que de noche permanezca en casa. —Me entregó para que se lo diera a Lena un ramillete de jazmines estrella—. Toda precaución es poca.

—Tío Macon! —saltó Lena, asombrada.

Miré el ramillete de cerca. Un alfiler sujetaba las flores y de éste pendía un anillo plateado en el que advertí una inscripción escrita en un lenguaje ininteligible, pero que reconocí por ser similar al del *Libro de las Lunas*. No tuve que examinarlo de cerca para apreciar que se trataba del anillo que él no se quitaba jamás, hasta esa noche. Cogí el ramillete que me había hecho Amma. Era casi idéntico.

Entre los cientos de *Casters* ligados al anillo y los innumerables Notables de Amma, no habría espíritu en el pueblo con valor para meterse con nosotros, o en eso confiaba yo.

—Entre usted y Amma conseguirán que Lena sobreviva al baile de invierno del Instituto Jackson, señor —comenté con una sonrisa.

Él no me la devolvió.

—No es el baile lo que me preocupa, pero se lo agradezco igualmente a Amarie.

Lena torció el gesto y nos miró alternativamente. Seguramente no parecíamos las dos personas más felices del pueblo.

—Tu turno. —Cogió una flor de la mesa del vestíbulo y me la puso en el ojal; era una sencilla rosa blanca con un tallo de jazmín—. Me gustaría que todo el mundo dejara de preocuparse por un rato. Esto se está volviendo de lo más embarazoso. Sé cuidar de mí misma.

Macon no parecía demasiado convencido.

—En cualquier caso, no me gustaría que nadie resultase herido.

No sabía si se estaba refiriendo a las brujas del instituto o a Sarafine, la poderosa *Caster* Oscura. De todos modos, en los últimos meses había visto demasiadas cosas como para pasar por alto un aviso tan serio.

—Ha de estar de vuelta a medianoche.

—¿Esa hora es más poderosa para la magia?

—No. No tiene permiso para llegar más tarde a casa.

Reprimí una sonrisa.

Lena parecía nerviosa mientras íbamos de camino al pabellón de gimnasia. Permanecía sentada muy envarada en el asiento de delante, jugueteando con el dial de la radio, el vestido y el cinturón de seguridad.

—Relájate.

—¿Es una locura lo que vamos a hacer esta noche? —preguntó, mirándome con expectación.

—¿A qué te refieres?

—Todos me odian. —Mantuvo la vista fija en las manos.

—Querrás decir que todos nos odian.

—De acuerdo, todo el mundo nos odia.

—No estamos obligados a ir.

—No, quiero ir. Ése es el asunto… —Hizo girar el ramillete alrededor de la muñeca varias veces—. Ridley y yo habíamos planeado ir juntas el año pasado, pero entonces…

No fui capaz de oír el resto, ni siquiera en mi mente.

—Las cosas ya se habían estropeado para entonces. Ridley cumplió dieciséis. Ella se… fue, y yo tuve que dejar la escuela.

—Bueno, no es más que un baile y éste no es el último año. Tampoco ha pasado nada malo.

Frunció el ceño.

Por el momento.

El consejo estudiantil había trabajado de lo lindo durante el fin de semana y hasta yo me quedé impresionado cuando entramos en el gimnasio y vi cómo lo habían dejado. Cualquier atisbo del instituto había desaparecido dominado por el tema de la fiesta: el sueño de una noche de invierno.

Habían colocado en sedales de pesca colgados del techo cientos de copos de nieve minúsculos. Muchos eran blancos y estaban hechos con papel, y otros centelleaban, pues los habían confeccionado con papel de estaño, purpurina, lentejuelas y todo tipo de material brillante. En las esquinas del pabellón habían amontonado esponjosa nieve en polvo y refulgentes luces blancas colgaban de la escalera.

—Ethan, Lena, hola. ¡Tenéis un aspecto estupendo! —nos saludó la entrenadora Cross mientras nos daba unas copas con ponche de melocotón. Lucía un vestido negro que, a mi juicio, enseñaba demasiado muslamen para el bien de Link.

Al mirar a mi novia recordé los dorados copos de la mansión Ravenwood suspendidos en el aire sin necesidad de sedal de pesca ni papel de estaño, pero, aun así, los ojos de Lena brillaban y me apretó la mano con más fuerza, como una niña en su primera fiesta de cumpleaños. Jamás había creído a Link cuando afirmaba que las fiestas del instituto ejercían un efecto inexplicable sobre las chicas, pero parecía evidente que era cierto, incluso aunque fueran unas *Casters*.

—Es precioso.

En realidad, no lo era. Aquello era lo que era: otro baile más del instituto, pero supuse que para Lena sí era precioso. Quizás la magia no sea una cosa mágica cuando has crecido con ella.

Entonces oí una voz conocida. Imposible, no podía ser.

—Que empiece la fiesta.

Ethan, mira…

Me di la vuelta y casi se me atragantó el ponche cuando vi a Link con algo similar a un traje jaspeado debajo del cual llevaba una de esas camisetas negras con la imagen de un esmoquin estampada por delante. Llevaba unas deportivas tipo bota de color negro. Parecía un bailarín callejero de Charleston.

—Eh, Perdedor, eh, prima.

Oí de nuevo esa voz inconfundible por encima del runrún del gentío, el pinchadiscos, el golpeteo machacón del bajista y las parejas en la pista de baile. Miel, azúcar, melaza y piruletas de cereza todo en uno. Por primera vez en mi vida pensaba que algo era demasiado dulce.

La mano de mi acompañante se tensó entre mis dedos. Era increíble: del brazo de Link iba Ridley, ataviada con el vestido de lentejuelas más pequeño que nadie hubiera llevado en un baile de etiqueta del Instituto Jackson. Yo ni siquiera sabía dónde mirar, porque era todo curvas, piernas y una gran melena rubia. Sentí cómo subía la temperatura de la sala cuando todos la miraban y no debía de ser el único, a juzgar por el alto número de chicos que habían dejado de bailar con sus parejas, vestidas como las figuritas de un pastel de boda; ahora estaban que trinaban. En un mundo donde todos los vestidos del baile procedían de dos tiendas, Ridley hacía pasar por puritanos los descocados vestidos de Little Miss y hacía que la entrenadora Cross pareciera una monja. En otras palabras: Link estaba condenado.

Descompuesta, la mirada de Lena iba de su prima a mí.

—¿Qué haces aquí, Ridley?

—Vaya, al final, después de todo, hemos venido al baile. ¿No estás eufórica? ¿No es fantástico?

Observé cómo el pelo de Lena empezaba a agitarse bajo el soplo de un viento inexistente. Bastó un parpadeo suyo para que se fundieran la mitad de las luces blancas. Tenía que meter baza lo antes posible. Arrastré a Link hasta la fuente de ponche.

—¿Qué haces con ella?

—¿Puedes creértelo, tío? Es la tía más ardiente de todo el condado, y no te ofendas. Provoca quemaduras de tercer grado. Me la encontré merodeando por Stop & Steal cuando iba a por algo de picar mientras venía hacia aquí. Tenía ya puesto ese vestido y todo.

—¿Y no lo encuentras un poco raro?

—¿Te crees que me importa?

—¿Y si resulta ser una psicópata pirada?

—¿Te refieres a que va a atarme o algo así? —quiso saber, sonriendo mientras se imaginaba la escena.

—No estoy de coña.

—Siempre lo estás… ¿Qué pasa…? Ah, ya caigo: estás celoso, pues, según creo recordar, te metiste en su coche a las primeras de cambio. No me digas que lo intentaste con ella o algo así…

—En absoluto, es la prima de Lena.

—Me importa un bledo. Todo lo que sé es que he venido al baile con la tía más cañón de tres condados. Es como… ¿cuántas posibilidades hay de que caiga en el pueblo un meteorito? Esto no va a volver pasar. Pórtate guay, ¿vale? No me lo chafes.

Ya estaba hechizado, aunque es cierto que con Link tampoco era necesario esforzarse mucho. Ahora daba igual lo que yo le dijera. Aun así, con poca convicción, hice otro intento.

—No es trigo limpio, tío. Va a licuarte el seso, te lo sorberá y lo escupirá cuando se vaya.

Me agarró por los hombros:

—Pasa de mí —dijo.

Link pasó el brazo en torno a la cintura de Ridley y se dirigió a la pista de baile sin mirar siquiera a la entrenadora Cross cuando pasaron junto a ella.

Me llevé a Lena en la dirección opuesta, hacia el rincón donde el fotógrafo estaba retratando a las parejas delante de un falso ventisquero con un muñeco de nieve aún más falso mientras los miembros del consejo estudiantil se turnaban para tirar nieve de pega sobre la escena. Me di de bruces con Emily.

Ella miró a mi novia.

—Lena, estás… flamante.

—Emily… pareces hinchada —repuso Lena nada más verla.

Y era cierto. El vestido de Southern Belle que llevaba Emily Anti-Ethan parecía un buñuelo de color melocotón plateado, relleno de crema, espachurrado y arrugado como un tafetán. El pelo le caía en gruesos tirabuzones que parecían trozos de cinta amarilla retorcida. Daba la impresión de que le habían estirado la cara más de la cuenta mientras le hacían el peinado en la peluquería Snip'n'Curl y que se habían hartado de pincharle la cabeza con las horquillas.

¿Qué había visto yo alguna vez en ella?

—No sabía que las de tu estilo bailaran.

—Lo hacemos. —Lena la miró fijamente.

—¿Alrededor de la hoguera? —inquirió Emily con una sonrisa maliciosa.

—¿Por qué? —El pelo de Lena volvió a ensortijarse—. ¿Buscas un buen fuego para quemar ese vestido?

La otra mitad de las parpadeantes luces blancas saltaron y pude ver cómo el consejo estudiantil en pleno echaba a correr para revisar los plomos y las conexiones eléctricas.

No la dejes ganar. Ella es la única bruja aquí.

No es la única, Ethan.

Savannah apareció detrás de Emily con Earl pegado a su espalda. Ambas tenían las mismas pintas, salvo que el vestido de una era de color rosa plateado y el de la otra melocotón plateado. Su falda se asemejaba a un peluche. No costaba nada imaginarse sus bodas si cerrabas los ojos. ¡Qué horror!

Earl clavó la vista en el suelo para no mirarme a los ojos.

—Vamos, Em, están anunciando la corte regia. —Savannah lanzó una mirada significativa a Emily.

—No me dejes con la duda —añadió Savannah con ironía haciendo un gesto hacia la cola de gente que aguardaba para hacerse una fotografía—. ¿Aparecerás en la imagen, Lena?

Luego se marchó haciendo aspavientos y agitando el enorme buñuelo que llevaba por vestido.

—¡Siguiente!

El pelo de Lena seguía encrespado.

Son idiotas. No importa. No me importa ninguna de las dos.

—¡Siguiente! —oí repetir al retratista.

Cogí a Lena de la mano y la arrastré hacia el falso ventisquero. Había nubarrones de tormenta en sus ojos cuando me miró, pero enseguida se disiparon y volvió a ser ella. Noté cómo amainaba el temporal.

—Echad la nieve —ordenó alguien al fondo.

Tienes razón. No importa.

Me incliné para besarla.

Tú eres lo único que importa.

Nos besamos y el flash de la cámara se disparó. Durante un segundo, un segundo perfecto, pareció que no había nadie más en el mundo. No nos importaba nada.

El destello de luz nos cegó cuando empezó a caernos de todas partes una blanquecina masa pringosa, y acabó cayendo del todo sobre nosotros.

¿Qué demonios…?

Lena profirió un grito ahogado. Intenté quitarme aquel pringue de la cara, pero estaba por todas partes y fue peor cuando vi a Lena. Le cubría el pelo, el rostro y su hermoso vestido. Le habían estropeado su primer baile.

Desde un cubo situado encima de nuestras cabezas, el que se suponía que estaba destinado a verter copos de pega para que aparecieran en la foto como si se movieran empujados por el viento, chorreaba una sustancia de consistencia jabonosa, muy semejante a la mezcla de harina para hacer tortitas. Cuando alcé la vista, sólo me encontré con otro

rostro cubierto por aquella viscosidad. El cubo cayó al suelo dando tumbos.

—¿Quién le ha echado agua a la nieve?

El fotógrafo estaba fuera de sí. Nadie dijo ni pío y yo estaba dispuesto a apostar cualquier cosa a que los Ángeles Guardianes del Instituto no habían visto nada, ¿a que no?

—Ella se está derritiendo —gritó alguien.

Permanecimos en medio de un charco de sopa blancuzca o pegamento o lo que fuera, dominados por el deseo de poder empequeñecer hasta desaparecer, o al menos esa imagen debíamos de dar a las numerosas personas congregadas a nuestro alrededor, que se tronchaban de risa a nuestra costa. Savannah y Emily permanecían apartadas en un lateral, disfrutando de cada minuto de lo que tal vez fuera el momento más humillante de la vida de Lena.

—Os deberíais haber quedado en casa —gritó un chico por encima de la algarabía.

Habría identificado esa voz de necio en cualquier parte. La había oído un montón de veces en la pista, el único lugar donde solía abrir el pico. Earl estaba susurrándole algo al oído a Savannah, sobre cuyos hombros había pasado el brazo.

Eso me hizo saltar. Crucé la sala tan deprisa que Earl ni siquiera me vio ir a por él. Le propiné un derechazo en la mandíbula con el puño pringado y se cayó, arrastrando a Savannah, que se hundió en su falda de aro.

—¿Qué rayos…? ¿Te falta algún tornillo, Wate?

Earl hizo ademán de levantarse, pero le planté el pie encima e hice fuerza para que no se moviera.

—Más te vale no ponerte de pie.

Earl se medio incorporó y se estiró el cuello de la camisa, como si eso le hiciera tener mejor aspecto a pesar de estar en el suelo del gimnasio.

—Espero que sepas lo que haces —masculló, pero no se levantó.

Podía decir lo que quisiera, los dos sabíamos quién iba a acabar otra vez en el suelo si intentaba levantarse de verdad.

—Lo sé.

Luego, regresé y tiré de Lena para sacarla de esa especie de nieve fangosa medio derretida en que se habían convertido los copos de pega.

—Vámonos, Earl. Oigamos a la corte… —le instó Savannah, sorprendida. Earl se levantó y se quitó el polvo.

Me froté los ojos y me sacudí el pelo húmedo para quitarme aquella porquería. Lena seguía ahí, temblorosa, goteando esa nieve falsa con aspecto de ser yeso. A pesar del gentío congregado a su alrededor, seguía habiendo un espacio vacío delante de ella. Nadie se atrevió a acercarse mucho, excepto yo. Intenté limpiarle el engrudo con la manga, pero retrocedió.

Siempre es así.

—Lena.

Debería tener bien aprendida la lección.

Ridley apareció junto a ella, con Link justo detrás. Estaba furiosa, y mucho, por lo que fui capaz de apreciar.

—No lo pillo, primita, no veo por qué quieres estar con esta clase de chusma —espetó. Pronunció las palabras con el mismo desprecio que Emily—. Nadie nos ha tratado nunca así, seamos de la Luz o de la Oscuridad. ¿Dónde está tu amor propio, Lena Beana?

—No merece la pena. Esta noche no. Sólo quiero irme a casa. —Lena estaba demasiado avergonzada como para enfadarse con Ridley. Era luchar o huir, y en ese instante, Lena elegía lo segundo—. Llévame a casa, Ethan. Link se quitó la chaqueta plateada y se la echó al hombro.

—Menudo alboroto.

Pero Ridley no podía o no quería calmarse.

—Todos estos son unos pringados, prima, todos salvo Perdedor y mi nuevo novio, Encogido.

—Link, ya te lo he dicho, me llamo Link.

—Cállate, Ridley. Lena ya ha tenido bastante —intervine. Su magia de *Siren* no iba a surtir efecto alguno en mí.

—Ahora que lo pienso, también yo he tenido bastante —replicó ella. Ridley miró a mis espaldas y esbozó una sonrisa malévola.

Seguí la dirección de su mirada. La Reina de los Hielos y su corte subían al escenario y sonreían desde su posición privilegiada. Savannah era la reina una vez más. Nada había cambiado. Sonreía en señal de bienvenida a Emily, que volvía a ser la Princesa de los Hielos, como el año pasado.

Ridley levantó un poquito sus gafas de sol en plan estrella de cine. Sus ojos empezaron a refulgir y casi era posible percibir las oleadas de calor procedentes de ella. Luego, apareció una piruleta en su mano y en el aire flotó un olor demasiado dulzón.

No lo hagas, Ridley.

Esto no va contigo, prima. Es más que eso. Las cosas están a punto de cambiar en este pueblucho del culo del mundo.

Sacudí la cabeza, sorprendido, escuchaba en mi mente la voz de Ridley con la misma claridad que la de Lena.

Déjalo estar, Ridley. Sólo vas a empeorar las cosas.

Abre los ojos, no pueden ir peor… O tal vez sí. Le dio una palmada a Lena en el hombro. Observa y aprende.

Chupó un par de veces la piruleta de cereza mientras observaba a la corte regia. Yo confiaba en que todo estuviera lo bastante oscuro para que nadie pudiera apreciar el iris ovalado de sus ojos gatunos.

¡No! Se limitarán a echarme la culpa a mí, Ridley. No hagas nada.

Este estercolero necesita aprender una lección y yo voy a enseñársela.

Ridley se acercó al estrado con grandes zancadas y haciendo repiquetear los tacones contra el suelo.

—Eh, nena, ¿adónde vas? —Link corrió detrás de ella.

Envuelta en un brillante vestido de tafetán azul lavanda dos tallas menor que la suya, Charlotte subía los escalones en dirección a su centelleante corona plateada de plástico y su habitual cuarto puesto en la corte regia, detrás de Edén (la Doncella de los hielos, supuse). El vestido, un enorme engendro que a juzgar por el diseño parecía sacado de uno de esos talleres donde los trabajadores cobraban el mínimo salario, se le enganchó en el último escalón y la débil costura se rasgó del todo cuando siguió andando. Charlotte tardó un par de segundos en darse cuenta, pero para entonces, medio instituto estaba mirando sus pantis de lycra rosa, más grandes que el estado de Tejas entero. La desdichada soltó un alarido de helar la sangre cuyo significado era claro: «Ahora todos saben lo gorda que estoy».

Ridley esbozó una ancha sonrisa.

¡Ups! ¡Detente, Ridley!

Acabo de empezar.

Charlotte todavía seguía gritando cuando acudieron al quite Emily, Edén y Savannah, que intentaron ocultarla con sus vestidos de novia adolescente. El sonido del disco chirrió por los altavoces y la grabación cambió de forma brusca, pasando a sonar un tema de los Stones.

—*Sympathy for the Devil*.

Como tema para Ridley, la canción le venía como anillo al dedo. Se estaba presentando en sociedad a lo grande.

Los bailarines de la pista dieron por hecho que se trataba de otra pifia más de Dickey Wix en su meteórica carrera para, a sus treinta y cinco años, convertirse en el pinchadiscos más famoso de bailes de instituto, pero faltaba lo peor. Nadie se acordaba ya del cortocircuito cuando, al cabo de unos segundos, estallaron una tras otra, como fichas de dominó, todas las bombillas situadas sobre el escenario y las luces de la pista, adonde Ridley había arrastrado a Link. Éste empezó a contonearse alrededor de ella mientras los estudiantes se ponían a gritar y se abrían paso a empujones en medio de una lluvia de chispas. Yo estaba seguro

de que pensaban que era algún fallo masivo de la instalación eléctrica perfectamente imputable a Red Sweet, el único electricista de Gatlin. Ridley echaba hacia atrás la cabeza entre carcajadas mientras se contoneaba en torno a Link con su cuerpo vestido tan escasamente que parecía que llevaba poco más que un cinturón.

Ethan, tenemos que hacer algo.

¿El qué?

Era demasiado tarde para cualquier reacción. Lena se dio la vuelta y echó a correr, y yo salí disparado detrás de ella. Antes de que ninguno de los dos llegáramos a las puertas del gimnasio se activaron los aspersores del techo y empezó a caer agua, el equipo de audio hizo el típico ruido de cortocircuito y se puso a echar chispas como si estuviera a punto de electrocutarse. Los copos falsos despachurrados en el suelo cómo crepés empapuciadas habían formado un revoltijo burbujeante. Todo el mundo se había puesto a vociferar y las chicas, con sus vestidos de fiesta empapados, el peinado lleno de agua y el rímel corrido, se precipitaban hacia la salida. Era imposible saber quién se había vestido en Little Miss y quién en Southern Belle. Todas parecían ratas ahogadas con pelajes de colores pastel.

Oí un fuerte estrépito cuando llegué a la puerta. Me di la vuelta para mirar hacia el escenario justo cuando se vino abajo el gigantesco telón de fondo nevado. Emily perdió el equilibrio en el escurridizo escenario y se dio un trompazo. Hizo un intento de ponerse en pie sin dejar de saludar con la mano a la gente, pero resbaló y cayó sobre el pavimento del pabellón, donde se derrumbó en un revuelo de tafetán amelocotonado. La entrenadora Cross acudió en su auxilio a la carrera.

No me dio ni pizca de pena, aunque sí lo sentí por las personas que iban a pagar el pato de toda aquella pesadilla: el consejo estudiantil por montar un escenario tan inestable, Dickey Wix por poner de relieve la desgracia de una animadora adolescente en ropa interior y Red Sweet

por su falta de profesionalidad al instalar en el gimnasio del Instituto Stonewall Jackson un cableado de iluminación potencialmente mortal.

Luego te veo, prima. Esto es mucho más divertido que un baile del colegio.

Empujé a Lena para que cruzara la puerta.

—Vamos.

Estaba tan helada que apenas era capaz de soportar el contacto con su piel. *Boo Radley* se nos había unido cuando llegamos al coche.

Macon no iba a tener que preocuparse nada de nada por la hora de regreso de Lena.

No eran ni las nueve y media pasadas.

No acertaba a saber si Macon estaba enfadado o preocupado, pues yo apartaba la vista cada vez que me observaba. Ni siquiera *Boo* se atrevía a mirarle, descansaba a los pies de Lena y aporreaba el suelo con el rabo.

La casa ya no recordaba para nada el escenario del baile y apostaba cualquier cosa a que Macon no permitiría jamás que un copo de nieve atravesara las puertas de Ravenwood. Todo había vuelto a su ser, todo, los suelos, los muebles, los techos, las cortinas, salvo el fuego que ardía vivamente en el hogar e iluminaba por completo la estancia. Tal vez la mansión reflejara los cambios de humor y él estaba taciturno.

—¡Cocina!

Una taza de chocolate apareció en la mano de Macon. Se la dio a su sobrina. Lena se sentó frente al fuego envuelta en una áspera manta de lana y sostuvo la taza con ambas manos mientras el pelo húmedo se le metía detrás de las orejas como si buscase la calidez de ese refugio.

Se plantó delante de Lena.

—Deberías haberte ido en cuanto la viste.

—Estaba muy ocupada siendo el hazmerreír de todo el instituto después de que me hubieran empapuciado con esa mezcla pringosa.

—Bueno, ya no vas a volver a estar ocupada. No vas a salir de casa hasta el día de tu cumpleaños. Es por tu propio bien.

—Lo de mi propio bien no termina de estar tan claro. —Temblaba de los pies a la cabeza, pero si antes pensaba que era a causa del frío, ahora ya no.

Macon clavó sus fríos ojos negros en mí. Lo sabía a ciencia cierta: estaba furioso.

—Deberías habértela llevado de allí.

—No sabía qué hacer, señor. No tenía ni idea de que Ridley iba a destruir el gimnasio y Lena jamás había asistido a un baile.

Me pareció una estupidez en cuanto terminé de decirlo.

Él se dio la vuelta y se limitó a mirarme mientras se servía el whisky en un vaso.

—Conviene señalar que ni siquiera ha bailado.

—¿Cómo lo sabes? —Lena alejó la taza de sus labios.

Ravenwood echó a andar por la habitación.

—No tiene importancia.

—Eso dices tú, pero para mí sí la tiene.

Macon se encogió de hombros.

—A través de *Boo*. A falta de un término más preciso, digamos que él se convierte en mis ojos.

—¿Qué…?

—Veo lo que él ve y él ve lo que yo veo. Es un perro *Caster*, ya lo sabes.

—¡Tío Macon, me has estado espiando!

—No a ti en particular. ¿Cómo te crees que me las he arreglado siendo el recluso del pueblo? No habría llegado muy lejos sin el mejor amigo del hombre. *Boo* lo ve todo, y, por tanto, yo también.

Miré al perro a los ojos y me di cuenta: eran los de un hombre. Debería haberlo sabido, tal vez lo había sabido siempre. Tenía los ojos de Macon.

Y había algo más: llevaba una cosa en las fauces, algo similar a una pelota. Me acuclillé para cogerla. La bola de papel resultó ser una empapada y arrugada instantánea de Polaroid. Había venido desde el gimnasio con ella en la boca.

Era la fotografía del baile. Lena y yo aparecíamos en medio de la nieve falsa. Emily se equivocaba por completo. Las de la estirpe de Lena sí aparecían en el negativo, sólo que su contorno titilaba translúcido de cintura para abajo, como si fuera una aparición espectral y hubiera empezado a desvanecerse, como si se estuviera fundiendo antes de que le alcanzase la nieve.

Le di una palmada a *Boo* en la cabeza y me metí la foto en el bolsillo. No había necesidad alguna de que Lena la viera en ese preciso momento, dos meses antes de su cumpleaños. Y yo no necesitaba esa instantánea para saber que se nos acababa el tiempo.

16 DE DICIEMBRE

When the Saints Go Marching In

Lena estaba sentada en el porche cuando detuve el vehículo. Me había puesto pesado con lo de conducir yo porque Link quería venir con nosotros y no podía arriesgarse a que le vieran en el coche fúnebre. No quería que Lena fuera sola, es más, ni siquiera deseaba que fuera, pero era mejor no mencionarle el tema. Parecía preparada para la batalla. Llevaba un suéter de cuello alto y unos vaqueros negros, a juego con un chaquetón con ribete de piel y capucha. Estaba a punto de enfrentarse al pelotón de fusilamiento, y lo sabía.

Habían transcurrido sólo tres días desde el baile y las Hijas de la Revolución Americana no habían perdido el tiempo. Esa tarde tenía lugar la sesión del comité de disciplina del Instituto Jackson; no se diferenciaba mucho de una caza de brujas, y no hacía falta ser un *Caster* para saberlo. Emily andaba coja con su pierna escayolada, y el desastroso baile de invierno se había convertido en la comidilla del pueblo y la señora Lincoln había obtenido al fin el apoyo necesario: se habían presentado testigos.

Si eras capaz de retorcer lo bastante las cosas y darle el sesgo adecuado a lo que cualquiera había visto, oído o recordado, lograbas que la gente entornara los ojos, ladeara la cabeza y llegara a una consecuencia

lógica: Lena Duchannes era responsable, pues todo iba como la seda hasta que ella había venido al pueblo.

Link bajó de un salto y le abrió la puerta a Lena. Al pobre le carcomía la culpa y tenía aspecto de estar a punto de vomitar.

—Eh, Lena, ¿cómo lo llevas?

—Estoy bien.

Mentirosa.

No quiero que se sienta mal. No tiene la culpa.

Mi amigo carraspeó.

—Lamento un montón todo esto. He estado de bronca con mi madre todo el fin de semana. Siempre se le ha ido un poco la olla, pero esta vez es diferente.

—No es culpa tuya, pero te agradezco que lo hayas intentado.

—Habría sido distinto si todas esas arpías de las Hijas de la Revolución Americana no le hubieran estado calentando la cabeza. La señora Snow y la señora Asher han debido de llamar a casa mil veces durante estos últimos días.

Pasamos por delante de Stop & Steal, pero ni siquiera Fatty estaba allí. Las calles estaban desiertas. Daba la impresión de que íbamos por un pueblo fantasma. La sesión del comité de disciplina estaba fijada a las cinco en punto. Íbamos bien de hora. El escenario elegido era el gimnasio, pues no había otro lugar donde resultara posible acomodar a todas las personas que iban a presentarse. Ésa era otra de las cosas típicas de Gatlin: todo el mundo se metía en todo. Iba a personarse en esa reunión hasta el apuntador, a juzgar por las puertas cerradas y la ausencia de gente en las calles.

—No entiendo cómo tu madre ha logrado montar este tinglado tan deprisa. Esto es rápido incluso para ella.

—Según he escuchado, Doc Asher está metido en el ajo. Sale de caza con el director Harper y algunos pesos pesados de la junta escolar.

Doc Asher era el padre de Emily y el único médico de verdad del pueblo.

—Estupendo.

—Chicos, vosotros sabéis que van a expulsarme, ¿vale? Han tomado la decisión y la sesión de hoy sólo es puro teatro.

Link parecía perplejo.

—No pueden darte la patada sin haber oído tu versión. Pero si no has hecho nada.

—Todo eso no cuenta. Estas cosas se deciden a puerta cerrada. Nada de lo que yo diga importa.

Estaba en lo cierto y los dos lo sabíamos, por eso permanecí en silencio, le cogí de la mano, me la llevé a los labios y la besé, deseando por enésima vez que la junta escolar cargara contra mí y no contra Lena.

Pero ésa no era la cuestión, ya que jamás harían eso. Daba igual lo que yo hiciera o dijera, era uno de ellos y Lena jamás lo sería. Eso era precisamente lo que más me enfadaba… y avergonzaba. Los odiaba cada vez más porque me declaraban uno de los suyos, aunque saliera con la nieta del Viejo Ravenwood, me enfrentara con la señora Lincoln y no me invitaran a las fiestas de Savannah Snow. Yo era uno de ellos. Les pertenecía. Era imposible cambiar aquello y si se podía dar la vuelta a la ecuación, si de algún modo ellos también me pertenecían, entonces, Lena estaba contra ellos, y también contra mí.

Esa verdad me estaba matando. Tal vez Lena iba a ser Llamada al cumplir los dieciséis, pero yo lo había sido al nacer. No ejercía sobre mi destino mayor dominio que ella. Tal vez ninguno de nosotros lo controlábamos.

Estacioné el coche en el parking, ocupado casi por completo. Un gran número de personas hacían cola frente a la entrada principal para poder entrar. No había visto tanta gente junta en un sitio desde el estreno de *Dioses y generales*, el mayor tostón que se haya rodado jamás sobre la Guerra de Secesión, y donde la mitad de mis parientes figuraban como extras, principalmente porque tenían un uniforme en propiedad.

Link se agachó en el asiento trasero.

—Me bajo aquí. Os veré dentro. —Abrió la puerta y se metió a escondidas entre las filas de vehículos—. Buena suerte.

A Lena le temblaban las manos, a pesar de tenerlas apoyadas sobre el regazo. Me reconcomía verla hecha un manojo de nervios.

—No tienes por qué entrar ahí. Doy media vuelta y te llevo a casa ahora mismo.

—No, voy a entrar.

—¿Por qué quieres pasar por esto? Tú misma has dicho que era puro teatro.

—No voy a dejarles creer que me asusta enfrentarme a ellos. Me fui de mi última escuela, pero esta vez no voy a huir.

Inspiró profundamente.

—Esto no es salir corriendo.

—Lo es para mí.

—¿Va a venir tu tío al final?

—No puede.

—¿Y por qué demonios no puede? —Ella iba a pasar sola aquel trago, aunque yo estuviera a su lado.

—Es demasiado temprano. Ni siquiera se lo he dicho.

—¿Demasiado temprano? ¿De qué va esto? ¿Está encerrado en una cripta o algo así?

—Más o menos, algo por el estilo.

No merecía la pena hablar de ello. Ya iba a tener que comerse un marrón bastante gordo en cosa de unos minutos.

Empezó a chispear mientras nos encaminábamos al edificio. La miré.

Hago lo que puedo, créeme. Si no me contengo, se convertirá en un tornado.

La gente la miraba fijamente y la señalaba con la mano, lo cual había dejado de sorprenderme a pesar de que sólo fuera una cuestión de mera educación. Miré a mi alrededor con la esperanza de ver sentado junto a la puerta a *Boo Radley*, pero esta tarde no se le veía por ninguna parte.

Entramos en el gimnasio por una de las puertas laterales, la reservada al equipo visitante. Se le había ocurrido a Link, y había resultado ser una idea de primera, ya que una vez dentro me di cuenta de que la gente de la puerta no estaba esperando fuera para entrar, se habían apiñado allí sólo para escuchar la sesión. Dentro, ya sólo quedaba sitio para estar de pie.

Aquello parecía una versión cutre de un gran jurado en una de esas series de abogados que echan por la tele. Una gran mesa plegable presidía la parte delantera de la estancia. Sentados en torno a ella había algunos profesores: el señor Lee, por supuesto, con su corbata roja y sus prejuicios provincianos; el director Harper y un par de tipos, miembros de la junta escolar probablemente. Parecían incómodos, como si estuvieran deseosos de estar en el sofá viendo el canal de compras QVC Network o algún programa religioso.

En las tribunas descubiertas se agolpaba lo más selecto del condado. La señora Lincoln y su banda de linchadoras, todas miembros de las Hijas de la Revolución Americana, ocupaban las tres primeras filas. Miembros de las Hermanas de la Confederación, el coro de la iglesia metodista y la Sociedad Histórica se sentaban a su lado en los escasos

huecos libres. Detrás de ellas estaban los Ángeles Guardianes del Instituto Jackson, formado por las chicas que querían ser como Emily y Savannah y los chicos a los que les gustaría bajarles las bragas a éstas. Llevaban serigrafías recién estampadas en las camisetas: la pintura de un ángel enfundado en una camiseta de las Wildcats del Instituto Jackson, con un sospechoso parecido a Emily Asher, que extendía dos enormes alas blancas y lucía, cómo no, la camiseta de las animadoras. En la parte posterior sólo llevaban las dos mismas alas diseñadas para que parecieran brotar de la espalda y el grito de guerra de los Ángeles: «Os estamos vigilando».

Emily estaba sentada al lado de la señora Asher; apoyaba la pierna escayolada sobre una de las sillas de la cafetería. La señora Lincoln entrecerró los ojos cuando nos miró y la señora Asher rodeó a Emily con ademán protector, como si uno de los dos fuéramos a coger una porra, echar a correr y apalearla como a una indefensa cría de foca. Vi a Emily sacar el móvil del bolsillo, con los dedos preparados para ponerse a teclear a toda pastilla. Probablemente, esa tarde nuestro gimnasio era el epicentro de todos los cotilleos de, al menos, cuatro condados.

Amma estaba sentada varias filas detrás, jugueteaba con el amuleto colgado del cuello. Con un poco de suerte, eso haría que a la señora Lincoln le aparecieran esos cuernos que había estado ocultando con éxito durante tantos años. Mi padre no estaba, por descontado, pero las Hermanas se habían acomodado junto a Thelma, en los asientos situados al otro lado del pasillo. La cosa debía de pintar mucho peor de lo que yo me pensaba, pues no habían salido de casa a esas horas desde 1980, cuando la tía Grace comió su Hoppin' John, el típico plato sureño de arroz con judías, panceta, cebolla, apio y salsa picante de ají, demasiado picante y pensó que sufría un ataque al corazón. La tía Mercy me vio y me saludó con el pañuelo.

Acompañé a Lena hasta el asiento situado en la zona frontal del pabellón, obviamente reservado para ella. Estaba situado enfrente del pelotón de fusilamiento, justo delante.

Va a salir bien.

¿Lo prometes?

Escuché el repiqueteo de la lluvia sobre el tejado.

Te prometo que esto no me importa, que esta gente es idiota y que nada de cuanto digan va a cambiar mis sentimientos hacia ti.

Tomaré esa respuesta por un no.

El aguacero golpeó con mayor dureza el tejado, lo cual era un muy mal presagio. Le cogí de la mano y puse en ella el pequeño botón plateado de la chaqueta que llevaba puesta la lluviosa noche en que nos conocimos. Lo había encontrado en la tapicería agrietada del Cacharro. Parecía un cachivache viejo, pero lo llevaba en el bolsillo de los vaqueros desde entonces.

Toma, es algo así como un amuleto de la buena suerte. Al menos, a mí me la trajo.

Entonces me di cuenta del gran esfuerzo que estaba haciendo para no venirse abajo. Se quitó la cadena en silencio y lo añadió a su propia colección de cachivaches.

Gracias.

Me habría sonreído de haber sido capaz.

Después me dirigí hacia la fila en la que estaban sentadas las Hermanas y Amma. La tía Grace se ayudó del bastón para ponerse de pie.

—Aquí, Ethan. Te hemos guardado un asiento, cielo.

—¿Por qué no te sientas, Grace Statham? —siseó una anciana de pelo teñido de azul situada junto a las Hermanas.

La tía Prue se giró como movida por un resorte.

—Ocúpate de tus propios asuntos, Sadie Honeycutt, o vas a lamentarlo.

La tía Grace se volvió hacia Sadie Honeycutt y le dedicó una sonrisa antes de decir:

—Ven a sentarte aquí a mi lado, Ethan.

Me senté encajonado entre la tía Mercy y la tía Grace.

—¿Cómo lo llevas, dulzura mía? —Thelma me sonrió y me dio un pellizco en el brazo.

Los truenos retumbaron en el exterior y las luces parpadearon, levantando un coro de gritos entrecortados entre las ancianas.

En el centro de la mesa plegable estaba sentado un hombre algo tenso a juzgar por su aspecto. Carraspeó antes de tomar la palabra.

—Es una leve caída de la potencia, sólo eso. ¿Por qué no tienen todos ustedes la amabilidad de ocupar sus asientos para que podamos empezar? Me llamo Bertrand Hollingsworth y soy el presidente de la junta escolar. Esta sesión se ha convocado en respuesta a una petición de expulsión, la de la alumna Lena Duchannes, ¿es eso correcto?

El director Harper se giró sobre su asiento en la mesa central para dirigirse hacia el señor Hollingsworth, el instructor del expediente, o para ser más precisos con el lenguaje, el verdugo títere de la señora Lincoln.

—Sí, señor. Varios progenitores preocupados me presentaron dicha petición y está firmada por unos doscientos padres, entre quienes figuran los ciudadanos más respetados de Gatlin y un nutrido grupo de estudiantes.

Por descontado que sí.

—¿Cuáles son los cargos para solicitar la expulsión?

El señor Harper pasó varias páginas de su libro de notas amarillo, de tamaño similar al de los letrados, como si estuviera leyendo un expediente de antecedentes penales.

—Asalto y destrucción de la propiedad escolar. Además, la señorita Duchannes estaba en periodo de prueba.

¿Asalto? ¿A quién he asaltado?

Sólo es una acusación. No pueden demostrar nada.

Me puse en pie antes de que hubiera terminado de hablar.

—¡Nada de eso es cierto! —grité.

En el extremo opuesto de la mesa se sentaba otro hombre de rostro nervioso, que alzó la voz para hacerse oír por encima del aguacero y de los susurros de veinte o treinta ancianas provocados por mis malos modales.

—Tome asiento, jovencito, que aquí no hay permiso para hablar todos a la vez.

El señor Hollingsworth hizo caso omiso al barullo y prosiguió con la sesión.

—¿Existe algún testigo que corrobore dichas acusaciones?

Un montón de asistentes se pusieron a cuchichear en ese momento, preguntándose unos a otros para ver si alguien conocía el significado del verbo corroborar.

El director Harper se aclaró la garganta con desazón.

—Sí, y acabo de ser informado de que esta alumna ha tenido problemas parecidos en la escuela en la que había estado matriculada antes de venir a nuestro instituto.

¿A qué se refieren? ¿Cómo se han enterado de nada de mi antigua escuela?

No lo sé. ¿Qué sucedió allí?

Nada.

Una mujer de la junta escolar tenía unos papeles delante de ella y los hojeó antes de comentar:

—Nos gustaría escuchar en primer lugar a la presidenta de la asociación de padres del instituto, la señora Lincoln.

La madre de Link se puso en pie con teatralidad y recorrió el pasillo central en dirección al gran jurado de Gatlin. Tenía pinta de haberse tragado unas cuantas pelis de juicios.

—Buenas tardes, damas y caballeros.

—Usted fue una de las denunciantes iniciales, señora Lincoln, ¿puede decirnos qué sabe acerca de esta situación?

—Por supuesto, la señorita Ravenwood, perdón, la señorita Duchannes, quería decir, se mudó a nuestra localidad hace unos meses y desde entonces hemos tenido una serie de problemas en el Instituto Jackson. En primer lugar, rompió una ventana en clase de inglés…

—Estuvo a punto de hacer pedazos a mi niña —gritó la señora Snow.

—Muchos alumnos se salvaron por poco de sufrir graves lesiones y muchos de ellos se cortaron con los cristales.

—¡Eso fue un accidente y sólo resultó herida Lena! —gritó Link desde su posición, al fondo de la sala.

—Wesley Jefferson Lincoln, vete a casa ahora mismo si no quieres enterarte de lo que es bueno —siseó la señora Lincoln. Luego, recobró la compostura y se volvió hacia los miembros del comité de disciplina—. Los encantos de la señorita Duchannes parecen tener gran efecto en el sexo débil —repuso con una sonrisa—. Como iba diciendo, rompió una ventana en clase de inglés, lo cual asustó tanto a un número significativo de alumnas que sintieron la necesidad cívica de crear los Ángeles Guardianes del Instituto Jackson, un grupo cuyo único propósito es proteger a los estudiantes del centro realizando una especie de vigilancia ciudadana.

Los Ángeles Guardianes asintieron al unísono en las gradas, como si fueran marionetas y alguien manejara los hilos para que todas se movieran a la vez, algo que, al menos en cierto modo, era cierto.

El señor Hollingsworth garabateó algo en el bloc de notas y a continuación preguntó:

—¿Es ése el único incidente en el que se ha visto envuelta la señorita Duchannes?

La testigo simuló una gran sorpresa.

—¡Cielos, no! Pulsó la alarma antiincendios, arruinando el baile y causando daños en el equipo de audio por valor de cuatro mil dólares. Por si eso no fuera suficiente, empujó fuera del escenario a la señorita Asher, que se rompió una pierna. Sé de buena tinta que tardará meses en recuperarse.

Lena se mantuvo erguida, negándose a mirar a nadie.

—Gracias, señora Lincoln.

La madre de Link se dio la vuelta y sonrió a Lena. No era una sonrisa de verdad, ni siquiera sarcástica, sino una de ésas de significado claro: voy-a-arruinarte-la-vida-y-disfruto-haciéndolo.

La presidenta de la asociación de padres se dirigió a su asiento, pero, de pronto, se detuvo para mirar directamente a Lena.

—Casi lo olvido —añadió—. Obra en mi poder el expediente de la señorita Duchannes en su anterior instituto, en Virginia, aunque tal vez sería más exacto llamarlo sanatorio.

Jamás he estado en un psiquiátrico. Era una escuela privada.

—Ésta no es la primera vez que la señorita Duchannes protagoniza episodios violentos, tal y como ha mencionado el director Harper.

El tono de la voz de Lena en mi mente indicaba que se hallaba al borde de la histeria. Intenté tranquilizarla.

No te preocupes.

Pero quien se estaba intranquilizando era yo. La señora Lincoln no iba de farol: si lo soltaba delante de todos, significaba que tenía algún tipo de prueba.

—La señorita Duchannes es una joven perturbada. Sufre una enfermedad mental, déjeme ver… —La señora Lincoln se detuvo, sacó un papel de la carpeta y lo repasó con el dedo como si buscara algo. Me mantuve a la espera para saber qué enfermedad mental padecía Lena capaz de justificar, según ella, el hecho de que era diferente—. Ah, sí, aquí está. Parece que la señorita Duchannes padece un trastorno bipolar, lo cual, como puede explicarles a todos el doctor Asher, es una afección

mental muy seria. Quienes la padecen son propensos a estallidos de violencia y tienen un comportamiento impredecible. Esta dolencia es hereditaria, su madre también la padecía.

Esto no puede estar pasando.

La tromba de agua martilleaba con fuerza el tejado y el viento había subido en intensidad, castigando con saña la puerta de la entrada.

—De hecho, su madre asesinó a su padre hace catorce años.

Los asistentes profirieron gritos de asombro.

Juego, set y partido.

Los asistentes empezaron a hablar, todos a la vez.

—Damas y caballeros, por favor —clamó el director Harper en un intento de calmar los ánimos, pero aquello era como acercar una cerilla encendida a un arbusto seco: resultaba imposible sofocar el fuego una vez prendido.

Se necesitaron diez minutos para que las aguas volvieran a su cauce en el gimnasio, pero Lena no se calmó. Su corazón latía tan desbocado como el mío, lo presentía, y se le había formado un nudo en la garganta de tanto contener las lágrimas, aunque lo estaba pasando mal con eso a juzgar por el diluvio desatado en el exterior. Me sorprendía que todavía no hubiera salido corriendo de allí, pero o era muy valiente o se había quedado paralizada por la sorpresa.

La madre de Link mentía. No me creía que Lena hubiera estado en un sanatorio, no más de lo que aceptaba que el propósito de los Ángeles era proteger a los estudiantes del instituto. Ahora bien, ignoraba si se había inventado lo otro, eso de que la madre de Lena había matado a su padre.

También sabía que quería matar a la señora Lincoln. Toda mi vida la había conocido como la madre de Link, pero ya no era capaz de verla de ese modo. No parecía la mujer que arrancaba de la pared la caja

decodificadora de la tele por satélite y nos leía durante horas sermones sobre las virtudes de la castidad. Aquello no guardaba relación alguna con esas causas tan fastidiosas como inocentes. Era algo vengativo, personal. No lograba imaginarme por qué odiaba tanto a Lena.

El señor Hollingsworth intentó recobrar el control.

—De acuerdo, guarden silencio todos. Le agradezco su declaración de esta tarde, señora Lincoln. Me gustaría examinar esos papeles, si usted no tiene inconveniente.

—¡Todo esto es ridículo! —grité, poniéndome de pie—. ¿Por qué no enciende una hoguera y la quema en ella?

El señor Hollingsworth se esforzó otra vez por reconducir la situación, que amenazaba con caer a los niveles de los peores programas de telebasura, como *El show de Jerry Springer*.

—Tome asiento, señor Wate, o me veré obligado a pedirle que se marche. No quiero más salidas de tono durante esta sesión. He revisado los testimonios escritos sobre lo sucedido en el baile y todo parece bastante claro, por lo tanto sólo queda tomar una decisión sensata.

Las enormes puertas metálicas de la parte posterior se abrieron en medio de un gran estruendo, dando paso a un soplo de viento y a un aguacero de impresión.

Y a algo más.

Macon Ravenwood caminó por el pabellón con desenvoltura. Vestía un lujoso traje oscuro de raya diplomática debajo de su abrigo negro de cachemira. Marian Ashcroft venía de su brazo y llevaba un pequeño paraguas a cuadros del tamaño justo para no quedar empapada bajo el aguacero. Macon estaba seco a pesar de no llevar protección alguna. *Boo* avanzaba con paso pesado detrás de ellos. Tenía erizado su negro pelaje empapado, lo cual acentuaba su aspecto, más próximo al de un lobo que al de un perro.

Lena se revolvió en su asiento de plástico naranja y durante un segundo pareció tan vulnerable como se sentía. Percibí en sus ojos un

alivio inmenso y también cuánto se estaba esforzando por seguir sentada en vez de arrojarse llorosa a los brazos de su tío.

Los ojos de Macon volaron en dirección a su sobrina y Lena se irguió en la silla. Luego, avanzó entre el público, recorriendo el pasillo hasta llegar ante los miembros de la junta escolar.

—Lamento mucho el retraso. Esta noche hace un tiempo de perros. Siga, siga, no deseo interrumpirle, estaba a punto de tomar una decisión *sensata*, si le he oído correctamente.

El señor Hollingsworth se había quedado a cuadros, como el resto de los presentes en el gimnasio. Ninguno de ellos había visto a Ravenwood jamás en carne y hueso.

—Disculpe, señor, no sé quién se cree usted que es, pero estamos en mitad de una instrucción… Ah, y no puede traer aquí a ese chucho. En el recinto del instituto sólo se admiten animales de servicio.

—Oh, le comprendo a usted perfectamente, pero sucede que *Boo Radley* es mi perro guía. —No pude reprimir una sonrisa. Supuse que técnicamente era cierto. *Boo* agitó su corpachón para sacudirse la lluvia del pelaje y acabó duchando a cuantos se sentaban cerca del pasillo.

—Bien, señor…

—Ravenwood, Macon Ravenwood.

Los ocupantes de las gradas profirieron otra exclamación contenida e ipso facto se levantó un rumor de cuchicheos. Todo el pueblo había esperado ese momento desde antes de que yo naciera. Se palpaba en el ambiente cómo se había reavivado el interés a raíz de esa aparición, pues no había nada, absolutamente nada, que Gatlin adorase más que el espectáculo.

—Damas y caballeros del condado de Gatlin. ¡Cuánto me agrada conocerlos por fin! Confío en que todos ustedes conozcan a mi buena amiga, la hermosa doctora Ashcroft, que ha tenido la bondad de acompañarme esta noche, pues yo no conocía bien el camino hacia este nuestro hermoso pueblo. —Marian hizo un ademán de saludo—.

Permítame que me disculpe otra vez por llegar tarde. Por favor, continúe, caballero. Estoy convencido de que estaba usted a punto de explicar que las acusaciones contra mi sobrina eran infundadas e iba a animar a todos estos muchachos a volver a casa y dormir bien para acudir a clase mañana.

Durante un minuto dio la impresión de que Hollingsworth se mostraba dispuesto a hacer lo que le había dicho Macon, lo cual me llevó a preguntarme si Macon tenía el Poder de Persuasión, como Ridley, pero el presidente de la junta escolar retomó el hilo original de sus pensamientos cuando una mujer le susurró al oído algo que sonó como el zumbido de un panal.

—No, señor, no es eso lo que iba a hacer, en absoluto. De hecho, pesan sobre su sobrina serias acusaciones y parece haber varios testigos de los hechos aquí contemplados. Basándome en las declaraciones escritas y en la información expuesta durante esta sesión, me temo que sólo tenemos una alternativa: la expulsión.

—¿Son ésas sus testigos? —inquirió Macon al tiempo que con un gesto de la mano abarcaba a Emily, Savannah, Charlotte y Edén—. ¿Un grupito de niñas imaginativas con un grave problema de inmadurez?

La señora Snow se levantó de un salto.

—¿Insinúa usted que mi hija está mintiendo?

—En absoluto, mi querida señora —replicó Macon con esa sonrisa suya de actor de cine—. No lo insinúo, lo afirmo. Seguro que usted es capaz de apreciar la diferencia.

—¡Cómo se atreve! —La madre de Link se revolvió como un lince—. No tiene derecho a estar aquí, entorpeciendo el desarrollo de esta instrucción.

Marian esbozó una sonrisa antes de adelantarse.

—«La injusticia en cualquier lugar es una amenaza para la justicia en todas partes», como dijo un gran hombre. Y no veo en esta sala atisbo alguno de justicia, señora Lincoln.

—No me salga ahora con esa verborrea de Harvard.

Marian cerró el paraguas con un golpe seco antes de replicar:

—No creo que Martin Luther King fuera a Harvard.

El señor Hollingsworth retomó la palabra y habló de forma autoritaria.

—Persiste el hecho de que, según los testigos, la alumna Duchannes pulsó la alarma de incendios, ocasionando daños por valor de miles de dólares a la propiedad del Instituto Jackson, y también echó del escenario a la señorita Asher de un empujón, causándole heridas. Tenemos motivos para expulsarla basándonos sólo en estos hechos.

—«Es difícil liberar a los tontos de las cadenas que veneran» —suspiró Marian, y miró de forma harto significativa a la madre de Link—. La cita es de Voltaire, y él tampoco pisó Harvard.

Ravenwood no perdió la compostura, lo cual pareció sacar de quicio aún más a todos.

—Señor… ¿Cómo se llamaba usted?

—Hollingsworth.

—Señor Hollingsworth, sería una verdadera lástima que continuara por ese camino. Como usted sabe, en este gran estado de Carolina del Sur es ilegal impedir la asistencia a clase de un menor. La escolaridad es obligatoria, es decir, forzosa. No puede expulsar a una chiquilla inocente sin cargos. Esos días han terminado, incluso aquí, en el sur.

—Ya le he explicado, señor Ravenwood, que sí existen acusaciones y actuamos en el ámbito de nuestras funciones al expulsar a su sobrina.

La señora Lincoln se levantó de un salto.

—No puede aparecer de la nada e interferir en el buen funcionamiento del pueblo. ¡No ha salido de esa mansión en años! ¿Qué derecho tiene a meter baza en los asuntos de esta localidad o de nuestros hijos?

—¿Se refiere usted a esa colección de marionetas vestidas de… unicornios? —Macon señaló con un gesto a los Ángeles—. Tendrán que perdonarme, muchachos, pero ando mal de la vista.

—Son ángeles, señor Ravenwood, no unicornios, aunque tampoco cabe esperar que reconozca a los enviados de Nuestro Señor, dado que no recuerdo haberle visto jamás en misa.

—Que tire la primera piedra quien esté libre de pecado, señora Lincoln. —El tío de Lena hizo una pausa durante un instante, como si pensase que su interlocutora necesitaría un respiro para poner en orden sus ideas—. Tiene usted razón en lo referente a su primera afirmación: paso mucho tiempo en mi mansión, y no me importa, pues la propiedad es maravillosa, pero tal vez debería pasar más tiempo en el pueblo, sí, quizá deba venir aquí con más frecuencia, y sacudir un poco las cosas, si me permite la frase a falta de otra mejor.

La posibilidad espantó a la señora Lincoln y a las Hijas de la Revolución Americana, que se revolvieron en sus asientos y se miraron entre sí, horrorizadas ante semejante idea.

—De hecho, si Lena no vuelve al instituto, deberá recibir instrucción en casa. Entonces, tal vez deba invitar a alguna de sus primas, pues no desearía descuidar mis obligaciones en la vertiente social de su educación. Algunas son cautivadoras, como, de hecho, creo que alguno de ustedes tuvo ocasión de comprobar en el baile de máscaras del solsticio de invierno.

—No era un baile de disfraces.

—Acepte mis disculpas. Di por hecho que eran disfraces a juzgar por la apariencia tan chillona de esas ropas horrorosas.

La señora Lincoln se sonrojó. Ya no era una mujer intentando prohibir los libros, era alguien con quien convenía no enzarzarse en una pelea. Me preocupé por Macon, y por todos nosotros.

—Seamos claros, señor Ravenwood. Ni usted forma parte de este lugar ni hay lugar para usted en este pueblo, y está claro que tampoco para su sobrina. No creo que esté en posición de exigir nada.

La expresión del hombre cambió levemente mientras le daba vueltas a su anillo.

—Aprecio su franqueza, señora Lincoln, y voy a intentar ser con usted tan sincero como usted lo ha sido conmigo. Empecinarse en este asunto sería un grave error para todos los habitantes de este pueblo. Soy un hombre adinerado, lo saben, y un tanto despilfarrador, pero si persisten en expulsar a mi sobrina del Instituto Stonewall Jackson, me veré obligado a gastar algo más de dinero. ¿Quién sabe? Tal vez abra un autoservicio Wal-Mart.

—¿Es eso una amenaza?

—En absoluto, pero da la casualidad de que la finca ocupada por el hotel Southern Comfort es de mi propiedad. Su cierre sería un gran inconveniente para usted, ¿verdad, señora Snow? Su esposo tendría que conducir mucho más para reunirse con esas señoritas tan amigas suyas y estoy seguro de que lo de llegar tarde a cenar va a convertirse en una costumbre. No podemos consentir eso, ¿a que no? —El señor Snow se puso colorado como un tomate y se agachó para esconderse detrás de un par de tipos grandotes del equipo de fútbol, pero Macon no había hecho más que comenzar—. Me resulta usted extremadamente familiar, señor Hollingsworth, usted y esa hermosa flor confederada que se sienta a su izquierda. —Macon señaló con un ademán a una señorita de la junta escolar sentada junto a él—. ¿No los he visto a ustedes juntos en alguna parte…? Yo juraría que…

—No, en absoluto, soy un hombre casado, señor Ravenwood.

Macon centró su atención en el calvo sentado junto a Hollingsworth.

—Ay, señor Ebitt, si yo rescindiera el arrendamiento de Waydard Dog, ¿dónde se iba a pasar usted las tardes emborrachándose mientras su esposa cree que está en un grupo de estudio de las Sagradas Escrituras?

—¡Wilson! ¿Cómo has podido usar a Nuestro Señor Todopoderoso como coartada? ¡Arderás en las llamas del infierno tan seguro como que yo estoy aquí!

La señora Ebitt echó mano al bolso y se marchó precipitadamente hacia el pasillo.

—No es cierto, Rosalie!

—¿Ah, no? —Macon sonrió—. No logro imaginarme la de cosas que podría contar *Boo* si fuera capaz de hablar. Ya saben ustedes, va y viene por todas partes, se mete en los patios y en los garajes de este pueblo suyo tan bonito. Apostaría a que ha visto un par de cositas curiosas.

Reprimí una carcajada.

El perro levantó las orejas al oír su nombre y bastantes asistentes se revolvieron inquietos en sus asientos, temerosos de que *Boo* abriera las fauces y resultase tener el don del habla, lo cual no me habría sorprendido después de la noche de Halloween, ni a mí ni a nadie en el condado, considerando la reputación de Macon Ravenwood.

—El número de personas no del todo honestas en este pueblo es grande, como pueden ver ustedes mismos. Por eso, han de comprender mi preocupación cuando supe que las terribles acusaciones contra mi propia familia se sustentaban en el testimonio de cuatro adolescentes. ¿No sería mejor para todos dejarlo correr? ¿Acaso no sería lo más… caballeroso, señor?

Hollingsworth tenía toda la pinta de estar a punto de sufrir un ataque, la mujer sentada junto a él parecía desear que se le tragara la tierra, el señor Ebitt, cuyo nombre jamás se había mencionado antes de que Macon lo pronunciara, ya había salido detrás de su mujer. Los restantes miembros del comité estaban acongojados, temiendo que Ravenwood o su chucho empezasen a contar a todo el pueblo sus trapos sucios.

—Considero que tal vez esté usted en lo cierto, señor Ravenwood. Quizá debamos investigar esas acusaciones un poco más antes de seguir con una instrucción que, probablemente, presente algunas inconsistencias.

—Una sabia elección, señor Hollingsworth, una muy sabia elección. —Macon caminó hacia el pupitre donde se sentaba Lena y le ofreció el brazo—. Vamos, Lena. Es tarde, y mañana tienes clase. Lena se incorporó y permaneció más erguida de lo habitual. El golpeteo de la lluvia en el techo había aminorado hasta convertirse en un débil tamborileo. Marian le anudó un pañuelo en torno al cuello y los tres recorrieron el pasillo con *Boo* avanzando detrás de ellos.

No miraron a nadie más en el recinto.

La señora Lincoln se puso de pie, señaló a Lena con el dedo y bramó:

—¡Su madre es una asesina!

Macon se dio media vuelta y hubo un cruce de miradas. Había algo peculiar en su expresión, y era la misma que cuando le mostré el guardapelo de Genevieve. *Boo* gruñó de forma amenazante.

—Cuidado, Martha, jamás sabes cuándo pueden volver a cruzarse nuestros caminos.

—Pero se cruzarán, Macon —replicó con una sonrisa que era todo menos eso. Ignoraba qué había sucedido entre ambos, pero no parecía un simple rifirrafe.

A pesar de que aún no habían salido al exterior, Marian abrió de nuevo el paraguas y sonrió a todos con sumo tacto.

—Espero veros a todos en la biblioteca. No lo olvidéis, estamos abiertos hasta las seis de lunes a viernes. —Indicó la dirección de ésta con la cabeza—. «Sin bibliotecas, ¿qué nos quedaría? No tendríamos pasado ni futuro». Preguntádselo a Ray Bradbury, o id a Charlotte y leedlo con vuestros propios ojos en la pared de la biblioteca pública. —Macon cogió a Marian del brazo, pero ella aún no había terminado—. Ah, y él tampoco fue a Harvard, señora Lincoln. Ni siquiera pudo asistir a la universidad.

Y dicho esto, se fueron.

19 DE DICIEMBRE

Blanca Navidad

Nadie esperaba que Lena se presentase en el instituto al día siguiente de la sesión del comité de disciplina, o al menos ésa era mi impresión, pero apareció, tal y como yo sabía que iba a hacer. Todos ignoraban que había desistido ya una vez de ir a clase y no estaba dispuesta a permitir que sucediera de nuevo. El instituto era una cárcel para todos los demás, pero para ella era la libertad. Sólo que no importaba, porque ése fue el día en que mi novia se convirtió en un fantasma dentro del instituto: nadie la miraba, le dirigía la palabra o se sentaba cerca de ella, en ningún pupitre, mesa o grada.

La mitad de los alumnos llevaba la camiseta de los Ángeles Guardianes del Instituto Jackson ya el jueves, y por la forma en que la observaban muchos profesores, daba la impresión de que a la mitad de ellos también le gustaría llevarla.

El viernes devolví la camiseta del equipo de baloncesto. Tenía la sensación de que ya no podíamos estar todos juntos en el mismo equipo, sólo eso, pero el entrenador se rebotó conmigo y cuando se apagó todo el griterío, meneó la cabeza y me soltó:

—Estás loco, Wate. Estabas haciendo una temporada estupenda y la has echado a perder por una chica cualquiera.

Podía oír el tono de su voz. «Una chica cualquiera». La sobrina del Viejo Ravenwood.

Aun así, nadie nos dijo ni una sola palabra descortés, al menos no a la cara. Si la señora Lincoln les había metido en el cuerpo el miedo al Todopoderoso, Macon Ravenwood había dado a la gente del condado un motivo mayor para el pánico: la verdad.

La posibilidad era cada vez más real cuando contemplaba los números en la pared de Lena y los dígitos eran cada vez más pequeños. ¿Y si no podíamos detener aquello? ¿Y si Lena había tenido razón todo el tiempo y la chica que yo conocía desaparecía como si jamás hubiera estado allí?

Todo cuanto teníamos era el *Libro de las Lunas*. Me torturaba un pensamiento: el libro no iba a bastar, y ni Lena ni yo lográbamos quitarnos la idea de la cabeza por mucho que lo intentáramos.

—«Existen entre las personas de poder dos fuentes parejas origen de toda magia: la Luz y la Oscuridad».

—Creo que ya le hemos pillado el punto a todo el asunto ese de la Oscuridad y la Luz. ¿No te parece que podríamos pasar ya a la parte buena, esa que se llamaría «Cómo escapar de tu Día de la Llamada», o «Cómo derrotar a un malvado *Cataclyst*» o «Cómo revertir el paso del tiempo»?

Yo estaba frustrado y Lena no decía ni pío.

El instituto parecía totalmente abandonado desde nuestra posición en las frías gradas donde estábamos sentados. En realidad, se suponía que estábamos en la feria de ciencias, observando con Alice Milkhouse la descalcificación de un huevo sumergido en vinagre, escuchando a Jackson Freeman argumentar sobre la inexistencia del calentamiento global y la réplica de Annie Honeycutt sobre cómo hacer de Jackson una

escuela ecológica. Tal vez los Ángeles debieran empezar por reciclar sus folletitos.

Observé cómo asomaba desde dentro de la mochila el libro de matemáticas. Me sentía como si en aquel lugar ya no quedara nada que mereciera la pena aprender. Había aprendido demasiado durante los últimos meses. Lena seguía con la mente a mil kilómetros de allí, concentrada en el libro. Había empezado a llevarlo siempre encima para quitarme el miedo que tenía a que Amma pudiera encontrarlo si me lo dejaba en mi cuarto.

—Aquí dice más sobre los *Cataclysts*.

> El *Cataclyst*, el más grande de entre la Oscuridad, es el poder del mundo y el Inframundo, más cercano. El *Natural*, el más grande de entre la Luz, es el poder del mundo y el Inframundo, más cercano. Donde uno se halla, no ha de estar el otro porque en la Oscuridad no puede haber Luz.

—¿Lo ves? No vas a volverte Oscura. Eres una *Natural*, perteneces a la Luz.

Lena negó con un gesto de la cabeza y señaló el siguiente párrafo con el dedo.

—Eso mismo piensa mi tío, pero escucha esto:

> La verdad se manifestará en la hora de la Llamada. A la hora de la Oscuridad, aparece la Luz más grande. A la hora de la Luz, aparece la Oscuridad mayor.

Ella tenía razón: no había forma de estar seguro.

—Y la cosa se lía aún más. Ni siquiera entiendo estas palabras.

> Para la materia Oscura, arde el fuego Oscuro, y del fuego Oscuro los poderes de todos los *Lilum* nacen. En el mundo de los Demonios y los hechiceros, de la Oscuridad y la Luz.

> Todos los poderes unidos hacen el poder y del fuego Oscuro nacerá la gran Oscuridad y la gran Luz. Cualquier poder es Oscuro, y al mismo tiempo, es Luz.

—¿Materia oscura? ¿Fuego oscuro? ¿Qué es esto, el Big Bang de los *Casters?*

—¿Y qué me dices de los *Lilum?* No había oído esa palabra en la vida, y otra vez lo mismo, nadie me ha contado nada. Por no saber, ni siquiera sabía que mi madre seguía viva. —Intentaba sonar sarcástica, pero yo era capaz de apreciar su pena.

—Tal vez *Lilum* sea un término antiguo para referirse a los *Casters* o algo por el estilo.

—Cuanto más averiguo, menos entiendo.

Y menos tiempo nos queda.

No digas eso.

Me puse en pie en cuanto sonó el timbre.

—¿No vienes?

Negó con la cabeza.

—Voy a quedarme por aquí un rato más. ¿Sola y con aquel frío? Eso era cada vez más frecuente. Ni siquiera me miraba a los ojos desde la sesión del comité de disciplina, era como si me considerase uno de ellos. No podía culparla, la verdad, considerando que toda la escuela y medio pueblo habían decidido considerarla carne de manicomio, la hija bipolar de una asesina.

—Cuanto antes acudas a clase, mejor. No conviene darle más munición al director Harper.

Volvió la vista atrás y miró el edificio. —Para lo que importa eso ahora…

Se ausentó del instituto el resto de la tarde o, al menos, si estaba allí, no me escuchaba, y no se presentó al examen de química sobre la tabla periódica.

No eres Oscura, Lena. Yo lo sabría.

Tampoco acudió a clase de historia, donde representamos el debate entre Douglas y Lincoln. El profesor Lee me obligó a actuar en el bando pro esclavitud, seguro que como castigo ante la posibilidad de que hiciese un posible trabajo de tendencia liberal.

No les dejes que se salgan con la suya. No tienen que importarte.

No vino tampoco a clase de lenguaje de signos, donde me sacaron a la pizarra delante de todos para comunicar por señas la rima infantil *¿Dónde estás, estrellita?*, para recochineo del equipo de baloncesto.

No voy a ir a ninguna parte, L. No puedes dejarme fuera.

Fue entonces cuando me di cuenta de que en realidad sí podía.

Al día siguiente, a la hora de la comida, ya no aguantaba más. La esperé a la salida de trigonometría, la llevé hasta un rincón de la entrada, tiré la mochila al suelo, cogí su rostro entre las manos y la acerqué a mí.

¿Qué haces, Ethan?

Esto.

Cuando nuestros labios se tocaron, noté cómo mi calor penetraba lentamente en su gelidez. Experimenté la sensación de que su cuerpo se fundía en el mío y cómo volvía a unirnos esa pulsión que nos había mantenido juntos desde el principio. Lena soltó los libros, pasó los brazos alrededor de mi cuello y respondió a mi contacto. Me sentí ligeramente aturdido.

Entonces sonó el timbre y ella, jadeante, me alejó de un empujón. Me agaché para recoger su ejemplar de *The Pleasures of the Damned:*

Poems, 1951-1993, una antología de Charles Bukowski, y también su cuaderno; últimamente no paraba de escribir en él a pesar de que se caía a pedazos.

No deberías haberlo hecho.

¿Por qué no? Eres mi novia y te echaba de menos.

Me quedan cincuenta y cuatro días, Ethan. Ya es hora de que dejemos de fingir que podemos cambiar las cosas. Será más fácil si ambos lo aceptamos.

Lo decía de un modo que parecía aludir a algo más que a su cumpleaños, se refería a otras cosas que tampoco podíamos alterar.

Se dio la vuelta con intención de alejarse, pero la cogí del brazo antes de que pudiera darme la espalda. Si estaba diciendo lo que yo pensaba que me estaba diciendo, quería que me lo dijera mirándome a la cara.

—¿Qué quieres decir, L? —logré preguntar a duras penas.

Desvió la mirada.

—Ethan, tú crees que esto puede acabar bien, lo sé, y tal vez yo también… durante un tiempo, pero no vivimos en el mismo mundo, y en el mío, querer que algo suceda con desesperación no basta para lograr que suceda. —Siguió sin mirarme a los ojos—. Somos demasiado diferentes.

—¿Ahora somos muy diferentes, ahora, después de todo lo que hemos pasado juntos? —inquirí, hablando cada vez más alto. Un par de personas se volvieron a mirarme a mí, pero no a Lena.

Somos diferentes. Tú eres un mortal y yo una Caster, y esos mundos pueden interactuar, pero jamás serán el mismo. No estamos destinados a vivir en ambos.

En realidad, lo que estaba diciendo era que ella no quería vivir en ambos. Al final, Emily y Savannah, los del equipo de baloncesto, la señora Lincoln, el señor Harper y los Ángeles Guardianes se habían salido con la suya.

Esto es por lo del comité de disciplina, ¿verdad? No les dejes…

No tiene nada que ver con eso. Es todo. Éste no es mi sitio, Ethan, y sí el tuyo.

Así que ahora soy uno de ellos. ¿Es eso lo que estás diciendo?

Cerró los ojos y casi fui capaz de leer el follón mental que tenía en la cabeza.

No estoy diciendo que seas como ellos, pero sí eres uno de ellos. Has vivido en este lugar toda tu vida. Cuando esto se acabe, cuando yo sea Llamada, tú vas a seguir en estos pasillos y en estas calles, y lo más probable es que yo no esté aquí, pero tú sí, y quién sabe durante cuánto tiempo, y, como tú mismo dijiste, la gente de Gatlin no olvida jamás.

Dos años.

¿Qué…?

Ése es todo el tiempo que voy a estar aquí.

Dos años es mucho tiempo para ser invisible, créeme, lo sé.

Ninguno de los dos dijo nada durante un rato. Ella se limitó a quedarse allí, quitando trocitos de papel enganchados en la espiral de su cuaderno.

—Estoy cansada de enfrentarme a eso, estoy harta de fingir que soy normal.

—No puedes rendirte ahora, no después de lo mucho que has peleado. No puedes dejarles que se salgan con la suya.

—Ya lo han hecho. Ganaron el día que me cargué la ventana en inglés.

Había algo en su voz que me decía que se había rendido a algo más que a lo del instituto.

—¿Estás rompiendo conmigo? —pregunté, y contuve el aliento.

—No me lo pongas más difícil, por favor. Tampoco es lo que yo quiero.

—Pues entonces no lo hagas.

No podía respirar ni pensar. Era como si el tiempo se hubiera detenido de nuevo, como ocurrió durante la cena de Acción de Gracias, salvo

por una cosa: esta vez no era cosa de la magia, era justo todo lo contrario.

—Sólo pienso que las cosas serán más fáciles de este modo. No ha cambiado lo que siento por ti.

Levantó los ojos centelleantes a causa de las lágrimas, se dio media vuelta y huyó por el pasillo con tanto sigilo que se hubiera podido escuchar el golpe de un lápiz al chocar contra el suelo.

Feliz Navidad, Lena.

Pero no había nadie para oír la felicitación. Se había marchado y eso era algo para lo que no iba a estar preparado ni en cincuenta y tres días, ni en cincuenta y tres años ni en cincuenta y tres siglos.

Cincuenta y tres minutos después estaba mirando fuera, por la ventana, lo cual era toda una declaración de intenciones si se tenía en cuenta que el comedor estaba lleno hasta los topes. Gatlin estaba gris, las nubes habían encapotado el cielo, pero no parecía que fuera a nevar. No había nevado en el condado desde hacía años. A lo sumo, y con mucha suerte, caían cuatro copos menudos una vez al año, pero no había nevado un solo día desde que cumplí los doce.

Deseaba que nevase como entonces, deseaba ser capaz de dar marcha atrás y estar otra vez con Lena para tener la ocasión de decirle que me daba lo mismo si me odiaba todo el pueblo, ya que eso carecía de importancia. Ya estaba perdido cuando la encontré en mis sueños y ella me encontró ese día de lluvia. Parecía que siempre era yo quien intentaba salvar a Lena, pero lo cierto era que había sido ella la que me había salvado a mí, y no estaba preparado para estar sin ella.

—Eh, tío —me saludó Link, y se deslizó sobre el banco al otro lado de la mesa vacía—. ¿Dónde está Lena? Quería darle las gracias.

—¿Por qué?

Mi amigo sacó del bolsillo una hoja de cuaderno doblada.

—Me escribió una canción. Qué guay, ¿eh?

Ni siquiera pude mirar el papel. Ahora resultaba que Lena le hablaba a Link y a mí no.

—Escucha, tengo que pedirte un favor. —Cogió un trozo de pizza.

—Claro —repuse—, ¿qué quieres?

—Ridley y yo nos vamos a ir a Nueva York en vacaciones, pero, por si alguien te pregunta, todo lo que sabes es que estoy de retiro espiritual en un campamento cristiano de Savannah.

—Allí no hay ningún campamento cristiano.

—Ya, pero mi madre no lo sabe y yo le dije que me había apuntado porque tenían una especie de banda de rock baptista.

—¿Y se ha tragado eso?

—Lleva muy rara una temporada, lo cual me preocupa, pero me ha dado permiso para ir.

—La opinión de tu madre da igual: no puedes ir. Hay cosas que ignoras de Ridley, ella es… peligrosa. Podría ocurrirte… algo.

Se le iluminaron los ojos. Jamás le había visto así, pero también era cierto que en los últimos tiempos apenas habíamos estado juntos. Había pasado hasta el último minuto con Lena, pensando en ella, en su cumpleaños y en el libro: los temas recurrentes de mi mundo hasta hacía una hora.

—Eso es lo que estoy esperando. Además, me muero por esa tía. Me pone las pilas de verdad, ¿sabes?

Se llevó el último trozo de pizza de mi bandeja.

Durante un segundo me planteé contárselo todo, como en los viejos tiempos, y hablarle de Lena y de su familia, de Ridley, Genevieve y Ethan Cárter Wate. Mi amigo ya estaba al tanto de cómo empezaba la historia, lo que yo no tenía tan claro era si iba a creerse el resto, o si estaba dispuesto a hacerlo, pero pedir ciertas cosas resultaba excesivo incluso aunque se tratara de tu mejor amigo. No podía arriesgarme a

perder a Link justo ahora. Debía hacer algo. No podía dejarle ir a Nueva York ni a ningún otro lugar en compañía de Ridley.

—Hazme caso, tío. Debes confiar en mí. No te líes con ella. Sólo te está usando y al final lo vas a pasar mal.

Link aplastó una lata de coca cola con los dedos.

—Vale, lo pillo. Si la tía más guapa del pueblo se pirra por mí, está utilizándome, ¿es eso? ¿Te crees que eres el único que puede tener una novia que esté buena? ¿Desde cuándo eres tan creído?

—No he dicho eso.

Link se levantó.

—Me da la impresión de que los dos sabemos lo que has dicho. Olvida el favor que te he pedido.

Era demasiado tarde. Ridley ya lo tenía en el bote. Nada de lo que yo dijera iba a hacerle cambiar de opinión y yo no podía perder a mi novia y a mi mejor amigo el mismo día.

—Escucha, escucha, no quería decirlo de ese modo. Yo no voy a decirle nada a tu madre, pero ¿qué más da?, como si ella me dirigiera la palabra.

—Estupendo. Debe de ser duro que tu mejor amigo sea alguien tan guapo y con tanto talento como yo.

Link me cogió una galleta de la bandeja y la partió en dos. Igual podría haber sido un Twinkie cubierto de mugre tirado en el suelo del autobús. Fin del problema. Se necesitaba algo más que una chica, aunque fuera una *Siren*, para interponerse entre nosotros.

Emily le estaba mirando.

—Harías bien en irte antes de que ésa le chive a tu madre que me hablas o se acabaron para ti los campamentos cristianos, reales o imaginarios.

—Me da igual.

Pero no era cierto. Link no quería quedarse encerrado en casa con su madre durante las fiestas de Navidad ni que le expulsaran del equipo ni

que le repudiaran todos los alumnos del instituto, y eso era así, aunque fuera demasiado estúpido o demasiado leal como para comprenderlo.

El lunes eché una mano a Amma para bajar del desván las cajas con los adornos navideños. Los ojos se me llenaron de lágrimas por culpa del polvo, o eso me dije a mí mismo. Encontré un pueblecito en miniatura iluminado por lucecillas blancas como las que utilizaba mi madre para adornar el árbol de Navidad, bajo el cual extendía unas tiras de algodón y todos fingíamos que eran nieve.

Las casitas habían pertenecido a su abuela y ella les tenía tanto cariño que yo también me había encariñado con ellas, incluso aunque estuvieran hechas con cartón endeble, pegamento y papel de estaño, y la mitad de las veces se caían cada vez que las ponía derechas.

—Las cosas viejas son mejores que las nuevas, Ethan —me decía ella mientras alzaba un viejo coche de hojalata—. Imagina a mi tatarabuela jugando con este mismo coche, arreglando este mismo pueblecito debajo del árbol, como nosotros, exactamente igual.

¿Cuánto hacía que no había contemplado ese pueblecito? Al menos desde la última vez que vi a mi madre. Ahora parecía más pequeño que antes, el cartón se había dado de sí y estaba gastado. El pueblo parecía abandonado y eso me entristeció. No sabía explicar la razón, pero tenía la sensación de que la magia había desaparecido con mi madre, y entonces, a pesar de todo, intenté contactar con Lena.

Todo se ha perdido. Las cajas siguen ahí, pero nada funciona. Ella no está aquí y esto ya no es ni siquiera un pueblo. Y jamás podrás conocerla.

Pero no hubo respuesta alguna por parte de Lena. Había desaparecido, eso o me había desterrado de su mente, y no sabía muy bien cuál de las dos opciones era peor. Yo estaba más solo que la una y sólo existía una cosa que empeorase el aislamiento: que todos vieran tu soledad.

Por eso me dirigí al único lugar del condado donde estaba seguro que no iba a ir nadie: la biblioteca del condado de Gatlin.

—¿Tía Marian?

Como de costumbre, no había un alma en la biblioteca, y hacía un frío de aúpa. Supuse que Marian debía de tener pocos visitantes después de cómo habían ido las cosas con el comité de disciplina.

—Estoy aquí atrás.

Estaba sentada en el suelo, arropada por el abrigo y en medio de varios montones de libros, como si se le acabaran de caer encima las estanterías. Sostenía un libro en las manos mientras declamaba en voz alta, impelida por uno de sus habituales trances de lectura.

Le vemos venir, le conocemos,
al que con su luz y sus aguas
de flores cubre las tierras calmas.
La bondad del mundo recibimos.

Cerró el libro.

—Es una canción de Navidad que escribió Robert Herrick para cantarla ante el rey en Whitehall Palace —me explicó con una voz tan distante como la de Lena en los últimos tiempos, y yo lo noté.

—No me suena de nada ese nombre, lo siento. —Hacía tanto frío que podía ver su aliento cuando hablaba.

—¿A quién te recuerda esto? «De flores cubre las tierras calmas. La bondad del mundo…».

—¿Te refieres a Lena? Apuesto a que la señora Lincoln pondría un montón de objeciones.

Me senté a su lado entre los libros dispersos por el suelo del pasillo.

—La señora Lincoln… ¡Qué criatura tan triste! —La bibliotecaria sacudió la cabeza y sacó otro libro—. Dickens pensaba que la Navidad era un tiempo para «abrir libremente los cerrados corazones y para considerar a la gente de abajo como compañeros de viaje hacia la tumba y no como seres de otra especie embarcados con otro destino».

—¿Está estropeada la calefacción? ¿Quieres que avise a Gatlin Electric?

—No la he encendido. Supongo que se me fue el santo al cielo. —Acarició el libro y lo devolvió a su lugar en el montón—. Es una lástima que Dickens no viniera jamás a Gatlin. Por aquí tenemos corazones cerrados para dar y tomar.

Elegí un tomo, resultó ser un poemario de Richard Wilbur, y lo abrí al azar. Hundí el rostro entre sus páginas para apreciar mejor el olor y miré por encima los versos.

¿Cuál es el opuesto de dos?
Tú y yo en soledad.

¡Qué raro! Así era exactamente como me sentía. Cerré el volumen de golpe y miré a Marian.

—Gracias por ir a lo del comité, tía Marian. Espero que no te haya traído muchos problemas. Me siento como si fuera culpa mía.

—No lo es.

—Ya, pero tengo esa sensación.

Dejé caer el libro.

—¿Qué…? ¿Ahora eres el padre creador de la ignorancia? ¿Has enseñado a odiar a la señora Lincoln y a tener miedo al señor Hollingsworth?

Me senté a su lado y nos quedamos los dos allí, rodeados por montañas de libros. Alargó el brazo y me cogió la mano.

—Tú no empezaste esta batalla, Ethan, y me temo que no vas a terminarla, ni yo tampoco, por cierto. —Su semblante adquirió un tono más grave—. Estos libros estaban apilados así como los ves cuando vine esta mañana. No sé cómo han llegado hasta aquí, ni por qué. Cerré con llave al irme ayer y las puertas seguían cerradas cuando llegué a primera hora. Sólo sé una cosa: al sentarme y echarles un vistazo he descubierto que todos y cada uno de ellos tienen un mensaje para mí, una indicación aquí y ahora. Puede referirse a Lena, a ti e incluso a mí.

Negué con la cabeza.

—Es pura coincidencia. Los libros tienen ese tipo de cosas.

Sacó de la pila un libro al azar y me lo dio.

—Prueba. Ábrelo.

—*Julio César*, de William Shakespeare.

Lo abrí y empecé a leer.

> *Los hombres en algún momento son dueños de su destino.*
> *La culpa, querido Bruto, no está en nuestras estrellas,*
> *sino en nosotros mismos, que consentimos en ser inferiores.*

—¿Qué tiene que ver esto conmigo?

Marian bajó la cabeza para poder mirarme por encima de las gafas.

—Yo sólo soy la bibliotecaria. Te doy los libros y nada más, no puedo darte las respuestas. —De todos modos, sonreía—. El asunto con el destino es… ¿eres tú el dueño de tu existencia o es cosa de las estrellas?

—Tía, me fastidia interrumpirte, pero yo jamás he leído esa obra… ¿Me estás hablando de Julio César o de Lena?

—Eso dímelo tú.

Nos pasamos el resto de la hora rebuscando en el montón, ruinándonos a la hora de leernos fragmentos. Al final, supe por qué había ido allí.

—Tía Marian, necesito entrar otra vez en el archivo.

—¿Hoy? ¿No tienes nada mejor que hacer, como comprar los regalos de Navidad, por ejemplo?

—Yo no voy de tiendas.

—Bien dicho. En cuanto a mí, «me gustan las Navidades en su conjunto. Aúnan paz y buena voluntad, aunque sea con cierta torpeza, pero ésta es mayor cada año».

—¿Un poco más de Dickens?

—E. M. Forster.

Suspiré.

—No soy capaz de explicarlo, pero creo que necesito estar con mi madre.

—Lo sé, yo también la echo de menos.

En realidad, no me había detenido a pensar cómo iba a hablarle a Marian de mis sentimientos, del pueblo, y de esa sensación de que todo iba mal. Las palabras apenas me salían y hablé a trompicones.

—Creí que podría sentirme como antes si venía aquí y estaba rodeado de libros. Tal vez así pudiera percibir las cosas como eran antes, tal vez incluso podría hablarle. Una vez fui a su tumba, pero eso no me hizo sentirla más cerca. —Clavé los ojos en una mota aislada de la alfombra.

—Lo sé.

—No logro imaginármela en la fosa. No tiene sentido. ¿Cómo es posible sentir cariño hacia alguien enterrado ahí abajo, en un agujero solitario, donde sólo hay frío, polvo y bichos? No debería ser así, no debería terminar de ese modo después de todo lo que ella fue.

Intenté desterrar de mi mente la imagen de mi madre ahí abajo, convirtiéndose en polvo, huesos y fango. Odiaba la idea de que hubiera

tenido que pasar sola por todo esto, como ahora me estaba tocando hacer a mí.

—¿Cómo desearías ponerle fin a eso? —inquirió la bibliotecaria mientras me ponía una mano en el hombro.

—No lo sé… Alguien, quizá yo, debería levantar un monumento o algo por estilo.

—¿Como el del general? Tu madre se habría tronchado de risa. —Marian me rodeó con un brazo—. Sé a qué te refieres. Tu madre no está allí, está aquí, en este sitio.

Me tendió la mano, yo se la cogí y tiré de ella para ayudarle a levantarse; y así cogidos, como si todavía fuese ese niño a quien ella cuidaba mientras mi madre trabajaba en la parte trasera, anduvimos todo el camino hasta llegar al archivo. Sacó un juego de llaves y abrió la puerta, pero no me siguió.

Una vez dentro de la sala, me dejé caer en la silla situada frente al escritorio de mi madre. Su silla era de madera y tenía grabada la insignia de la Universidad de Duke. Tenía entendido que se la habían regalado cuando se licenció con matrícula de honor o algo parecido. No era cómoda, pero sí reconfortante y hogareña. Olía a barniz viejo y seguro que la habría chupeteado de pequeño. En ese momento me noté mejor de lo que había estado en varios meses. Podía percibir el olor de los libros forrados de papel, los viejos pergaminos desgastados, el polvo, los archivadores baratos. Distinguía en la singular atmósfera de esa singular estancia el no menos singular universo de mi madre. Para mí, era el mismo que cuando tenía siete años y me sentaba en su regazo, con el rostro enterrado en su hombro.

Quería ir a casa. No tenía ningún otro destino posible sin Lena.

En el escritorio, oculta entre los libros, había una pequeña fotografía en blanco y negro enmarcada donde aparecían mis padres en el estudio de nuestra casa. La cogí para examinarla. Era una foto de hacía muchísimo tiempo; su destino más probable habría sido la solapa de

algún libro, en alguno de los primeros trabajos de mi padre, cuando éste todavía era historiador y ellos aún trabajaban juntos. Vestían a la moda de la época, con unos pantalones horrorosos y esos peinados tan graciosos, y podía verse la felicidad en sus rostros. Resultaba duro contemplarlos y más aún apartar la vista. Centré la atención en su escritorio, donde, entre las pilas de libros cubiertos de polvo, uno me llamó la atención. Lo saqué de debajo de una enciclopedia sobre las armas de la Guerra de Secesión y un catálogo de hierbas originarias de Carolina del Sur. No sabía de qué obra se trataba, sólo que había usado como marcapáginas un tallo largo de romero, lo cual me hizo sonreír: al menos no había usado un calcetín o una cuchara sopera sucia.

Era el libro de cocina de la Liga Juvenil del condado de Gatlin: *Pollo frito y su réplica*. Se abría sólo por la página de la receta de Betty Burton: tomates verdes fritos, la favorita de mí madre. Miré de cerca el romero usado como marcapáginas. La receta favorita de mi madre tenía el conocido aroma de Lena. Tal vez los libros intentaran decirme algo.

—¿Tienes previsto freír tomates, tía Marian?

Asomó la cabeza por la entrada.

—¿Me ves a mí con pinta de tocar un tomate? Pues cocinarlo aún menos.

—Eso pensaba yo… —Me quedé mirando la ramita de romero.

—Tu madre y yo sólo discrepábamos en eso.

—¿Puedo llevarme este libro? Sólo durante unos días.

—No tienes que pedírmelo, Ethan. Son las cosas de tu madre, no hay nada en este despacho que ella no habría querido que tú tuvieras.

Me moría de ganas de hablar con ella del romero que había encontrado en el recetario, pero no podía, era incapaz de enseñárselo a nadie y tampoco quería desprenderme del libro, aunque jamás había frito un tomate en mi vida y lo más probable era que nunca lo hiciera.

—Ven si me necesitas, estoy aquí a tu disposición y a la de Lena, eso ya lo sabes. Haría cualquier cosa por vosotros.

Me apartó un mechón de los ojos y me sonrió. No era la sonrisa de mi madre, pero sí una de mis sonrisas favoritas.

Marian me dio un abrazo, y de pronto arrugó la nariz.

—¿No hueles aquí a romero?

Me encogí de hombros antes de escabullirme hacia la puerta y salir al exterior, bajo un cielo gris encapotado. Puede que el *Julio César* de Shakespeare tuviera razón, tal vez había llegado el momento de asumir mi destino y el de Lena. Estuviera o no escrito nuestro sino en las estrellas, no podía cruzarme de brazos y esperar a averiguarlo.

No daba crédito a mis ojos cuando salí a la calle y vi que nevaba. Alcé el rostro y dejé que la nieve se posara sobre mi semblante helado. Los gruesos copos caían revoloteando. No era una nevada, no del todo. Era un don, un milagro, unas Navidades blancas, igual que la canción.

Me dirigí al porche. Lena, con la capucha bajada, me estaba esperando en los escalones. En cuanto la vi, adiviné qué era la nieve: una ofrenda de paz.

Todas las piezas descartadas del puzle de mi vida encajaron en cuanto ella me sonrió. Todo lo torcido se enderezó, bueno, todo no, pero casi todo.

Me senté a su lado en los escalones.

—Gracias.

Lena se inclinó sobre mí.

—Sólo quería que te sintieras mejor. Estoy hecha un lío, Ethan. No quiero hacerte daño. No sé qué haría si te pasara algo.

Repasé el contorno húmedo de su melena con el dedo.

—No me apartes de tu lado, por favor. No soportaría perder a ningún otro ser querido.

Le bajé la cremallera del anorak, deslicé un brazo alrededor de su cintura y lo metí por debajo de su chaqueta antes de atraerla hacia mí. La

besé y no paramos hasta que tuve la impresión de que íbamos a derretir la nieve del patio si no nos deteníamos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó mientras recobraba el aliento. Volví a besarla hasta agotar el aire de los pulmones y me retiré.

—Creo que se llama destino. Llevaba esperando desde el baile para hacer esto y no voy a esperar más.

—¿Ah, no?

—No.

—Bueno, pues un poquito más sí. Sigo castigada. Mi tío piensa que estoy en la biblioteca.

—Me da igual que estés castigada, yo no lo estoy. Me mudaré a tu casa si no queda otro remedio y dormiré con *Boo* en la perrera.

—Tiene un dormitorio propio y duerme en una cama con dosel.

—Mejor me lo pones.

Esbozó una sonrisa y me agarró de la mano.

—Te he echado de menos, Ethan Wate. —Me besó otra vez.

Empezó a nevar con ganas y los copos nos cubrieron, pero se derretían al poco tiempo de entrar en contacto con nuestra piel: era como si nos hubiéramos vuelto radioactivos.

—Quizás estés en lo cierto, tal vez debamos pasar juntos el mayor tiempo posible antes de que… —Enmudeció de pronto, pero adiviné por dónde iban sus pensamientos.

—Algo se nos ocurrirá, Lena, te lo prometo.

Asintió con poco entusiasmo y se acurrucó entre mis brazos. Percibí cómo la calma se instalaba de nuevo entre nosotros.

—Hoy no quiero pensar en eso. —Y me empujó con gesto juguetón, devolviéndome al mundo de los vivos.

—¿Ah, no? ¿Y en qué te apetece pensar entonces?

—En ángeles de nieve. Jamás he hecho uno.

—¿De veras? ¿Los de tu estirpe no hacen ángeles?

—Los ángeles no son el problema. Nos mudamos a Virginia a los pocos meses de nacer yo, así que jamás he vivido en ningún lugar donde nieve.

Una hora más tarde nos sentábamos en la mesa de la cocina, empapados de los pies a la cabeza. Amma había ido al Stop & Steal, así que intentamos entrar en calor con un triste chocolate caliente invento mío.

—No termina de convencerme esta forma tuya de hacer chocolate caliente —se burló Lena mientras yo echaba una generosa ración de chips de chocolate en un cuenco lleno de leche recalentada en el microondas.

¿El resultado? Un líquido entre blancuzco y amarronado lleno de grumos. A mí me pareció estupendo.

—¿Sí…? ¿Y cómo lo harías tú? «Cocina, chocolate caliente, por favor» —dije, imitando su voz aguda. El resultado sonó rarísimo.

Esbozó una de esas sonrisas que tanto había echado de menos, aunque sólo habían transcurrido unos pocos días. La habría añorado aun cuando hubieran sido únicamente unos minutos.

—Y hablando de Cocina, debo irme. Le dije a mi tío que iba a la biblioteca y a esta hora ya ha cerrado.

La arrastré a mi regazo. Se me hacía muy cuesta arriba no tocarla constantemente ahora que podía hacerlo otra vez. Me encontré buscando pretextos para hacerle cosquillas o acariciarle el pelo, las manos, las rodillas. La atracción entre nosotros era como la de un imán. Lena se apoyó sobre mi pecho y allí se quedó hasta que en el piso superior oímos unos pasos amortiguados. Reaccionó como un gato asustado: se alejó de mí con un brinco.

—No te preocupes, es mi padre dándose una ducha. Ya no sale del estudio para otra cosa.

—Está peor, ¿verdad? —Me cogió de la mano. Ambos sabíamos que en realidad no era una pregunta.

—Mi padre no era así antes de que muriera mi madre. Se le fue la olla después.

No necesité contarle el resto. Me había oído darle vueltas al asunto un montón de veces; le había hablado del fallecimiento de mi madre, de cómo dejamos de preparar tomates fritos, de la pérdida de algunas piezas del pueblecito del Belén de Navidad, de cómo ella ya no estaba allí para pararle los pies a la señora Lincoln… y nada volvió a ser como antes.

—Lo siento.

—Lo sé.

—¿Por eso fuiste hoy a la biblioteca? ¿En busca de tu madre?

La miré y le aparté el pelo del rostro. Luego, asentí y saqué el romero del bolsillo y lo dejé con delicadeza encima de la mesa.

—Ven, quiero enseñarte algo.

La cogí de la mano y tiré de ella para levantarla de la silla. Nos deslizamos por el viejo suelo de madera con los calcetines empapados y nos detuvimos en la puerta del estudio. Alcé la vista y busqué el cuarto de mi padre con los ojos. Agucé el oído; ni siquiera había empezado a ducharse, así que disponíamos de mucho tiempo todavía. Probé suerte con el picaporte.

—Está echada la llave. —Lena frunció el ceño—. ¿La tienes?

—Un momento, mira lo que pasa…

Nos quedamos delante de la puerta, mirándola fijamente. Me sentí un imbécil, y algo parecido debió de pensar Lena, pues se echó a reír. La puerta se abrió sola justo cuando estaba a punto unirme a sus risillas, que se apagaron de inmediato.

No es un conjuro o lo percibiría.

Se supone que debo entrar, bueno, debemos entrar.

La puerta se cerró cuando retrocedí. Lena alzó una mano y cuando iba a usar sus poderes para abrir el picaporte, le toqué con suavidad la espalda.

—Creo que debo hacerlo yo, Lena.

En cuanto rocé de nuevo el pomo, el cerrojo se descorrió. Entré en el estudio por vez primera en años. Seguía siendo el mismo lugar aterrador y oscuro. El cuadro de la pared, cubierto por un paño, todavía pendía sobre el sofá descolorido. Los folios de la última novela de mi padre se apilaban debajo de la ventana, en el escritorio de caoba, sobre el ordenador y encima de la silla, se hacinaban incluso en la alfombra persa en montones cuidadosamente dispuestos.

—No toques nada. Se daría cuenta.

Lena se puso de cuclillas y observó fijamente la pila más próxima. Cogió una hoja y la puso debajo de la lámpara de bronce del escritorio.

—Ethan.

—No enciendas la luz. No quiero que baje y se ponga fuera de sí al vernos. Me mataría si supiera que estamos aquí. Sólo se preocupa de su libro.

Me dio la hoja sin despegar los labios. La cogí. Estaba llena de garabatos. No eran palabras escritas de mala manera, sólo pintarrajos. Eché mano a un montón de folios cercanos, emborronados todos por líneas llenas de trazos y garabatos. Cogí un papel del suelo, sólo había en él hileras de círculos. Rebusqué entre las pilas de papel desperdigadas por el escritorio y el suelo. Había páginas y páginas llenas de garabatos y dibujos, y ni una sola palabra.

Entonces lo entendí: no existía ningún libro.

Mi padre no era escritor. Ni siquiera era un vampiro.

Estaba como una regadera.

Me acuclillé y apoyé las manos en las rodillas, tenía mal cuerpo. Debería haberlo visto llegar. Lena me acarició la espalda.

Todo va bien. Sólo está pasando un momento difícil. Volverá a ti.

No lo hará. Mi madre se ha marchado y ahora le estoy perdiendo a él.

¿Qué había hecho mi padre durante todo ese tiempo? ¿Evitarme? Si no estaba trabajando en la gran novela americana, ¿qué sentido tenía trabajar de noche y dormir de día? Si estaba trazando una línea de círculos tras otra, ninguno. ¿Acaso estaba escapando de su único hijo? ¿Lo sabía Amma? ¿Estaban al corriente todos menos yo?

No es culpa tuya. No te tortures por esto.

En esta ocasión era yo quien había perdido el control. La ira me desbordó. Le di un manotazo al portátil situado sobre su mesa, haciendo volar un buen número de folios, derribé la lámpara de bronce y, sin pensarlo siquiera, le di un tirón a la tela que cubría el cuadro. El lienzo rebotó en el sofá y dio una voltereta antes de caer al suelo, chocando contra una balda de libros situada a baja altura. Un montón de libros se desparramó por la alfombra.

—Mira el cuadro —me instó Lena mientras lo recogía de entre los libros de la alfombra.

Era un retrato mío.

Un soldado confederado de 1865, pero no había duda posible: era yo.

Ninguno de los dos tuvo que leer la etiqueta escrita a lápiz que había en la parte posterior del marco para conocer su identidad. Nos parecíamos incluso en los mechones de su enmarañada melena castaña, que le invadían el rostro.

—¡Por fin nos conocemos, Ethan Cárter Wate! —le saludé justo antes de oír a mi padre bajar las escaleras con torpeza.

—¡Ethan Wate!

Lena lanzó una mirada a la entrada, asustada, y gritó:

—¡Puerta!

Ésta se cerró de golpe y se atrancó. Alcé una ceja, asombrado. Jamás iba a terminar de acostumbrarme a aquello.

Mi padre llamó con el puño.

—¿Estás bien, Ethan? ¿Qué ocurre ahí dentro?

Le ignoré. Tampoco sabía qué otra cosa podía hacer. En ese momento tampoco me sentía capaz de mirarle a la cara. Entonces fue cuando me fijé en los libros.

—Mira. —Me arrodillé junto al más cercano, abierto por la página tres. Pasé a la página cuatro, pero volvió a la página anterior por sí solo, exactamente igual que el cerrojo de la puerta—. ¿Eso es cosa tuya?

—¿De qué me hablas? No podemos quedarnos aquí la noche entera.

—Marian y yo nos pasamos casi todo el día en la biblioteca y suena a locura, lo sé, pero ella cree que los libros intentan decirnos cosas.

—¿Qué cosas?

—No lo sé. Asuntos sobre el destino, sobre la señora Lincoln o sobre ti.

—¿Sobre mí?

—¡Abre esa puerta, Ethan!

Mi padre se puso a aporrear la puerta. Él me había mantenido fuera del estudio mucho tiempo, ahora me tocaba a mí.

—Encontré en el archivo una fotografía de mi madre en este estudio y también uno de sus libros de cocina con una ramita de romero como marcapáginas en su receta favorita. Romero fresco. ¿Lo pillas? Eso tiene algo que ver contigo y con mi madre, y ahora estamos aquí, es como si algo me quisiera en esta habitación, o bueno, no sé, alguien…

—O tal vez pensaste en ello sólo porque viste la foto.

—Quizá, pero echa un ojo a esto.

Cogí la *Historia constitucional* y pasé otra vez de la página tres a la cuatro, y otra vez la hoja cobró vida para regresar por su cuenta a la tres.

—¡Qué raro!

Lena se volvió hacia el siguiente libro, *Carolina del Sur: de la cuna a la tumba*, que estaba abierto por la página doce. La pasó a la anterior y regresó a la doce por iniciativa propia.

Me aparté el pelo de los ojos.

—Pero esta página no dice nada, es un mapa. Los libros de Marian estaban abiertos en ciertas páginas porque intentaban decir algo, parecían mensajes; en cambio, los de mi madre no parecen transmitir nada.

—Podría ser un código o algo así.

—Mamá era un desastre en mates. Era escritora —repuse, como si eso bastara para explicarlo, pero no era así, y mi madre lo sabía mejor que nadie.

Lena cogió el siguiente libro.

—Página uno. Es la del título, ése no puede ser el contenido.

—¿Por qué iba a dejarme un código? —me pregunté, expresando en voz alta mis pensamientos.

Lena seguía teniendo respuesta para eso.

—Porque siempre te sabes el final de las pelis, porque creciste en compañía de Amma, leyendo novelas de misterio y haciendo crucigramas. Quizá tu madre pensó que te percatarías de algo que los demás pasarían por alto.

Mi padre siguió golpeando la puerta con desgana. Me fijé en el siguiente libro. Página nueve. Otro se abrió por la trece. Todas las cifras eran inferiores a veintinueve a pesar de que todos los libros eran unos tochos con muchísimas más páginas.

—El alfabeto tiene veintinueve letras, ¿no?

—Sí.

—¡Ya está, eso es! Cuando iba a misa de pequeño y no había forma de que me estuviera quieto y sentado con las Hermanas, mi madre empezó a usar el papel con los horarios de misas para entretenerme con pasatiempos: el ahorcado, juegos de letras y éste, el código alfabético.

—Espera, déjame coger un boli. —Cogió uno del escritorio—. Si la letra A es uno y la letra B es dos, a ver qué sale…

—Cuidado, a veces me gustaba hacerlo al revés: la letra Z sería uno en tal caso.

Lena y yo permanecimos sentados en medio de los libros, mirando unos y otros mientras mi padre se dedicaba a aporrear la puerta. Le ignoré, tal y como él había hecho conmigo. No iba a responderle ni darle explicación alguna. Que probase un poco de su propia medicina para variar.

—14, 1, 15, 1, 23, 6.

—¿Qué haces ahí dentro, Ethan? ¿Qué es todo ese ruido?

—1 ,23 , 10… 15, 10, 22, 15, 1.

Miré a Lena. No necesitaba el papel que me tendía: iba un paso por delante.

—Tengo la impresión de… El mensaje es para ti.

Eso estaba tan claro como si mi madre estuviera en el estudio y fuera ella quien pronunciase esas palabras.

Llámate a tí misma.

Era un mensaje para Lena.

En cierto modo, mi madre continuaba allí, en algún lugar del universo. Mi madre seguía siendo mi madre aunque sólo viviera detrás de las puertas cerradas, en sus libros y en el olor a tomates fritos y papel viejo.

Ella vivía.

Mi padre seguía allí delante, en albornoz, cuando por fin abrí la puerta. Su mirada pasó de largo por mí y se fijó en el estudio, donde las páginas de su novela imaginaria yacían dispersas sobre el suelo y el cuadro de Ethan Cárter Wate descansaba sobre el sofá.

—Ethan, yo…

—¿Qué…? ¿Ibas a decirme que te has encerrado durante meses en el estudio para hacer esto? —Alcé una mano con un montón de páginas arrugadas.

Bajó la mirada. Tal vez hubiera enloquecido, pero conservaba la cordura suficiente para saber que yo había averiguado la verdad. Lena se sentó en el sofá con aspecto de estar muy incómoda.

—Sólo deseo saber una cosa: ¿por qué? ¿Estabas ahí encerrado siempre por un libro o para evitarme?

Mi padre alzó la cabeza muy despacio y me miró. Tenía los ojos enrojecidos. Parecía viejo, como si la vida le decepcionase por momentos.

—Mi único deseo era estar cerca de ella. Me siento como si tu madre aún siguiera conmigo mientras estoy aquí dentro, entre sus libros y con sus cosas. Aún puedo oler su perfume, aún huelo sus tomates fritos… —La voz se le apagó como si hubiera vuelto a sumirse en sus pensamientos y se hubiera terminado ese extraño momento de lucidez.

Pasó a mi lado y se agachó para recoger una hoja llena de círculos con mano temblorosa.

—Estaba intentando escribir. —Miró en dirección a la silla de mi madre—. Pero se me ha olvidado cómo hacerlo.

No tenía nada que ver conmigo, jamás lo tuvo, sino con mi madre. Me había sentido exactamente igual hacía escasas horas, cuando salí de la biblioteca, después de estar sentado entre sus cosas, intentando sentir su compañía. Pero todo era diferente para mí ahora que sabía que no había desaparecido. No obstante, mi padre no lo sabía. Su esposa no le abría las puertas ni le dejaba mensajes. Él ni siquiera tenía eso.

La semana siguiente, la víspera de Navidad, el desgastado pueblo de cartón abombado ya no me pareció tan pequeño. La torre del campanario sobresalía erguida por encima de la iglesia mientras la granja aguantaba en pie como si acabara de ponerse. El brillante pegamento

blanco centelleaba y la vieja capa de nieve hecha con algodón, firme pese al transcurso del tiempo, mantenía compacto todo el conjunto.

Yo estaba tumbado en el suelo, bajo las ramas más bajas de un grueso pino blanco, como hacía siempre. Las puntiagudas hojas verdeazuladas me rozaban el cuello mientras me esmeraba en colocar una hilera de lucecitas blancas en unos agujeros situados en la parte posterior del pueblo. No había encontrado a sus habitantes y se habían perdido también los coches de hojalata y los animales. El pueblo estaba vacío, pero por primera vez no me parecía desierto ni me sentía solo.

Algo me llamó la atención mientras permanecía tumbado, escuchando a Amma garabatear con un bolígrafo y los viejos y chirriantes discos navideños de mi padre. Era un pequeño objeto oscuro que se había enganchado en un pliegue de tela y permanecía entre las capas de algodón. Era una estrella del tamaño de un penique, pintada de oro y plata y rodeada por un halo arrugado que parecía hecho con un clip. Era un adorno del árbol de Navidad del pueblecito, lo habíamos buscado durante años. Mi madre lo había hecho cuando era pequeña y todavía iba al cole en Savannah.

Me lo metí en el bolsillo con intención de dárselo a Lena en cuanto nos viéramos para que se lo pusiera en su collar de amuletos. Así no volvería a perderse. Así no volvería a perderme.

Esto le habría gustado a mi madre. Y también, si hubiera conocido a Lena, también le habría gustado. A lo mejor sí la conocía.

Llámate a ti misma.

Habíamos tenido la respuesta delante de nuestras narices todo el tiempo, perdida entre los libros del estudio de mi padre, guardada en las páginas del recetario de mi madre.

Parcialmente enganchada entre la nieve polvorienta.

12 DE ENERO

Promesa

Hay algo en el ambiente. Cuando oyes esta frase, lo normal es que no pase nada, pero cuanto más inminente era el cumpleaños de Lena, la sensación era más intensa. A la vuelta de las vacaciones navideñas nos encontramos las taquillas y las paredes llenas de pintadas, pero no eran las pintadas habituales, no se entendían y, de hecho, de no haber echado antes un vistazo al *Libro de las Lunas* ni siquiera habríamos sabido de qué se trataba.

Una semana más tarde, todas las ventanas se abrieron de pronto en plena clase de inglés. Podía haber sido otra vez el viento, salvo que no soplaba ni una ligera brisa. Por otra parte, ¿cómo era posible que el viento se notara sólo en una única aula?

Como ya no estaba en el equipo de baloncesto, tenía que ir a clase de educación física el resto del curso. Era la peor asignatura del Instituto Jackson con diferencia. Después de una hora de *sprints* cronometrados y de hacerme unas cuantas quemaduras de tanto subir y bajar hasta el techo del gimnasio en una soga con nudos fui a la taquilla y me encontré con que estaba abierta y todos mis papeles tirados por el pasillo. Mi mochila había desaparecido. Link la localizó al cabo de unas horas en un contenedor de basura fuera del gimnasio, pero aprendí la lección: el instituto no era un lugar adecuado para el *Libro de las Lunas*.

A partir de ese momento lo guardé en mi armario y esperé a que Amma lo descubriera, dijera algo o cubriera con sal el suelo de mi cuarto, pero no ocurrió nada de eso.

Me enfrascaba en la lectura de sus páginas, estuviera o no con Lena, con el desgastado diccionario de latín de mi madre. Utilizaba unas manoplas de Amma para reducir al mínimo las quemaduras. Había miles de hechizos y sólo unos pocos estaban traducidos. El resto estaba escrito en idiomas ilegibles para mí o en la lengua *Caster*, que ni siquiera podía aspirar a descifrar. La inquietud de Lena aumentaba conforme nos familiarizábamos cada vez más con sus páginas.

—Llámate a ti misma. Eso no significa nada.

—Por supuesto que sí.

—Ningún capítulo lo menciona. No existe ni una sola descripción sobre la Llamada en el libro.

—Basta con seguir mirando. Esto no vamos a encontrarlo en ningún resumen.

El libro tenía la respuesta… si lográbamos encontrarla. No éramos capaces de pensar en otra cosa, bueno, en eso y en que quedaba un mes antes de que todo estuviera perdido.

Por la noche nos quedábamos despiertos hasta las tantas, charla que te charla, cada uno en nuestra casa, sobre todo ahora, que cada velada parecía estar más cerca de la que podía ser la última.

¿En qué piensas, Lena?

¿De verdad quieres saberlo?

Siempre lo quiero saber.

¿Siempre? Contemplé el mapa arrugado de mi pared. La delgada línea verde unía todos los lugares que conocía por mis lecturas. Ahí figuraban los escenarios de mi futuro imaginario unidos con cinta,

indicadores y chinchetas. Habían cambiado muchas cosas en seis meses. Ninguna cinta verde me conducía al futuro, ya no, sólo una chica.

Me costaba oír sus pensamientos. Tenía que esforzarme para escucharla.

Una parte de mí desearía no haberte conocido.

Es una broma, ¿no?

Ella no contestó, al menos no inmediatamente.

Hace que todo sea mucho más complicado. Antes tenía mucho que perder, pero ahora te tengo a ti.

Entiendo lo que quieres decir.

Di un golpe a la pantalla de la lámpara, situada junto a la cama, y me encontré con la vista clavada en la bombilla. Si la miraba directamente, el brillo del filamento me cegaba y me hacía llorar.

Y ahora podría perderte a ti.

Eso no va a suceder, L.

Se mantuvo en silencio mientras espirales y destellos luminosos me cegaban hasta el punto de que era incapaz de ver el tono azul del techo a pesar de tenerlo delante.

¿Lo prometes?

Lo prometo.

No estaba en mi mano cumplir ese compromiso, y ella lo sabía, pero lo hice de todos modos porque iba a encontrar la forma de hacer realidad mi promesa.

Me quemé la mano al intentar quitar la luz.

4 DE FEBRERO

Sandman o alguien parecido

Faltaba una semana para el cumpleaños de Lena.

Siete días.

Ciento sesenta y ocho horas.

Diez mil ochenta segundos.

Llámate a ti misma.

Lena y yo estábamos reventados. Hacíamos novillos para pasarnos los días con el *Libro de las Lunas*. Yo era un hacha falsificando la firma de Amma y la señorita Hester no tenía agallas para pedirle a Lena una nota firmada por Macon Ravenwood.

Era un frío día de cielos despejados. Estábamos acurrucados en el gélido jardín de Greenbrier, protegidos por el viejo saco de dormir mientras intentábamos averiguar por enésima vez cómo podía ayudarnos el libro.

Estaba seguro de que Lena empezaba a rendirse. Había llenado el techo con esos garabatos de rotuladores indelebles Sharpie y las paredes rebosaban palabras imposibles de expresar e ideas que le asustaban demasiado para manifestarlas en voz alta.

fuego oscuro, luz oscura / materia oscura, ¿qué importa?
la gran oscuridad absorbe la gran luz mientras ellos devoran

mi alma / Caster / una chica sobrenatural / antes / a primera vista / siete días / siete días / siete días 777777777777777.

No podía culparla, pues la cosa pintaba muy mal, pero yo no estaba dispuesto a abandonar. Jamás iba a rendirme. Lena se dejó caer sobre el viejo muro de piedra, tan desmoronado como las escasas oportunidades que nos quedaban.

—Esto es imposible. Hay demasiados hechizos y ni siquiera sabemos cuál buscamos.

Había conjuros para cualquier propósito imaginable: *vincular a los traidores, atraer agua marina, vincular runas*.

Pero no decía nada de nada acerca de hechizos para *liberar a tu familia de la maldición de un Vínculo oscuro*, ni *neutralizar el intento de resucitar a un héroe de guerra por parte de la trastatarabuela Genevieve* o *evitar volverse Oscuro el día de la Llamada*. Ni siquiera el que yo estaba buscando con ahínco: *salvar a tu chica, ahora que al fin te has echado novia, antes de que sea demasiado tarde*.

Volví a echarle un vistazo al índice de contenidos: *Obsecrationes, Incantamina, Nectentes, Maledicentes, Maleficia*.

—No te preocupes. Lo averiguaremos. —Pero albergaba serias dudas incluso mientras lo decía.

Crecía en mi interior la sensación de que mi cuarto estaba encantado conforme el libro permanecía cada vez más tiempo en la balda superior de mi armario. Lo de los sueños nos pasaba a los dos todas las noches, y eran casi siempre pesadillas, la cosa iba de mal en peor. Muchas noches sólo lograba dormir un par de horas, los sueños me asaltaban en cuanto cerraba los párpados y me amodorraba. Estaban ahí, al acecho, pero lo malo era que se trataba de la misma pesadilla repitiéndose en un bucle

incesante. Perdía a Lena todas las noches, una y otra vez, y eso me estaba matando.

Mi única táctica alternativa era permanecer despierto, así que me entretenía con videojuegos, me ponía hasta las cejas de coca cola y Red Bull para tener en la sangre azúcar y cafeína en abundancia y leía de todo, desde *El corazón de las tinieblas* hasta mi número favorito de *Estela Plateada*, ése en el cual Galactus devora el universo, pero, como sabe todo el que no pega ojo en varios días, a la tercera o cuarta noche estás tan hecho polvo que te quedas dormido de pie.

Ni siquiera Galactus tenía ninguna posibilidad de triunfar contra la somnolencia.

Llamas.

Había lenguas de fuego por doquier.

Y humo. Me asfixiaba por culpa del humo y la ceniza. Aquello estaba oscuro como boca de lobo y resultaba imposible ver nada. El calor era tan intenso que lo sentía como papel de lija sobre la piel.

Sólo era posible oír el rugido del incendio.

Ni siquiera lograba escuchar los gritos de Lena, salvo en mi mente.

¡Suéltame, debes irte!

Sentía chasquidos en los huesos de la muñeca, como cuerdas de una guitarra que se rompen una tras otra. Lena se soltaba de mi mano como si se preparase para que la dejara caer, cosa que yo jamás hacía.

No voy a hacerlo, L. No pienso dejarte.

¡Hazlo! Sálvate, por favor.

Yo nunca la soltaba.

Sin embargo, sentía cómo sus dedos resbalaban entre los míos, y por mucho que apretara con más fuerza, ella seguía escurriéndose…

Entre toses, me incorporé en la cama como impulsado por un resorte. La ilusión parecía tan real que sentía el sabor del humo, pero en mi habitación no hacía calor, sino frío, la ventana volvía a estar abierta. La luz de la luna hizo posible que el iris se me acostumbrara a la oscuridad antes de lo habitual.

Por el rabillo del ojo atisbé cómo algo se movía entre las sombras.

Había alguien allí.

—¡Joder!

El intruso intentó escabullirse antes de que me diera cuenta, pero no fue lo bastante rápido. Cuando supo que le había visto, hizo lo único que podía hacer: volver su rostro hacia mí.

—Aunque no me considero precisamente un santo, ¿cómo voy a reprocharte ese lenguaje después de una escapatoria tan *indigna?*

Macon esbozó esa sonrisa suya a lo Cary Grant y se acercó a los pies de mi cama. Llevaba un largo abrigo negro y unos pantalones de sport oscuros. Parecía haberse ataviado como si fuera de paseo al pueblo a principios del siglo pasado en vez de como un intruso de nuestros días.

—Hola, Ethan.

—¿Qué demonios hace en mi cuarto?

Macon parecía un tanto aturullado, lo cual significaba que no tenía en la punta de la lengua una explicación inmediata y estupenda.

—Es complicado.

—Pues simplifíquelo. Se ha encaramado a mi ventana en plena noche, así que debe de ser un vampiro o un pervertido, o un poco las dos cosas. ¿Cuál de ellas es?

—¡Mortales! Para vosotros todo es blanco o negro. No soy un *Hunter*, ni tampoco un *Harmer*. Me estás confundiendo con mi hermano, Hunting. No me interesa la sangre. —Se estremeció sólo de pensarlo—. Ni la sangre ni la carne. —Encendió un cigarro y jugueteó

con él. A Amma le iba a dar un síncope cuando oliera la nicotina a la mañana siguiente—. De hecho, ambas cosas me dan un poco de asco.

Se me estaba acabando la paciencia. No había dormido en varios días y estaba harto de que todo el mundo esquivara mis preguntas. Quería respuestas y las quería ahora.

—Ya estoy harto de acertijos. Respóndame a una cosa: ¿qué hace en mi dormitorio?

Ravenwood se encaminó hacia la vieja silla que había delante del escritorio y se sentó con un movimiento rápido.

—Digamos que sólo estaba… escuchando a escondidas.

Había hecho una bola con una vieja camiseta del equipo de baloncesto y la había dejado en el suelo. La recogí y me la puse antes de levantarme.

—¿Y qué escuchaba exactamente? Aquí no hay nadie. Yo estaba durmiendo.

—No, estabas soñando.

—¿Cómo sabe eso? ¿Es ése uno de sus poderes de *Caster* ?

—Me temo que no. No soy un *Caster*, técnicamente no.

Se me hizo un nudo en la garganta. El tío de Lena nunca salía de casa durante el día, era capaz de materializarse de la nada, observaba todo a través de los ojos de un lobo al que hacía pasar por perro y había estado a punto de acabar con un *Caster* Oscuro sin inmutarse. Si no era un *Caster*, sólo quedaba una explicación.

—Así pues, es usted un vampiro.

—Nada de eso. —Parecía perplejo—. Eso es un cliché muy vulgar y poco halagador… No existe nada parecido a los vampiros. Supongo que también crees en hombres lobo y en alienígenas. La culpa de todo esto la tiene la televisión. —Dio una prolongada calada al cigarro—. Lamento decepcionarte. Soy un íncubo. Estoy seguro de que es cuestión de tiempo que Amarie te lo diga, dado ese interés suyo en desvelar todos mis secretos. —¿Un íncubo? Ni siquiera sabía si tenía que estar asustado

o no. Esa confusión debió de reflejarse en mi rostro, porque Ravenwood se sintió obligado a añadir una explicación—: Los caballeros como yo disponemos de ciertos… *poderes* gracias a nuestra naturaleza, pero tenemos que *reponerlos* con regularidad.

Pronunció el verbo «reponer» de un modo inquietante.

—¿A qué se refiere con eso de reponer?

—A falta de un término más preciso, nos alimentamos de los mortales para reponer fuerzas. —Empecé a ver girar la habitación, o tal vez era Macon quien daba vueltas—. Siéntate, Ethan, te has puesto pálido.

El tío de Lena se plantó junto a mí de dos zancadas y me condujo hasta la cama para que me sentara.

—Como he dicho, empleo la palabra «alimentar» porque no hay otra más adecuada. Sólo un íncubo de sangre se nutre de la sangre de los mortales y yo soy un íncubo de sangre. Aunque los dos somos *Lilum*, los que moran en la Oscuridad absoluta, yo he *evolucionado*. Tomo algo muy abundante entre los mortales, algo que ni siquiera necesitáis.

—¿El qué?

—Sueños. Fragmentos y retazos de sueños. Ideas, deseos, miedos, recuerdos… Nada que vayáis a echar de menos.

Las palabras salían despacio de sus labios, como los términos de un conjuro, mientras yo me devanaba los sesos en mi intento de comprenderlas, pero tenía la mente embotada.

Y entonces lo entendí todo y sentí cómo todas las piezas del rompecabezas chasqueaban en mi mente mientras encajaban en su sitio.

—Los sueños… ¿Se ha llevado una parte de mis sueños? ¿Los ha absorbido? ¿Por eso no recuerdo ni uno entero?

Sonrió y echó el cigarro en una lata vacía de coca cola olvidada encima del escritorio.

—Me declaro culpable, excepto en lo de absorber. No es la palabra más adecuada.

—Si es usted el que absorbe, bueno, el que roba mis sueños, entonces conoce el resto, quiero decir: usted sabe cómo acaba. Puede decírnoslo y entonces podremos detenerlo.

—Me temo que no. Elijo cada fragmento intencionadamente.

—¿Por qué no desean que nos enteremos de lo que pasa? Si conocemos el resto del sueño, tal vez seamos capaces de impedir que ocurra.

—No es que yo no entienda del todo lo que sucede, eres tú quien sabe demasiado.

—Deje ya de hablar de esa forma tan enigmática. Usted sigue diciendo que puedo proteger a Lena, que tengo poder. ¿Por qué no me cuenta de qué va esto en realidad, señor Ravenwood? Porque estoy harto, me he cansado de dar tumbos.

—No puedo revelar lo que ignoro, hijo. Eres un verdadero misterio.

—¡Yo no soy su hijo!

—¡Melquisedec Ravenwood! —El hombre perdió la compostura cuando la voz de Amma retumbó como el tañido de una campana—. ¿Cómo te atreves a entrar en esta casa sin mi permiso? —Estaba en la puerta, en bata y llevaba una larga hilera de cuentas en la mano. Habría pensado que era un collar de no haber sabido lo que era. Agitó el talismán con ira—. Según nuestro trato, no puedes acceder a esta casa. Búscate otro sitio para tus sucios quehaceres.

—No es tan sencillo, Amarie. El chico ve en sueños cosas peligrosas para ellos dos.

Amma se puso furibunda al oír aquello.

—¿Te estás alimentando de mi niño? ¿Es eso lo que dices? ¿Supones acaso que eso va a hacer que me sienta mejor?

—Calma, tranquila, no te lo tomes al pie de la letra. Me limito a hacer lo necesario para protegerlos a los dos.

—Sé qué eres y qué haces, Melquisedec, y darás cuenta al diablo a su debido tiempo, pero no traigas el mal a mi casa.

—Ha pasado mucho tiempo desde que elegí y he luchado conmigo mismo para no convertirme en lo que estaba destinado a ser. He luchado contra ello todas las noches de mi vida. Pero no soy Oscuro, no mientras tenga que ocuparme de la chica.

—Eso no cambia lo que eres. Eso no puedes elegirlo.

Macon entrecerró los ojos. El acuerdo entre ambos era delicado, eso era obvio, como también lo era que él lo había puesto en peligro al entrar aquí. ¿Cuántas veces había venido? Y yo ni siquiera lo sabía.

—¿Por qué no se limita a decirme qué sucede al final? Después de todo, ése es mi sueño.

—Es un sueño poderoso y perturbador. Lena no necesita conocerlo, no está preparada para verlo, y vosotros dos estáis conectados de una forma inexplicable. Ella ve todo lo que tú ves. ¿Entiendes ahora por qué debía eliminarlo?

Me pillé un buen rebote. Estaba enfadado, mucho más que cuando la señora Lincoln se plantó ante el comité de disciplina y se puso a soltar embustes, mucho más que cuando descubrí los cientos de páginas de garabatos sin sentido en el estudio de mi padre.

—No, no lo entiendo. Si usted sabe algo que puede ayudarla, ¿por qué no nos lo dice? ¿Por qué no deja de usar sus trucos mentales de caballero Jedi sobre mí y mis sueños y me deja verlo por mí mismo?

—Sólo intento proteger a Lena, la quiero, y nunca…

—Lo sé, eso ya lo he oído. Nunca haría nada que pudiera hacerle daño, pero se ha olvidado mencionar una cosa: no nos ha contado que tampoco iba a hacer nada por ayudarla.

Apretó los dientes. Ahora era él quien estaba enfadado, yo podía reconocerlo. Pero no varió el gesto ni siquiera medio minuto.

—Intento protegerla, Ethan, y también a ti. Sé que cuidas de mi sobrina y que le has brindado algún tipo de protección, pero ahora no ves las cosas como son, ciertas cosas están más allá de cualquier tipo de

control por nuestra parte. Un día lo entenderás. Ella y tú sois muy distintos.

«Especies Diferentes», tal y como el otro Ethan le había escrito a Genevieve. Lo comprendí todo. No había cambiado nada en más de cien años.

Ravenwood suavizó la dureza de su mirada. Pensé que tal vez se estaba compadeciendo de mí, pero había algo más.

—En último término, esto se convertirá en una carga difícil de sobrellevar y ese peso siempre recae sobre los hombros del mortal. Confía en mí, lo sé.

—No me fío de usted, y se equivoca: Lena y *yo* no somos tan diferentes.

—Cuánto envidio a los mortales. Os creéis capaces de cambiar el mundo, detener el universo y deshacer lo hecho hace mucho tiempo. Sois hermosas criaturas —En principio, me estaba hablando a mí, pero yo no tenía la impresión de que se refiriera a mí—. Pido disculpas por mi intromisión. Ahora me voy y te dejo dormir.

—Manténgase lejos de mi habitación y de mi cabeza, señor Ravenwood.

Se volvió hacia la puerta, lo cual me sorprendió un poco, la verdad, pues daba por hecho que iba a marcharse por donde había entrado.

—Una cosa más: ¿sabe Lena qué es usted?

—Por supuesto. —Macon sonrió—. No hay secretos entre nosotros.

No le devolví la sonrisa. Entre ellos había algo más que un montón de secretos, incluso aunque su condición de íncubo no fuera uno de ellos, y tanto él como yo lo sabíamos.

El intruso se dio la vuelta y desapareció entre el revoloteo de los faldones de su abrigo.

Como si tal cosa.

5 DE FEBRERO

La batalla de Honey Hill

A la mañana siguiente me desperté con dolor de cabeza y un martilleo en las sienes. Y no lo hice pensando en que los hechos de la velada anterior jamás habían sucedido, como ocurre tan a menudo en los cuentos. No se me pasó por la cabeza ni durante un segundo considerar que había sido un sueño la aparición y desaparición de Macon Ravenwood en mi habitación. Durante los meses posteriores a la muerte de mi madre me levantaba todas las mañanas convencido de que había tenido una pesadilla. No volvería a cometer ese error jamás.

Esta vez sabía que si todo tenía pinta de haber cambiado era porque había cambiado de verdad. Si las cosas me parecían cada vez más raras, se debía a que lo eran. Si tenía la sensación de que a Lena y a mí se nos acababa el tiempo, era porque se nos estaba agotando.

Seis días y seguía la cuenta atrás. Todo cuanto podía decirse era que las cosas no se presentaban bien para nosotros. Y, por supuesto, no decíamos nada. En el instituto hacíamos lo de siempre: íbamos juntos de la mano por el pasillo, nos besábamos al final de las taquillas hasta que nos dolían los labios y yo me sentía a punto de morir electrocutado. Permanecíamos dentro de nuestra burbuja y disfrutábamos fingiendo vivir

unas vidas normales o lo poco que nos quedaba de ellas. Estábamos juntos todo el día, todos los minutos de clase, incluso en aquellas asignaturas en que no coincidíamos.

Lena me hablaba de las islas Barbados y de la línea donde se encontraban el cielo y el mar, tan fina que resultaba imposible diferenciar uno de otro, mientras se suponía que yo estaba haciendo un cuenco de barro en la clase de cerámica.

Lena me hablaba de su abuela, que le dejaba beber 7-Up usando regaliz rojo a modo de pajita, mientras en clase de literatura escribíamos un ensayo sobre *El extraño caso del doctor Jekyll y míster Hyde* y Savannah Snow mascaba chicle sin cesar.

Me habló también de Macon, el cual, hasta donde le alcanzaba la memoria, y a pesar de todo, con independencia de donde estuviera, siempre había estado presente el día de su cumpleaños.

Esa noche, tras permanecer en vela hasta las tantas, peleando con el *Libro de las Lunas*, contemplamos juntos el amanecer a pesar de que ella estaba en Ravenwood y yo en mi casa.

¿Ethan?

Aquí estoy.

Tengo miedo.

Lo sé. Deberías dormir un poco, L.

No quiero despilfarrar el tiempo durmiendo.

Yo tampoco.

Pero ambos sabíamos que eso no era así. A ninguno de los dos nos apetecía demasiado tener sueños.

—«La noche de la Llamada es de gran debilidad, pues se ayuntan la Oscuridad de dentro y la de fuera, y entonces la persona de poder debe

abrirse a la gran Oscuridad sin defensas, Vínculos, hechizos de guardar y amparar, y la muerte para siempre y eterna a la hora de la Llamada ha de esperar».

Lena cerró el libro de golpe.

—No soy capaz de leer más sobre esto.

—No me extraña que tu tío ande tan preocupado todo el rato, no bromeo.

—No basta con que pueda convertirme en una especie de demonio maléfico, también puedo sufrir la muerte eterna. Pon eso en la lista, debajo de condenación inminente.

—Lo tengo. Demonio. Muerte. Condenación.

Nos hallábamos una vez más en el jardín de Greenbrier. Lena me dio el libro y se dejó caer de espaldas para poder contemplar el cielo. Yo albergaba la esperanza de que estuviera jugando con las nubes y no dándole vueltas a lo poco que habíamos averiguado durante aquellas tardes estudiando el libro. En todo caso, no le dije que me ayudara mientras pasaba las páginas con los viejos guantes de jardinería de Amma, que me estaban demasiado pequeños.

El *Libro de las Lunas* tenía miles de páginas y algunas explicaban más de un conjuro. Estaban organizadas sin orden ni concierto, o al menos yo no acertaba a saberlo. El índice había resultado ser una patraña de primera categoría, pues apenas se correspondía con el contenido. Me puse a pasar las hojas con la esperanza de acabar tropezándome con algo de interés, pero la gran mayoría resultaba ser un galimatías. Miraba las palabras sin entender ni torta.

I Ddarganfod yr Hyn Sudd ar Goll
Datodwch y Cwlwm, Troellwch a Throwch ef

Bwriwh y Rhwymyn Hwn
Fel y Caf Ganfod
Yr Hyn rwy'n Dyheu Amdand
Yr Hyn rwy'n ei Geisio.

Entonces se me encendió la bombilla y me acordé de una cita que estaba clavada con chinchetas en el estudio de mis padres: *«Pete et invenies»*. Busca y encontrarás. *«Invenies»*. Encontrar.

Ut unvenias quod abest
expedi nodum, torque et convolve
elice hoc vinculum
ut inveniam
quod desidero
quod peto.

Pasé a toda prisa las páginas del diccionario de latín de mi madre. Garabateaba las palabras por detrás a medida que las iba traduciendo y al final me encontré cara a cara con los términos del hechizo.

Para hallar lo perdido
deshago el nudo, giro y enrollo.
Hago este vínculo
para poder encontrar
aquello que anhelo,
aquello que busco.

—¡He encontrado algo!
Lena se incorporó para echar un vistazo por encima de mi hombro.
—¿De qué hablas? —preguntó con escasa convicción.

Sostuve en alto el papel que yo había escrito aunque mi letra era casi ilegible.

—He traducido esto. Da la impresión de que puede servir para encontrar algún objeto perdido.

Lena se acercó más para revisar mi traducción y puso los ojos como platos.

—Es un hechizo de localización.

—Suena como algo útil para averiguar respuestas, quizá nos sirva para descubrir cómo deshacer la maldición.

Lena me quitó el libro de un tirón y lo apoyó en su regazo para estudiar concienzudamente la página. Señaló el conjuro situado encima del texto en latín.

—Es el mismo conjuro en gales, o *eso* creo.

—¿Pero nos sirve de algo?

—Ni idea. Ni siquiera sabemos qué estamos buscando. —Torció el gesto; de pronto, parecía menos entusiasmada—. Además, los hechizos orales no son tan fáciles como aparentan y yo nunca he hecho uno. Pueden salir mal un montón de cosas.

¿Estaba de guasa?

—¿Cómo? ¿Que las cosas pueden salir mal? ¿Hay algo peor que el hecho de que te conviertas en una *Caster* Oscura el día de tu decimosexto cumpleaños? —Le arrebaté el libro de las manos, se me quemaron las margaritas dibujadas en los guantes—. ¿Por qué expoliamos una tumba y malgastamos semanas intentando averiguar sus secretos si ni siquiera vamos a probar suerte?

Sostuve el libro en alto hasta que uno de mis guantes empezó a echar humo.

Lena sacudió la cabeza.

—Dámelo. —Respiró hondo—. Vale, lo intentaré, pero te lo advierto: no tengo la menor idea de qué puede suceder. Habitualmente no lo hago así.

—¿Así como?

—La forma de usar mis poderes, ya sabes, todo ese rollo de los *Naturales*. Ésa es la cuestión, que se supone que todo debe salir de forma natural y la mitad del tiempo ni siquiera sé lo que me hago.

—Vale, pues entonces yo te ayudo esta vez. ¿Qué debo hacer? ¿Dibujar un círculo en el suelo? ¿Encender velas…?

Puso los ojos en blanco.

—¿Qué tal si te sientas ahí? —contestó, y señaló un lugar a varios metros de distancia—. Sólo por si las moscas.

Yo esperaba más preparativos, pero bueno, era un simple mortal, ¿qué iba a saber yo? Hice caso omiso a su orden de distanciarme de su primer intento de conjuración oral, pero sí retrocedí varios pasos. Lena sostuvo el libro en alto, lo cual era toda una hazaña, pues pesaba lo suyo, y tomó aire. Iba moviendo los ojos conforme leía los versos del conjuro.

Para hallar lo perdido
deshago el nudo, giro y enrollo.
Hago este Vínculo
para poder encontrar
aquello que anhelo,

Alzó la vista y recitó la última línea con voz nítida y fuerte.

aquello que busco.

Durante unos instantes no pasó nada. Las nubes seguían sobre nuestras cabezas y el aire era frío. Lena se encogió de hombros. No había funcionado. Llegó a la misma conclusión que yo hasta que oímos un sonido similar al producido por una ráfaga de aire al pasar por un

túnel. El árbol situado detrás de mí se había incendiado, de hecho, estaba ardiendo, las llamas subían por el tronco entre chasquidos y se extendían por las ramas. Jamás había visto extenderse un fuego con semejante rapidez.

La madera empezó a humear de inmediato y, entre toses, me acerqué a Lena para alejarla de las llamas.

—¿Estás bien? —También estaba tosiendo. Aparté los rizos negros de su rostro—. Bueno, es evidente que no ha funcionado, a no ser que lo que querías fuera tostar un caramelo de malvavisco realmente gigante.

Lena esbozó una sonrisa de circunstancias.

—Te avisé de que las cosas podían torcerse.

—Eso se queda corto.

Alzamos la vista y contemplamos el ciprés en llamas. Cinco días y seguía la cuenta atrás.

Cuatro días y seguía la cuenta atrás. Las nubes se arremolinaban en el cielo y Lena estaba enferma en casa. El río Santee bajaba desbordado y los caminos que discurrían al norte del pueblo estaban inundados. En las noticias locales hablaban sin cesar del calentamiento global, pero yo sabía bien de qué iba la cosa. Lena y yo discutíamos sobre el libro mientras yo estaba en clase de matemáticas, lo cual no iba a ayudarme en nada con la nota del examen sorpresa.

Olvídate del libro, Ethan. Me tiene harta. No sirve de nada.

No podemos echarlo en saco roto. Es tu única posibilidad. Ya oíste a tu tío, es el libro más poderoso del mundo de la magia.

También es el libro que maldijo a toda mi familia.

No te rindas. La respuesta tiene que estar en alguna de sus páginas.

La estaba perdiendo, iba a dejar de escucharme de un momento a otro y yo iba a catear el tercer examen del semestre. Genial.

Por cierto, ¿puedes simplificar 7x-2(4x-6)?

Yo sabía que sí. Ella ya había dado trigonometría.

¿Y eso qué tiene que ver con lo que estamos hablando?

Nada, pero voy a suspender este examen.

Suspiró.

Ser novio de una *Caster* tiene sus ventajas.

Tres días y seguía la cuenta atrás. Pronto empezaron los aluviones de lodo y el terreno se desprendió sobre el polideportivo. Las animadoras no iban a poder animar al equipo y el comité de disciplina iba a tener que buscarse otro escenario para sus cazas de brujas. Lena siguió sin venir al instituto, pero permanecía en mi mente todo el día. Su voz era cada vez menos audible, hasta que llegó un momento en que apenas fui capaz de notarla, ahogada por el bullicio de otro día más en el Instituto Stonewall Jackson.

Me senté solo en el comedor, pero fui incapaz de probar bocado. Por primera vez desde que había conocido a Lena miré a cuantos compañeros tenía a mi alrededor y sentí una punzada de algo difícil de describir. ¿Qué era eso? ¿Celos? ¡Qué vidas tan sencillas y fáciles llevaban! Tenían problemas pequeños, propios de los mortales, como solían ser antes los míos. Por el rabillo del ojo pillé a Emily mirándome. Savannah llegó y se abalanzó sobre ella, provocando el gruñido de siempre. No, no eran celos. No cambiaría a Lena por nada de esto.

No concebía la posibilidad de volver a una *existencia tan insignificante*.

Dos días y seguía la cuenta atrás. Lena ni siquiera me hablaba.

Se había hundido la mitad del tejado de la sede de las Hijas de la Revolución Americana por efecto de los fuertes vientos. Los registros que la señora Lincoln y la señora Asher habían reunido durante años y años y los árboles genealógicos de familias cuyas raíces se remontaban al *Mayflower* y a la Guerra de la Independencia quedaron destrozados. Los

patriotas del condado de Gatlin tendrían que demostrar de nuevo que su linaje era superior al de todos nosotros.

Conduje hacia Ravenwood de camino al instituto. Llamé a la puerta con todas mis fuerzas. Lena no salía de casa. Cuando finalmente me abrió la puerta, supe por qué.

La mansión había vuelto a cambiar y parecía una cárcel de máxima seguridad. Las ventanas estaban atrancadas y los muros eran de hormigón liso, salvo los del pasillo de entrada, acolchados y de color naranja. Lena llevaba un mono naranja con unos números: 1102, el día de su cumpleaños, y tenía las manos llenas de conjuros. A su manera, con el pelo negro alborotado, estaba guapa. Era capaz de tener buen aspecto incluso con ropa de presidiario.

—¿Qué pasa, L?

Siguió la dirección de mi mirada más allá de su hombro, hacia el interior de Ravenwood.

—¿Te refieres a esto? Oh, nada, es una broma.

—No sabía que tu tío fuera tan bromista.

—Y no lo es. —Dio un tirón a un hilo suelto de su manga—. Es cosa mía.

—¿Y desde cuándo controlas la mansión?

Se encogió de hombros.

—Me desperté ayer y la casa tenía este aspecto. Debe de haber sido cosa de mi mente. La casa sólo la escuchó, me imagino…

—Salgamos de aquí. Estar en la cárcel sólo va a ponerte más triste.

—Podría ser Ridley en un par de días. Es de lo más deprimente.

Lena meneó la cabeza con pesar y se sentó en el porche. Me acomodé a su lado. No me miró, en vez de eso mantuvo los ojos fijos en sus zapatillas de presidiaría, de lona blanca. Me pregunté cómo podía saber cómo era el calzado que se llevaba en la cárcel.

—Los cordones…. Eso es lo que llevas mal…

—¿Qué?

Le señalé las deportivas con la mano.

—En las cárceles de verdad les quitan los cordones a las zapatillas.

—Tienes que irte, Ethan. Esto se acabó. No puedo evitar que llegue mi cumpleaños ni se cumpla la maldición. Ya no puedo pretender ser una chica normal. No soy como Savannah Snow o Emily Asher. Soy una *Caster*.

Cogí un montoncito de piedras del primer peldaño del porche y lancé una lo más lejos posible.

No voy a decirte adiós, L. No puedo.

Cogió una piedrecita de mi mano y la lanzó. Percibí el suave contacto de su calor cuando sus dedos rozaron los míos. Intenté memorizar la sensación.

No te queda otro remedio. Me habré ido y ni siquiera recordaré cuánto me importabas.

Yo era tozudo. No podía escuchar eso. Lancé otra piedra; esta vez, impactó contra un árbol.

—Sólo estoy seguro de una cosa: nada va a cambiar lo que sentimos el uno por el otro.

—Ethan, es posible que yo ni siquiera sea capaz de sentir nada.

—Eso no me lo creo.

Arrojé el resto de piedrecillas sobre las hierbas del patio, más crecidas de la cuenta. No supe dónde cayeron, pues no hicieron ruido alguno, pero me mantuve mirando en esa dirección el mayor tiempo posible mientras tragaba saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta.

Lena alargó una mano hacia mí, pero luego le entraron dudas y al final la retiró sin llegar a tocarme.

—No te enfades conmigo. Yo no pedí nada de esto.

—Tal vez —le solté con brusquedad—, pero ¿y si mañana es nuestro último día juntos? Podríamos pasarlo juntos, pero, en vez de eso, te quedas aquí, comiéndote el tarro como si ya te hubieran Llamado.

Lena se levantó.

—No lo entiendes.

Cerró de un portazo al regresar al interior, de vuelta a su casa, a su celda carcelaria o lo que fuera.

Yo no había tenido novia antes, así que no estaba preparado para lidiar con todo aquello. De hecho, tampoco sabía muy a las claras cómo llamarlo, y menos aún al tratarse de una novia *Caster*. Me rendí. Me levanté y fui al coche, no se me ocurrió nada mejor. Conduje hacia el instituto y llegué tarde, como siempre.

Veinticuatro horas y seguía la cuenta atrás. Un sistema de bajas presiones se había instalado sobre Gatlin. No era posible determinar si iba a nevar o granizar, pero el cielo tenía muy mal aspecto y podía suceder cualquier cosa.

Al mirar por la ventana en clase de historia vi pasar un cortejo fúnebre, salvo que aún no había tenido lugar ningún entierro. Se trataba del coche funerario de Macon, seguido de siete limusinas negras modelo Lincoln Town Car. Pasaron por delante del instituto al cruzar el pueblo de camino a la mansión Ravenwood.

Nadie prestaba atención al señor Lee. Estaba dando la tabarra con la inminente recreación de la batalla de Honey Hill, una de las menos conocidas de la Guerra de Secesión, pero de la que más se enorgullecían los ciudadanos del condado.

—En 1864, Sherman, comandante de las fuerzas de la Unión, ordenó a las tropas del general de brigada John Hatch cortar el ferrocarril que unía Charleston y Savannah para que las fuerzas confederadas no pudieran interponerse en su marcha hacia el mar, pero los unionistas se retrasaron debido a un «error de navegación».

Sonrió con orgullo mientras escribía en la pizarra: ERROR DE NAVEGACIÓN. Vale. Los de la Unión eran idiotas. Lo pillábamos. Ése era el quid de la batalla de Honey Hill y de la misma Guerra de

Secesión, y eso nos lo habían enseñado desde la guardería, pasando por alto, eso sí, el hecho de que la Unión se había impuesto al final. En Gatlin, todas las conversaciones definían la derrota poco menos que como otra caballerosa concesión del siempre caballeroso sur. El sur había hecho lo más correcto y ético desde una perspectiva histórica o, al menos, eso sostenía el señor Lee.

Pero nadie miraba a la pizarra, todos observábamos a través de los cristales el cortejo fúnebre a su paso por la calle, detrás del campo de atletismo.

Ahora que Macon había salido del armario, por así decirlo, parecía disfrutar lo suyo montando un numerito, y para ser un tipo que sólo asomaba la nariz por la noche, se las arreglaba muy bien para llamar la atención.

Noté una patada en la espinilla. Link se echó hacia delante para evitar que el profesor le viera.

—¿Quién irá en todos esos coches?

—¿Tendría la bondad de explicarnos qué sucedió a continuación, señor Lincoln? Después de todo, su padre estará al frente de la caballería mañana.

El señor Lee nos miraba con los brazos cruzados.

Mi amigo fingió toser. El honor de encabezar la caballería durante la recreación había recaído en el padre de Link, intimidado por aquello; ocupaba ese lugar desde la muerte el año anterior de Big Earl Eaton, pues el único modo de ascender en rango en la recreación era por la muerte de alguien. Esto habría sido algo muy importante para la familia de Savannah, pero Link no le concedía demasiada importancia a todo eso de la recreación histórica.

—Veamos, señor Lee. Espere, lo tengo. Esto… ganamos la batalla y perdimos la guerra, o ¿fue al revés? Porque aquí a veces resulta difícil tenerlo claro.

El profesor ignoró el comentario de Link. Probablemente, él era de esos que durante todo el año hacía ondear la primera bandera confederada delante de su casa, bueno, de su casa prefabricada.

—Para cuando Hatch y los unionistas llegaron a Honey Hill, el coronel Colcock… —La clase se desternilló de risa mientras Lee nos fulminaba con la mirada—. Sí, el coronel se llamaba así, Colcock. Él, la brigada bajo su mando y la milicia dispusieron siete cañones de un lado a otro, formando una barrera infranqueable.

¿Cuántas veces íbamos a tener que oír lo de los siete cañones? Lo contaban poco menos como si fuera el milagro de la multiplicación de los panes y los peces.

Link se dio la vuelta para mirarme y señaló la calle principal con un movimiento de cabeza.

—¿Y bien?

—Es la familia de Lena, creo. Se supone que iban a venir para su cumpleaños.

—Ya. Algo de eso comentó Ridley.

—¿Seguís juntos? —pregunté, no sin cierto temor.

—Sí, colega. ¿Sabes guardar un secreto?

—¿No lo hago siempre?

Link se levantó la manga de su camiseta de los Ramones y me enseñó un tatuaje; parecía una versión manga de Ridley vestida como las niñas de un colegio católico: con falditas y calcetines hasta las rodillas.

Yo albergaba la esperanza de que la fascinación de mi amigo por Ridley hubiera disminuido un poco, pero en el fondo sabía que no era así. Link sólo podría pasar página con Ridley si ésta era legal y cortaba con él, y eso si antes no le obligaba a tirarse de cabeza por un acantilado. E incluso entonces tal vez no fuera capaz de olvidarla.

—Lo terminé durante las vacaciones de Navidad. ¿A que mola un huevo? Me lo dibujó Ridley. Esta chica es tremenda como artista.

Artista no sé, pero lo de tremenda me lo creía. ¿Y qué le decía yo? ¿Te has tatuado en el brazo una versión en plan tebeo de una *Caster* Oscura, que, por cierto, te tiene sorbido el seso con algún conjuro de amor y encima es tu novia? Pues no, así que respondí:

—Tu madre va a flipar en colores cuando lo vea.

—No va a verlo, lo tapa la manga y ahora tenemos una nueva regla de privacidad en casa: debe llamar a la puerta antes de entrar.

—¿Llamar antes de entrar de sopetón y hacer lo que le venga en gana?

—Sí, bueno, pero al menos llama primero.

—Por tu bien, eso espero.

—En cualquier caso, Ridley y yo tenemos una sorpresa para Lena, pero no le digas a Rid que te lo he contado, me mataría si se entera. Mañana vamos a darle una fiesta a Lena en el terreno que hay al lado de Ravenwood.

—Más vale que sea una broma.

—No, es una sorpresa.

De hecho, parecía entusiasmado, como si la fiesta fuera a celebrarse, Lena asistiera o se le pasara por la cabeza a Macon dejarle ir.

—Pero ¿en qué estáis pensando? Eso va a sentarle fatal a Lena. Ella y Ridley ni siquiera se hablan.

—Eso es cosa de Lena, tío. Debería olvidar las rencillas, son familia.

El influjo de Ridley le había convertido en un zombi, yo lo sabía, pero me seguía fastidiando mucho.

—No sabes de lo que hablas. Mantente al margen, confía en mí.

Abrió una barrita de Slim Jim y le pegó un mordisco.

—Lo que tú digas, tío. Nosotros vamos a intentar hacer algo chulo por Lena. No es como si hubiera mucha gente dispuesta a acudir a una fiesta suya.

—Razón de más para no hacerla. No va a acudir nadie.

Sonrió de oreja a oreja antes de meterse en la boca el resto del Slim Jim.

—No faltará nadie. Acudirán todos. O, al menos, eso es lo que dice Ridley.

¿Ridley? Entonces, por supuesto que sí, todo el pueblo la seguiría como si fuera el flautista de Hamelín en cuanto ella se pusiera a tocar, pero Link parecía no ver cuál era la situación.

—Mi banda, los Holy Rollers, va a tocar por primera vez.

—¿Los qué…?

—Mi nueva banda, ya sabes, la que monté en el campamento cristiano.

No había querido saber nada de lo que le había sucedido durante las vacaciones. Me bastó con verle regresar de una pieza.

Mientras escribía un enorme número ocho, el señor Lee golpeaba violentamente la pizarra con la tiza para darle énfasis a su frase:

—Al final, Hatch no logró sobrepasar a los confederados y se retiró con ochenta y nueve bajas y seiscientos veintinueve heridos. Los del sur ganaron la batalla y tan sólo hubo ocho muertos. Y ésa es la razón —continuó, dando golpecitos al número escrito en tiza— por la que todos vosotros vais a venir mañana conmigo a la recreación histórica de la batalla de Honey Hill.

Recreación. Historia viva. Eso era lo que la gente como el profesor Lee llamaba representaciones de la Guerra de Secesión. Y se lo tomaban muy a pecho. Todo, hasta el último detalle, se hacía exactamente igual, desde el uniforme y la munición hasta la posición de los soldados en el campo de batalla.

Link esbozó una ancha sonrisa, toda manchada por el Slim Jim.

—No se lo digas a Lena. Queremos darle una sorpresa… Nos gustaría que fuera nuestro regalo de cumpleaños, el de los dos.

Me limité a mirarle mientras le daba vueltas, por un lado, al talante taciturno de Lena y a ese mono naranja de presidiario, y por otro, a la

banda de Link, que iba a ser un horror, eso fijo, una fiesta con los del instituto, Emily Asher, Savannah Snow, los Ángeles Guardianes, Ridley, todos en Ravenwood, y eso sin mencionar la sucesión de cañonazos procedentes de la recreación de la batalla. Y todo eso contemplado por Macon con desaprobación, y además estaba su madre intentando matarla, y el perro ese que permitía a Macon ver todo cuanto hacíamos.

Sonó el timbre.

Sorpresa, sorpresa, pues no, sorpresa no era la palabra adecuada para describir cómo iba a reaccionar, y quien iba a contárselo era yo.

—No se olviden de firmar cuando lleguen a la recreación o se quedarán sin nota. Y recuerden: manténganse detrás de las cuerdas, en la zona de seguridad. No les voy a poner un sobresaliente en la asignatura por llevarse un balazo —gritó el señor Lee mientras desfilábamos por la puerta.

Recibir una bala no me parecía la peor de las alternativas posibles en ese preciso momento.

Las recreaciones de la Guerra de Secesión son un fenómeno de lo más peculiar y la de la batalla de Honey Hill no suponía una excepción. En realidad, ¿quién podía estar interesado en llevar unas ropas de algodón sudadas con aspecto de ser disfraces de Halloween? ¿A quién le interesaba andar por ahí con un fusil del año de la catapulta, tan inestable que se sabía de gente que se había amputado alguna extremidad al dispararlo? Por cierto, así es como había muerto Big Earl Eaton. ¿A quién podía preocuparle la recreación de batallas libradas en una guerra de hace ciento cincuenta años y que encima no había ganado el sur? ¿Quién iba a hacer algo así?

En Gatlin, y en la mayoría de los estados del sur, la respuesta era: tu médico, tu abogado, tu predicador, el tipo del taller adonde llevabas el coche, el repartidor de correo, y lo más probable era que también tu

padre y todos tus tíos y sobrinos, tu profesor de historia (sobre todo si te tocaba alguien como el señor Lee) y sin ningún género de dudas el propietario de la armería del pueblo. Daba igual que cayeran chuzos de punta o brillara el sol, pero durante la segunda semana DE FEBRERO nadie en el condado hablaba, pensaba o se quejaba de otra cosa que no fuera la recreación de la batalla de Honey Hill.

Honey Hill era nuestra batalla. No sé cómo lo decidieron, pero estoy convencido de que guardaba relación con los siete cañones. La gente del pueblo se tiraba semanas y semanas preparándolo todo para ese día. Ahora que se acercaba el momento, había que limpiar con vapor y planchar los uniformes de soldado confederado, razón por la cual flotaba en el aire de todo Gatlin un olor a algodón caliente. Limpiaban los rifles de avancarga, pulían los sables *y* la mitad de los hombres se pasaban la última semana fabricando munición casera en la propiedad de Buford Radford, porque a su esposa no le molestaba aquella pestilencia.

Las viudas estaban muy ocupadas lavando sábanas y congelando pasteles destinados a los turistas que vendrían a presenciar la recreación del combate. Las integrantes de las Hijas de la Revolución Americana se habían pasado semanas preparando su versión de la representación: el Tour del Patrimonio Histórico del Sur. Entretanto, sus hijas habían estado dos sábados enteros horneando bizcochos de mantequilla para servirlos al final de cada recorrido.

Estas excursiones eran especialmente divertidas, ya que las Hijas de la Revolución Americana, incluida la señora Lincoln, hacían de guía engalanadas con trajes de época. A base de tirones conseguían meterse dentro de corsés y enaguas, lo cual les confería una cierta similitud con salchichas a punto de reventar por efecto del calor. Y no eran las únicas: sus hijas, incluyendo a Savannah y Emily, la futura generación de las Hijas de la Revolución Americana, debían ponerse esos vestidos trasnochados mientras se ocupaban de los quehaceres de la casa. Parecían personajes salidos de *La casa de la pradera*. El viaje siempre

empezaba en la sede de la asociación, pues era el segundo edificio más antiguo de Gatlin. Me preguntaba si repararían a tiempo el tejado.

No podía evitarlo, me imaginaba a todas esas mujeres dando vueltas por el edificio de la Sociedad Histórica de Gatlin, enseñando los edredones llenos de estrellas, justo encima de los cientos de documentos y pergaminos *Caster*, allí guardados a la espera del siguiente día festivo.

Pero ellas no eran las únicas que participan en el acto. Era frecuente referirse a la Guerra de Secesión norteamericana como «la primera guerra moderna», pero bastaba un paseo por Gatlin durante la semana previa a la recreación para comprobar que no había nada de moderno en ella. Estaba en funcionamiento hasta la última reliquia de aquella contienda, desde las calesas hasta los cañones, y en el pueblo hasta un niño de parvulario era capaz de explicar que eran piezas de artillería montadas sobre unos armazones viejos.

Las Hermanas llegaron a sacar incluso su enseña original de la Confederación y la clavaron en la puerta de la entrada cuando yo me negué a colgarla en el porche. Casi todo valía para el espectáculo, pero ahí me planté.

El día previo a la recreación había un gran desfile y los participantes tenían ocasión de marchar por las calles vestidos con sus uniformes de punta en blanco para que pudieran verlos los turistas, pues al día siguiente iban a estar tan cubiertos de lodo y manchas de humo que nadie podría valorar sus fulgurantes botonaduras de bronce ni sus chaquetas entalladas auténticas.

Después del desfile se celebraba una gran fiesta con una barbacoa y había una especie de puesto para besarse y un concurso de pasteles a la antigua usanza. Amma se pasaba días y días cocinando, pues, dejando a un lado la feria del condado, éste era el concurso más grande de pasteles en el que participaba y su oportunidad para hacer morder el polvo a sus rivales. Sus pasteles siempre eran los más vendidos, lo cual sacaba de quicio a la señora Lincoln y a la señora Snow, razón por la cual se daba

semejante paliza en la cocina. Su principal motivación era destacar por encima de todas las Hijas de la Revolución Americana y restregarles por los morros que los suyos eran pasteles de segunda.

Por tanto, las cosas cambiaban todos los años cuando el calendario llegaba a la segunda semana DE FEBRERO, era como si nuestras vidas cesaran y todos regresáramos a 1864, a la víspera de la batalla de Honey Hill. Este año no era una excepción, pero con una peculiaridad. Este mes DE FEBRERO, mientras llegaban al pueblo vehículos para transportar caballos —todo respetable jinete *recreacionista* poseía su propio caballo— y camionetas arrastrando cañones, había en curso otros preparativos para una batalla muy diferente.

Sólo que aquélla no empezaba en el segundo edificio más antiguo de Gatlin, sino en el primero. Estaban los cañones que todos conocíamos, pero también había otros. En ese otro enfrentamiento no tenían cabida armas de fuego ni caballos, pero eso no le restaba ni un ápice a su naturaleza de guerra campal. Siendo sinceros, era la única batalla real del pueblo.

En cuanto a las ocho bajas sufridas en Honey Hill, no había lugar a la comparación. A mí sólo me preocupaba una, porque si la perdía a ella, también yo estaría perdido.

Por eso olvidé la batalla de Honey Hill. Para mí, aquello se parecía mucho más al Día D.

11 DE FEBRERO

Dulces dieciséis

Os lo digo a todos: ¡dejadme sola! ¡No podéis hacer nada!

La voz de Lena me despertó tras unas pocas horas de sueño intranquilo. Me enfundé los vaqueros y una camiseta gris sin detenerme a pensar en ninguna otra cosa que no fuera esto: Día Uno. Ya no debíamos esperar la llegada del fin.

El fin estaba aquí.

no con una explosión, sino con un gemido; no con una explosión, sino con un gemido; no con una explosión, sino con un gemido

Apenas había amanecido y Lena ya estaba perdiendo el control.

El libro. Maldita sea, lo había olvidado. Volví corriendo a mi cuarto, subiendo las escaleras de dos en dos y alargué la mano hacia la balda superior de mi armario, donde lo ocultaba, mientras me preparaba para achicharrarme en cuanto lo tocara.

Sólo que no sucedió, y no sucedió porque el libro no estaba allí.

El *Libro de las Lunas*, nuestro libro, había desaparecido. Lo necesitábamos hoy más que ningún otro día, pero la voz de Lena me martilleó las sienes.

así es como se acaba el mundo: no con una explosión, sino con un gemido

Que Lena estuviera recitando a T. S. Eliot no era buena señal. Cogí las llaves del Volvo y eché a correr.

El sol despuntó en el horizonte mientras conducía por Dove Street. Greenbrier, el único terreno de Gatlin deshabitado y accesible para todo el mundo, por ser el que marcaba la localización de la batalla de Honey Hill, también empezaba a cobrar vida. Las descargas de artillería se sucedían al otro lado de la ventanilla, pero, y eso era lo más curioso de todo, tenía tal barullo mental que ni las oía.

Boo me estaba esperando y se puso a ladrar en cuanto subí a la carrera los escalones del porche de Ravenwood, donde también estaba Larkin, enfundado en una chupa de cuero apoyado sobre una de las columnas. Jugueteaba con la serpiente: ésta se enroscaba y desenroscaba en torno a su brazo; primero estaba su brazo y luego la serpiente. Pasaba de una a otra con ese gesto distraído típico del repartidor de cartas al barajar. Eso me pilló por sorpresa durante unos instantes. Eso y la reacción de *Boo*. Pensándolo bien, no estaba seguro de a quién ladraba, si a Larkin o a mí. El perro pertenecía a Macon, y nuestra relación no pasaba precisamente por un buen momento.

—Hola, Larkin.

Éste saludó con desinterés. Hacía frío y el aliento se le escapo de su boca, como la bocanada de un pitillo imaginario. El vaho se estiró hasta formar un círculo y luego se convirtió en una culebra que se mordió la cola y se fue devorando a sí misma hasta desaparecer.

—Yo que tú no entraría ahí. Tu chica está un poquito… ¿Cómo lo diría yo? ¿Venenosa?

El ofidio se retorció en torno a su cuello antes de convertirse en el cuello de su cazadora.

La tía Del abrió la puerta con fuerza.

—¡Por fin! Te hemos estado esperando. Lena está en su habitación y no deja entrar a nadie.

La miré. Iba desastrada: la bufanda le caía sobre un hombro, llevaba torcidas las gafas, e incluso le colgaban cabellos sueltos que se le habían soltado de su característico moño gris. Me incliné para abrazarla. Olía como uno de esos armarios antiguos de las Hermanas, llenos de sobrecitos de lavanda y ropa blanca que había pasado de una generación a otra. Reece y Ryan permanecían detrás de ella con un aire de familia afligida a la espera de malas noticias en el vestíbulo triste de un hospital.

La mansión volvía a estar más en sintonía con el humor de Lena que con el de su tío. O tal vez estaban los dos del mismo talante. Era imposible saberlo, pues no se veía a Macon Ravenwood por ninguna parte.

Resultaba posible imaginar la tonalidad de la ira mirando el color de las paredes; lo que colgaba de las arañas del techo era rabia, eso o cualquier otro sentimiento denso y profundo; el resquemor estaba en la urdimbre de las gruesas alfombras de los suelos; el odio parpadeaba por debajo de cada pestañeo de las luces. Cubría el suelo una sombra, una negrura especial que se había deslizado paredes arriba y ahora mismo caía sobre mis Converse hasta el punto de que no podía ni vérmelas. Era una oscuridad absoluta.

No estaba seguro de poder describir la estancia. Su aspecto me tenía demasiado desconcertado, hasta tenía cierta clase. Probé a pisar un escalón de la escalera que conducía hasta la habitación de Lena. Había subido esos escalones un centenar de veces, no era como si no supiera adónde iban, pero aun así, hoy parecían diferentes. La tía Del miró a Reece y a Ryan, que iban detrás de mí, como si yo abriera la marcha en dirección a un frente de batalla desconocido.

Toda la casa tembló hasta los cimientos cuando puse el pie en el segundo peldaño. Las miles de velas de la antigua araña oscilaron por encima de mi cabeza y me cayó cera sobre la cara. Fruncí el ceño y me la quité. Las escaleras se curvaron bajo mis pies sin previo aviso y dieron un tirón que me lanzó de espaldas y me hizo caer de culo contra el suelo, sobre cuya superficie pulida resbalé hasta acabar casi en el vestíbulo de

la entrada. Reece y la tía Del se quitaron de en medio enseguida, pero me choqué con la pobre Ryan, que se cayó como si fuera unos bolos en una bolera.

Me incorporé y grité para que mi voz se oyera en el piso de arriba.

—Lena Duchannes, yo mismo informaré al comité de disciplina si vuelven a atacarme estas escaleras. —Pisé el primer escalón, y luego el segundo. No sucedió nada—. Llamaré al señor Hollingsworth y testificaré, diré que eres una loca peligrosa. —Entretanto, subí las escaleras de dos en dos todo el tramo hasta llegar al primer piso—. Porque lo serás si me haces daño, ¿lo oyes?

Entonces percibí cómo su voz fue desenroscándose en mi mente.

No lo comprendes.

Tienes miedo, lo sé, pero enfrentarte a todo el mundo no va a mejorar nada.

Vete.

No.

Lo digo en serio, Ethan. No quiero que te pase algo.

No puedo.

Estaba ya ante la puerta de su cuarto. Apoyé la mejilla contra el frío revestimiento de madera. Quería estar con ella, estar todo lo cerca que fuera posible sin sufrir un ataque al corazón. Y si esto era toda la proximidad que me permitía, por ahora me bastaba.

¿Estás ahí, Ethan?

Estoy aquí.

Estoy asustada.

Lo sé, L.

No quiero que te pase nada.

No me pasará nada.

¿Y si te pasa?

Voy a esperarte.

¿Incluso si me vuelvo Oscura?

Incluso si te vuelves muy, muy Oscura.

Abrió la puerta y me arrastró al interior. Tenía la música puesta a todo el volumen que se podía. Conocía la canción. Era una versión cargada de rabia, casi un tema de heavy-metal, pero daba igual: la reconocí en el acto.

Dieciséis años, dieciséis lunas.
Dieciséis de tus miedos más íntimos.
Dieciséis veces soñaste con mis lágrimas
cayendo, cayendo a lo largo de los años…

Parecía como si hubiera estado llorando toda la noche, y probablemente así era. Cuando le acaricié la cara, vi que la tenía llena de churretes por culpa de las lágrimas. La estreché entre mis brazos y nos balanceamos mientras continuaba sonando la canción.

Dieciséis lunas, dieciséis años
con el sonido del trueno en tus oídos.
Dieciséis millas hasta el reencuentro con ella.
Dieciséis que buscan lo que dieciséis temen.

Por encima de su hombro pude contemplar la habitación; estaba manga por hombro y destrozada, tal y como la dejaría un ladrón al asaltar un piso. Las paredes se habían agrietado y se había desprendido la pintura, el tocador estaba volcado y las ventanas estaban hechas pedazos. Sin los cristales, los paneles de las ventanas tenían toda la pinta de ser los barrotes de una mazmorra en un castillo antiguo, y la prisionera se aferraba a mí conforme nos envolvía la melodía.

Aun así, la música no cesaba.

Dieciséis lunas, dieciséis años.
Dieciséis son mis temores soñados
dieciséis que van a Vincular las esferas,
dieciséis gritos que sólo uno oye.

La última vez que había estado allí el techo estaba casi completamente cubierto por palabras reveladoras de los pensamientos más íntimos de Lena, pero ahora hasta el último rincón de la estancia estaba cubierto por su inconfundible letra negra. En los bordes del techo podía leerse: *La soledad consiste en abrazar a quien amas sabiendo que podrías no volver a hacerlo nunca más*. Y en las paredes: *Incluso perdido en la oscuridad/ mí corazón te encontrará*. En la jamba de la puerta: *El alma muere a manos de su portador*. En los espejos: Sí *supiera de un lugar a donde huir / un escondite seguro, allí estaría hoy*. Incluso el tocador mostraba frases: *La más sombría luz del día me encuentra aquí, quienes esperan jamás dejan de observar*, y otra parecía decir: *¿Cómo escapar de uno mismo?* Podía leer la historia de Lena en esas palabras, la oía en la música.

Dieciséis lunas, dieciséis años,
la hora de la Luna de la Llamada se acerca
en estas páginas, la Oscuridad se aclara
y el Poder Vincula, lo que el fuego marca.

El punteo de la guitarra aminoró su intensidad y escuché una nueva estrofa, el final de la canción. Por fin algo tenía un final. Intenté quitarme de la cabeza los sueños sobre tierra y fuego y agua y viento mientras la oía.

Luna dieciséis, año dieciséis.

Al fin ha llegado el día que temías.
Llamar o ser Llamada,
derramando sangre y lágrimas,
Sol o Luna… ser adorada o destruida.

La guitarra dejó de sonar y los dos permanecimos en silencio.

—¿Qué crees tú…?

Lena me tapó la boca con la mano. No soportaba que se hablara del tema. Ella estaba más sensible que nunca. Soplaba una fría brisa que la azotaba al pasar, la envolvía, y luego salía como un huracán por la puerta abierta a mis espaldas. No sabía si sus mejillas estaban coloradas a causa del frío o del llanto, y tampoco lo pregunté. Caímos a plomo sobre su cama y nos acurrucamos hasta que resultó difícil determinar de quién era cada extremidad. No nos besamos, pero fue como si lo hiciéramos. Estábamos más cerca de lo que yo nunca había imaginado que podían estar dos personas.

Supongo que así era como se sentía uno cuando amaba a alguien, cuando lo amaba y le había perdido, incluso aunque todavía le estrechara entre los brazos.

Lena tiritaba. Notaba todas sus costillas y hasta el último de sus huesos y parecía que su cuerpo se movía por propia voluntad. Liberé el brazo que había pasado por debajo de su cuello y lo giré hasta poder agarrar el edredón a cuadros que estaba hecho un rebujo a los pies de la cama y tiré de él para taparnos. Se acurrucó contra mi pecho y cuando lo puse por encima de nuestras cabezas, nos quedamos a oscuras los dos en aquella minúscula gruta, los dos solos.

Nuestras respiraciones acabaron por calentar la cueva. Besé sus fríos labios. La corriente existente entre nosotros se intensificó y se acurrucó en busca del hueco de mi cuello.

¿Crees que podríamos quedarnos así para siempre, Ethan?

Podemos hacer lo que se nos antoje. Es tu cumpleaños.

Se puso en tensión.

No me lo recuerdes.

Pero te he traído un regalo.

Alzó la colcha lo justo para que por una rendija entrara la luz.

—¿Por qué? Te dije que no…

—¿Desde cuándo escucho algo de lo que me dices? Además, Link asegura que si una chica te dice que no le regales nada para su cumpleaños, eso significa «tráeme un regalo y asegúrate de que sea una joya».

—Eso no es aplicable a todas las chicas.

—Vale. Olvídalo.

Dejó caer el edredón y se acurrucó otra vez en mis brazos.

¿Es eso?

¿El qué?

Una joya.

Pero ¿no hemos quedado en que no querías ningún regalo?

Es sólo curiosidad.

Sonreí para mis adentros y retiré el edredón. Un chorro de aire frío nos cayó encima. Me apresuré a sacar una cajita del bolsillo de los vaqueros, y volví a subir la colcha. Sólo alcé un pico para que pudiera verla.

—Baja eso, hace un frío que pela.

Dejé caer el edredón y nos sumimos de nuevo en la oscuridad. La caja comenzó a refulgir con un brillo verde y eso me permitió ver los delicados dedos de Lena mientras retiraba la cinta plateada. El brillo cálido y radiante se extendió hasta iluminar tenuemente su rostro.

—Anda, este poder es nuevo.

Sonreí, alumbrado por la luz esmeralda.

—Lo sé. Me ocurre desde que me desperté esta mañana. Sucede cualquier cosa que pienso, así, sin más.

—No está mal.

Miró la cajita con melancolía, como si estuviera demorando todo lo posible el momento de abrirla. Caí en la cuenta entonces que probablemente ése era el único regalo que iba a recibir en el día de hoy, dejando a un lado la fiesta sorpresa. Iba a decírselo casi en el último minuto.

¿Fiesta sorpresa?

¡Huy!

Más valdrá que sea una broma.

Cuéntaselo a Ridley y a Link.

¿Ah, sí? Pues la sorpresa es que no va a haber fiesta.

Limítate a abrir la caja.

Me miró fijamente y después la abrió, y la luz fluyó a raudales, aun cuando eso no guardaba relación alguna con el regalo. Se le suavizó el semblante y supe que me había librado del problemón de hablarle de la fiesta gracias a esa relación especial que hay entre las chicas y las joyas. ¿Quién sabe? Link iba a tener razón después de todo.

Sostuvo en alto un collar centelleante y delicado con un anillo engarzado en la cadena. El anillo estaba trenzado, haciendo una espiral, con oro rosa, amarillo y blanco.

¡Ethan! Me encanta.

Lena me besó unas cien veces, pero yo empecé a hablar incluso mientras me besaba, pues sentía que debía decírselo antes de que se lo pusiera y pasara algo.

—Era de mi madre. Lo cogí de su viejo joyero.

—¿Estás seguro?

Asentí. No podía pretender que valía poco. Lena sabía lo que yo sentía por mi madre. Era algo valioso y me aliviaba saber que ambos contábamos con ello.

—No es nada raro ni tampoco un diamante o algo por el estilo, pero tiene un gran valor para mí. Creo que a ella le habría gustado que te lo diera porque, bueno, ya sabes…

¿… porque qué?

Eh.

—No querrás que te lo deletree, ¿verdad? —pregunté con voz rara y temblorosa.

—No quiero fastidiarte, pero la ortografía no es lo tuyo.

Me estaba escaqueando, y Lena lo sabía, y al final me obligaría a decirlo. Yo prefería nuestra comunicación sin palabras. Facilitaba un montón las conversaciones, las de verdad, a alguien como yo. Le aparté el pelo de la nuca y le abroché el cierre. Ahora estaba en su cuello, centelleando bajo la luz, justo por encima del colgante que nunca se quitaba.

—Porque eres especial para mí.

¿Cómo de especial?

Creo que llevas la respuesta colgada del cuello.

Llevo muchas cosas colgadas del cuello.

Le acaricié el collar de amuletos. Parecía una baratija, y en buena medida lo era, pero era la bisutería más importante del mundo: un penique achatado con un agujero que le había devuelto una de las máquinas en la zona de comida rápida del cine donde tuvimos nuestra primera cita; un trozo de hilo del suéter rojo que lucía cuando aparcamos en el depósito de agua, lo cual se había convertido en una broma entre los dos; el botón de plata que le había regalado para que le diera suerte durante la sesión del comité de disciplina y la estrellita con el clip que había sido de mi madre.

Entonces, ya deberías saber cuál es la respuesta.

Se acercó para besarme otra vez, y fue un beso de verdad, de esos que en realidad ni siquiera pueden llamarse así, de los que incluyen brazos y piernas y cuello y pelo, de ésos en los que el edredón se desliza por el suelo y, en este caso, los cristales de las ventanas se recomponían solos, la cómoda se enderezaba por su cuenta, las ropas volvían a los colgadores y el frío polar de la estancia desaparecía y acababa por ser

cálido: un fuego chisporroteaba en el pequeño hogar de su dormitorio, pero eso no era nada comparado con el calor que me corría por el cuerpo. Se me aceleró el corazón y noté una descarga de electricidad más potente de lo que estaba acostumbrado a experimentar.

Me eché hacia atrás, sin resuello.

—¿Dónde está Ryan cuando se la necesita? Vamos a tener que averiguar qué podemos hacer con todo esto.

—No te preocupes, está abajo.

Me empujó y el fuego del hogar chisporroteó con más fuerza, amenazando con desbordar el tiro de la chimenea con el humo y las llamas.

Una joya, os lo digo yo. Menuda cosa. Eso, y amor.

Y puede que también el peligro.

—¡Ya vamos, tío Macon! —Lena se volvió hacia mí y suspiró—. Supongo que no podemos posponerlo más. Hemos de bajar y ver a mi familia.

Miró hacia la puerta y el pestillo se abrió solo. Hice una mueca mientras le acariciaba la espalda. Aquello se había acabado.

El día se había encapotado cuando el cuarto de Lena volvió a ser un lugar habitable. Yo había pensado que bajaríamos a escondidas para hacerle una visita a Cocina a la hora de comer, pero Lena se limitó a cerrar los ojos y un carrito entró por la puerta y se plantó en medio de la estancia. Supuse que incluso Cocina sentía lástima por ella en el día de hoy. Era eso o que Cocina podía resistirse a los recién obtenidos poderes de Lena tan poquito como yo mismo. Me comí mi peso en tortitas con chocolate bañadas en sirope y empapadas en batido también de chocolate. Lena se comió un sandwich y una manzana. Entonces, todo se desvaneció y volvimos a los besos.

Ésa podía ser la última vez que estuviéramos en su cuarto de aquel modo, y me dio la impresión de que ambos lo sabíamos. Era como si no

pudiéramos hacer nada más. La situación era la que era, y si hoy era cuanto teníamos, al menos íbamos a aprovecharlo.

En realidad, estaba tan atemorizado como entusiasmado, y aunque ni siquiera era la hora de la cena, ya era el mejor y el peor día de mi vida.

Cogí a Lena de la mano y la conduje escaleras abajo. Su piel seguía siendo cálida, y supe que estaba de mejor humor. Los amuletos del collar centelleaban en torno a su cuello y las velas de la araña emitían destellos de plata y oro mientras pasábamos por debajo de ellas al bajar los peldaños.

No estaba acostumbrado a ver la mansión con un aire tan jovial y tan lleno de luz, lo cual dio la impresión por un segundo de ser un cumpleaños de verdad, donde los participantes eran felices y asistían al festejo con despreocupación. Durante un segundo.

Entonces vi a Macon y a la tía Del, ambos con velas en las manos. A sus espaldas, la mansión estaba cubierta por un velo de penumbra y sombras. Había otras figuras oscuras moviéndose tras ellos, y aún peor, Macon y Del iban ataviados con largas ropas negras, como acólitos de una extraña orden de sacerdotes druidas o sacerdotisas. La cosa era que aquello tenía poca pinta de fiesta de cumpleaños y daba tanto repelús como un funeral.

Feliz decimosexto cumpleaños. No me extraña que no quisieras salir de tu cuarto.

Ahora entiendes a qué me refería, ¿no?

Al llegar al último escalón, Lena se detuvo y se dio media vuelta para mirarme. Parecía fuera de lugar con sus vaqueros gastados y mi sudadera con capucha del Instituto Jackson, que le venía grande. Yo dudaba que Lena se hubiera vestido así ni una sola vez en toda su vida, pero tuve la sospecha de que pretendía conservar una parte de mí el mayor tiempo posible.

No tengas miedo. Sólo es el Vínculo para mantenerme a salvo hasta la salida de la luna. La Llamada no tendrá lugar hasta que la luna esté en lo alto.

No estoy asustado, L.

Lo sé. Hablaba para mí misma.

Tras soltarse de mi mano dio un último paso y bajó al rellano de la escalera. Se transformó en cuanto su pie tocó el pulido suelo negro. Las holgadas ropas del Vínculo ocultaron las curvas de su cuerpo y el negro de su pelo se fundió con el de los atuendos hasta formar una sombra que le cubría de los pies a la cabeza, a excepción del rostro, pálido y luminiscente como la mismísima luna.

Se llevó la mano al cuello, cerca de donde aún colgaba el anillo de mi madre. Yo confiaba en que eso le ayudara a recordar que yo estaba allí con ella, igual que yo confiaba en que mi madre intentaba ayudarnos todo el tiempo.

¿Qué van a hacerte? Esto no será ninguno de esos ritos paganos con sexo, ¿verdad?

Lena rompió a reír a mandíbula batiente. La tía Del la miró de refilón, horrorizada. Reece se alisó la toga con la mano de forma remilgada y aires de superioridad mientras Ryan empezó a reírse tontamente.

—Compórtate —siseó Macon.

Larkin esbozó una sonrisa burlona. De algún modo, el tío se las apañaba para tener el mismo aspecto *cool* con el ropón negro que con la cazadora de cuero. Lena reprimió las risotadas entre los pliegues de su túnica.

Cuando se movieron las velas, logré distinguir los rostros más cercanos: Macon, Lena, Larkin, Reece, Ryan y Barclay. Había otros semblantes menos familiares, como Arelia, la madre de Macon, y otro arrugado y bronceado, pero incluso desde mi posición, bueno, desde

donde pretendía quedarme, descubrí que se parecía lo bastante a su nieta como para adivinar su identidad al primer golpe de vista.

Lena y yo la vimos al mismo tiempo.

—¡Yaya!

—Feliz cumpleaños, corazón.

El círculo se rompió por unos breves instantes mientras Lena corría para echarse en brazos de la mujer de cabellos blancos.

—Pensé que no vendrías.

—¡Cómo no iba a venir! Quería darte una sorpresa. El vuelo desde Barbados es muy rápido. Llegué aquí en un abrir y cerrar de ojos.

Lo dice en un sentido literal, ¿a que sí? ¿Qué es? ¿Otra Viajera? ¿Un íncubo como Macon?

Es una pasajera habitual de United Airlines, Ethan.

Experimentó un breve momento de alivio, lo percibí a pesar de que yo me sentía cada vez más fuera de lugar. Vale que mi padre estuviera como un cencerro, que mi madre hubiera muerto, o algo por el estilo, y que me hubiera criado una mujer bastante familiarizada con el vudú. Podía asumir todo eso, pero ahí plantado yo solo, rodeado por *Casters* reales en activo, con sus cirios y sus ropajes, tenía la impresión de que para lidiar con eso necesitaba saber muchísimo más sobre ellos, más de lo que Amma me había contado, y debía enterarme antes de que empezaran con sus latinajos y sus conjuros.

Demasiado tarde: Macon avanzó un paso dentro del círculo y alzó la vela.

—*Cur Luna hac Vinctum convenimus?*

La tía Del se adelantó un paso junto a él. La luz de su vela fluctuó cuando la alzó y tradujo:

—¿Por qué nos reunimos en esta luna y realizamos el Vínculo?

—*Sextusdecima Luna, Sextusdecimo Anno, Illa Capietur* —canturreó el círculo a modo de respuesta, manteniendo en alto las velas.

—En la decimosexta luna, el decimosexto año, ella será Llamada —contestó Lena. La llamarada de su cirio subió hasta dar la impresión de que iba a quemarle el rostro.

Lena permanecía en el centro del círculo, con la cabeza muy alta. La luz de las velas procedía de todas las direcciones e iluminaba su rostro. Una llama verde empezó a arder en su propia vela.

¿De qué va todo esto, L?

No te preocupes. Forma parte del Vínculo.

Si eso sólo era el Vínculo, tuve la convicción absoluta de no estar preparado para la Llamada.

Macon entonó un cántico que yo recordaba de Halloween. ¿Cómo lo habían llamado?

Sanguis sanguinis mei, tutela tua est.
Sanguis sanguinis mei, tutela tua est.
Sanguis sanguinis mei, tutela tua est.
Sangre de mi sangre, tuya es la protección.

Lena se puso blanca como el papel. *Sanguinis*. Un Círculo de Sangre, eso era. Sostuvo la vela y cerró los ojos. La llama verde estalló y se transformó en una enorme llamarada de color rojo anaranjado que saltó de una vela a otra hasta prender todas las del círculo.

—¡Lena! —grité para hacerme oír por encima de la explosión, pero no contestó.

La lengua de fuego subió tan alto en la oscuridad que me di cuenta de que la mansión Ravenwood no tenía techos ni tejado aquella noche. Me puse la mano en los ojos cuando el fuego se intensificó para que no me deslumbrara. No podía pensar en otra cosa que no fuera Halloween. ¿Y si se repetía todo? Me estrujé las meninges para recordar qué habían

hecho aquella noche para repeler a Sarafine. ¿Qué habían cantado? ¿Cómo lo había llamado la madre de Macon?

El *Sanguinis*, pero no me acordaba de las palabras, no tenía ni idea de latín. Por una vez deseé haberme unido a los empollones de clásicas.

Alguien aporreó la puerta; al cabo de unos instantes se apagaron las llamas y desaparecieron las túnicas, el fuego, las velas, la oscuridad y la luz. Todo se volatilizó, absolutamente todo. Y en un pispas se convirtieron en una familia corriente y moliente situada alrededor de una tarta de cumpleaños. Y cantaban.

¿Qué demonios…?

—…. cumpleeeeaños feliiiz!

Las últimas notas de la canción retumbaron mientras proseguía el aporreo. En medio del salón apareció una mesa con manteles blancos, con un juego de té y un enorme pastel de cumpleaños de tres pisos, de color rosa, blanco y dorado. Lena volvía a tener el aspecto de cualquier chica de dieciséis años ahora que llevaba los vaqueros y mi sudadera con el nombre del Instituto Jackson. Apagó las velas de un soplido y manoteó para apartar el humo de sus ojos donde hacía unos instantes había una gran llama. Su familia estalló en aplausos.

—Ésa es nuestra chica!

La abuela dejó las agujas de hacer punto y se puso a cortar el pastel mientras la tía Del se ocupaba de servir el té. Reece y Ryan trajeron un montón de regalos. Macon se sentó en su sillón de orejas Victoriano y procedió a servir dos vasos de whisky, uno para él y otro para Barclay.

¿Qué pasa, L? ¿Qué acaba de suceder?

Hay alguien en la puerta. Sólo están teniendo cuidado.

No sé si voy a ser capaz de seguirle el juego a tu familia.

Toma un poco de pastel. Se supone que esto es una fiesta de cumpleaños, ¿te acuerdas?

El golpeteo en la puerta prosiguió. Larkin levantó la vista de su tarta con bizcocho de chocolate.

—¿Es que nadie va a ir a abrir la puerta?

Ravenwood alisó un pliegue de su chaqueta de cachemira y miró a Larkin con aplomo.

—Ve sin falta a ver quién es, Larkin.

Macon miró a su sobrina y negó con la cabeza. Aquel día, no era la encargada de abrir la puerta. Lena asintió y se inclinó para hablar con su abuela. Sostuvo el plato con el trozo de tarta y sonrió como la nieta adorable que en verdad era. Lena dio unas palmaditas en el cojín del sofá. Genial. Había llegado el momento de que me presentaran a la abuela.

En esos instantes me llegó a los oídos una voz familiar y supe que prefería enfrentarme a esa anciana antes que lidiar con quienes esperaban fuera, detrás de la puerta, porque allí estaban Ridley y Link, Savannah y Emily, Edén y Charlotte, y el resto de su club de fans, y también el equipo de baloncesto del instituto. Ninguno de ellos llevaba su uniforme de diario: la camiseta de los Ángeles Guardianes. Entendí la razón cuando advertí las manchas de barro en sus mejillas. Venían de la recreación de la batalla. Entonces caí en la cuenta de que Lena y yo nos la habíamos perdido y de que nos iban a catear en historia. A esas horas, ya sólo quedaba la campaña vespertina y los juegos artificiales. Menuda guasa, cualquier otro día un suspenso nos habría parecido algo gordo.

—¡Sorpresa!

La palabra sorpresa se quedaba muy corta para describir todo aquello. Una vez más, yo había permitido que el caos y el peligro se abrieran paso hasta el interior de la mansión. La abuela saludaba con la mano a cuantos se apiñaban en el vestíbulo de la entrada y Macon bebía su whisky a sorbos, tan imperturbable como siempre, y sólo te dabas cuenta de que estaba en un tris de perder los nervios si le conocías.

De hecho, ahora que lo pensaba, ¿por qué les había dejado entrar Larkin?

Esto no puede estar sucediendo.

La fiesta sorpresa… ¡Me había olvidado por completo!

Emily se abrió paso a empujones hasta ponerse al frente del grupo.

—¿Dónde está la cumpleañera?

Y extendió los brazos en cruz como si albergara la intención de darle un gran abrazo a Lena. Ésta retrocedió, pero Emily no era de las que desistían con facilidad y le pasó el brazo por la cintura, rodeándola como si fueran viejas amigas que no se veían desde hacía tiempo.

—Nos hemos tirado toda la semana planeando la fiesta. Hemos traído música en directo y Charlotte ha alquilado un equipo de iluminación al aire libre para que todo el mundo pueda verlo, ya sabes lo oscuros que son los terrenos de Ravenwood. —Emily fue bajando el volumen de la voz como si estuviera discutiendo la venta de mercancías de contrabando en el mercado negro—. Y tenemos licor de melocotón.

—Tienes que verlo —aseguró Charlotte arrastrando las palabras. La verdad es que prácticamente jadeaba entre una y otra, probablemente por culpa de aquellos jeans tan apretados—. Hay un cañón láser. Es una macrofiesta *rave* en Ravenwood, ¿a que es guay? Se parece a una de esas fiestas universitarias de Summerville.

¿Una fiesta *rave?* Ridley había hecho uso de todos los recursos a su alcance para montar aquello. ¿Emily y Savannah dando una fiesta a Lena y haciéndole la pelota como si fuera la Reina de los Hielos? Eso debía de ser más duro que tener que tirarse las tres por un barranco.

—Ahora, subamos a tu cuarto para prepararte, cumpleañera —dijo Charlotte, con su jovialidad de animadora más acentuada de lo normal en ella, que ya de por sí solía ser algo exagerada.

Lena se puso verde. ¿Su cuarto? Probablemente, la mitad de las pintadas de las paredes estaban dedicadas a ellas.

—Pero ¿qué dices, Charlotte? Está guapísima. ¿No te parece, Savannah? —terció Emily al tiempo que propinaba un codazo de desaprobación a Charlotte, como si le quisiera indicar que debía dejar el pastel y molestarse en mirar semejante belleza.

—¿Bromeas? Moriría por este pelo —replicó Savannah, jugueteando con un mechón de la melena de Lena entre los dedos—. Es tan… increíblemente… negro.

—El año pasado yo tenía el pelo negro, al menos las puntas —protestó Edén. El curso anterior, en uno de sus torpes intentos por llamar la atención, se había teñido la capa inferior del pelo de color negro y se había dejado rubia la parte superior. Savannah y Emily se habían ensañado con ella sin misericordia hasta que al día siguiente volvió teñida por completo.

—Pero tú parecías una mofeta —repuso Savannah, aunque luego sonrió aprobadoramente a Lena—. Sin embargo, tú tienes aspecto de italiana.

—Vamos, todo el mundo te está esperando —le instó Emily al tiempo que la cogía del brazo.

Lena se las quitó de encima.

Esto *ha de tener algún tipo de truco*.

Y lo tiene, sin duda, pero no creo que sea de la clase que tú imaginas. Probablemente, guarda más relación con una Siren y una piruleta.

Ridley. Debería haberlo sabido.

Lena miró a la tía Del y a Macon. Estaban horrorizados, como si todos los latines del mundo no les hubieran preparado para esto. La abuela sonrió, poco familiarizada con este tipo de ángeles en particular.

—¿A qué viene tanta prisa? ¿Os gustaría quedaros a tomar una taza de té, niños?

—Hola, ¿qué hay, abuela? —saludó Ridley a grito pelado desde más allá de la entrada, pues se había quedado rezagada en el porche, dándole lametones a la piruleta roja con una intensidad tal que me llevó a pensar que si ella se paraba, todo aquel montaje se desmoronaría como un castillo de naipes.

Esta vez, cuando franqueó la entrada, no me tenía en mente. Se quedó a medio dedo de Larkin. A éste pareció hacerle gracia, pero

permaneció delante de ella. Ridley estaba a punto de hacer estallar el apretado chaleco de encaje, a medio camino entre un top de lencería y las prendas habituales de las modelos de la revista *Hot Rod*, y la mini-falda vaquera de talle bajo.

Ridley se reclinó contra el marco de la puerta.

—¡Sorpresa, sorpresa!

La abuela dejó la taza de té sobre la mesa y cogió sus agujas de punto.

—Ridley, ¡cuánto me alegro de verte, cielo! Tu nuevo aspecto es de lo más apropiado. Estoy segura de que con él tendrás un buen número de pretendientes. —La anciana le dedicó una sonrisa inocente, pero no había cariño ninguno en sus ojos.

Ridley hizo un mohín, pero no dejó de chupar la piruleta. Me dirigí hacia ella.

—¿Cuántos lengüetazos has necesitado, Rid?

—¿Para qué, Perdedor?

—Para conseguir que Savannah Snow y Emily Asher le organicen una fiesta a Lena.

—Más de los que te imaginas, señor novio.

Me sacó la lengua, lo cual me permitió apreciar que la tenía a rayas rojas y púrpuras, una imagen algo repulsiva.

Larkin suspiró y me miró al pasar.

—Ahí fuera, en el prado, debe de haber un centenar de críos. Han montado un escenario con altavoces, y hay aparcados coches a lo largo de todo el camino.

—¿De verdad? —Lena miró a través de la ventana—. Pues sí, hay un escenario en medio de los magnolios.

—¿De mis magnolios? —saltó Macon, poniéndose en pie.

Todo aquello era una farsa, yo sabía que Ridley había montado aquel tinglado dándole insinuantes lengüetazos a la piruleta, y Lena también,

pero, aun así, pude leerlo en sus ojos: una parte de ella deseaba salir fuera.

Una fiesta sorpresa a la cual asistía todo el mundo debía figurar también en la lista de cosas que supuestamente hacen todas las chicas normales en el instituto. Era capaz de sobrellevar lo de ser una *Caster*, pero estaba harta de ser una marginada.

Larkin miró a Macon.

—No vas a conseguir que se vayan. Acabemos con esto de una vez. Estaré con ella todo el rato, yo o Ethan.

Link se abrió camino a empellones hasta situarse delante del gentío.

—Tío, vamos, es el debut ante el instituto de mi banda, los Holy Rollers. Va a ser la leche.

Jamás en la vida le había visto tan feliz. Eché un vistazo a Ridley. Ella se encogió de hombros y chupeteó la piruleta.

—No vamos a ir a ninguna parte, esta noche no.

No podía creer que Link estuviera allí. A su madre iba a darle un infarto si se enteraba.

Larkin miró a Macon, que estaba irritado, y a la aterrada tía Del. Ésta era la noche en que menos deseaban perder de vista a Lena.

—No. —Macon ni siquiera se detuvo a considerarlo.

Larkin lo intentó de nuevo.

—Cinco minutos.

—Rotundamente no.

—¿Cuándo van a volver a darle una fiesta un montón de compañeros del instituto?

—Por suerte, nunca —replicó de inmediato Ravenwood.

Lena puso mala cara. Yo tenía razón. Deseaba formar parte de todo aquello, aunque no fuera real. Era como el baile o el partido de baloncesto. Ése era el principal motivo por el cual se molestaba en ir al instituto, sin importarle lo horrorosamente mal que la trataran. Por eso aparecía por clase un día tras otro, aunque tuviera que comer en las

gradas o sentarse en el Lado del Ojo Bueno. Fuera o no una *Caster*, tenía dieciséis años, y por una noche eso era todo lo que quería ser.

Sólo había una persona más tozuda que Macon Ravenwood: su sobrina, y si yo conocía bien a Lena, su tío no tenía ninguna oportunidad de salirse con la suya. Esta noche no.

Se acercó a Macon y le cogió del brazo.

—Sé que suena a locura, tío M, pero ¿puedo ir a la fiesta? Sólo un ratito, sólo para oír al grupo de Link.

Permanecí a la espera de que se le rizara el pelo y soplase la delatora brisa mágica, pero no fue así. No era su magia de *Caster* lo que estaba desplegando. Era algo de naturaleza muy diferente. Bajo la vigilancia de Macon, no podía valerse de sus poderes para marcharse, así que había puesto en acción una magia más antigua y poderosa, la que mejor había funcionado con su tío desde que se había mudado a Ravenwood. Puro y simple amor.

—¿Por qué quieres ir con toda esa gente después de todo lo que te han hecho pasar? —Percibí cómo Macon se ablandaba conforme hablaba.

—Nada ha cambiado. No quiero ir con esas chicas, pero quiero ir a la fiesta.

—Eso no tiene ningún sentido —replicó, frustrado.

—Lo sé, y también soy consciente de que es una tontería, pero sólo quiero saber qué se siente siendo normal. Quiero ir a un baile sin que prácticamente termine destrozándolo. Quiero ir a una fiesta a la que sí me han invitado. Sé que todo es cosa de Ridley, ¿pero tan mal está que eso no me importe? —Alzó los ojos y se mordió el labio.

—No puedo permitirlo, incluso aunque quisiera. Es demasiado peligroso.

Las miradas de ambos se encontraron.

—Ethan y yo ni siquiera hemos bailado, tío Macon. Lo dijiste tú mismo.

Durante un instante dio la impresión de que Macon iba a transigir, pero fue sólo durante un segundo.

—Y ahora digo lo que antes me callé: acostúmbrate. Yo jamás pude pasar un día en ninguna escuela ni salir de paseo el domingo por la tarde. Todos nos llevamos nuestras decepciones.

Lena se jugó la última carta.

—Pero es mi cumpleaños, y podría ocurrir cualquier cosa. Ésta podría ser mi última oportunidad para… —La frase quedó suspendida en el aire.

Para bailar con mi novio. Para ser yo misma. Para ser feliz.

No hacía falta que lo dijera. Todos lo sabíamos.

—Entiendo cómo te sientes, pero mi responsabilidad es mantenerte a salvo. Esta noche en especial debes estar aquí, a mi lado. Los mortales sólo van a hacerte sufrir o a ponerte en situaciones de riesgo. No puedes ser normal porque no estás hecha para serlo.

Macon jamás le había hablado así a Lena. Yo no estaba muy seguro de si hablaba de la fiesta o de mí.

Lena tenía los ojos relucientes, pero no derramó ni una lágrima.

—¿Por qué no? ¿Qué hay de malo en desear lo que ellos tienen? ¿Te has parado a pensar que a lo mejor alguna vez sí hacen algo bien?

—¿Y qué si es así? ¿Acaso importa? Eres una *Natural*. Un día irás a algún sitio donde Ethan no podrá seguirte nunca, y cada minuto que estéis juntos ahora será una carga que deberás llevar el resto de tu vida.

—Él no es una carga.

—Oh, sí, ya lo creo. Te debilita y eso le hace peligroso.

—Me fortalece, y eso sólo le hace peligroso para ti.

Me interpuse entre ellos.

—Vamos, señor Ravenwood, no haga eso esta noche.

Pero Macon ya lo había hecho.

—¿Y qué sabrás tú? —Lena estaba furiosa—. Jamás has sobrellevado el peso de ninguna relación en toda tu vida, ni siquiera el de una

amistad. No entiendes nada, pero ¿cómo vas a hacerlo? Te pasas durmiendo todo el día y deprimiéndote en tu biblioteca por las noches. Odias a todo el mundo y te crees superior a los demás. Si en realidad nunca has amado a nadie, ¿cómo vas a saber qué es lo que siento?

Le dio la espalda a su tío y al resto de nosotros y subió corriendo las escaleras, con *Boo* pisándole los talones. Se metió en su cuarto y cerró con un portazo que retumbó hasta en el vestíbulo de la planta de abajo. *Boo* se tendió ante la puerta de Lena.

Macon se quedó mirando fijamente a su sobrina mientras ésta se alejaba, y no cambió la dirección de la mirada hasta que ella desapareció. Entonces se volvió hacia mí.

—No podía permitirlo. Estoy seguro de que lo entiendes.

Aquélla era la noche más peligrosa en toda la vida de Lena, y yo lo sabía, y también que era su última oportunidad de ser la chica que todos amábamos. Por eso le entendía, pero no deseaba estar en la misma habitación que él en ese momento.

Link se abrió paso poco a poco entre el cúmulo de chavales parados en el vestíbulo hasta ponerse delante del grupo y preguntar:

—Bueno, pero entonces ¿va a haber fiesta o no?

Larkin cogió su abrigo.

—Ya la hay. Vamos fuera y celebrémosla por Lena.

Emily se abrió paso a empujones hasta ponerse junto a Larkin, echaron a andar y todos los demás los siguieron. Ridley seguía en la puerta principal. Me miró y se encogió de hombros.

—Lo intenté.

Link me esperaba junto a la entrada.

—Ethan, vamos, tío, venga.

Miré al piso de arriba.

¿Lena?

Voy a quedarme aquí.

—Bajará de un momento a otro, lo sé, Ethan. —La abuela dejó de hacer punto—. ¿Por qué no vas con tus amigos y vienes a recogerla dentro de unos minutillos?

Pero yo no quería irme. Ésta podía ser la última noche que estuviésemos juntos. Incluso aunque la pasáramos metidos en el cuarto de Lena, aún quería estar con ella.

—Al menos, sal y escucha mi nueva canción, tío. Luego, vuelves y esperas a que baje —insistió Link, con las baquetas en la mano.

—Creo que sería lo mejor —comentó Macon mientras se servía otra copa de whisky—. Puedes volver al cabo de unos minutos. Entretanto, debemos discutir unas cuantas cosas.

El asunto estaba zanjado. Me estaba dando la patada.

—Una canción. Luego, esperaré ahí fuera, en el porche. —Miré a Macon—. Y sólo un rato.

El prado situado detrás de la mansión Ravenwood era un hervidero de gente. En uno de los extremos se alzaba un escenario improvisado con focos portátiles muy similares a los usados para la recreación de la parte de la batalla de Honey Hill que sucedía de noche. Los altavoces vomitaban música a todo volumen, pero resultaba difícil oírla por encima del retumbar lejano de los cañones.

Seguí a Link hasta el escenario, donde ya se estaban preparando los Holy Rollers: el guitarrista, un tipo con los brazos cubiertos de tatuajes y lo que parecía ser una cadena de bici enrollada al cuello, ajustaba el amplificador de *la guitarra eléctrica; el bajista* llevaba *el pelo en plan* pelo pincho a juego con el maquillaje negro alrededor de los ojos; el otro músico tenía tantos piercings que hacía daño sólo mirarlo. Ridley se subió de un brinco al escenario, se sentó y saludó con la mano.

—Espera a oírnos tocar rock. Sólo desearía que Lena estuviera aquí para oírlo.

—Bueno, no querría decepcionarte.

Lena se acercó por detrás de nosotros y me rodeó la cintura con los brazos. Tenía los ojos enrojecidos por las lágrimas, pero en la oscuridad parecía como todos los demás.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha cambiado de idea tu tío?

—No exactamente, pero ojos que no ven, corazón que no siente, y tampoco me importa si se entera.

No dije nada. Jamás había entendido la relación entre Macon y su sobrina, no más de lo que ella entendía la mía con Amma, pero supe que iba a sentirse fatal cuando todo esto acabase. Era incapaz de soportar que alguien dijera nada malo de su tío, ni siquiera yo; por lo cual, decirlo ella era todavía aún peor.

—¿Te has escapado?

—Sí, Larkin me echó una mano.

Larkin se acercó a nosotros con una copa de plástico.

—Sólo se cumplen dieciséis una vez, ¿vale?

Esto no es una buena idea, L.

Un baile, sólo quiero eso. Después, volveré.

Link se dirigió hacia el escenario.

—Te he compuesto una canción por tu cumple, Lena. Te va a encantar.

—¿Cómo se titula? —pregunté yo con desconfianza.

—*Dieciséis lunas*. ¿Recuerdas esa extraña canción que no encontrabas en el iPod? Me vino a la cabeza la semana pasada toda enterita. Bueno, Rid me ayudó un poquito. —Esbozó una ancha sonrisa—. Podría decirse que tuve una musa, supongo.

Me quedé sin habla, pero Lena me apretó la mano y Link agarró el micrófono. Ya no había forma humana de detenerle. Ajustó el pie del micrófono para tener el micro delante de la boca. Bueno, para ser sinceros, más que delante de la boca, se lo metió dentro, y resultaba bastante grosero. Link había visto demasiados conciertos de la MTV en casa de

Earl. Había que reconocerlo, sagrado o no, estaba a punto de ponerse a rodar por el escenario. Bien mirado, le estaba echando un par de narices.

Cerró los ojos.

—Un, dos, tres.

El guitarrista, el tipo hosco con la cadena de bici enrollada en el cuello, golpeó una cuerda y arrancó una nota a la guitarra. Sonó horrroroso y los amplificadores del otro lado del escenario gimieron. Aquello no iba a ser agradable. Y luego, vino otra nota y otra más.

—Damas y caballeros, si es que hay alguno por aquí cerca. —Link alzó una ceja y una cascada de risas surgió entre el público—. Me gustaría desearle a Lena un feliz cumpleaños. Y ahora, cogeos de las manos para escuchar el estreno mundial de mi nuevo grupo, los Holy Rollers.

Link le guiñó un ojo a Ridley. El pobre se creía Mick Jagger. Me sentí mal por él y apreté la mano de Lena. Tuve la sensación de hundir los dedos en las aguas de un lago en pleno invierno, cuando la superficie está caliente por el sol y un centímetro por debajo es puro hielo. Me estremecí, pero no la solté.

—Espero que estés lista para esto. Va a pegarse un tortazo de campeonato.

Ella alzó los ojos y le miró con gesto pensativo.

—No estoy tan segura de eso.

Ridley se mantuvo sentada en el escenario, sonriendo y agitando los brazos como la más enfervorecida fan. La brisa le alborotaba los cabellos y algunos mechones rosáceos y dorados se le enroscaban en los hombros.

Entonces escuché los primeros acordes de una melodía conocida, y empezó a sonar a todo meter por los altavoces *Dieciséis lunas*. Sólo que esta vez el acabado no era el de una maqueta, no se parecía en nada a los temas de las maquetas de Link. Eran buenos, eran realmente buenos, y el público enloqueció. Los alumnos del Instituto Jackson iban a tener su baile después de todo. Sólo que estábamos en un prado, en medio de la

finca de Ravenwood, la plantación más temida y de peor fama de todo Gatlin. La potencia era alucinante, arrebatadora como un delirio. Todos bailaban y la mitad de los asistentes también cantaba, lo cual era una locura, dado que nadie antes había escuchado la canción. La música arrancó una sonrisa incluso a Lena, y los dos empezamos a movernos al ritmo de la multitud, pues era imposible resistirse.

—Están tocando nuestra canción. —Buscó y encontró mi mano.

—Eso mismo estaba pensando yo.

—Lo sé —aseguró mientras entrelazaba sus dedos con los míos y me provocaba descargas por todo el cuerpo—. Y el grupo es muy bueno —aseguró a voz en grito para hacerse oír por encima de la bulla del gentío.

—¿Bueno? ¡Estos tíos son geniales! Como el día de hoy, el mejor en la vida de Link.

Lo dije en serio. Link, los Holy Rollers, el fiestón, todo aquello era una verdadera locura. Ridley se balanceaba en un extremo del escenario sin dejar de chupetear su piruleta. No era el mayor despropósito que había visto a lo largo de ese día, pero tampoco le iba a la zaga.

Lena y yo seguimos bailando, y los cinco minutos transcurrieron una y otra vez hasta ser veinticinco, y luego cincuenta y cinco, sin que ninguno de los dos nos diéramos cuenta ni nos importara. Habíamos detenido el tiempo, o al menos así era como lo sentíamos. Sólo disponíamos de un baile, pero íbamos a apurarlo todo lo posible por si acaso no teníamos ninguno más.

Larkin no tenía prisa alguna. Bailaba bien apretado con Emily, se estaban dando el lote junto a uno de los fuegos que alguien había encendido en los viejos cubos de basura. Emily llevaba la chupa de Larkin y de vez en cuando él le desnudaba el hombro y le pegaba un lametón en el cuello o hacía alguna otra grosería. Se estaba comportando como una auténtica serpiente.

Lena se volvió hacia la fogata y le dijo a voz en grito:

—¡Eh, Larkin! Tiene como unos dieciséis.

El chico sacó la lengua, que se desplegó hacia el suelo de un modo impracticable para cualquier mortal.

Emily no pareció darse cuenta. Se desenredó de Larkin y se acercó a Savannah, que bailaba con Charlotte y Edén, situadas justo detrás.

—Venga, chicas. Démosle a Lena su regalo.

Savannah alargó la mano hacia su bolso plateado, por cuya abertura asomaba un paquetito envuelto con papel y cinta plateados. Tiró de él para cogerlo.

—Es un detallito sin más.

—Toda chica debería tener uno —apuntó Emily, articulando mal las palabras.

—El metálico va a juego con todo. —Edén apenas podía contener las ganas de rasgar el papel de regalo ella misma.

—Tiene el tamaño justo para que te quepa el móvil y el pintalabios, por ejemplo. —Charlotte le dio el regalo—. Vamos, ábrelo.

Lena sostuvo el paquete y les sonrió.

—Savannah, Emily, Edén, Charlotte, no tenéis ni idea de lo que esto significa para mí.

Ninguna de ellas le pilló el sarcasmo, pero yo sí estaba al tanto, sabía qué significaba exactamente para ella.

Estúpidas a la enésima potencia.

Mi novia no me miró o los dos nos hubiéramos echado a reír a mandíbula batiente. Luego, mientras nos abríamos paso hacia la zona donde bailaba toda la gente, lanzó el paquetito a la fogata, donde las llamas amarillas y azafranadas devoraron el envoltorio y consumieron el bolsito metálico, que quedó reducido a humo y cenizas.

Los Holy Rollers se tomaron un descanso y Link se dejó caer junto a nosotros para disfrutar de la gloria de su debut musical.

—Ya te dije que éramos buenos. Estamos a un paso de firmar con una discográfica. —Link me dio un codazo en las costillas, como en los viejos tiempos.

—Tenías razón, tío. Sois geniales. —Debía admitirlo, aunque tuviera de su lado a Piru-Ridley.

Savannah Snow se paseó por allí, exhibiéndose, probablemente para hacer tartamudear a Link.

—Hola, Link. —Y parpadeó de forma insinuante.

—Hola, Savannah.

—¿Crees que podrías reservarme un baile? —Era increíble. Estaba ahí delante, mirándole como si fuera una verdadera estrella de rock—. No sé qué haré si no consigo uno —añadió, y le dedicó otra sonrisa de Reina de los Hielos.

Me sentí atrapado en uno de los sueños de Link, o tal vez de Ridley. Y en ese momento, ella apareció.

—Aparta esas manos de mi chico, reina del baile, este modelo de portada es sólo mío. —Ridley le rodeó con el brazo, cubriendo otras partes clave de su anatomía para marcar el territorio.

—Lo siento, Savannah. Quizá la próxima vez.

Link se guardó las baquetas en el bolsillo trasero y los dos regresaron a la zona de baile, donde Ridley siguió con sus contoneos de peli para adultos. Ése debió de ser el mejor momento de toda la vida de Link, tanto es así que uno se hubiera podido preguntar si era su cumpleaños.

Mi amigo volvió al escenario cuando terminó la canción.

—Tenemos un último tema escrito por una buena amiga mía. Está dedicada a una gente muy *especial* del Instituto Jackson. Sabréis a quiénes de vosotros se refiere.

El escenario se quedó a oscuras, pero las luces volvieron con el primer punteo de guitarra. Link llevaba una camiseta de los Ángeles de

Jackson con las mangas arrancadas. Tenía un aspecto ridículo, ésa era su intención. Huy, si su padre pudiera verle ahora…

Se acercó al micro y comenzó a lanzar un hechizo de su propia cosecha.

Los Ángeles a mi alrededor se precipitan.
El dolor a más dolor se extiende.
Tus flechas rotas me atormentan.
¿Qué es lo que no se entiende?
Lo que aborreces en tu fatalidad
conviertesen tu destino, Ángel caído.

Era la canción de Lena, la que había compuesto para Link.

Conforme se siguió desgranando la música, cada integrante de los Ángeles del Jackson bailó al ritmo de la canción destinada a ellos. Quizá todo fuera cosa de Ridley, quizá no. La cuestión fue que para cuando hubo concluido la canción y Link hubo lanzado la camiseta a la hoguera, se palpaba en el ambiente que muchas más cosas iban a arder en las llamas. Todo cuanto había parecido duro e insalvable durante tanto tiempo se consumió para desvanecerse con el humo.

Mucho tiempo después de que el grupo hubiese dejado de tocar, incluso cuando no era posible encontrar en ningún sitio a Ridley y a Link, Savannah y Emily todavía seguían siendo encantadoras con Lena, y de pronto, el equipo de baloncesto al completo volvió a dirigirme la palabra.

Miré a mi alrededor en busca de algún pequeño indicio en alguna parte, a la búsqueda de una piruleta, ese único hilo delator que me permitiera desenredar toda la madeja.

Pero no había nada, salvo la luna, las estrellas, la música, los focos y el gentío. Lena y yo ya no bailábamos, pero seguíamos agarrados. Nos

balanceábamos de acá para allá mientras por mis venas fluía una ola de calor, frío, energía y miedo. En cuanto dejó de sonar la música, seguimos en nuestra burbuja de cuchicheos. Ya no estábamos solos en nuestra cueva de mantas, pero aún era todo perfecto.

Me apartó con suavidad, con esa forma suya propia de los momentos cuando tenía algo en mente, y alzó los ojos hacia mí. Era como si me mirase por primera vez.

—¿Qué te pasa?

—Nada, yo… —Se mordió el labio inferior con nerviosismo, y respiró hondo—. Es sólo que hay algo que debo decirte.

Intenté leerle el pensamiento, el rostro, o algo, pues empezaba a tener la percepción de que se repetía todo lo de la semana previa a las vacaciones de Navidad y estábamos en los pasillos del instituto en lugar de en el campo de Greenbrier.

Mantuve los brazos alrededor de su cintura y tuve que resistirme a la tentación de estrecharla con más fuerza para asegurarme de que no podía irse.

—¿Qué pasa? Puedes decirme lo que sea.

Apoyó los brazos en mi pecho.

—Quiero decirte una cosa por si esta noche sucede algo…

Lena me miró a los ojos y lo dijo con tanta claridad como si me lo hubiera susurrado al oído, salvo que significaba más que si hubiera pronunciado las palabras en voz alta, las dijo de la única manera que importaba entre nosotros, de la forma en que nos habíamos encontrado el uno al otro desde el principio, de la forma en que siempre encontrábamos el camino de regreso.

Te quiero, Ethan.

Durante unos instantes no supe qué responder, porque «te quiero» no me parecía bastante. No dije nada de lo que quería decirle: que ella me había salvado de aquel pueblo, de mi vida y de mi padre, y de mí

mismo. ¿Cómo cabía todo eso en dos palabras? No era posible, pero aun así las dije, porque deseaba pronunciarlas.

Yo también te quiero, Lena, y creo que te querré siempre.

Se acomodó otra vez junto a mí, reposando la cabeza en mi hombro. Sentí el calor de sus cabellos sobre el mentón y otra cosa más, algo que jamás creí que iba a ser capaz de alcanzar: esa parte que Lena mantenía lejos del mundo. Noté que estaba abierta el tiempo suficiente para permitirme entrar. Lena me estaba dando una parte de sí misma, la única realmente suya. Yo deseé recordar ese sentimiento y aquel momento como si fuera un recuerdo al que acudir cuantas veces quisiera.

Yo quería que todo permaneciera así para siempre.

Y para siempre resultó durar exactamente cinco minutos más.

11 DE FEBRERO

La chica de la piruleta

Lena y yo seguíamos bailando al ritmo de la música cuando Link se abrió paso a codazos entre la multitud.

—Eh, tío, te he buscado por todas partes.

Al llegar a donde estábamos, se dobló en dos y apoyó las manos en las rodillas mientras intentaba recobrar el aliento.

—¿Dónde está el fuego?

—Se trata de tu padre: se ha subido en pijama al balcón de Fallen Soldiers.

Según la *Guía de viaje de Carolina del Sur*, Fallen Soldiers era un museo de la Guerra de Secesión, pero en realidad sólo era la vieja casa de Gaylon Evans, que estaba repleta de sus recuerdos sobre la contienda. Gaylon había legado la casa y la colección de bártulos a su hija Vera y ésta, desesperada por convertirse en miembro de las Hijas de la Revolución Americana, había dado permiso a las compinches de la señora Lincoln para que la restaurasen y la convirtieran en el único museo de Gatlin.

—Genial.

No le bastaba con avergonzarme en casa, ahora había decidido aventurarse fuera. Link pareció perplejo. Probablemente, había esperado por mi parte una reacción de sorpresa al saber que mi padre vagaba por ahí

en pijama. Ignoraba que aquello era un incidente de lo más normal. Eso me hizo caer en la cuenta de lo que poco que él sabía de mi vida en los últimos tiempos, considerando que era mi mejor amigo, mi único amigo.

—Ethan, está en el balcón. Es como si fuera a saltar.

Fui incapaz de moverme. Oía sus palabras, pero no podía reaccionar. Me había avergonzado de mi padre en los últimos tiempos, pero le seguía queriendo, y estuviera o no como una regadera, no podía perderle. No me quedaba ningún familiar más.

¿Estás bien, Ethan?

Miré a Lena. Sus enormes ojos verdes mostraban preocupación. Esa noche también podía perderla a ella, podía perderlos a los dos.

—¿Me has oído, Ethan?

Debes ir, Ethan. Vamos, todo irá bien.

—¡Venga, tío! —me urgía Link, tirando de mí.

La estrella de rock había desaparecido y ahora sólo quedaba mi mejor amigo intentando salvarme de mí mismo, pero no podía abandonar a Lena.

No pienso dejarte aquí sola, dependiendo sólo de ti.

Por el rabillo del ojo vi a Larkin acercándose hacia nosotros. Se había soltado del abrazo de Emily por unos momentos.

—¡Larkin!

—Sí, ¿qué ocurre?

Parecía percibir que algo se había puesto en marcha; de hecho, parecía preocupado, y eso era mucho para un tipo cuya expresión solía ser siempre de desinterés.

—Necesito que lleves a Lena de vuelta a Ravenwood.

—¿Por qué?

—Tú limítate a llevarla a la mansión.

—Voy a estar bien, Ethan, vete tranquilo. —Lena me empujó hacia Link. Estaba tan preocupada como yo. Aun así, no me moví.

—Que sí, hombre —concedió Larkin—, la llevaré a casa ahora mismo.

Link tiró de mí una última vez y los dos atravesamos la multitud. Ambos sabíamos que yo podía estar a pocos minutos de convertirme en alguien con sus padres muertos.

Corrimos por los campos de Ravenwood, llenos de gente, en dirección a la carretera y a Fallen Soldiers. Enseguida nos encontramos con el aire saturado por la pólvora de la recreación y al cabo de pocos segundos se pudo oír una descarga de fusilería. La parte vespertina de la campaña estaba en todo su apogeo. Nos estábamos acercando al extremo de la plantación Ravenwood, donde terminaba ésta y comenzaba Greenbrier. Pude ver en la oscuridad el centelleo de las cuerdas de amarillo fosforito que señalizaban la zona de seguridad.

¿Y si llegábamos demasiado tarde?

Fallen Soldiers estaba a oscuras. Link y yo subimos los escalones de dos en dos, intentando ascender los cuatro pisos lo más deprisa posible. Me detuve de forma instintiva nada más llegar al tercer piso. Link se percató enseguida, como hacía cuando estaba a punto de pasarle la pelota cada vez que intentaba agotar el tiempo de posesión, y se detuvo a mi lado.

—Tu padre está ahí arriba.

Pero no fui capaz de moverme. Mi amigo me lo adivinó en la cara, supo a qué le tenía miedo. Había estado a mi lado en el funeral de mi madre: repartió claveles blancos entre los asistentes para que pudieran depositarlos encima del féretro mientras mi padre y yo mirábamos la tumba como si también nosotros estuviéramos muertos.

—¿Y si…? ¿Y si ha saltado ya?

—De ningún modo. Rid está con él. Ella jamás permitiría que sucediera eso.

«Si usa tu poder contigo y te dice que saltes por un barranco, tú lo haces».

Empujé a Link al pasar para subir el último tramo de escaleras y observé el corredor desde la entrada. Todas las puertas estaban cerradas, excepto una. La luz de la luna bañaba el sucio suelo de tablones de pino.

—Está aquí —me informó Link, pero ya lo sabía.

Entrar allí fue como retroceder en el tiempo. Las Hijas de la Revolución Americana habían hecho un trabajo realmente soberbio. En un rincón había un enorme hogar de piedra con una gran repisa de madera repleta de velas alargadas que goteaban cera conforme se iban consumiendo y al otro lado de la chimenea se hallaba una cama con dosel; los ojos de los caídos de la Confederación devolvían fijamente la mirada desde sus retratos de color sepia, pero, aun así, había algo fuera de lugar: un olor dulzón a almizcle, demasiado dulce, una mezcla de peligro e inocencia, aunque Ridley fuera cualquier cosa menos inocente.

Ridley estaba de pie junto al balcón, con el pelo ondulado por el viento. Las puertas en cuestión estaban abiertas de par en par y las cortinas cubiertas de polvo se metían en la habitación casi a empujones, por efecto del viento. Como si alguien ya hubiera saltado.

—Le encontré —anunció Link a Ridley.

—Eso ya lo veo. ¿Cómo va eso, Perdedor? —Me dedicó una dulce sonrisa de lo más forzada, tanto que me dieron ganas de vomitar y al mismo tiempo estuve tentado de devolvérsela.

Me acerqué despacio al balcón, temeroso de que mi padre ya no estuviera allí, pero se encontraba en el estrecho saledizo, al otro lado de la barandilla, descalzo y vestido sólo con su pijama de franela.

—¡Papá, no te muevas!

Patos, llevaba dibujados patos en el pijama, lo cual estaba un poco fuera de lugar, considerando que podía saltar desde un edificio.

—No te acerques más o saltaré, Ethan —me avisó. Parecía tener la mente despejada y hacía meses que no se le veía tan lúcido y decidido.

Su voz sonaba muy parecida a la de mi padre, y supe que no era él quien hablaba, o al menos no lo hacía por iniciativa propia. Todo era cosa de Ridley y su poder de persuasión exprimido al máximo.

—Papá, tú no quieres saltar. Déjame ayudarte. —Me acerqué un par de pasos.

—¡Alto ahí! —gritó mientras soltaba una mano para señalarme.

—No deseas la ayuda de tu hijo, ¿a que no, Mitchell? Sólo anhelas algo de paz. Sólo quieres ver de nuevo a Lila —intervino Ridley, apoyada en la pared con la piruleta suspendida en el aire y lista para empezar a darle lametones.

—¡No menciones el nombre de mi madre, bruja!

—Pero ¿qué haces, Rid? —inquirió Link, de pie ante la puerta del balcón.

—Mantente al margen, Encogido. Esta liga no es la tuya.

Me puse enfrente de Ridley, interponiéndome entre ella y mi padre, como si eso pudiera desviar su poder.

—¿Por qué haces esto, Ridley? Él no tiene nada que ver con Lena ni conmigo. Si quieres hacerme daño, adelante, hazlo, pero deja a mi padre fuera de esto.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada que sonó seductora y perversa.

—No tengo especial interés en hacerte daño, Perdedor. Sólo hago mi trabajo. No es nada personal.

Se me heló la sangre en las venas.

Su trabajo.

—Haces esto por Sarafine.

—Vamos, por favor, ¿y qué esperabas, Perdedor? Tú has visto cómo me trata mi tío y conoces todo el embrollo familiar. Ahora mismo no tengo otra opción.

—¿De qué hablas, Rid? ¿Quién es Sarafine? —preguntó Link, y se acercó hacia ella.

Ridley le miró. Durante un segundo creí ver algo en su semblante, algo que parecía una emoción auténtica, pero se la quitó de encima y desapareció tan pronto como había llegado.

—Creo que quieres regresar a la fiesta, ¿verdad, Encogido? El grupo está calentando motores para una segunda actuación. Recuerda: estamos grabando este directo para la nueva maqueta. Yo misma voy a llevarla a un sello discográfico de Nueva York —ronroneó sin dejar de mirarle intensamente.

Link parecía desconcertado, como si de verdad quisiera volver a la fiesta, pero no estuviera seguro del todo.

—Papá, escúchame. No quieres hacer esto. Ella te está controlando. Es capaz de influir en la gente, eso es lo que hace. Mamá jamás habría querido que tú hicieras esto.

Le miré en busca de algún indicio de que mis palabras causaban algún efecto, de que me escuchaba, pero no lo encontré. A lo lejos se oían los gritos de los hombres de la batalla y el estruendo de las bayonetas.

—No tienes ningún motivo para vivir, Mitchell. Has perdido a tu esposa, eres incapaz de escribir una línea y tu hijo se irá a la universidad en un par de años. Si no me crees, pregúntale acerca de esa caja de zapatos llena de folletos sobre campus universitarios. Vas a quedarte solo.

—¡Cállate!

Ridley se volvió hacia mí mientras le quitaba el envoltorio a otra piruleta.

—Lamento todo esto, Perdedor, de veras que sí, pero todo el mundo debe representar un papel, y éste es el mío. Tu padre va a tener un *accidente* esta noche, igual que le ocurrió a tu madre.

—¿Qué acabas de decir?

Link estaba hablando, yo lo sabía, pero no podía oír su voz; de hecho, era incapaz de escuchar nada, salvo esas palabras que retumbaban una y otra vez en mi cabeza.

«Igual que le ocurrió a tu madre».

—¿Mataste tú a mi madre? —pregunté mientras avanzaba hacia ella. Me daba igual cuáles fueran sus poderes, si ella había matado a mi madre…

—Cálmate, grandullón. No fui yo. Eso ocurrió antes de que llegara mi momento.

—¿De qué demonios va todo esto, Ethan? —Link se había situado junto a mí.

—Ella no es lo que parece, tío. Es… —No encontraba la forma de explicárselo de modo que pudiera entenderlo—. Es una *Siren*, algo muy similar a una bruja. Te ha estado controlando exactamente igual que ahora domina a mi padre.

Mi amigo se echó a reír.

—Una bruja. A ti te falta un tornillo, tío.

No aparté la mirada de Ridley. Esbozó una sonrisa y recorrió el pelo de Link con los dedos.

—Vamos, cielo, tú sabes que te encantan las chicas malas.

Yo no tenía ni idea del alcance de sus poderes, pero sabía que era capaz de matar a cualquiera después de lo que había visto en Ravenwood. No tenía que haberla tratado como si sólo fuera cualquier otra chica inofensiva de la fiesta. Aquello me venía grande, pero sólo ahora empezaba a darme cuenta de hasta qué punto era así.

Link nos miraba sin saber a quién creer.

—No bromeo, colega. Debería habértelo contado antes, pero te juro que te estoy diciendo la verdad. ¿Por qué razón si no está intentando matar a mi padre?

Link empezó a andar de un lado a otro. No me creía. Lo más probable era que pensara que me había vuelto loco. Me pareció una locura incluso a mí cuando lo expresé en voz alta.

—¿Es eso cierto, Ridley? ¿Has usado algún poder sobre mí durante todo este tiempo?

—Si quieres buscarle tres pies al gato…

Mi padre soltó una mano de la barandilla y extendió el brazo como si anduviera por la cuerda floja y con ese gesto quisiera mantener el equilibrio.

—¡Papá, no!

—No hagas esto, Rid —pidió Link. La cadena de su llavero tintineó cuando se acercó a ella lentamente.

—¿No has oído a tu amigo? Soy una bruja… mala. —Se quitó las gafas de sol, dejando ver sus dorados ojos felinos. Noté cómo a Link se le formaba un nudo en la garganta y le costaba respirar, como si la viera como realmente era por primera vez, pero sólo duró un instante.

—Tal vez sí, pero no eres del todo mala. Eso lo sé. Hemos pasado tiempo los dos juntos, hemos *compartido* cosas.

—Eso formaba parte del plan, tío bueno. Necesitaba a alguien que estuviera en el ajo para poder estar cerca de Lena.

A Link se le descompuso el rostro. Con independencia de lo que Ridley le hubiera hecho o el hechizo que hubiera usado, los sentimientos de mi amigo hacia ella persistían.

—¿Todo era de pega? Vamos, no te creo.

—Créete lo que quieras, pero es la verdad, o lo más parecido a la verdad que soy capaz de decir.

Observé cómo mi padre, todavía con el brazo estirado, cambiaba el peso de un pie a otro. Daba la impresión de estar probando sus alas para ver si era capaz de volar. Un proyectil de artillería golpeó el suelo a pocos metros de distancia y levantó un montón de tierra.

—¿Y qué hay de todo eso que me habías contado sobre que habíais crecido juntas y que erais como hermanas? ¿Por qué ibas a querer hacerle daño?

Algo ensombreció las facciones de la *Siren*. No estaba seguro, pero me pareció arrepentimiento. ¿Sería eso posible?

—No es cosa mía. Yo no llevo las riendas. Como ya he dicho, éste es mi cometido: alejar a Ethan de Lena. No tengo nada en contra de ese

viejales, pero su mente es débil. Ya sabes, pan comido. —Dio una chupada a la piruleta—. Sólo era un objetivo fácil.

«Alejar a Ethan de Lena».

Todo aquello era una simple distracción para separarnos. Aún oía la voz de Arelia con la misma claridad que si estuviera arrodillada junto a mí y diciendo: «No es la casa lo que la protege. Ningún *Caster* puede interponerse entre ellos».

¿Cómo podía haber sido tan tonto? La cuestión no era si yo tenía o no alguna clase de poder. No se refería a mí, sino a nosotros.

El poder era lo que existía entre nosotros, lo que siempre había estado ahí. Cuando nos encontramos bajo la lluvia en la Route 9, en la bifurcación, no había sido necesario un hechizo de Vinculación para mantenernos juntos. Ahora que habían conseguido separarnos, yo me hallaba impotente y Lena estaba sola la noche en que más me necesitaba.

Era incapaz de pensar con claridad. No tenía tiempo y no iba a perder a una de las personas que más quería. Corrí hacia mi padre; a pesar de que se encontraba a unos pocos metros, aquello fue como correr sobre la arena. Vi cómo Ridley se adelantaba con los cabellos revueltos por el viento; parecía Medusa: serpientes por cabellos.

Link dio un paso adelante y la cogió por el hombro.

—No lo hagas, Rid.

Durante una centésima de segundo no tuve ni idea de lo que estaba a punto de ocurrir, pero lo vi todo a cámara lenta.

Mi padre se dio la vuelta para mirarme.

Vi cómo empezaba a soltarse de la barandilla.

Atisbé cómo se ensortijaban las hebras rubias y rosas de la *Siren*.

Y vi a Link plantarse delante de ella y mirar aquellos ojos dorados antes de susurrar algo que no logré escuchar. Ella le miró, y sin mediar palabra, la piruleta salió disparada por encima del balcón y describió un arco mientras caía sobre el suelo, donde explotó como una granada.

Todo se había terminado.

Mi padre se volvió hacia la barandilla, y hacia mí, tan deprisa como se había alejado. Le sujeté por los hombros y tiré de él hacia delante, pasó por encima de la barandilla y lo llevé a tierra firme, donde se desplomó como un saco de patatas, y allí tendido me buscó con la mirada igual que un niño asustado.

—Gracias, Ridley, de veras. Sea como sea, gracias.

—No quiero tu agradecimiento —se burló, apartándose de Link con un empujón y ajustándose el top—. Tampoco te he hecho ningún favor. No me apetecía matarle… hoy.

Hizo lo posible por resultar amenazante, pero acabó por parecer una pura chiquillada.

—Aunque esto va a enfadar horriblemente a alguien —añadió mientras se retorcía un mechón rosado del pelo.

No necesitaba aclarar a quién se refería, pero vi pánico en sus ojos. Durante un segundo pude apreciar que gran parte de su personaje era pura farsa, apariencia, una cortina de humo.

A pesar de todo, me daba lástima incluso ahora, mientras intentaba tirar de mi padre para que se pusiera de pie. Ridley podía tener a cualquier chaval del planeta, aun así, estaba totalmente sola. Su fortaleza no se *acercaba a la de Lena* ni por asomo.

Lena.

Lena, ¿estás bien?

Lo estoy. ¿Ocurre algo malo?

Miré a mi padre, incapaz de mantener los ojos abiertos y con problemas para sostenerse en pie.

Nada. ¿Estás con Larkin?

Sí, estamos regresando a la mansión Ravenwood. ¿Está bien tu padre?

Sí. Te lo contaré todo cuando llegue allí.

Deslicé un brazo por debajo del hombro de mi padre y Link le sujetó por el otro lado.

Quédate con Larkin y vuelve dentro con tu familia. No estás a salvo sola.

Ridley pasó junto a nosotros dando grandes zancadas y, antes de que pudiéramos dar un paso, llegó a la entrada y cruzó el umbral rápidamente con esas piernas suyas kilométricas.

—Lo siento, chicos. Voy a pillar un avión. Me voy a borrar del mapa una temporada. Tal vez vuelva a Nueva York. —Se encogió de hombros—. Es una ciudad chula.

Mi amigo no podía dejar de mirarla aunque fuera un monstruo.

—¡Eh, Rid!

Ridley se detuvo y se volvió a mirarle, casi a regañadientes, como si no pudiera evitar ser lo que era, igual que un tiburón no puede dejar de serlo, pero si pudiera…

—¿Sí, Encogido?

—No eres toda maldad.

Ella le miró fijamente y esbozó una media sonrisa.

—Ya sabes lo que suele decirse: es que soy así.

11 DE FEBRERO

Reunión familiar

Regresé a la fiesta en cuanto dejé a mi padre en las capacitadas manos de los servicios médicos de la recreación. Me abrí camino entre las chicas del instituto; se habían quitado las cazadoras y tenían una pinta tremenda con los tops de tirantes y las camisetas playeras mientras daban vueltas al ritmo de los Holy Rollers. Menos Link, en cuyo favor tengo que decir que venía pisándome los talones. Aquello era un follón. El concierto en vivo del grupo sonaba a toda pastilla y las descargas de artillería eran atronadoras. El ruido era tal que apenas oí a Larkin.

—¡Ethan, por aquí!

Larkin estaba entre los árboles, justo detrás de la cuerda amarilla fluorescente que avisaba: «Vas-a-llevarte-un-disparo-en-el-culo-si-cruzas-esta-línea-de-seguridad». ¿Qué hacía en el bosque, más allá de la zona de seguridad? ¿Por qué no había regresado a la mansión? Le hice un gesto con la mano y me contestó por señas antes de desaparecer tras una pendiente. Sortear la cinta de un salto habría sido una elección temeraria y difícil otro día, pero no hoy: no me quedaba más alternativa que seguirle. Link venía a trompicones detrás de mí, pero conseguía aguantar mi ritmo, tal y como solía ocurrir.

—Eh, Ethan.

—¿Sí?

—Es sobre Ridley. Tenía que haberte escuchado.

—Está bien, tío. No podías evitarlo. Y yo tenía que habértelo contado todo.

—No sufras, tampoco te habría creído.

El fuego de artillería resonó por encima de nuestras cabezas. Ambos las agachamos de forma instintiva.

—Espero que sea munición de fogueo —admitió Link, algo nervioso—. ¿No sería una locura que mi propio padre me pegase un tiro aquí?

—Con la suerte que tengo últimamente, no me sorprendería que nos alcanzara a los dos con el mismo disparo.

Llegamos a lo alto de la pendiente, desde donde divisé los matorrales, los robles y el humo de la artillería de campaña.

—¡Estamos aquí! —nos avisó Larkin desde el otro lado del matorral. Ese plural me hizo asumir que le acompañaba Lena, por lo cual corrí más deprisa, como si su vida dependiera de ello, lo que, por lo que sabía, podía ser cierto.

Me hice composición de lugar sobre dónde estábamos. En Greenbrier había un pasaje abovedado que conducía hacia el jardín. Lena y Larkin nos esperaban en el claro, al otro lado del jardín, en el mismo lugar donde habíamos exhumado la tumba de Genevieve haría cosa de unas semanas. Nos encaminamos hacia allí.

Cuando nos encontrábamos a pocos metros de ellos, una figura salió de las sombras y ocupó la zona bañada por la luz de la luna. Estaba oscuro, sí, pero teníamos la luna llena justo encima de nosotros.

Parpadeé. Era… Era…

—¡Mamá! Pero ¿qué demonios haces tú aquí?

Link se llevó una sorpresa mayúscula cuando vio delante de nosotros a su madre, la señora Lincoln, la peor de mis pesadillas, o al menos una de las fijas en mi top ten. La señora Lincoln parecía encajar o estar fuera de lugar, depende de cómo se mirase. Llevaba unas enaguas

ridículamente grandes y ese estúpido vestido de percal que le apretaba demasiado en la cintura. Estaba justo encima de la tumba de Genevieve.

—Vamos, vamos, jovencito, ya conoces mi opinión sobre el lenguaje vulgar.

Link se frotó la cabeza. No tenía sentido ni para él ni para mí.

¿Qué está pasando, Lena? ¿Lena?

No hubo respuesta. Algo iba mal.

—¿Se encuentra bien, señora Lincoln?

—Estupendamente, Ethan. ¿No es una batalla maravillosa? Y hoy Lena cumple años, me lo ha contado. Os estábamos esperando, o al menos, a uno de vosotros.

Link se acercó.

—Bueno, ya estoy aquí, mamá. Voy a llevarte a casa. No deberías estar fuera de la zona de seguridad. Vas a conseguir que te vuelen la cabeza. Ya conoces la mala puntería de papá.

Agarré a mi amigo por el brazo para retenerle. Pasaba algo raro de verdad. Algo no encajaba en la forma en que su madre nos sonreía ni en el semblante aterrado de Lena.

¿Qué está pasando, Lena?

¿Por qué no me contestaba? Sacó el anillo de mi madre de la sudadera y sostuvo la cadena en la mano. Vi cómo movía los labios en la oscuridad, pero yo apenas oía nada, poco más que un susurro perdido en el rincón más recóndito de mi mente.

¡Vete, Ethan! ¡Vete con tío Macon! ¡Corre!

Pero no podía moverme. No podía abandonarla.

—Link, cielo, ¡qué chico tan considerado eres!

¿Link? La señora que teníamos delante no podía ser la señora Lincoln. Era imposible.

Era igual de raro que le llamara Link, y no Wesley Jefferson Lincoln, como que saliera corriendo por las calles desnuda. Cada vez que

llamábamos a su casa y preguntábamos por Link, ella le recriminaba: «¿Por qué usas ese ridículo apodo cuando tienes un nombre tan digno?».

Link detuvo su avance al notar mi mano sobre su brazo. También se había dado cuenta, lo leí en su rostro.

—¿Mamá?

—¡Ethan, vete! Larkin, Link, que alguien avise a tío Macon —gritó Lena.

No dejó de vociferar. Nunca la había visto tan asustada y corrí hacia ella.

Entonces oí el sonido de una bala al salir por la boca de un cañón, y luego le siguió la ráfaga de viento característica de toda descarga de artillería.

Algo me golpeó en la espalda con gran estruendo. Fue como si me abrieran la cabeza y durante unos instantes todo se volvió borroso.

—¡Ethan!

Oí el grito de Lena, pero fui incapaz de moverme. Me habían disparado, estaba seguro. Luché por mantenerme consciente.

Recuperé la nitidez de la visión al cabo de unos instantes. Estaba en el suelo, con la espalda apoyada sobre un enorme roble. Debía de haber salido disparado hacia atrás hasta estamparme contra el tronco del árbol. Busqué la herida con los ojos, pero no encontré rastro alguno de sangre ni el orificio de entrada de la bala. Link estaba recostado sobre otro árbol a pocos metros de mí. Tenía pinta de estar tan grogui como yo. Me incorporé y me acerqué a Lena dando tumbos hasta chocar de frente contra algo y caer de espaldas sobre el suelo. Era exactamente como cuando en casa de las Hermanas, no advertí que la puerta corredera estaba cerrada porque era de cristal, y literalmente me la tragué.

No me habían disparado. Me habían herido con otro tipo de arma.

—¡Ethan! —gritó Lena.

Me puse de pie y avancé muy despacio. A mi alrededor había un muro intangible tan imperceptible como aquella puerta de cristal. La

emprendí a golpes, pero no hubo ruido alguno cuando mi puño dio con esa superficie invisible. ¿Qué más podía hacer? Fue entonces cuando me di cuenta de que también Link golpeaba las paredes invisibles de su jaula.

La señora Lincoln me dedicó una sonrisa mucho más malvada que cualquiera que hubiera logrado esbozar Ridley en su día más inspirado.

—¡Suéltalos! —aulló Lena.

Los cielos se abrieron y las nubes vaciaron literalmente su pesada carga. Parecía como si alguien hubiera vertido un enorme cubo de agua. Aquello era cosa de Lena, cuyo pelo se ensortijaba con furia. La lluvia se convirtió en una cortina de agua y empezó a caer inclinada, atacando a la señora Lincoln desde todas las direcciones. Se caló hasta los huesos en cuestión de segundos.

La señora Lincoln, o quienquiera que fuera, sonreía. Había algo especial en esa sonrisa suya. Era como si estuviera orgullosa.

—No voy a hacerles daño. Sólo deseo tener un rato para que podamos hablar tú y yo. —Un trueno retumbó por encima de su cabeza—. Esperaba tener la oportunidad de ver alguno de tus talentos. ¡Cuánto lamento no haber estado a tu lado para perfeccionar tus dones!

—Calla, bruja.

Lena tenía una expresión hosca. Nunca había visto una mirada tan acerada en sus ojos verdes, ahora duros como el pedernal, fijos en la señora Lincoln. En ellos había resolución, odio e ira. Era como si quisiera arrancarle la cabeza y parecía muy capaz de hacerlo.

Al fin descubrí lo que tanto le había preocupado durante todo el año. Yo sólo había visto su poder de amar, pero también tenía el de destruir. Cuando descubres que posees ambos, ¿cómo los manejas?

La señora Lincoln se volvió hacia Lena.

—Espera a comprender todo lo que puedes hacer y cómo eres capaz de manipular los elementos, ése es el verdadero don de un *Natural*, algo que las dos tenemos en común.

¿Algo que tenían en común?

La señora Lincoln alzó los ojos y la lluvia empezó a caer. Ella no se mojó, parecía que estuviera refugiada bajo un paraguas.

—Ahora mismo provocas aguaceros, pero pronto aprenderás a controlar también el fuego. Déjame enseñarte cómo se juega con el fuego.

¿Aguaceros? ¿Bromeaba? Estábamos en medio de un auténtico monzón.

Un relámpago traspasó las nubes y el cielo se llenó de carga eléctrica en cuanto alzó la palma de la mano. Mantuvo en alto tres dedos con sus uñas perfectamente arregladas. Saltó un chispazo cuando sacudió un dedo: el relámpago impactó en el suelo, levantando un montón de tierra, a poco más de medio metro de donde se encontraba atrapado Link. Movió otro dedo: el rayo hendió por la mitad el roble situado detrás de mí. Y otro más: el relámpago alcanzó a Lena; ésta se limitó a alzar la mano con los dedos extendidos. La llama del rayo rebotó y cayó a los pies de la señora Lincoln. La hierba de los alrededores comenzó a humear y a arder.

La señora Lincoln se carcajeó e hizo un gesto con la mano para apagar el fuego de la hierba.

—No está mal. —Miró a Lena con un destello de orgullo—. De tal palo, tal astilla. Me alegra.

No era posible.

Lena la fulminó con la mirada y dobló las manos en una postura defensiva.

—¿Ah, sí? ¿Y qué dicen de los palos podridos?

—Nada. Nadie ha vivido para contarlo. —Luego, la señora Lincoln, con la trenza oscilando sobre la espalda, las enormes enaguas y ese vestido de percal, se puso frente a Link y a mí. Nos miró fijamente con sus flameantes ojos dorados—. Lo siento mucho, Ethan. Esperaba que nuestro primer encuentro se produjera en circunstancias muy diferentes.

No todos los días una conoce al primer novio de su hija. —Se giró hacia Lena—. Ni a su propia hija.

Tenía razón. Sabía quién era y con quién nos la estábamos jugando.

Sarafine.

Unos instantes después, el rostro, el vestido y la propia señora Lincoln comenzaron a rasgarse y a partirse. Se le empezó a caer la piel por todas partes, como el envoltorio arrugado de un helado. Cuando el cuerpo se desgajó por la mitad, todo se cayó como un abrigo puesto sobre los hombros. Había alguien debajo.

—Yo no tengo madre —chilló Lena.

Sarafine torció el gesto, como si quisiera parecer dolida. Era la madre de Lena, y eso era una verdad genética incuestionable. Tenía el mismo pelo negro rizado de su hija, salvo que ésta era de una belleza sobrecogedora mientras que Sarafine sólo sobrecogía. Su semblante era alargado y hermoso, como el de Lena, pero en vez de sus hermosos ojos verdes, tenía los mismos refulgentes ojos azafranados de Ridley y Genevieve. Y los ojos marcaban la diferencia.

Sarafine llevaba unas botas negras moteras de caña alta y lucía un vestido de terciopelo verde oscuro con corsé, era una mezcla de vestido moderno, en plan rollo gótico, y estilo fin de siglo, todo en uno. Salió literalmente del cuerpo de la humana, cuyos trozos volvieron a unirse como un tejido cosido con puntadas. La verdadera señora Lincoln se derrumbó sobre la hierba entre el revuelo de su miriñaque, quedando al descubierto sus enaguas y la banda elástica de las ligas a la altura de las rodillas.

Link estaba estupefacto.

Sarafine se enderezó y se sacudió para liberarse de todo el peso.

—*Mortal*es. Ese cuerpo era insufrible, torpe e incómodo. Y estaba zampando cada cinco minutos. ¡Qué criaturas tan desagradables!

—¡Mamá, mamá, despierta!

Link se puso a dar golpes en lo que era un campo de fuerza, o algo por el estilo. Daba igual que la señora Lincoln fuera un dragón, era el dragón de Link, y debía de ser muy duro ver cómo la tiraban a un lado igual que a un despojo humano inservible.

Sarafine hizo un ademán. Link seguía moviendo los labios, pero de ellos no salía ningún sonido.

—Eso está mejor. Tienes suerte de que en estos últimos meses no haya tenido que estar todo el tiempo dentro del cuerpo de tu madre. Estarías muerto de otro modo. No sabes la de veces que he estado a punto de matarte, aburrida de que me dieras la tabarra con lo de ese estúpido grupo de rock.

Ahora todo tenía sentido. La cruzada contra Lena, la sesión del comité de disciplina, las mentiras sobre los informes escolares de Lena, incluso los bizcochos de chocolate y nueces tan raros de Halloween. ¿Cuánto tiempo llevaba Sarafine haciéndose pasar por la señora Lincoln?

Dentro de la señora Lincoln.

Nunca hasta ese momento había sabido contra qué nos enfrentábamos. La *Caster* Oscura más poderosa de la época. Ridley parecía inofensiva a su lado. No me extrañaba que Lena llevara temiendo aquel día tanto tiempo.

Sarafine se dio la vuelta y contempló a su hija.

—Tal vez creas que no has tenido una madre, Lena, pero eso es verdad sólo porque tu tío y tu abuela te apartaron de mí. Yo siempre te he querido.

Desconcertaba la facilidad con la que Sarafine pasaba de una emoción a otro, de la sinceridad y el arrepentimiento al asco y al desprecio. Y cada una era tan vacía y falsa como la anterior.

Lena le dedicó una mirada glacial.

—Entonces, ¿por qué has intentado matarme, madre?

Sarafine hizo un esfuerzo por aparentar preocupación, o tal vez sorpresa. No era fácil saberlo, ya que su expresión era poco natural, muy forzada.

—¿Es eso lo que te han contado? Únicamente intenté establecer contacto y hablar contigo. Mis intentos jamás te habrían puesto en peligro de no haber sido por todos esos Vínculos que realizaron, un hecho del que ellos eran conscientes. Comprendo su preocupación, por supuesto. Soy una *Caster* Oscura, una *Cataclyst*, pero Lena, tú mejor que nadie sabes que no tuve alternativa en ese asunto. No tomé esa decisión y eso tampoco cambia lo que siento por ti, mi única hija.

—No te creo —le espetó Lena, pero parecía dubitativa incluso mientras lo decía, como si no supiera qué pensar.

Le eché un vistazo al reloj del móvil. Eran las 21:59. Faltaban dos horas para la medianoche.

Link se desplomó sobre el árbol con la cabeza entre las manos. Yo no era capaz de apartar los ojos de la señora Lincoln, tendida inerte sobre la hierba. También Lena la miraba.

—Ella no está.., ya sabes, ¿verdad?—Necesitaba saberlo por Link.

La bruja intentó hacerse la simpática, pero estaba seguro de que había perdido todo interés en Link y en mí, lo cual casi nos venía bien.

—Volverá a ser igual de desagradable que siempre dentro de un rato. ¡Asquerosa mujer! No tengo interés alguno en ella ni en su retoño. Sólo intentaba mostrar a mi hija la verdadera naturaleza de los mortales: con qué facilidad pueden ser manipulados y lo vengativos que son. —Se volvió hacia su hija—. Han bastado unas pocas palabras de esa mujer para volver a todo un pueblo contra ti. No perteneces a ese mundo, perteneces al mío. —Entonces se volvió hacia Larkin—. Y hablando de cosas desagradables, Larkin, ¿por qué no nos enseñas esos ojitos tuyos de color azul claro? Bueno, quería decir, amarillos.

Larkin sonrió y entrecerró los párpados hasta reducirlos a dos ranuras mientras alzaba los brazos como si se desperezara después de una

larga siesta, pero algo había cambiado cuando abrió los ojos. Bizqueó con vehemencia, y sus ojos se alteraron con cada parpadeo. Casi era posible ver cómo se le recolocaban las moléculas hasta que en el lugar ocupado por Larkin sólo hubo un montón de serpientes. Los ofidios se enroscaron y se subieron uno encima de otro hasta que Larkin volvió a surgir del retorcido montón. Alargó dos serpientes de cascabel a modo de brazos, éstas sisearon mientras retrocedían lentamente para meterse dentro de la chupa de cuero y convertirse en sus manos. Sólo entonces volvió a abrir los ojos, pero no eran los que yo estaba acostumbrado a ver. Nos devolvió la mirada con los mismos ojos dorados de Ridley y Sarafine.

—El verde nunca ha sido mi color. Una de las ventajas de ser un *Illusionist*.

—¿Larkin? —Se me cayó el alma a los pies. Era uno de ellos, un Oscuro. Las cosas iban peor de lo que pensaba.

—¿Qué eres, Larkin? —Lena pareció perpleja, aunque sólo durante unos instantes—. ¿Por qué?

Pero la respuesta se hallaba en los ojos que nos miraban fijamente.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? Oh, no sé, ¿y qué hay de la lealtad a mi familia, por ejemplo?

Larkin giró la cabeza y lamió su mejilla con la lengua mientras la gruesa cadena dorada de su cuello se retorcía como una serpiente.

—La lealtad no es lo mío.

—Has traicionado a todos, incluso a tu propia madre. ¿Cómo puedes vivir con eso?

Sacó la lengua. La serpiente del cuello se le metió en la boca y desapareció. Se la tragó.

—Es mucho más divertido ser Oscuro que Luminoso, prima. Ya lo verás. Somos lo que somos. Estaba destinado a ser esto. No existe razón alguna para luchar contra ello. —Sacó la lengua, ahora bífida, con tanta

doblez como la serpiente que habitaba en su interior—. No veo por qué le das tantas vueltas. Mira a Ridley, se lo pasa en grande.

—¡Eres un traidor! —Lena estaba perdiendo el control. El trueno retumbó sobre nuestras cabezas y el aguacero se intensificó.

—No es el único traidor, hija —replicó Sarafine, y dio varios pasos en dirección a Lena.

—¿De quién hablas?

—De tu querido tío Macon —respondió Sarafine con amargura. Me di cuenta de que a Sarafine no se le había pasado por alto que Macon había hecho de todo para arrebatarle a su hija.

—Mientes.

—Es él quien te ha mentido todo este tiempo. Te ha dejado creer que tu destino estaba predeterminado y que no tenías alternativa. La Luz o la Oscuridad te reclamarán esta noche, durante tu decimosexto cumpleaños.

—Así es. —Lena sacudió la cabeza con obstinación y alzó las palmas de las manos. Un trueno retumbó y empezó a caer un auténtico diluvio. Tuvo que gritar para hacerse oír—. Le sucedió a Ridley, a Reece y a Larkin.

—Tienes razón, pero tú eres diferente. Esta noche no vas a ser Llamada, vas a Llamarte a ti misma.

Las palabras flotaron en el aire como si tuvieran el poder de detener el tiempo. «Llámate a ti misma».

—¿Qué has dicho? —susurró Lena con el rostro tan lívido que durante unos instantes pensé que iba a desmayarse.

—Puedes elegir. Tu tío no te lo ha dicho, estoy segura.

—Eso es imposible. —El ulular del viento sofocaba la voz de Lena, apenas audible.

—Se te permite elegir porque eres mi hija, la segunda *Natural* nacida en la familia Duchannes. Tal vez ahora sea una *Cataclyst*, pero un día fui la primera *Natural* de nuestro linaje. —Sarafine hizo una

pausa y luego recitó un verso—: «La primera será Oscura, pero la segunda podrá elegir volverse Oscura o no».

—No te entiendo —repuso Lena, cuya larga melena chorreaba por todas partes. Las piernas se le doblaron y cayó de rodillas sobre el fango y las hierbas.

—Siempre has tenido la posibilidad de elegir y tu tío lo ha sabido en todo momento.

—¡No te creo! —Lena alzó los brazos y el espacio que había entre ella y su madre se desgajó en montones de tierra que empezaron a girar impulsados por el vendaval. Me protegí los ojos con las manos cuando el polvo y los guijarros volaron como perdigones en todas las direcciones.

—No le hagas caso, Lena —grité para hacerme oír por encima del estruendo de la tormenta—. Ella es Oscura. No le importa nadie. Tú misma me lo dijiste.

—¿Por qué el tío Macon me ocultó la verdad?

Lena me miró fijamente, como si fuera el único capaz de saber la respuesta, y no era así. No podía decir nada. Luego, se puso de pie, dio un pisotón y el suelo comenzó a temblar. Noté la sacudida bajo mis pies. Era la primera vez que un terremoto alcanzaba el condado de Gatlin. Sarafine sonrió. Sabía que su hija estaba perdiendo el control y, por tanto, ella estaba ganando. El aparato eléctrico de la tormenta no cesaba de aumentar en el cielo.

—¡Ya basta, Sarafine! —La voz de Macon retumbó y apareció de la nada—. Deja en paz a mi sobrina.

Ravenwood, a la luz de la luna, parecía diferente esa noche. Tenía un aspecto menos humano y guardaba más semejanza con su verdadera naturaleza, y había algo más, su rostro parecía más joven y delgado. Preparado para luchar.

—¿Te refieres a la hija que me arrebataste?

Sarafine se irguió y empezó a menear los dedos como un soldado cuando revisa su arsenal antes de la batalla.

—Como si ella significara algo para ti —replicó Ravenwood con aplomo mientras se alisaba la chaqueta, tan impecable como de costumbre.

Boo irrumpió de entre los arbustos, como si hubiera acudido a la carrera detrás de él. Su aspecto se correspondía exactamente con lo que era: un enorme lobo.

—Me siento honrada, salvo que, por lo visto, me he perdido la fiesta de cumpleaños de mi hija, pero está bien, siempre nos queda la noche de la Llamada. Todavía faltan un par de horas, y eso no me lo perdería por nada del mundo.

—En tal caso, supongo que te habrás llevado un chasco al no estar invitada.

—Es una pena, ya que yo había convidado a alguien por mi cuenta y se muere de ganas de verte.

Esbozó una sonrisa y agitó los dedos. Igual de deprisa que se había materializado Macon, apareció un hombre recostado sobre un tronco de sauce. Allí no había nadie hacía unos segundos.

—¿Hunting? ¿De qué agujero te ha sacado Sarafine?

El recién llegado guardaba un extraordinario parecido con Macon, pero le superaba en estatura y era algo más joven. Tenía el pelo brillante y lacio, negro como la tinta, y una piel tan pálida como la de su hermano, pero donde Macon ofrecía un marcado aire a un caballero sureño de otro tiempo, aquel hombre vestía de lo más chic y todo de negro: jersey de cuello vuelto, vaqueros y una cazadora de aviador. Parecía más una de esas estrellas de cine que se veían en las portadas de las revistuchas que ese porte a lo Cary Grant de Macon, pero una cosa sí estaba clara: también era un íncubo, y no de los buenos, si es que eso existía. Fuera lo que fuera Macon, Hunting era diferente.

Hunting esbozó una mueca que para los de su especie podría pasar por una sonrisa. Anduvo en círculos alrededor de Macon.

—Cuánto tiempo, hermano.

Macon no le devolvió la sonrisa.

—No lo suficiente. No me sorprende nada que hayas tomado partido a favor de alguien como ella.

Hunting soltó, unas carcajadas roncas y sonoras.

—¿Y con quién mas iba a relacionarme? ¿Con un grupo de Luminosos como hiciste tú? La idea de que uno puede alejarse de su verdadera naturaleza y del legado familiar se me antoja absurda.

—Hice una elección, Hunting.

—¿Una elección? ¿Así es como lo llamas? —inquirió su hermano, y se rio otra vez sin dejar de dar vueltas alrededor de Macon—. Tiene más pinta de ser una quimera. No puedes escoger lo que eres, hermano. Eres un íncubo, una criatura Oscura, te alimentes o no de sangre.

—¿Es cierto lo que ella dice, tío Macon? —quiso saber Lena, poco interesada en el reencuentro de los hermanos.

Sarafine soltó una estridente carcajada.

—Dile la verdad a la chiquilla por una vez en la vida, Macon.

Macon miró a su sobrina con obcecación.

—No es tan sencillo.

—Pero ¿es cierto? ¿Puedo elegir?

El pelo le seguía chorreando por los húmedos rizos. Macon y Hunting estaban secos, por supuesto. El segundo encendió un cigarrillo sin dejar de sonreír, saboreando el momento.

—¿Es verdad, tío Macon? —suplicó Lena.

Éste, exasperado, observó a Lena unos segundos y luego desvió la mirada.

—Puedes elegir, Lena, pero es una elección complicada y de graves consecuencias.

Dejó de llover en el acto y el aire se quedó en calma. Si aquello era un huracán, nos encontrábamos en su mismo centro. Las emociones de Lena eran un caos. Aun sin escuchar su voz en mi mente, yo conocía sus sentimientos: felicidad por haber obtenido lo único que siempre había deseado, elegir su propio destino, e ira por haber perdido a la única persona en quien había confiado.

Lena miró a Macon como si le viera con ojos nuevos. Pude ver cómo la oscuridad se deslizaba por su rostro.

—¿Por qué no me lo dijiste? Me he pasado la vida entera aterrada porque iba a volverme Oscura.

Se oyó un trueno en el cielo y comenzaron a caer gotas suavemente, como si fueran lágrimas, pero Lena no estaba llorando, estaba enfadada.

—Puedes escoger, Lena, pero hay consecuencias que no podías entender siendo una niña. En realidad, tampoco puedes comprenderlas ahora. Aun así, desde que naciste, me he pasado toda la vida sopesándolas, y como tu querida madre sabe muy bien, las condiciones de este trato quedaron establecidas hace mucho.

—¿Qué clase de consecuencias?

Lena miró a Sarafine con escepticismo y cautela, como si abriera la mente a otras posibilidades. Supe qué le rondaba por la cabeza. Si no podía confiar en su tío, si éste le había ocultado semejante secreto todo aquel tiempo, tal vez su madre le revelara la verdad.

No escuches a tu madre, L! No confíes en ella…

Pero no hubo respuesta. La presencia de Sarafine interfería en nuestra conexión. Era como si alguien hubiera cortado esa línea existente entre nosotros.

—Lena, te presionan para que elijas y es muy posible que no entiendas qué tipo de elección debes hacer ni tampoco que hay un riesgo.

La lluvia pasó del tamborileo de las lágrimas al aullido de una tromba de agua.

—Como si pudiera confiar en ti después de mil mentiras —terció Sarafine, que fulminó a Macon con la mirada y se volvió hacia su hija—. Me gustaría que tuviéramos más tiempo para hablar, Lena, pero has de hacer la Elección, y yo estoy obligada a explicarte los riesgos. Hay consecuencias; tu tío no te ha mentido respecto a eso. —Hizo una pausa—. Si eliges volverte Oscura, morirán todos los Luminosos de tu familia.

Lena se puso pálida.

—¿Y por qué iba a estar de acuerdo en hacer algo así?

—Porque si te decantas por la Luz, fallecerán todos los Oscuros y los *Lilum* de nuestra familia. —Sarafine se volvió para mirar a Macon—. Y cuando digo todos, me refiero a todos. Tu tío, el hombre que ha sido como un padre para ti, dejará de existir. Le destruirás.

Ravenwood desapareció para materializarse en menos de un segundo delante de su sobrina.

—Escúchame, Lena, yo estoy dispuesto a sacrificarme. Por esa razón no te conté nada. No quería que te sintieras culpable por mi marcha. Siempre he sabido cuál es tu Elección. Hazla. Déjame marchar.

A Lena la cabeza le daba vueltas. ¿De veras podía destruir a Macon si la *Caster* Oscura le decía la verdad? Pero si eso era cierto, ¿qué otra elección tenía? Macon era una sola persona, incluso aunque ella le quisiera tanto.

—Yo puedo ofrecerte algo más —agregó Sarafine.

—¿Qué puedes ofrecerme para que prefiera acabar con la abuela, la tía Del, Reece y Ryan?

Sarafine se acercó unos cuantos pasos con cautela.

—A Ethan. Disponemos de una forma para que ambos podáis estar juntos.

—¿De qué me hablas? Ya estamos juntos.

Sarafine ladeó la cabeza lentamente y entornó los ojos, por los cuales cruzó una sombra, la del reconocimiento.

—No lo sabes, ¿verdad? —Sarafine se volvió hacia Macon y se echó a reír—. No se lo habéis contado. Bueno, eso no es jugar limpio.

—¿Saber el qué? —inquirió Lena con brusquedad.

—Ethan y tú nunca podréis estar juntos, al menos físicamente. Ni los *Casters* ni los *Lilums* pueden estar con mortales. —Ella sonrió, saboreando el momento—. Al menos, no sin matarlos.

11 DE FEBRERO

La llamada

«Los *Casters* NO pueden estar con los mortales sin matarlos».

Ahora, todo tenía sentido. La conexión entre nosotros, la electricidad, la asfixia cada vez que nos besábamos, el ataque al corazón que casi acabó conmigo. No podíamos estar materialmente juntos.

Era cierto. Recordé las palabras de Macon con Amma aquella noche en el pantano y la conversación en mi cuarto.

«Ellos no tienen futuro juntos».

«Ahora no ves las cosas como son, ciertas cosas están más allá de cualquier tipo de control por nuestra parte».

Lena estaba temblando. También ella sabía que era verdad.

—¿Qué has dicho? —preguntó con un hilo de voz.

—Que Ethan y tú jamás podréis estar juntos de verdad. Jamás podréis casaros ni tener hijos. Jamás tendréis un futuro, al menos no uno real. No puedo creer que no te lo hayan contado. ¡Pues sí que os han mantenido protegidas a Ridley y a ti!

Lena se volvió hacia su tío.

—¿Por qué no me lo has dicho? Sabes que le quiero.

—Jamás habías tenido un novio, y mucho menos uno mortal. A ninguno de nosotros se nos pasó siquiera la posibilidad por la cabeza. No

comprendimos lo fuerte que era tu conexión con Ethan hasta que fue demasiado tarde.

Oía sus voces, pero no les estaba escuchando. Jamás podríamos estar juntos. Nunca podría estar cerca de ella.

El aire empezó a soplar con renovados bríos. Cada golpe de viento convertía las cortinas de agua en una granizada de cristales. El resplandor de los relámpagos desgarraba los cielos y los rayos impactaban en el suelo con tal fuerza que éste se estremecía. Era obvio que ya no estábamos en el ojo de la tormenta y yo sabía que Lena no iba a poder controlarse durante mucho más tiempo.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? —chilló ella, haciéndose oír por encima del viento.

—Después de que eligieras en la Llamada.

—Pero ¿no lo ves, Lena? —terció Sarafine, cazando al vuelo la oportunidad en cuanto la vio—. Tenemos una fórmula para que tú y Ethan podáis estar juntos el resto de vuestras vidas, os caséis y tengáis hijos, y cualquier otra cosa que tú quieras.

—Ella nunca lo permitirá, Lena —saltó Macon—. Incluso si eso fuera posible, los *Casters* Oscuros desprecian a los mortales. Jamás permitirán que se diluya la pureza de su linaje con la sangre de un mortal. Ésa es una de nuestras grandes diferencias.

—Eso es cierto, pero en este caso estaríamos dispuestos a hacer una excepción si consideras nuestra alternativa. Hemos hallado el modo de hacerlo factible. —Y con un encogimiento de hombros agregó—: Y eso es mejor que la muerte.

—¿Matarías a toda tu familia para estar con Ethan? —replicó Macon, mirando a su sobrina—. ¿A la tía Del? ¿A Reece? ¿A Ryan? ¿A la abuela?

Sarafine extendió sus amplias y enérgicas manos de forma voluptuosa, mostrando su poder.

—Toda esa gente te importará un pimiento una vez que estés Desviada, y me tendrás a mí, que soy tu madre, a tu tío, y a Ethan. ¿Acaso no es él la persona más importante de tu vida?

Una sombra empañó los ojos de Lena. Lluvia y neblina se arremolinaron a su alrededor con tal estruendo que ahogaron las descargas de la artillería en Honey Hill. Había olvidado que podíamos morir de un momento a otro, víctimas de cualquiera de las dos batallas que se libraban aquella noche.

Ravenwood cogió a su sobrina por los brazos.

—Ella está en lo cierto: no sentirás remordimientos si accedes a esto, pues dejarás de ser tú misma. La persona que eres en este momento morirá. Lo que tu madre no te dice es que no vas a recordar tus sentimientos por Ethan. Tu corazón se habrá vuelto tan negro que él no significará nada para ti dentro de unos meses. La Llamada tiene un efecto de poder increíble sobre los *Naturales*. Puede incluso que le mates, serás perfectamente capaz de hacer semejante maldad, ¿a que sí, Sarafine? Dado que te has convertido en la defensora de la verdad, cuéntale a Lena cómo falleció su padre.

—Tu padre te apartó de mi lado, hija. Lo ocurrido fue una *desgracia*, un accidente.

Lena parecía afligida. Que su padre había muerto a manos de su madre era una de las cosas que había tenido que oír de la demente señora Lincoln ante el comité de disciplina. Era otro suceso cuya veracidad debía esclarecerse.

Macon aprovechó para llevar el asunto a su terreno.

—Díselo, Sarafine. Cuéntale cómo su padre murió devorado por las llamas en su propia casa, víctima de un incendio provocado por ti. Y todos nosotros sabemos cuánto te gusta jugar con fuego.

—Has interferido durante dieciséis años, ¿sabes? —replicó ella, mirándole con ojos acerados—. Creo que deberías mantenerte al margen en este asunto.

Hunting apareció de la nada a pocos centímetros de Macon, pero ahora tenía menos aspecto humano y guardaba más parecido con su naturaleza demoniaca: el negro pelo lacio se le había puesto de punta, como el del lomo de un lobo a punto de atacar, las orejas se le habían aguzado hasta terminar en punta y se vio una dentadura de animal cuando entreabrió los labios. Entonces desapareció, se desmaterializó.

Hunting reapareció en un pispas encima de su hermano. Sucedió tan deprisa que yo ni siquiera estaba seguro de haber visto lo sucedido. Macon aferró al atacante por la chaqueta y lo lanzó contra un árbol. Jamás me había dado cuenta de la fuerza real del tío de Lena. Hunting salió volando por los aires, pero en vez de estamparse contra el tronco, lo atravesó y rodó por el suelo. En ese mismo momento, Macon desapareció y reapareció sobre él, derribando a Hunting con tal fuerza que la superficie se cuarteó a sus pies. Hunting yació sobre el terreno, derrotado.

Macon se volvió para mirar a su sobrina, momento que aprovechó Hunting para levantarse sonriente a sus espaldas. Grité en un intento de avisar a Macon, pero nadie pudo oírme por culpa del huracán que se estaba formando a nuestro alrededor. Hunting se lanzó sobre su hermano y gruñó brutalmente mientras hundía los dientes en el cuello del señor de Ravenwood como un perro durante una pelea.

Macon soltó un grito gutural y desapareció, pero su hermano debía de habérsele colgado encima, porque se diluyó con él, y cuando reaparecieron en el límite del claro, Hunting seguía sujeto al cuello de su víctima.

¿Qué hacía? ¿Se alimentaba? No estaba lo bastante enterado como para saber si eso era posible, pero fuera lo que fuera que absorbiera Hunting, parecía estar succionando a Macon. Iracunda, Lena profirió unos gritos espeluznantes.

Hunting retiró de un empujón el cuerpo de Macon. Éste yació sobre el barro, desmadejado y azotado por la lluvia. Retumbó otra descarga de bombas. Di un respingo, sobresaltado por la proximidad de la munición

real. La recreación avanzaba hacia Greenbrier, cada vez más cerca de nosotros. Los confederados oponían la última resistencia.

El estruendo de las descargas enmascaró un ruido diferente pero conocido: el gruñido de *Boo Radley*, que acudía en defensa de su amo. Aulló y se precipitó de un brinco sobre Hunting. Justo cuando *Boo* se abalanzaba sobre su objetivo, el cuerpo de Larkin comenzó a retorcerse en espiral hasta formar un montón de serpientes delante del perro. Las víboras sisearon mientras se deslizaban unas sobre otras.

Boo no se dio cuenta de que las serpientes sólo eran una ilusión y que podía atravesarlas. Retrocedió sin dejar de ladrar y con la atención puesta en los serpenteantes ofidios. Ésa era la oportunidad que necesitaba Hunting: desapareció para reaparecer detrás del perro, a quien empezó a ahogar con su vigor sobrenatural. El cuerpo del perro se convulsionaba mientras intentaba luchar contra Hunting, pero toda resistencia era inútil. Hunting era demasiado fuerte. Al final, arrojó el cuerpo desmadejado junto al de Macon. *Boo* permaneció quieto.

El perro y su amo yacían inmóviles en el barro.

—¡Tío Macon! —gritó Lena.

Hunting se pasó los dedos por el pelo lacio y sacudió la cabeza, lleno de energía.

Larkin miró la luna y luego su reloj.

—Y media pasadas. La medianoche está al llegar.

—La decimosexta luna, el decimosexto año —proclamó Sarafine, alzando en cruz los brazos, como si pretendiera abarcar el cielo.

Hunting, con el rostro embadurnado de barro y de sangre, dedicó una ancha sonrisa a Lena.

—Bienvenida a la familia.

Lena no albergaba intención alguna de unirse a esa familia. Eso lo cacé al vuelo. Hizo un esfuerzo para permanecer de pie, estaba empapada de

los pies a la cabeza y cubierta de barro por culpa de la lluvia torrencial que ella misma había provocado. El pelo negro se le pegabaa la cara. Apenas podía resistir la embestida del viento y se inclina hacia atrás, como si de un momento a otro fuera a salir despedida del suelo y perderse en el cielo negro. Tal vez fuera capaz. Habíamos llegado a unos extremos en que ya no me sorprendía nada.

Larkin y Hunting se desplazaron en silencio al amparo de las sombras hasta situarse frente a Lena, uno a cada lado de Sarafine. Ésta se acercó más.

Su hija alzó una sola mano con la palma extendida.

—Alto. Ahora.

Lena cerró el puño cuando su madre no se detuvo y se alzó una línea de fuego entre las hierbas. Las rugientes llamas separaron a la madre de la hija. Sarafine se detuvo en seco. No había esperado que su hija fuera capaz de invocar otra cosa diferente a lo que para ella debían de ser cuatro gotas y un poco de viento. Lena la había pillado por sorpresa.

—Jamás te ocultaré nada, como sí ha hecho el resto de la familia. Te he explicado las alternativas y te he contado la verdad. Quizá me odies, pero sigo siendo tu madre, y puedo ofrecerte algo que ellos no pueden: un futuro con el mortal.

Las llamaradas se hicieron más altas y el incendio se extendió como si tuviera voluntad propia hasta rodear por completo a Sarafine, Hunting y Larkin. Lena soltó una risotada siniestra, como la de su madre, que me hizo temblar incluso a mí, que estaba en la otra punta del claro.

—No tienes por qué fingir que te preocupas por mí. Todos sabemos la clase de bruja que eres, madre. Creo que eso es en lo único que todos estamos de acuerdo.

La Oscura frunció los labios como si fuera a mandar un beso y resopló. Cuando lo hizo, las lenguas de fuego se agrandaron y se dirigieron hacia la maleza cercana a Lena.

—Y tú que lo digas, *querida*. Híncale a esto el diente.

Lena sonrió.

—¿Intentas quemar a una bruja? ¡Menudo cliché!

—Ya estarías muerta si quisiera calcinarte, Lena. Recuerda, no eres la única *Natural*.

Lena alargó lentamente el brazo y metió una mano en las llamaradas. No torció un músculo del rostro, que permaneció completamente inexpresivo. Luego, introdujo la otra mano en el fuego y alzó ambas por encima de su cabeza, sosteniendo las llamas como si fueran una pelota ígnea, y la lanzó hacia mí con todas sus fuerzas.

La bola impactó contra el roble situado a mis espaldas, por cuyas ramas el fuego se extendió más deprisa que si fuera leña seca y enseguida bajó por el tronco. Avancé en un intento de quitarme de en medio y no dejé de moverme hasta llegar al muro invisible de mi prisión, sólo que en esta ocasión no había impedimento alguno para que siguiera hacia delante, y me arrastré penosamente centímetro a centímetro por aquel barrizal. Miré de refilón a Link, caído junto a mí. El roble que había detrás de él ardía con más intensidad aún que el mío. Las llamaradas se alzaron hacia el cielo negro y comenzaron a extenderse por el terreno circundante. Eché a correr hacia Lena. No podía pensar en otra cosa. Link se acercó a su madre dando tumbos.

Sólo Lena y la línea de fuego parecían mediar entre nosotros y Sarafine. Tenía pinta de ser suficiente por el momento.

Le toqué el hombro a Lena. Tal vez se hubiera sobresaltado en medio de la negrura, pero sabía que era yo, y eso que ni siquiera me miró.

Te quiero, L.

No digas nada, Ethan. Ella puede oírlo todo. No estoy segura, pero creo que siempre ha sido capaz de escucharnos.

Recorrí el campo con la mirada, pero no fui capaz de ver a la *Caster* Oscura, ni a Hunting ni a Larkin más allá de las llamas. Sabía que estaban ahí y también que probablemente intentarían matarnos, pero estaba con Lena, y durante un instante, nada más me importó.

—¡Ve en busca de Ryan, Ethan! Tío Macon necesita ayuda y yo no voy a poder contenerla durante mucho más tiempo.

Eché a correr antes de que Lena dijera nada más. Fuera lo que fuera lo que Sarafine había hecho para desactivar la conexión entre nosotros, ya no funcionaba. Lena había regresado a mi corazón y a mi cabeza, y sólo eso me importaba mientras corría por el accidentado bosque.

Excepto una cosa: casi era medianoche. Apreté el paso.

Yo también te quiero, date prisa…

Miré la hora en el móvil. Eran las 23:25. Golpeé con violencia la puerta de Ravenwood y aporreé la luna creciente del dintel como un poseso. No sucedió nada. Larkin debía de haber hecho algo para sellar el umbral, pero no tenía ni idea de qué podía ser. —¡Ryan, tía Del, abuela!

Tenía que encontrar a Ryan. Macon estaba herido y Lena podía ser la próxima. Era incapaz de prever qué le haría Sarafine a su hija cuando ésta la rechazara. Link subió las escaleras a trompicones detrás de mí.

—Ryan no está aquí.

—¿Ryan es médico? Mi madre necesita ayuda.

—No. Ella es… Luego te lo explico.

—¿Algo de todo esto es verdad? —se preguntó Link mientras paseaba por el porche arriba y abajo.

Pensar. Tenía que pensar, estaba solo en este aprieto. La mansión era virtualmente una fortaleza aquella noche. Nadie podría entrar en ella, o al menos no un mortal. Y no podía fallarle a Lena.

Le di un telefonazo a la única persona que sabía que era capaz de codearse sin problemas con dos *Casters* Oscuros y un íncubo de sangre

en medio de un huracán de origen sobrenatural. Alguien que también era una fuerza de la naturaleza: Amma.

—No contesta. Estará con mi padre.

23:30. Sólo había otra persona capaz de ayudarme. Marqué el número de la biblioteca del condado.

—Marian tampoco está. Ella sabría qué hacer, fijo. ¿Qué demonios pasa? Nunca sale de la biblioteca, ni siquiera después de cerrar.

Link iba de un lado a otro como un loco.

—No hay nada abierto. Es un puñetero festivo, por lo de la batalla de Honey Hill, ¿no te acuerdas? Lo único que nos queda es ir hasta la zona de seguridad en busca de asistencia sanitaria.

Le miré fijamente, como si al abrir la boca le hubiera salido un chispazo entre los labios y me hubiera dado en la cabeza, iluminándome la mente.

—Es festivo. No hay nada abierto —repetí.

—Ya, es lo que acabo de decirte, así que ¿qué hacemos?

Mi amigo parecía profundamente infeliz.

—Link, eres un verdadero genio, un genio de flipar.

—Lo sé, tío, pero ¿qué tiene que ver eso ahora?

—¿Tienes por ahí el Cacharro? —Asintió—. Debemos irnos de aquí.

Link encendió el motor; resopló, pero acabó por encenderse, como siempre. Luego, puso a toda pastilla la maqueta de los Holy Rollers, y grabados eran tan malos como de costumbre. Vaya, Ridley se había tomado en serio lo de poner buen rock en su canto de *Siren* cuando actuaron en la fiesta.

—¿Adónde vamos?

—A la biblioteca.

—Pensé que habías dicho que estaba cerrada.

—A la otra biblioteca.

Link asintió como si me entendiera, aunque no era así, pero de todos modos siguió adelante, como en los viejos tiempos. El Cacharro voló

sobre el camino de grava como cualquier mañana de lunes cuando llegábamos tarde a primera hora de clase. Sólo que no era el caso.

Eran las 23:40.

Link ni siquiera intentó entender nada cuando dio un frenazo y el coche derrapó hasta detenerse frente a la Sociedad Histórica de Gatlin. Salí disparado por la puerta antes de que él tuviera tiempo siquiera de apagar la música. Me alcanzó cuando doblaba la esquina del segundo edificio más antiguo del condado.

—Ésa no es la biblioteca.

—Cierto.

—Es el edificio de las Hijas de la Revolución Americana.

—Cierto.

—Y tú las aborreces.

—Cierto.

—Mi madre se planta aquí casi todos los días.

—Cierto.

—¿Qué hacemos aquí, colega?

Me encaminé hacia el enrejado y metí la mano a través del metal, bueno, de lo que parecía ser metal, lo cual hacía que mi brazo tuviera aspecto de estar amputado por la muñeca.

Link me agarró.

—Ridley me ha debido de echar algo en la botella de Mountain Dew, tío, porque juraría que tu brazo… que tu brazo… olvídalo, estoy alucinando.

Volví a sacar el brazo y moví los dedos delante de su rostro.

—En serio, colega, después de todo lo que has visto esta noche, ¿todavía crees que sufres una alucinación? ¿Todavía?

Comprobé la hora. Las 23:45.

—No tengo tiempo de contártelo, pero a partir de ahora todo va a ser más extraño todavía. Vamos a bajar a la biblioteca, pero en realidad no

es exactamente una biblioteca, y seguramente se te va a ir la olla, así que si prefieres esperarme en el coche, por mí, sin problemas.

Link intentaba comprender mis palabras casi tan deprisa como las estaba pronunciando, lo cual era complicado.

—¿Vienes o no?

Mi amigo miró la rejilla. No dijo esta boca es mía y metió la mano. Ésta desapareció.

Estaba dentro.

Me agaché al cruzar la entrada y empecé a descender por los gastados escalones de piedra.

—Venga, manos a la obra. —Link celebró su propia broma con una risilla nerviosa mientras bajaba a trompicones detrás de mí—. ¿Lo pillas? Obra, libro, biblioteca…

Descendíamos a duras penas y en medio de la oscuridad cuando de pronto las antorchas se encendieron. Saqué una del candelabro con forma de media luna sujeto en la pared y se la pasé a Link. Las demás se encendieron una tras otra conforme nos dirigíamos al centro de la cámara. Las columnas emergían de la penumbra a la parpadeante luz de otras que se encontraban fijas en la pared. Las palabras DOMUS Lunae Libri reaparecieron en la sombra de la entrada, donde las había visto la última vez.

—¿Estás aquí, tía Marian?

Cuando ella me dio en el hombro desde detrás, pegué un brinco del susto y me choqué con Link. Éste profirió un alarido y soltó la antorcha, que cayó al suelo. Apagué las llamas a pisotones antes de que algo se prendiera fuego.

—¡Ostras, doctora Ashcroft! Menudo susto me ha dado, casi me da algo.

—Lo siento, Wesley. Ethan, ¿te has vuelto loco? ¿Se te ha olvidado quién es la madre de este pobre chico?

—La señora Lincoln está inconsciente; Lena, metida en un apuro, y Macon está herido. Necesito entrar en Ravenwood, pero no encuentro manera de hacerlo y no localizo a Amma. Necesito ir por los túneles.

De pronto, volvía a ser un niño pequeño y todas las palabras me salían farfullando. Me dirigía a Marian del mismo modo que le hablaba a mi madre, o al menos a alguien que sí sabía cómo le hablaba a mi madre.

—No puedo hacer nada por ayudarte. De un modo u otro, la Llamada tiene lugar a medianoche. No puedo detener el reloj, ni salvar a Macon ni a la madre de Wesley ni a nadie. No puedo interferir. —Miró a Link—. Lamento lo de tu madre, no pretendía ser irrespetuosa.

Link parecía derrotado.

—No me entiendes. No quiero que hagas nada diferente a lo que haría cualquier otro bibliotecario *Caster*.

—¿Qué…?

Le dirigí una mirada elocuente.

—Tengo que llevar un libro a Ravenwood. —Me acuclillé junto al montón de libros más cercanos y saqué uno al azar, chamuscándome las yemas de los dedos—. *La guía completa de la ponzoña y la patraña*.

Marian se mostró escéptica.

—¿Esta noche?

—Exacto, esta misma noche. Macon me ha pedido que se lo lleve personalmente antes de la medianoche.

—El único mortal que conoce los túneles de la Lunae Libri es el bibliotecario *Caster*. —Marian me dedicó una mirada astuta y cogió el libro de mis manos—. Da la casualidad de que soy yo, menos mal.

Link y yo seguimos a la bibliotecaria a través de los sinuosos túneles de la Lunae Libri. Fui contando las puertas de roble conforme las íbamos atravesando, pero lo dejé cuando llegamos a dieciséis. Los túneles eran un laberinto, y cada una era diferente. Se sucedían unos pasajes de techos bajos donde Link y yo debíamos agachar la cabeza y unos vestíbulos de techumbres tan elevadas que parecían no tener tejado alguno. Aquello era otro mundo en el sentido literal del término.

Algunos corredores eran toscos y sus paredes de mampostería rudimentaria estaban desnudas mientras que otros parecían ser galerías de un museo o de un castillo bien conservado, llenos de tapices, mapas antiguos enmarcados y óleos colgados de las paredes. En otras circunstancias me habría detenido a leer las plaquitas de latón situadas al pie de los retratos. Tal vez fueran *Casters* famosos, ¿quién sabe?

Los túneles sólo tenían una cosa en común: el olor a tierra y a abandono, y el número de veces que Marian debió buscar a tientas el llavero que llevaba en torno a la cintura para coger la llave con forma de luna creciente y abrir una puerta.

Después de lo que pareció una eternidad, llegamos a la puerta. Las antorchas casi se habían consumido y tuve que alzar la mía para poder leer el rótulo grabado en las planchas verticales: MANSIÓN RAYVENWOODE. Marian metió la luna creciente en la última cerradura metálica, la giró y abrió la puerta. Unos escalones tallados en piedra nos condujeron al interior de la casa y, por lo que pude atisbar, nos encontrábamos en la planta baja.

—Gracias, tía Marian. —Alargué la mano para coger el libro—. Se lo daré a Macon.

—No tan deprisa. Aún no he visto un carné de lector extendido a tu nombre, Ethan Wate. —Me guiñó un ojo—. Yo misma le daré el libro.

Miré el móvil. Eran las 23:45 otra vez, lo cual resultaba del todo imposible.

—¿Cómo puede ser la misma hora que cuando llegamos a la Lunae Libri?

—Es cosa del tiempo lunar. Los chicos nunca prestáis atención. Ahí abajo las cosas no siempre son como parecen.

Link y Marian me habían seguido escaleras arribas hasta el vestíbulo de la entrada, donde vimos que Ravenwood estaba exactamente igual que como la dejamos, los restos de pastel cortados sobre los platos, el juego de té, el montón de regalos sin abrir.

—¡Tía Del, Reece, abuela! ¿Hola…? ¿Dónde está todo el mundo? —grité hasta que salieron de quién sabe dónde. Del se hallaba junto a las escaleras, llevaba una lámpara encima de la cabeza, como si fuera a estampársela a Marian de un momento a otro. La abuela permanecía en la entrada, protegiendo a Ryan con el brazo. Reece se ocultaba debajo de las escaleras, con el cuchillo de cortar tarta en la mano.

Todas se pusieron a hablar al mismo tiempo.

—¡Marian, Ethan! Estábamos muy preocupadas. Lena ha desaparecido y cuando oímos la campana de los túneles, pensamos que era…

—¿La has visto? ¿Está ahí fuera?

—¿Has visto a Lena? Empezamos a angustiarnos cuando Macon no regresó.

—Y Larkin. No le ha hecho daño, ¿verdad?

Las miré sin dar crédito a mis ojos. Le quité la lámpara de las manos a Del y se la di a Link.

—¿Una lámpara? ¿De verdad crees que vas a salvarte con esto?

La tía Del se encogió de hombros antes de responder.

—Barclay ha subido al desván para mutar en armas las varas de las cortinas y los decorados del solsticio pasado. No he encontrado otra cosa.

Me arrodillé junto a Ryan. No disponíamos de mucho tiempo, catorce minutos para ser exactos.

—¿Recuerdas lo que hiciste cuando me puse malo y tú me ayudaste, Ryan? Necesito que hagas lo mismo ahora en Greenbrier. El tío Macon se ha caído, él y *Boo* están heridos.

Ryan parecía a punto de echarse a llorar.

—¿También *Boo* se ha hecho daño?

Link, en el fondo de la habitación, carraspeó.

—¿Y mi madre…? Quiero decir, sé que ella ha sido como un dolor de muelas y todo eso, pero ¿podría ayudar a mi madre?

—Y quiero que ayudes también a la madre de Link.

La abuela puso a Ryan detrás de ella y le dio unas palmadas en la mejilla.

—Entonces, vale, iremos Del y yo. Reece, quédate aquí con tu hermana. Dile a tu padre adonde hemos ido.

—Abuela, necesito a Ryan.

—Yo seré Ryan esta noche, Ethan —sentenció, y cogió su bolsa.

—No voy a irme de aquí sin Ryan. —No di mi brazo a torcer, pues había mucho en juego.

—No podemos arrastrar ahí fuera a una niña aún sin ser Llamada, no durante la decimosexta luna. Podría acabar muerta.

Reece me miró como si fuera idiota. Una vez más me sentía fuera de juego en estos líos de los *Casters*.

Del me cogió del brazo para darme confianza.

—Mi madre es una *Empath*, tan perceptiva a los poderes ajenos que puede tomarlos prestados durante un tiempo. Justo ahora está usando los de Ryan. No durará mucho tiempo, pero de momento puede hacer lo mismo que ella. Y la abuela ya ha sido Llamada, aunque haya llovido mucho desde entonces, por supuesto, así que nosotras te acompañaremos.

Miré el móvil. Eran las 23:49.

—¿Y si no lo hacemos a tiempo?

Marian sonrió y alzó el libro.

—Me falta por hacer una entrega en Greenbrier, bueno, Del, ¿crees que encontrarás el camino?

—Los Palimpsésticos siempre encuentran viejas puertas olvidadas —respondió Del asintiendo; luego, se puso las gafas—. Sólo tenemos problemas de verdad con las de estilo moderno.

Y dicho esto se dirigió hacia los túneles y desapareció, seguida de cerca por Marian y la abuela. Link y yo nos apresuramos a ir tras ellas y corrimos hasta darles alcance.

—Para ser un puñado de viejas, no veas lo deprisa que se mueven —comentó Link entre jadeos.

Esta vez anduvimos por unos pasillos pequeños a punto de venirse abajo en cuyas paredes y techumbres crecía musgo verdoso y negro, y probablemente también en el suelo, pero resultaba imposible verlo en la penumbra. Llevábamos un total de cinco antorchas, gracias a sus llamas oscilantes no caminábamos a oscuras, pero dado que Link y yo íbamos al final del grupo, el humo flotaba y se me metía en los ojos, llorosos a causa del picor.

Saturaba los túneles un humo que no procedía de las antorchas, sino de los pasajes ocultos que conducían al exterior, y eso me permitió saber que nos acercábamos a Greenbrier.

—Es por ahí —anunció tía Del entre toses mientras alargaba la mano para palpar una revuelta pronunciada en el muro de piedra y asegurar su avance.

Marian frotó la superficie mohosa hasta dejar al descubierto una puerta. La llave *lunae* encajó a la perfección, como si la cerradura estuviera en uso a diario en vez de no haberse abierto en miles de días. La

puerta en cuestión no era de roble, sino de piedra. No me cabía en la cabeza que la tía Del tuviera la fuerza necesaria para empujarla.

Se detuvo en el hueco de la escalera y se hizo a un lado para dejarme pasar, sabedora de que casi se nos había acabado el plazo. Agaché la cabeza y pasé por debajo del musgo. Olisqueé el aire húmedo mientras ascendía por los escalones de piedra. Continué la subida hasta salir del túnel, pero me quedé helado cuando llegué a la cripta de piedra en cuyo centro estaba la mesa en donde había permanecido durante tantos años el *Libro de las Lunas*.

Y supe que era la misma mesa porque el libro descansaba allí de nuevo.

Era el mismo libro que yo había dejado en la balda superior de mi armario y que había desaparecido esa misma mañana. ¿Cómo había llegado hasta allí? No tenía ni idea, pero no había tiempo para preguntas. Escuché el chisporroteo de las llamas incluso antes de ver el fuego.

El incendio crepitaba estruendoso con rabia e intensidad, sembrando la destrucción. Me sentí asfixiado por la humareda que saturaba el aire y las llamas me chamuscaron los brazos. Era como la visión del guardapelo, o aún peor, como una de mis últimas pesadillas, ésa en la que Lena era consumida por el fuego.

Tuve la corazonada de que la estaba perdiendo, de que el sueño se estaba cumpliendo.

¿Dónde estás, Lena?

Ayuda a tío Macon, me ordenó con voz apagada. Agité la mano para apartar el humo y poder ver la pantalla del móvil. Eran las 23:53. Faltaban siete minutos para la medianoche. Se nos terminaba el tiempo.

La abuela me cogió de la mano.

—No te quedes ahí parado. Necesitamos a Macon.

La abuela y yo corrimos entre las lenguas de fuego cogidos de la mano. La salida abovedada de acceso al cementerio y a los jardines estaba flanqueada por una larga hilera de sauces en llamas. Ardía absolutamente todo: los arbustos, los robles blancos, las serenoas, el romero y los limoneros. Escuché a lo lejos el detonar de la artillería. La batalla de Honey Hill estaba a punto de acabar y yo sabía que los participantes en la recreación pronto empezarían con los fuegos artificiales, como si pudieran rivalizar con los que se habían desatado aquí. Los alrededores de la cripta, tanto el parque como el claro, estaban ardiendo.

La abuela y yo anduvimos a trompicones a través del humo hasta acercarnos a los robles en llamas. Encontramos a Macon tumbado donde le habíamos dejado. Se reclinó sobre él y le tocó la mejilla con la mano.

—Está débil, pero se recuperará.

En ese mismo momento, *Boo Radley* rodó y se incorporó. Avanzó con el rabo entre las piernas y se tendió junto a su amo.

Ravenwood hizo un gran esfuerzo para ladear la cabeza hacia la abuela y preguntó con un hilo de voz:

—¿Dónde está Lena?

—Ethan ha ido a buscarla. Descansa. Voy a ayudar a la señora Lincoln.

Y sin decir nada más se encaminó rápidamente hacia la señora Lincoln y Link, que se encontraba al lado de su madre. Yo permanecí de pie y traté de encontrar a Lena, pero no vi en ninguna parte ni rastro de ella, ni de Hunting, Larkin o Sarafine. No vi a nadie.

Estoy aquí arriba, en lo alto de la cripta, pero creo que estoy herida.

Aguanta, L, ya voy.

Me abrí paso entre las lenguas de fuego, procurando utilizar únicamente los senderos de Greenbrier donde había estado con Lena. Las llamas eran cada vez más altas conforme me aproximaba a la cripta. Tenía

la sensación de que la piel se me caía a trozos aunque sabía que sólo se me estaba chamuscando.

Me encaramé a una lápida que no tenía grabado ningún nombre y encontré un punto de apoyo en el desmoronado muro de piedra; me alcé todo lo que pude. En lo alto de la cripta había una estatua, una especie de ángel, con el cuerpo roto. Me agarré a ella, no supe muy bien a qué parte, aunque al tacto parecía ser un tobillo, y tiré con fuerza para auparme por encima del saliente.

¡Date prisa, Ethan! Te necesito.

Y fue entonces cuando me encontré cara a cara con Sarafine.

Me hundió la hoja de un cuchillo en el estómago.

Un cuchillo muy real en el estómago, igualmente real.

Ése era el fin del sueño que nunca se me había permitido ver, sólo que esta parte no tenía nada de onírico, y lo sabía porque se trataba de mis tripas y me dolía cada centímetro de la hoja hundida en ellas.

¿Te sorprende, Ethan? ¿Acaso pensabas que Lena era la única oyente en este canal?

La voz de Sarafine empezó a desvanecerse.

Déjala ahora que intente continuar siendo Luminosa.

A medida que me alejaba, sólo era capaz de pensar en una cosa: era como Ethan Cárter Wate si me vestían con un uniforme confederado, tenía incluso una herida en el vientre y guardaba en el bolsillo el mismo guardapelo. Incluso existía otra semejanza más: había abandonado el equipo de baloncesto del instituto exactamente igual que él desertó del ejército de Lee.

Me marchaba pensando en una joven *Caster* a la que amaría siempre, como el otro Ethan.

¡Ethan, no!

¡No, no, no!

Estuve gritando un minuto, pero luego, el sonido se me pegó a la garganta.

Recuerdo la caída de Ethan y la sonrisa de mi madre, el centelleo del cuchillo, y la sangre, la sangre de Ethan.

No podía estar sucediendo eso.

Todo estaba inmóvil, absolutamente todo. Todo se había detenido y permanecía tan petrificado como una escena en un museo de cera. Las nubes de humo continuaban allí, todavía eran esponjosas y agrisadas, pero no iban a ninguna parte, ni subían ni bajaban. Se limitaban a seguir suspendidas en el aire como si estuvieran hechas con cartulina y formaran parte del decorado de una obra de teatro. Las llamas aún eran transparentes, todavía quemaban, pero no ardían ni hacían ruido. Ni siquiera el aire se movía. Todo se hallaba exactamente igual que hacía un segundo.

La abuela se acuclillaba cerca de la señora Lincoln y su mano se había detenido en el aire cuando estaba a punto de tocarle la mejilla. Arrodillado en el suelo como un niño asustado, Link apretaba la mano de su madre. La tía Del y Marión permanecían agachadas en los escalones inferiores del pasaje de la cripta para protegerse el rostro de la humareda.

El tío Macon yacía tendido en el suelo y Boo se agazapaba a su lado. Hunting se apoyaba sobre un árbol a escasos metros de allí y admiraba su obra. La cazadora de cuero de Larkin estaba ardiendo y él iba en la dirección equivocada, estaba en medio del camino que conducía a Ravenwood. Como era de esperar, rehuía la acción en vez de acercarse a ella.

Y Sarafine, mi madre, sostenía por encima de la cabeza una daga curva, una reliquia Oscura. Su rostro febril hervía de rabia, furia, fuego y odio. La hoja todavía chorreaba sangre sobre el cuerpo inerte de Ethan. Permanecían suspendidas en el aire incluso las gotas de sangre.

El brazo extendido de Ethan colgaba por un extremo del tejado del mausoleo. Oscilaba por encima del cementerio.

Como en nuestro sueño, pero a la inversa.

Yo no me había escurrido de entre sus brazos, lo habían arrancado a él de los míos.

Llegué al pie de la cripta, me estiré y aparté las llamas y el humo hasta entrelazar mis dedos con los de Ethan. Me había puesto de puntillas, pero apenas si podía alcanzarle.

Ethan, te quiero. No me dejes. No puedo hacer esto sin ti.

Podía haber visto su semblante a la luz de la luna, pero no había luna, ni siquiera eso, y la única luz procedía del fuego, aún detenido, que me rodeaba por todas partes. El cielo estaba vacío y completamente negro. No había nada. Esa noche lo había perdido todo.

Sollocé hasta que no pude respirar y mis dedos se deslizaron por entre los suyos, sabiendo que éstos nunca jamás iban a recorrer mis cabellos de nuevo.

Ethan.

Quise gritar su nombre incluso aun no habiendo nadie que me oyera, pero ya no me quedaba ni un grito en las entrañas. No me quedaba nada, excepto aquellas palabras. Me acordé de las palabras de las visiones. Las recordé todas y cada una de ellas.

Sangre de mi corazón.
Vida de mi vida.
Cuerpo de mi cuerpo.

Alma de mi alma.

—No hagas eso, Lena Duchannes. No hagas el tonto con el Libro de las Lunas *y empieces otra vez con toda esta oscuridad*.

Abrí los ojos. Amma estaba a mi lado, en las llamas. El mundo circundante permanecía inmóvil.

La miré.

—¿Han hecho esto los Notables?

—No, chiquilla. Todo esto es obra tuya. Los Notables sólo me han ayudado a llegar hasta aquí.

—¿Y cómo lo he hecho?

Se sentó en el suelo junto a mí.

—Todavía ignoras de lo que eres capaz, ¿verdad? Al menos en eso Melquisedec tenía razón.

—¿De qué hablas, Amma?

—Siempre le dije a Ethan que un día haría un agujero en el cielo, pero he de admitir que lo has hecho tú.

Intenté enjugarme el llanto, pero seguía llorando, y cuando las lágrimas se deslizaron dentro de mi boca, me inundó su sabor a hollín.

—¿Soy… soy… Oscura?

—Todavía no, ahora no.

—¿Soy Luminosa?

—No, tampoco puedo decir que lo seas.

Alcé la vista al firmamento. El humo lo cubría todo: los árboles, el cielo, y donde tenían que estar la luna y las estrellas sólo había un negro manto vacío. Ceniza, y fuego, y humo, y nada.

—Amma.

—¿Sí?

—¿Dónde está la luna?

—Bueno, si tú no lo sabes, niña, yo seguro que no. Hace un minuto estaba mirando tu decimosexta luna y tú estabas debajo de ella,

contemplando las estrellas como si sólo Dios en los cielos pudiera ayudarte, con las manos alzadas como si sostuvieran el firmamento. Y después… nada de nada. Sólo esto.

—¿Y qué hay de la Llamada?

—Bueno. —La anciana hizo una pausa para sopesar la respuesta—. No sé qué sucede cuando a medianoche no hay luna el día de tu cumpleaños en el decimosexto año. Jamás ha sucedido, hasta donde yo sé, pero tengo el presentimiento de que no hay Llamada si no hay decimosexta luna.

Debería haber sentido alivio, gozo, confusión, pero sólo era capaz de experimentar dolor.

—Entonces, ¿todo ha terminado?

—No lo sé.

Me tendió la mano y tiró de mí hasta que ambas nos pusimos de pie. Su palma era cálida y fuerte, y de pronto sentí que mi mente se aclaraba. Era como si las dos supiéramos lo que iba a hacer acto seguido, tal y como Ivy había sabido el siguiente movimiento de Genevieve en este mismo lugar hace más de cien años, o al menos ésa fue mi sospecha.

Supe qué página debía pasar en cuanto abrimos la agrietada tapa del libro, era como si lo hubiera sabido todo el tiempo.

—Esto no es natural, eres consciente de ello, y también que dará lugar a una serie de consecuencias.

—Sí.

—Y sabes que no hay garantías de que funcione. No salió demasiado bien la última vez, pero puedo decirte esto: tengo a mi tía bisabuela Ivy entre las Notables, y ellas nos echarán una mano si pueden.

—Amma, por favor, no tengo elección.

Me miró a los ojos y al final asintió.

—Sé que nada de lo que diga te va a impedir hacerlo, porque tú quieres a mi chico, y yo voy a ayudarte porque también le quiero.

La miré y entonces comprendí.

—Por eso trajiste el Libro de las Lunas aquí esta noche.

Asintió con lentitud.

Luego, alargó la mano hacia mi cuello y de debajo de la sudadera del Instituto Jackson sacó mi collar, donde todavía estaba el anillo de Ethan.

—Éste es el anillo de Lila. Debe de quererte muchísimo para habértelo dado.

Ethan, te quiero.

—El amor es algo poderoso, Lena Duchannes. El amor de una madre no es algo con lo que se pueda jugar. A mí me parece que Lila ha intentado ayudarte cuanto ha podido.

Arrancó el anillo dando un tirón al collar. Sentí una marca y un rasguño en la piel allí donde se rompió la cadena. Luego, deslizó el anillo en mi dedo corazón.

—Lila te habría gustado. Tienes la única cosa que le faltó a Genevieve cuando usó el libro: el amor de dos familias.

Cerré los ojos y sentí el frío metal contra mi piel.

—Ojalá tengas razón.

—Espera.

Amma se inclinó y sacó del bolsillo de Ethan el guardapelo de Genevieve, todavía envuelto en el pañuelo de la familia de ésta.

—Esto es sólo para recordar a todos que ya pesa sobre ti la maldición. —Suspiró con inquietud—. No deseamos que te juzguen dos veces por la misma causa. —Dejó el guardapelo sobre el libro—. Esta vez vamos a hacerlo bien.

Entonces, se quitó el gastado amuleto de su propio cuello y lo puso sobre el libro, cerca del guardapelo. El pequeño disco dorado casi

parecía una moneda cuya imagen se hubiera borrado por efecto del uso y el tiempo.

—Y esto es para recordar a todos que si fastidian a mi muchacho, me fastidian a mí.

Cerró los párpados y yo la imité. Puse las manos en las páginas y comencé a canturrear, al principio en voz baja, y luego cada vez más alto.

Cruor pectoris mei, tutela tua est.
Vita vitae meae, corripiens tuam, corripiens meam.

Pronuncié las palabras con confianza, con esa seguridad que se experimenta cuando de verdad a uno le da igual vivir o morir.

Corpus Corporis mei, medulla mensque,
Anima, animae meae, animam nostram conecte.

Grité esas palabras al paisaje detenido a pesar de que no había nadie para oírlas, salvo Amma.

Cruor pectoris mei, luna mea, aestus meus.
Cruor pectoris mei, fatum meum, mea salus.

Amma alargó el brazo y cogió mis manos temblorosas entre las suyas, muy firmes, y juntas volvimos a pronunciar el Hechizo. Esa vez lo recitamos en el lenguaje de Ethan y de su madre, Lila, y del tío Macon, y de la tía Del, y de Amma, y de Link, y de la pequeña Ryan y de cuantos amaban a Ethan, y quienes nos querían. Esta vez nuestras palabras se convirtieron en una canción. Una canción de amor para Ethan Lawson Wate de parte de las dos personas que más le habían querido y que más le echarían de menos si nosotras fracasábamos.

La sangre de mi corazón te protege.
Si tu vida se pierde, la mía con la tuya se va.
Cuerpo de mi cuerpo, mente y tuétano de mis huesos,
alma de mi alma, que nuestros espíritus enlaza,
sangre de mi corazón, mi luna, mi marea.
Sangre de mi corazón, mi condena y mi salvación.

Nos cayó un rayo, a mí, al libro, a la cripta y a Amma, o al menos eso pensé yo que nos había ocurrido, pero después recordé las visiones donde Genevieve también había sentido lo mismo. Amma salió despedida hacia el muro, se golpeó la cabeza contra las piedras.

Fui consciente de cómo la electricidad recorría mi cuerpo y me abandoné a ella, aceptando el hecho de que si moría, al menos estaría con Ethan. Le sentí. ¡Qué cerca estaba! ¡Cuánto le amaba! El anillo me quemaba el dedo. Cuánto me quería él.

Sentía una quemazón en los ojos y veía un fulgor de luz dorada mirase donde mirase, como si fuera yo quien la emitiera.

—Mi chico —susurró Amma.

Me volví hacia Ethan, bañado por la luz dorada, como todo lo demás. Seguía inmóvil. Miré a Amma, aterrada.

—No ha funcionado.

Se inclinó sobre el altar de piedra y cerró los ojos.

—No ha funcionado —grité.

Me alejé del libro a trompicones por el barro y alcé la vista al firmamento, donde la luna había recuperado su lugar. Alcé los brazos hacia el cielo. Por mis venas corría fuego en vez de sangre. La ira me desbordaba sin encontrar un destino adonde ir y advertí que aquélla me consumía. Supe que la cólera me destruiría a menos que encontrara el modo de quitármela de encima.

Hunting. Larkin. Sarafine.

El depredador, el cobarde y mi madre, la asesina que vivía con el propósito de destruir a su propia hija. Las ramas nudosas de mi árbol genealógico de Casters.

¿Cómo se me iba a ocurrir Llamarme a mí misma cuando ellos se habían llevado lo único que me importaba? El fuego me subió por las manos como si tuviera voluntad propia mientras un relámpago zigzagueaba en el cielo. Supe dónde iba a caer antes de que lo hiciera.

Tres puntos en una brújula sin un norte como referencia.

El rayo estalló en llamas y alcanzó tres objetivos de forma simultánea, impactó en quienes me lo habían quitado todo aquella noche. Me habría gustado mirar hacia otro lado, pero no lo hice. La estatua que un momento antes había sido mi madre resultaba de una belleza extraña a la luz de la luna cuando la envolvió la llamarada del chispazo.

Bajé los brazos y me limpié los ojos de tierra, ceniza y lágrimas de pesar, y cuando volví a mirar ella había desaparecido.

Habían desaparecido los tres.

Empezó a llover y la visión emborronada se me agudizó hasta que fui capaz de ver caer las cortinas de agua sobre los humeantes robles, sobre los campos, sobre los matorrales. Vi con claridad por primera vez en mucho tiempo, tal vez como no lo había hecho jamás. Regresé hacia la cripta, hacia Ethan.

Pero éste había desaparecido.

Había otra persona allí donde momentos antes estaba Ethan. El tío Macon.

No lo entendí y me volví a Amma en busca de respuestas. Sus ojos estaban dilatados por el espanto.

—¿Dónde está Ethan, Amma? ¿Qué ha sucedido?

Pero no me respondió: se había quedado sin habla por primera vez en su vida. Atónita, no apartaba la vista del cuerpo de mi tío.

—Jamás se me ocurrió que esto pudiera terminar así, Melquisedec, después de tantos años juntos aguantando el peso del mundo sobre nuestros hombros. —Amma le hablaba como si él pudiera oírle, incluso ahora, que hablaba con la voz más baja que jamás le había escuchado—. ¿Cómo voy a mantener en pie todo esto yo sola?

Los huesos agudos de Amma se me clavaron en las manos cuando la agarré por los hombros y le pregunté:

—¿Qué está pasando?

Alzó los ojos en busca de los míos.

—No puedes quitarle nada al libro sin darle algo a cambio —replicó con un hilo de voz, y una lágrima rodó por la piel apergaminada de su mejilla.

No podía ser cierto. Me arrodillé junto al tío Macon y, muy despacio, alargué la mano hasta acariciar ese rostro suyo tan perfectamente afeitado. Por lo general, habría asociado su calor engañoso con el de un ser humano, impulsado por la energía de las esperanzas y los sueños de los mortales, pero hoy no. Hoy, su piel estaba fría como el hielo, como la de Ridley, como la de los muertos.

Y sin recibir nada a cambio.

—No… Por favor.

Había acabado con mi tío y ni siquiera me había Llamado a mí misma, ni siquiera había elegido la Luz, pero le había matado.

Me invadió otra vez la ira y el viento sopló con más fuerza a nuestro alrededor, girando cada vez más, en un remolino muy similar a mis emociones. Empezaba a sentirle como algo familiar, muy semejante a un viejo amigo. El libro había sellado alguna especie de horrible trato, uno que yo no había pedido. Y entonces lo entendí.

Un trato.

Si mi tío estaba tendido en el mismo sitio donde yacía muerto Ethan, ¿podía eso significar que tal vez éste estaba vivo?

Me puse de pie y eché a correr en dirección opuesta a la cripta. La luz dorada teñía el paisaje congelado. A lo lejos vislumbré a Ethan, tendido sobre la hierba junto a Boo, donde tío Macon había estado hasta hacía unos segundos. Me encaminé hacia él y le cogí de la mano, pero estaba fría. Ethan seguía muerto y Macon se había ido también.

¿Qué había hecho? Los había perdido a los dos. Me arrodillé en el barro y enterré la cabeza en el pecho de Ethan antes de echarme a llorar. Sostuve su mano sobre mi mejilla y pensé en todas las veces que me había negado a aceptar mi destino, a rendirme, a despedirme.

Bueno, pues ahora me tocaba.

—No voy a decir adiós, no pienso decirlo.

Y así debía ser: un sencillo susurro en un campo de hierbajos calcinados. Fue entonces cuando noté que los dedos de Ethan se movían en busca de los míos.

¿Lena?

Apenas podía oírle. Sonreí mientras me echaba a llorar y le besé la palma de la mano.

¿Eres tú, Lena Beana?

Entrelacé mis dedos con los suyos y me prometí no soltarlos nunca; luego, alcé el rostro y dejé que la lluvia lo bañara y se llevara todo el hollín.

Estoy aquí.

No te vayas.

No voy a irme a ningún sitio, y tú tampoco.

12 DE FEBRERO

Resquicio de esperanza

Miré el móvil. Se había roto.

En la pantalla aún se veía la hora: 23:59.

Pero yo sabía perfectamente que era medianoche pasada, pues habían empezado los fuegos artificiales. La batalla de Honey Hill había terminado otro año más.

Yacía tumbado en un campo fangoso, calado por la lluvia. Todo me parecía turbio mientras veía cómo unos fuegos artificiales de poca monta intentaban explotar en el lluvioso cielo nocturno. No lograba concentrarme. Al caerme, me había dado un buen porrazo en la cabeza y en otras partes del cuerpo: me dolía el estómago y la cadera, y todo el costado izquierdo en general. Amma iba a matarme cuando apareciera en casa hecho un Cristo.

Todos mis recuerdos terminaban en el momento en que me aferraba a esa estúpida talla del ángel y un segundo después estaba tendido de espaldas sobre el barro. Pensé que una parte de la estatua se había resquebrajado mientras intentaba subirme al techo de la cripta, pero en realidad no estaba muy seguro. Link debía de haberme arrastrado fuera después de caerme como un idiota. Aparte de eso, tenía la mente completamente despejada.

Supongo que ése era el motivo por el cual no comprendía los llantos de Marian, la tía Del y la abuela, apiñadas en la cripta. Nada me había preparado para la escena que vi cuando llegué allí andando a trompicones.

Macon Ravenwood había muerto.

Tal vez lo había estado siempre, eso lo ignoraba, pero ahora se había ido. Eso lo sabía muy bien. Lena se aferraba al cuerpo del difunto mientras la lluvia los calaba a ambos.

Era la primera vez que la lluvia mojaba a Macon.

A la mañana siguiente reconstruí unos cuantos hechos relativos a la noche del cumpleaños de Lena. Macon fue la única baja. Al parecer, Hunting le había vencido después de que yo perdiera el conocimiento. La abuela explicó que la sangre es un nutriente mucho más poderoso que los sueños. Supongo que él jamás tuvo ninguna oportunidad de ganar a su hermano, pero aun así, eso no le había disuadido de intentarlo.

Macon siempre dijo que haría cualquier cosa por su sobrina, y al final, hizo honor a su palabra.

Todo el mundo parecía encontrarse bien, al menos físicamente. La tía Del, la abuela y Marian se habían arrastrado como habían podido para volver a Ravenwood. *Boo* las había seguido, lloriqueando como un cachorro. La tía Del era incapaz de comprender qué le había pasado a Larkin. Nadie sabía muy bien cómo soltarle la noticia de que en la familia había dos ovejas negras y no una, así que al final nadie dijo ni pío.

La señora Lincoln no se acordaba de nada y Link las pasó canutas para explicarle qué hacía con medias y enaguas en mitad del campo de batalla. Se horrorizó al verse en compañía de la familia de Macon Ravenwood, pero estuvo suave como la seda mientras su hijo la llevaba hasta el Cacharro. Link tenía un montón de preguntas, pero supuse que podían esperar hasta la clase de matemáticas. Eso nos daría algo con lo

que entretenernos cuando las aguas volvieran a su cauce, ocurriera cuando ocurriera.

Y Sarafine.

Sarafine, Hunting y Larkin habían desaparecido; lo supe porque cuando recobré el conocimiento ellos ya no estaban allí, allí estaba Lena, que se apoyó en mí mientras regresábamos a la mansión Ravenwood. Yo me hacía un lío con los detalles, un poco lo mismo que ahora, pero al parecer tanto Macon como su sobrina habían subestimado los poderes de Lena como *Natural*. No se sabía muy bien cómo, pero después de todo se las había arreglado para apartar la luna y eludir ser Llamada. Y sin la Llamada, Sarafine, Hunting y Larkin habían huido, al menos por el momento.

Lena seguía sin hablar de ello, bueno, en realidad, no hablaba casi nada.

Yo me había quedado dormido en el suelo de su dormitorio, junto a ella, todavía con nuestras manos entrelazadas. Cuando me desperté, se había marchado. Las paredes de su dormitorio, las mismas que habían estado cubiertas de pintadas negras hasta el punto de que resultaba imposible ver el color blanco de debajo, ahora estaban limpias del todo, excepto una, la pared que estaba frente a la ventana estaba cubierta por un montón de palabras escritas del techo al suelo, pero los textos ya no se parecían a los de Lena, habían desaparecido esas palabras de chica introvertida. Toqué la pared como si de ese modo pudiera sentir las palabras, y entonces supe que se había pasado escribiendo toda la noche.

Macon Ethan
apoyé la cabeza sobre su pecho y lloré porque había sobrevivido
porque él había muerto
un océano seco, un desierto de emoción
feliz tristeza, luz oscura, gozo doloroso, todo me invade y me recorre

logré escuchar el sonido, pero no entendí las palabras
y entonces comprendí que el ruido lo hacía yo al romperme
lo sentí todo y no sentí nada, todo en un momento
estaba hecha pedazos, me había salvado, lo había perdido todo, me habían dado
todo lo demás
una parte de mí murió y otra nació, sólo supe
que la chica se había ido
quienquiera que fuera yo, jamás voy a ser ella otra vez
así es como va el mundo
no acaba con una explosión, sino con un gemido
Llámate a ti misma, llámate, reclámate, reclama
gratitud ira amor desesperación esperanza odio
el primer verde de la naturaleza es oro pero nada verde perdura
no
intentes
que
perdure
nada
verde

T. S. Eliot, Robert Frost, Bukowski. Reconocí los versos de algunos poetas en los textos de la pared, pero excepto el poema de Frost, los había escrito al revés, lo cual era impropio de ella. *Nada dorado perdura*, sobre eso versaba el poema.

Nada verde.

Quizás ahora todo le pareciera igual.

Bajé a rastras hasta la cocina. La tía Del y la abuela cuchicheaban sobre los preparativos del funeral. Recordaba los tonos bajos y los preparativos de cuando murió mi madre, y aborrecía a ambos. Me acuerdo de cuánto dolía seguir vivo, cuánto les costaba a las abuelas y a las tías hacer planes, telefonear a los parientes y poner todo en marcha del mejor modo posible cuando todo lo que deseas es meterte tú también en el féretro, o tal vez plantar un limonero, freír unos tomates o erigir un monumento con las manos desnudas.

—¿Dónde está Lena?

No hablé en voz baja, pero Del dio un respingo. La abuela permaneció inalterable, ella jamás se sobresaltaba.

—¿No está en su dormitorio? —inquirió la tía Del, aturullada.

La abuela se sirvió otra taza de té con mucha calma.

—Creo que sabes dónde está, Ethan.

Lo sabía.

Lena permanecía tumbada en la cripta, en el lugar donde habíamos encontrado a Macon. Llevaba la ropa húmeda y cubierta de barro de la noche anterior y mantenía la mirada fija en el cielo gris de la mañana. Ignoraba cuándo se habían llevado el cuerpo, pero entendía su impulso de acudir a ese lugar: estar con su tío incluso sin su presencia.

Me oyó llegar, pero no me miró.

—Jamás tendré ocasión de retirar todas aquellas cosas horribles que le dije. Nunca sabrá lo mucho que le quería.

Mi cuerpo dolorido se quejó cuando me tendí en el barro junto a ella. La estudié: el negro pelo ensortijado y las mejillas sucias y humedecidas. Las lágrimas le surcaban las mejillas, pero no hizo intento alguno de secárselas, y yo tampoco.

—Murió por mi culpa.

Mantuvo la vista fija y sin parpadear en el cielo. Me hubiera gustado poder decirle algo que la hubiera hecho sentir mejor, pero nadie mejor que yo sabía que esas palabras no existían, y no las pronuncié. En vez de eso, le besé todos los dedos de la mano, y me detuve cuando mis labios detectaron un sabor a metal, y entonces lo vi: llevaba el anillo de mi madre en un dedo de la mano derecha.

Alzó esa mano.

—No quiero perderlo. El collar se rompió anoche.

Los nubarrones aparecían y desaparecían en el cielo. Aún no habíamos visto la última tormenta, bien que lo sabía yo. Rodeé sus manos con la mía.

—Nunca te he amado más que ahora, en este preciso momento, y jamás te querré menos que ahora, en este preciso momento.

El vasto cielo gris conocía un momento de calma desprovista de sol, un interludio entre la tormenta en ciernes y la que había cambiado nuestras vidas para siempre.

—¿Es eso una promesa?

Le apreté la mano.

No la olvides.

Jamás.

Nuestras manos se entrelazaron. Ladeó la cabeza y, cuando la miré a los ojos, advertí por primera vez que uno era verde y el otro de color avellana, de hecho, era más bien dorado.

Era casi mediodía cuando inicié el largo paseo de vuelta a casa. Rayos dorados y pinceladas de gris oscuro hendían el cielo azul. La presión atmosférica iba en aumento, pero daba la impresión de que tardaría unas horas en empezar a llover. Lena estaba en estado de shock, o eso pensaba, pero yo ya estaba listo para la tormenta, y cuando se desatara,

un tornado de la época de huracanes parecería un chaparrón primaveral a su lado.

Del se había ofrecido a llevarme en coche hasta casa, pero yo prefería dar un paseo. A pesar de que me dolía todo el cuerpo, necesitaba aclarar las ideas. Hundí las manos en los bolsillos de los vaqueros y me encontré con un bulto muy familiar: el guardapelo. Lena y yo teníamos que encontrar la forma de devolvérselo al otro Ethan Wate, el que descansaba en su tumba, tal y como Genevieve hubiera deseado. Tal vez eso diera a Ethan Cárter Wate un poco de paz. Era mucho lo que le debíamos.

Descendí el abrupto camino de acceso a Ravenwood y me encontré de nuevo en la bifurcación de la carretera, esa que parecía tan aterradora antes de que yo conociera a Lena, antes de que supiera adónde iba, antes de probar el sabor del miedo y del amor de verdad.

Caminé por delante de los campos y bajé hacia la Route 9, pensando en aquel primer viaje, en esa primera noche de tormenta. Le di vueltas a todo, incluso a cómo había estado a punto de perder a mi padre y a Lena, en cómo había abierto los ojos y la había visto allí, mirándome fijamente, y sólo era capaz de pensar en la suerte que tenía, eso antes de saber que habíamos perdido a Macon.

Pensé en el tío de Lena, en sus libros atados con cordeles y papel, en sus camisas perfectas y sin una arruga y en su compostura aún más perfecta. Pensé en lo duras que iban a ser las cosas para Lena a partir de entonces, echándole de menos, deseando poder oír su voz una vez más, pero yo iba a estar a su lado, con ella, del modo en que a mí me habría gustado tener a alguien conmigo cuando perdí a mi madre.

Y tampoco pensaba que Macon Ravenwood se había ido del todo, no cuando mi madre nos había enviado un mensaje al cabo de unos meses

después de su muerte. Tal vez siguiera en algún sitio de por ahí, velando por nosotros. Se había sacrificado por Lena, de eso estaba seguro.

Lo correcto y lo fácil nunca son lo mismo, y nadie lo sabía mejor que Macon.

Alcé los ojos y advertí que empezaban a deslizarse unos trazos grisáceos sobre aquel cielo de color añil claro, un azul idéntico al del techo de mi cuarto. Me pregunté si ese tono azulado impediría de verdad anidar a los abejorros carpinteros y si en verdad esas aves confundirían el techo pintado con el cielo.

La de locuras que puedes llegar a ver cuando no miras de verdad.

Saqué el iPod del bolsillo y lo encendí. Había una nueva canción en la lista de reproducción.

La miré fijamente durante un buen rato.

Diecisiete lunas.

Pulsé el botón.

Diecisiete lunas o decimoséptimo año,
si la Luz o la Oscuridad en tus ojos aparece
el dorado sí o el verde no
nadie sabrá, hasta llegar al diecisiete.

AGRADECIMIENTOS

Invertimos sólo tres meses en la escritura del primer borrador de *Hermosas criaturas,* y ésta resultó ser la parte fácil. Subsanar los errores fue mucho más complicado y requirió la ayuda de muchas personas.

Éste es el árbol genealógico de esta novela:

Raphael Simón y Hilary Reyl.
Que lo vieron antes de que hubiera nada que ver.
Sarah Burnes, de *The Gernert Company*,
una extraordinaria agente literaria.
Que lo leyó y lo apoyó desde el principio.
COURTNEY GATEWOOD,
DE THE GERNERT COMPANY,
LA AGENTE 007.
Que nos hizo cruzar el océano y nos llevó aún más lejos.
JENNIFER HUNT Y JULIE SCHEINA,
DEL GENIAL E IMPLACABLE
EQUIPO EDITORIAL DE LITTLE BROWN.
Que nos hicieron sudar y llorar hasta dejarlo todo bien.
DAVE CAPLAN,
NUESTRO INGENIOSO Y VISIONARIO DISEÑADOR.
Que creó el camino a Ravenwood exactamente
como nosotras lo habíamos imaginado.
Mathew Chupack. Que convirtió nuestros latinajos en latín de verdad.
ALEX HOERNER,

FOTÓGRAFO DE LAS ESTRELLAS (Y NUESTRO).
Que nos dio un aspecto tan favorecedor sin ningún hechizo.
Nuestros parientes de Carolina del Norte,
en especial el genealogista Haywood Alnsley Early.
Que nos ayudó a plantar nuestro propio árbol genealógico.
Y Anna Gatlin Harmon, nuestra Hija de Confederación predilecta.
Que nos prestó su nombre de soltera y consiguió que habláramos con corrección.
Y NUESTROS LECTORES:
Hannah, Alex C, Tori, Yvette, Samantha,
Martine, Joyce, OSCAR, David, Ash, Virginia,
Jean x 2, Kerri, Dave, Madeline, Phillip, Derek, Erin,
Ruby, Amanda y Marcos.
Su deseo de saber qué ocurría a continuación
cambió lo que pasaba a continuación ashly,
alias «reina adolescente de los vampiros»,
Susan y John, Robert y Celeste, Burton y Mare.
Que nos escucharon y nos animaron
a lo largo de toda nuestra vida.
May y Emma.
Que por dos veces se quedaron en casa después de clase
para suprimir lo cursi y descubrieron
el trozo que faltaba al final
como sólo son capaces de hacerlo
dos personas a los trece y quince años respectivamente.
Kate P y Nick y Stella G.
Que se durmieron todas las noches
oyendo el tecleo de un portátil.
Y por supuesto, Alex y Lewis.
Que encontraron todos los agujeros
y se aseguraron de que el universo no se cayera por ellos.
Que soportaron todo lo dicho hasta ahora y aún más

Al igual que Amma, KAMI GARCIA es muy supersticiosa y, como cualquier persona respetuosa con sus raíces sureñas, hace ella misma galletas y pasteles. Tiene familiares que pertenecen a las Hijas de la Revolución Americana, aunque ella nunca ha participado en ninguna de sus recreaciones históricas. Ha estudiado en la George Washington University, donde se licenció en Educación. Es profesora y organiza grupos de lecturas para niños y jóvenes.

Como a Lena, a MARGARET STOHL la escritura le ha dado (y quitado) muchos quebraderos de cabeza desde los quince años. Ha escrito y diseñado muchos videojuegos, por ello sus dos sabuesos se llaman *Zelda* y *Kirby*. Se enamoró de la literatura norteamericana en Amherst y en Yale. Es licenciada en Filología Inglesa por la Universidad de Stanford y estudió escritura creativa en la Universidad de East Anglia, en Norwich.

Ambas residen en Los Angeles, California, con sus familias. *Hermosas Criaturas* fue su primera novela y *Hermosa Oscuridad* es su segunda parte.

@Created by PDF to ePub